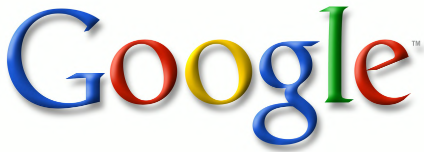
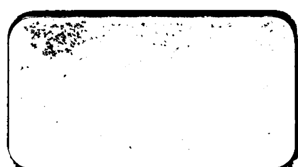








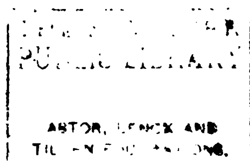
ZMF

Alphonso

LAS

GLORIAS DE MARÍA.

M[illegible] la seguiran á l[illegible]
partes, R[illegible] de E[illegible]
[illegible] Sevilla 27 de Julio [illegible]
1893. M. G. J.





P. Alabern g.r

LAS
GLORIAS DE MARÍA,

OBRA QUE ESCRIBIÓ EN ITALIANO

Alphonso

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO,

DIVIDIDA EN DOS PARTES:

en la primera se trata de las muchas y abundantes gracias que la Madre de Dios dispensa á sus devotos, explicadas en varios capítulos sobre la Salve Regina;
en la segunda se habla de sus fiestas principales y de sus Dolores, tanto en general como en particular, de sus heróicas virtudes, y de los obsequios que se han de practicar en honor suyo;
poniéndose al fin un Apéndice de ejemplos escogidos.

TRADUCIDA NUEVAMENTE DEL ITALIANO

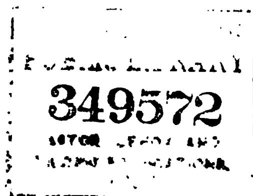
POR

UN DEVOTO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.



CON APROBACION DEL ORDINARIO.

BARCELONA.
LIBRERÍA RELIGIOSA, CALLE DE AVIÑÓ, NÚMERO 20.
1879.



PROTESTA DEL SANTO AUTOR.

Obedeciendo los decretos de Urbano VIII, de santa memoria, protesto que á todos los milagros, revelaciones, gracias y casos que se refieren en este libro, así como á los títulos de santo ó beato que se da á los siervos de Dios que aun no están canonizados, no pretendo atribuirles mas autoridad que la puramente humana, á excepcion de aquellas cosas que han sido confirmadas por la santa Iglesia católica romana y por la Santa Sede apostólica, de la cual me reconozco obediente hijo; y por esto someto á su juicio mi persona y cuanto he escrito en esta obra.

Barcelona.—Imprenta de la Librería Religiosa.

BOSQUEJO BIOGRÁFICO

DE

SAN ALFONSO MARÍA DE LIGORIO.

San Alfonso María de Ligorio, obispo que fue de Santa Águeda de los Godos en el reino de Nápoles, y fundador de la Congregacion de los misioneros del *Santo Redentor*, nació el dia 27 de setiembre de 1696 en *Marianella*, recibiendo las aguas del bautismo el dia 29 en la iglesia parroquial de las Vírgenes de Nápoles. Sus padres fueron D. José de Ligorio, caballero de la primera nobleza de Nápoles, y D.ª Ana Catalina Cavalieri, hija de una distinguida familia de Brindis. Las virtudes de los padres se reflejan en las acciones de los hijos, y las primeras impresiones de la infancia graban en el corazon del hombre sentimientos que difícilmente se desvanecen cuando la razon nos presenta la realidad de la vida; así, pues, dotado Alfonso de las mas felices disposiciones, é inclinado naturalmente á la piedad desde sus mas tiernos años, tuvo la dicha de ver secundados sus deseos por las instrucciones que recibió de su madre, la cual se distinguia por las prácticas de piedad, y encontró un modelo de virtudes cristianas en su noble y respetable padre, cuyas instrucciones y consejos siguió con una docilidad que presagiaba ya el brillante porvenir que le reservaba la Providencia.

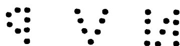
En los primeros años de su juventud demostró con su modestia, con su acendrada devocion á la Vírgen santísima, con su asiduidad en frecuentar las iglesias, recibir la

sagrada Comunion, y dedicarse á la oracion y á las prácticas de una piedad envidiable, con su amor á la soledad y al silencio, y sus acciones en que brillaba la pureza y santidad de su alma, demostró, repito, con el conjunto de estas virtudes que le granjeaban el respeto de sus compañeros, que no habian sido vanas las esperanzas lisonjeras que habia hecho concebir desde la mas tierna infancia. Sus padres lo pusieron bajo la direccion de un venerable sacerdote, el P. Tomás Pagano, de la Congregacion del Oratorio de San Felipe de Neri.

Su privilegiado talento, su feliz memoria y su ejemplar aficion al estudio impulsaron á su padre á darle una educacion brillante, y no omitir medio alguno para aprovechar las brillantes dotes que tan precozmente distinguian á su hijo, y Alfonso secundó tan eficazmente el noble anhelo de su padre, que á pesar de haberse dedicado al estudio de la lengua latina y griega, de la elocuencia y la poesía, y mas adelante de la filosofía, las leyes y los cánones, ofreció el sorprendente espectáculo de un jóven aspirando al grado de doctor en ambos derechos á la edad de diez y siete años, terminados todos sus estudios y despues de haber alcanzado repetidos triunfos en los exámenes y demás actos académicos. Se le confirió el grado de doctor con dispensa de edad, y llenó de admiracion á la corte.

A pesar de que su distinguida carrera le ofrecia en el mundo un porvenir brillante, que hubiera deslumbrado á cualquier otro jóven en esa edad en que las pasiones estallan con violencia, en que las ilusiones extravian el alma y en que el afan de los goces del mundo abisman con tanta frecuencia en el olvido las mas santas doctrinas; Alfonso no se apartó de su método de vida, ni sacrificó por las vanas esperanzas del siglo su devocion á la Vírgen y su asiduidad en frecuentar los Sacramentos. Se dedicó á los ejercicios espirituales, ya en la casa de los Padres Jesuitas, ya en la de San Vicente de Paul de la mision, y se inscribió en 15 de agosto de 1715 en la Congregacion de los doctores de la misma iglesia.

Guiado por el santo deseo de ser útil á la sociedad en el ejercicio de su profesion, se dedicó con ahinco al es-



tudio de la jurisprudencia, y abrazó la carrera del foro, que ejerció con aplauso durante algun tiempo en la ciudad de Nápoles. En 1722 turbó la calma de su virtuoso corazon un accidente desagradable que le inspiró una repugnancia natural hácia la carrera del foro: encargado de la defensa de un pleito, se vió reprendido por una falta involuntaria, y la rectitud de su alma virtuosa se resintió con tal violencia de este contratiempo, que retirándose á la soledad y al silencio, y derramando copiosas lágrimas, meditó ante la efigie del Salvador, sobre los escollos de la vida en el siglo y sobre la dicha que le proporcionaria la defensa de las almas, abandonando la de los intereses de los hombres.

Pero antes de resolverse, deseó prepararse con la oracion, y tuvo que vencer además la oposicion de su padre, quien veia frustradas sus esperanzas y temia perderle en el nuevo estado que abrazaba. La idea de no separarse del autor de sus dias le indujo á entrar en la congregacion de San Felipe de Neri, el dia 31 de agosto de 1722, segun Feller, y se presentó á su padre vestido de eclesiástico el 23 de octubre de 1723, como nos cuenta el Padre Vicente Antonio Giattini.

Dirigió desde entonces su alma hácia los deberes que exigia su nuevo estado, y abandonando el estudio del derecho, se dedicó con afan á la teología, y leyó los santos Padres y las sagradas Escrituras. La meditacion, los ayunos y la práctica de las buenas obras, como enseñar la doctrina cristiana á los niños pobres, visitar á los enfermos y frecuentar los Sacramentos, le ocupaban noche y dia, y era su devocion un modelo para los demás hermanos. En medio de estas santas ocupaciones recibió las órdenes sagradas, y el dia 21 de diciembre de 1726 á los treinta y tres años y tres meses de edad, celebró por vez primera el santo Sacrificio. Su alma habia llegado por fin al puerto deseado, dejando detrás de sí el tempestuoso piélago del mundo, donde viviera fugazmente con las miradas fijas en el cielo, desde el cual le llamaba Dios entre sus elegidos para que fuese su ministro en la tierra y se reflejasen en sus virtudes los rayos de su divina gracia.

Luego que fue ascendido al sacerdocio, se dedicó á la

predicacion y á los trabajos de las misiones con un celo verdaderamente apostólico. Su elocuencia era un raudal impetuoso que inundaba las almas de conviccion y de consuelo, y encendia en fuego santo los corazones mas helados. La uncion con que anunciaba la palabra evangélica, su austera penitencia y la santidad de su vida produjeron una infinidad de conversiones. Habiendo advertido que los habitantes de las aldeas yacian sumidos en la mas lastimosa ignorancia, abrasado por la santa impaciencia de arrancar de este estado unas almas tan dignas de compasion, é inspirado sin duda por el cielo, concibió el proyecto de fundar una Congregacion de misioneros. Despues de luchar con inmensas dificultades y convaleciente aun de una penosa enfermedad, logró reunir algunos compañeros, y colocó los primeros cimientos de su obra en 1732 en el eremitorio de Santa María de la Escala, y le dió el nombre de *Congregacion del Santo Redentor*. Esta fundacion encontró en un principio bastantes contratiempos, pero armado Ligorio de una paciencia heróica y una firmeza apoyada en la justicia y santidad de sus intentos, logró desvanecer todos los obstáculos, y Benedicto XIV aprobó el nuevo instituto en 25 de febrero de 1749. San Alfonso se vió obligado á aceptar el distinguido cargo de Superior general de la nueva Congregacion, y pidiendo fervientemente á Dios fuerzas para llevar á cabo la empresa que habia acometido, se mostró tan modesto como solícito en sus sagradas funciones, y fue un modelo de virtud, de observancia y de laboriosidad para los sacerdotes génerosos que se habian unido á él, anhelosos de secundarle en sus cristianas tareas. La Congregacion del Santo Redentor se extendió al momento por todas las ciudades del reino de Nápoles, de Sicilia y hasta de los Estados romanos; la divina elocuencia de san Alfonso recogió en todas partes los mas ópimos frutos, y la mision que llevó á cabo en 1756 en Amalsi, se distinguió especialmente con sucesos milagrosos, que demostraron claramente la proteccion que el cielo concedia á los celosos esfuerzos de los misioneros del Santo Redentor.

Tan distinguidos méritos, tantos servicios prestados á

la Religion, y los resultados de la predicacion de san Alfonso, no podian quedar ignorados y sin recompensa. Ocupaba entonces el trono de las Dos Sicilias S. M. el rey Cárlos III, que posteriormente ciñó la corona de las Españas, y habiendo llegado hasta su corte la fama de las virtudes de Ligorio, le nombró Arzobispo de Palermo, á cuya dignidad renunció el santo misionero, convenciendo al Monarca de que se creia mas digno de la proteccion divina ejerciendo la humilde mision de apartar las almas del pecado, que ocupando la distinguida silla á que no aspiraba, ni creia merecer su modestia.

No obstante, Clemente XIII le nombró Obispo de santa Águeda de los Godos en junio de 1762, y fue consagrado á la edad de sesenta y seis años con júbilo y veneracion de toda la diócesis. El Soberano Pontífice tuvo que luchar tambien con la oposicion que manifestaba el Santo á aceptar un cargo tan inminente, y obedeció este porque así lo mandaba el Jefe de la Iglesia, aunque desconfiando de sus fuerzas y redoblando el fervor de sus oraciones y de su penitencia para alcanzar la asistencia del cielo, en cuya gloria cifraba su única esperanza.

Desde el momento que ocupó la silla episcopal, se dedicó enteramente á sus nuevos deberes; trató de averiguar cuáles eran los abusos que podian haberse introducido en su clero, y planteó una reforma prudente y moderada; fundó monasterios y otros establecimientos piadosos, y no cesó de edificar á su diócesis con sus predicaciones y con instrucciones familiares ó cartas pastorales, pero especialmente con el ejemplo de sus virtudes.

Despues de trece años de episcopado, y una larga vida enteramente dedicada á los trabajos de su ministerio y á las austeridades de la penitencia, san Alfonso María de Ligorio, extenuado por las fatigas, habiendo quedado sordo y casi ciego y atormentado por una enfermedad cruel, pidió al Papa que le aliviase del peso del gobierno de su iglesia. Pio VI, informado del penoso estado de Alfonso, admitió, aunque con dolor, su renuncia en 17 de ulio de 1775.

San Alfonso contaba entonces cerca de ochenta años, y se retiró á Nocera *de Pagani* á una de las casas de su

Congregacion, donde vivió aun cerca de once años en el recogimiento, la oracion y otros ejercicios de piedad. No podia celebrar el divino oficio desde noviembre de 1779 y recibia la sagrada Comunion todos los dias; algun tiempo despues se vió privado de poder bajar á la iglesia, y presagiaba su muerte, sufriendo con resignacion sus crueles padecimientos, y confiando en que pronto se dignaria el divino Hacedor llevar su alma al seno de la gloria eterna. El dia 18 de julio de 1786 se complicó su dolencia con una disentería y una retencion de orina que anunciaban el próximo término de una vida tan santa y ejemplar. Recibió los santos Sacramentos con paciencia, y confiado en la misericordia del cielo, y estrechando en la agonía contra su corazon la imágen del Crucificado y la de su santísima Madre, entregó tranquilamente su alma al Criador el dia 1.° de agosto de 1787 á los noventa años, diez meses y cinco dias de edad. ¡Glorioso y pacífico fin de una prolongada existencia que conservó constantemente la inocencia bautismal; modelo de seglares y religiosos; lumbrera de la Iglesia, y abogado de los pecadores junto al trono del Juez supremo!

El P. Ligorio fué beatificado el 6 de setiembre de 1816, y el papa Pio VIII expidió en 16 de mayo de 1830 el decreto necesario para proceder á su canonizacion, siendo colocado en el número de los Santos el dia de la fiesta de la Santísima Trinidad de 1839.

Se creerá tal vez que tan contínuas tareas absorbieron todos los instantes de Ligorio, pero no le impidieron componer un gran número de obras, cuyos títulos llenarian tantas páginas como las que hemos dedicado á esta sucinta biografía. Citarémos entre otras la *Theologia moralis*, etc., Nápoles, 1755, dos tomos en 4.°, en la cual aunque Ligorio escribió despues de Busembaum; cuyo método admiraba mas que sus opiniones, solo sigue en parte sus principios y con prudente reserva; y si abraza el probabilismo, no es con toda la extension que le han dado otros autores. Benito XIV ensalzó y aprobó esta obra y hasta la citó en su libro *De synodo diœcesana*, lo cual demuestra que la doctrina de Ligorio era irreprensible. *La instruccion práctica para los confesores*, es otra de sus

obras, y la cual rebosa de uncion, moderacion, dulzura, y de esa caridad que solo trata de buscar la salvacion de las almas. San Alfonso María Ligorio creia que en el confesonario debia evitarse una indulgencia extrema y un rigorismo desesperador, siguiendo este principio de san Buenaventura: *Prima sæpe salvat damnandum; secunda contra damnat salvandum.*

Han escrito sobre su vida Juan Card. (1828, 1 tomo en 8.° París), el P. Vicente Antonio Giattini, y el *Amigo de la Religion,* tomo LVI, pág. 161, n.° 1446.

Reveló la Vírgen María á una alma devota suya, que se complacia mucho en que sus siervos le honrasen con la siguiente devocion.

Os doy gracias, ó Eterno Padre, por el poder que habeis dado á María vuestra Hija. *Padre nuestro*, *Ave María* y *Gloria Patri.*

Os doy gracias, ó Eterno Hijo, por la sabiduría que dísteis á María vuestra Madre. *Padre nuestro*, etc.

Os doy gracias, ó Eterno Espíritu Santo, por el amor que dísteis á María vuestra Esposa. *Padre nuestro,* etc.

«Ad te clamamus, Regina misericordiæ, revertere, ut «intueamur te largientem, beneficia, conferentem reme«dia, ponentem fortitudinem. Ostende nobis faciem mi«serationum tuarum, et salvi erimus (1).»

«Domina rerum, Sancta Sanctorum, virtus nostra et «refugium, Decus mundi, Gloria cœli, agnosce te dili«gentes; audi nos, nam te Filius nihil negans honorat (2).

«Curre, festina, Domina, et tuum iniquissimum ser«vum ad te clamantem, parcendo adjuva, et eripe de ma«nu hostis (3).»

«Quis ad te non suspirabit? Amore suspiramus, et do«lore. Quomodo ergo ad te non suspiramus, solatium mi«serorum, refugium expulsorum, liberatio captivorum? «Non dubitamus, quin si nostras aspexeris miserias, non «poterit tua miseratio tuum retardare effectum (4).»

«O Domina nostra, advocata nostra, tuo filio nos com«menda. Fac, ò benedicta, per gratiam quam meruisti, «ut qui te mediante dignatus est fieri particeps infirmi«tatis et miseriæ nostræ, te quoque intercedente, parti«cipes nos faciat beatitudinis, et gloriæ suæ (5).»

VIVA SIEMPRE JESÚS NUESTRO AMOR, Y MARÍA NUESTRA ESPERANZA.

(1) Bern. aut quisq. est auctor super Salve Reg. Serm. I.— (2) Idem, loc. cit. Serm. III. — (3) S. Bern. in Salve Reg. S. Bon. Stim. c. 29, p. 3.— (4) Idem, loc. cit.— (5) Idem, S. Bern. super Salve Reg.

SÚPLICA DEL SANTO AUTOR



Á

JESÚS Y Á MARÍA.

Mi amantísimo Redentor y señor mio Jesucristo, sabiendo yo, vuestro siervo miserable, cuánto os complaceis con el que procura glorificar á vuestra santísima Madre, á la que tanto amais y deseais que sea amada y venerada de todos, he pensado dar á luz este libro, que habla de sus glorias. Verdaderamente no sé á quién puedo recomendarlo mejor que á Vos; á Vos, pues, lo dedico y recomiendo. Aceptad este corto obsequio del amor que os profeso así como á vuestra santísima Madre; dignaos protegerlo, derramando luces de confianza y llamas de amor sobre los que lo lean, hácia esa Vírgen Inmaculada en la que habeis colocado la esperanza y el refugio de todos los redimidos. Y en premio de mi leve trabajo, os suplico me concedais aquel amor hácia María que con esta obrita deseo inflame el corazon de todos los que la lean.

Tambien me dirijo á Vos, ó dulcísima Señora y Madre mia María; no ignorais que despues de Jesús he puesto en Vos toda mi esperanza de alcanzar mi salvacion eterna, porque todos mis bienes, mi conversion, mi vocacion de abandonar al mundo y las demás gracias que he re-

cibido de Dios, reconozco que me han sido concedidas por vuestra intercesion. Vos sabeis ya que á fin de veros amada de todos, segun mereceis, y daros alguna prueba de gratitud por tantos beneficios como me habeis dispensado, he procurado siempre ensalzaros en todas partes, pública y privadamente, inculcando á todos vuestra dulce y saludable devocion. Espero que proseguiré practicándolo hasta el último momento de vida que me resta; mas viendo que por mi avanzada edad y por mi salud achacosa se acerca el fin de mi peregrinacion y mi enentrada en la eternidad, he pensado antes de morir dejar al mundo este libro, el cual continuará por mí á ensalzaros, y animará á los demás á proclamar vuestra gloria y la grande misericordia que usais con vuestros devotos. Confio, amantísima Reina mia, que esta pequeña ofrenda, aun cuando no corresponde á vuestro mérito, no dejará de ser agradable á vuestro amabilísimo corazon, porque toda ella es de amor. Dignaos tender, pues, sobre la misma vuestra dulcísima mano, con la cual me habeis librado del mundo y del infierno, y aceptadla y protegedla como á una cosa que os pertenece. Pero, si por este pequeño obsequio me atrevo á pediros una recompensa, haced que en lo sucesivo se aumente mi amor hácia Vos, y que todos aquellos en cuyas manos anduviere esta obra queden inflamados con el vuestro; se acreciente en ellos el deseo de amaros y veros amada tambien de los otros, y que se ocupen de todo corazon en ensalzar y difundir, en cuanto les sea posible, vuestras alabanzas y la confianza en vuestra poderosísima intercesion. Así lo espero. Así sea.

Vuestro amantísimo, aunque muy indigno siervo,

ALFONSO DE LIGUORI,
de la Congregacion del santísimo Redentor.

ADVERTENCIA AL LECTOR.

A fin de que los críticos demasiado rígidos no encuentren algun defecto en esta obrita, he mirado conveniente aclarar algunas proposiciones que en ella pueden hallarse y parecer muy avanzadas ó quizás oscuras. Aquí he notado algunas, y en cuanto á las demás, si alguna vez, lector caritativo, se ofrecieren á tus ojos, te suplico que juzgues que las he escrito y entendido en el sentido de la verdadera y sólida teología y de la santa Iglesia católica romana, de la que me reconozco hijo muy obediente. En la introduccion refiriéndome al capítulo VI de este libro he dicho que Dios quiere que todas las gracias vengan por mano de María, lo que es una verdad de gran consuelo para las almas tiernamente devotas de María santísima, y para los infelices pecadores que quieren convertirse. Y á nadie ha de parecer ajeno de la sana teología, porque el padre de ella, san Agustin (1), adhiriéndose á la opinion general, dice que María cooperó por medio de su caridad al nacimiento espiritual de todos los miembros de la Iglesia; y un autor célebre y nada sospechoso de demasiado exagerado, ó de imaginacion exaltada por una falsa devocion, añade (2): que propiamente en el Calvario fue donde Jesucristo formó su Iglesia. Es evidente que la Vírgen santísima cooperó de un modo especial y singular á esa institucion, pudiendo decirse del mismo modo, que si ella parió sin ningun dolor á Je-

(1) Lib. de sancta virginitate. cap. 6. — (2) *Mons. Nicole:* Instrucciones teológicas y morales sobre la Oracion dominical, Salutacion angélica, etc., Instruc. V, c. 2.

sucristo, cabeza de la Iglesia, parió luego con dolor el cuerpo de aquella cabeza. En el Calvario empezó á ser de una manera particular madre de toda la Iglesia, ó por decirlo de una vez, el mismo Dios para glorificar á la Madre del Redentor, determinó y dispuso que el grande amor de esta interceda por todos aquellos por los cuales su divino Hijo pagó y ofreció el superabundantísimo precio de su sangre preciosa, en la cual solamente *est salus, vita et resurrectio nostra.* En el fundamento de esta doctrina y de todo lo que se halla acorde con ella entiendo explicar mis proposiciones, las que no han vacilado en afirmar hasta los Santos en sus afectuosos coloquios con María, y en sus fervorosos discursos sobre la misma. Uno de los antiguos Padres á quien cita el celebérrimo Vicente Contensone (1), ha escrito: *In Christo fuit plenitudo gratiæ, sicut in capite influente; in Maria vero sicut in collo transfundente*, que es lo que enseña claramente el angélico maestro santo Tomás (2) confirmando todo lo dicho con estas palabras: *Dicitur Beata Virgo plena gratiæ quantum ad tria... Tertio quoad refusionem in omnes homines. Magnum enim est in quolibet sancto, quando habet tantum de gratia quod sufficit ad salutem multorum. Sed quando haberet tantum quod sufficeret ad salutem omnium hominum de mundo, hoc esset maximum; et hoc est in Christo, et in Beata Virgine. Nam in omni periculo potes salutem obtinere ab ipsa Virgine gloriosa. Unde Cant.* IV, Mille clypei, id est, remedia contra pericula, pendent ex ea. *Item in omni opere virtutis potes eam habere in adjutorium, et ideo dicit ipsa Eccl.* XXIV: *In me omnis spes vitæ, et virtutis.*

(1) Theolog. mentis et cordis, tom. II, lib. 10, Dissert. 6, cap. 1. Speculat. 2 in Reflexiones.— (2) Opusc. Exposit. in Salut. angelic. circa med.

INTRODUCCION.

Amado lector y hermano en María, ya que la devocion que me ha decidido á escribir este libro y te mueve á leerlo, nos hace á los dos hijos felices de esta buena Madre; si tal vez oyeses decir que podia haberme ahorrado este trabajo, habiendo ya tantos libros doctos y célebres que tratan de este asunto, te ruego que contestes con las palabras que el abad Brancone dejó escritas en la *Biblioteca de los Padres,* á saber, que la alabanza de María es un manantial tan grande, que cuanto mas se dilata, tanto mas se llena; y cuanto mas se llena, tanto mas se dilata; con lo que viene á decir que esta dichosa Vírgen es tan grande y sublime, que cuanto mas es alabada, tanto mas queda para alabarla; de modo que san Agustin dice que para ensalzarla, segun ella merece, no son suficientes todas las lenguas de los hombres, aun cuando todos sus miembros se convirtieran en lenguas (1).

He visto muchos libros de todos tamaños que tratan de las glorias de María; mas considerando que eran raros ó voluminosos, ó que no correspondian á mi intento, he procurado recopilar concisamente de todos los autores que han llegado á mis manos, como efectivamente lo hago en este libro, las sentencias mas escogidas y edificantes de los santos Padres, y de los teólogos, á fin de procurar á los fieles, con poco trabajo y gasto el inflamarse con su lectura en el amor de María, y particularmente para ofre-

(1) Ad Dion. Cath.

cer á los sacerdotes los oportunos materiales para promover por medio de la predicacion la devocion hácia esta Madre divina.

Los amantes mundanos acostumbran hablar y alabar con frecuencia la persona amada á fin de ver así como los otros la ensalzan y aplauden. Muy débil, pues, ha de suponerse que es el amor de aquellos que se precian de amar á María, sin pensar apenas en hablar de ella y en hacerla amar tambien de los demás. No obran de este modo los verdaderos amantes de aquella amabilísima Señora, pues quisieran ensalzarla en todas partes y verla amada de todo el mundo; de modo que siempre que pueden, tanto pública como privadamente, procuran encender en el corazon de todos aquella hermosa llama de amor con la que se sienten abrasar hácia su querida Reina.

Por lo demás, á fin de que cada cual se convenza de lo mucho que importa, tanto al bien particular, como al público, promover la devocion á María, conviene atender á lo que sobre esto expresan los Doctores. San Buenaventura dice, que los que se ocupan en publicar las glorias de María tienen asegurado el paraíso; y Ricardo de San Lorenzo lo confirma diciendo que el honrar á esta Reina de los ángeles es conseguir la vida eterna (1); porque la agradecidísima Señora, añade el mismo, honrará en la otra vida á los que la honran en este mundo. Y ¿quién ignora la promesa que hizo María á los que procuran hacerla conocer y amar en este suelo? *Los que me glorifican, alcanzarán la vida eterna,* dice ella en el Eclesiástico (2), cuyas palabras la Iglesia le aplica en la fiesta de su Inmaculada Concepcion. Alégrate, pues, decía san Buenaventura, que tanto se ocupó en publicar las alabanzas de María, alégrate, alma mia, y regocíjate alabando á María, porque son muchos los bienes que están preparados para los que la alaban. Y ya que en todas las santas Escrituras, añadia, se habla en alabanza de María, procuremos siempre celebrar con la lengua y con el corazon á esta divina Madre, á fin de que algun dia la misma nos conduzca al reino de los bienaventurados.

En las Revelaciones de santa Brígida se lee, que acos-

(1) De Laud. Virg. lib. 2. — (2) Eccli. xxiv, 31.

tumbrando el beato Emingo, obispo, empezar sus sermones por las alabanzas de María, un dia la misma Vírgen apareció á la Santa y le dijo: Anuncia á aquel Prelado que acostumbra empezar sus sermones por mis alabanzas, que yo quiero ser su madre, y que presentaré su alma á Dios, y tendrá una buena muerte (1). En efecto, murió en olor de santidad, orando y con una paz celestial. A otro religioso dominico que concluia todos sus sermones hablando de María, en la hora de la muerte se le apareció tambien, le defendió del demonio, le confortó, y se llevó consigo su alma dichosa (2). Por fin, el devoto Tomás de Kempis representa á María recomendando de este modo á su Hijo al que publica sus alabanzas: *Hijo mio, compadécete del alma del que te ama á tí y me alaba á mí* (3).

En cuanto á la ventaja de los hombres en general, san Anselmo dice, que habiendo sido el seno sacrosanto de María la via de salvacion para los pecadores, es imposible que estos no se conviertan y se salven con los sermones sobre las alabanzas de la Vírgen (4). Y si es verdadera la sentencia, como la tengo por verdadera é indudable, conforme probaré en el capítulo VI de este libro, que todas las gracias solo se dispensan por las manos de María, y que todos los que se salvan lo consiguen por la intercesion de esta divina Madre, por necesaria consecuencia puede decirse que la salvacion de todos depende de alabar á María y de la confianza en su intercesion. Sabemos que así san Bernardino de Sena santificó la Italia, y santo Domingo convirtió tantas provincias. San Luis Beltran nunca dejaba de exhortar en sus sermones á la devocion hácia María, y así otros muchos.

Yo leo entre otros, que el P. Pablo Señeri Junior, célebre misionero, en todas sus misiones hacia siempre un sermon sobre la devocion á María, al que llamaba su discurso predilecto. Y nosotros en nuestras misiones, en las que tenemos por regla invariable no omitir jamás el sermon en honor de la Vírgen, podemos atestiguar que por lo regular ningun otro sermon produce tanto provecho y compuncion entre el pueblo como el que se hace sobre la mi-

(1) Rivel. cap. 14. — (2) Ap. il P. Auriem. — (3) Serm. XX, an. Nov. — (4) S. Ansel. lib. 3, de Exc. V, cap. 1.

sericordia de María. Y digo sobre la misericordia de María, porque segun san Bernardo, aunque alabemos su humildad y admiremos su virginidad, como somos pobres pecadores, nos atrae y agrada mas oir hablar de su misericordia, porque esta es la que abrazamos mas gustosos, aquella de que nos acordamos mas á menudo y la invocamos con mas frecuencia (1). Esta es la razon porque en este libro, dejando á cargo de los otros autores el describir las demás prerogativas de María, me he propuesto hablar principalmente de su grande misericordia y de su poderosa intercesion, habiendo recopilado, en cuanto me ha sido posible, con el trabajo de muchos años, todo lo que los santos Padres y los autores mas célebres han escrito sobre la misericordia y el poder de María. Y como en la grande oracion de la *Salve,* que se halla aprobada hace tiempo por la misma Iglesia, la cual ordenó que la mayor parte del año todo el clero regular y secular la rezara, se hallan maravillosamente descritos la misericordia y el poder de la santísima Vírgen, me he propuesto explicar en primer lugar esta devotísima oracion en distintos discursos. Además, he creido que no dejaria de ser muy agradable á los devotos de María añadirles las lecciones ó discursos sobre sus fiestas principales y sobre las virtudes de esta divina Madre, poniéndoles al fin las prácticas de los obsequios mas usados por sus siervos, y que han obtenido mayor aprobacion de la Iglesia.

Piadoso lector, si esta obrita tal vez te agrada, como espero, te ruego que me encomiendes á la santísima Vírgen para que me infunda una grande confianza en su proteccion. Pide para mí esta gracia, que yo te prometo pedirla á mi vez para tí, sea quien fuere el que me haga esta caridad.

¡Oh dichoso el que se ase con amor y confianza á estas dos áncoras de salvacion, digo á Jesús y á María, porque ciertamente no se perderá! Digamos, pues, entrambos de todo corazon, lector mio, con el devoto Alfonso Rodriguez: «Jesús y María, dulces objetos de mi amor, pa«dezca por vosotros, muera por vosotros, sea todo vues«tro y nada mio (2).» Amemos á Jesús y á María, y san-

(1) Serm. IV de Assumpt. — (2) Ap. Auriem. Aff. Scamb.

tifiquémonos, pues es la mayor fortuna que podamos pretender y esperar. Adios. Hasta que un dia nos veamos en el paraíso á los piés de esta dulcísima Madre y de este amantísimo Hijo, para alabarles, darles gracias, y amarles juntamente cara á cara por toda la eternidad.

ORACION

Á LA BIENAVENTURADA VÍRGEN PARA ALCANZAR UNA BUENA MUERTE.

Ó María, dulce refugio de los miserables pecadores, cuando mi alma haya de partir de este mundo, mi dulcísima Madre, por aquel dolor que experimentásteis presenciando la muerte de vuestro Hijo sobre la cruz, asistidme entonces con vuestra misericordia. Alejad de mí los enemigos del infierno, venid á recibir mi alma y á presentarla al Juez eterno. Ó Reina mia, no me abandoneis. Dignaos ser, despues de Jesús, mi ayuda en aquel trance terrible. Rogad á vuestro Hijo que por su bondad me conceda morir entonces abrazando vuestros piés, y exhalar mi alma dentro de sus santas llagas, diciendo: Jesús y María, os doy el corazon y el alma mia.

LAS

GLORIAS DE MARÍA.

PARTE PRIMERA.

CAPÍTULO I.

DIOS TE SALVE, REINA Y MADRE DE MISERICORDIA.

§ I. — *Cuánta debe ser nuestra confianza en María, por ser Reina de Misericordia.*

Habiendo sido elevada la santísima Vírgen á la dignidad de Madre del Rey de los reyes, con justa razon la santa Iglesia la honra, y quiere que todos la honren con el glorioso título de Reina. Si el Hijo es Rey, dice san Atanasio, la Madre propia y verdaderamente ha de tenerse por Reina (1). Desde el instante en que consintió en aceptar el ser Madre del Verbo, añade san Bernardino de Sena, mereció ser hecha la Reina del mundo y de todas las criaturas (2). Si la carne de María no fue dividida de la de Jesús, ¿cómo podrá la Madre ser separada de la monarquía del Hijo? Así raciocina san Arnoldo abad; por lo que debemos creer que la gloria del reino no solo es comun entre la Madre y el Hijo, sino que es del todo la misma (3).

Si Jesús es el Rey del universo, dice el abad Ruperto,

(1) Serm. de Deip. — (2) Tom. 2, § 51. — (3) S. Arnald. de Laud. Virg.

María es tambien Reina del orbe, de modo que como observa san Bernardino de Sena, tantas criaturas como sirven á Dios, deben servir tambien á María; y estando sujetos á Dios los Angeles, los hombres y todas las criaturas que se hallan en el cielo y sobre la tierra, lo están tambien á la Vírgen (1). Por lo que, el abad Guerrico dirigiéndose á la divina Madre, le dice: «Proseguid, ó María, «proseguid segura en dominar, disponed tambien á vuestro arbitrio de los bienes de vuestro Hijo, pues siendo «Madre y esposa del Rey del Universo, se os debe como «Reina el reino y el dominio sobre todas las criaturas.»

María es, pues, Reina; pero sepa cada uno para comun consuelo, que es una Reina llena de dulzura y de clemencia y dispuesta á dispensar los beneficios á nosotros miserables. Por esto la santa Iglesia quiere que la saludemos en esta oracion y la llamemos *Reina de misericordia*. El mismo nombre de Reina, segun observa el beato Alberto Magno, significa piedad y providencia hácia los pobres, á diferencia del nombre de emperatriz que significa rigor y severidad. La grandeza de los reyes y de las reinas consiste en aliviar á los desgraciados, segun dice Séneca; por lo que, así como los tiranos solo gobiernan por su propio interés, los reyes deben tener por objeto el bien de los súbditos; y de aquí proviene el que en la consagracion de aquellos se les unge la cabeza con óleo, símbolo de misericordia, para denotar que mientras reinan deben tener presentes ante todo la piedad y la beneficencia hácia sus súbditos.

Los reyes, pues, han de ejercer principalmente las obras de misericordia, pero no de modo que se olviden de usar la justicia con los reos cuando convenga. No sucede así con María, la cual aunque sea Reina, no lo es de la justicia, que se propone el castigo de los malhechores, sino de la misericordia, que solo procura la piedad y el perdon de los pecadores; y por esto la Iglesia quiere que todos expresamente la llamemos Reina de misericordia. Considerando el gran canciller de París Juan Gerson las palabras de David: «Oí estas dos cosas; que el poder se halla en «Dios, y tú, Señor, eres misericordioso (2),» dice que consistiendo el reino de Dios en la justicia y en la miseri-

(1) Tom. II, c. 61. — (2) Psalm. LXI, 12.

cordia, el Señor lo dividió, habiéndose reservado para sí el reino de la justicia, y cedido el de la misericordia á María, ordenando que todas las misericordias que se dispensasen á los hombres pasen por las manos de la misma, y que ella las distribuyera á su voluntad. Hé aquí las palabras de Gerson: «El reino de Dios consiste en el «poder y en la misericordia; y habiéndose reservado Dios «el poder, cedió en cierto modo la parte de la misericor«dia á la Madre, que es la Reina (1); lo que confirma «santo Tomás en el prefacio á sus Epístolas canónicas «diciendo, que cuando la santísima Vírgen concibió en «su seno al Verbo divino y lo parió, obtuvo la mitad del «reino de Dios, siendo ella Reina de la misericordia y Je«sucristo Rey de Justicia.»

El eterno Padre constituyó á Jesucristo Rey de justicia, y por esto le hizo Juez universal del mundo; por lo que cantó el Profeta: «Dad, ó Dios, al Rey vuestro juicio, y «vuestra justicia al Hijo del Rey (2).» Sobre lo que, replica un docto intérprete diciendo: Señor, habeis dado á vuestro Hijo la justicia, *porque disteis vuestra misericordia á la Madre del Rey*. Así es que san Buenaventura interpretando dicho versículo de David, dice muy bien: «Dad, ó «Dios, vuestra justicia al Rey, y vuestra misericordia á su «Madre.» Del mismo modo se expresa Ernesto, arzobispo de Praga, diciendo que el eterno Padre dió al Hijo el oficio de juzgar y castigar, y á la Madre el de compadecerse de los miserables y aliviarles. Por esto el mismo profeta David predijo que el mismo Dios consagró, por decirlo así, á María por Reina de misericordia, ungiéndola con el óleo de alegría (3), á fin de que todos nosotros, míseros hijos de Adan, nos alegrásemos al pensar que tenemos en el cielo á esta grande Reina toda llena de uncion, de misericordia y de piedad hácia nosotros, como dice san Buenaventura (4).

Fundado en este mismo sentido el beato Alberto Magno aplica muy bien la historia de la reina Esther, la cual fué figura de nuestra reina María. En el libro de Esther, capítulo IV, se lee, que reinando Asuero se publicó un de-

(1) P. 1 Er. 4, S. Ming. — (2) Psalm. LXXI, v. 1.
(3) Psalm. XLIV, 8. — (4) S. Bon. in spec. c. 7.

creto en el cual se ordenaba la muerte de todos los judíos. Entonces Mardoqueo, que era uno de los sentenciados, recomendó la vida de ellos á Esther, y que intercediese con el Rey á fin de conseguir la revocacion de la sentencia. Al principio Esther, no quiso acceder á esta demanda, temiendo aumentar la indignacion de Asuero; pero Mardoqueo la reprendió, y le envió á decir que no pensase en salvarse ella sola, porque el Señor la habia colocado sobre el trono para librar á todos los judíos (1). De este modo habló Mardoqueo á la reina Esther, y así nosotros, infelices pecadores, pudiéramos tambien decir á nuestra reina María, si alguna vez rehusase conseguir de Dios el perdon del castigo que justamente merecemos: No creais, Señora, que Dios os haya elevado á la dignidad de Reina del universo solamente para cuidar de vuestro bien, sino para que, siendo tan grande, podais compadeceros mas, y socorrer mejor á nosotros miserables.

Cuando Asuero vió á Esther en su presencia, le preguntó tiernamente qué era lo que habia venido á pedirle; á lo que contestó la Reina: «Rey mio, si he hallado gracia «en tus ojos, dame á mi pueblo, por el cual imploro tu «clemencia;» y acogiendo Asuero su súplica, ordenó luego que se revocase la sentencia. De consiguiente, si Asuero concedió á Esther la vida de los judíos, porque la amaba, ¿cómo podrá Dios dejar de oir á María, á quien profesa un amor inmenso, cuando le ruega por los miserables pecadores que se encomiendan á ella? Mi Rey y mi Dios, le dice, si he hallado gracia en tí (bien sabe la divina Madre que ella es la bendita, la bienaventurada y la única entre todos los hombres que puede hallar la gracia que estos perdieran; cómo tambien que ha sido la escogida por el Altísimo y amada mas que todos los Santos y Angeles juntos); Señor, si me amas, concédeme la salvacion de estos pecadores por quienes te suplico. ¿Será posible que Dios no la oiga? ¿Y quién ignora la fuerza que las súplicas de María tienen delante de Dios? Todos sus ruegos son como una ley establecida por el Señor para usar de misericordia con todos aquellos por quienes la Vírgen intercede (2). Pregunta san Bernardo, ¿por qué la Igle-

(1) Esth. IV, 13. — (2) Proverb. XXXI, 26.

sia llama á María *Reina de misericordia?* Y contesta, para que nosotros creamos que ella abre el abismo de la misericordia de Dios al que quiere, cuándo y cómo quiere; de manera que no hay ningun pecador, por enormes que sean sus pecados, que se pierda, si María le protege (1).

Mas ¿acaso podemos temer que María rehuse interponerse por algun pecador, aun cuando se halle muy cargado de pecados, ó debe arredrarnos la majestad y santidad de esta gran Reina? No, dice san Gregorio; porque cuanto es mas elevada y santa, es tanto mas dulce y clemente con los pecadores que quieren enmendarse y recurren á ella (2). Los reyes y las reinas, con la majestad que ostentan, infunden miedo y hacen que los súbditos teman presentarse ante ellos; pero, ¿qué temor, dice san Bernardo, pueden tener los miserables de acudir á esta Reina de misericordia, toda vez que nada de terrible ni de austero encuentra el que se dirige á ella, sino tan solo dulzura y suavidad (3)? María no solamente da, sino que á todos nos ofrece leche y lana. Leche de misericordia para animar nuestra confianza, y lana de refugio para librarnos de los rayos de la justicia divina.

Suetonio refiere del emperador Tito, que este no sabia negar ninguna gracia al que se la pedia, de modo que á veces prometia mas de lo que podia cumplir, y contestaba al que le advertia sobre esto, que el príncipe no debia despedir descontento á ninguno de los que hubiese admitido á su presencia. Así se expresaba Tito, pero en los hechos tal vez muchas veces mentia ó faltaba á las promesas, pero nuestra Reina no puede mentir, y puede alcanzar para sus devotos cuanto quiere. Además, tiene un corazon tan benigno y piadoso, segun dice Ludovico Blosio, que no permite que ninguno de los que la rueguen se vaya descontento (4). Pero ¿cómo podrias ó María rehusar el socorro á los miserables, siendo la Reina de la misericordia? ¿Y quiénes son los súbditos de la misericordia, sino los miserables? Así le habla san Bernardo, y le dice: Vos sois la Reina de la misericordia, y yo el mas infeliz de los pecadores; por lo que si soy el peor de vues-

(1) S. Bern. in Salve Reg. — (2) Lib. I, Ep. XLVII.
(3) S. Bern. super sing. magn. — (4) Lib. 4, cap. 12.

tros súbditos, vos debeis cuidar mas de mí que de todos los demás.

Compadeceos, pues, de nosotros, ó Reina de misericordia, y pensad en salvarnos. No nos digais, ó Vírgen sacrosánta, parece que añade san Gregorio Nicomediense, que no podeis ayudarnos á causa de la multitud de nuestros pecados, porque es tal el poder de vuestra conmiseracion, que ningun número de culpas puede nunca aventajarlo.

Nada, dice, resiste á vuestro poder, porque vuestro Criador, que tambien lo es de todos, honrándoos á Vos que sois su Madre, estima como suya vuestra gloria (1). Y quiere decir, que aun cuando María debe un reconocimiento infinito al Hijo por haberla elegido para madre suya, no obstante no puede negarse que Jesucristo está muy obligado á esta madre por haberle dado el ser de hombre; por lo que para recompensar Jesús debidamente á María, complaciéndose en su gloria, la honra especialmente oyendo siempre sus ruegos.

Cuánta debe ser, pues, nuestra confianza en esta Reina, sabiendo el grande poder que tiene para con Dios, y que además es tan rica y llena de misericordia, que no hay uno solo entre los vivientes que no participe de la piedad y de los favores de María. Así lo reveló la misma bienaventurada Vírgen á santa Brígida (2): Yo soy, la dijo, la Reina del cielo y la Madre de la misericordia; yo soy la alegría de los justos, y la puerta para introducir los pecadores á Dios. No hay sobre la tierra pecador que viva tan perdidamente y sea tan malvado, que se halle privado de mi misericordia; porque aun cuando todos no obtuvieran otro favor, por mi intercesion reciben la gracia de ser menos tentados por el demonio, de lo que de otra manera lo serian (3). Ningun pecador, añadió, á no ser que haya sido absolutamente maldecido (lo que debe entenderse con la final é irrevocable maldicion de los condenados), ninguno, dijo, se halla tan abandonado de Dios que si me invoca en su ayuda, no vuelva á su gracia, y obtenga su misericordia. Todos me llaman Madre de misericordia, y verdaderamente la misericordia de Dios há-

(1) D. Greg. Nicom. Or. de exitu B. M. — (2) Rev. lib. 1, cap. 6. — (3) Ibid.

cia los hombres me ha hecho tan misericordiosa con ellos; por esto será desdichado, y por toda una eternidad, el que pudiendo en esta vida acudir á mí, que soy con todos tan compasiva y deseo tanto ayudar á los pecadores, no lo hace, y se condena.

Acudamos, pues, pero siempre á los piés de esta dulcísima Reina, si queremos asegurar nuestra salvacion; y si nos arredra y desanima la vista de nuestros pecados, reflexionemos que María fue hecha Reina de misericordia á fin de salvar con su proteccion á los pecadores mas grandes y perdidos que se encomiendan á ella. Estos han de ser su corona en el cielo, como lo dice su divino Esposo (1): «Ven, baja del Líbano, Esposa mia, ven del Líba«no, ven y serás coronada... de esas cavernas de leones, «de esos montes en que habitan los leopardos.» Y ¿cuáles son estas guaridas de fieras y mónstruos, sino los infelices pecadores, cuyas almas se transforman en cuevas de pecados, mónstruos los mas horrorosos que puedan hallarse? De estos miserables pecadores, pues, salvados por vuestra intercesion, como dice el abad Ruperto comentando este texto, seréis, ó gran Reina María, coronada despues en el paraíso; pues su salvacion será vuestra corona bien digna y propia de una Reina de misericordia (2). A este propósito léase el siguiente

EJEMPLO.

En la vida de Santa Catalina de San Agustin, se refiere, que en el lugar donde habitaba esta sierva del Señor, vivia una mujer llamada María, la cual fue pecadora en su juventud, y habiendo llegado á la vejez proseguia obstinadamente en su perversidad, de modo que desechada de los ciudadanos y desterrada á vivir en una gruta fuera de su país, murió allí medio consumida, abandonada de todos, y sin haber recibido los Sacramentos, por lo que fue enterrada en el campo como una bestia. Sor Catalina, que acostumbraba encomendar con grande afecto á Dios las almas de aquellos que pasaban á la otra vida, despues de haber sabido la desgraciada muerte de esta infeliz vieja,

(1) Cant. IV, 8. — (2) Rup. Vid. lib. 2 in Cant.

no pensó en rogar por ella, teniéndola, como ya la tenian todos, por condenada. Habiendo transcurrido cuatro años, hé aquí que un dia se le apareció delante una alma del purgatorio que le dijo: Sor Catalina, ¡cuán desgraciada es mi suerte! Tu encomiendas á Dios el alma de todos los que mueren, ¿y únicamente no te has compadecido de la mia? — ¿Y quién eres? dijo la sierva de Dios. — Soy, contestó, aquella pobre María que murió en la gruta. — ¿Cómo has podido salvarte? replicó sor Catalina.—Si me he salvado, dijo, ha sido por la misericordia de la Vírgen María.—¿Y cómo?—Cuando en mis últimos momentos me ví abandonada de todos y considerándome tan cargada de pecados, me dirigí á la Madre de Dios, y le dije: Señora, Vos sois el refugio de los desamparados; vedme en este momento, abandonada de todos; Vos sois mi única esperanza, solo Vos podeis ayudarme, compadeceos de mí. La Vírgen santísima me alcanzó un acto de contricion, morí, y me salvé; y aun mi Reina me ha concedido la gracia de que mi pena se abreviase, compensando con la intensidad de los padecimientos lo que debiera purgar en muchos años. Solo me faltan algunas misas para salir del purgatorio; te ruego que me las hagas decir, y te prometo que rogaré siempre por tí á Dios y á María. Sor Catalina le hizo celebrar luego las misas, y hé aquí que despues de algunos dias se le volvió á presentar aquella alma mas resplandeciente que el sol, y le dijo: Te doy las gracias, Catalina; ya me voy al paraíso á cantar la misericordia de mi Dios y á rogar por tí.

ORACION.

¡Ó Madre de mi Dios! ¡Ó María mi Señora! De la misma manera que se presenta á una gran reina un pobre llagado y andrajoso, me presento á Vos, que sois la reina del cielo y de la tierra. Desde el excelso trono en que estais sentada, os ruego que no os desdeñeis de volver vuestros ojos hácia este infeliz pecador. Por esto Dios os ha enriquecido tanto para socorrer á los pobres, y os ha constituido Reina de la misericordia á fin de que podais aliviar á los miserables. Miradme, pues, y tened piedad

de mí. Miradme, y no me abandoneis hasta haberme convertido de pecador en santo. Conozco bien que nada merezco, antes bien que por mi ingratitud debiera ser despojado de todas las gracias que he recibido del Señor por vuestra intercesion. Pero Vos, que sois la reina de las misericordias, no buscais méritos, sino miserias para socorrer á los necesitados. ¿Y quién hay que sea mas pobre y necesitado que yo?

¡Ó Vírgen excelsa! No ignoro que siendo Vos la Reina del universo, sois tambien la mia; pero yo quiero consagrarme aun mas particularmente á vuestro servicio, á fin de que Vos dispongais de mí como os plazca. Por lo que, os digo con san Buenaventura: «Regidme, Reina mia, y «no me abandoneis á mí mismo.» Mandadme, empleadme á vuestro arbitrio y castigadme tambien cuando no os obedezca, pues los castigos que me vendrán de vuestras manos no dejarán de serme muy saludables. Prefiero ser vuestro siervo, á dominar todo el mundo. Aceptadme, ó María, por vuestro y como á tal pensad en salvarme; ya no quiero ser mas mio, á Vos me entrego; y si hasta ahora os he servido tan mal, habiendo perdido tan bellas ocasiones de honraros, en lo sucesivo quiero unirme á vuestros mas amantes y fieles siervos. No, no quiero que de hoy en adelante nadie me aventaje en honraros y amaros, amantísima Reina mia. Así os lo prometo, y así confio practicarlo con vuestra ayuda. Amen.

§ II. — *Cuánto mayor debe ser nuestra confianza en María por ser ella nuestra Madre.*

No sin motivo ni en vano los devotos de María la llaman Madre, y parece que no saben invocarla con otro nombre, y no se sacian de llamarla siempre Madre. Sí, Madre, porque María es verdaderamente nuestra Madre, no solamente carnal, sino espiritual de nuestras almas y de nuestra salvacion. Cuando el pecado privó á nuestras almas de la divina gracia, las privó tambien de la vida; por lo que habiendo permanecido miserablemente muertas, Jesús nuestro Redentor, por un exceso de misericordia y de amor, vino á recobrarnos con su muerte sobre la cruz

esta vida perdida, como él mismo lo declaró: «He venido «para que tengan vida, y la tengan con mas abundan- «cia (1).» *Con mas abundancia*, porque dicen los teólogos, Jesucristo con su redencion nos trajo mas bienes, que daños nos causó Adan con su pecado. Por lo que, reconciliándonos con Dios, se hizo Padre de las almas de la nueva ley de gracia, segun ya lo predijo el profeta Isaías: «El padre del siglo venidero, príncipe de paz (2).» Mas si Jesucristo fue el Padre de nuestras almas, María fue la Madre, porque dándonos á Jesús, nos dió la verdadera vida; y ofreciendo despues en el Calvario la vida del Hijo, puede decirse que entonces nos dió á luz á la vida de la divina gracia.

En dos épocas, pues, como nos enseñan los santos Padres, María se hizo nuestra Madre espiritual; primeramente cuando mereció concebir en su seno virginal al Hijo de Dios, como dice el beato Alberto Magno; lo que mas distintamente aun nos da á entender san Bernardino de Sena, diciendo, que cuando la Vírgen santísima en la anunciacion del Angel dió el consentimiento que el Verbo eterno aguardaba para hacerse su Hijo, ya pidió á Dios con inmenso afecto nuestra salvacion; y que de tal modo se dedicó á procurarla, que desde entonces nos llevó á su seno como amorosísima Madre (3). Hablando san Lucas del nacimiento de nuestro Salvador, dice que María parió á su primogénito (4). De consiguiente, dice un autor, si el Evangelista afirma que entonces la Vírgen dió á luz al primogénito, ha de suponerse que despues tuvo otros hijos. Pero, añade el mismo autor: si es de fe que María no tuvo otros hijos carnales fuera de Jesús, luego hubo de tener otros hijos espirituales, y estos somos todos nosotros. Esto mismo reveló el Señor á santa Gertrudis, la cual leyendo un dia dicho texto del Evangelio quedó confusa, no pudiendo comprender cómo siendo María madre de Jesucristo, pudo decirse que este fue su primogénito, segun la carne; y Dios le explicó que Jesucristo fue su primogénito, segun la carne, pero que los hombres fueron los hijos segundos, segun el espíritu. Del mismo modo debe entenderse lo que se dice de María en

(1) Joan. x, 10. — (2) Isai. ix, 6. — (3) Tr. de B. V. serm. VI. — (4) Luc. ii, 7.

los sagrados Cantares: «Tu fecundo seno como un monton de trigo rodeado de azucenas (1).» Es decir, como explica san Ambrosio, que aun cuando en el seno purísimo de María solamente se halló un granito de trigo, que fue Jesucristo, no obstante, se dice monton de trigo, porque en aquel solo granito se hallaban encerrados todos los elegidos, de los cuales María debia tambien ser Madre (2). Ved aquí por qué san Guillermo abad escribió: «Pariendo María á Jesús, que es nuestro Salvador y «nuestra vida, dió tambien á luz á todos nosotros para la «salud y la vida (3).»

La segunda época en que María nos engendró á la gracia fue cuando en el Calvario, con el corazon traspasado de dolor, ofreció al Padre eterno, la vida de su amado Hijo por nuestra salvacion. Por lo que san Agustin atestigua que habiendo cooperado entonces con su amor á que los fieles naciesen á la vida de la gracia, se hizo tambien con esto Madre espiritual de todos nosotros, que somos miembros de nuestra cabeza Jesucristo (4). Esto cabalmente significa lo que se dice de la bienaventurada Vírgen en los sagrados Cantares: «Me puso guarda de viñas; mi propia viña no la guardé (5).» Esto es: María para salvar nuestras almas convino en sacrificar con la muerte la vida de su Hijo. Así lo comenta Guillermo. Y ¿cuál era el alma de María, sino su Jesús, que constituia su vida y todo su amor? Por esto el santo Simeon le profetizó que algun dia su bendita alma habia de ser traspasada con una espada muy dolorosa (6), siendo puntualmente esta la lanza que traspasó el costado de Jesús, que era el alma de María. Desde entonces fue que ella con sus dolores nos dió á luz á la vida eterna, pudiendo todos nosotros llamarnos hijos de los dolores de María. Esta amorosísima Madre nuestra estuvo siempre unida á la divina voluntad: por lo cual reflexiona san Buenaventura, que viendo ella el amor del eterno Padre hácia los hombres, el cual queria que su Hijo muriese por nuestra salvacion, y el amor de este en querer morir por nosotros; para conformarse con este excesivo amor del Padre y del

(1) Cant. VII, 2. — (2) S. Ambr. de Instit. Virg. — (3) Cant. IV, 13.
(4) De Virgin. cap. 6. — (5) Cant. I, 5. — (6) Luc. II, 35.

Hijo hácia el género humano, ella tambien se conformó, y consintió con toda su voluntad en que su Hijo muriese, á fin de que nosotros nos salvásemos (1).

Es verdad que Jesús al morir por la redencion del género humano quiso ser solo: «Yo solo pisé el lagar (2);» mas al ver el gran deseo de María de emplearse tambien en la salvacion de los hombres, dispuso que ella con el sacrificio y el ofrecimiento de este su mismo Jesús cooperase á nuestra salvacion, haciéndose así Madre de nuestras almas. Esto es lo que significó nuestro Salvador, cuando antes de espirar, mirando desde la cruz á la Madre y al discípulo san Juan que estaban cerca de allí, primeramente dijo á María: «Hé aquí á tu Hijo (3);» como si dijese: aquí tienes al hombre, que con la ofrenda que haces de mi vida por su salvacion, ya nace á la gracia; y despues volviéndose al discípulo: «Hé aquí á tu Madre (4);» con cuyas palabras, dice san Bernardino de Sena, María fue hecha Madre, no solo de san Juan, sino de todos los hombres, á causa del amor que les tuvo (5). Por esto, como reflexiona Silveira, notando el mismo san Juan este hecho en su Evangelio, escribió: «Despues dice al «discípulo: Hé aquí á tu Madre (6).» En lo que debe notarse que Jesucristo no dijo esto á Juan, sino al discípulo, para significar que el Salvador señaló á María por Madre comun de todos aquellos que siendo cristianos tienen el nombre de discípulos suyos.

«Yo soy la Madre del amor hermoso,» dice María (7); porque su amor, que como un autor expresa (8), embellece nuestras almas á los ojos de Dios, hace que ella, cual Madre amorosa, nos reciba como hijos. Y ¿qué madre, dice san Buenaventura, ama como Vos á sus hijos, dulcísima Reina nuestra? ¿Qué madre procura su bien, como Vos nos amais y procurais el nuestro?

¡Dichosos aquellos que viven bajo la proteccion de una Madre tan tierna y poderosa! El profeta David, aunque en su tiempo no habia aun nacido María, sin embargo pedia la salud á Dios titulándose hijo de la Vírgen, y decia:

(1) S. Bonav. — (2) Isai. LXIII, 3. — (3) Joan. XIX, 26. — (4) Ibid. XIX, 27.
(5) Tom. I, serm. 55. — (6) Joan. XIX. — (7) Eccli. XXIV, 24.
(8) Paciucch. de B. V.

«Salva al hijo de tu sierva (1).» ¿De qué sierva? dice san Agustin, *De la que dice: Hé aquí la sierva del Señor*. Y ¿quién se atreverá, dice el cardenal Belarmino, á arrancar á estos hijos del seno de María despues de haber recurrido ahí para salvarse de los enemigos? ¿Qué furia del infierno, qué tentativa podrá vencerles, si ponen su confianza en la proteccion de esta grande Madre (2)? Se dice de la ballena, que cuando ve á sus hijos en peligro, ya por la tempestad, ya por los cazadores, abre la boca y los introduce en su seno. Del mismo modo, dice Novarino, cuando María ve á sus hijos en mayor peligro por la tempestad de las pasiones que se embravece, ¿qué hace? Entonces los guarece amorosamente como dentro de sus propias entrañas; allí les protege, y no cesa de custodiarlos hasta que los deja en el puerto seguro del paraíso. ¡Ó Madre tierna y piadosísima! Sed siempre bendita, y sea siempre bendito aquel Dios que nos ha dado á Vos por Madre y por seguro refugio en todos los peligros de esta vida. La misma Vírgen reveló á Santa Brígida (3) que así como una madre si viese á su hijo entre las espadas de los enemigos, haria todos los esfuerzos para salvarle, así, dijo, lo hago y haré con mis hijos, aunque pecadores, siempre que acudan á mí para que les socorra. Hé aquí, pues, como en cualquier combate contra el infierno saldrémos siempre infaliblemente victoriosos acudiendo á la Madre de Dios y Madre nuestra, diciendo y repitiendo siempre: «Santa Madre de Dios, bajo tu proteccion nos «acogemos. Santa Madre de Dios, bajo tu proteccion nos «acogemos.» ¡Oh cuántas victorias han alcanzado del infierno los fieles acudiendo á María con esta breve, pero poderosísima oracion! De este modo la gran sierva de Dios, sor María del Crucificado, benedictina, vencia siempre al demonio.

Regocijaos, pues, ó hijos de María, sabed que ella acepta por hijos suyos á todos aquellos que quieren serlo; regocijaos, ¿qué temor teneis de perderos, cuando esta Madre os defiende y protege? Dice san Buenaventura que el que ama á esta buena Madre y confia en su proteccion, debe animarse y decir: «¿Qué temes, alma mia? No te-

(1) Psalm. LXXXV, 16. — (2) Bel. de sept. verb. — (3) Lib. 4, cap. 38.

«mas, que la causa de tu eterna salvacion no se perderá, «hallándose la sentencia en manos de Jesús, que es tu «hermano, y de María, que es tu Madre.» Y san Anselmo sobre el mismo pensamiento exclama lleno de gozo y nos anima diciendo: «¡Ó dichosa confianza, ó seguro refugio; «la Madre de Dios es tambien Madre mia! ¿Con qué se«guridad, pues, hemos de esperar, pendiendo nuestra «salvacion de un hermano tan bueno y de tan piadosa Ma«dre (1)?» Hé aquí, pues, que nuestra Madre nos llama y dice: «El que es párvulo venga á mí (2).» Los niños tienen siempre en la boca el nombre de la madre, y al menor peligro que pasan, al menor susto que tienen, de repente levantan la voz y dicen: «¡Madre, madre!» ¡Ah María, la mas tierna y amorosa de las madres! Esto es precisamente lo que deseais, que como niños os llamemos siempre en nuestros peligros, y acudamos siempre á Vos, porque quereis ayudarnos y salvarnos, como habeis salvado á todos los hijos que á Vos han recurrido.

EJEMPLO.

En la Historia de las fundaciones hechas por la Compañía de Jesús en el reino de Nápoles (3) se refiere de un noble jóven escocés llamado Guillermo Elfinstonio, pariente del rey Jacobo, que habiendo nacido en la herejía, seguia aquella falsa secta, pero iluminado con la luz divina que le iba descubriendo los errores, fué á Francia, en donde con el auxilio de un buen Padre jesuita, tambien escocés, y mas con la intercesion de María santísima, al fin conoció la verdad, abjuró la herejía, y se hizo católico. Despues pasó á Roma, en donde hallándole un cierto amigo suyo muy afligido y lloroso, le preguntó la causa. El jóven respondió que por la noche se le habia aparecido su madre condenada diciéndole: «Hijo, ¡feliz «tú que has ingresado en la verdadera Iglesia; yo por «haber muerto en la herejía, estoy para siempre perdi«da!» Desde aquella aparicion la devocion del jóven hácia María fue mucho mas fervorosa, eligiéndola por su única Madre; y ella le inspiró el pensamiento de hacerse

(1) In Depr. ad V. — (2) Prov. IX, 4. — (3) Lib. 1, cap. 7.

religioso, de lo que él hizo voto; pero hallándose enfermo fué á Nápoles á fin de restablecerse mudando de aires, y allí dispuso el Señor que allí acabase sus dias, y muriese religioso, porque habiendo enfermado de muerte poco despues de su arribo á dicha ciudad, con sus ruegos y lágrimas alcanzó de los superiores que le admitiesen; por lo que en presencia del santísimo Sacramento, cuando se le administró el Viático, hizo sus votos, y fue declarado miembro de la Compañía. Concluida la ceremonia, enternecia á todos con las afectuosas acciones de gracias que dirigia á María santísima, su Madre, por haberle arrancado de la herejía y conducido á morir en la verdadera Iglesia y en la casa de Dios en medio de los religiosos sus hermanos. Por esto exclamaba: «¡ Ó cuán «glorioso es el morir en medio de tantos ángeles!» Cuando le exhortaban para que procurase descansar, contestaba: ¡ Ah! no es tiempo de descansar ahora que se acerca el fin de mis dias. Antes de morir dijo á los que se hallaban presentes: Hermanos, ¿no veis aquí á los Ángeles del cielo que me asisten? Y habiendo oido uno de aquellos religiosos que murmuraba algunas palabras entre dientes, le preguntó ¿qué decia? á lo que le contestó, que el Ángel de su guarda, le habia revelado que estaria muy poco tiempo en el purgatorio, y que luego seria trasladado al paraíso. Continuando despues los coloquios con su dulcísima Madre María, y repitiendo: «Madre, Madre,» lo mismo que un niño que se echa en los brazos de su madre para descansar, espiró plácidamente, y pocos dias despues un devoto religioso supo por revelacion que ya se hallaba en el cielo.

ORACION.

¡ Ó mi santísima Madre! ¿Cómo es posible que teniendo yo una madre tan santa haya de ser tan malo? ¿Una madre que toda ella se abrasa en amor hácia Dios, y que yo haya de amar á todas las criaturas? Una madre tan rica de virtud, y que yo haya de ser tan pobre? ¡ Ah mi amabilísima Madre! Verdaderamente no merezco ya ser vuestro hijo, porque con mi mala vida me he hecho muy

indigno de ello. Me contento con que me recibais por vuestro siervo; y para ser admitido entre vuestros mas viles esclavos, estoy pronto á renunciar todos los reinos de la tierra. Sí, me contento, pero no me prohibais por esto llamaros mi madre. Este nombre me deja eternamente consolado, me enternece y me recuerda la obligacion que tengo de amaros. Este nombre me anima á confiar mucho en Vos. Cuanto mas me atemorizan mis pecados y la divina justicia, me siento mas animado al pensar que Vos sois mi Madre. Permitidme, pues, que os diga: «¡Ma«dre mia, mi amabilísima Madre!» Así os llamo y quiero siempre llamaros. Vos despues de Dios habeis de ser siempre mi esperanza, mi refugio y mi amor en este valle de lágrimas. Así confio morir, entregando en aquel último momento mi alma en vuestras santas manos diciendo: Madre mia, Madre mia, María, ayudadme y compadeceos de mí. Amen.

§ III. — *¡Cuán grande es el amor que nos tiene esta Madre!*

Si María es, pues, nuestra Madre, podemos considerar cuánto nos quiere. El amor de los hijos es un amor necesario, por cuya razon, como observa santo Tomás (1), en la ley divina se impone á los hijos el precepto de amar á los padres; pero al contrario, no se manda expresamente á los padres que amen á los hijos, porque este amor se halla grabado tan fuertemente por la misma naturaleza, que hasta los animales mas feroces, como dice san Ambrosio, no pueden dejar de amar á sus hijos (2). Por lo que, los naturalistas refieren que aun los tigres cuando oyen los rugidos de sus hijos presos por los cazadores, se echan á nadar hasta alcanzar las naves en que ellos se hallan. Si hasta los tigres, pues, dice nuestra amantísima madre María, no saben olvidarse de sus hijos, ¿cómo podré yo olvidarme de amaros, hijos mios? Y si sucediese alguna vez, añade la misma, lo que es imposible, que una madre se olvidase de su hijo, no es posible que yo deje de amar á un alma que sea mi hija.

(1) Opusc. 60, cap. 4. — (2) Lib. 6, Exam. cap. 4.

María es nuestra Madre, no carnal, como decíamos, sino de amor: «Yo soy Madre del amor hermoso (1).» Por lo que el amor que nos profesa la hace ser nuestra Madre, y por esto, segun dice un autor (2), ella se gloria de ser madre de amor, porque habiéndonos tomado por hijos es toda amor hácia nosotros. Y ¿quién podrá explicar jamás el amor que María profesa á nosotros miserables? Arnoldo Carnotense, dice, que en la muerte de Jesucristo ella deseaba con inmenso amor morir junto con su Hijo por amor nuestro (3). De manera que, añade san Ambrosio, así como el Hijo pendia moribundo en la cruz, así María se ofrecia á los verdugos para dar la vida por nosotros (4). Pero, consideremos las causas de este amor, pues así entenderémos mejor cuánto nos ama esta buena Madre. La primera razon del grande amor que María tiene á los hombres, es su excesivo amor hácia Dios. El amor para con Dios y el prójimo, como escribió san Juan, va comprendido en el mismo precepto (5); de modo que cuanto mas se aumenta el uno, tanto mayor es el otro. Por esto, segun es sabido, los santos que amaban mucho á Dios, hicieron tanto por amor del prójimo, pues llegaron hasta exponer y perder la libertad, y aun la vida, por su salvacion. Léase lo que hizo un san Francisco Javier en las Indias, en donde para socorrer las almas de aquellos bárbaros, trepaba por las montañas, exponiéndose á mil peligros para encontrar aquellos miserables dentro de las cavernas en que vivian como fieras, y atraerlos á Dios. Un san Francisco de Sales, que por convertir á los herejes de la provincia de Chables, se arriesgó por espacio de un año á pasar todos los dias el rio á gatas por encima de una viga de hielo, para ir á la otra orilla á predicar á aquellos obstinados: un san Paulino, que se entregó él mismo por esclavo á fin de alcanzar la libertad al hijo de una pobre viuda: un san Fidel, que para atraer á Dios los herejes de un lugar, perdió gustoso la vida predicando. Si los Santos, pues, porque amaban mucho á Dios hicieron tantanto por el prójimo, ¿qué dirémos de María, la cual mas que nadie ha amado á Dios? Ella desde el primer instan-

(1) Eccli. xxiv, 24. — (2) Pacciucheli. — (3) Tract. verb. Dom. — (4) De Inst. Virg. cap. 7. — (5) I Joan. iv, 21.

te de su vida le amó mas que no le han amado todos los Santos y Ángeles durante el curso de su vida, conforme extensamente considerarémos despues, hablando de las virtudes de María. La misma Vírgen reveló á sor María del Crucificado, que era tanto el fuego del amor en que ella se abrasaba, que puestos en él todo el cielo y la tierra, en un momento se hubieran consumido (1); por lo que dijo, que en comparacion del mismo, todos los ardores de los Serafines no eran mas que soplos de un viento fresco. Por tanto, así como entre todos los espíritus bienaventurados no hay ninguno que ame á Dios como María, así nosotros no tenemos, ni podemos tener, quien despues de Dios, nos ame mas que nuestra amorosísima Madre. Y aun cuando se reuniese el amor que todas las madres han tenido á sus hijos, todos los esposos á sus esposas, y todos los Santos y Ángeles á sus devotos, no llegaria aun al que María profesa á una sola alma. El P. Nieremberg, dice que el amor que todas las madres han tenido á sus hijos, es una sombra, comparado con el que María profesa á uno solo de nosotros. Ella sola, añade, nos ama mas que todos los Ángeles y Santos juntos.

En segundo lugar, nuestra Madre nos ama entrañablemente, porque le fuimos recomendados como á hijos por su amado Jesús, cuando antes de espirar señalándole en la persona de Juan á todos los hombres, segun mas arriba lo hemos considerado, le dijo: «Mujer, hé aquí á tu hijo.» Estas fueron las últimas palabras que le dirigió el Hijo. Y ¿quién ignora la profunda impresion que hacen en nuestra alma las palabras de una persona á quien se ama, en los instantes de su muerte, sin que puedan jamás olvidarse? A mas de esto, nosotros somos hijos muy queridos de María, porque le costamos mucho dolor, y las madres tienen una particular predileccion á los hijos, cuya vida han podido conservar á costa de mas trabajo y dolor. Nosotros somos aquellos hijos por los cuales, á fin de obtenernos la vida de la gracia, tuvo que sufrir la pena de ofrecer ella misma á la muerte la preciosa vida de su amado Jesús, contentándose con verle morir por nosotros ante sus ojos á la fuerza de los tormentos. De esta gran-

(1) Vit. lib. 2, cap. 5.

de ofrenda de María nacimos entonces á la vida de la divina gracia; por lo que somos sus hijos, y por lo mismo sus hijos muy amados, porque le costamos mucho trabajo. Y así como está escrito del amor que el eterno Padre tuvo á los hombres, dando por nosotros á la muerte á su mismo Hijo: «De tal modo amó Dios al mundo, que llegó «á entregarle su Hijo unigénito (1);» así tambien, dice san Buenaventura, puede afirmarse de la Vírgen: «De «tal modo nos amó María, que llegó á darnos su Hijo «unigénito.» ¿Y cuándo nos lo dió? Nos lo dió, dice el P. Nieremberg, cuando por primera vez le permitió que fuese á morir. Nos lo dió, cuando callando los otros por odio ó por temor, ella sola podia defender suficientemente delante de los jueces la vida del Hijo; y es muy creible que las palabras de una madre tan prudente y tan amante de su Hijo hubieran podido hacer una grande impresion, á lo menos en el ánimo de Pilatos, para que se abstuviera de condenar á muerte un hombre á quien él mismo conoció y declaró inocente. Pero no; María no quiso proferir una sola palabra á favor del Hijo, por no impedir su muerte, de la cual dependia nuestra salvacion. Finalmente, nos lo dió mil y mil veces al pié de la cruz, en aquellas tres horas en la que asistió á la muerte del Hijo, porque entonces á cada instante no hacia mas que sacrificar con sumo dolor é inmenso amor hácia nosotros la vida de su Hijo por nuestro bien, con tanta constancia, que segun dicen san Anselmo y san Antonio, si entonces hubieran faltado verdugos, ella misma lo hubiera sacrificado para obedecer á la voluntad del Padre, el cual queria que muriese por salvarnos; porque si Abraham hizo un acto semejante de fortaleza queriendo sacrificar á su Hijo con sus propias manos, debemos sin duda creer que con mayor constancia lo hubiera practicado María, mas santa y obediente que aquel. Pero, volviendo á nuestro asunto, ¿cuán agradecidos debemos estar á María por un acto de tanto amor, esto es, por el sacrificio que ella hizo de la vida de su Hijo, con tanto dolor suyo, á fin de alcanzar á todos la salvacion? Dios supo recompensar bien á Abraham el sacrificio de su hijo Isaac que estaba

(1) Joan. III, 16.

pronto á ejecutar; pero ¿qué podrémos ofrecer nosotros á María por la vida que ha dado de Jesús, Hijo mucho mas noble y querido que el hijo de Abraham? Este amor de María, dice san Buenaventura, nos obliga á que la amemos intensamente, viendo que ella nos ha amado mas que otro alguno, pues nos ha dado á su único Hijo á quien amaba mas que á sí misma (1).

De ahí proviene el otro motivo porque María nos ame tanto, pues considera que somos el precio de la muerte de Jesucristo. Supongamos que una madre viese á un esclavo rescatado por un hijo suyo muy querido, con los padecimientos de veinte años de cárceles y trabajos; ¿cuánto no estimaria por esta sola razon á este esclavo? Bien sabe María que su Hijo solo vino al mundo para salvar á nosotros miserables, conforme lo protestó él mismo: «Vine á salvar lo que habia perecido (2). Y que para «salvarnos quiso darnos tambien la vida (3).» Si María, pues, nos amase poco, manifestaria que apreciaba poco la sangre del Hijo, que es el precio de nuestra salvacion. Fue revelado á santa Isabel, monja, que mientras María estuvo en el templo no hacia mas que rogar por nosotros, suplicando á Dios que enviase luego al Hijo para salvar al mundo. De consiguiente, ¿cuánto no debemos pensar que se aumentaria su amor desde que nos han visto tan estimados del Hijo, quien no rehusó comprarnos á tanta costa?

Y como todos los hombres fueron redimidos por Jesús, por esto María á todos ama y favorece. San Juan la vió vestida del sol. «Apareció en el cielo un grande prodi«gio; una mujer vestida del sol (4).» Se dice vestida del sol, porque así como no hay en la tierra quien pueda librarse del calor de este astro (5); así tampoco hay viviente alguno, como explica el Idiota, que esté privado en la tierra del amor de María. ¿Y quién, dice san Antonino, será capaz de comprender jamás el cuidado que esta amorosa Madre tiene de todos nosotros? Ella ofrece y dispensa á todos su misericordia; porque como afirma san Bernardo (6), desea y ha cooperado á la salvacion de todos.

(1) S. Bonav. — (2) Luc. XIX, 10. — (3) Phil. II, 8. — (4) Apoc. XII, 1.
(5) Psalm. XVIII. — (6) Hom. I, Mis.

Por esto es muy útil la práctica de algunos devotos de María, los cuales, segun refiere Cornelio Alápide, acostumbran pedir al Señor que les conceda aquellas gracias que para ellos pide la santísima Vírgen, diciendo: «Con«cededme, Señor, lo que para mí os pide la santísima Vír«gen María.» Y con razon dice el citado Alápide, pues nuestra Madre nos desea mayores bienes de los que nosotros mismos podemos apetecer; ó como dice el devoto Bernardino de Bustos, María desea dispensarnos mas beneficios y gracias de las que nosotros deseamos recibir (1). Por lo que el beato Alberto Magno aplica á María las palabras de la Sabiduría (2): «María sale al encuen«tro de los que acuden á ella para que la hallen antes de «buscarla.» Es tan grande el amor que esta buena Madre nos profesa, dice Ricardo, que apenas ve nuestras necesidades, viene al momento á socorrerlas (3).

Si María, pues, es tan bondadosa con todos, hasta con los ingratos y negligentes que la aman poco, y acuden pocas veces á ella, ¿cuánto mas amará á los que la quieren é invocan con frecuencia (4)? ¡Oh! ¡cuán fácil es, añade el mismo beato Alberto, á los que aman á María hallarla, y hallarla llena de piedad y de amor! Ella protesta, «que no puede dejar de amar á quien la ama (5).» Y aunque la amantísima Señora, dice san Bernardo, ame á todos los hombres como á sus hijos, no obstante sabe conocer y amar con preferencia á los que mas tiernamente la aman. Estos afortunados amantes de María, afirma el Idiota, no solo son amados, sino servidos por la Vírgen (6).

Leonardo Domiciano encomendábase doscientas veces al dia á esta Madre de misericordia, y hallándose próximo á la muerte, segun se refiere en las crónicas de su Órden, vió junto á sí á una hermosísima Reina, que le dijo: Leonardo, ¿quieres morir, y venir con mi Hijo y conmigo?—¿Y quién sois vos? contestó el religioso.—Yo soy, replicó la Vírgen, la Madre de misericordia, y como me invocaste tantas veces, vengo ahora á recibirte; vámonos, pues, al paraíso. Murió Leonardo en el mismo dia, y es creible que la siguió á la eterna bienaventuranza.

(1) Mar. I, Serm. V.— (2) Sap. VI, 14. — (3) Rich. in Cant. IV, 5.
(4) Sap. VI, v. 18. — (5) Prov. VIII. — (6) De Contempt. Virg. in Prol.

¡Ah dulcísima María, dichoso el que os ama! El venerable hermano Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús, decia: «Si amo á María, estoy seguro de la perseve«rancia, y alcanzaré de Dios cuanto quiera.» Y por esto el devoto jóven nunca se saciaba de renovar el propósito, y de repetirse con frecuencia: «Quiero amar á María; «quiero amar á María.» ¡Ah, cuánto esta buena Madre aventaja en amor á todos sus hijos! Ámenla estos cuanto les sea posible, dice san Ignacio mártir (1). Ámenla como un san Estanislao de Kostka, el cual amaba tan tiernamente á esta su querida Madre, que al hablar de ella excitaba á amarla á todos los que le oian; y se habia formado nuevas voces y nuevos títulos con los cuales honraba su nombre. No empezaba obra alguna sin volverse antes á alguna imágen de la Vírgen para pedirle la bendicion; cuando rezaba el oficio, el rosario ú otras oraciones, las decia con tal afecto y devocion como si hablase cara á cara con María, y cuando oia cantar la *Salve* su alma y su rostro se inflamaban. Habiéndole preguntado un Padre compañero suyo en cierta ocasion en que iban juntos á visitar una imágen de la Vírgen, ¿si la amaba? Padre, le contestó, ¿qué mas puedo decir? Ella es mi Madre. Y refirió despues aquel Padre, que el santo jóven profirió estas palabras con tal ternura de voz, de semblante y de corazon, que ya no parecia un jóven, sino un Ángel, que hablase del amor de María.

Ámenla, pues, como el beato Herman, que la llamaba la esposa de su amor, porque María le honró tambien con el nombre de esposo. Como un san Felipe Neri, que allaba todo su consuelo ocupando su mente solo en María, y por esto la llamaba su delicia. Cuanto un san Buenaventura, que no solo la llamaba su Señora y Madre, sino que para manifestar la ternura del afecto que la profesaba, la llamaba tambien su corazon y su alma. Ámenla tambien como un san Bernardo, el cual queria tanto á su dulce Madre, que la llamaba raptora de los corazones; y para expresar el ardiente amor que le profesaba, le decia: «¿No me robaste el corazon?» Llámenla su enamorada, como la llamaba un san Bernardino de Sena, el cual ca-

(1) Ep. ad Ep. Aur.

da dia visitaba una devota imágen suya, para manifestarle su amor con tiernos coloquios que tenia con su Reina; por lo que á cualquiera que le preguntase á dónde iba cada dia, contestaba: á ver á su enamorada. Ámenla como un san Luis Gonzaga, el cual tanto se abrasaba continuamente de amor hácia María, que apenas oia pronunciar el dulcísimo nombre de su querida Madre, se le inflamaba el corazon, y la llama sonrojaba su rostro á la vista de todos. Ámenla como un san Francisco Solano, que casi enloquecido (pero con una locura santa) por el amor de María, á veces con instrumentos músicos se ponia á cantar versos amorosos delante de su imágen, diciendo que, lo mismo que los amantes del mundo, él hacia su música á su querida Reina.

Ámenla como la han amado tantos siervos suyos, quienes ya no sabian qué hacer para manifestarle su amor. El P. Jerónimo de Trexo, de la Compañía de Jesús, se regocijaba titulándose esclavo de María, y en señal de su esclavitud, la visitaba con frecuencia en una iglesia suya. Al entrar en ella primeramente la regaba con tiernas lágrimas, por el amor que sentia hácia la Vírgen; despues la barria con la lengua y el rostro, besando mil veces el pavimento, considerando que aquella era la casa de su amada Señora. El P. Diego Martinez, de la misma Compañía de Jesús, á quien, por su devocion á la Vírgen, en las fiestas de María los Ángeles le transportaban al cielo para que fuese testigo del honor con que estas allí se celebran, decia: Quisiera tener todos los corazones de los Ángeles y de los Santos para amarla como ellos la aman; quisiera las vidas de todos los hombres, á fin de darlas todas por amor á María. Ámenla tambien tanto como la amaba Cárlos, el hijo de santa Brígida, el cual decia que nada le consolaba tanto en el mundo, como el saber que María era tan amada de Dios; y añadia, que gustoso aceptara cualquier trabajo á fin de que María no perdiera un solo grado de su grandeza, si fuera posible perderla; y que á ser esta suya, la renunciara á su favor, por ser ella mucho mas digna de poseerla. Deseen tambien dar la vida para atestiguar su amor á María, como lo deseaba el P. Alfonso Rodriguez. Grábense, en fin, con hierros agu-

dos en el pecho el adorable nombre de María, como lo hicieron un Francisco Binancio, religioso, y una Radagunda, esposa del rey Clotario. Imprímanse con hierros candentes sobre la carne tan querido nombre, á fin de que permanezca mas intenso y durable, como lo hicieron, incitados del amor, sus devotos Bautista Archinto y Agustin de Espinosa, ambos de la Compañía de Jesús.

Finalmente, practiquen ó deseen practicar cuanto pueda hacer un amante que pretenda, en cuanto le sea posible, manifestar su afecto á la persona amada; que jamás los amantes de María llegarán á quererla tanto como ella les ama. No ignoro, Señora mia, decia san Pedro Damiano, que entre los que os aman sois la mas amante, y nos amais con un amor que no se deja vencer de ningun otro amor (1). Hallándose en una ocasion el venerable Alfonso Rodriguez á los piés de una imágen de María, y sintiéndose abrasado de amor hácia la Vírgen, exclamó: «Mi «amantísima Madre, sé que me amais, pero no me amais «tanto como yo os amo.» Considerándose entonces María como ofendida en punto de amor, le contestó desde aquella imágen: ¿Qué dices, Alfonso, qué dices? ¡Oh! cuánto mayor es el amor que yo te profeso que el que tú me tienes! Debes saber, le añadió, que no hay tanta distancia del cielo á la tierra como la que media de mi amor al tuyo.

Con razon, pues, exclama san Buenaventura: «¡Biena«venturados aquellos que tienen la suerte de ser siervos «fieles y amantes de esta amantísima Madre! Sí, porque «la agradecidísima Reina nunca se deja vencer en amor «por sus devotos (2).» Imitando María en esto á nuestro amorosísimo Redentor Jesucristo, con sus beneficios vuelve duplicado su amor á quien la ama. Exclamaré, pues, tambien yo con el enamorado san Anselmo: ¡Arda siempre por Vos mi corazon, y consúmase de amor toda mi alma, oh mi amado salvador Jesús, oh mi querida Madre María! Conceded por tanto ó Jesús y María, ya que sin vuestra gracia no pudo amaros, conceded á mi alma, no por mis méritos sino por los vuestros, que yo os ame cuanto vosotros mereceis. ¡Oh Dios enamorado de los

(1) Serm. I de Nat. B. V. — (2) Pacciuchel. de B. V.

hombres! Vos pudísteis morir por vuestros enemigos; ¿y podréis rehusar la gracia á quien os la pida de amaros á Vos y á vuestra Madre?

EJEMPLO.

El P. Auriema refiere (1), que una pobre pastorcilla que guardaba el ganado, amaba tanto á María, que cifraba todas sus delicias en ir á una capillita de Nuestra Señora, situada en el monte, retirándose allí, mientras las ovejas estaban paciendo, para hablar y honrar á su querida Madre. Viendo que aquella imágen de María, que era de relieve, carecia de adornos, le hizo un manto con la humilde labor de sus manos. Cogió un dia algunas flores del campo, formó una guirnalda, y subiendo despues sobre el altar de aquella capillita, la colocó en la cabeza de la imágen, diciendo: Madre mia, quisiera poneros sobre la frente una corona de oro y perlas; mas porque soy pobre, recibid esta humilde corona de flores, y aceptadla como una prenda del amor que os profeso. Con estos y otros obsequios procuraba siempre esta devota doncellita servir y honrar á su querida Señora. Pero veamos ahora cómo á su vez la buena Madre recompensó las visitas y el afecto de su hija. Esta enfermó, y cuando se hallaba próxima á su fin, sucedió que pasando dos religiosos por aquel sitio, fatigados del viaje se pusieron á descansar bajo un árbol. Uno de ellos dormia, el otro velaba, pero ambos tuvieron la misma vision. Se les apareció una comitiva de hermosísimas doncellas, entre las cuales una aventajaba á todas en belleza y majestad, á la que preguntó uno de los religiosos: Señora, ¿quién sois vos y á dónde vais por estos caminos? — Yo, contestó, soy la Madre de Dios, que con estas santas vírgenes voy á visitar en esta vecina aldea á una pastorcilla moribunda, la cual me ha visitado muchas veces. Así dijo, y desapareció. Entonces los dos siervos de Dios dijeron: Vamos nosotros tambien á verla. Se pusieron en camino, y acertando el lugar en que se hallaba la doncella moribunda, entraron en una pequeña choza, y la hallaron allí tendida sobre

(1) Affett. Scamb. tom. 2, cap. 7.

un poco de paja; la saludaron, y ella les dijo: Hermanos, rogad á Dios que os haga ver la compañía en que me hallo. Al momento se arrodillaron, vieron á María que estaba junto á la cabecera de la moribunda con una corona en la mano y la consolaba. Luego aquellas santas vírgenes empezaron á cantar, y en medio de tan suave armonía, aquella bendita alma se separó del cuerpo. María le puso la corona en la cabeza, y recibiéndola en sus brazos se la llevó consigo al cielo.

ORACION.

Ó Señora, que con el amor y los favores que manifestais á vuestros siervos les robais los corazones, os diré con san Buenaventura, robad tambien mi pobre corazon que desea amaros mucho. Vos, Madre mia, con vuestra belleza habeis enamorado á un Dios, y desde el cielo lo habeis atraido á vuestro seno. ¿Acaso podré vivir sin amaros? No, os diré con aquel otro amante, vuestro hijo Juan Berchmans, de la Compañía de Jesús; no quiero descansar jamás hasta estar seguro de haber alcanzado el amor, pero un amor constante y tierno hácia Vos, ó María, que tan tiernamente me habeis amado, aun cuando yo os correspondia con la mayor ingratitud. Y ¿qué seria ahora de mí si Vos, ó María, no me hubiéseis amado y alcanzado tantas misericordias? Si Vos, pues, me habeis amado tanto cuando yo no os amaba, ¿cuánto mas debo esperar de vuestra bondad ahora que os amo? Os amo, Madre mia, y quisiera tener un corazon que os amase por tantos infelices que no os aman. Quisiera una lengua que valiese mil lenguas para alabaros, á fin de dar á conocer á todos vuestra grandeza, vuestra santidad, vuestra misericordia y el amor con que amais á los que os aman. Si poseyese riquezas, quisiera emplearlas en vuestro amor; si tuviese súbditos, á todos quisiera hacerlos amantes vuestros. Quisiera, en fin, dar tambien la vida, si fuese preciso, por Vos y por vuestra gloria. Os amo, pues, ó Madre mia, pero al mismo tiempo desconfio de mi amor; porque oigo decir que el amor asemeja los amantes á la

persona amada (1). Así, pues, si me veo tan desemejante á Vos, es señal de que no os amo. ¿Vos tan pura, y yo tan asqueroso? ¿Vos tan humilde, y yo tan soberbio? ¿Vos tan santa y yo tan malo? Mas ya que me amais, dignaos, ó María, hacerme semejante á Vos. Vos teneis poder para cambiar los corazones, tomad, pues, el mio, y mudadlo. Patentizad al mundo lo que podeis á favor de los que os aman. Santificadme, hacedme digno de vuestro Hijo. Así lo espero. Así sea.

§ IV.—*María es tambien Madre de los pecadores arrepentidos.*

María aseguró á santa Brígida, que no solo era Madre de los justos y de los inocentes, sino tambien de los pecadores, con tal que quieran enmendarse (2). ¡Ah! cuando un pecador que quiere corregirse se postra á sus piés, ¡cómo halla á esta buena Madre de misericordia mas dispuesta á abrazarle y socorrerle de lo que pudiera hacerlo su propia madre carnal! Esto es puntualmente lo que escribió san Gregorio á la princesa Matilde (3). Pero el que aspira á ser hijo de esta grande Madre debe dejar primero al pecado; y puede esperar despues que le reciba por hijo suyo. Sobre aquellas palabras del profeta: «Levan«táronse sus hijos (4),» reflexiona Ricardo y observa que allí se dice: «Levantáronse,» y despues «hijos;» porque, añade, no puede ser hijo de María quien no procura antes levantarse de la culpa en que ha caido. San Pedro Crisólogo advierte, que el que hace obras contrarias á las de María, niega con los hechos que quiera ser hijo suyo. María humilde, ¿y él quiere ser soberbio? María pura, ¿y él deshonesto? María llena de amor, ¿y él quiere aborrecer al prójimo? Con esto demuestra que no es ni quiere ser hijo de esta santa Madre. «Los hijos de María, replica «Ricardo, deben ser sus imitadores en la castidad, en la «humildad, en la mansedumbre y en la misericordia. Y «¿cómo se atreverá á querer ser hijo de María el que tan«to la disgusta con su vida?» Cierto pecador dijo un dia á la Vírgen: «Muestra que eres mi Madre;» pero María

(1) Aristot.—(2) Lib. IV Rev. c. 138.—(3) Lib. IV, ep. 47.—(4) Prov. XXXI, v. 28.

le contestó: «Muestra que eres mi hijo (1).» Otro invocaba un dia á esta divina Madre llamándola Madre de misericordia, y la Vírgen le dijo: «Los pecadores cuando «quereis que os ayude me llamais Madre de Misericor- «dia, y despues con vuestros pecados me haceis conti- «nuamente Madre de misericordia y de dolores (2).» Dios maldice al que con su mala vida, ó á lo menos con su obstinacion aflige á su buena Madre (3), esto es, á María, segun explica Ricardo. He dicho con su obstinacion, porque aun cuando este pecador no haya salido del pecado, si se esfuerza en romper sus lazos, y busca por esto el auxilio de María, esta Madre no dejará de socorrerle y restituirle á la gracia de Dios. Esto mismo oyó un dia santa Brígida de la boca de Jesucristo, que hablando con la Madre le dijo: «Al que se esfuerza por volver á Dios le «ayudas con tu auxilio, y á nadie despides sin consuelo.» Mientras el pecador, pues, continúa obstinado, María no puede amarle, pero si hallándose encadenado por alguna pasion que le hace esclavo del infierno, á lo menos se encomienda á la Vírgen, y la ruega con fervor y perseverancia que le libre del pecado, sin duda que esta buena Madre le tenderá su poderosa mano, le quitará las cadenas, y le guiará hácia el camino de la salvacion. Es herejía condenada por el santo concilio de Trento el decir que todas las oraciones y obras que hacen los que están en pecado, son pecados. San Bernardo dice, que aunque la oracion en boca del pecador no es hermosa, porque no vá acompañada de la caridad, no deja de ser útil y saludable para salir del pecado, porque, segun enseña santo Tomás (4), la oracion del pecador no es meritoria, pero sí á propósito para alcanzar el perdon; pues la eficacia de impetrar está fundada, no en el mérito del que ruega, sino en la bondad divina y los méritos y promesas de Jesucristo, el cual ha dicho: «Todo el que pide, recibe (5).» Lo mismo debe decirse de las oraciones que se dirigen á la divina Madre. Si aquel que ruega, dice san Anselmo, no merece ser oido, los méritos de María, á la que se encomienda, harán que lo sea. Por lo que san Bernardo exhor-

(1) Ap. Aur. — (2) Ap. Pleb. — (3) Eccli. XVIII, 3. — (4) 2, 2 q. 178, a. 2 ad 1. — (5) Luc. XI, 14.

ta á todos los pecadores que rueguen á María con gran confianza; porque si el pecador no merece lo que pide, sin embargo, por los méritos de María se conceden al pecador aquellas gracias que pide por él á Dios (1). Este es el oficio de una buena madre, dice el mismo Santo. Si una madre supiese que dos hijos suyos eran enemigos mortales, y que el uno atentaba á los dias del otro, ¿qué otra cosa haria que procurar reconciliarles por todos los medios posibles? Así, dice el Santo, María es madre de Jesús y madre del hombre. Cuando ve algun pecador enemigo de Jesucristo, no puede consentirlo, y todo lo practica á fin de alcanzarle la gracia de su Hijo (2). Esta benignísima Señora solo exige del pecador que se encomiende á ella y haga propósito firme de enmendarse. Cuando María ve á sus piés un pecador que acude á pedirle misericordia, no mira los pecados que haya cometido, sino la intencion con que se dirige á ella, y si esta es buena, aunque haya cometido todos los pecados del mundo, le abraza y no se desdeña la amantísima Madre de curarle todas las llagas de su alma; porque no solo la llamamos Madre de misericordia, sino que verdaderamente es tal, y por tal se da á conocer con el amor y ternura con que nos socorre; todo lo que exactamente expresó la misma Vírgen á santa Brígida (3). María es madre de los pecadores que quieren convertirse, y como á tal no puede dejar de compadecerse de ellos; de modo que parece que siente como propios los males de sus infelices hijos. Cuando la Cananea pidió á Jesucristo que librase á su hija del demonio que la atormentaba, dijo: «Señor, Hijo de David, compadeceos de mí; mi hija se «halla cruelmente atormentada por el demonio (4).» Mas, siendo la hija y no la madre la que se hallaba atormentada por el demonio, parece que debiera haber dicho: Señor, compadeceos de mi hija, y no compadeceos de mí, pero no, ella dijo con razon: compadeceos de mí, porque las madres sienten como propias todas las desgracias de sus hijos. Asimismo, dice Ricardo de san Lorenzo, María ruega á Dios cuando le recomienda algun pecador que

(1) Serm. VIII in Virg. Nat. — (2) In Depr. ad V. — (3) Rev. lib. II. cap. 23. — (4) Matth. xv, 22.

acude á su proteccion (1). Como si la Vírgen le dijese: Señor mio, esta pobre alma que está en pecado es mi hija, por lo que tened piedad, no tanto de ella, como de mí que soy su Madre. ¡Ojalá que todos los pecadores acudiesen á esta dulce Madre, que sin duda no habria uno solo que no alcanzase el perdon de Dios. «¡Oh María! exclamaba admirado san Buenaventura, Vos abrís vuestros «brazos maternales al pecador despreciado de todo el «mundo (2).» Queriendo decir el Santo que estando el pecador en pecado, es aborrecido y despreciado de todos; hasta las criaturas insensibles, el fuego, el aire, la tierra quisieran castigarle y vengarse para reparar el honor de su Señor ultrajado. Mas si este miserable acude á María, ¿esta le desecha? No, si llega con intencion de que le ayude para enmendarse, María le abraza con maternal cariño, y no le abandona hasta que con su poderosa intercesion le reconcilia con Dios, y le restituye otra vez á su gracia.

En el libro II de los Reyes se lee (3): que una sábia mujer de Tecura dijo á David: Señor, yo tenia dos hijos; por mi desgracia el uno mató al otro, de modo que ya he perdido uno; ahora la justicia quiere quitarme al otro hijo único que me resta: compadeceos de esta pobre madre, haced que no quede privada de mis dos hijos. Teniendo entonces David compasion de esta madre, perdonó al delincuente, y se lo devolvió. Lo mismo precisamente parece dice María cuando ve á Dios indignado contra un pecador que se encomienda á ella: Dios mio, le dice, yo tenia dos hijos, á Jesús y al hombre; el hombre dió muerte á Jesús en la cruz, ahora vuestra justicia quiere condenar al hombre. Señor, mi Jesús ya murió, apiadaos de mí, y si he perdido un hijo, no me hagais perder tambien el otro. ¡Ah! No condena Dios por cierto á aquellos pecadores que acuden á María y por los cuales ella ruega, pues el mismo Dios se los ha encomendado por hijos. El devoto Lauspergio pone en boca del Señor estas palabras: «He recomendado á María los pecadores «por hijos; por lo que ella, siempre solícita en cumplir «mi encargo, no permite que se pierda ninguno de los

(1) De Laud. Virg. n. 6.— (2) In spec. c. 5.— (3) Cap. XIV, 4 y siguientes.

«que le he confiado, particularmente de los que la invo-«can, sino que hace cuanto le es posible para que todos «vuelvan á mí (1).» Y ¿quién, dice Blosio, podrá jamás explicar la bondad, la misericordia, la fidelidad y la caridad con que esta Madre procura salvarnos cuando invocamos su auxilio? Postrémonos, pues, dice san Bernardo, delante de esta buena Madre, pongámonos á sus piés, y no la dejemos hasta que nos bendiga y nos acepte por hijos suyos (2). Y ¿quién puede desconfiar jamás de la piedad de esta Madre? San Buenaventura decia: Aunque me diera la muerte, esperaré en ella; y lleno de confianza deseo morir junto á su imágen, y me salvaré. Así deberia expresarse cualquier pecador que acude á esta piadosa Madre: Señora y Madre mia, por mis culpas merezco que me desecheis y me castigueis, segun ellas fueren; pero aun cuando me rechaceis de Vos y me mateis, jamás perderé la confianza de que habeis de salvarme. En Vos cifro toda mi esperanza, mientras me quepa la suerte de morir delante de alguna imágen vuestra, encomendándome á vuestra misericordia, espero ciertamente no perderme, sino ir al cielo para alabaros en compañía de tantos siervos vuestros que, habiendo invocado vuestra ayuda en la hora de la muerte, se salvaron por vuestra poderosa intercesion. Léase el siguiente ejemplo, y véase si jamás el pecador puede desconfiar de la misericordia y del amor de esta buena Madre, si acude á ella.

EJEMPLO.

El Melucanense refiere (3), que en la ciudad de Ridolio, en Inglaterra, en el año 1430 vivia un jóven noble llamado Arnesto, el cual habiendo dado todo su patrimonio á los pobres, se hizo monje. Llevaba en su retiro una vida tan perfecta, que los superiores le querian mucho, particularmente por la especial devocion que tenia á la santísima Vírgen. Sucedió que habiéndose apoderado la peste de aquella ciudad, sus moradores acudieron al monasterio para pedir el auxilio de las oraciones, y el Abad órdenó á Arnesto que fuese á orar al pié del altar de Ma-

(1) V lib. IV, Min. Op.— (2) In sign. Magn.— (3) In Spec. Hist.

ría, y que permaneciese allí hasta que la Vírgen le contestase. No habiéndose movido el jóven del templo por espacio de tres dias, consiguió al fin la respuesta de María, en la que le expresaba algunas oraciones que debian decirse, lo que habiéndose practicado cesó la peste. Sucedió despues que la devocion de este jóven á María fuese entibiando, por lo que el demonio le asaltó con muchas tentaciones, especialmente de impureza, y de abandonar el monasterio; y el desdichado, por no haberse encomendado á la Vírgen, se decidió á huir de él arrojándose desde lo alto de una pared del mismo; pero al pasar por delante de una imágen de María, que estaba en el corredor, la Madre de Dios le habló, y le dijo: «Hijo mio, ¿por qué me abandonas?» Atónito entonces Arnesto y compungido cayó al suelo, y respondió: «Pero, Señora, no veis «que no puedo resistir mas? ¿Por qué no me ayudais?» Y la Vírgen le replicó: «Y tú ¿por qué no me has invo«cado? Si te hubieses encomendado á mí no te vieras re«ducido á semejante estado. De hoy en adelante, dijo la «Vírgen, encomiéndate á mí, y no dudes.» Arnesto se volvió á la celda, pero las tentaciones le asaltaron nuevamente, y á pesar de esto, no cuidó de encomendarse á María. Por lo que al fin huyó del monasterio, y entregándose á una vida licenciosa, cayendo de pecado en pecado, llegó por último á ser asesino, arrendando una posada en donde por la noche mataba á los infelices pasajeros y les robaba. Entre estos asesinó una noche al primo del Gobernador de aquel lugar, el cual en virtud de los indicios que tenia le formó causa y le condenó á ser ahorcado. Mientras se sustanciaba el proceso fué á parar en la venta un caballero jóven, y queriendo llevar á cabo el maldito posadero sus perversos designios, se introdujo por la noche en su aposento para asesinarle; mas hé aquí que en vez de encontrar sobre la cama al caballero halló un Crucifijo cubierto de llagas, que mirándole tiernamente, le dijo: «¿No te basta, ingrato, que yo haya muer«to una vez por tí? ¿Quiéres volverme aun á matar? Ea, «pues, extiende pronto la mano y mátame otra vez.» Entonces el pobre Arnesto confundido empezó á llorar, y derramando copiosas lágrimas dijo: «Señor, ya que sois

«conmigo tan misericordioso, vedme aquí que quiero «volver á Vos.» Y al momento salió del meson para volver al monasterio á hacer penitencia; mas habiéndole encontrado en el camino los ministros de la justicia, lo presentaron al juez, á quien confesó todos los asesinatos que habia cometido, por lo que fue condenado á morir ahorcado, sin darle siquiera tiempo para confesarse, y entonces se encomendó á María. Colgáronle de la horca, pero la Vírgen hizo que no muriese, y ella misma despues le descolgó, y le dijo: Vuelve al monasterio, haz penitencia, y cuando veas en mi mano un papel de perdon de todos tus pecados, prepárate entonces á morir. Llegó Arnesto al convento, y refiriéndolo todo al abad, hizo rigurosa penitencia. Muchos años despues, hé aquí que vió en manos de María el papel de perdon, por lo que disponiéndose luego á morir, acabó sus dias santamente.

ORACION.

¡Oh María, soberana Reina y digna Madre de Dios! Viéndome tan vil manchado de pecados, no debiera tener valor de acercarme á Vos y de llamaros madre. Mas no quiero que mis miserias me priven del consuelo y de la confianza que experimento dándoos este dulce título. No ignoro que merezco ser desechado por Vos; pero os ruego que atendais á lo que ha hecho y padecido vuestro Hijo Jesús por mí, y despues desechadme, si podeis. Yo soy un infeliz pecador, que mas que ningun otro he despreciado á la divina Majestad; pero el mal ya está hecho. A Vos acudo; Vos podeis ayudarme; socorredme, Madre mia. No me digais que no podeis hacerlo, porque sé que sois omnipotente, y alcanzais de vuestro Dios cuanto deseais. Si me decís que no quereis ayudarme, decidme á lo menos á quién hé de acudir para que pueda ser socorrido en tanta desgracia. ¡Oh! compadeceos de mí, diré á Vos y á vuestro Hijo, con san Anselmo; perdonadme, Redentor mio, y Vos, Madre mia, interceded por mí, ó manifestadme á qué personas debo acudir que sean mas misericordiosas que Vos, y en quienes pueda yo tener mas confianza. Pero no, pues ni en la tierra ni en el cielo pue-

do hallar quien se compadezca mas que Vos de los miserables, ni quien mejor pueda ayudarme. Vos, Jesús, sois mi Padre, y Vos, María, mi Madre. Vosotros amais y buscais á los mas miserables para salvarles. Yo soy un ser pertenencia del infierno, el mas desdichado de todos, pero no es necesario que andeis buscándome, ni yo tampoco lo pretendo, pues me presento á Vos con la segura esperanza de que no me abandonaréis. Aquí me teneis á vuestros piés, Jesús mio, perdonadme; María mia, socorredme.

CAPÍTULO II.

VIDA Y DULZURA.

§ I. — *María es nuestra vida, porque ella nos alcanza el perdon de los pecados.*

Para entender bien la razon porque la Iglesia llama á María nuestra vida, es necesario saber que así como el alma da vida al cuerpo, del mismo modo la divina Gracia da la vida al alma, porque un alma sin la gracia solo vive en apariencia, pues en realidad está muerta, como fue dicho á aquel del Apocalipsis: «Tienes el nombre de viviente, y estás muerto (1).» Alcanzando, pues, María la gracia á los pecadores por medio de su intercesion, les vuelve la vida. Hé aquí cómo la hace hablar la santa Iglesia, aplicándole las siguientes palabras de los Proverbios en el capítulo VIII: «El que de mañana velare á mí, «me hallará;» esto es, los que fueren diligentes en buscarme tan presto puedan, ciertamente me encontrarán; y, segun la version de los Setenta, hallarán la gracia. Por lo que, lo mismo es recurrir á María que hallar la gracia de Dios. Y poco despues dice: «El que me hallare, hallará la vida, y recibirá de Dios la salud eterna.» Oid, exclama san Buenaventura sobre estas palabras; oid los que deseais el reino de Dios, honrad á la Vírgen María, y hallaréis la vida y la salud eterna.

(1) Apoc. III, 1.

San Bernardino de Sena dice, que si Dios no destruyó al hombre despues del pecado, fue por el especial amor que tenia á esta su Hija futura; y añade que él no duda que todas las misericordias y perdones que los pecadores recibieron en la ley antigua, Dios se las concedió solo por consideracion á esta bendita Doncella (1).

Por lo que san Bernardo nos exhorta diciendo: Si como miserables hubiésemos perdido la divina gracia, procuremos recobrarla, pero busquémosla por medio de María, porque si nosotros la hemos perdido, ella la ha encontrado; y por esto el Santo la llama: «La que halló la gra«cia;» lo que expresó san Gabriel para nuestro consuelo, cuando dijo á la Vírgen: «No temas, ó María, porque «has hallado la gracia (2).» Pero si María no estuvo jamás privada de la gracia, ¿cómo podia decir el santo Arcángel que la habia hallado? Se dice que se halla una cosa, cuando antes no se tenia. La Vírgen estuvo siempre con Dios y con la gracia, y aun llena de gracia, como lo manifestó el mismo Arcángel cuando la saludó: «Dios «te salve, ó llena de gracia; el Señor es contigo.» Si María, pues, no halló la gracia para sí, porque siempre estuvo llena de ella, ¿para quién la encontraria? El cardenal Hugo, comentando este pasaje contesta que la halló para los pecadores que la habian perdido. Corran, pues, dice el devoto escritor, corran á María los pecadores que han perdido la gracia, pues sin duda la encontrarán en ella, y digan: Señora, lo que se halla ha de restituirse á quien lo ha perdido; esta gracia que habeis encontrado no es vuestra. Vos jamás la habeis perdido; es nuestra, porque la hemos perdido, y por esto debeis volvérnosla. Por lo que Ricardo de San Lorenzo concluye sobre este pensamiento: Si deseamos, pues, hallar la gracia del Señor, acudamos á María que la ha encontrado y la encuentra siempre (3); y como ella es santa, y será siempre amada de Dios, si recurrimos á la misma sin duda la hallarémos. La Vírgen dice en los sagrados Cantares que Dios la ha puesto en el mundo para nuestra defensa (4); y por esto es constituida medianera de paz entre Dios y los pe-

(1) Dom. I, serm. LXI, cap. 8. — (2) Luc. I, 30. — (3) De Laud. Virg. lib. 2. — (4) Cant. VIII.

cadores (1); sobre cuyas palabras san Bernardo anima al pecador, y dice: Acude á esta Madre de misericordia, descúbrele las llagas que tienes en tu alma causadas por tus culpas, ella ciertamente rogará entonces á su Hijo que te perdone por aquella leche que le dió, y el Hijo que tanto la ama, sin duda la oirá. En efecto, la santa Iglesia nos manda rogar al Señor que nos conceda el poderoso auxilio de la intercesion de María, para levantarnos de nuestras culpas, en aquella oracion acostumbrada: Fortaleced, Dios misericordioso, nuestra fragilidad con vuestro auxilio; y, celebrando la invocacion de la Madre de Dios, por medio de su intercesion nos libraré-mos de nuestras indignidades.

Con razon, pues, san Lorenzo Justiniano la llama esperanza de los malhechores, porque solo ella les alcanza el perdon de Dios. Con razon la llama san Bernardo escala de los pecadores, porque alargando la piadosa Reina su mano á los pobres caidos, les levanta del precipicio del pecado y les ensalza hasta llegar á Dios. Con razon san Agustin la llama única esperanza de nosotros los pecadores, puesto que solo por su mediacion esperamos el perdon de todos nuestros pecados (2). Lo mismo dice san Juan Crisóstomo, que los pecadores solo por la intercesion de María reciben el perdon; por lo que él mismo en nombre de todos ellos la saluda así: Dios te salve, Madre de Dios y nuestra; cielo donde habita Dios; trono en el cual el Señor dispensa todas las gracias, ruega siempre á Jesús por nosotros, á fin de que por tus súplicas podamos alcanzar el perdon en el dia del juicio, y la gloria de los bienaventurados en la eternidad (3).

Finalmente, con razon María es llamada aurora: «¿Quién es esta que sube cual naciente aurora (4)?» Sí, porque como dice el papa Inocencio, siendo la aurora el fin de la noche y el principio del dia, con mucha propiedad por la aurora se designa á la Vírgen María que fue el fin de los vicios y el principio de las virtudes (5). Y el mismo efecto que produjo en el mundo el nacimiento de María produce su devocion cuando nace en un alma:

(1) Cant. VIII, 10. — (2) S. Aug. serm. XVIII de Sanctis. — (3) In Offic. Nat. de B. M. die 5.— (4) Cant. VI, 9.— (5) Serm. II de Assumpt. B. V.

ella disipa las tinieblas del pecado, y la introduce por el camino de la virtud. Por lo que san German decia: «¡Oh «Madre de Dios! vuestra proteccion es inmortal, vuestra «intercesion es la vida (1).» Y en el sermon que hace el Santo del cíngulo de la Vírgen, dice que el nombre de María, para el que lo pronuncia afectuosamente, ó es señal de vida, ó que dentro de poco renacerá á la vida (2).

«Por esto desde ahora me llamarán bienaventurada to«das las generaciones,» cantó María en su sublime cántico (3). Sí, Señora mia, le dice san Bernardo: por esto todos los hombres os llaman bienaventurada, porque todos vuestros hijos por vuestra intercesion alcanzan la vida de la gracia y la gloria eterna (4). En Vos hallan los pecadores el perdon, y los justos la perseverancia y despues la vida eterna (5). No desconfies, pecador, dice el devoto Bernardino de Bustos, pues aun cuando fuesen innumerables tus pecados, si acudes sinceramente á esta Señora, la hallarás con las manos llenas de misericordia; pues, añade, mas desea María hacerte gracias que tú apeteces recibirlas (6).

San Andrés Cretense llama á la Vírgen garantía del perdon divino, porque cuando los pecadores recurren á María para reconciliarse con Dios, el Señor les promete el perdon, y se lo asegura concediéndoles tambien la prenda que precisamente es María, la que nos ha sido dada por abogada, por cuya intercesion, en virtud de los méritos de Jesucristo, Dios perdona á todos los pecadores que á ella acuden. Un Ángel dijo á santa Brígida, que los santos Profetas se alegraban al saber que Dios por la humildad y pureza de María debia hablandarse con los pecadores y recibir en su gracia á los que habian provocado su ira (7).

Ningun pecador debe temer jamás que sea desechado de María, si acude á su piedad; no, porque ella es madre de misericordia, y como tal desea salvar á los mas infelices. María es aquella arca feliz donde el que se refugia, dice san Bernardo, no padecerá el naufragio de la perdi-

(1) Serm. III in Dorm. B. V.—(2) De zona Virginis.—(3) Luc. I, 48.—(4) Serm. II in Pentec. — (5) Serm. de Nat. B. V.— (6) Serm. V de Nat. Mar. — (7) Serm. Aug. cap. 1.

cion eterna. En tiempo del diluvio se salvaron los irracionales en el arca de Noé. Bajo el manto de María se salvan tambien los pecadores. Santa Gertrudis vió una vez á María con el manto extendido, en el cual se hallaban refugiadas muchas fieras, leones, osos y tigres, y que la Vírgen no solo no los echaba, sino que con grande piedad los acogia y acariciaba; con lo que entendió la Santa, que cuando los pecadores mas perdidos acuden á María no son desechados, sino acogidos y librados de la muerte eterna. Entremos, pues, en esta arca, vamos á refugiarnos bajo el manto de María, la cual ciertamente no nos desechará, sino que nos salvará.

EJEMPLO.

El P. Bovio refiere (1) que habia una mala mujer llamada Elena, la cual habiendo ido á la iglesia oyó casualmente una plática del Rosario. Al salir del templo, se compró uno, pero lo llevaba escondido á fin de que nadie se lo viese. Despues empezó á rezarlo, mas á pesar de que no lo hacia con devocion, la santísima Vírgen le infundió tanto consuelo y dulzura en rezarlo, que despues no sabia nunca dejar de decirlo. Con esto fue tanto lo que le horrorizó su mala vida, que no hallaba reposo, por lo que se vió como forzada á confesarse, y lo verificó con tanta contricion, que el confesor quedó admirado. Luego dirigióse á un altar de María santísima para dar gracias á su abogada; rezó el Rosario, y la divina Madre desde aquella imágen le dijo: Elena, bastante has ofendido á Dios y á mí; de hoy en adelante muda de vida, que yo te concederé con largueza mis dones. Entonces la infeliz pecadora respondió llena de confusion: ¡Ah, Vírgen santísima! verdad es que hasta ahora he sido una malvada, pero Vos que todo lo podeis, ayudadme; me entrego á Vos y quiero emplear la vida que me resta en hacer penitencia de mis pecados. Ayudada de María, Elena distribuyó todos sus bienes entre los pobres, y se entregó á una rigurosa penitencia. Terribles tentaciones la atormentaban á veces, pero solo con encomendarse á la

(1) Ess. della SS. Verg.

Madre de Dios, salia siempre victoriosa. Llegó tambien á recibir muchas gracias sobrenaturales, visiones, revelaciones y profecías. Finalmente, antes de morir, lo que pocos dias antes le anunció María, fué la misma Vírgen con su Hijo á visitarla, y al espirar se vió el alma de esta pecadora en forma de una hermosísima paloma volar al cielo.

ORACION.

Ved, ó Madre de Dios, única esperanza mia, ved á vuestros piés un miserable pecador que implora vuestra piedad. Vos sois proclamada por toda la Iglesia y por todos los fieles refugio de los pecadores: Vos sois, pues, mi refugio y la que me tiene de salvar. Ya sabeis cuánto desea vuestro Hijo nuestra salvacion (1). Tambien sabeis cuánto padeció Jesús para salvarnos. Yo os presento, Madre mia, los padecimientos de vuestro Hijo; el frio que padeció en el pesebre, los pasos que dió en el viaje de Egipto, sus trabajos y sudores, la sangre que derramó, el dolor que le causó morir á vuestra presencia sobre la cruz. Manifestad que amais á este Hijo, pues por su amor os ruego que me ameis. Tended la mano á un caido que os pide tengais piedad de él. Si yo fuese santo no necesitaria misericordia, mas como soy pecador, acudo á Vos que sois Madre de las misericordias. No ignoro que vuestro piadoso corazon halla consuelo socorriendo á los miserables, cuando por no encontrarles obstinados podeis ayudarles. Consolad, pues, hoy á vuestro piadoso corazon, y consoladme, ya que teneis ocasion de salvarme, pues soy un infeliz condenado al infierno, y podeis ayudarme porque no quiero ser obstinado. Me pongo en vuestras manos; decidme lo que debo hacer, y alcanzadme fuerzas para practicarlo, pues propongo hacer todo cuanto pueda para volver á la divina gracia. Me refugio bajo vuestro manto. Jesús quiere que yo acuda á Vos, á fin de que por vuestra gloria y la suya, pues sois su Madre, no solo me ayuden á salvarme su sangre, sino tambien vuestros ruegos. Él me envia á Vos para que me socorrais,

(1) Guill. Paris.

¡oh María! aquí me teneis, pues; á Vos acudo, y en Vos confio. Rogais ya por tantos otros; rogad, decid tambien una palabra por mí. Decid á Dios que quereis me salve, y sin duda Dios me salvará. Decidle que soy vuestro y que no busco mas que á Vos.

§ II. — *María es tambien nuestra vida, porque nos alcanza la perseverancia.*

La perseverancia final es un don divino tan grande, que segun declaró el santo concilio de Trento es un don enteramente gratuito, y que no podemos merecer por nosotros mismos. Pero, como san Agustin enseña que todos aquellos que buscan la perseverancia la alcanzan de Dios, y como dice el P. Suarez, infaliblemente la obtienen siempre que procuren pedirla á Dios hasta el fin de su vida, porque Belarmino escribe que esta perseverancia debe pedirse todos los dias para que todos los dias se obtenga; de consiguiente, si es verdad, como lo tengo por cierto, segun la opinion actualmente admitida, conforme luego demostraré en el capítulo V; si es verdad, digo, que todas las gracias que Dios nos dispensa pasan por manos de María, tambien será verdad que solo por medio de María podrémos esperar y alcanzar esta relevante gracia de la perseverancia, la que ciertamente conseguirémos siempre que la pidamos con confianza á María, pues ella misma la promete á todos los que la sirven fielmente en esta vida. «Los que obran conforme á «mis deseos no pecarán; los que ensalzan mi nombre al-«canzarán la vida eterna (1); palabras que la Iglesia po-«ne en boca de la Vírgen (2).»

Para conservarnos en la vida de la divina gracia necesitamos la fortaleza espiritual para resistir á todos los enemigos de nuestra salvacion, y esta fortaleza solo se alcanza por medio de María: «La fortaleza es mia, por «mí reinan los reyes (3).» La fortaleza es mia, dice la Vírgen; Dios ha depositado este don en mi mano para que lo dispense á mis devotos. Por mi intercesion reinan

(1) Eccli XXIV, 30 et 31. — (2) In festo Conc. B. M. V. — (3) Prov. c. VIII. In festo S. Mariæ ad Nives.

mis siervos y sujetan todos sus sentidos y pasiones, haciéndose así dignos de reinar despues eternamente en el cielo. ¡Oh! ¡cuánta fortaleza tienen los siervos de esta gran Señora para vencer todas las tentaciones del infierno! María es aquella torre de la que se dice en los sagrados Cantares: «Tu cuello es como la torre de David, cir«cuida de baluartes, de la que están suspendidos mil es«cudos con los arneses de los mas valientes (1).» Para sus amantes que acuden á ella en los combates, es como una fuerte torre provista bien en la cual sus devotos hallan los escudos y las armas para defenderse del infierno.

Por esto la Vírgen santísima es llamada plátano: «Me «levanté como el plátano en las plazas junto al agua (2).» Las hojas del plátano, dice el cardenal Hugo, son semejantes á un escudo, con lo que se explica la defensa que toma María de cuantos se refugian á ella. El beato Amadeo da otra explicacion, diciendo que María se llama plátano porque, así como este árbol con la sombra de sus ramas pone á los viajeros á cubierto del ardor del sol y de las lluvias, así los hombres bajo el manto de María hallan refugio en el ardor de las pasiones y del furor de las tentaciones (3).

¡Infelices las almas que huyen de esta defensa, y dejan de ser devotas de María y de encomendarse á ella en los peligros! Quitad el sol, dice san Bernardo, ¿qué seria del mundo sino una morada de tinieblas y de horror (4)? Si un alma pierde la devocion á María, quedará al momento rodeada de tinieblas, esto es, de aquellas tinieblas de las cuales dice el Espíritu Santo: «Hiciste des«cender las tinieblas, y fue hecha la noche: en ella transi«tarán todas las fieras del bosque (5).» Luego que en un alma no brilla y se oscurece la luz divina, se convierte en caverna de todos los pecados y de los demonios. Por esto dice san Anselmo: ¡Ay de aquellos que desprecian el resplandor de este sol, esto es, que desprecian la devocion de María! Con razon dudaba san Francisco de Borja de la perseverancia de aquellos que no tienen una especial devocion á la santísima Vírgen. Preguntando una vez á al-

(1) Cant. IV, 4. — (2) Eccli. XXIV, 19. — (3) B. Amad. Hom. VIII. — (4) Serm. de Aquæd.— (5) Psalm. CIII, 20.

gunos novicios á qué Santo profesaban mas devocion, conoció que varios entre ellos no tenian esta especial devocion á María, por lo que advirtió al maestro de novicios que vigilase mas á aquellos desgraciados, quienes al cabo perdieron miserablemente la vocacion que tenian, y se salieron de la religion.

Con razon, pues, san German llamaba á la santísima Vírgen la respiracion de los cristianos, porque así como el cuerpo no puede vivir sin respirar, así el alma no pudiera vivir sin acudir y encomendarse á María, por medio de la cual seguramente alcanzamos y conservamos la vida de la divina gracia (1). Asaltado una vez el beato Alano de una fuerte tentacion, estuvo á punto de perderse por no haberse encomendado á María; pero se le apareció la santísima Vírgen, y á fin de advertirle mejor para otra vez, le dió un bofeton y le dijo: «Si te hubie«ses encomendado á mí, no te hubieras hallado en este «peligro.»

Al contrario, dice María: «Dichoso el que oye mi voz, «y para esto continuamente está atento en venir á las «puertas de mi misericordia á pedirme luz y socorro (2).» María cuidará tambien de alcanzar luz y fuerza á este devoto suyo para que salga del vicio y ande por el camino de la virtud. Por lo que, segun la bella expresion de Inocencio III, es llamada «Luna para el que anda ciego en la noche del pecado,» pues le ilumina para que conozca el estado miserable de condenacion en que se encuentra: *Aurora*, esto es, mensajera del sol, para el que se halla ya iluminado, á fin de hacerlo salir del pecado y volver á la divina gracia; finalmente *Sol*, para el que ya está en gracia, á fin de que no vuelva á caer en algun precipicio (3).

Aplicando los Doctores á María aquellas palabras del Eclesiástico: «Sus lazos son una venda de salud (4);» ¿qué lazos son estos, dice san Lorenzo Justiniano, sino los que sirven para atar á sus siervos á fin de que no se extravien por los campos del vicio? Explicando igualmente san Buenaventura las palabras que se dicen en el oficio de María:

(1) S. Germ. Orat. de Deip. — (2) Prov. VIII, 34. — (3) Serm. II de Assumpt. — (4) Eccli. VI, 31.

«Mi mansion en la cumplida reunion de los Santos (1),» dice que María no solo se halla colocada en la plenitud de los Santos, sino que sostiene á estos para que no retrocedan; conserva sus virtudes para que no falten, y entretiene á los demonios para que no les dañen (2).

Se dice que los devotos de María van cubiertos con dos vestidos (3). Segun la interpretacion de Cornelio Alápide, este doble vestido son las virtudes de su Hijo y las suyas, con las cuales adorna á sus siervos, á fin de que vestidos de este modo conserven la santa perseverancia. Por esto san Felipe Neri amonestaba siempre á sus penitentes, y les decia: «Hijos, si deseais la perseverancia, sed devo- «tos de Nuestra Señora.» Igualmente decia el venerable hermano Juan Berchmans de la Compañía de Jesús: «El «que ame á María alcanzará la perseverancia.» No deja de ser ingeniosa la reflexion que sobre esto hace el abad Ruperto en la parábola del hijo pródigo, diciendo, que si la madre de este hijo díscolo hubiese vivido, ó jamás hubiera huido de la casa, ó hubiera vuelto á ella mucho mas pronto de lo que lo hizo; queriendo decir con esto, que el que es hijo de María, ó no se aparta nunca de Dios, ó si desgraciadamente lo hace, por medio de María luego vuelve.

¡Oh! si todos los hombres amasen á esta benignísima y amorosísima Señora, y en las tentaciones acudiesen siempre al momento á ella, ¿quién caeria jamás? ¿quién nunca se perderia? Solo cae y se pierde el que no acude á María. Aplicando san Lorenzo Justiniano á la Vírgen aquellas palabras del Eclesiástico: «Caminé sobre las olas «del mar (4),» pone en boca de la misma estas palabras: «Yo camino junto con mis siervos en medio de las tem- «pestades en que estos se hallan, á fin de auxiliarles y li- «brarles de que se precipiten en los pecados.»

El P. Bernardino de Bustos refiere, que habiéndose enseñado á un pajarito á decir *Ave María*, un halcon fué á cogerlo, pero este cayó muerto al pronunciar aquel dichas palabras. Con esto el Señor quiere darnos á entender, que si una avecilla, siendo irracional, se libró invocando á María, ¿cuánto mejor se librará de caer en manos del de-

(1) Proverb. XXXI, 21. — (2) Bon. in Spec. — (3) Sap. XI. — (4) Cap. XXIV, 8.

monio el cristiano que en los asaltos cuidáre de invocar á María? No debemos, pues, hacer otra cosa, dice santo Tomás de Villanueva. Cuando vengan los demonios á tentarnos debemos imitar los polluelos, que al divisar á los milanos corren luego á recogerse bajo las alas de su madre; del mismo modo nosotros al percibir las tentaciones que nos asaltan, sin detenernos un instante debemos ir á ponernos bajo el manto de María (1). Y Vos, continúa diciendo el Santo, Señora y Madre nuestra, habeis de defendernos, porque despues de Dios no tenemos otro refugio sino á Vos, que sois la única esperanza nuestra y la sola protectora en quien confiamos.

Concluyamos, pues, con lo que dice san Bernardo: «¡Oh «hombre, cualquiera que seas! no dejas de conocer que «en esta vida mas bien vas fluctuando entre peligros y «tempestades que caminando sobre la tierra; si no quie«res quedar sumergido, no apartes los ojos de esta estre«lla María. Mira á la estrella llamada María. En los peli«gros de pecar, en las angustias de las tentaciones, en las «dudas sobre lo que has de resolver, piensa que María «puede ayudarte, y llámala luego para que te socorra. No «se aparte jamás de tu corazon su poderoso nombre para «inspirarte la confianza, ni de tus labios para invocarlo. «Sigue á María, y no errarás el camino de la salvacion: «encomiéndate á ella, y no desconfiarás; si su mano te «sostiene, no caerás; si ella te protege, no temas tu per«dicion; si ella es tu guia, te salvarás sin trabajo; final«mente, si María toma tu defensa, infaliblemente llega«rás al reino de los bienaventurados. Hazlo así, y vivi«rás (2).»

EJEMPLO.

Es célebre la historia de santa María Egipcíaca, que se lee en el Libro I de las vidas de los Padres. A la edad de doce años huyó de la casa de sus padres y se fué á Alejandría, en donde, llevando una vida licenciosa, llegó á ser el escándalo de aquella ciudad. Despues de diez y seis años de cometer pecados, se le antojó ir á Jerusalen, en

(1) Serm. III de Nat. Virg. — (2) Hom. II super missus.

donde celebrándose entonces la fiesta de la Exaltacion de la santa Cruz quiso tambien ella entrar en la iglesia, mas por curiosidad que por devocion; pero al penetrar en ella sintió que una fuerza invisible la rechazaba hácia atrás. Probó segunda vez y tambien fue impelida, lo que sucedió por tercera y cuarta vez. Parada entonces la infeliz en una esquina del atrio, conoció que Dios la echaba de la iglesia por su mala vida. Afortunadamente levantó los ojos, y viendo una imágen de María que habia pintada en el atrio, se volvió llorando á ella, y le dijo: ¡Oh madre de Dios, apiadaos de esta pobre pecadora! Veo que por mis pecados no merezco que me mireis, pero Vos sois el refugio de los pecadores; ayudadme por el amor de Jesús vuestro Hijo; permitidme que pueda entrar en la iglesia, pues quiero mudar de vida é ir á hacer penitencia donde Vos me indiqueis. Hé aquí que entonces oyó una voz interior, como si la Vírgen santísima le hubiese respondido, diciéndole: Ya que has acudido á mí y quieres mudar de vida, entra en la iglesia, que la puerta ya no estará cerrada para tí. La pecadora entró, adoró la Cruz y derramó abundantes lágrimas. Volvió entonces á la imágen, y la dijo: Señora, aquí me teneis dispuesta, ¿dónde quereis que me retire para hacer penitencia? «Anda, con«testó la Vírgen, pasa el Jordan, y encontrarás el lugar «de tu reposo.» Se confesó, comulgó, pasó el rio, y llegó al desierto que comprendió era el lugar de su penitencia. En los primeros diez y siete años que la Santa permaneció allí, se vió muchas veces asaltada por los demonios que intentaban hacerla caer de nuevo; pero ella no hacia mas que encomendarse á María, la cual le alcanzó fuerza para resistir á todas las tentaciones durante aquellos diez y siete años, despues de los cuales cesaron los combates. Finalmente, despues de haber permanecido por espacio de cincuenta y siete años en aquél destierro, hallándose á la edad de ochenta y siete, dispuso la divina Providencia que la encontrase el abad Zósimo, al que contó toda su vida, y le rogó que volviese allí el año siguiente para administrarle la santa Comunion. Hízolo así el santo Abad, y ella despues le repitió la súplica de que otra véz fuese á visitarla; lo que verificó Zósimo

pero la halló muerta con el cuerpo circuido de luz, y á la cabeza escritas estas palabras: «Entierra aquí el cuerpo de esta infeliz pecadora, y ruega á Dios por mí.» La sepultó, habiendo venido un leon á cavar la tierra, y, volviendo al monasterio, refirió las maravillas que la divina misericordia habia usado con esta feliz penitente.

ORACION.

¡Oh Madre de piedad, Vírgen sacrosanta! hé aquí á vuestros piés el traidor que, pagando con ingratitud las gracias que ha recibido de Dios por vuestra intercesion, ha hecho traicion á Dios y á Vos tambien. Pero, Señora, sabed que mi miseria no me quita, antes bien aumenta mi confianza en Vos, porque veo que ella hace crecer en Vos la compasion hácia mí. Manifestad, ó María, que sois la misma para mí, que para todos los que os invocan, llena de liberalidad y de misericordia. Me basta que me mireis y os compadezcais de mí. Si vuestro corazon se apiada de mí, no podeis dejar de protegerme. Y si Vos me amparais, ¿á quién puedo temer? No, nada temo; no á mis pecados, porque Vos podeis remediarlos; no á los demonios, porque Vos sois mas poderosa que el infierno; no á vuestro Hijo indignado justamente conmigo, porque con una sola palabra vuestra se aplacará. Únicamente temo que yo por mi culpa deje de encomendarme á Vos en las tentaciones, y de este modo me pierda. Pero esto es lo que os prometo ahora, quiero acudir siempre á Vos, ayudadme, pues, á practicarlo. Mirad la propicia ocasion que se os ofrece para cumplir vuestro deseo aliviando á un miserable como soy yo.

¡Oh Madre de Dios! Tengo una grande confianza en Vos. Espero que me concederéis la gracia de llorar como debo mis pecados, y la fortaleza para no volver á cometerlos. Si estoy enfermo, Vos podeis curarme, ó médica celestial. Si mis culpas me han debilitado, vuestra ayuda me hará fuerte. ¡Oh María! todo lo espero de Vos, porque todo lo podeis con Dios.

§ III.—Dulzura. *María endulza la muerte de sus devotos.*

«Los verdaderos amigos y los verdaderos parientes no «se conocen en el tiempo de la felicidad, sino en el de las «angustias y miserias (1).» Los amigos del mundo no abandonan al amigo cuando este se halla en prosperidad, sino cuando le sucede alguna desgracia, y particularmente al acercarse su hora postrera, luego le desamparan. No procede así María con sus devotos, pues en sus angustias, y principalmente en las de la muerte, que son las mayores que pueden sufrirse en este mundo, la buena Señora y Madre no sabe abandonar á sus fieles siervos; y así como es nuestra vida en el tiempo de nuestro destierro, así se vuelve tambien nuestra dulzura en la hora de nuestra muerte, y nos la alcanza dulce y dichosa. Desde aquel grande dia en que la Vírgen santísima tuvo la suerte y al mismo tiempo el dolor de asistir á la muerte de su hijo Jesús, que fue la cabeza de los predestinados, obtuvo la gracia de asistir tambien á todos estos en tan terrible trance. Por esto la santa Iglesia nos hace rogar á la Vírgen que nos socorra, especialmente en la hora de la muerte. «Ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte.»

Son muy terribles las angustias de los moribundos, ya por el remordimiento de los pecados cometidos, ya por el horror del próximo juicio, y ya, en fin, por la incertidumbre de la salvacion eterna. Entonces especialmente se arma el infierno, y emplea todas sus fuerzas para apoderarse de aquella alma que pasa á la eternidad, pues sabe que le queda poco tiempo para ser juzgada, y que si entonces la pierde, la ha perdido para siempre (2). Y por esto el espíritu maligno, acostumbrado á tentarla en vida, no se contenta de ser solo para tentarla á la hora de la muerte, sino que llama compañeros para que le ayuden. Cuando alguno se halla próximo á la muerte, su casa se llena de demonios que se reunen para su daño y causar su perdicion.

(1) Prov. xvii, 17. — (2) Apoc. xii, 12.

Refiérese de san Andrés Avelino, que en la hora de su muerte diez mil demonios fueron á tentarle; y en su vida se lee, que durante su agonía tuvo un combate tan terrible con el infierno, que horrorizó á todos sus buenos religiosos que le asistian, viendo que el rostro del Santo se descomponia con la agitacion, de modo que se volvió enteramente negro. Vieron que todos sus miembros temblaban y se agitaban, sus ojos derramaban abundantes lágrimas, su cabeza daba golpes violentos, indicios patentes de la horrible lucha que sufria del infierno. Todos lloraban de compasion, redoblando las oraciones, y al mismo tiempo temblaban horrorizados al ver que de aquel modo moria un Santo. Sin embargo, consolábanse al ver que este con frecuencia volvia los ojos como si buscase auxilio en una devota imágen de María, acordándose que él mismo repetidas veces habia dicho que en la hora de su muerte habia de ser su refugio. Finalmente, plugo á Dios que concluyese el combate con una gloriosa victoria, pues habiendo cesado las agitaciones del cuerpo, deshinchóse el rostro del moribundo, y recobrando su propio color, vieron que teniendo el Santo tranquilamente fijos los ojos en aquella imágen, y haciendo una reverente inclinacion á María, la cual, segun se cree, entonces se le apareció, como si le diese las gracias, entregó plácidamente en sus brazos su bendita alma con un semblante celestial. Y en el mismo instante una religiosa capuchina que estaba agonizando volvióse á las monjas que la asistian, y les dijo: «Rezad el *Ave María*, porque «ahora acaba de morir un Santo.»

¡Ah! ¡cómo huyen los rebeldes á la presencia de la Reina! Si en la hora de la muerte está en nuestro favor, ¿qué temor podrán infundirnos todos nuestros enemigos del infierno? Temiendo David las angustias de su muerte, se alentaba con la confianza en la muerte del futuro Redentor, y en la intercesion de la Vírgen Madre. «Aun«que yo caminare por las sombras de la muerte, tu bá«culo y tu vara me han servido de consuelo (1).» El cardenal Hugo dice, que por el *báculo* debe entenderse el palo de la cruz, y por la *vara* la intercesion de María, que

(1) Psalm. XXII, 4.

fue la vara profetizada por Isaías: «Saldrá *una vara* «tronco de Jessé, y de su raíz brotará una flor (1).» E divina Madre, dice san Pedro Damiano, es aquella ı derosa vara con la cual quedan vencidos los esfuerzos los enemigos infernales (2). Por lo que san Antonino ı anima diciendo: «Si tenemos á favor nuestro á Mar «¿quién podrá contra nosotros?» Hallándose el P. M nuel Padíal, de la Compañía de Jesús, en la hora de muerte, se le apareció María, la cual para confortarle dijo: «Hé aquí que por fin ha llegado la hora en que a «grándose los Ángeles contigo, te digan: ¡Oh felices t «bajos! oh mortificaciones bien recompensadas!» Y e tonces se vió una multitud de demonios que huian des perados gritando: «¡Ah! nada podemos contra este ho «bre, pues aquella que no tiene mancha le defiende (3 Del mismo modo el P. Gaspar Hayevod fue asaltado la hora de su muerte por los demonios con una gran tentacion contra la fe. Luego se encomendó á la Virg santísima, y despues se le oyó exclamar: «Os doy gı «cias, ó María, porque habeis venido á ayudarme (4).»

San Buenaventura dice, que María envia al prínc san Miguel con todos los Ángeles en ayuda de sus fie hijos moribundos, para que vayan luego á defender de las asechanzas de los demonios, y á recibir las alm de todos aquellos que continuamente se han encome dado á ella (5).

Isaías dice, que cuando un hombre está para salir este mundo el infierno se conmueve, y envia á los der nios mas terribles para tentar aquella alma antes abandonar al cuerpo, y para acusarla despues, cuand presente al tribunal de Jesucristo para ser juzgada Pero dice Ricardo, que cuando María defiende aquella ma, los demonios no se atreven siquiera á acusarla, p saben que el Supremo Juez nunca ha condenado ni c denará á una alma patrocinada por su gran Madre San Jerónimo en una carta á la santa vírgen Eustoq le dice que María no solo socorre á sus queridos dev

(1) Isai. XI, 1. — (2) Serm. de Assumpt. B. V. — (3) Patrig. Menol a. 28 de — (4) Idem. — (5) S. Bon. in Spec. B. V. c. 3. — (6) Isai. XIV, 9. — (7) Ric. ap tom. 5, lez. 144.

en la hora de su muerte, sino que tambien les sale al encuentro para animarles y acompañarles al divino tribunal; lo que se halla conforme con lo que la Vírgen santísima dijo á santa Brígida hablando de sus devotos cuando se encuentran en la hora de la muerte: «Entonces, «querida mia, como Señora y madre de ellos, cuando «mueran les saldré al encuentro para que tengan con- «suelo y refrigerio (1).» San Vicente Ferrer añade: La amorosa Reina cubre con su manto á sus almas, y ella misma las presenta al Juez su Hijo, y así ciertamente les alcanza su salvacion. Así puntualmente le sucedió á Cárlos, hijo de santa Brígida (2), el cual habiendo muerto en el peligroso ejercicio de las armas, y lejos de su madre, temia la Santa por su salvacion; pero la Vírgen santísima le reveló que se habia salvado por el amor que le habia tenido, por lo que ella le habia asistido en la muerte, y le habia sugerido los actos que un cristiano debe hacer en aquel instante supremo. Al mismo tiempo vió la Santa á Jesús en un trono, y al demonio que presentaba dos acusaciones contra María santísima. La primera consistia en que María le habia impedido tentar á Cárlos en la hora de su muerte, y la segunda en que la misma Vírgen habia presentado en el juicio el alma de Cárlos, habiéndola así salvado, sin darle siquiera lugar para exponer las razones, con las cuales él pretendia pertenecerle. Vió despues que el Juez lo arrojó de su presencia, y que el alma de Cárlos fue llevada al cielo.

¡Oh hermano! ¡cuán dichoso serás si en la hora de tu muerte te hallas ligado con las dulces cadenas del amor á la Madre de Dios! Estas cadenas son cadenas de salvacion, que te asegurarán tu salud eterna, y te harán gozar en la muerte aquella paz bienaventurada, que será principio de tu paz y reposo eterno. Refiere el P. Binetti en su libro de las *Perfecciones de Nuestra Señora*, capítulo XXXI, que habiendo él asistido á la muerte de un gran devoto de María, oyó que antes de espirar proferia estas palabras: «¡Oh padre mio, si supieseis qué alegría sien- «to por haber servido á la santísima madre de Dios! No «sé cómo expresar el júbilo que experimento en este ins-

(1) Rev. lib. 1, c. 29. — (2) Lib. 7, Rev. c. 13.

«tante.» El P. Suarez por haber sido muy devoto de María (de modo que decia que hubiera dado toda su ciencia por el mérito de una sola *Ave María)* vió con tal contento acercarse su fin, que al tiempo de morir decia: Que nunca se hubiera imaginado, á no experimentarlo entonces, que pudiese serle tan dulce la muerte. El mismo júbilo experimentarás tambien sin duda, devoto lector, si en la hora de la muerte te acordares de haber amado á esta buena Madre, la cual nunca es infiel con sus hijos que han sido fieles en servirla y obsequiarla con visitas, rosarios, ayunos, y particularmente dándole gracias con frecuencia, alabándola, y encomendándose contínuamente á su poderoso patrocinio.

Aunque hayais sido pecadores, no dejaréis de probar este consuelo, con tal que de hoy en adelante procureis vivir bien y servir á esta agradecida y benignísima Señora. En vuestras angustias y en las tentaciones con que os asaltará el demonio para desesperaros, os dará fortaleza, y hasta vendrá ella misma á asistiros en la hora de vuestra muerte. Segun refiere san Pedro Damiano (1), conociendo Martin, su hermano, que habia ofendido á Dios, un dia se fue delante de un altar de María á ofrecerse por esclavo suyo, poniéndose su ceñidor al cuello en señal de su esclavitud, y le dijo así: «Señora mia, es«pejo de pureza, yo pobre pecador he ofendido á Dios y «á Vos mancillando mi castidad; no encuentro otro re«medio que ofrecerme por esclavo vuestro. Aquí me te«neis, Señora, que hoy me entrego á Vos por esclavo, «recibid á este rebelde, no me desecheis.» Luego dejó sobre la tarima del altar cierta cantidad de dinero, prometiendo pagarla todos los años á María en señal de tributo de su esclavitud. Despues de algun tiempo Martin murió, pero antes de espirar, una mañana se le oyó decir: «Le«vantaos, levantaos, saludad á mi Señora.» Y despues: «¿Y de dónde me viene esta dicha, ó Reina del cielo, dig«nándoos visitar á este pobre esclavo? Bendecidme, Se»ñora, y no permitais que me pierda despues de haber«me honrado con vuestra presencia.» En aquel momento entró su hermano san Pedro; contóle la venida de María,

(1) Opusc. 44, c. 4.

y que le habia bendecido, lamentándose de que los que le asistian no se hubiesen levantado de sus asientos en la presencia de María, y poco despues entregó dulcemente su espíritu al Señor. Tal será tambien tu muerte, lector mio, si fueres fiel á María, aun cuando antes hayas ofendido á Dios. Ella te concederá una muerte dulce y apacible.

Y si tal vez os halláseis entonces muy temerosos y faltos de confianza á vista de los pecados que hubiéreis cometido, ella vendrá á animaros, como lo verificó con Adolfo, conde de Alsacia, el cual abandonó al mundo, hízose religioso de san Francisco, y fue gran devoto de la Madre de Dios, conforme se refiere en las crónicas. Al llegar al fin de sus dias, representándosele la vida que habia pasado en el siglo, el gobierno de sus vasallos y el rigor del juicio divino, empezó á temer la muerte por la duda de su eterna salvacion. Hé aquí que entonces María (la cual no duerme en las angustias de sus devotos) se apareció al moribundo acompañada de muchos Santos, y á fin de animarle le dijo estas tiernas palabras: «Mi querido Adolfo, ¿cómo siendo mi devoto temes mo-«rir?» Al oir esto el siervo de María se consoló, desechó el temor, y espiró con gran paz y contento.

Animémonos tambien nosotros, aunque seamos pecadores, y confiemos que María vendrá en la hora de la muerte á consolarnos con su presencia, si la servimos con amor en este mundo durante la vida que nos resta. Hablando un dia nuestra Reina á santa Matilde, prometió que asistiria en la muerte á todos sus devotos que la hubiesen servido fielmente en vida (1). ¡Oh Dios! ¡Qué consuelo será en aquellos últimos momentos de nuestra existencia, cuando dentro de poco deberá tratarse la causa de nuestra vida eterna, ver junto á nosotros la Reina del cielo que nos asista y consuele ofreciéndonos su proteccion! A mas de los ejemplos referidos sobre la asistencia de María á sus siervos moribundos, los hay innumerables en los libros. Este favor fue dispensado á santa Clara, á san Félix, capuchino, á la beata Clara de Montefalco, á santa Teresa, á san Pedro de Alcántara, y á otros;

(1) Ap. Blos. p. 2, Concl. ad fid. c. 12.

pero para comun consuelo mencionaré estos otros pocos. Refiere el P. Grasset (1), que santa María de Ogniens vió á la Vírgen santísima á la cabecera de la cama de una devota viuda de Vilembrose, la cual mientras se estaba abrasando con la calentura, tenia al lado á María santísima que la estaba consolando y refrescando con un abanico. Estando san Juan de Dios próximo á la muerte, esperaba la visita de María, de la que era muy devoto; pero viendo que no venia, estaba afligido y quizás tambien se quejaba. Hé aquí que cuando llegó el momento se le apareció la divina Madre, y como reprendiòle su poca confianza le dirigió estas tiernas palabras, que sirven para animar á todos los siervos de María: «Juan mio, ¿pen«sabas que yo te habia abandonado?» Como si dijese: ¿No sabes que yo no sé abandonar á mis devotos en la hora de la muerte? No he venido antes porque aun no era tiempo; ahora que lo es, mira cómo he venido á recibirte, vamos al paraíso. Y poco despues el Santo espiró volando al cielo á dar eternamente gracias á su amantísima Reina (2).

EJEMPLO.

Pero concluyamos el discurso con un ejemplo que manifiesta hasta dónde llega la ternura de esta buena Madre con sus hijos en la hora de su muerte. Un párroco de cierto país estaba auxiliando á un hombre rico que moria en una casa magníficamente adornada, y rodeado de muchos criados, de parientes y de amigos; pero el cura vió que habia una multitud de demonios en forma de perros, que estaban aguardando para apoderarse de aquella alma, como efectivamente lo hicieron, porque murió en pecado. Sucedió entre tanto que mandó llamar al párroco una pobre mujer, que hallándose al fin de su vida, deseaba recibir los santos Sacramentos. No pudiendo el párroco dejar de asistir al alma necesitada del rico, envió á otro sacerdote, el cual tomó el copon con el santísimo Sacramento y fué allá. Hé aquí que al llegar al aposento de aquella buena mujer, no vió criados, ni gen-

(1) Div. alla Verg. tom. 1 quest. XI. — (2) Boll. die 8 martii.

te obsequiosa, ni muebles preciosos, porque la enferma era pobre y estaba sobre un poco de paja; pero observó que aquel aposento se hallaba iluminado con una grande luz, y que junto al lecho de la moribunda habia la Madre de Dios María que la estaba consolando, y con un pañuelo en las manos le enjugaba el sudor de la muerte. Viendo el sacerdote allí á María, no se atrevia á entrar; pero lo efectuó porque la Vírgen le hizo señas para que entrase. Entonces ella misma le ofreció el asiento en el cual oyó la confesion de su sierva, que recibió despues con mucha devocion al sagrado Viático, y espiró al fin dulcemente en los brazos de María (1).

ORACION.

¡Oh mi dulcísima Madre! ¿Cuál será la muerte de este pobre pecador? Cuando pienso en aquel terrible momento en que he de espirar y ser presentado al divino tribunal, y me acuerdo de que yo mismo con mis pecados he pronunciado tantas veces la sentencia de mi condenacion, tiemblo, me confundo, y temo en gran manera por mi salvacion eterna. ¡Oh María! En la sangre de Jesús y en vuestra intercesion se cifran mis esperanzas. Vos sois la Reina del cielo, la Señora del universo, en una palabra, sois la Madre de Dios. Aunque seais grande, vuestra grandeza no os separa, antes bien os inclina por sí misma á que os compadezcais mas de nuestras miserias. Cuando los amigos del mundo se ven elevados á alguna dignidad, se apartan y hasta se desdeñan de mirar á sus antiguos amigos, cuya fortuna es inferior á la suya. Vuestro noble y amoroso corazon no lo hace así, pues donde ve mas miserias, allí procura con mas solicitud aliviarlas. Si os invocamos, al momento nos socorreis, y aun prevenís con vuestros favores nuestras oraciones. Vos nos consolais en nuestras aflicciones, disipais las tempestades, abatís los enemigos, y en suma, no perdeis ocasion de procurar nuestro bien. Sea siempre bendita aquella divina mano que ha unido en Vos tanta majestad con tanta ternura, tanta grandeza con tanto amor.

(1) Crisog. Mond. Mar. p. 2, d. 38.

Yo doy siempre por ello gracias á mi Señor, y me regocijo en mí mismo, porque en vuestra felicidad pongo la mia, y miro vuestra suerte como la propia. ¡Oh consoladora de los afligidos! Consolad á un afligido que se encomienda á Vos. Yo me siento abrumado por los remordimientos de una conciencia cargada de tantos pecados. No sé si los he llorado segun debia; veo todas mis obras llenas de lodo y de defectos. El infierno está esperando mi muerte para acusarme; la divina Justicia ofendida quiere quedar satisfecha; Madre mia, ¿qué será de mí? Si Vos no me ayudais, estoy perdido. ¿Qué decís? ¿quereis socorrerme? ¡Oh Vírgen piadosa! consoladme, alcanzadme fuerza para enmendarme y ser fiel á Dios en lo que me resta de vida, y cuando me halle en las últimas angustias de mi muerte, ó María, mi esperanza, no me abandoneis, asistidme entonces mas que nunca, y dadme fortaleza para que no me desespere á la vista de mis culpas, que me opondrá el demonio. Perdonad, Señora, mi atrevimiento, venid entonces Vos misma á consolarme con vuestra presencia. Esta gracia que á tantos habeis dispensado, yo tambien la quiero. Si mi atrevimiento es grande, mayor es vuestra bondad que va buscando á los mas miserables para consolarles. En ella yo confio. Sea vuestra eterna gloria haber librado del infierno á un infeliz condenado, y conducidle á vuestro reino, donde espero despues consolarme estando siempre á vuestros piés para daros gracias, bendeciros y amaros eternamente. ¡Oh María! os estoy aguardando, no me dejeis desconsolado. Amen. Amen.

CAPÍTULO III.

ESPERANZA NUESTRA, DIOS TE SALVE.

§ I. — *María es la esperanza de todos.*

Los herejes de nuestros dias no pueden sufrir que saludemos y llamemos á María *esperanza nuestra.* Dicen que solo Dios es nuestra esperanza, y que el Señor maldice al que pone su esperanza en la criatura (1). María, excla-

(1) Jerem. XVII, 5.

man, es criatura, y ¿cómo una criatura ha de ser nuestra esperanza? Esto oponen los herejes; sin embargo, la santa Iglesia quiere que cada dia todos los eclesiásticos y religiosos levanten la voz, y de parte de todos los fieles invoquen y llamen á María con este dulce nombre de esperanza nuestra, esperanza de todos.

De dos maneras, dice el angélico doctor santo Tomás, podemos poner la esperanza en una persona, como causa principal, y como causa mediata. Los que esperan del rey alguna gracia, la esperan de él como señor, y de su ministro ó privado como intercesor. Si se concede la gracia, viene principalmente del rey, pero por medio de su privado, por lo que con razon llama su esperanza á su intercesor, el que por medio de este solicita una gracia. El Rey del cielo, que es bondad infinita, quiere sumamente enriquecernos con sus gracias; pero como es necesario la confianza de nuestra parte, para acrecentarla nos ha dado por madre y abogada á su misma Madre, á quien ha concedido poder suficiente para ayudarnos, y por esto quiere que cifremos en ella la esperanza de nuestra salvacion y de todo nuestro bien. Los que tienen su esperanza solamente en las criaturas sin dependencia de Dios, como lo hacen los pecadores, que para conseguir la amistad y el favor de un hombre no reparan en disgustar al Señor, ciertamente que son malditos del mismo, segun dice Isaías; pero los que confian en María, como Madre de Dios, poderosa para alcanzarles sus gracias y la gloria eterna, son benditos de Dios, y complacen su corazon que quiere ver así honrada aquella gran criatura, á la cual mas que á todos los hombres y Ángeles há amado y honrado en este mundo. Por esto llamamos con razon á la Vírgen esperanza nuestra, esperando, como dice el cardenal Belarmino (1), alcanzar por su mediacion lo que no consiguiéramos por nuestros ruegos. Nosotros la rogamos, dice san Anselmo, para que la dignidad de su intercesion supla nuestra pobreza; por lo que, añade el Santo, el suplicar á la Vírgen con esta esperanza no es desconfiar de la misericordia de Dios, sino temer nuestro poco mérito (2). Con razon, pues, la santa

(1) De Beat. SS. c. 2. — (2) De exc. V. c. 6.

Iglesia aplica á María las palabras del Eclesiástico, llamándola *Madre de la santa esperanza* (1); la madre que nos inspira, no la vana esperanza de los bienes caducos y transitorios de esta vida, sino la esperanza santa de los bienes inmensos y eternos de la vida bienaventurada. San Efren saludaba así á la divina Madre: «Dios te salve, «ó esperanza de mi alma, ó salud cierta de los cristianos, «ó ayuda de los pecadores, defensa de los fieles y salud «del mundo (2).» San Basilio nos advierte que, despues de Dios, no tenemos otra esperanza que María, y por esto la llama *nuestra esperanza despues de Dios*. Y considerando san Efren la presente providencia, con la cual Dios ha dispuesto, como dice san Bernardo y luego demostraré extensamente, que todos los que se salvan hayan de salvarse por medio de María, le dice: «Señora, no dejeis «de acogernos y admitirnos bajo el manto de vuestra pro«teccion, ya que despues de Dios no tenemos otra espe«ranza que Vos (3).» Del mismo modo se expresa santo Tomás de Villanueva, llamándola nuestro único refugio, socorro y asilo (4).

Parece que san Bernardo nos señala la razon de esto diciendo: Atiende, hombre, al designio del querer divino para poder dispensarnos con mas abundancia su misericordia: queriendo redimir al género humano, puso todo el precio de la redencion en las manos de María para que ella lo dispense á su voluntad.

Ordenó Dios á Moisés que fabricase el propiciatorio de oro purísimo, diciéndole que en lo sucesivo queria hablarle desde allí (5). Un autor dice, que este propiciatorio es María, por medio de la cual el Señor habla á los hombres, y les concede el perdon, los dones y las gracias (6). Y por esto dice san Ireneo que el Verbo divino, antes de encarnarse en el seno de María, envió al Arcángel pidiéndole su consentimiento, porque quiso que de María derivase al mundo el misterio de la Encarnacion (7). Por lo que dice el Idiota que cualquier bien, cualquier auxilio y gracia que los hombres han recibido

(1) C. XXIV, 24. — (2) De Laud. Virg. — (3) S. Efren, de Laud. Virg. — (4) Conc. 3, de Conc. Virg. — (5) Exod. XXV, 17 et 22. — (6) Pacciuc. exc. 20 in Sal. Ang. 11. — (7) S. Iren. lib. 3 contr. Valent. c. 33.

y recibirán de Dios hasta al fin del mundo, todo lo han recibido y recibirán por la intercesion y medio de María (1). Con razon, pues, el devoto Blosio exclamaba: ¡Oh María! que sois tan amable y generosa con quien os ama, ¿cuál será el necio é infeliz que no os ame? Vos iluminais el entendimiento del que os pide consejo en sus confesiones y dudas; consolais al que en Vos confia en sus aflicciones, y socorreis en los peligros al que os invoca (2). Vos, prosigue Blosio, despues de vuestro Hijo, sois la salud cierta de vuestros fieles servidores. Dios te salve, pues, esperanza de los desesperados y socorro de los desamparados. ¡Oh María! Vos sois omnipotente, porque vuestro Hijo quiere honraros haciendo luego todo cuanto le pedís. Reconociendo san German que María es el orígen de todos nuestros bienes, y que nos libra de todos nuestros males, la invoca así: ¡Oh Señora mia! solo Vos sois el consuelo con que Dios me regala, la guia de mi peregrinacion, la fortaleza de mis débiles fuerzas, la riqueza de mis miserias, la libertad de mis cadenas, y la esperanza de mi salvacion; oid, os ruego, mis súplicas, apiadaos de mis suspiros, Vos que sois mi Reina, mi refugio, mi vida, mi ayuda, mi esperanza y mi fortaleza.

Con razon, pues, san Antonino aplica á María aquel texto de la Sabiduría: «Todos los bienes me vinieron jun«tamente con ella (3).» Pues que siendo María la dispensadora de todos los bienes, puede decir el mundo, y especialmente el que viniendo en él es devoto de esta Reina, que juntamente con la devocion á María ha alcanzado todos los bienes (4). Por lo que decia despues absolutamente el abad Celense: «El que halla á María, encuentra todos «los bienes.» Sin duda que el que halla á María halla todos los bienes, todas las gracias y todas las virtudes, porque por medio de su poderosa intercesion le alcanza todo lo que necesita para poseer los tesoros de la divina gracia. Ella nos participa que es dispensadora de todas las riquezas de Dios, esto es, las divinas misericordias en beneficio de sus amantes (5). Por lo que decia san Buenaventura, que debemos fijar siempre los ojos en las manos

(1) In Præf. Contempl. B. M. — (2) Cimeliarch. Embol. 1. ad March. — (3) Cap. VII, 11. — (4) S. Anton. Par. 4, tit. 17, c. 20 — (5) Prov. c. VIII, 18 et 21.

de María, á fin de recibir por medio de ella los bienes que deseamos (1). ¡Oh! ¡cuántos soberbios con la devocion á María han hallado la humildad! ¡cuántos iracundos la mansedumbre! ¡cuántos ciegos la luz! ¡cuántos desesperados la confianza! ¡cuántos perdidos la salvacion! Esto es exactamente lo que ella predijo cuando en casa de su prima santa Isabel pronunció aquel sublime cántico: «Por «esto ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas «las generaciones (2);» cuyas palabras repite san Bernardo, diciéndole: Por esto todas las gentes os llamarán bienaventurada, porque les habeis dado la vida y la gloria; porque los pecadores hallan en Vos su perdon, y los justos la perseverancia en la divina gracia (3). Por lo que el devoto Laspergio introduce al Señor hablando así al mundo: Hombres, dice, pobres hijos de Adan, que vivís en medio de tantos enemigos y de tantas miserias, venerad con particular afecto á mi Madre y Madre vuestra (4), pues yo he dado al mundo á María para vuestro ejemplo, á fin de que aprendais de ella á vivir como debeis, y para vuestro refugio, á fin de que acudais á ella en vuestras aflicciones. A esta Hija, dice Dios, la he hecho tal, que nadie puede temer ó sentir repugnancia de acudir á ella. Por esto la he criado de naturaleza tan benigna y piadosa, que no sabe despreciar á ninguno de cuantos recurren á ella; á ninguno de cuantos le piden sabe negar su proteccion. Ella tiene abierto para todos el manto de su misericordia, y no permite nunca que nadie se levante desconsolado de sus piés. Sea, pues, siempre alabada y bendita la inmensa bondad de nuestro Dios, que nos ha concedido esta gran Madre, y Abogada tan tierna y amorosa. ¡Oh Dios! cuán tiernos eran los sentimientos de confianza que experimentaba el enamorado san Buenaventura hácia nuestro amantísimo Redentor Jesus, y hácia nuestra amantísima abogada María (5). Aun cuando el Señor me hubiese reprobado, decia, sé que Él no puede negarse á quien le ama y de corazon le busca. Yo le abrazaré con mi amor, y si no me bendice no le dejaré jamás, y él sin mí no podrá irse. Cuando otra cosa no

(1) In Spec. — (2) Luc. I, 48. — (3) Serm. II in Pentec. — (4) Lib. 4, Min. Op. — (5) P. 5, Stim. Div. Am. c. 13.

pudiere, á lo menos me esconderé dentro de sus llagas, y estando allí me hallará dentro de sí. Finalmente, añadia el Santo, si mi Redentor por mis culpas me rechazase de sus piés, me arrojaré á los de su Madre María, y permaneceré postrado hasta que ella me alcance el perdon. Porque esta Madre de misericordia no sabe ni ha sabido jamás dejar de compadecerse de las miserias y de contentar á los miserables que acuden á ella. Y por esto, concluia, sino por obligacion, á lo menos por compasion no dejará de inducir á su Hijo á que me perdone.

Miradnos, pues, concluyamos con Eutimio, ó piadosísima Madre nuestra, con vuestros ojos piadosos, pues somos vuestros siervos y en Vos tenemos puesta toda nuestra esperanza.

EJEMPLO.

En el *Tesoro del Rosario* se refiere (1) que un caballero devotísimo de la divina Madre, hizo construir en su palacio un devoto oratorio, en el cual ante una hermosa imágen de María oraba con frecuencia, no solo de dia, sino tambien de noche, interrumpiendo el descanso para honrar en él á su amada Señora. Observando su mujer que, cuando reinaba el mayor silencio en la casa, se levantaba de la cama, y saliendo del aposento no volvia hasta despues de mucho tiempo, aunque muy piadosa, empezó á tener celos y á sospechar mal; por lo que un dia, á fin de librarse de la duda que la atormentaba, se decidió á preguntar á su marido si amaba á otra mujer. Sonrióse el caballero y le contestó: Sí, habeis de saber que amo á una señora la mas amable del mundo, á la que hice entrega de mi corazon, y primero moriré que deje de amarla; y si la conociéseis, vos misma me diríais que la amase aun mas de lo que ahora la amo. Le decia esto refiriéndose á la santísima Vírgen, á la que él tan tiernamente amaba; pero, concibiendo entonces la mujer mayores sospechas, á fin de cerciorarse de la verdad, le volvió á preguntar si por ventura se levantaba todas las noches y salia del cuarto para hablar con aquella señora. El caballero, que

(1) Part. 4, Mirac. 85.

no recelaba la grande agitacion de su mujer, le contestó que sí. Asegurada así falsamente la señora de lo que no existia, cegada por la pasion, una noche al salir el marido del aposento segun costumbre, tomó desesperada un cuchillo, y, cortándose con él la garganta, poco despues murió. Concluidas sus devociones volvió el caballero al aposento, y al acostarse en la cama, la encontró toda bañada. Llama entonces á su mujer, y esta no responde, la remueve, y no dispierta; toma en fin una luz, y ve la cama llena de sangre y á su mujer muerta con la garganta cortada. Conociendo entonces que se habia suicidado á causa de los celos, cerró el aposento con llave, y volviendo al oratorio, se postró delante de la santísima Vírgen, y llorando amargamente la dijo: Madre mia, ved la afliccion en que me hallo. Si Vos no me consolais ¿á quién acudiré? Considerad que por venir á honraros me sucede esta desgracia de ver á mi mujer muerta y condenada. Madre mia, Vos podeis remediarnos, hacedlo, pues. ¡Ah! el que ruega con confianza á esta Madre de misericordia alcanza lo que desea. Despues de haber hecho esta súplica, hé aquí que oye á una de sus criadas que le decia: Señor, id al cuarto que la Señora os llama. No acabando de creerlo el caballero de puro gozo, vuelve, dijo á la criada, y observa bien si es ella realmente la que me llama. Sí, señor, volvió diciendo la criada, vaya V. presto, porque la señora le está aguardando. Fué el caballero, abrió el aposento, y vió á la mujer vuelta á la vida, la cual arrojóse llorando á sus piés y le rogó que la perdonase, diciéndole: ¡Ah! esposo mio, la Madre de Dios por tus ruegos me ha librado del infierno. Y llorando ambos de alegría se fueron al oratorio á dar gracias á la santísima Vírgen. Al dia siguiente el marido convidó á todos los parientes, á los cuales hizo referir lo acontecido por su mujer, quien les enseñó la señal que aun tenia de la herida; con lo que todos se inflamaron en el amor de la divina Madre.

ORACION.

¡Oh Madre del santo amor! ¡oh vida, refugio y esperanza nuestra! Vos bien sabeis que, no contento vuestro Hijo Jesús con hacerse nuestro perpétuo abogado junto á su eterno Padre, quiso que Vos tambien os interesáseis con él para alcanzar la divina misericordia. Él ha dispuesto que vuestras súplicas cooperen á nuestra salvacion, y les concede tanta eficacia que alcanzan todo lo que piden. A Vos me dirijo, pues, ó esperanza de los miserables, yo infeliz pecador. Espero, Señora, que por los méritos de Jesucristo y por vuestra intercesion me he de salvar. Así lo confio, y lo confio tanto, que si mi salvacion eterna estuviese en mi mano la pondria luego en las vuestras, pues mas confio en vuestra misericordia y proteccion, que en todas mis obras. Madre y esperanza mia, no me abandoneis cual lo merezco. Mirad mis miserias, y apiadándoos de mí, socorredme y salvadme. Confieso que muchas veces cerré con mis pecados la puerta á la luz y á los auxilios que Vos me procurábais del Señor. Mas la piedad que Vos teneis de los miserables, y el poder que ejerceis con Dios superan el número y la malicia de todos mis deméritos. El cielo y la tierra saben que aquel á quien Vos protegeis no se pierde. Olvídense, pues, todos de mí con tal que no os olvideis Vos, ó Madre del Omnipotente. Decid á Dios que yo soy vuestro esclavo; decidle que Vos me defendeis, y me salvaré. ¡Oh María! descanso enteramente en Vos, vivo en esta esperanza, y en ella quiero y espero morir, diciendo siempre: «Jesús es mi única esperanza, y despues de Jesús la Vír«gen María.»

§ II. — *María es la esperanza de los pecadores.*

Despues de haber criado Dios la tierra, crió dos luceros, uno mayor y otro menor, á saber: el sol para que iluminase de dia, y la luna de noche (1). El sol, dice el cardenal Hugo, fue figura de Jesucristo, de cuya luz gozan

(1) Gen. I, 16.

los justos que viven en el dia de la divina gracia; la luna, figura de María, por medio de la cual son iluminados los pecadores que viven en la noche del pecado (1). Siendo, pues, propicia María á los infelices pecadores, si algun miserable, dice Inocencio III, se halla sumido en esta noche de la culpa, ¿qué debe hacer (2)? Ya que ha perdido la luz del sol, habiendo perdido la divina gracia, vuélvase á la luna, ruegue á María, y ella le iluminará para conocer lo infeliz de su estado, y le dará fuerza para salir pronto de él. San Metodio dice, que por los ruegos de María se convierten cási innumerables pecadores.

Otro de los títulos con que la santa Iglesia nos manda acudir á la divina Madre, y que principalmente anima á los pobres pecadores, es el de *Rufugio de los pecadores*, con el cual la invocamos en las Letanías. Antiguamente habia en la Judea la ciudad de asilo, y los delincuentes que se acogian á ella quedaban libres de las penas á que se habian hecho acreedores. Actualmente no existen tantas ciudades de asilo como entonces, sino que solo hay una que es María, de la cual se dijo: «Gloriosas cosas se han «dicho de tí, ó ciudad de Dios (3).» Pero con esta diferencia, que en las ciudades antiguas no se concedia asilo á todos los delincuentes, ni para toda clase de delitos; pero bajo el manto de María pueden acogerse todos los pecadores y por cualquier delito que hayan cometido; basta solo que se refugien á ella. «Yo soy la ciudad del «refugio para todos los que vienen á mí,» dice nuestra Reina, segun expresa san Juan Damasceno (4).

Y basta que uno acuda. El que tiene la suerte de entrar en esta ciudad no necesita hablar para salvarse (5). Esta ciudad fortificada, explica el beato Alberto Magno, es la Vírgen santísima provista de gracia y de gloria. Ya que no tenemos valor de suplicar al Señor el perdon de nuestras culpas, basta que entremos en esta ciudad y callemos, pues María hablará y rogará por nosotros. Por lo que un devoto autor exhorta á todos los pecadores á que se acojan bajo el manto de María diciendo: «¡Huid, oh «Adan y Eva, y vosotros sus hijos, que habeis irritado á

(1) Sobre el lugar citado. — (2) Serm. II de Assumpt. B. V. — (3) Psalmo LXXXVI, 3. — (4) Orat. II de Dorm. — (5) Jerem. VIII, 14.

«Dios, huid y acogeos al seno de esta buena Madre (1)!
«¿No sabeis que ella es la única ciudad de refugio y la
«única esperanza de los pecadores, como la llama san
«Agustin (2)?»

Por esto san Efren le dice: «Vos sois la única abogada «de los pecadores, y de los que carecen de todo socorro.» Y con esto la saluda: Dios te salve, refugio y hospicio de los pecadores, en donde solamente estos pueden hallar acogida (3). Esto es, reflexiona un autor, lo que David entendió expresar cuando dijo: «El Señor me ha protegido escondiéndome en su tabernáculo (4).» Y ¿cuál es ese tabernáculo de Dios, sino María? como la llama san German: Tabernáculo hecho por Dios, en el cual no entró nadie mas que Él para cumplir los misterios de la redencion humana. A este propósito dice el gran Padre san Basilio, que el Señor nos ha dado á María como un público hospital en el que pueden ser acogidos todos los enfermos, que son pobres y destituidos de todo otro auxilio. Ahora bien; en los hospitales destinados para recibir á los pobres, ¿cuáles de estos tienen mas derecho para ser acogidos en ellos, sino los que son mas miserables y están mas enfermos?

Por esto el que es mas infeliz, porque carece de méritos y se halla mas oprimido de los males del alma, que son los pecados, parece que puede decir á María: Señora, Vos sois el refugio de los pobres enfermos, no me deseecheis, pues siendo yo mas pobre y enfermo que los demás, tengo mas motivo para que me recibais. Podemos decirle con santo Tomás de Villanueva: ¡Oh María! nosotros miserables pecadores no hallamos otro refugio sino el vuestro. Vos sois la única esperanza, á la que confiamos nuestra salvacion, y la única abogada para con Jesucristo, al cual acudimos (5). En las Revelaciones de santa Brígida se apellida María astro que precede al sol, para que entendamos que cuando en una alma pecadora se vislumbra la devocion á la divina Madre, es señal cierta de que dentro de poco Dios la enriquecerá con su gracia. Á fin de acrecentar en los pecadores la confianza en la proteccion de

(1) Benedictus Fernandez in c. 3 Gen. — (2) Serm. XXXVIII de Sanct. — (3) S. Efren. de Laud. Virg. — (4) Psalm. xxvi, 5. — (5) Serm. III de Nat. B. V.

María, san Buenaventura nos representa un mar proceloso en que los pecadores, caidos ya de la nave de la divina gracia, arrojados acá y acullá por los remordimientos de la conciencia, y temerosos de la divina justicia, sin luz y sin gracia, están próximos á perder toda confianza y desesperarse. Con tal pensamiento, parece que el Santo señalándoles á María, llamada comunmente la Estrella del mar, levante la voz y les diga: Pobres pecadores perdidos, no desespereis, levantad los ojos á esa hermosa Estrella, respirad confiados, porque ella os librará de la tempestad, y os conducirá al puerto de salvacion (1).

Lo mismo dice san Bernardo: «Si no quieres quedar «sumergido en la tempestad mira la Estrella, y llama en «tu ayuda á María (2).» Porque, dice el devoto Blosio, ella es el único refugio de los que han ofendido á Dios (3), es el asilo de todos los que se hallan atribulados y asaltados por las tentaciones. Esta Madre de misericordia es en extremo benigna y dulce, no solo con los justos, sí que tambien con los pecadores desesperados, de modo que cuando ve que estos acuden á ella y buscan con ardor su ayuda, luego les socorre, les acoge, y alcanza el perdon de su Hijo. No sabe despreciar á ninguno por indigno que sea; y así á nadie niega su proteccion. Consuela á todos, y apenas se la invoca luego presta el auxilio que se le pide. Con su dulzura muchas veces atrae á su devocion, y dispierta á los pecadores menos amantes de Dios y mas sumidos en el letargo de sus culpas, á fin de que por este medio se dispongan á recibir la divina gracia, y se hagan al fin dignos de la gloria eterna. Dios hizo á esta su querida Hija de un natural tan piadoso y amable, que nadie debe jamás desconfiar acudiendo á su intercesion. Finalmente, concluye el devoto escritor, es imposible que se pierda el que con atencion y humildad cultiva la devocion hácia esta divina Madre.

María es llamada plátano: «Me levanté como el plátano (4),» para que entiendan los pecadores, que así como bajo la sombra de este árbol los caminantes pueden resguardarse de los rayos del sol; así María, cuando ve en-

(1) S. Bon. in Psalm. VIII. — (2) Hom. II sup. Miss. — (3) In Caut. Vit. Spir. cap. 18. — (4) Eccli. XXIV, 19.

cendida contra aquellos la ira de la divina justicia, les invita á que se acojan bajo el manto de su proteccion. San Buenaventura observa que el profeta Isaías se lamentaba en sus tiempos y decia: «Señor, Vos estais justamente in«dignado contra los pecadores, y no hay quien interceda «por nosotros (1).» Ciertamente era así, porque entonces María aun no habia venido al mundo. Antes de María, dice el Santo, no hubo quien se atreviese á contener el enojo de Dios; pero si ahora el Señor está airado con algun pecador, y María le toma bajo su proteccion, detiene al Hijo para que no le castigue, y le salva. Así es, prosigue san Buenaventura, que nadie puede mas eficazmente que María detener con su mano la espada de la divina justicia, á fin de que no castigue á los pecadores. Sobre el mismo pensamiento dice Ricardo de san Lorenzo, que antes de venir María al mundo, Dios se lamentaba de que no hubiese quien le detuviera de castigar á los pecadores, pero que habiendo nacido la Vírgen, ella le aplaca (2).

Con este motivo san Basilio anima á los pecadores diciéndoles: Pecador, no desconfies; antes bien acude á María en todas tus necesidades; llámala en tu ayuda, que siempre la encontrarás dispuesta á socorrerte, porque la voluntad de Dios es que nos socorra en todas las necesidades. Es tal el deseo que tiene esta Madre de misericordia de salvar á los pecadores mas perdidos, que ella misma va en su busca para ayudarles, y si estos recurren á ella, los hace amigos de Dios.

Deseando Isaac comer algun animal salvaje, prometió su bendicion á Esaú cuando se lo trajese. Rebeca al contrario, queriendo que esta bendicion recayese sobre el otro hijo Jacob, le dijo que le trajera dos cabritillos que ella los guisaria al gusto de Isaac (3). San Antonino dice, que Rebeca es figura de María, quien dice á los Ángeles: Traedme pecadores (figurados en los cabritillos), porque yo les guiso de modo, con tal que tengan dolor y propósito que los hago agradables y aceptables á mi Señor (4). Y siguiendo el abad Francon el mismo pensamiento, dice que Ma-

(1) Isai, LXIV, ex v. 5 et 7. — (2) Ric. l. 9 de Laud. Virg. — (3) Genes. XXVII. — (4) Par. 4, tit. 15, c. 2.

ría sabe guisar de tal modo estos cabritillos, que no solo igualan, sino que á veces aventajan en sabor á los ciervos (1).

La misma Vírgen santísima reveló á santa Brígida que en el mundo no hay pecador tan enemigo de Dios, que si acude á ella é invoca su auxilio no recobre otra vez su gracia (2). Y la misma santa Brígida oyó un dia que Jesucristo decia á su Madre, que ella pudiera obtener la divina gracia al mismo Lucifer, si este se humillase á pedirle su auxilio. Este espíritu soberbio jamás se humillará á implorar la proteccion de María; pero si sucediese esto, la Vírgen se compadeceria de él, y le alcanzaria de Dios con sus ruegos el perdon y la salvacion. Mas lo que no puede efectuarse con el demonio se realiza con los pecadores que acuden á esta Madre de piedad.

El arca de Noé fue viva figura de María, porque así como en ella hallaron acogida todos los irracionales de la tierra, del mismo modo bajo el manto de María encuentran un refugio los pecadores que por sus vicios y pecados sensuales se asemejan á los brutos; pero con la diferencia, dice un autor, de que en el arca entraron estos y permanecieron brutos; el lobo se quedó lobo, y el tigre se quedó tigre; mas bajo el manto de María el lobo se vuelve cordero, y el tigre paloma (3). Santa Gertrudis vió un dia á la Vírgen con el manto abierto y bajo de él muchas fieras de varias especies, como leopardos, leones, osos, y que María no solamente no los desechaba, sino que con su benigna mano dulcemente los acogia y acariciaba. La Santa entendió que estas fieras son los míseros pecadores, los cuales cuando acuden á ella les acoge con dulzura y amor (4).

Con razon, pues, dijo san Bernardo á la Vírgen: Señora, Vos no aborreceis á ningun pecador que os invoque, por mas impuro y abominable que sea. Si os pide socorro, no rehusais extender vuestra piadosa mano para librarle del abismo de la desesperacion (5). ¡Oh! ¡bendigamos y demos para siempre gracias á nuestro Dios, oh amabilísima María, por haberos hecho tan dulce y be-

(1) Tom. 4 de Grat. — (2) Rev. l. 1, c. 6. — (3) Pacchiuch. de B. V. — (4) Ap. Blos. Mon. Spir. cap. 1. — (5) Or. Paneg. ad B. Virg.

nigna hasta con los mas infelices pecadores! Desdichado el que no os ama, y que pudiendo acudir á Vos, en Vos no espera. El que no recurre á María se pierde; y al contrario, ¿quién de los que acudieron á ella se perdió jamás?

Se refiere en la Escritura que Booz permitió á la desvalida Ruth que recogiese las espigas que caian de las manos de los segadores (1). San Buenaventura añade: Así como Ruth halló gracia á los ojos de Booz, así María la halló á los de Dios, para poder recoger las espigas abandonadas por los segadores (2). Estos son los operarios evangélicos, los misioneros, los predicadores y los confesores, que con sus fatigas recogen y conquistan todos los dias almas para Dios. Mas hay algunas rebeldes y empedernidas que quedan como espigas abandonadas, y solo es dado á María salvarlas con su poderosa intercesion. Pero, ¡ay de las que ni aun se dejan coger por esta Señora; pues se perderán sin remision, y serán malditas! Y al contrario, ¡dichoso el que acude á esta buena madre! No hay en el mundo, dice el devoto Blosio, pecador tan perdido y encenegado en los vicios á quien María aborrezca y deseche. ¡Ah! invoque este su ayuda, y la buena Madre podrá, sabrá y querrá reconciliarle con el Hijo, y alcanzarle el perdon (3).

Con razon, pues, oh mi dulcísima Reina, san Juan Damasceno os saluda llamándoos: «Esperanza de los deses«perados.» Con razon san Lorenzo Justiniano os llama: «Esperanza de los malhechores,» san Agustin: «Unico re«fugio de los pecadores,» y san Efren: «Puerto seguro de «los náufragos y protectora de los condenados.» Con razon, en fin, san Bernardo exhorta que no se desesperen, aun los que hubiesen perdido la esperanza; por lo que lleno de júbilo y de ternura hácia su carísima Madre, le dice amorosamente: ¿Quién no confiará en Vos, Señora, si socorreis á los mismos desesperados? Y no pongo la menor duda, añade, en que siempre que acudamos á Vos, alcanzarémos todo lo que queramos. En tí, pues, espere el que desespera (4). San Antonino refiere que hallándose un pecador en desgracia de Dios, le pareció que esta-

(1) Ruth. II, 3.— (2) S. Bonav. in Spec. cap. 8. — (3) Blos. de Dictis PP. c. 5. — (4) Sup. Salve Reg.

ba ante el tribunal de Jesucristo, y que el demonio le acusaba y María le defendia. El enemigo presentó contra este pobre reo el proceso de sus pecados, el cual puesto en la balanza de la divina justicia, pesaba mucho mas que todas sus buenas obras; pero entonces su gran abogada extendió su dulce mano sobre el otro plato de la balanza, haciéndolo ceder á favor de su devoto: dándole así á entender que si mudaba de vida le alcanzaba el perdon. En efecto, así lo hizo aquel pecador despues de la vision, se convirtió y mudó de vida.

EJEMPLO.

Refiere el beato Juan Erolto, llamado por humildad el Discípulo (1), que habia un hombre casado que vivia en desgracia de Dios. No pudiendo su consorte, que era una mujer de bien, reducirlo á dejar el pecado, rogóle que á lo menos en su infeliz estado saludase á la Madre de Dios con una *Ave María* siempre que pasase por delante de alguna imágen suya. El marido empezó á practicar esta devocion. Yendo este malvado una noche á pecar, vió una luz, observó, y descubrió que era una lámpara que alumbraba á una devota imágen de María que tenia al niño Jesús en los brazos. Dijo el *Ave María,* segun acostumbraba, y al momento vió al Niño todo lleno de llagas, de las que manaba sangre viva. Atemorizado entonces y enternecido al mismo tiempo, considerando que con sus pecados habia llagado de aquel modo á su Redentor, empezó á llorar, pero observó que el Niño le volvia las espaldas; por lo que, lleno de confusion, acudió á la santísima Vírgen diciendo: Madre de misericordia, vuestro Hijo me desecha; yo no puedo encontrar otra abogada mas compasiva y poderosa que Vos, que sois su Madre. Reina mia, ayudadme, y rogadle por mí. La divina Madre le contestó desde aquella imágen: Los pecadores me llamais Madre de misericordia, pero despues me haceis Madre de miseria, renovando á mi Hijo la pasion, y á mí los dolores. Sin embargo, como María no despide desconsolado al que se postra á sus piés, se vol-

(1) In promptuar.

vió al Hijo rogándole que perdonase á aquel miserable. Jesús continuaba manifestando repugnancia á conceder el perdon; pero dejándole la Vírgen en el nicho, se le postró delante, diciéndole: Hijo, no me separo de vuestros piés si no perdonais á este pecador. Entonces Jesús le contestó: Madre, no puedo negaros nada: ¿queréis que sea perdonado? Por vuestro amor, pues, le perdono; hacedle venir á besar estas llagas. El pecador se acercó llorando amargamente, y mientras besaba las llagas del Niño estas se curaban. Finalmente, Jesús le dió un abrazo en señal de haberle perdonado; él mudó de costumbres, y en lo sucesivo hizo una vida santa, enamorado de la Vírgen santísima, que le habia alcanzado una gracia tan grande.

ORACION.

¡Oh purísima Vírgen María! adoro vuestro santísimo corazon, que fue la delicia y el descanso de Dios; corazon lleno de humildad, de pureza y de amor divino. Yo infeliz pecador, vengo á Vos con el corazon lleno de lodo y cubierto de llagas. No me desecheis por esto, ó Madre de piedad; antes bien compadeceos aun mas de mí y ayudadme. No busqueis en mí ni virtud ni méritos: yo estoy perdido, y solo merezco el infierno. Mirad tan solo, os ruego, la confianza que he puesto en Vos y mi voluntad firme de enmendarme. Atended á lo que Jesús hizo y padeció por mí, y despues desamparadme si os es posible. Yo os presento todas las penas de su vida, el frio que sufrió en el pesebre, el viaje que hizo á Egipto, la sangre que derramó, la pobreza, los sudores, la tristeza, la muerte que padeció por mi amor en vuestra presencia, y por amor de Jesús empeñaos en salvarme. ¡Ah Madre mia! No quiero ni puedo temer que me desecheis ahora que acudo á Vos y os pido socorro. Si recelase esto, haria una injuria á vuestra misericordia, que busca solícita á los miserables para ayudarles. No negueis, Señora, vuestra misericordia á quien Jesús no negó su sangre; pero los méritos de esta no se me aplicarán si Vos no me recomendais á Dios. De Vos espero mi salvacion; no os pido ri-

quezas, honores ni otros bienes terrenos, sino la gracia de Dios, el amor de vuestro Hijo, el cumplimiento de su voluntad, y el cielo para amarle eternamente. ¿Será posible que no me oigais? No, que ya me oís, como espero, ya rogais por mí, ya me procurais las gracias que os he pedido, y me concedeis vuestra proteccion. No me abandoneis, Madre mia, proseguid, proseguid rogando por mí hasta verme salvo en el cielo á vuestros piés para bendeciros y daros gracias eternamente. Amen.

CAPÍTULO IV.

Á TÍ LLAMAMOS LOS DESTERRADOS HIJOS DE EVA.

§ I.—*Con cuánta prontitud acude María á socorrer á quien la invoca.*

¡Infelices de nosotros, que por haber nacido de la desdichada Eva, somos reos para con Dios de la misma culpa, condenados á la misma pena y andamos errantes por este valle de lágrimas, desterrados de nuestra patria, llorando afligidos por tantos dolores del cuerpo y del alma! Pero ¡bienaventurado el que entre estas miserias se dirige á menudo á la consoladora del mundo, al refugio de los miserables, á la gran Madre de Dios, y la llama y ruega con devocion! Bienaventurado, dice María, el que oye mis consejos, y se halla contínuamente á las puertas de mi misericordia, invocando mi intercesion y auxilio (1). La santa Iglesia nos enseña con cuánta atencion y confianza debemos acudir de contínuo á esta nuestra amorosa protectora, ordenando que se la honre con un culto particular; que en el transcurso año se celebren muchas fiestas en su honór; que un dia de la semana se consagre especialmente á su obsequio; que cada dia en el oficio divino todos los eclesiásticos y religiosos la invoquen en nombre de todo el pueblo cristiano, y que tres veces al dia los fieles la saluden al toque de la campana. Prueba inequívoca de esto lo es que en todas las calamidades públicas la Iglesia siempre acude á la divina Madre con

(1) Prov. VIII, 34.

novenas, oraciones, procesiones y visitas á sus iglesias é imágenes. Lo que María exige de nosotros, dice san Buenaventura, es que de continuo la invoquemos y dirijamos nuestros ruegos, no porque ella mendigue de nosotros estos obsequios y honores, que son muy escasos para su mérito, sino para que, creciendo así nuestra confianza y devocion, pueda socorrernos y consolarnos con mayor solicitud (1).

El mismo san Buenaventura dice que Ruth, que significa *la que ve y se apresura*, fue figura de María, porque al ver esta nuestra flaqueza se apresura á socorrernos con su misericordia (2); á lo que añade Novarino, que deseando María hacernos bien no sabe detenerse, y como no escasea sus gracias como Madre de misericordia, no se contiene en conceder á sus siervos los tesoros de su liberalidad (3).

¡Oh! ¡cuán dispuesta está siempre esta buena Madre para ayudar al que la invoca! «Tus dos pechos son como «dos cervatillos gemelos (4).» Ricardo de san Lorenzo explicando este texto dice, que los pechos de María dan presto leche de misericordia al que la pide. El mismo autor nos asegura que la misericordia de María se derrama sobre cualquiera que la pide, aun cuando interponga solamente una simple *Ave María*. Por esto asegura Novarino que la bienaventurada Vírgen, no solo corre, sino que vuela á socorrer á quien la invoca. Ella, dice su autor, cuando usa de misericordia, imita lo que hace Dios, pues así como el Señor vuela luego para aliviar á los que le piden auxilio, y es muy exacto en cumplir la promesa que nos ha hecho: *Pedid y recibiréis;* así María cuando la invocamos está pronta á socorrer á quien la ruega (5). De alas usa Dios, y vuela al instante para socorrer á los suyos. Tambien toma alas la Vírgen para acudir volando á nuestro auxilio. Y con esto se entiende quién sea aquella mujer del Apocalipsis á la que se dice fueron dadas dos alas de águila grande para volar al desierto (6). Ribera entiende por estas alas el amor con que María voló siempre hácia Dios; pero el beato Amadeo dice á nues-

(1) P. 3, Stim. Div. Arm. c. 16. — (2) In Spec. — (3) Nov. Umbr. Virg. cap. 10, exc. 73. — (4) Cant. IV, 5. — (5) Nov. c. 10, excurs. 73. — (6) Apocal. XII, v. 14.

tro propósito, que estas alas de águila significan la velocidad con que María, superando á la de los Serafines, socorre siempre á sus hijos (1). Por esto se lee en el Evangelio de san Lucas, que cuando María fué á visitar á santa Isabel y á llenar de gracias á toda aquella familia, no fué despacio, sino que caminó aceleradamente durante todo aquel viaje (2); y no se lee que lo mismo hiciese á su regreso. Por esto se dice tambien en los sagrados Cantares, que las manos de María son hechas al torno (3); porque, dice Ricardo de San Lorenzo, así como el arte de labrar al torno es el mas fácil y ligero, así María es mas pronta que los demás Santos en socorrer á sus devotos (4). Ella desea vivamente consolar á todos, y apenas ve que la invocan, acepta propicia los ruegos y socorre (5). Con razon, pues, san Buenaventura llama á María: *Salud del que la invoca*, significando con esto que para salvarse basta invocar á esta divina Madre, la cual, segun opina Ricardo de San Lorenzo, está siempre pronta para ayudar á quien la ruega; porque, dice san Bernardino de Bustos: Desea mas la gran Señora dispensarnos gracias, que nosotros recibirlas (6).

Ni por la multitud de nuestros pecados debe disminuirse la confianza de que María nos oiga cuando acudimos á sus piés. Ella es Madre de misericordia, y esta no puede ejercerse sino donde hay miserables para aliviar. Por lo que, así como el corazon de una buena madre no puede rehusar el curar á un hijo lleno de sarna, aunque la cura sea molesta y fastidiosa, así la Madre celeste no sabe abandonarnos, cuando acudimos á ella por grande que sea la hediondez de los pecados que ha de curarnos. (7) El pensamiento es de Ricardo de San Lorenzo. Y esto mismo puntualmente quiso significar María cuando se apareció á santa Gertrudis, extendiendo el manto para acoger á cuantos acudiesen á ella; y entonces entendió tambien la Santa, que todos los Ángeles se ocupan en defender á los devotos de María de las asechanzas del infierno (8).

(1) Hom. VIII de Laud Virg. — (2) Luc. II. — (3) Cant. c. v, 14. — (4) De Laud. Virg. lib. 5.—(5) Blosius in Cant. Virg. Spir. c. 28. — (6) Mar. 1, Serm. V de Nov. Mar. — (7) De Laud. Virg. lib. 4. — (8) Rev. lib. 4, cap. 49.

Es tan grande la piedad que esta buena Madre tiene de nosotros, y tanto el amor que nos profesa, que para socorrernos no espera nuestras súplicas. *Ocurre á los que la codician, poniéndoseles delante ella misma* (1). San Anselmo aplica á la Vírgen estas palabras de la Sabiduría, y dice que ella se anticipa á socorrer á los que desean su proteccion; con lo que debemos entender, que nos alcanza muchas gracias de Dios, antes que nosotros se las pidamos; por lo que dice Ricardo de San Víctor, que María es llamada luna (2), porque no solo es veloz como la luna en acudir en socorro del que la invoca, sino que es además tan amante de nuestro bien, que en nuestras necesidades se anticipa á nuestros ruegos, y es mas pronta su misericordia en remediarnos, que nuestra decision á invocarla; lo que proviene, añade el mismo Ricardo, de que el pecho de María está tan lleno de piedad, que apenas conoce nuestras miserias, derrama luego la leche de su misericordia, y no puede tampoco la benigna Reina conocer la necesidad de algun alma sin aliviarla (3).

Y esta gran piedad que María tiene de nuestras miserias que la impulsa á compadecerse de nosotros y socorrernos, aun cuando no la supliquemos, nos la manifestó durante su vida mortal, en el suceso de las bodas del Caná, que refiere san Lúcas en el capítulo II de su Evangelio. Cuando advirtió esta piadosa Madre la pena de aquellos esposos que estaban afligidos y ruborizados viendo que les faltaba el vino en la mesa del festin, sin que nadie se lo pidiese, movido solamente su piadoso corazon, compasivo siempre con las aflicciones ajenas, pidió á su Hijo que les asistiese, exponiéndole el apuro en que se hallaba aquella familia: *No tienen vino.* Al oir el Hijo estas palabras, á fin de consolar aquella gente, y mas aun para complacer al corazon caritativo de su Madre, obró el milagro de convertir en vino el agua que contenian ciertas vasijas; de lo que Novarino saca la consecuencia que si aun sin invocar á María se halla esta dispuesta á socorrer nuestras necesidades, ¿cuánto mas lo estará para consolar al que la invoca y la llama en su auxilio?

Y si álguien recelase tal vez de la asistencia de María

(1) Sap. VI. — (2) In Cant. c. 23. — (3) Ric. in Cant. c. 23.

recurriendo á ella, Inocencio III le reprende así: ¿Y quién jamás pidió auxilio á esta dulce Señora, que no lo haya recibido (1)? ¿Quién jamás, ó Vírgen santa, exclama tambien el beato Eutiquiano, acudió á vuestro grande patrocinio, que puede aliviar á todos los miserables y salvar á los pecadores mas perdidos, que le hayais desamparado (2)? No, esto ni ha sucedido ni sucederá nunca. Consiento, decia san Bernardo, ó Vírgen santa, en que no publique ni ensalce vuestra misericordia el que, habiéndoos invocado en sus necesidades, no hubiese alcanzado de Vos el socorro apetecido (3). Primero sucederá, dice el sublime Blosio, que el cielo y la tierra se destruyan, que María deje de aliviar al que con intencion recta pide su ayuda y confia en ella (4). Y san Anselmo, á fin de aumentar nuestra confianza añade, que cuando recurramos á esta divina Madre, debemos estar seguros de su proteccion, y que alguna vez serémos mas pronto oidos y salvados si acudimos á María invocando su santo nombre, que el de Jesús nuestro Salvador (5). Mas fácilmente encontramos la salud acudiendo á la Madre que al Hijo; no porque María sea mas poderosa que este para salvarnos, pues sabemos que Jesús es nuestro único Salvador, quien solo con sus méritos nos ha alcanzado y alcanza la salvacion; sino porque acudiendo á Jesús, y considerándolo tambien como nuestro juez, á quien incumbe el castigo de los ingratos, puede que nos falte la confianza necesaria para ser oidos, pero dirigiéndonos á María, cuya única mision es compadecerse de nosotros como Madre de misericordia y defendernos como abogada nuestra, parece que sea mas segura y mayor nuestra confianza. ¿De qué proviene que muchas cosas que se piden á Dios no se alcanzan? Á esta pregunta responde Nicéforo, que esto sucede, no porque María sea mas poderosa que Dios, sino porque Dios dispuso que así se honrase á su Madre.

Dulce es la promesa que sobre el particular el mismo Señor hizo oir á santa Brígida. En el capítulo LXXX del libro primero de sus Revelaciones se lee: Que un dia esta Santa oyó hablar á Jesús con su Madre, diciéndole:

(1) Serm. II de Assumpt. B. V.— (2) In vita S. Theop.— (3) S. Bernar. Serm. I de Assumpt. — (4) In spec. c. 12. — (5) S. Ans. de exc. 5, c. 6.

Madre mia: pedid cuanto querais, que yo nada os negaré, y sabed, añadió luego, que todos los que por vuestro amor me pidieren alguna gracia, aunque fueren pecadores, con tal que tengan voluntad de enmendarse, me ofrezco á oirles. La misma revelacion tuvo santa Gertrudis cuando oyó que el mismo Redentor decia á María, que Él por su omnipotencia le concedia que usase de misericordia, conforme le pareciese, con los pecadores que la invocan (1).

Diga, pues, cada uno con gran confianza cuando recurra á esta Madre de misericordia, lo que decia san Agustin al invocarla. Acordaos, ó piadosísima Señora, de que no se ha oido decir nunca desde que existe el mundo, que hayais desamparado á ninguno de los que acudieron á Vos. Y por esto perdonadme al deciros que no quiero ser este primer desdichado que, acudiendo á Vos, quede abandonado.

EJEMPLO.

Segun se refiere en la vida de san Francisco de Sales (2), este experimentó en gran manera la fuerza de esta oracion. Contaba el Santo la edad de diez y siete años cuando se hallaba en París, aplicándose á los estudios y entregándose al mismo tiempo á la devocion y al santo amor de Dios, que le tenia en celestiales delicias, cuando el Señor, á fin de probarle y estrecharle mas en su amor, permitió que el demonio le representase que todo cuanto hacia era inútil, porque su condenacion estaba escrita en los decretos divinos. Al mismo tiempo la oscuridad y la aridez en que Dios quiso dejarle, haciéndole insensible á los pensamientos mas consoladores sobre la bondad divina, hicieron que la tentacion adquiriese fuerza para afligir el corazon del santo jóven, en términos que en medio de sus desolaciones interiores y atormentado por el temor del infierno, perdió el apetito, el sueño y la salud, de modo que causaba compasion á cuantos le veian.

Durante tan terrible lucha, el Santo no tenia otros pensamientos ni proferia otras palabras que de desconfianza

(1) Ap. Pep. loc. cit. — (2) Lib. 1, c. 4.

y de dolor. «¿Estaré acaso, decia, privado de la gracia de «mi Dios, que hasta ahora se me ha manifestado tan dul- «ce y amable? ¡Oh amor, oh belleza á quien he consagra- «do todos mis afectos! ¿No podré yo gozar mas de vues- «tro consuelo? ¡Oh Vírgen madre de Dios, la mas hermo- «sa entre todas las hijas de Jerusalen! ¿No os he de ver «ya en el paraíso? ¡Ah, Señora! Si no he de ver vuestro «bello rostro, no permitais á lo menos que os haya de «blasfemar y maldecir en el infierno.» Tales eran enton- ces los sentimientos de aquel corazon afligido y enamo- rado de Dios y de la Vírgen. Duróle la tentacion por es- pacio de un mes, pero al fin el Señor se compadeció li- brándole por la intercesion de la consoladora del mundo, María santísima, á la cual habia el Santo consagrado su virginidad, y en la que decia tenia puestas todas sus es- peranzas. Cierta tarde al retirarse á su casa, entró en una iglesia en cuya pared habia una tablilla suspendida; le- yó, y halló la referida oracion de san Agustin: «Acor- «daos, ó piadosísima Señora, etc.» Postróse al instante delante del altar de la divina Madre, y rezando fervoro- samente esta oracion, le renovó el voto de su virginidad, prometió rezarle cada dia el Rosario, y despues le dijo: «Reina mia, sed mi abogada con vuestro Hijo, á quien no «me atrevo á recurrir. Madre mia, si yo infeliz en el otro «mundo no he de poder amar á mi Señor, que conozco «tan digno de ser amado, alcanzadme á lo menos que en «este muudo le ame cuanto pueda. Esta es la gracia que «os pido y espero de Vos.» Concluida esta fervorosa ora- cion á la Vírgen, se abandonó á los brazos de la divina misericordia, resignándose enteramente á la voluntad de Dios; y apenas la habia concluido, cuando de repente la dulcísima Madre le libró de la tentacion, recobrando lue- go la paz interior y con ella tambien la salud del cuer- po; y desde entonces continuó viviendo devotísimo de María, cuyas alabanzas y misericordia no cesó despues de publicar durante su vida en los libros y sermones.

ORACION.

¡Oh Madre de Dios, oh Reina de los Ángeles, oh espe- ranza de los hombres! oid al que á Vos implora. Vedme

hoy postrado á vuestros piés; yo infeliz esclavo del infierno me consagro para siempre á Vos por vuestro esclavo, y me ofrezco á serviros y honraros cuanto pueda en el resto de mi vida. Conozco que no os enaltece la servidumbre de un esclavo tan vil y rebelde como soy yo, habiendo ofendido á Jesús vuestro Hijo y mi Redentor: pero si admitís á un indigno por siervo vuestro, y con vuestra intercesion mudándole le haceis digno, vuestra misma misericordia os dará aquella honra que yo siendo miserable no puedo tributaros. Recibidme, pues, y no me desecheis, Madre mia. El Verbo eterno descendió del cielo á la tierra para buscar á las ovejas extraviadas, y por salvarlas se hizo hijo vuestro. ¿Y podréis desechar á una oveja que acude á Vos para hallar á Jesús? El precio de mi salvacion ya está satisfecho; mi Salvador derramó ya su sangre, que es suficiente para salvar infinitos mundos; falta únicamente que esta sangre se aplique tambien á mí. Y esto, Vírgen bendita, está en vuestra mano; en vuestra mano está, nos dice san Bernardo, dispensar los méritos de esta sangre al que os place. En vuestra mano está, os dice san Buenaventura, salvar á quien querais. Socorredme, pues, salvadme, Reina mia. A Vos entrego hoy toda mi alma, cuidad de su salvacion. «¡Oh «salud de los que os invocan,» concluyo con el mismo Santo, salvadme!

§ II. — *Cuán poderosa es María para defender á quien la invoca en las tentaciones del demonio.*

María santísima no solo es Reina del cielo y de los Santos, sino tambien del infierno y del demonio, por haberlos vencido valerosamente con su virtud. Ya en el principio del mundo Dios predijo á la serpiente infernal la victoria y el imperio que nuestra Reina alcanzaria sobre ella, cuando anunció que vendria al mundo una mujer que habia de vencerla. «Pondré enemistades entre tí y la mujer;... ella quebrantará tu cabeza (1).» Y ¿quién fue esa mujer enemiga suya sino María, la cual con su profunda humildad y santa vida la venció siempre y quebrantó sus

(1) Genes. III, 15.

fuerzas? San Cipriano observa que en aquella mujer fue prometida la Madre de Nuestro Señor Jesucristo; y por esto reflexiona que Dios no dijo: *pongo*, sino *pondré enemistades entre tí y la mujer*, para significar que su vencedora no era Eva, que ya vivia entonces, sino otra mujer descendiente suya, la que debia traer mayor bien á nuestros padres, dice san Vicente Ferrer, que no el que los mismos habian perdido por sus pecados (1). María fue, pues, esa mujer fuerte que venció al demonio y holló su cabeza abatiendo su soberbia, como añadió el Señor: *Ella quebrantará tu cabeza.* Algunos dudan si estas palabras se refieran á María ó á Jesús, porque los Setenta traducen: *Él quebrantará tu cabeza;* pero en nuestra Vulgata, que es la única traduccion aprobada por el concilio de Trento, se lee *ella*, y no *él;* y así lo han entendido san Ambrosio, san Jerónimo, san Agustin, san Juan Crisóstomo y muchos otros. Pero, sea como se quiera, lo cierto es que ó el Hijo por medio de la Madre, ó la Madre por la virtud del Hijo, venció á Lucifer, y que este, soberbio, á su despecho quedó hollado y abatido por la Vírgen santísima, segun dice san Bernardo; por lo que como esclavo vencido en la guerra, se ve obligado á obedecer siempre los mandatos de está Reina. Eva, dice san Bruno, dejándose vencer de la serpiente, nos trajo la muerte y las tinieblas, pero la santísima Vírgen venciendo al demonio nos trajo la vida y la luz (2); y ató de tal manera al enemigo, que no puede hacer el menor daño á sus devotos.

Muy hermosa es la explicacion que Ricardo de San Lorenzo da á aquellas palabras de los Proverbios: «El cora«zon de su marido puso en ella su confianza, y no le fal«tará botin.» Puso, dice, en ella su confianza el corazon de su marido, esto es, Cristo, y no le faltará botin, porque ella cási enriquece á su esposo con los despojos que quita al diablo (3). Dios confió á María el corazon de Jesús, dejando á su cuidado hacer que los hombres le amen, como explica Cornelio. Y así no le faltarán despojos, esto es, conquista de almas, pues ella le enriquece con las que despoja al infierno, librándolas del demonio con su poderoso auxilio.

(1) Serm. II de Nat. Virg. — (2) Ap. Scala Franc. p. 4, c. 10.— (3) Prov. XXXI.

Sabido es que la palma es el símbolo de las victorias; por esto nuestra Reina fue colocada en elevado trono á vista de todos los potentados, como palma en señal de la victoria segura que pueden prometerse todos los que se ponen bajo de su patrocinio. «Extendí mis ramas como «una palma de Cades (1),» esto es, *para defender,* como añade el beato Alberto Magno. Con cuyas palabras parece que María nos dice: Hijos, cuando el enemigo os asalte, acudid á mí, miradme, y animaos, porque en mi defensa estriba la prenda mas segura de vuestra victoria. De manera que el acudir á María es un medio segurísimo para vencer todas las tentaciones; porque segun dice san Bernardino de Sena, tambien es Reina del infierno y Señora del demonio, al que sujeta y abate (2). Por esto se llama á María terrible contra las potestades del infierno, como un ejército ordenado en batalla (3), porque sabe disponer bien su poder, su misericordia y sus ruegos para confusion de los enemigos y defensa de sus siervos que en la tentacion invocan su poderosísimo auxilio.

«Yo he dado frutos de suave olor, como la vid,» le hace decir el Espíritu Santo (4); y san Bernardo añade, sobre este pasaje, así como huyen de las vides todos los animales venenosos, tambien huyen los demonios de aquellas almas dichosas en las cuales perciben el olor de la devocion á María (5). Por esto se llama tambien cedro: «Estoy «elevada como el cedro sobre el Líbano (6),» no solo porque estuvo libre de pecado, así como el cedro se halla libre de la corrupcion, sino tambien porque, como dice el cardenal Hugo sobre este lugar, así como el cedro con su olor ahuyenta las serpientes, así María con su santidad aleja á los demonios.

En la Judea se alcanzaban las victorias por medio del arca. Así Moisés vencia á los enemigos. «Cuando se levan-«taba el arca, decia Moisés: Levántate, Señor, y sean «disipados tus enemigos (7).» Así cayeron las murallas de Jericó; así fueron vencidos los filisteos: «Porque el «arca del Señor estaba allí (8).» Sabido es que esta arca

(1) Eccli xxiv, 18. — (2) Serm. III de Glor. Nom. Mar. — (3) Cant. vi, 3. — (4) Eccli. xxiv, 23. — (5) Serm. VI in Cant. — (6) Eccli. xxiv, 17. — (7) Num. x, 35. — (8) I Reg. xiv, 16.

fue figura de María (1). Así como el arca contenia el maná, así en María se halla Jesús, de quien el maná fue figura, y por medio de esta arca se alcanza la victoria contra los enemigos de la tierra y del infierno. Por lo que dice san Bernardino de Sena, que cuando María, arca del testamento, fue exaltada á ser Reina del cielo, el poder del infierno sobre los hombres quedó debilitado y abatido (2).

¡Oh! ¡cuán temible es María y su glorioso nombre á los demonios del infierno! dice san Buenaventura (3). El Santo compara estos enemigos á aquellos de quienes habla Job diciendo, que «los ladrones aprovechan la oscu«ridad de la noche para ir á robar las casas, pero que si «les sorprende la aurora huyen como si fuera la imágen «de la muerte (4).» Del mismo modo, segun dice san Buenaventura, los demonios entran en el alma en tiempo de las tinieblas, esto es, cuando el alma se halla sumida en la ignorancia. Y despues añade: Luego que la gracia y la misericordia penetran en el alma, esta bella aurora disipa las tinieblas, y ahuyenta á los enemigos infernales, que se alejan de ella como de la muerte (5). ¡Dichoso el que en las batallas contra el infierno invoca el hermoso nombre de María!

En corroboracion de esto, fue revelado á santa Brígida que Dios hizo tan poderosa á María sobre todos los demonios, que siempre que asaltan á un devoto de la Vírgen, que impetra su auxilio, á una señal de ella huyen luego aterrados, prefiriendo que se aumenten sus penas, antes de verse dominados por el poder de María (6).

Reflexionando Cornelio sobre las palabras con que el divino Esposo alabó á su amada Esposa cuando la llamó azucena y dijo: «Como el lirio entre las espinas, así es mi «amada entre las demás hijas (7),» dice: Así como la azucena es antídoto contra las serpientes y los venenos, así la invocacion de María es un remedio singular para vencer todas las tentaciones, especialmente de impureza, como generalmente lo experimentan los que la practican.

(1) Corn. Alap. — (2) Tom. 3 de B. V. Serm. XI. — (3) Spec. Virg. c. 3. — (4) Job, c. XXIV, 16 et 17. — (5) S. Bon. in Spec. Virg. — (6) Serm. Aug. c. 20. — (7) Cant. II, 2.

San Juan Damasceno decia, y lo mismo decir puede cualquiera que tiene la dicha de ser siervo de esta gran Reina: ¡Oh Madre de Dios! si en Vos espero, ciertamente no seré vencido, porque hallándome defendido por Vos, perseguiré á mis enemigos, y oponiéndoles por escudo vuestra proteccion y poderosa ayuda, les venceré indudablemente. Por lo que dice Jacobo monje, doctor entre los Padres griegos, hablando de María con el Señor: Vos, Señor mio, nos habeis dado esta Madre como una arma poderosísima para vencer con seguridad á todos nuestros enemigos (1).

En el Antiguo Testamento se refiere que el Señor guiaba á su pueblo de Egipto á la tierra de promision, de dia con una columna de nube, y de noche con una columna de fuego (2). En esta columna, ya de nube, ya de fuego, dice Ricardo de san Lorenzo, estuvo figurada María, y los dos oficios que ella ejerce para nuestro bien. Como nube nos defiende del ardor de la divina justicia, y como fuego nos protege de los demonios (3). Fuego, porque, añade san Buenaventura, así como la cera se derrite á la proximidad del fuego, así los demonios pierden las fuerzas con las almas que se acuerdan con frecuencia del nombre de María, devotamente la invocan, y mas si procuran imitarla (4).

¡Oh cómo tiemblan los demonios, afirma san Bernardo, solo al percibir al nombre de María (5)! Así como los hombres, añade Tomás de Kempís, caen en tierra amedrentados al oir cerca de ellos un trueno del cielo, así caen postrados sin fuerzas los demonios al oir al nombre de María (6). Y ¡ó cuán distinguidas victorias han alcanzado de estos enemigos los devotos de María con su santísimo nombre! Así lo venció san Antonio de Padua, el beato Enrique Suson, y tantos otros amantes de María. Se sabe por la relacion de los misioneros que en el Japon se aparecieron una vez á cierto cristiano muchos demonios en forma de animales feroces amedrentándole, pero él les dijo: «Carezco de armas de que podais temer; si el Altísi-«mo os lo permite, haced de mí lo que os plazca. Sin em-

in Nat. Deip. — (2) Exod. XIII, 21. — (3) Lib. 7 de Laud. Virg. — n Spec. — (5) Serm. sup. Miss. — (6) Lib. 4 ad Nov.

«bargo, tomo en mi defensa los dulces nombres de Jesús «y de María.» Y hé aquí que apenas habló de esta manera, al eco de tan tremendos nombres abrióse la tierra, y hundiéronse aquellos espíritus soberbios. Y san Anselmo afirma por experiencia propia haber visto y oido á muchos que nombrando á María libráronse luego de los peligros (1).

Muy glorioso y admirable, ó María, es vuestro gran nombre, dice san Buenaventura. Los que le invocan en la hora de la muerte, no temen todo el poder del infierno, pues los demonios al oir nombrar á María, al instante dejan en paz al alma (2). Y añade el Santo, que no temen tanto en la tierra á un grande ejército armado sus enemigos, como las potestades del infierno al nombre de María y á su proteccion. Vos Señora, dice san German, con la sola invocacion de vuestro piadosísimo nombre librais á vuestros siervos de todos los ataques del enemigo (3). ¡Oh! si los cristianos invocasen con confianza el nombre de María en las tentaciones, sin duda no sucumbirian nunca; porque, dice el beato Alano, al eco de este gran nombre huye el demonio y tiembla el infierno. Segun reveló la misma Reina á santa Brígida, el enemigo malo huye hasta de los pecadores mas obstinados y mas poseidos del demonio, así que les oye invocar en su auxilio su poderosísimo nombre con firme voluntad de enmendarse (4). Pero, añade la Vírgen, que si el alma no se enmienda y aparta de sí el pecado con el dolor, los demonios vuelven á ella, y continúan poseyéndola.

EJEMPLO.

En Recispergio habia un canónigo regular llamado Arnoldo, que era muy devoto de la santísima Vírgen. Al verse próximo á la muerte recibió los santos Sacramentos, y despues de haber llamado á sus religiosos, rogóles que no le abandonasen en aquel supremo trance. Apenas les hubo pedido esto, cuando á su presencia empezó á temblar todo su cuerpo, pusiéronse sus ojos convulsivos,

(1) S. Ans. de exc. Vit. c. 6. — (2) S. Bonav. in Psalm. B. V. — (3) Serm. de Zona Virg. — (4) Lib. 1, Rev. c. 9.

bañando todos sus miembros un sudor frio, y con voz trémula dijo: ¿No veis aquellos demonios que me quieren arrastrar al infierno? Y despues gritó: Hermanos mios, invocad por mí la ayuda de María; confio en ella que saldré victorioso. Al oir tales palabras, rezaron las Letanías de la santísima Vírgen, y al llegar á *Santa María, ora pro nobis*, interrumpiéndoles el moribundo les dijo: Repetid, repetid el nombre de María, porque ya estoy en el tribunal de Dios; y despues de una breve páusa, añadió: Es verdad que lo cometí, pero hice ya penitencia de ello. Y volviéndose á la Vírgen, ¡Oh María! exclamó; yo venceré á mis enemigos, si Vos me ayudais. Los demonios le dieron enseguida otro asalto, pero él se defendió persignándose con el Crucifijo é invocando á María. De este modo se pasó toda aquella noche. Finalmente, al amanecer, Arnoldo enteramente tranquilo y respirando alegría, exclamó: María, mi Señora, mi refugio, me ha alcanzado el perdon y la salvacion eterna. Volviéndose luego á la Vírgen que le invitaba á que le siguiese, la dijo: Ya vengo, Señora, ya vengo; y esforzándose para levantarse, no pudiendo seguirla con el cuerpo, espirando dulcemente, la siguió con el alma, como nosotros esperamos, al reino bienaventurado de la gloria.

ORACION.

¡Oh María, mi esperanza! Ved á vuestros piés á un desdichado pecador, por su culpa tantas veces esclavo del infierno. Conozco que me dejo vencer del demonio por no acudir á Vos, que sois mi refugio. Si hubiese recorrido siempre á Vos, si os hubiese invocado, nunca hubiera caido. Espero, mi amabilísima Señora, que por vuestra intercesion me habré librado ya de las garras de los espíritus infernales y que Dios me habrá concedido el perdon. Sin embargo, tiemblo porque en lo sucesivo puedo caer otra vez bajo su poder, pues bien sé que no han perdido la esperanza de volver á vencerme, y que maquinan contra mí ataques y tentaciones. ¡Ah, mi Reina y mi refu- ! auxiliadme, acogedme bajo vuestro manto, y no

permitais que me vea otra vez esclavizado. Bien es verdad que no dudo saldré victorioso siempre que os invocare, mas temo que me olvidaré de acudir á vuestra proteccion. Por esto anhelo y os suplico, Vírgen santísima, que me otorgueis la merced de que me acuerde siempre de Vos, especialmente en la hora de la tentacion. Haced entonces que os invoque constante, diciéndoos: *María, ayudadme, ayudadme, María.* Y cuando en mi hora postrera el infierno me libre el postrer combate, ¡oh, Reina mia! asistidme con solicitud doblada, é inspiradme Vos misma que sin cesar os invoque con la boca ó con el corazon, á fin de que espire con vuestro dulcísimo nombre y el del divino Jesús en mis labios, y pueda ir al cielo á bendeciros y alabaros, sin apartarme de vuestros piés por toda la eternidad. Amen.

CAPÍTULO V.

Á TÍ SUSPIRAMOS GIMIENDO Y LLORANDO EN ESTE VALLE DE LÁGRIMAS.

§ I. — *De la necesidad que tenemos de la intercesion de María para salvarnos.*

Es de fe y establecido por los Concilios contra los herejes (que lo condenan como injurioso á Jesucristo, que es nuestro único mediador), que el invocar y rogar á los Santos, y especialmente á la Reina de todos ellos María santísima, para que nos alcancen las divinas gracias, no solamente sea lícito, sino tambien útil y santo. Mas, si un Jeremías despues de su muerte ruega por Jerusalen (1); si los ancianos del Apocalipsis presentan á Dios las oraciones de los Santos; si un san Pedro promete á sus discípulos interceder por ellos despues de su muerte; si un san Estéban ruega por sus perseguidores; si un san Pablo intercede por sus compañeros; en una palabra, si los Santos pueden orar por nosotros, ¿por qué no podrémos rogarles que así lo hagan? San Pablo se enco-

(1) II Macab. xv.

mienda á las oraciones de sus discípulos: *Orad por nosotros* (1). Santiago exhorta á que roguemos mútuamente los unos por los otros: *Orad los unos por los otros para que seais salvos* (2); de consiguiente tambien podemos nosotros hacerlo.

Es innegable que Jesucristo es el único mediador de justicia, que con sus méritos nos alcanzó la reconciliacion con Dios; pero al contrario es una impiedad negar que Dios se complazca en conceder sus gracias por la intercesion de los Santos, y especialmente de María su Madre, á quien Jesús tanto quiere que amemos y honremos. ¿Quién ignora que el honor que se tributa á las madres redunda en gloria de los hijos (3)? Por lo que dice san Bernardo: No crea oscurecer la gloria del Hijo el que alaba mucho á la Madre, porque cuanto mas se la honra, tanto mas se alaba al Hijo (4). Y san Ildefonso dice, que todo el honor que se rinde á la Madre y á la Reina se tributa al Hijo y al Rey. Porque no hay duda que por los méritos de Jesús se ha concedido tanta autoridad á María para ser la mediadora de nuestra salvacion; no mediadora de justicia, sino de gracia y de intercesion, como la llama san Buenaventura. Y san Lorenzo Justiniano dice: ¿Cómo no estará llena de gracia la que es escala del paraíso, puerta del cielo, y segura mediadora entre Dios y los hombres (5)?

Esta y no otra es la razon por qué san Anselmo advierte que cuando rogamos á la santísima Vírgen para que nos alcance las gracias, no es que desconfiemos de la divina misericordia, sino mas bien de la propia indignidad, y nos encomendamos á María para que su dignidad supla nuestra vileza (6).

Solo puede dudarse, pues, por los enemigos de la fe, que el acudir á la intercesion de María sea utilísimo y santo. Pero lo que entendemos probar aquí es que la intercesion de María tambien es necesaria para nuestra salvacion. Decimos necesaria, no absolutamente, sino moralmente, hablando como se debe. Y decimos que esta necesidad proviene de la voluntad de Dios, el cual quie-

(1) I Thessal. III, 1. — (2) Cap. V, 16. — (3) Prov. XVII, 16. — (4) Hom. sup. Miss. — (5) Serm. de Annunt. — (6) De exc. Virg. c. 6.

re que todas las gracias que nos dispensa pasen por mano de María, segun la opinion de san Bernardo, la que en el dia es cási la de los teólogos y doctores, de modo que el autor del *Reino de María* ya la llama comun, y la siguen Vega, Mendoza, Paciucchelli, Segneri, Poiré, Crasset y muchísimos otros sábios autores. Hasta el P. Natal Alejandro, autor por otra parte tan reservado en sus proposiciones, dice tambien ser la voluntad de Dios que esperemos todas las gracias por la intercesion de María (1); citando, en confirmacion de esto, el célebre paso de san Bernardo: Esta es la voluntad del que quiso que todo lo recibiésemos por medio de María. Lo mismo opina el P. Contenton, quien explicando las palabras que Jesucristo pendiente en la cruz dijo á san Juan: Hé aquí á tu madre, añade: Como si dijera: Nadie participará del valor y mérito de mi sangre sino por intercesion de mi Madre. Mis heridas son manantiales de gracias, pero no manarán sus arroyos sino por el conducto de María. Juan, discípulo mio, yo te amaré tanto cuanto tú amarás á ella (2).

Esta proposicion, á saber, que todas las gracias que recibimos del Señor nos vienen por conducto de María, no es del agrado de cierto autor moderno, el cual, aunque en verdad habla con mucha piedad y doctrina de la verdadera y falsa devocion, sin embargo, al tratar de la devocion hácia la divina Madre, le ha escaseado la gloria que no tuvieron dificultad en concederle un san German, un san Anselmo, un san Juan Damasceno, un san Buenaventura, un san Antonio, un san Bernardino de Sena, el venerable abad de Celles, y otros muchos doctores que no hallaron dificultad en decir, por la razon referida, que la intercesion de María no solo es útil, sino tambien necesaria. Dice el mentado autor que semejante proposicion, á saber, que Dios no concede ninguna gracia sino por la intercesion de María, es una hipérbole y exageracion debida al fervor de algunos Santos, lo cual no puede ser justa sino en el sentido de que María puso al mundo á Jesucristo, por cuyos méritos recibi-

(1) Ep. LXXVI in calce, tom. 4 Moral. — (2) Theol. mentis et cord. tom. 2, lib. 10, P. 4, cap. 1.

mos despues todas las gracias. De lo contrario, dice, fuera un error el creer que Dios no pudiese concedernos las mercedes sin la intercesion de María, porque el Apóstol dice, que solo reconocemos un Dios y un solo mediador entre Dios y los hombres, á saber, Jesucristo (1). Hasta aquí dicho autor.

Pero con su beneplácito, segun el mismo me enseña en su obra, le opondré que una cosa es la mediacion de justicia en virtud de los méritos, y otra la mediacion de gracia por via de súplicas. Asimismo, una cosa es decir que Dios no pueda, y otra que no quiera conceder las gracias sin la intercesion de María. Nosotros reconocemos que Dios es el manantial de todo bien, y el Señor absoluto de todas las gracias, y que María solo es una pura criatura que todo lo que alcanza lo recibe graciosamente de Dios. Mas, ¿quién puede jamás negar que sea muy razonable y conveniente que Dios para glorificar á esta sublime criatura, á quien honró y amó mas que á todas las otras en su vida, y que habiendo Dios elegido á María por madre de su Hijo y Redentor nuestro, quiera que todas las gracias que hayan de concederse á las almas redimidas pasen y se dispensen por su mano? Nosotros confesamos que Jesucristo es el único mediador de justicia, conforme ya distinguimos antes, que con sus méritos nos alcanza la gracia y la salvacion: pero decimos que María es mediadora de gracia, y que aun cuando lo que ella alcanza, lo alcanza por los méritos de Jesucristo, porque ruega y pide en nombre de Jesucristo, sin embargo, todas las gracias que pedimos las conseguimos por medio de su intercesion.

Esta opinion nada tiene por cierto que se oponga á los sagrados dogmas, antes bien se halla conforme á los sentimientos de la Iglesia, que en las oraciones públicas por ella aprobadas nos enseña á acudir continuamente á esta divina Madre, y á invocarla como á *Salud de los enfermos*, *Refugio de los pecadores*, *Auxilio de los cristianos*, *Vida*, *Esperanza nuestra*. La misma santa Iglesia en el oficio de las fiestas de María, aplicándole las palabras de la Sabiduría nos da á entender que en Ma-

(1) I Tom. 2, 5.

ría encontrarémos toda esperanza y toda gracia, y, en suma, que en María hallarémos la vida y la salvacion eterna. Y en otro lugar: «Los que obran conmigo no pe«carán, y los que me alaban alcanzarán la vida eterna.» Todo lo que patentiza la necesidad que tenemos de la intercesion de María.

Tal es la opinion sostenida por muchos teólogos y santos Padres, de los cuales no es justo decir, como lo hace el referido autor, que para exaltar á María han incurrido en *hipérboles* y *exageraciones excesivas*. El exagerar y usar hipérboles es exceder los límites de la verdad, lo que no debe decirse de los Santos, que han hablado por espíritu de Dios, el cual es espíritu de verdad. Séame permitido hacer aquí una breve digresion, exponiendo una opinion mia, y es, que cuando se trata de una sentencia que en cierto modo es honrosa á la Vírgen, que se halla algo fundada y no repugna ni á la fe, á los decretos de la Iglesia, ni á la verdad, el solo rechazarla y contradecirla porque la opinion contraria puede ser tambien verdadera, denota poca devocion á la Madre de Dios.

En cuanto á mí, no quiero ser del número de estos devotos frios, ni quisiera ver á mi lector entre ellos, sino mas bien entre aquellos que todo cuanto sin error puede creerse de los gloriosos privilegios de María, todo plena y firmemente lo creen, como dice el abad Ruperto, quien entre los homenajes mas agradables á esta Madre cuenta el de *creer firmemente en sus grandezas* (1). Cuando otro motivo no existiese para desvanecer el temor de excedernos en las alabanzas de María, suficiente fuera lo que dice san Agustin, á saber, que cuanto digamos en alabanza de María, todo es poco en comparacion de lo que ella se merece por su dignidad de Madre de Dios (2); y la santa Iglesia que hace leer en la misa de la bienaventurada Vírgen: *Feliz eres, pues, santa Vírgen María, y muy digna de toda alabanza.*

Mas volviendo al asunto, veamos cómo se expresan los santos Padres en apoyo de esta proposicion. San Bernardo dice, que Dios colmó á María de todas las gracias, á fin de que los hombres recibiesen por su medio, como

(1) De Laud. Virg. — (2) Serm. de Aquæd.

por un arcaduz, cuantos bienes recibiesen. Además, el Santo añade una reflexion importante, diciendo que por esto antes de nacer la santísima Vírgen, no hubo para todos esta corriente de gracias, porque no existia entonces este deseado acueducto. Pero, prosigue, despues fué dada María al mundo, á fin de que por su mediacion nos llegasen sin cesar las divinas gracias (1).

Por lo que así como Holofernes para apoderarse de la ciudad de Betulia mandó romper los acueductos, así tambien el demonio pone todo su conato para extinguir en las almas la devocion hácia la Madre de Dios, porque interceptado este canal de gracias, espera hacerlas despues fácilmente presa suya. Prosigue luego el mismo santo Padre diciendo: Atended, pues, ó almas, con qué afecto y devocion quiere el Señor que honremos á esta Reina, invocando siempre confiados su proteccion, ya que la hizo depositaria de la plenitud de los bienes, para que en lo sucesivo reconozcamos que todo nos proviene de las manos de María. De la misma manera se expresa san Antonino: Cuantas misericordias se dispensan á los hombres nos vienen por medio de María (2).

Por esto es llamada *luna*, dice san Buenaventura, porque así como este astro suspendido se halla entre el sol y la tierra, y lo que recibe de aquel lo comunica á esta, así María recibe las celestiales influencias de gracias del Sol divino para derramarlas sobre los habitantes de la tierra (3).

Por la misma razon la Iglesia la llama puerta del cielo, porque, como observa el mismo san Bernardo, así como todo rescripto de gracia que expide el rey pasa por la puerta de su palacio, asimismo ninguna gracia viene del cielo á la tierra sin pasar primero por las manos de María (4). San Buenaventura dice mas aun, que María se llama puerta del cielo, porque nadie puede entrar en esta dichosa mansion, si no pasa por María, que es su puerta.

San Jerónimo confirma lo que acabo de decir (ó como algunos quieren, otro antiguo autor del Sermon de la

(1) Serm. de Aquæd. — (2) P. 4, tit. 15, c. 20. — (3) Serm. LXXIV de Nat. Dom. — (4) Serm. III in Virg. Nat.

Asuncion inserto entre las obras de este Santo), el cual dice que en Jesucristo estuvo la plenitud de la gracia como en la cabeza, de la cual luego comunícanse á los miembros, que somos nosotros, todos los espíritus vitales, esto es, los auxilios divinos para alcanzar la eterna salvacion. En María estuvo despues tambien la misma plenitud, como en el cuello, por el cual pasan á los miembros dichos espíritus vitales (1). Lo mismo confirma san Bernardino de Sena, el cual explicó mas claramente este pensamiento, diciendo que por medio de María, se transmiten á los fieles, que son el cuerpo místico de Jesucristo, todas las gracias de la vida espiritual que que les vienen de Jesús su cabeza (2).

Y san Buenaventura se esfuerza en dar la razon de esto diciendo: Habiéndose complacido Dios en morar en el vientre de la santa Vírgen, esta en algun modo, dice el Santo, ha conseguido cierta jurisdiccion sobre todas las gracias, porque al nacer Jesucristo de su sacrosanto vientre, salieron de él al mismo tiempo, como de un océano celestial, todos los rios de los divinos dones (3). Lo mismo y en términos mas claros afirma san Bernardino de Sena. Desde que esta Madre vírgen, dice, concibió en su seno al Verbo divino, obtuvo, por decirlo así, una intervencion especial en los dones que recibimos del Espíritu Santo, de modo que ninguna criatura ha alcanzado despues gracia alguna de Dios sino por medio y mano de María (4).

Y en este mismo sentido explica el P. Crasset (5) el pasaje de Jeremías, en el cual hablando el profeta de la encarnacion del Verbo y de María su madre, dice que una mujer circundaria al Hombre-Dios (6). Así como del centro de un círculo, dice el citado autor, ninguna línea parte sin pasar antes por la circunferencia, así Jesús, que es el centro de todo bien, no nos transmite ninguna gracia sino por medio de María, que vino á ser su circunferencia despues de haberle recibido en su seno.

Por esto sienta san Bernardino que todos los dones, to-

(1) Serm. de Assumpt. B. Virg.— (2) Serm. LXI de Nat. Virg. c. 8.—(3) S. Bonav. in Spec. c. 1.— (4) Serm. LXI, tract. 1, art. 8.— (5) Div. della Verg.— (6) Jerem. xxxi, 22.

das las virtudes y todas las gracias se dispensan por mano de María á los que quiere, cuando quiere y como quiere (1). Ricardo asimismo dice que todos los bienes que Dios otorga á sus criaturas, quiere que nos vengan por las manos de María; por lo que el venerable abad de Celles exhorta á que cada uno acuda á esta tesorera de gracias, como él la llama, porque únicamente por su mediacion el mundo y todos los hombres reciban todo el bien que pueden esperar (2); con lo que claramente se colige que, diciendo los Santos autores citados que todas las gracias nos vienen por medio de María, no entendieron decir solamente que de María recibimos á Jesucristo, que es la fuente de todo bien, segun quiere entender el autor arriba citado; sí que tambien aseguran que Dios, despues de habernos dado á Jesucristo, quiere que todas las gracias que desde entonces en adelante se han dispensado, dispensan y dispensarán á los hombres hasta el fin del mundo por los méritos de Jesús, se dispensen por mano é intercesion de María.

Así que, concluye el P. Suarez, en el dia la opinion universal de la Iglesia es que la intercesion de María no solamente nos es útil, sino tambien necesaria (3). Necesaria, como hemos dicho ya, no de necesidad absoluta, porque solo la mediacion de Jesucristo nos es absolutamente necesaria; sino de necesidad moral, pues la Iglesia es de dictámen con san Bernardo, que Dios tiene decretado no dispensarnos ninguna gracia sino por manos de María (4); lo que antes de san Bernardo afirmó san Ildefonso diciendo á la Vírgen: ¡Oh María! el Señor ha querido encomendar á vuestras manos todos los bienes que le place dar á los hombres, y por esto os ha confiado todos los tesoros y riquezas de las gracias (5). Por cuya razon, dice san Pedro Damiano, Dios no quiso hacerse hombre sin el consentimiento de María, en primer lugar, para que todos nosotros le quedásemos sumamente obligados, y además para que entendiésemos que la salvacion de todos se halla recomendada al arbitrio de esta Vírgen.

(1) Serm. LXI, ut sup. — (2) De contempl. V. in Prol. — (3) Tom. 2 in 3 par. disp. 23, Sect. 3.— (4) Serm. III in Virg. Nat. — (5) In Cor. Virg. c. 15.

Considerando san Buenaventura las palabras del capítulo II de Isaías, donde el Profeta anuncia que de la estirpe de Jesé debia nacer una vara, esto es, María, y de ella una flor, á saber, el Verbo encarnado, profiere el Santo estas hermosas palabras: Cualquiera que desee alcanzar la gracia del Espíritu Santo, busque la flor, y por la flor á Dios (1). Y despues añade en el capítulo x: Si quieres tener esta flor, procura con la oracion inclinar hácia tí el tallo de la flor, y la alcanzarás. Porque, dice el seráfico Padre en el sermon XXV de la Epifanía sobre las palabras: *Hallaron el niño con María su Madre* (2): no se hallará jamás á Jesús sino con María y por medio de María. Y concluye diciendo, que en vano busca á Jesús quien no procura encontrarle junto á María. Por lo cual decia san Ildefonso: Quiero ser esclavo del Hijo, y como no podrá serlo jamás de este quien no lo sea de la Madre, por esto deseo la servidumbre de María (3).

EJEMPLO.

El Belvacense (4) y Cesario (5) refieren que un jóven noble reducido por sus vicios de la opulencia en que le dejara su padre á tal extremo de pobreza que necesitaba mendigar para vivir, resolvió partir de su patria para ocultar su vergüenza en países lejanos, donde no fuera conocido. Durante el viaje encontró á un antiguo criado de su padre, quien al verle tan abatido por la miseria en que se hallaba sumido, le animó diciéndole que le conduciria ante un príncipe tan liberal que le colmaria de riquezas. El malvado sirviente era un impío hechicero, que arrastró consigo al pobre jóven por un bosque cerca de una laguna, en donde empezó á hablar con un ser invisible, por lo que su compañero le preguntó con quién hablaba, á lo que satisfizo diciendo, que con el demonio; y viéndole tembloroso le animó para que no temiese, y prosiguió hablando con el demonio: Señor, este jóven se halla reducido á una necesidad extrema, y

(1) In Spec. c. 6.—(2) Matth. II, 21. —(3) De Virg. Mar. c. 12. — (4) Spec. Hist. lib. 7, c. 105. —(5) Dist. 2, c. 2.

quisiera volver á su primitivo estado. Como él quiera obedecerme, contestó el infernal enemigo, yo le haré mas rico que antes; pero lo primero que debe hacer es renegar de Dios..Horrorizóse el jóven con tal propuesta, pero, instigado por el maldito hechicero, accedió por fin, y renegó de Dios. Mas no es esto suficiente, añadió el demonio; es preciso tambien renegar de María, por quien nos vienen los mayores descalabros. ¡Oh, á cuántos libra de nuestras manos, y presentándoles á Dios los salva! Eso no lo haré yo, respondió el jóven; pues renegar no puedo de mi Madre, que es mi única esperanza, y prefiero mil veces mendigar el sustento toda mi vida. Dicho esto, huyó de aquel lugar, y pasando casualmente junto á una iglesia de María, entró en ella, y postrado ante su imágen, suplicó llorando á la Vírgen santísima que le alcanzase el perdon de sus pecados. Intercedió esta al momento por aquel desventurado, mas Jesús respondió al principio: Madre mia, este ingrato acaba de renegar de mí; pero, como no cesaba de suplicarle, ¡Oh Madre! dijo al fin, jamás os negué nada; quede, pues, perdonado, ya que Vos me lo pedís. Todo esto lo presenció el sujeto que habia comprado los bienes de este jóven disipador; por lo que viendo la piedad que María usaba con él, le dió por mujer á su hija única, haciéndole heredero de todo su patrimonio, recobrando así por medio de María la gracia de Dios y los bienes temporales.

ORACION.

¡Oh alma mia! mira qué bella esperanza de salud y de vida eterna te ofrece el Señor, infundiéndote por su misericordia confianza en el patrocinio de su Madre, despues que por tus pecados tantas veces mereciste su desgracia y el infierno. Da, pues, gracias á tu Dios y á tu protectora María que se digna recibirte bajo de su manto, como ya te lo prueban tantas gracias como recibiste por su mediacion. Sí, os doy gracias, ó Madre mia amorosa, por cuantos beneficios otorgásteis á este desdichado, merecedor del infierno. ¡Oh Reina! ¿y de cuántos peligros me librásteis? ¿Cuánta luz y misericordia me

alcanzásteis de Dios? ¿Qué bienes ó qué honores recibísteis de mí para empeñaros tanto en dispensarme beneficios?

Solo vuestra bondad, pues, os ha impulsado á ello. ¡Ah! aun cuando yo diera por Vos la sangre y la vida, seria verdaderamente poco para tanto como os debo, pues Vos me habeis librado de la muerte eterna, Vos me haceis recobrar, como espero, la divina gracia, y á Vos, en suma, debo toda mi fortuna. Amabilísima Señora mia, yo miserable no puedo ofreceros otra recompensa que alabaros siempre y amaros. Ea, pues, no rehuseis aceptar el afecto de un infeliz pecador enamorado de vuestra bondad. Si bien mi corazon es indigno de amaros, porque se halla súcio y lleno de afectos terrenos, Vos podeis mudarlo; mudadlo, pues. Ea, unidme con mi Dios, y unidme tanto, que yo no pueda separarme jamás de su amor. Vos exigís de mí que yo ame á Dios, y esto es lo que con anhelo os pido: alcanzadme que le ame siempre, pues este es mi deseo. Amen.

§ II.—*Continuacion de la misma materia.*

San Bernardo dice, que así como un hombre y una mujer contribuyeron á nuestra ruina, así fue conveniente que otro hombre y otra mujer cooperasen á nuestra reparacion; y estos fueron Jesús y María su madre. No hay duda, dice el Santo, que Jesucristo por sí solo fue suficientísimo para redimirnos; sin embargo, fue mas conveniente que para obrar nuestra redencion concurriesen ambos sexos, ya que los dos cooperaron á su corrupcion (1). Por lo que el beato Alberto Magno llama á María, *Cooperadora á la redencion;* y ella misma reveló á santa Brígida, que así como Adan y Eva por una manzana perdieron al mundo, así ella con su Hijo con un mismo corazon lo redimieron (2). En confirmacion de esto dice san Anselmo: Bien pudo Dios criar el mundo de la nada; pero habiéndose perdido este por la culpa, Dios no quiso reparar su obra sin la cooperacion de María (3).

De tres modos, segun explica el P. Suarez, ha coope-

(1) Serm. in Sign. Magn. — (2) Lib. 5, c. 35. — (3) S. Ans. in Alloq. cal. n. 27.

rado la divina Madre á nuestra salvacion: Primero, por haber merecido con mérito de congruencia que el Verbo se encarnase en su seno. Segundo, con los contínuos ruegos que dirigió á Dios por nosotros durante su vida mortal. Tercero, con haber sacrificado voluntariamente á Dios la vida del Hijo por nuestra salvacion. Y por esto dispuso justamente el Señor, que habiendo cooperado María con tanto amor por los hombres, y con tanta gloria de Dios á la salvacion del género humano, reciban todos por su mediacion la salvacion eterna.

María es llamada la cooperadora de nuestra justificacion, porque Dios le confia todas las gracias que quiere dispensarnos, de modo que san Bernardo afirma que todos los hombres pasados, presentes y venideros deben mirar á María como la mediadora y negociadora de la salvacion eterna (1).

Jesucristo dijo que ninguno podria hallarle, sin que primero fuese atraido por su eterno Padre con su divina gracia; y así tambien lo dice de su Madré, segun Ricardo. Nadie viene á mí, si anticipadamente mi Madre no le atrae con sus ruegos (2). Jesús fue fruto de María, como dice santa Isabel: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre* (3). El que quiere, pues, el fruto, debe ir al árbol; de consiguiente el que quiere á Jesús ha de ir á María, y quien halla á María ciertamente halla tambien á Jesús. Cuando santa Isabel vió á la santísima Vírgen que venia á visitarla á su casa, no sabiendo cómo darle las gracias, exclamó humillada: «¿Y de dónde yo merecia que la Madre de mi Dios vi- «niese á visitarme?» Pero, se pregunta, ¿no sabia ya santa Isabel, que no solo María, sino tambien Jesús habian venido á su casa? ¿Por qué se cree, pues, indigna de recibir á la Madre, y no mucho mas al ver que el Hijo la visitaba? Porque la santa sabia muy bien que cuando María viene trae tambien á Jesús, y por esto se limitó á dar gracias á la Madre, sin nombrar al Hijo.

«Es como la nave de un comerciante que trae de léjos «su pan (4).» María es esta nave privilegiada, que del

(1) Serm. in Pentec. — (2) Sup. Cant. c. 2, v. 3.
(3) Luc. I, 42. — (4) Prov. XXXI, 14.

cielo nos trajo á Jesucristo para concedernos la vida eterna, como Él dice: «Yo soy el pan vivo que descendí «del cielo; el que comiere de este pan vivirá eternamente (1).» Por lo que dice Ricardo de San Lorenzo, que en el océano de este mundo se perderán cuantos no sean admitidos en esta nave, esto es, que no merezcan la proteccion de María (2); y añade, siempre que nos veamos en peligro de perdernos por las tentaciones ó pasiones de esta vida, debemos acudir á María exclamando: Presto, Señora, ayudadnos, salvadnos, si no quereis vernos perdidos. Y nótese aquí de paso, que el expresado autor no repara en que puede decirse á María: *Sálvanos que perecemos*, como lo dificulta el autor tantas veces mencionado en el párrafo antecedente, el cual prohibe poder decir á la Vírgen que nos salve, porque dice que el salvarnos pertenece á Dios. Mas si un sentenciado á muerte puede pedir á algun privado del Rey que le salve, interponiéndose con el príncipe para alcanzarle la vida, ¿por qué no podrémos nosotros invocar á la Madre de Dios para que nos salve, alcanzándonos la gracia de la vida eterna? San Juan Damasceno no tenia dificultad en decir á la Vírgen: «Reina inmaculada y pura, sálvame, «líbrame de la condenacion eterna (3).» San Buenaventura llamaba á María: «¡Oh salud de los que te invo- «can!» La santa Iglesia aprueba que la invoquemos: «Salud de los enfermos,» y ¿vacilaríamos nosotros en pedirle que nos salve, cuando sin su intercesion á nadie se permite la entrada en la gloria, como dice un autor (4)? Ya lo dijo anteriormente san German hablando de María: «Nadie se salva sino por tí (5).»

Pero veamos lo demás que dicen los Santos acerca de lo necesaria que nos es la intercesion de la divina Madre. El glorioso san Cayetano decia que bien podrémos pedir las gracias, pero que jamás las alcanzarémos sin la intercesion de María; y san Antonino lo confirma con esta hermosa expresion: «El que pide ó pretende alcan- «zar las gracias sin la intercesion de María, intenta vo- «lar sin alas (6). Porque así como Faraon dijo á José: To-

(1) Joan. VI, 51 et 52. — (2) De Laud. Virg. — (3) Orat. Paneg. — (4) Pacciuch. de B. Virg. — (5) In Serm. de Zona Virg. — (6) P. 3, tit. 15, c. 22, § 9.

«da la tierra de Egipto está en tu mano; y así como á «todos los que acudian á él pára ser socorridos, les en«viaba á José: *Id á José;* así tambien Dios cuando le pe«dimos gracias, nos envia á María: *Id á María.*» Porque Él decretó, dice san Bernardo, no conceder gracia alguna sino por mano de María (1); por lo que dice Ricardo de San Lorenzo: Que con mas razon podemos decir los cristianos que nuestra salvacion está en manos de María, que no los egipcios cuando dijeron: Nuestra salvacion se halla en mano de José (2). Lo mismo dice el venerable Idiota: En su mano está nuestra salvacion (3). Y en iguales términos se expresa Casiano, aunque con mas energía, diciendo que la salvacion de todos consiste en ser favorecidos y protegidos por María. Aquel á quien la Vírgen ampara se salva, y el que no protege se pierde. San Bernardino de Sena le dice: Señora, Vos sois la dispensadora de todas las gracias, y la gracia de salvarnos solo por vuestra mano ha de venirnos; nuestra salvacion, pues, de Vos depende.

Por esto con razon dijo Ricardo, que así como una piedra cae luego que se le quita toda la tierra que le sostiene, asimismo una alma, faltándole el auxilio de María, primero caerá en el pecado, y despues en el infierno (4). San Buenaventura añade, que Dios no nos salvará sin la intercesion de María; y prosigue diciendo: Así como un niño sin nodriza que le alimente no puede vivir, así faltando la proteccion de María, nadie puede salvarse (5); por lo que exhorta diciendo: Haz que tu alma tenga sed de la devocion de María, consérvala siempre, y no la dejes hasta que recibas en el cielo su maternal bendicion. Y ¿quién convenceria jamás á Dios, dice san German, si no fuese por Vos, ó María santísima? ¿Quién se salvaria? ¿Quién se libraria de los peligros? ¿Quién alcanzaria gracia alguna, si no fuese por Vos, ó Madre de Dios, ó Vírgen Madre llena de gracia (6)? Y en otro lugar le dice: si Vos no aligeráseis la senda, nadie podria librarse del aguijon de la carne y del pecado.

(1) Serm. de Nat. Virg.— (2) Lib. 2 de Laud. Virg. p. 1. — (3) In Præf. Cant. V. — (4) Lib. 8 de Laud. Virg. c. 11. — (5) S. Bern. in Cant. B. Virg. pro Sabb.— (6) Serm. de Zona Virg.

Así como no es posible que nosotros lleguemos al eterno Padre sino por medio de Jesucristo, así tampoco, dice san Bernardo, podemos aproximarnos á Jesucristo sin la mediacion de María; por cuya razon poderosa, añade el mismo Santo, determinó el Señor que todos nos salvásemos por la intercesion de María, y nos recibiese el Salvador que por su medio se dió á nosotros. Por lo mismo el Santo la llama la Madre de la gracia y de nuestra salud eterna, y san German exclama: ¿Qué seria de nosotros? ¿qué esperanza nos restaria de salvarnos si nos abandonáseis, ó María, Vos que sois la vida de los cristianos (1)?

Pero, replica el autor moderno ya citado, si todas las gracias pasan por María, cuando imploramos la proteccion de los Santos, estos habrán de acudir á la intercesion de María para alcanzarlas. Esto, dice, nadie lo cree ni lo soñó jamás. En cuanto á creerlo, contesto que no puede haber ningun error ó inconveniente, pues no lo será nunca el decir que Dios para honrar á su Madre, habiéndola constituido Reina de los Santos, y queriendo que todas las gracias se dispensen por sus manos, quiera tambien que los Santos acudan á ella para alcanzar las gracias á sus devotos. En cuanto á decir que nadie soñó jamás en esto, puedo probar que lo han afirmado expresamente san Bernardo, san Anselmo, San Buenaventura, y con ellos el P. Suarez (2), y otros. En vano, dice san Bernardo, rogarémos á los demás Santos para alcanzar una gracia que nos convenga, si María no intercede para que la obtengamos. Así tambien un autor explica á este propósito aquel pasaje de David: «Todos los «poderosos del pueblo te rogarán con la vista fija en tu «rostro (3).» Los poderosos del gran pueblo de Dios son los Santos, quienes cuando pretenden alguna gracia para un devoto suyo, ruegan á María que se la consiga. Por lo que con razon dice el P. Suarez, que nosotros rogamos á los Santos para que sean nuestros intercesores junto á María, como á su Señora y Reina.

Esto mismo es lo que promete san Benito á santa Francisca Romana, conforme se lee en el P. Marchese (4). Un

(1) Serm. de Zona Virg. — (2) Tom. 2 in 3 p. d. 22, sect. 3. — (3) Psalm. XLIV, 13. — (4) Diario de María, 21 de marzo.

dia se le apareció este Santo, y tomándola bajo de su proteccion, le prometió ser su abogado con la divina Madre. En corroboracion de esto, exclama san Anselmo hablando con la Vírgen: Señora, lo que puede conseguir la intercesion de todos los Santos unida á la vuestra, lo alcanza la vuestra sola sin su auxilio. Pero, continúa el Santo, ¿por qué Vos sola teneis tanto poder? Porque únicamente Vos sois la Madre de nuestro comun Salvador, la Esposa de Dios, la Reina universal del cielo y de la tierra. Si Vos no intercedeis por nosotros, ningun Santo rogará ni nos ayudará; pero si os interesáreis, todos los Santos se empeñarán tambien á suplicarle por nosotros y á socorrernos (1). De modo que el P. Segneri en su libro titulado: *El devoto de María*, aplicándole con la santa Iglesia aquellas palabras de la Sabiduría: «Yo sola «hice el giro del cielo (2);» dice: Así como la primera esfera con su movimiento hace mover á todas las otras, así cuando María se mueve á rogar por un alma, hace que todo el cielo una sus preces á las suyas. Y por esto dice san Buenaventura que entonces manda, como Reina que es, á todos los Ángeles y Santos que la acompañen en sus oraciones (3).

Y así, en fin, se explica la razon porque la santa Iglesia nos ordena que invoquemos y saludemos á la divina Madre con el gran nombre de *Esperanza nuestra*. El impío Lutero no podia sufrir que la Iglesia romana llamase á María, á una criatura, *esperanza nuestra* (4); porque decia que solo Dios, y Jesucristo como nuestro mediador, son la esperanza nuestra; mientras por otra parte, Dios maldice al que pone su esperanza en la criatura, segun se lee en Jeremías (5). Mas la Iglesia nos enseña á invocar en todas partes á María y á llamarla *nuestra esperanza*. El que pone su esperanza en la criatura sin relacion á Dios, este ciertamente es maldecido de Él, porque Dios es la única fuente y el dispensador de todo bien, y la criatura sin Dios ni tiene ni puede dar nada. Pero si el Señor dispuso, como probamos ya, que todas las gracias

(1) Anselm. lib. Or. exc. V. ap. Pacciuch. Ex. 20 in Sal. Ang. n. 7.— (2) Eccli. xxiv, 8.— (3) S. Bonav. in Spec. V, cap. 3.—(4) In Post. Maj. Evang. in Nat. Mar.— (5) Jerem. xvii, 5.

pasen por María, como por un canal de misericordia; bien podemos y aun debemos afirmar que María es nuestra esperanza, por medio de la cual recibimos la divina gracia. Y por esto san Bernardo la llama plena razon de su esperanza (1). Lo mismo afirmaba san Juan Damasceno, cuando hablando con la Vírgen le decia: Señora, en Vos he puesto toda mi esperanza, y de Vos aguardo ansioso mi salvacion (2). Santo Tomás dice que María es toda la esperanza de nuestra salvacion (3). San Efren le dice: Vírgen santísima, acogednos bajo vuestra proteccion, si quereis vernos salvos, porque no tenemos otra esperanza de salvarnos sino por vuestra mediacion (4).

Concluyamos, pues, con san Bernardo: Procuremos venerar con todo el afecto del corazon á esta divina Madre María, porque tal es la voluntad del Señor, que decretó lo recibiésemos todo por su mano (5). Y por esto el Santo nos exhorta á que cuando deseemos y pidamos alguna gracia, nos encomendemos á María, y confiemos alcanzarla por su medio (6). Porque, dice el Santo, si tú no eres digno de que Dios te otorgue la gracia que deseas, bien merecerá alcanzarla María, que la pedirá á tu favor (7). El mismo san Bernardo advierte despues á cada uno que todo lo que ofrezcamos á Dios, ya sean obras, ya oraciones, procuremos encomendarlo á María, si queremos que Dios lo acepte (8).

EJEMPLO.

Es famosa la historia de Teófilo, escrita por Eutichiano, patriarca de Constantinopla, que fue testigo ocular del hecho que refiere, y está además confirmado por san Pedro Damiano, san Bernardo, san Buenaventura, san Antonino, y otros, segun dice el P. Crasset (9). Era este arcediano de la Iglesia de Adanas, ciudad de Sicilia, y tan apreciado, que el pueblo le queria por su obispo, pero él por su humildad lo rehusó. Mas habiéndole acusado despues algunos malévolos y sido depuesto de su cargo,

(1) Or. Pan. ad B. V. — (2) Ap. Auriem. tom. 1. c. 7. — (3) Opusc. 7. — (4) De Laud. Virg. — (5) Serm. de Nat. B. Virg.— (6) Serm. de Aquæd.— (7) Serm. III, in Virg. Nat.—(8) Serm. de Aquæd.—(9) Div. alla B. V. tom. 1, trat. 1, quæst. 10.

fue tal el pesar que le causó, que obcecado por la pasion fué á buscar un hebreo hechicero, el cual le puso en relaciones con Satanás para que le ayudase en su desgracia. El demonio contestó que si queria su auxilio, renunciase á Jesús y á María su Madre, y le entregase el acto de renuncia escrita de su propia mano, y Teófilo extendió tan horrible documento. Al dia siguiente, habiendo descubierto el obispo la injusticia que le habia hecho, le pidió perdon y le repuso en su cargo. Sintióse entonces Teófilo despedazado por los remordimientos por el enorme pecado que habia cometido, y no hacia mas que llorar. Se fué á una iglesia, y postrándose allí delante de una imágen de María, le dijo llorando: ¡Oh Madre de Dios! no quiero entregarme á la desesperacion teniéndoos á Vos que sois tan piadosa y podeis ayudarme. Por espacio de cuarenta dias permaneció llorando y rogando á la santísima Vírgen, cuando hé aquí que una noche se le aparece la Madre de misericordia, y le dice: ¡Oh Teófilo! ¿qué has hecho? renunciaste mi amistad y la de mi Hijo, y ¿por quién? por el enemigo tuyo y mio. Señora, contestó Teófilo, ruégoos me perdoneis y me alcanceis el perdon de vuestro Hijo. Entonces María viendo su confianza, alégrate, le dijo, que quiero rogar á Dios por tí. Animado con esto Teófilo redobló las lágrimas, penitencias y oraciones sin separarse de la presencia de la Imágen, hasta que se le apareció otra vez María, y con semblante risueño le dijo: «Alégrate, Teófilo; he presentado «tus lágrimas y oraciones á Dios, quien las ha admitido, «y te otorga el perdon; pero de hoy en adelante debes «serle agradecido fiel.» Señora, replicó Teófilo, no me basta todavía esto para consolarme enteramente; el enemigo tiene aun en su poder la impía escritura en la que renuncié á Vos y á vuestro Hijo, y Vos podeis hacérmela restituir. Hé aquí que al cabo de tres dias una noche se dispierta Teófilo y se encuentra la escritura encima el pecho. El dia siguiente, cuando el obispo se hallaba en la iglesia, Teófilo fué á echarse á sus piés en presencia de un numeroso concurso, le refirió llorando amargamente todo el hecho, y le entregó la infame escritura, la que el obispo hizo quemar luego delante de toda aquella

gente, que no hacia mas que llorar de alegría, ensalzando la bondad de Dios y la misericordia que María usó con aquel miserable pecador, el cual volviendo á la iglesia de la Vírgen, murió allí lleno de gozo al tercer dia, dando gracias á Jesús y á su santa Madre.

ORACION.

¡Oh Reina y Madre de misericordia, que dispensais las gracias á todos los que acuden á Vos, con tanta liberalidad porque sois Reina, y con tanto amor porque sois nuestra amantísima Madre! A Vos me encomiendo hoy, yo, tan pobre de méritos y virtudes, y tan cargado de deudas á la divina jüsticia. ¡Oh María! Vos teneis las llaves de todas las divinas misericordias, no os olvideis de mis miserias, y no me abandoneis en tanta pobreza. Vos que sois tan liberal con todos, acostumbrada á dar mas de lo que se os pide, sedlo tambien conmigo. Protegedme, Señora, y esto es todo lo que os pido. Si Vos me protegeis, nada temo; ni á los demonios, porque Vos sois mas poderosa que todo el infierno; ni á mis pecados, porque Vos con una palabra que digais á Dios podeis alcanzarme un perdon general de ellos. No temo tampoco, si obtengo vuestro favor, la indignacion de Dios, porque Él á una súplica vuestra luego se aplaca. En una palabra, si Vos me protegeis, lo espero todo, porque Vos todo lo podeis. ¡Oh Madre de misericordia! yo sé que os complaceis y gloriais de ayudar á los mas miserables, que no hallándoles obstinados Vos les podeis ayudar. Yo soy pecador, pero no soy obstinado, y quiero mudar de vida. Podeis ayudarme, pues ayudadme y salvadme. Hoy me entrego enteramente á vuestras manos; decidme qué debo hacer para complacer á Dios, que quiero practicarlo, y espero hacerlo con vuestra ayuda ¡oh María, María! madre, luz, consuelo, refugio y esperanza mia. Amen, amen, amen.

CAPÍTULO IV.

EA PUES, ABOGADA NUESTRA.

§ I. —*María es una abogada poderosa para salvar á todos.*

Es tan grande la autoridad que las madres tienen sobre sus hijos, que aun cuando estos sean monarcas, y ejerzan un dominio absoluto sobre todas las personas de su reino, las madres nunca pueden ser súbditas de ellos. Si bien es verdad que Jesucristo, sentado en el cielo á la derecha del Padre, tiene el supremo poder sobre todas las criaturas y tambien sobre María, (y esto, como explica santo Tomás, aun como hombre en virtud de la union hipostática); sin embargo, es una verdad incontestable que durante el tiempo que nuestro Redentor vivió en este mundo quiso humillarse haciéndose súbdito de María, como nos lo atestigua san Lucas (1). Y san Ambrosio avanza aun mas diciendo, que habiéndose dignado Jesucristo escoger á María por su Madre, como hijo suyo estaba verdaderamente obligado á obedecerla. Por esta razon afirma Ricardo de San Lorenzo: que de los demás Santos se dice que están con Dios, pero que solo de María se puede asegurar que ha tenido esta suerte, no solo de haber estado sometida á la voluntad de Dios, sino que tambien Dios se sujetó á la voluntad de ella (2). Y mientras que de las otras santas vírgenes se dice, como observa el mismo autor, que siguen al divino Cordero á cualquier parte que fuere (3); de la Vírgen María puede decirse que el Cordero la seguia acá en la tierra haciéndose súbdito. Y así decimos, que aun cuando María en el cielo ya no puede mandar á su Hijo, sin embargo, sus ruegos siempre son ruegos de madre; y por lo mismo poderosísimos para alcanzar cuanto pide. Tiene María, dice san Buenaventura, el privilegio para con su Hijo de ser poderosísima para obtener cuanto quiere (4). Y ¿por

(1) Luc. II, 51. — (2) Lib. 1 de Laud. Virg. c. 5. — (3) Apoc. c. XIV, 4. — (4) In Spec. c. 8.

qué? Precisamente, por la razon que he insinuado y que luego examinaré prolijamente, porque las oraciones de María son oraciones de madre. Por estó dice san Pedro Damiano, que la Vírgen puede cuanto quiere, así en el cielo como en la tierra, pudiendo inspirar la esperanza de salvarse, aun á los desesperados (1). Y despues añade, que cuando la Madre pide para nosotros alguna gracia á Jesucristo (llamado por el Santo altar de misericordia donde los pecadores obtienen el perdon de Dios), el Hijo aprecia de tal modo los ruegos de María, á quien tanto desea complacer, que cuando ruega, mas parece que manda que no que ruegue, y mas se asemeja á una señora que á una esclava (2). Así honra Jesús á su querida Madre, á la que tanto veneró en su vida, concediéndole luego todo lo que pide y desea; lo que claramente confirma san German, diciendo á la Vírgen: «Vos «sois Madre de Dios, omnipotente para salvar á los peca«dores, y no necesitais otra recomendacion con Dios, «porque sois la madre de la verdadera vida (3).» San Bernardino de Sena no tiene dificultad en decir que todos, incluso el mismo Dios, obedecen los preceptos de la Vírgen (4), queriendo realmente decir que Dios oye sus ruegos como si fuesen mandatos. Por lo que, hablándo san Anselmo con la Vírgen, le dice: El Señor, ó Vírgen santa, os ha enaltecido de tal modo, que con su favor alcanzais todas las gracias posibles á vuestros devotos, porque vuestra proteccion es omnipotente, como dice Cosme Jerosolimitano (5). Sí, María es omnipotente, replica Ricardo de San Lorenzo, porque la Reina, segun todas las leyes, goza de los mismos privilegios que el Rey (6). De manera que, dice san Antonino, Dios ha puesto toda la Iglesia, no solo bajo el patrocinio, sino tambien bajo el dominio de María (7).

Debiendo tener, pues, la Madre el mismo poder que el Hijo, con razon Jesús, que es omnipotente, ha hecho omnipotente á María; siendo cierto por lo mismo que el Hijo es omnipotente por naturaleza, y la Madre omnipotente

(1) Serm. 1 de Nat. Virg.— (2) Serm. 1 de Nat. Virg.— (3) Serm. III in Dorm. B. Virg.— (4) Tom. 2, Serm. LXI.— (5) Lib. de Conc. Virg. — (6) Lib. 4 de Laud. Virg. — (7) P. 4, tit. 15, cap. 20, § 2.

por gracia; lo que se confirma con lo que regularmente acontece, á saber, que cuanto pide la Madre, el Hijo nada le niega, conforme fue revelado á santa Brígida, la cual una vez oyó que hablando Jesús con María le decia así: Madre mia, no ignorais cuánto os amo; pedid, pues, de mí cuanto querais, que no dejaré de concedéroslo (1). Y es hermosa la razon que añadió: Madre mia, cuando Vos morábais en la tierra, ninguna cosa rehusásteis hacer por mi amor; ahora, pues, que estoy en el cielo, justo ès que no me niegue á concederos cuanto me pidais. De consiguiente, es llamada omnipotente María en el sentido que puede entenderse de una criatura, la cual no es capaz de un tributo divino. Y es omnipotente, porque con sus ruegos alcanza cuanto quiere. Con razon, pues, ó grande abogada nuestra, os dice san Bernardo: Quered Vos, y todo se hará. Y san Anselmo: Si Vos quereis, el pecador mas perdido puede verse elevado al grado mas sublime de santidad (2). A este propósito el beato Alberto Magno hace hablar así á María: Para que quiera he de ser rogada, y cuando quiero, es necesario que se haga (3). Y considerando san Pedro Damiano este gran poder de María, rogándole que se compadezca de nosotros, le dice: ¡Oh María! ¡oh nuestra querida abogada! ya que teneis un corazon tan piadoso que no puede ver á los miserables sin compadecerse de ellos, y ejerceis al mismo tiempo con Dios un poder tan grande para salvar á cuantos defendeis, no rehuseis abogar por nosotros infelices, que ponemos en Vos toda nuestra esperanza. Si nuestros ruegos no os mueven, muévaos vuestro bondadoso corazon; muévaos á lo menos vuestro poder, ya que os colmó Dios de tanto poder, para que cuanto mas rica sois para poder ayudarnos, tanto mas misericordiosa seais para querernos ayudar (4). San Bernardo nos confirma esto diciendo que María, tanto en el poder como en la misericordia es inmensamente rica; así como su caridad es poderosísima, así tambien es piadosísima para compadecerse de nosotros, lo que manifiesta de continuo con los efectos (5).

(1) Rev. lib. 1, c. 4. — (2) De exc. Virg. cap. 12. — (3) Ap. P. Ped. Grand. etc. — (4) Serm. I de Nat. B. Virg. — (5) Serm. IV de Assumpt.

Ya mientras vivia en este mundo, el único pensamiento de María, despues de la gloria de Dios, era ayudar á los desdichados; y sabido es que desde entonces gozó el privilegio de ser oida en todo cuanto pide, lo que se certifica por el suceso que acaeció en las bodas de Caná de Galilea, cuando viendo la santísima Vírgen que faltaba el vino, compadeciéndose del rubor y afliccion de aquella familia, pidió al Hijo que la consolase con un milagro, exponiéndole la falta de vino: *No tienen vino.* Jesús contestó: «Mujer, ¿qué nos importa á mí y á tí? Aun no «ha llegado mi hora.» Adviértase que, aun cuando parece que el Señor negaba la gracia á la Madre diciendo: ¿Qué nos importa, mujer, á mí y á tí que falte el vino? No me conviene ahora hacer ningun milagro, pues no es llegado aun el tiempo, que será el de mi predicacion, en el cual con milagros he de confirmar mi doctrina: sin embargo, María, como si el Hijo le hubiese concedido la gracia, dijo á aquella gente: Ea, llenad todo cuanto mi Hijo os mandare, que luego seréis consolados. Y efectivamente, Jesucristo, por complacer á su Madre mandó llenar las vasijas de agua, y la convirtió en vino generoso. Pero, si el tiempo prefijado para los milagros era el de la predicacion, ¿cómo pudo tal suceso adelantarse en contravencion al decreto divino? No, se contesta, nada se obró contra los divinos decretos; porque si bien, generalmente hablando, no era llegado aun el tiempo de los milagros, sin embargo, desde la eternidad habia Dios establecido por otro decreto general, que nada de lo que pidiese su divina Madre se le negase; y por esto, enterada María de este privilegio suyo, aunque pareciese que el Hijo le negase entonces su peticion, no obstante, dijo que hiciesen todo cuanto el Hijo les previniese, como si la gracia ya estuviese concedida. Esto quiso decir san Juan Crisóstomo cuando sobre el referido paso de san Juan afirma, que aunque Jesucristo diese aquella réplica, sin embargo, por honor de su Madre accedió á su peticion. Lo mismo confirma santo Tomás diciendo, que con aquellas palabras: *Todavía no ha llegado mi hora,* Jesucristo quiso manifestar que hubiera diferido el milagro, si otro se lo hubiese pedido; pero porque se lo pidió

su Madre, luego lo hizo (1). Lo mismo dicen san Cirilo y san Jerónimo, segun refiere Barrada; y el Gandavense afirma lo propio en dicho pasaje de san Juan, diciendo: Para honrar á su Madre anticipó el tiempo de hacer el milagro.

Es cierto, en suma, que no existe criatura alguna que nos pueda alcanzar tantas misericordias como esta buena abogada, la cual así es honrada de Dios, no solo como á su querida esclava, sino tambien como á su verdadera Madre. Esto mismo dice Guillermo de París dirigiéndose á la Vírgen. Basta que hable María para que el Hijo todo lo cumpla. Hablando el Señor con la esposa de los sagrados Cantares, por la cual se entiende María, le dice: «Ó tú, la que habitas en las huertas, los amigos te están «escuchando; hazme oir, pues, tu voz (2).» Los amigos son los Santos, quienes cuando piden alguna gracia para sus devotos, esperan que su Reina la pida á Dios y la alcance, porque, conforme se dijo ya en el capítulo V, no se dispensa ninguna gracia sino por intercesion de María. Y ¿cómo esta la obtiene? Basta que haga oir su voz al Hijo; basta que hable, para que el Hijo la atienda luego. Hé aquí como Guillermo de París explicando en este sentido el referido pasaje, introduce al Hijo, que dice así á la Madre: «Ó tú que habitas en las huertas ce«lestiales, intercede confiada por aquellos que quisieres; «pues no pudiendo olvidarme de que soy hijo tuyo, no «negaré ciertamente cosa alguna á mi Madre.» Profiera ella una sola palabra, de oirla el Hijo es lo mismo que concederla. Gofredo abad dice, que aunque María alcance las gracias con sus ruegos, sin embargo, suplica con cierto imperio de Madre; por lo que debemos confiar sin duda alguna que ella obtendrá cuanto desee y pida por nosotros (3).

Valerio Máximo refiere que teniendo Coriolano asediada á Roma, todos los ruegos de los ciudadanos y de los amigos no alcanzaron que levantase el sitio; pero que cuando se presentó á pedírselo su madre Veturia, no pudo resistirse, y luego lo levantó (4). Pero los ruegos de

(1) S. Thom. apud defens. cultus Mariani, auct. R. D. Hern. de Cerf. pag. 129. —(2) Cant. VIII, 13. — (3) Serm. de B. Virg. — (4) Lib. 5, cap. 4.

María á Jesús son tanto mas poderosos que los de Veturia, en cuanto mas agradecido es este Hijo y mas tiernamente ama á su Madre. El Justino Micoviense dice, que puede mas con Dios un suspiro de María, que los ruegos de todos los Santos (1); lo que confesó el mismo demonio á santo Domingo al verse obligado á obedecer á sus preceptos por boca de un obseso, como lo refiere el P. Pacciuchelli.

San Antonino dice, que siendo los ruegos de la santísima Vírgen ruegos de madre, tienen cierta razon de imperio, y por lo tanto es imposible que ella no sea atendida cuando ruega (2). Por esto san German, animando á los pecadores que se encomiendan á esta abogada, habla así á la Vírgen: «Teniendo con Dios, ó María, la autori-«dad de madre, alcanzad el perdon á los pecadores mas «obstinados; porque el Señor que en todo os reconoce «por su verdadera Madre, nada puede negaros de cuanto «le pidais (3).» Y santa Brígida oyó que los Santos del cielo decian á la Vírgen. ¿Qué cosa hay que no podais Vos? Lo que Vos quereis, sin falta se hace (4). A lo que corresponde aquel célebre verso: Lo que Dios puede con el imperio, Vos, Vírgen, lo podeis con la súplica. Y ¿por ventura, dice san Agustín, no es una cosa digna de la benignidad del Señor con esto honrar á su Madre, habiendo Él mismo protestado que descendió á la tierra, no á quebrantar, sino á observar la ley, la cual entre otras cosas manda que se honre á los padres?

Antes bien, añade san Gregorio, arzobispo de Nicomedia, Jesucristo como para cumplir la obligacion que debe á su Madre, porque con su consentimiento le dió el ser humano, accede á todas sus peticiones (5). Y así exclama el mártir san Metodio: «Regocijaos, ó María, que «teneis la suerte de tener por deudor á vuestro Hijo que «da á todos, y nada recibe.» Nosotros debemos á Dios cuanto tenemos, porque todo es dádiva suya, pero el mismo Dios quiso ser deudor vuestro tomando de Vos la carne y haciéndose hombre; por lo que dice san Agustin: Habiendo merecido María dar la carne al Verbo divino, y

(1) In lib B. Virg. verbo Vir. pot. — (2) P. 4, tit. 15, c. 17, § 4. — (3) V. in Enc. Deip. — (4) L. 4 Rev. cap. 74. — (5) Or de exc. Mariæ.

con ella preparar el precio de la redencion, á fin de librarnos de la muerte eterna, puede ayudarnos mucho mas que los demás á conseguir la salvacion eterna (1). Y san Teófilo obispo de Alejandría, que vivia en tiempo de san Jerónimo, escribió lo que sigue: « El Hijo agradece «que su Madre le ruegue, porque todo lo que otorga «quiere concederlo por su respeto, y recompensar así la «gracia que recibió de ella, dándole la carne.» Y dirigiéndose san Juan Damasceno á la Vírgen, le dice: Siendo Vos, pues, ó María, Madre de Dios, podeis salvar á todos con vuestros ruegos, que son mas poderosos con la autoridad de madre (2).

Concluyamos con san Buenaventura, quien considerando el gran beneficio que el Señor nos hizo dándonos á María por abogada, dirigiéndose á ella, exclama: ¡Oh verdaderamente inmensa y admirable bondad de nuestro Dios, que quiso conceder á nosotros miserables reos por abogada á Vos, Señora nuestra, para que con vuestra poderosa intercesion nos alcanceis cuantos bienes deseareis (3)!

¡Oh inmensa misericordia del Señor! prosigue el mismo Santo, que á fin de que no huyésemos por la sentencia que debe recaer sobre nuestra causa, nos destina por abogada á su misma Madre y Señora de la gracia.

EJEMPLO.

El P. Razzi, camaldulense, cuenta que cierto jóven, cuyo padre habia fallecido, fue enviado por su madre á la corte de un príncipe. Mas la madre al despedirse de él, como era muy devota de María, le hizo prometer que diariamente rezaria un *Ave María*, añadiendo estas palabras: «Vírgen bendita, ayudadme en la hora de mi «muerte.» Al poco tiempo de estar en la corte hízose tan disoluto el jóven, que su amo vióse precisado á despedirle. Desesperado entonces, no sabiendo de qué subsistir, huyó de la ciudad y se hizo salteador de caminos; pero no dejó de encomendarse á la Vírgen, como lo pro-

(1) Orat. II de Assumpt. de B. Virg. — (2) Ex Men. 2 Jan. O. de 4. — (3) In Salve Reg.

metiera á su madre. Finalmente, fue preso por la justicia y condenado á muerte. Al verse en la cárcel para ser ajusticiado al dia siguiente, considerando su deshonra, el dolor de su madre y la muerte que le aguardaba, lloraba sin consuelo. Aprovechando el demonio el momento en que le vió oprimido de una gran profunda melancolía, se le apareció en forma de un hermoso jóven, y le aseguró le libraria de la cárcel y de la muerte si queria hacer lo que le diria. El reo convino en hacerlo todo. Entonces el fingido jóven le descubrió que él era el demonio, que venia para ayudarle. En primer lugar quiso que renegase de Jesucristo y de los santos Sacramentos, á lo que accedió el jóven; pero, añadiéndole que renegase de la Vírgen María y renunciase á su proteccion: Esto no lo haré jamás, contestó; y dirigiéndose á María le repitió la oracion acostumbrada que su madre le habia enseñado: «Vírgen bendita, ayudadme en la hora de mi muer«te.» A estas palabras el demonio desapareció; pero quedó el jóven afligidísimo por el pecado que habia cometido renegando de Jesucristo. Sin embargo, acudió á la Vírgen santísima, quien le alcanzó un gran dolor de todos sus pecados; por lo que se confesó con muchas lágrimas y contricion. Habiendo salido para ir al patíbulo vió por el tránsito una imágen de María, á la que saludó con la oracion dicha: «Vírgen bendita, ayudadme en la hora de mi muerte;» y la imágen en presencia de todos inclinó la cabeza y le devolvió la salutacion. Enternecido entonces pidió que se le permitiese besar los piés de aquella imágen, lo que repugnaban los ministros; pero condescendieron por el tumulto que movia el pueblo. Inclinóse el jóven para besar los piés, y María desde aquella imágen extendió el brazo, y le tomó por la mano asiéndosela tan fuerte, que no fue posible arrancarle de allí. Al ver este prodigio todos empezaron á gritar: ¡Perdon! ¡perdon! que al instante le fue concedido. Regresó despues á su patria, hizo una vida ejemplar, y continuó siendo muy devoto de María, que le habia librado de la muerte temporal y eterna.

ORACION.

¡Oh gran Madre de Dios! os diré con san Bernardo; vuestro Hijo os escucha, y os concederá cuanto le pidiéreis. Hablad, pues, hablad, ó María abogada nuestra, á favor de nosotros miserables. Acordaos que tambien para bien nuestro recibísteis tanto poder y grandeza. Y que todo un Dios quiso hacerse vuestro deudor, tomando de Vos el ser humano, para que á vuestro arbitrio pudiéseis dispensar á los miserables los tesoros de la divina misericordia. Nosotros somos siervos dedicados de un modo especial á vuestro servicio, y yo espero poder contarme en el número de estos. Nosotros nos gloriamos de vivir bajo vuestra proteccion. Si Vos haceis bien á todos, aun á los que en vez de consolaros y honraros os ultrajan y blasfeman de Vos, ¿cuánto mas debemos confiar en vuestra benignidad, que va buscando miserables para aliviarles, nosotros que os honramos, os amamos y esperamos en Vos? Á la verdad somos grandes pecadores, pero Dios os ha colmado de piedad y de un poder que es mayor que nuestros pecados. Vos podeis y quereis salvarnos, y nosotros tanto mas queremos tener esta confianza, cuanto mas indignos somos de ello, para glorificaros mas en el cielo cuando nos reunirémos allí por vuestra intercesion. ¡Oh Madre de misericordia! nosotros os presentamos nuestras almas adornadas y lavadas con la sangre de Jesucristo, pero manchadas luego con el pecado. A Vos las presentamos, dignaos purificarlas. Alcanzadnos una verdadera enmienda, conseguidnos el amor de Dios, la perseverancia y el paraíso. Aun cuando os pidamos una cosa excesiva, ¿por ventura no podeis alcanzarlo todo? ¿Es acaso demasiado para el amor que Dios os profesa? No teneis mas que abrir la boca para rogar á vuestro Hijo, y Él nada os negará. Rogad, pues, rogad, ó María, por nosotros; rogad y ciertamente seréis oida, y nosotros sin duda alguna nos salvarémos.

§ II. — *María es una abogada piadosa que no rehusa defender la causa de los mas miserables.*

Tenemos tantos motivos de amar á esta amorosa Reina, que si en toda la tierra se alabase á María, todos los sermones versasen únicamente sobre María, y todos los hombres diesen la vida por ella, todo seria poco en recompensa del obsequio y agradecimiento que le debemos por el tierno amor que profesa á todos los hombres, hasta á los mas miserables pecadores, con tal que le conserven algun sentimiento de devocion. El venerable Raimundo Jordan, quien por humildad se llamó el Idiota, decia que María, bien léjos de dejar de amar á quien la ama, no se desdeña de servir á quien la sirve, empleando, si este es pecador, toda su poderosa intercesion para alcanzarle el perdon de su bendito Hijo (1). Es tan grande su benignidad y misericordia, prosigue diciendo, que ninguno, por mas perdido que sea, debe vacilar en acudir á sus piés, porque no rechaza á ninguno de los que recurren á ella. María como amantísima abogada nuestra ofrece por sí misma á Dios las súplicas de sus siervos, especialmente de los que á ella se consagran; porque así como el Hijo intercede por nosotros con el Padre, así tambien la Vírgen intercede por nosotros con el Hijo, y trata con ambos el gran negocio de nuestra salvacion, y nos alcanza las gracias que pedimos (2). Con razon, pues, el beato Dionisio Cartujano llama á la Vírgen santísima el refugio singular de los perdidos, la esperanza de los miserables, y la abogada de todos los pecadores que la invocan.

Pero si por acaso hubiese algun pecador que, aunque no dudase de su poder, desconfiase de su piedad, temiendo quizá que no quisiese ayudarle por la gravedad de sus culpas, san Buenaventura le anima diciéndole: Grande y singular es el privilegio que María tiene con su Hijo de alcanzar cuanto quiere con sus ruegos; pero ¿de qué nos serviria este grande poder de María, añade, si ella no cuidase de nosotros? No dudemos, concluye el

(1) Præf. in Cant. — (2) Idiot. in dict. Præf.

Santo, estemos seguros, y demos siempre gracias al Señor y á su divina Madre, porque así como para con Dios es la mas poderosa de todos los Santos, así tambien es la abogada mas amorosa y solícita de nuestro bien. Y ¿quién, exclama con júbilo san German, ó Madre de misericordia, quién despues de vuestro Jesús muestra mas solicitud por nosotros y por nuestro bien como Vos? ¿Quién como Vos nos defiende en los trabajos que nos afligen? ¿Quién protege tanto á los pecadores, llegando á combatir en su favor? Por lo que, añade, vuestro patrocinio, ó María, es mas poderoso y amoroso de lo que nosotros podemos llegar á comprender (1). Porque dice el Idiota, que todos los otros Santos pueden ayudar con su patrocinio mas á sus devotos que á los demás; pero la divina Madre, así como es la Reina de todos, es tambien abogada de todos, y atiende á la salvacion de todos (2).

No solo María cuida de todos los justos, sino tambien de los pecadores, gloriándose especialmente de que la llamen su abogada, conforme lo declaró ella misma á sor María Vilani, diciéndole: «Despues del título de Madre «de Dios, me envanezco de ser llamada la abogada de los «pecadores.» El beato Amadeo dice, que nuestra Reina asiste junto á la divina Majestad, intercediendo continuamente por nosotros con sus poderosas súplicas. Y como desde el cielo ve nuestras miserias y necesidades, no puede dejar de compadecerse de nosotros, por lo que con afecto maternal, piadosa y benigna siempre procura socorrernos y salvarnos. Por esto Ricardo de San Lorenzo anima á los pecadores, por miserables que sean, á acudir con confianza á esta dulce abogada, pudiendo estar seguros que la hallarán siempre dispuesta á ayudarles. Porque, dice Gofredo, que María está siempre pronta á rogar por todos.

¡Oh, y con cuánta eficacia y amor, dice san Bernardo, esta abogada nuestra trata el negocio de nuestra salvacion (3)! Considerando san Agustin el afecto y el empeño con que María continuamente se ocupa en interceder por nosotros á la divina Majestad, para que Nuestro Se-

(1) Serm. de Zona Virg. — (2) De contempl. B. Virg. in Prol. — (3) Serm. I Assumpt.

ñor nos perdone los pecados, nos asista con su gracia, nos libre de los peligros, y nos alivie de las miserias, dice hablando con la santísima Vírgen: Señora, cierto es que todos los Santos desean nuestra salvacion y ruegan por nosotros; mas la caridad y ternura que Vos manifestais en el cielo para alcanzarnos con vuestros ruegos tantos beneficios de Dios, nos obliga á confesar que en el cielo solo tenemos una abogada que sois Vos, y que sois la única verdaderamente solícita por nuestro bien. Y ¡quién podrá comprender jamás la solicitud con que María intercede de continuo por nosotros delante de Dios! San German dice: «No se sacia de defendernos;» bella expresion por cierto. Es tanto lo que María se compadece de nuestras miserias, y tan grande el amor que nos profesa, que constantemente ruega, y jamás se satisface de hacerlo por nosotros, para defendernos de los males alcanzarnos las gracias con sus súplicas.

¡Infelices de nosotros pecadores si no tuviésemos esta grande abogada, la cual es tan poderosa, tan compasiva, y al mismo tiempo tan prudente y sábia, que el juez su Hijo, dice Ricardo de San Lorenzo, no puede condenar los reos que ella defiende (1)! Por lo que san Juan Geómetra la saluda dándole el título de *Conciliadora de las controversias* (2); porque todas las causas que defiende esta sapientísima abogada se ganan. Y por esto san Buenaventura llama á María sábia Abigail, que fue aquella mujer, como se lee en el libro I de los Reyes, capítulo xv, que supo aplacar con sus ruegos al rey David cuando estaba indignado contra Nabal, y á la que el mismo David bendijo luego, como dándole gracias, porque con sus dulces ruegos le habia impedido vengarse de Nabal con sus propias manos. Esto mismo exactamente hace María de continuo á favor de innumerables pecadores, pues con la ternura y oportunidad de sus ruegos aplaca la divina justicia de modo que Dios mismo la bendice y cási le da las gracias por haberle aplacado evitando así que les abandonase y castigase como merecen. Para este fin, dice san Bernardo, queriendo el eterno Padre usar con nosotros de todas las misericordias posibles, á mas de Jesu-

(1) De Laud. Virg. l. 2. d. 2. — (2) Ap. Pep. Lez. tom. 5.

cristo, que es nuestro principal abogado para con Él, nos ha concedido á María por abogada con su Hijo.

Es indudable, dice san Bernardo, que Jesús es el único mediador de justicia entre los hombres y Dios, quien en virtud de los propios méritos, puede y quiere, segun sus promesas, alcanzarnos el perdon y la divina gracia; mas como en Jesucristo reconocen y temen los hombres la divina majestad que en él reside como Dios, por esto fue necesario señalarnos otra abogada á la que pudiésemos acudir con menos temor y mas confianza; y esta es María, la abogada mas poderosa que pudiéramos hallar para con su divina Majestad, y mas misericordiosa con nosotros (1). Grande agravio hiciera á la piedad de María, prosigue el Santo, el que todavía temiese invocar á esta dulcísima abogada, la cual nada tiene de severo y de terrible, sino que es toda dulzura, amabilidad y agrado. Lee y revuelve cuanto quieras, añade san Bernardo, toda la historia escrita en los Evangelios, y si encontrares algun acto de severidad en María, teme entonces acercarte á ella; pero jamás lo hallarás, y por lo tanto acude con alegría, que ella te salvará por su intercesion (2).

¡Cuán hermoso es el apóstrofe que Guillermo Parisiense pone en boca del pecador que acude á María diciéndole: ¡Oh Madre de mi Dios! en el infeliz estado á que me hallo reducido por mis pecados, acudo á Vos lleno de confianza, y si me desecháreis, os reconvendré diciéndoos, que en cierto modo estais obligada á ayudarme, ya que toda la comunion de los fieles os titula y proclama Madre de misericordia. Vos, ó María, siendo tan amada de Dios nunca sois desatendida; á nadie faltó jamás vuestra gran misericordia; vuestra dulcísima afabilidad no despreció jamás á pecador alguno por obstinado que fuere, con tal que se haya encomendado á Vos. ¿Por ventura en vano ó falsamente toda la Iglesia os llama su abogada, y el refugio de los infelices pecadores? No suceda jamás, ó Madre mia, que mis culpas os impidan ejercer vuestra piedad conmigo, la que os hace al mismo tiempo la abogada y medianera de la paz entre los hombres y Dios, y despues de vuestro Hijo la única esperanza y el seguro

(1) Serm. in Sign. magn. — (2) S. Bern. Serm. in Sign. magn.

refugio de los pecadores. Á estos debeis, por decirlo así, todo cuanto teneis de gracia y de gloria, y la misma dignidad de ser Madre de Dios, pues por ellos el Verbo divino os hizo su Madre. Léjos de nosotros el pensamiento de que esta divina Madre, que dió al mundo la fuente de piedad, haya de negar su misericordia á los infelices que la invocan. Ya que vuestro oficio, ó María, es el de mediadora de paz entre Dios y los hombres, muévaos á socorrerme vuestra gran misericordia, que es mucho mayor que mis pecados (1).

Alentaos, pues, ó pusilánimes, diré con santo Tomás de Villanueva; respirad y animaos, ó infelices pecadores; esta gran Vírgen, que es Madre de vuestro Juez y vuestro Dios, es la abogada del género humano; idónea, porque puede cuanto quiere delante de Dios; sapientísima, porque conoce todos los medios de aplacarle; universal, porque á todos acoge y á ninguno rehusa su proteccion (2).

EJEMPLO.

Cuán piadosa sea María con los infelices pecadores, lo manifestó á Beatriz, monja del monasterio de Fuente Eraldo, como refieren Cesario (3) y el P. Rhó (4). Esta infeliz religiosa, vencida de la pasion hácia cierto jóven, convínose en huir con él. Y efectivamente, un dia la infeliz se dirigió á una imágen de María, depuso á sus piés la llave del monasterio del que era portera, y se marchó. Habiendo llegado á otro país se hizo meretriz, y vivió quince años en tan deplorable estado. Trascurrido este tiempo, vió casualmente en aquella ciudad al mandadero del monasterio, y creyendo que ya no la conoceria, le preguntó si conocia á sor Beatriz. ¿Cómo si la conozco? contestó él; es una monja santa, y actualmente es maestra de novicias. Al oir semejante noticia quedó llena de confusion y pasmada, sin saber comprender cómo fuese aquello. Por lo que, á fin de cerciorarse de la verdad, disfrazóse y partió para volver al monasterio. Al llegar hizo

(1) Guill. Paris. d. c. 18 de Reth. div. — (2) In Rog. pro exp. adv. Tarc. sus. — (3) L. 7, c. 35. — (4) In Ex.

llamar á sor Beatriz, y hé aquí que se le apareció la santísima Vírgen en forma de aquella misma imágen, á la que cuando huyó del monasterio habia dejado las llaves y los vestidos; y la divina Madre le habló así: Beatriz, sepas que yo, para impedir tu deshonra, he tomado tu semblante y he desempeñado en tu lugar tu empleo durante los quince años que has vivido apartada del monasterio y de Dios. Hija, vuelve, haz penitencia, que mi Hijo todavía te espera, y procura con una santa vida conservar el buen nombre que yo te he adquirido. Así dijo, y desapareció. Entonces Beatriz volvió á entrar en el monasterio, tomó otra vez el hábito de religiosa, y agradecida á tan gran misericordia de María, vivió como una santa, y despues en la hora de su muerte publicó lo que le habia sucedido para gloria de tan gran Reina.

ORACION.

¡Oh gran Madre de mi Señor! reconozco que la ingratitud con que por espacio de tantos años he correspondido á Dios y á Vos misma, merecia con razon que no cuidáseis ya mas de mí, porque el ingrato es indigno de beneficio alguno. Pero yo, Señora, aprecio mucho vuestra bondad, y juzgo que aventaja en gran manera á mi ingratitud. Continuad, pues, ó refugio de los pecadores, y socorred al mayor de ellos que confia en Vos. ¡Oh Madre de misericordia! tended la mano para levantad á un pobre caido, que implora vuestra piedad. ¡María! ó defendedme, ó decidme á quién he de acudir que pueda defenderme mejor que Vos. Pero ¿dónde podré hallar para con Dios una abogada mas compasiva y mas poderosa que Vos, que sois su Madre? Habiendo sido hecha Madre del Salvador, nacísteis para salvar á los pecadores, y me habeis sido dada para mi salvacion. ¡Oh María! salvad al que os invoca; yo no soy digno de vuestro amor, pero el deseo que teneis de salvar á los perdidos me inspira la confianza de que me amais. Y si Vos me amais, ¿cómo podré perderme? ¡Oh mi querida Madre! si, como espero, por Vos me salvo, no os seré ya mas ingrato. Compensaré continuamente con alabanzas y con todos los afectos del

alma mi pasado olvido y el amor que me habeis profesado. En el cielo, donde Vos reinais y reinaréis eternamente, cantaré dichoso vuestras misericordias, y besaré las manos amorosas que me han librado del infierno tantas veces como lo he merecido por mis pecados. ¡Oh María, mi libertadora, mi esperanza, oh Reina, oh Abogada, oh Madre mia, yo os amo, os aprecio con todo afecto, y quiero amaros siempre! Amen, amen, así lo espero, así sea.

§ III.— *María es la resonciliadora de los pecadores con Dios.*

La gracia de Dios es un tesoro muy grande y muy apetecible para las almas. El Espíritu Santo la llama *tesoro infinito,* porque por medio de la divina gracia somos elevados á la dignidad de amigos de Dios (1). Por lo que Jesús nuestro Redentor no se desdeñó de llamar amigos suyos á los que están en gracia (2). ¡Oh pecado maldito, que destruye esta preciosa amistad (3)! y que haciendo el alma aborrecible á los ojos de Dios, la convierte de amiga en enemiga de su Señor (4). ¿Qué debe hacer, pues, un pecador que por su desgracia alguna vez se hace enemigo de Dios? Necesita un mediador que le alcance el perdon, y le haga recobrar la divina amistad ya perdida. Consuélate, dice san Bernardo, ó tú miserable que has perdido á Dios: tu mismo Señor te señala el medianero, y este es su Hijo Jesús, que puede alcanzarte cuanto desees (5).

Mas, ¡oh Dios! exclama aquí el Santo, y ¿por qué los hombres se han de representar severo á este Salvador tan piadoso, que por salvarnos dió la vida? ¿por qué han de creer terrible al que es en extremo amable? Pecadores desconfiados, prosigue, ¿qué temeis? Si es porque habeis ofendido á Dios, sabed que Jesús clavó vuestros pecados en la cruz con sus mismas manos desgarradas, y habiendo satisfecho ya por ellos á la divina justicia con su muerte, los ha borrado de vuestras almas. Mas si acaso, añade el Santo, temes acudir á Jesucristo porque te intimida su divina majestad, pues aunque hecho hombre

(1) Sap. VII, 14. — (2) Joan. XV, 14. — (3) Isai. LIX, 2. — (4) Sap. XIV, 9. — (5) Sermo de Aquæd.

no ha dejado de ser Dios, y quieres otro abogado para con este mediador, invoca á María, que ella intercederá por tí con su Hijo, el cual sin duda la oirá, y el Hijo intercederá con el Padre, que nada niega á este Hijo. Despues concluye san Bernardo: Esta divina Madre, ó hijos mios, es la escala por la cual los pecadores suben nuevamente á la cumbre de la divina gracia. Esta es mi mayor confianza y todo el fundamento de mi esperanza.

Hé aquí cómo el Espíritu Santo en los sagrados Cantares hace hablar á la bienaventurada Vírgen: «Yo soy «muro; y mis pechos como torre, desde que delante de «él he sido hecha como la que halla la paz (1).» Yo soy, dice María, la defensa de cuantos recurren á mí; y mi misericordia es para ellos como una torre de refugio: por esto mi Señor me ha constituido medianera de paz entre los pecadores y Dios. Y el cardenal Hugo explica dicho texto, diciendo: que María es la gran reconciliadora, que alcanza de Dios y hace recobrar la paz á los que están en guerra, la salud á los enfermos, el perdon á los pecadores, y la misericordia á los desesperados. Y por esto su divino esposo la llamó: *Hermosa como los tabernáculos de Salomon* (2). En los de David solo se trataba de guerra, pero en los de Salomon únicamente se hablaba de paz; dándonos á entender con esto el Espíritu Santo, que esta Madre de misericordia no trata de guerra ni de venganza contra los pecadores, sino tan solo de paz y de perdon.

Por esto mismo fue figurada María en la paloma de Noé, la cual saliendo del arca trajo en su pico el ramo de olivo, en señal de la paz que Dios concedia á los hombres. Por lo que dice san Buenaventura: Vos sois la fidelísima paloma que intercediendo con Dios habeis alcanzado al mundo perdido la paz y la salud. María, pues, es la celestial paloma, que trajo al mundo perdido el ramo de olivo, señal de misericordia, porque nos dió á Jesucristo que es la fuente de la misericordia; habiéndonos alcanzado despues por el valor de sus méritos todas las gracias que Dios nos concede (3). Y así como por medio de María se dió al mundo la paz del cielo, conforme dice san Epifa-

(1) Cant. VIII, 10. — (2) Cant. I, 4. — (3) P. Spinel.

nio, así tambien por medio de la misma los pecadores alcanzan reconciliarse con Dios. Por lo que el beato Alberto Magno le atribuye estas palabras: «Yo soy aquella «paloma de Noé, que traje á la Iglesia la paz universal (1).»

Además fue tambien expresa figura de María el íris que vió san Juan en torno al trono de Dios (2). Lo que explica el cardenal Vital diciendo, que María es la que siempre asiste al tribunal divino para mitigar las sentencias y castigos impuestos á los pecadores (3). Y san Bernardino de Sena dice, que de este mismo íris habló el Señor cuando dijo á Noé que queria colocar entre las nubes el arco de paz, para que mirándole se acordase de la paz perpétua que establecia con los hombres (4). María, dice san Bernardino, es este arco de paz eterna (5); porque así como Dios á la vista del arco se acuerda de la paz prometida á la tierra, así por los ruegos de María perdona á los pecadores las ofensas que le han hecho, y estrecha con ellos la paz (6).

Por esto María es tambien comparada á la luna, porque así como este astro se halla entre el cielo y la tierra, asimismo, dice san Buenaventura, ella se interpone continuamente entre Dios y los pecadores, á fin de aplacarle, é iluminarles para que vuelvan al Señor (7).

Y este es el principal oficio que se dió á María cuando estuvo en la tierra, levantar las almas que habian perdido la divina gracia y reconciliarlos con Dios. *Pace tus cabritillos* (8), díjole el Señor cuando la criara. Sabiéndose que los pecadores están figurados en los cabritos; y así como los escogidos, figurados en las ovejas, en el dia del juicio serán colocados á la derecha, aquellos al contrario se verán á la izquierda. Mas estos cabritos, dice Guillermo Parisiense, se os han confiado, ó gran Madre, para que los convirtais en ovejas; y cuantos por sus culpas merecian ser colocados á la izquierda, por vuestra intercesion lo son á la derecha. Por lo que el Señor reveló á santa Catalina de Sena, que habia criado á esta su querida Hija, como un manjar dulcísimo para atraer hácia Dios á

(1) In Bibl. Mar. lib. Cant. n. 16. — (2) Apoc. IV, 3. — (3) In Spec. S. Scrip. — (4) Gen. IX, 13. — (5) Serm. 1 de Nat. Mar. 1. c. 3. — (6) S. Bernard. Serm. in Apoc. c. 41. — (7) Serm. XIV Nat. Dom. — (8) Cant. c. I. 7.

los hombres, especialmente á los pecadores (1). Mas en cuanto á esto debe notarse la hermosa reflexion de Guillermo Angélico sobre el citado pasaje de los Cantares, el cual dice que Dios recomienda á María sus cabritos, porque la Vírgen no salva á todos los pecadores, sino tan solo á los que la sirven y honran; pues, aquellos que viven en pecado, y no le tributan un obsequio especial, ni se encomiendan á ella á fin de salir de tan infeliz estado, no son los cabritos de María; en el dia del juicio serán por desgracia colocados á la izquierda con los condenados.

Un noble que en cierta ocasion desesperaba de alcanzar la salvacion eterna á causa de la gravedad de sus pecados, fue exhortado por un religioso á que invocase á la Vírgen y visitase una imágen suya que se veneraba en una iglesia, y á la que se tenia mucha devocion. Hízole así el caballero, y al ver la imágen de María, se sintió como invitado á postrarse á sus piés y á tener confianza. Inmediatamente se arrojó á ellos, los besó, y María desde aquella imágen, que era de escultura, alargó la mano para dársela á besar, y sobre ella vió escritas estas palabras: «Yo te libraré de los que te afligen;» como si le hubiese dicho: Hijo, no desesperes, que yo te libraré de tus pecados y de los temores que te oprimen. Se refiere que al leer aquel pecador tan dulces palabras, tuvo tanto dolor de sus culpas, y sintió tanto amor hácia Dios y á su santísima Madre, que murió allí mismo á los piés de María. ¡Oh! cuántos pecadores obstinados todos los dias atrae á Dios este iman de los corazones, como ella misma se denomina, diciendo á santa Brígida: Así como el iman atrae el hierro, así yo atraigo hácia mí á los corazones mas empedernidos para reconciliarlos con Dios (2). Y léjos de ser raro este prodigio, se verifica todos los dias, pudiendo atestiguar por mi parte muchos casos sucedidos en nuestras misiones, donde algunos pecadores, que permanecian mas impasibles que el hierro á todos los otros sermones, al oir predicar de la misericordia de María se arrepintieron y volvieron á Dios. San Gregorio refiere que el unicornio es un animal tan feroz,

(1) Ap. Blos. Mant. Spir. — (6) L. 3 Rev. cap. 32.

que ningun cazador puede llegar á cogerlo, y solamente á la voz de una doncella que grite, se rinde, se acerca y sin resistirse se deja atar por ella. ¡Oh, cuántos pecadores mas agrestes que las mismas fieras, los cuales huyen de Dios, á la voz de esta doncellita María acuden, y se dejan atar por ella mansamente para ser conducidos á Dios!

La Vírgen María, dice san Gregorio, fue destinada para Madre de Dios, á fin de que aquellos miserables que por su mala vida no pudieran salvarse, segun la divina justicia, alcanzasen la salvacion con su dulce misericordia y su poderosa intercesion (1). Sí, dice en confirmacion de esto san Anselmo; porque María fue elevada á la dignidad de Madre de Dios, mas por los pecadores que por los justos, pues Jesucristo protestó que no venia á llamar á los justos sino á los pecadores. Y por esto canta la santa Iglesia: «No miras con enojo á los pecadores, sin los cua-«les no hubieras sido jamás digna de tal Hijo.» Por lo que Guillermo Parisiense la dice: ¡Oh María! Vos estais obligada á socorrer á los pecadores, ya que cuantos dones, gracias y grandezas teneis, todas van comprendidas en la dignidad que habeis recibido siendo Madre de Dios, y si así puede decirse, todas las debeis á los pecadores, porque por ellos habeis sido digna de tener por Hijo á un Dios (2). Si María, pues, concluye san Anselmo, ha sido hecha Madre de Dios por los pecadores, ¿cómo yo, por grandes que sean mis pecados, podré desconfiar del perdon (3)?

La santa Iglesia, en la oracion de la misa de la vigilia de la Asuncion de María, nos enseña que la divina Madre ha sido trasladada al cielo para que interceda con Dios por nosotros con segura confianza de ser atendida. Por lo que san Justino llama á María: *Arbitra*, esto es, en quien las dos partes que litigan exponen todas sus razones; queriendo decir el Santo, que así como Jesús es el mediador con el eterno Padre, María es nuestra mediadora con Jesús, el cual, como Hijo, pone en sus manos todas las razones que como Juez tiene contra nosotros.

San Andrés Cretense apellida á María fianza, seguridad de nuestra reconciliacion con Dios (4); significando

(1) Hom. de Præf. B. Virg. — (2) De Rech. Div. c. 18. — (3) De exc. Virg. c. 1. — (4) Or. I de Assumpt.

que Él procura reconciliarse con los pecadores perdonándoles; y á fin de que no desconfien del perdon, nos ha otorgado como en prenda á María. El mismo Santo la saluda con estas palabras: «Dios te salve, ó paz del Señor «con los hombres;» por lo que san Buenaventura anima á cada uno de los pecadores diciéndoles: Si por tus culpas temes que Dios indignado quiera vengarse de tí, ¿qué debes hacer? Invocar á la esperanza de los pecadores, que es María; y si despues temes aun que se niegue á abogar por tí, debes saber que no le es posible rehusar tu defensa, porque el mismo Dios le ha encargado la mision de socorrer á los miserables.

Pero qué, ¿por ventura, dice Adam abad, debe temer perderse el pecador á quien la misma madre del juez se ofrece por madre y abogada? Y Vos, añade el mismo, ó María, que sois Madre de misericordia, ¿os desdeñaréis de rogar á vuestro Hijo, que es el Juez, en favor de otro hijo, que es el pecador? ¿Rehusaréis acaso interceder por una alma rescatada por el Redentor que murió en la cruz por salvar á los pecadores? No, no lo rehusaréis; antes bien rogaréis con todo el afecto por todos los que acuden á Vos, pues no ignorais que el Señor, que constituyó á vuestro Hijo mediador de paz entre Dios y el hombre, os hizo al propio tiempo mediadora entre el Juez y el reo (1). Pues bien, añade san Bernardo, cualquiera que seas, ó pecador manchado de culpas, envejecido en el pecado, no desconfies; da gracias á tu Señor, que para usar contigo de misericordia no solo te ha dado al Hijo por abogado, sí que tambien, para aumentar tu ánimo y confianza, te ha concedido una mediadora que con sus ruegos alcanza cuanto quiere. Invoca, pues, á María y te salvarás.

EJEMPLO.

El Rupense (2) y Bonifacio (3) refieren que habia en Florencia una jóven llamada Benita, que mejor podia llamarse maldita, por la vida escandalosa y deshonesta que

(1) Serm. in Sign. magn. — (2) Ros. Sacr. p. 5, c. 60. — (3) Stor. Verg. lib. 1, c. 11.

llevaba. Por su buena suerte fué santo Domingo á predicar á dicha ciudad, y ella por mera curiosidad quiso un dia ir á oirle; y el Señor conmovió de tal modo su corazon con las palabras del Santo, que llorando amargamente se fué á confesar con él, quien despues de haberla oido le dió la absolucion, imponiéndole por penitencia que rezase el Rosario; pero arrastrada la infeliz por la perversa costumbre, volvió á la mala vida. Súpolo el Santo, y fué á buscarla, logrando que otra vez se confesase. Y Dios, á fin de que perseverase en la buena vida, un dia le hizo ver el infierno, y le mostró á algunos que por su causa se habian condenado; y, abriendo despues un libro, le hizo leer el espantoso proceso de sus pecados. Horrorizóse la penitente á vista de esto; y llena de confianza invocó á María para que la ayudase, y oyó que esta divina Madre le alcanzaba de Dios el tiempo necesario para llorar sus muchas maldades. Despues de la vision Benita procuró hacer buena vida; pero viendo siempre delante de sus ojos aquel funesto proceso, un dia rogó así á su consoladora: Madre, bien es verdad que por mis excesos deberia hallarme ahora en lo profundo del infierno, mas ya que con vuestra intercesion me habeis librado de él alcanzándome el tiempo necesario para hacer penitencia, Señora piadosísima, os pido esta otra gracia; gustosa lloraré de continuo mis pecados, pero haced Vos que estos queden borrados de aquel libro. A esta súplica se le apareció María, y le dijo que para obtener lo que pedia era necesario que en adelante pensase continuamente con la misericordia que Dios habia usado con ella, y además que meditase la pasion que su Hijo sufrió por su amor, y considerase cuántos hay que por menos culpas que las suyas están condenados; y le reveló que un niño de ocho años por un solo pecado debia ir aquel dia al infierno. Habiendo obedecido Benita fielmente á la santísima Vírgen, al cabo de algun tiempo se le apareció Jesucristo, el cual mostrándole aquel libro le dijo: Mira, tus pecados ya quedan borrados; el libro está en blanco, escribe ahora en él actos de amor y de todas las virtudes. Y habiéndolo practicado así Benita, llevó despues una santa vida, y tuvo una muerte feliz.

ORACION.

Ya que, ó mi dulcísima Señora, vuestra mision es, como dice Guillermo Parisiense, ser mediadora entre los pecadores y Dios; os diré yo con santo Tomás de Villanueva: Abogada nuestra, cumplid vuestra mision tambien en favor mio. No me digais que es muy difícil ganar mi causa, porque sé muy bien, como todos me dicen, que cualquier causa por desesperada que fuere, defendida por Vos no se ha perdido jamás; y ¿se perderia la mia? No, no lo temo. Únicamente debiera temer que no pudiéseis defenderme, si tan solo considerase la multitud de mis pecados; pero atendiendo vuestra inmensa misericordia y el vivo deseo que anima vuestro dulcísimo corazon de ayudar á los pecadores mas perdidos, ni aun esto temo. Y ¿quién se perdió jamás que á Vos invocara? Por esto imploro vuestro socorro, grande abogada mia, mi refugio, mi esperanza y Madre mia María. En vuestra mano deposito la causa de mi eterna salvacion; á Vos entrego mi alma; ella estaba perdida, pero Vos la salvaréis. Doy gracias al Señor que me inspira esta gran confianza en Vos, la cual á pesar de mi demérito, me asegura de mi salvacion. Un solo temor me aflige, ó mi amada Reina, y es que por mi negligencia algun dia pierda vuestra confianza. Por esto os ruego, María, que por lo mucho que amais á vuestro Jesús, conserveis y aumenteis siempre en mí esta dulcísima confianza en vuestra intercesion, por la cual espero adquirir la divina amistad que neciamente desprecié y perdí en el tiempo pasado; y habiéndola recobrado espero por vuestro medio conservarla, y conservándola confio poder algun dia daros las gracias en el cielo, y cantar las misericordias de Dios y las vuestras por toda la eternidad. Amen. Así lo espero, así sea, así será.

CAPÍTULO VII.

VUELVE Á NOSOTROS ESOS TUS OJOS MISERICORDIOSOS.

§ ÚNICO. — *María es toda ojos para compadecerse de nuestras miserias y socorrerlas.*

San Epifanio llama á la divina Madre *muchos ojos*, la que es todo ojos para socorrer á nosotros miserables en este mundo. Exorcizando un dia á un energúmeno, preguntó el exorcista al demonio que era lo que hacia María. El enemigo respondió: *Baja y sube* (1); dando á entender que esta benigna Señora de continuo baja á la tierra para traer gracias á los hombres, y sube al cielo para alcanzar el divino beneplácito para nuestras súplicas. Con razon, pues, san Andrés Avelino llamaba á la santísima Vírgen *la negociadora del paraíso*, que continuamente se ocupa en oficios de misericordia, alcanzando gracias á todos, tanto á los justos como á los pecadores. David dice que el Señor tiene los ojos sobre los justos (2); pero los de la Señora, dice Ricardo de San Lorenzo, están vueltos lo mismo sobre los justos que sobre los pecadores, porque, añade el mismo, los ojos de María son ojos de Madre, y la madre no solo cuida de que el hijo no caiga, sino que le levanta si cayere.

El mismo Jesús dió bien á entender esto á santa Brígida, la cual oyó un dia que hablando con su Madre le decia: Madre, pedidme cuanto deseeis (que es lo que siempre está diciendo en el cielo el Hijo á María, complaciéndose en acceder á todo lo que esta su divina Madre le pide). Pero ¿qué es lo que María le pide? Santa Brígida oyó que la Madre le contestó: *Pido misericordia para los miserables* (3), como si dijera: Hijo, Vos me habeis destinado ya por Madre de la misericordia, por refugio de los pecadores, por abogada de los desgraciados. Ahora me decís que os pida lo que quiera; ¿qué pensais

(1) Ap. il. P. Ped. tom. 5, Lez. 235. — (2) Psalm. XXXIII, 16. — (3) Rev. lib. 1. c. 46.

he de pediros? Os pido que useis de misericordia con los miserables. Por lo que se ve, ó María, le dice tiernamente san Buenaventura, que estais tan llena de misericordia, y os hallais tan dispuesta á socorrer á los miserables, que parece no teneis otro deseo ni otro empeño (1). Y porque entre los miserables, los pecadores son los mas miserables de todos, el venerable Beda afirma que María continuamente ruega al Hijo por ellos (2).

Aun durante su vida en la tierra, dice san Jerónimo, fue María de corazon tan piadoso y tierno hácia los hombres, que nadie se ha afligido tanto por las penas propias como la Vírgen por las ajenas (3). En el suceso de las bodas de Caná, del que se ha hecho mencion en los capítulos anteriores, manifestó bien la compasion que tenia de las aflicciones de los demás cuando, faltando el vino, sin ser rogada, como escribió san Bernardino de Sena, tomó el oficio de piadosa consoladora; y por mera compasion, viendo la amargura de aquellos esposos, se empeñó con el Hijo, y alcanzó que obrase el milagro de la conversion del agua en vino.

Pero qué, dice san Pedro Damiano dirigiéndose á la Vírgen, ¿acaso porque habeis sido elevada á la dignidad de Reina del cielo, os habréis olvidado de nosotros miserables (4)? No permita Dios semejante sospecha. Es impropio de la inagotable compasion del corazon de María el olvidarse de tantas miserias como nos afligen. No puede aplicarse á la Vírgen santísima el comun proverbio: *Honores mudan costumbres*. Esto sucede entre los mundanos, que cuando se ven elevados á una dignidad, se ensoberbecen, y se olvidan de los amigos antiguos que son pobres; pero no procede así María, que se alegra de ser exaltada para de este modo socorrer con mayor largueza á los miserables. Considerando esto mismo san Buenaventura, aplica á la santísima Vírgen las palabras que Booz dirigió á Rutz: «Bendita seas, hija mia, por«que la bondad que ahora manifiestas ha excedido á «la primera (5).» Queriendo decir, como despues declara: que si grande fue la piedad de María hácia los mi-

(1) Op. Sup. Salve Reg.—(2) In cap. I Luc. — (3) Epist. ad Eust.— (4) Serm. I, Nat. Virg. — (5) Ruth, III, 10.

serables cuando vivia en el mundo, mucho mas lo es ahora que reina en el cielo (1). El Santo da la razon de esto diciendo, que la divina Madre manifiesta ahora su mayor misericordia con los innumerables beneficios que nos alcanza, porque conoce mejor nuestras necesidades. Por lo que añade, que así como la luz del sol aventaja á la de la luna, del mismo modo la piedad de María, ahora que está en el cielo, excede á la piedad que tenia de nosotros cuando estaba en la tierra. Y ¿quién, concluye, vive en el mundo que no disfrute de la luz del sol? ¿Hay acaso alguno sobre quien no resplandezca la misericordia de María (2)? Por esto fue llamada *escogida como el sol* (3), pues, como dice san Buenaventura, nadie se halla excluido del calor de este sol. Esto mismo reveló desde el cielo santa Inés á santa Brígida, cuando le dijo que nuestra Reina, ahora que está unida con el Hijo en el cielo, no puede olvidarse de su natural bondad; por lo que usa de su misericordia hasta con los pecadores mas impíos; de modo que así como el sol presta su luz á los cuerpos celestes y terrestres, así tambien por la dulzura de María no hay en el mundo quien por su mediacion, si la invocare, no participe de la divina misericordia (4). En el reino de Valencia habia un gran pecador, quien, desesperado para no caer en manos de la justicia resolvió hacerse turco. Cuando iba á embarcarse pasó casualmente por delante de una iglesia donde el P. Jerónimo Lopez, de la Compañía de Jesús, predicaba sobre la divina misericordia. En aquel sermon se convirtió, confesándose con el mismo Padre, que le preguntó si habia tenido alguna devocion, por la cual Dios hubiese usado con él de tan gran misericordia; á lo que contestó que la única que habia tenido era rogar cada dia á la santísima Vírgen que no le abandonase (5). El mismo Padre encontró en el hospital á un pecador que hacia cincuenta y cinco años que no se habia confesado, sin que hubiese tenido otra devocion mas que cuando veia una imágen de María la saludaba, y rogaba que no le dejase morir en pecado

(1) In Spec. B. Virg. cap. 8. — (2) Ibidem. — (3) Cant. vi, 9. — (4) Lib. 3 Rev. c. 30. — (5) Patrign. Menol. 2 Feb.

mortal; y refirió que en una riña con un enemigo suyo se le rompió la espada, y que volviéndose entonces á Nuestra Señora, le dijo: «¡Ay de mí! ahora me matan y «me condeno. Madre de los pecadores, ayudadme.» Al decir esto, sin saber cómo, se halló transportado á un lugar seguro, y habiendo hecho confesion general, murió lleno de confianza (1).

San Bernardo escribe que María se hace toda para todos, y que para todos abre el seno de su misericordia, á fin de que participen de él; el esclavo la redencion, el enfermo la salud, el afligido el consuelo, el pecador el perdon, Dios la gloria; de modo que, siendo ella sol, ninguno haya que no sea partícipe de su calor (2). Y ¿quién habrá jamás en el mundo, exclama san Buenaventura, que no ame á esta amabilísima Reina? Ella es mas hermosa que el sol, mas dulce que la miel, es un tesoro de bondad, amable con todos, con todos sumamente cariñosa. Yo os saludo, pues, prosigue el enamorado Santo, ó Señora y Madre mia, corazon mio, alma mia. Perdonadme, ó María, si os digo que os amo, pues si bien soy indigno de amaros, Vos sois muy digna de que yo os ame (3).

Fue revelado á santa Gertrudis, que cuando se dicen á la Vírgen con devocion estas palabras: «Ea, pues, abo«gada nuestra, vuelve á nosotros esos tus ojos misericor«diosos,» María no puede dejar de inclinar sus ojos sobre el que le ruega, y de acoger con benignidad su peticion (4). ¡Ah! excelsa Señora, exclama san Bernardo, la grandeza de vuestra misericordia llena toda la tierra (5). Por lo que dice san Buenaventura, que esta Madre amorosa anhela de tal modo hacer bien á todos, que se tiene por ofendida, no solo de aquellos que le hacen alguna injuria positiva (como tantos hombres malvados, especialmente los jugadores, que tal vez por desahogo blasfeman é injurian á esta buena Señora), sino que tambien se ofende con aquellos que no le piden alguna gracia (6). De manera que Vos, ó Señora, le dice san Il-

(1) Patrign. Menol. 2 Feb. — (2) S. Bern. Serm. in Sign. magn. — (3) S. Bon. Stim., p. 5, c. 19. — (4) Rev. l. 4, c. 53. — (5) Sermo IV super miss. — (6) S. Bon. in Spec. Virg.

deberto, nos enseñais á esperar gracias superiores á nuestros méritos, pues no cesais de dispensarnos favores que exceden de mucho á lo que nosotros merecemos.

El profeta Isaías ya predijo que por medio de la grande obra de la redencion del linaje humano debia concederse á nosotros miserables un solio en la divina misericordia (1). ¿Cuál es este solio? San Buenaventura contesta que es María, en quien todos, tanto justos como pecadores, hallan los consuelos de la misericordia; y despues añade: Así como el Señor está lleno de piedad, tambien lo está nuestra Señora, y tanto el Hijo como la Madre nunca niegan su misericordia al que la invoca (2). Por lo que Guérrico, abad, hace hablar á Jesús con su Madre: Madre mia, en Vos colocaré la silla de mi reino, porque por vuestro medio otorgaré las gracias que me pidan. Vos me habeis dado el ser de hombre, yo os daré el ser de Dios, esto es, mi omnipotencia, por la cual podais ayudar á quien fuere vuestra voluntad (3).

Un dia mientras santa Gertrudis decia afectuosamente las referidas palabras á la divina Madre: «Vuelve á nos«otros esos tus ojos misericordiosos,» vió á la santísima Vírgen que le señalaba los ojos de su Hijo, que tenia en sus brazos, diciéndole: Estos son los ojos piadosísimos que yo puedo inclinar para salvar á todos aquellos que me invocan (4). Lloraba cierto dia un pecador delante de una imágen de María, rogándole que le alcanzase de Dios el perdon, cuando oyó que la bienaventurada Vírgen se volvia al Niño que tenia en sus brazos, y le decia: Hijo, ¿serán inútiles y perdidas estas lágrimas? Y oyó que Jesucristo le otorgaba el perdon.

Y ¿cómo puede perecer el que se encomiende á esta buena Madre á quien el Hijo, como Dios, prometió usar por su amor de misericordia, del modo que á ella le plazca, con todos los que se encomiendan á ella? Esto mismo reveló el Señor á santa Brígida haciéndole oir estas palabras que él decia á María: «De mi omnipotencia, «mi venerada Madre, te he concedido á tu beneplácito «el perdon de todos los pecadores que imploren devota-

(1) Isai. XVI, 5. — (2) Spec. c. 8. — (3) Serm. II de Assumpt. — (4) Rev. lib. 4, cap. 53.

«mente el auxilio de tu piedad.» Por lo que el abad Adan Persenio, considerando así el gran poder que María ejerce con Dios, como su gran misericordia hácia nosotros, lleno de confianza le dice: ¡Oh Madre de misericordia! tan grande es vuestro poder como vuestra piedad. Sois tan poderosa para alcanzar, como piadosa para perdonar. Y ¿cuándo podrá suceder, añade, que dejeis de compadeceros de los infelices siendo Madre de misericordia? ¡Oh! ¿cómo acaeceria que no pudiéseis ayudarles siendo Madre de la Omnipotencia? ¡Ah! con la misma facilidad con que conoceis nuestras miserias, nos alcanzais cuanto quereis (1). Saciaos, pues, dice el abad Ruperto, saciaos, ó gran Reina, de la gloria de vuestro Hijo, y por compasion, no por nuestro mérito, servíos cedernos las sobras á nosotros pobres siervos é hijos vuestros (2).

Y si acaso nuestros pecados nos hiciesen desconfiar, digámosle con Guillermo Parisiense: Señora, no me echeis en cara mis pecados, porque yo opondré á ellos vuestra piedad. Y no quiera Dios que jamás llegue á decirse que mis culpas puedan contrastar en juicio con vuestra misericordia, la que es mucho mas poderosa para alcanzar el perdon, que no aquellas para hacerme acreedor á la condenacion eterna (3).

EJEMPLO.

En las crónicas de los Padres Capuchinos (4) se refiere que en Venecia habia un célebre abogado, que con fraudes y males artes se habia enriquecido, por lo que vivia en mal estado. Quizá la única obra buena que practicaba era rezar diariamente una oracion á la santísima Vírgen. Y esta leve devocion le valió para librarse de la muerte eterna por la misericordia de María. Hé aquí cómo sucedió el caso: Por suerte suya trabó amistad dicho abogado con el P. Fr. Mateo de Baso, y le instó tanto para que fuése el Padre á comer á su casa, que al fin este le complació. Cuando llegaron á ella le dijo el abogado: Voy á enseñarle é V., Padre, una cosa que jamás habrá visto.

(1) Ap. P. Pep. Lez. tom. 5. — (2) Rup. in Cant. lib. 5. — (3) De Reth. Div. cap. 18. — (4) Cap. 11. part. 1.

Tengo una mona admirable que me sirve como una criada; lava los vasos, pone la mesa y abre la puerta. Cuidado, respondió el Padre, que no sea algo mas que mona; hágala V. venir acá. Llamaron la mona, volvieron á llamarla, buscándola por todas partes, y no pareció. Finalmente la encontraron escondida bajo de una cama en un rincon de la casa; pero no queria salir. Ea, pues, dijo entonces el religioso, vamos nosotros á buscarla; y acercándose junto con el abogado á donde estaba la mona: Bestia infernal, dijo, sal afuera, y de parte de Dios te mando que digas quién eres; á lo que la mona contestó que era el demonio, que estaba aguardando que aquel pecador dejara de decir algun dia la oracion que acostumbraba á la Madre de Dios, porque, á la primera vez que no la rezara, él tenia licencia de Dios para ahogarle y llevársele al infierno. Al oir tal aviso el infeliz abogado arrojóse á los piés del siervo de Dios pidiéndole auxilio, y este le animó, y mandó al demonio que saliese de la casa sin hacer daño. Solo te doy licencia, le dijo, para que en señal de haber salido rajes una pared de este edificio. Apenas habia dicho esto oyóse un gran estrépito, y se vió una hendidura en la pared, la cual, aunque muchas veces fué tapiada con cal y canto, quiso Dios que por mucho tiempo quedase descubierta, hasta que, por consejo del siervo de Dios, se colocó en ella un mármol con la figura de un ángel. El abogado se convirtió, y es creible que continuase en la mudanza de vida hasta la muerte.

ORACION.

¡Oh la mas grande y sublime entre todas las criaturas! Vírgen sacrosanta, desde este mundo os saludo yo desdichado pecador rebelde con mi Dios, que merezco en vez de gracias castigos; justicia en vez de misericordia. No digo esto, Señora, porque desconfie de vuestra piedad. Sé que os gloriais de ser tan benigna como poderosa. Sé que os complaceis en ser tan rica, para hacernos participar á nosotros miserables de vuestras riquezas. Sé que cuanto mas pobres son los que os invocan,

mas os empeñais en protegerles y salvarles. ¡Oh Madre mia! Vos sois la que un dia llorásteis á vuestro Hijo, que padeció y murió por mí. Ofreced, os ruego, vuestras lágrimas á Dios, y alcanzadme por ellas un verdadero dolor de mis culpas. Mucho os afligieron entonces los pecadores, y otro tanto os afligí tambien yo con mis maldades. Alcanzadme, ó María, que á lo menos de hoy en adelante no prosiga afligiendo á Vos y á vuestro Hijo con mi ingratitud. Y ¿de qué me serviria vuestro llanto, si yo continuase siendo ingrato? ¿de qué vuestra misericordia, si volviese á seros infiel y me condenase? No, Reina mia, no lo permitais. Vos habeis suplido todas mis faltas. Vos alcanzais de Dios cuanto quereis. Vos atendeis á quien os ruega. Estas dos gracias os pido, y de Vos confio obtenerlas y las exijo: Que me alcanceis ser fiel á Dios, sin ofenderle mas, y que le ame mientras viviere tanto cuanto le he ofendido.

CAPÍTULO VIII.

Y DESPUES DE ESTE DESTIERRO MUÉSTRANOS Á JESÚS, FRUTO BENDITO DE TU VIENTRE.

§ I.—*María libra á sus devotos del infierno.*

Es imposible que se condene un devoto de María que la obsequia fielmente y la invoque. Esta proposicion á primera vista tal vez á alguno parezca atrevida, mas yo le rogaria que no la condenase antes de leer lo que voy á notar aquí sobre este punto. El decir que es imposible se condene un devoto de Nuestra Señora, no se entiende de aquellos devotos que abusan de su devocion para pecar con mas seguridad. Por esto parece que algunos injustamente desaprueban que se ensalce tanto la piedad de María con los pecadores, porque dicen que abusan de ella para pecar con mas libertad. Pero tales presuntuosos por su temeraria confianza merecen castigo, no misericordia. Se entiende, pues, la proposicion sentada de aquellos devotos que, deseando enmendarse, son fieles

en obsequiar y encomendarse á la Madre de Dios. Estos digo, es moralmente imposible que se pierdan. El P. Grasset es de la misma opinion en su libro de la *Devocion á la Vírgen María* (1); y anteriormente á él Vega, en su *Teología*, Mariana, Mendoza (2) y otros teólogos. Y en prueba de que estos no hablaron sin fundamento, veamos lo que sobre ello han dicho los Doctores y los Santos. No debe extrañarse si se notaren aquí muchas sentencias uniformes de los autores, pues he querido hacer mencion de todas á fin de demostrar cuán acordes están los escritores sobre este punto. San Anselmo dice, que así como no es posible que se salve el que no es devoto ni protegido de María, así tambien es imposible que se condene el que se encomienda á la Vírgen, y es mirado de ella con prediléccion (3). Lo confirma san Antonino cási con las mismas palabras: «Así como es imposible que se «salve aquel de quien María aparta los ojos de su mise«ricordia, así es necesario que aquellos hácia los cuales «vuelve sus ojos y aboga por ellos, se salven y sean glo«rificados (4).» Añade este Santo que los devotos de María necesariamente se salvan.

Nótese, sin embargo, la primera parte de la proposicion de estos Santos; y tiemblen los que desprecian ó hacen poco caso de la devocion á esta divina Madre. Dicen que es imposible se salven los que no son protegidos de María; lo que afirman tambien otros, como el beato Alberto Magno: «Todos los que no son vuestros siervos, ó «María, se perderán (5).» El que no obsequia á la Vírgen, dice san Buenaventura, morirá en pecado (6). Y en otro lugar: El que no os invoca, Señora, no alcanza el cielo (7). Y en el salmo XCIX llega á decir el Santo, que no solamente no se salvarán, sino que ni siquiera habrá esperanza de que se salven aquellos de quienes María aparte el rostro; lo que ya dijo antes san Ignacio mártir, afirmando que no puede salvarse un pecador sino por medio de la santísima Vírgen, la cual, con su poderosa intercesion salva á muchos que, segun la divina justicia, se hubieran condenado (8). Algunos dudan que esta sen-

(1) Tom. 1, q. 7.— (2) Virid. l 1, Probl. 9. — (3) De exc. Virg. c. 11. — (4) Par. 4, tit. 50. — (5) Bibl. Mar. in c. n. 70. — (6) In Psalm. CXVI. — (7) In Psalm. LXXXVI. — (8) Ap. Celada in Jud. Fig. § 10.

tencia sea de san Ignacio; á lo menos dice el P. Crasset, este dicho se lo atribuye san Juan Crisóstomo (1); y se halla tambien repetido por el abad Celense (2). En el sentido indicado la santa Iglesia aplica á María esas palabras de los Proverbios: «Todos los que no me aman, aman «la muerte eterna (3);» porque, como dice Ricardo de San Lorenzo sobre las palabras: «Viene á ser como la nave de «un comerciante (4);» serán sumergidos en el mar de este mundo todos los que se hallan fuera de esta nave (5). Hasta el hereje Ecolampadio juzgaba por señal cierta de reprobacion la poca devocion hácia la Madre de Dios (6).

Al contrario, dice María: «El que acude á mí y oye lo «que le digo, no se perderá (7).» Por lo cual decia san Buenaventura: Señora, el que procura invocaros estará léjos de condenarse (8). Lo que sucederá, dice san Hilario, aunque este hubiese ofendido mucho á Dios en el tiempo pasado (9). Por esto el demonio trabaja tanto á fin de que los pecadores despues de haber perdido la divina gracia, pierdan tambien la devocion á María. Viendo Sara que Isaac jugaba con Ismael, y que este le enseñaba malas costumbres, dijo á Abrahan que le echase de su casa; pero junto con su madre Agar (10). No se contentó con que saliese de casa solamente el hijo, mas quiso que despidiese tambien á la madre, persuadida que de otro modo, viniendo el hijo á ver á esta, tambien duraria el conversar en casa. Así el demonio no está contento con que un alma deseche de sí á Jesucristo, si no desecha tambien á la Madre; pues teme que esta con su intercesion vuelva á conducir al Hijo aquella alma. Y teme con razon, porque, dice el docto P. Pacciucheli, que el que es fiel en obsequiar á la Madre de Dios presto recibirá al Señor por medio de María (11). Por lo que con razon san Efren llama á la devocion de Nuestra Señora el salvoconducto para no ser desterrado al infierno (12); y el mismo llama á la divina Madre la protectora de los condenados (13). Y verdaderamente siendo cierto lo que dice san Bernardo á María no puede faltarle ni poder ni vo-

(1) De Deprec. ad Virg. — (2) In Compl. Virg. c. 5. — (3) Prov. VIII, 36. — (4) Ibid. XXXI, 14. — (5) De Laud. Virg. l. 11. — (6) V. ap. P. Pep. Lec. tom. 7. — (7) Eccli. XXIV, 30. — (8) In Psalm. CXVIII. — (9) Cant. 12 in Matth. — (10) Gen. XXI, 10. — (11) In Salve Reg. exc. 5. — (12) Ord. de Laud. Virg. — (13) Ibidem.

luntad de salvarnos (1). No el poder, porque es imposible que sus ruegos no sean atendidos, como afirma san Antonino (2). Y el mismo san Bernardo dice, que sus peticiones no pueden ser jamás inútiles, sino que alcanzan cuanto quieren (3). No la voluntad de salvarnos, porque María es nuestra Madre, que anhela mas nuestra salvacion que nosotros mismos. Siendo, pues, esto verdadero, ¿cómo puede suceder jamás que un fiel devoto de María se pierda? Siendo pecador, si con perseverancia y voluntad de enmendarse se encomienda á esta buena Madre, ella cuidará de obtenerle la luz necesaria para salir de su mal estado y el dolor de sus pecados, la perseverancia en el bien, y finalmente una buena muerte. Y ¿qué madre, pudiendo librar fácilmente á su hijo de la muerte solo con pedir al juez la gracia, dejaria de hacerlo? Podrémos pensar, pues, que María, la Madre mas amorosa que darse pueda de sus devotos, pudiendo tan fácilmente librar á un hijo de la muerte eterna no lo haga? ¡Ah! devoto lector, demos gracias al Señor si acaso nos ha dado el efecto y la confianza en la Reina del cielo; porque Dios, dice san Juan Damasceno, solo hace esta gracia á los que quiere salvar. Hé aquí las hermosas palabras del Santo, con las cuales aviva su esperanza y la nuestra: «¡Oh Madre de Dios! si cifro mi confianza «en Vos, me salvaré. Si estoy bajo de vuestra protec«cion, nada debo temer, porque el solo ser vuestro de«voto es tener prendas seguras de salvacion, que Dios «únicamente concede á los que quiere se salven (4)». Por esto Erasmo saludaba á la Vírgen, diciéndole: Dios te salve, terror del infierno, esperanza de los cristianos; la confianza en Vos asegura la salvacion (5).

¡Oh, qué rabia se apodera del demonio cuando no puede arrancar de un alma la devocion á la divina Madre! En la vida del P. Alfonso Alvarez, que fue muy devoto de María, se lee que estando en oracion, y sintiéndose atormentado de las tentaciones impuras con que el demonio le afligia, este le dijo: Deja de encomendarte á María, y yo cesaré de tentarte.

(1) Serm. de Assumpt. — (2) P. 4, tit. 15, cap. 17, § 4. — (3) Serm. de Aquæd. — (4) Serm. de Nat. B. Virg. — (5) Orat. ad Virg.

El Señor reveló á santa Catalina de Sena, como se lee en Blosio, que Él por su bondad habia concedido á María, por respeto á su Unigénito, del cual es Madre, que ninguno de cuantos se encomendaren devotamente á ella, aunque fuere pecador, sea presa del infierno. Hasta el profeta David rogaba tambien al Señor que le librase del infierno por el amor que tenia al honor de la Vírgen: «Señor, he amado el decoro de tu casa, no pierdas mi «alma con la de los impíos (1).» Dice *de tu casa*, porque María fue aquella casa que el mismo Dios se construyó en este mundo para su habitacion y para encontrar su reposo haciéndose hombre, conforme está escrito en los Proverbios: «La Sabiduría edificó para sí una casa (2).» No, decia san Ignacio mártir, ciertamente no se perderá el que procure ser devoto de esta Vírgen-Madre; lo que confirma san Buenaventura diciendo: Señora, vuestros amantes gozan de completa paz en esta vida, y en la otra no experimentarán la muerte en toda la eternidad (3). No ha sucedido ni sucederá jamás, dice el devoto Blosio, que un siervo humilde y devoto de María se pierda eternamente (4).

¡Oh! ¡cuántos pecadores hubieran permanecido obstinados ó quizá se hubieran condenado eternamente, dice Tomás de Kempis, si María no hubiese intercedido con el Hijo para que tuviese misericordia de ellos (5)! Muchos teólogos, y especialmente santo Tomás, opinan que la divina Madre ha alcanzado de Dios á muchas personas, aun muertas en pecado mortal, que se suspendiera la sentencia, y que resucitasen para hacer penitencia de sus pecados. De esto se hallan muchos ejemplos en graves autores, y entre ellos Flodoardo, que vivia cerca del siglo IX, refiere en su crónica que un diácono llamado Adelmano, al que se tenia ya por muerto é iba á ser sepultado, resucitó, y dijo haber visto el lugar del infierno que se le habia señalado; pero que por los ruegos de la bienaventurada Vírgen se le volvió á la vida para que hiciese penitencia (6). Surio refiere tambien que un ciudadano romano llamado Andrés habia muerto impeni-

(1) Psalm. XXV, 8. — (2) Prov. IX, 1. — (3) In Psalm. CXVIII. — (4) In Cant. Vit. Spir. cap. 18. — (5) Vide ap. Pep. Lez. tom. 7. — (6) Ap. Crass. tom. 1.

tente; pero que María le alcanzó que resucitase para que mereciese ser perdonado (1). Asimismo refiere Pelbarto que en su tiempo, cuando el emperador Sigismundo transitaba con su ejército por los Alpes, se oyó salir de un cadáver, en el que solo habian quedado los huesos, una voz que pedia confesion, diciendo que la Madre de Dios, de la que habia sido devoto siendo soldado, le habia alcanzado poder vivir en aquel esqueleto hasta que se confesase, y habiéndolo hecho murió (2). Estos y otros ejemplos no deben servir para animar á los temerarios que quisieren vivir en pecado con la esperanza de que María les librará del infierno, aunque mueran en pecado; porque así como fuera gran locura echarse en un pozo con la esperanza de que la Vírgen les preservase de la muerte, porque en ciertos casos ha preservado á alguno, así seria mayor locura arriesgarse á morir en pecado con la presuncion de que María santísima les libraria del infierno. No obstante, estos ejemplos deben servir para avivar nuestra confianza, considerando que si la intercesion de esta divina Madre pudo librar del infierno aun á los que murieron en pecado, cuánto mas podrá impedir que caigan en él aquellos que en vida la invocan, con intencion de enmendarse, y que fielmente la sirven.

Digámosle, pues, con san German: ¡Oh Madre nuestra! ¿qué será de nosotros pecadores que queremos enmendarnos, y acudimos á Vos, que sois la vida de los cristianos (3)? Nosotros, Señora, oimos á san Anselmo que dice de Vos, que no se condenará aquel por quien siquiera una sola vez empeñáreis vuestros ruegos. Rogad, pues, por nosotros, y nos libraremos del infierno. ¿Quién podrá decirme, dice Ricardo de San Víctor, que cuando sea presentado al divino tribunal no tendré favorable al Juez, si tengo á Vos por abogada, ó Madre de misericordia (4)? El beato Enrique Suson protestaba que ponia su alma en manos de María, y que si el Juez pretendiese condenarle, quisiera que la sentencia pasase por manos de María (5); confiando él sin duda que si llegaba á las piadosas manos de la Vírgen, no se ejecutaria. Lo

(1) Lib. 1, cap. 15. — (2) Stell. Cor. B. Virg. l. 13, p. 2, a. 1. — (3) De Zona Virg. — (4) In Cant. c. 15. — (5) Hor. Sup. l. 1, c. 16.

mismo digo y espero para mí, ó serenísima Reina mia; por lo que os repetiré siempre con san Buenaventura: Señora, en vos he puesto todas mis esperanzas, y por esto confio seguramente no verme perdido, sino salvo en el cielo para alabaros y amaros eternamente (1).

EJEMPLO.

En una ciudad de Flandes habia en el año 1604 dos estudiantes, los cuales en lugar de dedicarse á las letras, solo se ocupaban en francachelas y deshonestidades. Una noche, entre otras, habiendo ido juntos á casa de una mala mujer, el uno de ellos, llamado Ricardo, retiróse á su casa mas presto que el otro, que se quedó. Al ir Ricardo á acostarse, se acordó que aquel dia no habia rezado ciertas *Ave Marías* á la santísima Vírgen, segun tenia de costumbre. Como el sueño le vencia, le costaba el rezar; sin embargo, se esforzó y lo verificó, aunque sin devocion y medio dormido. Acostóse despues, y cuando estaba en el primer sueño oyó que llamaban fuertemente á la puerta, y sin abrirla, vió entrar á su compañero, sumamente feo y horrible. ¿Quién eres? le dijo. ¿No me conoces? contestó el otro. Pero ¿cómo te has demudado de este modo? pareces un demonio. ¡Desdichado de mí! exclamó aquel infeliz, estoy condenado. Sepas, contestó, que al salir de aquella infame casa vino un demonio y me ahogó. Mi cuerpo quedó en medio de la calle, y el alma está en el infierno. Debes saber tambien que tú debias sufrir el mismo castigo; pero la bienaventurada Vírgen, por el corto obsequio de las *Ave Marías* te ha librado de él. ¡Feliz tú si sabes aprovecharte de este aviso que por mí te envia la Madre de Dios! Dicho esto, el condenado se levantó la capa, y le enseñó las llamas y las culebras que le atormentaban, y desapareció. Entonces prorumpiendo el jóven en amargo llanto, postróse en tierra dando gracias á su libertadora María; y mientras estaba proyectando mudar de vida, oyó tocar á Maitines en el convento de San Francisco. Entonces dijo: Aquí me llama Dios para hacer penitencia; y al momento se fué á él á

(1) In Psalm. Mar.

rogar á aquellos Padres que le admitiesen; pero estos sabiendo su mala vida, negábanse á ello, por lo que les refirió el suceso llorando amargamente. Fueron dos Padres á aquella calle, y efectivamente hallaron el cadáver de su compañero ahogado y negro como un carbon, y entonces le admitieron. En lo sucesivo hizo Ricardo una vida ejemplar; fué á las Indias á predicar la fe; de allí pasó al Japon, y finalmente tuvo la suerte y la gracia de morir mártir por Jesucristo siendo quemado vivo.

ORACION.

¡Oh María, oh mi amantísima Madre! ¡en qué abismo de males yo me hallaria si Vos con vuestra piadosa mano no me hubiéseis socorrido tantas veces! ¡Cuántos años ha que me hallaria en el infierno si Vos con vuestros poderosos ruegos no me hubieseis librado! Mis enormes pecados me arrojaban allí; la divina justicia ya me habia condenado á él; los demonios bramaban impacientes por ejecutar la sentencia. Vos acudísteis, ó Madre, sin ser rogada ni llamada por mí, y me salvásteis. ¡Oh mi querida libertadora! ¿qué podré daros yo jamás por tantas gracias y tanto amor? Vos ablandásteis la dureza de mi corazon, y me inspirásteis amor y confianza en Vos; y ¡en qué abismo de males despues hubiera caido, si Vos con vuestra piadosa mano no me hubiéseis auxiliado tantas veces en los peligros en que me he hallado próximo á caer! Continuad, ó esperanza, ó vida mia, ó Madre mia, mas amada que mi vida misma, continuad en librarme del infierno y de los pecados en que puedo volver á caer. No permitais que yo vaya á maldeciros en el infierno. Señora mia, yo os amo, ¿cómo podrá permitir vuestra bondad ver condenado á un siervo vuestro que os ama? ¡Ah! haced que no sea mas ingrato con Vos y con mi Dios, que tantas gracias me ha dispensado por amor vuestro. ¿Qué me decís, María? ¿Me condenaré? Sí, me condenaré sin duda si os dejo. Mas ¿quién se atreverá á dejaros? ¿Cómo podré olvidarme del amor que me teneis? Vos sois despues de Dios el amor de mi alma. Yo ya no me fio de vivir sin amaros. Yo os quiero de corazon y con-

ño que os amaré en el tiempo y en la eternidad, ó la mas hermosa, la mas santa, la mas dulce y la mas amable de cuantas criaturas hay en el mundo. Amen.

§ II. — *María socorre á sus devotos en el purgatorio.*

Muy felices son los devotos de esta piadosísima Madre, pues no solo les socorre en este mundo, sino que tambien en el purgatorio, asistiéndoles y consolándoles con su proteccion. Y como aquellas almas necesitan ser mas auxiliadas, porque allí son mas atormentadas y no pueden aliviarse por sí mismas, esta Madre de misericordia se ocupa con mas eficacia en socorrerlas. En aquella cárcel de almas esposas de Jesucristo, María santísima, segun san Bernardino de Sena, ejerce dominio y plenipotencia, tanto para aliviarlas, como para librarlas de sus penas (1). Y primeramente en cuanto á aliviarlas, aplicando el mismo Santo aquellas palabras del Eclesiástico: «Me paseé por las olas del mar (2),» añade en el capítulo IV: esto es, visitando y socorriendo las necesidades y penas de mis devotos que son mis hijos. Llámanse olas las penas del purgatorio, dice el citado Santo, porque son transitorias, á diferencia de las penas del infierno que nunca pasan. Y se llaman *olas del mar,* porque son penas muy amargas. Afligidos de estas penas los devotos de María, son con frecuencia visitados y socorridos por ella. Hé aquí, pues, cuánto importa, dice Novarino, dedicarse á honrar á esta buena Señora, pues no se olvida de ellos cuando padecen en aquellas llamas. Y aunque María socorre á todas las almas que están purgando, sin embargo siempre alcanza mas indulgencias y alivios á sus especiales devotos (3).

Esta divina Madre reveló á santa Brígida que ella era la Madre de todas las almas que se hallan en el purgatorio; porque todas las penas que merecen por las culpas que cometieron en vida, en cierto modo se van mitigando de hora en hora por sus ruegos (4). Ni se desdeña la piadosa Madre de entrar tambien á veces en aquella san-

(1) Serm. III de Nom. Mar., a. 2, c. 3. — (2) Cap. IV. — (3) Nov. Virg. Umb. c. 15, exc. 86. — (4) Lib. 4 Rev. c. 132.

ta cárcel para visitar y consolar á sus afligidas hijas. «Yo «penetré en lo profundo del abismo,» dice ella, como se lee en los Proverbios, capítulo XLIX, y le aplica san Buenaventura añadiendo: del abismo, esto es, del purgatorio, para aliviar con mi presencia aquellas almas santas. ¡Oh cuán afable y bondadosa, dice san Vicente Ferrer, es la santísima Vírgen, con las almas que padecen en el purgatorio, pues por su medio reciben continuamente alivios y consuelos (1).

Y ¿qué consuelo y socorro les queda en sus penas sino el de esta Madre de misericordia? Oyó un dia santa Brígida que Jesús decia á su Madre: «Tú eres mi Madre, la «Madre de misericordia, el consuelo de los que se hallan «en el purgatorio (2).» Y la bienaventurada Vírgen dijo tambien á santa Brígida, que así como á un pobre enfermo, afligido y abandonado en un lecho, le complacen las palabras de consuelo que se le dirigen, así tambien aquellas almas se consuelan con solo oir su nombre (3). El nombre, pues, de María, nombre de esperanza y de salvacion, que invocan con frecuencia en aquella cárcel sus hijas queridas, les sirve de grande alivio. Y la amorosa Madre, dice Novarino, al ver que la invocan, dirige sus ruegos á Dios, y con los que son socorridas dichas almas, y quedan refrigeradas como de un celestial rocío en sus grandes sufrimientos (4).

Pero no solamente consuela y socorre María á sus devotos en el purgatorio, sino que tambien les saca de él y les libra de las penas por su intercesion. Desde el instante de su gloriosa Asuncion, en que se dice quedó vacía aquella cárcel, como escribió Gerson, y lo confirma Novarino, diciendo que graves autores refieren, que estando María para subir al cielo, pidió á Jesucristo la gracia de poderse llevar consigo todas las almas que gemian entonces en el purgatorio (5); desde entonces, dice Gerson, la santísima Vírgen obtuvo el privilegio de librar á sus siervos de aquellas penas, lo que tambien afirma san Bernardino de Sena, diciendo que la bienaventurada Vírgen con sus súplicas y la aplicacion de sus méritos tiene

(1) Serm. I de Nat. Virg. — (2) Lib. 1 Rev. — (3) Ap. B. Dion. Cart. l. 3 de Laud. Virg. — (4) Nov. cit. c. 25, exc. 86. — (5) Cit. exc. 86.

la facultad de libertar á las almas del purgatorio, y principalmente á las de sus devotos (1). Lo mismo sienta Novarino, juzgando que por los méritos de María, no solo se mitigan las penas de aquellas infelices almas, sino que se abrevian, acortándose por su intercesion el tiempo de su sufrimiento (2). Para obtener esta gracia, basta que ella interponga su valimiento.

San Pedro Damian refiere que, habiendo muerto una mujer llamada Marozia, se apareció á una comadre suya, y le dijo, que en el dia de la Asuncion de María fue librada por ella del purgatorio junto con tantas otras almas que excedian el número del pueblo romano. San Dionisio Cartujano afirma que lo mismo acontece en las festividades de la Natividad y de la Resurreccion de Jesucristo, diciendo que en tales dias desciende María al purgatorio seguida de un coro de Angeles, y libra á muchas almas de aquellas penas (3); lo que Novarino cree se repite en todas las fiestas solemnes de la santísima Vírgen (4).

Además, bien sabida es la promesa que hizo María al papa Juan XXII, cuando apareciéndosele le ordenó que participase que en el sábado despues de su muerte libraria del purgatorio á cuantos hubiesen llevado el santo escapulario del Cármen; lo que declaró el mismo Pontífice, segun refiere el P. Crasset (5) en la bula que publicó, y fue despues confirmada por Alejandro V, Clemente VII, Pio V, Gregorio XIII y Paulo V, el cual en el año 1612 en una bula, dijo: «Que el pueblo cristiano pue- «de piadosamente creer que la bienaventurada Vírgen «ayudará con su contínua intercesion, con sus méritos y «proteccion especial despues de la muerte, y principal- «mente en el dia del sábado consagrado por la Iglesia á «la Vírgen, á las almas de los hermanos de la Cofradía «de Santa María del monte Carmelo, que salieren de esta «vida en gracia y hubiesen llevado el escapulario, obser- «vando castidad, segun su estado, y rezado el oficio de «la Vírgen; y, si no pudieron rezarlo, hubieren observa- «do los ayunos de la Iglesia, absteniéndose de comer car-

(1) Serm. III de Nom. Mar. á 2, c. 3. — (2) Cit. exc. 86. — (3) S. Dionis. Cart. Serm. II de Assumpt. — (4) Loc. cit. — (5) Tom. 2 Div. de B. Virg. tr. part. 4.

«ne el miércoles, exceptuando el dia de Navidad.» Y en el oficio solemne de la fiesta de Nuestra Señora del Cármen se lee que piadosamente se cree que la santísima Vírgen consuela con cariño maternal á los cofrades del Cármen en el purgatorio, y con su intercesion les conduce luego á la pátria celestial (1).

¿Por qué no hemos de esperar tambien nosotros las mismas gracias y favores de esta divina Madre, si fuéremos devotos suyos? Y si la sirviéramos con amor especialísimo ¿por qué no podemos esperar tambien la gracia de ir al cielo inmediatamente despues de haber fallecido, sin entrar en el purgatorio, segun aquello que la misma Vírgen envió á decir por Fr. Abondio al beato Godifredo: «Dí á Fr. Godifredo que adelante en la virtud, «que así será de mi Hijo y mio, y cuando su alma se se«parará del cuerpo, no permitiré que vaya al purgatorio, «sino que la tomaré y la ofreceré á mi Hijo (2)?»

Y si deseamos ofrecer sufragios á las almas del purgatorio, roguemos á la santísima Vírgen en nuestras oraciones, aplicando por ellas especialmente el santísimo Rosario, que les sirve de grande alivio, como se lee en el siguiente

EJEMPLO.

El P. Eusebio Nieremberg refiere (3) que en la ciudad de Zaragoza habia una doncella llamada Alejandra, la cual siendo noble y hermosa era amada de dos jóvenes. Estos movidos un dia de celos por Alejandra, se desafiaron, y ambos quedaron muertos. Indignados sus parientes, mataron á la doncella, como causa de tanto daño, y cortándole la cabeza, la echaron en un pozo. Pocos dias despues acertó pasar por dicha ciudad santo Domingo, quien, inspirado del Señor se asomó al pozo, y dijo: «Ale«jandra, sal fuera.» Y al instante salió la cabeza de la difunta, y colocándose sobre el brocal del pozo, pidió á santo Domingo que la confesase. Confesóla el Santo, y despues le dió la comunion en presencia de un inmenso

(1) In festo S. Mariæ de mont. Carmel. 16 jul. — (2) Lib. de Gest. Vir. ill. Sol' Villar. — (3) Troph. Marian. l. 4, c. 29.

pueblo, que habia concurrido allí para ver el milagro. Luego santo Domingo le mandó que dijese por qué habia recibido aquella gracia; y Alejandra contestó, que cuando le cortaron la cabeza estaba en pecado mortal, pero que María santísima, por la devocion del Rosario que le rezaba, le habia conservado la vida. La cabeza permaneció dos dias viva sobre el pozo á vista de todos, y despues el alma se fue al purgatorio; pero á los quince dias se apareció á santo Domingo hermosa y resplandeciente como una estrella, y le dijo que uno de los principales sufragios que reciben las almas del purgatorio en sus penas, es el Rosario que se reza por ellas, y que las mismas luego que llegan al paraíso, ruegan por los que les aplican esta poderosa oracion. Y dicho esto vió santo Domingo que aquella alma afortunada subia gozosa al cielo.

ORACION.

¡Oh Reina de cielos y tierra! ¡Oh Madre del Señor del universo! ¡Oh María, criatura la mas grande, la mas excelsa y la mas amable! Aunque haya en la tierra muchos que no os aman ni os conocen, hay muchos millones de Angeles y de bienaventurados en el cielo que os aman y ensalzan continuamente. Aun aquí en la tierra ¡cuántas almas felices se abrasan en vuestro amor, y viven enamoradas de vuestra bondad! ¡Ah, si yo tambien os amase, Señora mia amabilísima! ¡oh, si pensase siempre en serviros, alabaros, honraros y en procurar que todos os amasen! Vos enamorásteis á un Dios, á quien con vuestra hermosura arrancásteis, por decirlo así, del seno del eterno Padre, atrayéndole á la tierra para hacerse hombre é Hijo vuestro; y yo, infeliz gusano, ¿no estaré enamorado de Vos? Sí, ó mi dulcísima Madre, yo tambien quiero amaros, y amaros entrañablemente, y haré tambien cuanto me sea posible para veros amada de los demás. Aceptad, pues, ó María, el deseo que tengo de amaros, y ayudadme á practicarlo. Yo sé que Dios mira con ojos benignos á vuestros amantes, y que, despues de su gloria, nada desea tanto como la vuestra, y veros honrada y amada de todos. De Vos, Señora, espero toda

mi felicidad. Vos me habeis de alcanzar el perdon de todos mis pecados y la perseverancia: Vos me habeis de asistir en mi muerte: Vos me habeis de sacar del purgatorio; Vos, en fin, me habeis de llevar al cielo. Esto es lo que esperan de Vos vuestros amantes, y no quedan engañados. Lo mismo espero yo, que os amo con todo el afecto, y sobre todas las cosas despues de Dios.

§ III. — *María lleva á sus siervos al cielo.*

¡Oh, qué hermosa señal de predestinacion tienen los siervos de María! La santa Iglesia aplica á esta divina Madre las palabras del capítulo XXIV del Eclesiástico, y le hace decir para consolar á sus devotos: «Busqué por «todas partes un lugar de reposo, y estableceré mi mo«rada en la heredad del Señor (1).» Cuyas palabras el cardenal Hugo comenta así: ¡Dichoso aquel en cuya casa la bienaventurada Vírgen hallare morada! María, por el amor que nos tiene, procura avivar en todos la devocion hácia ella; pero muchos ó la rehusan ó no saben conservarla. ¡Feliz el que la practica y continúa en ella! La devocion hácia la bienaventurada Vírgen, añade el docto Pacciuchelli, permanece en todos los que son la herencia del Señor, esto es, que se hallarán en el cielo para alabarle eternamente. Prosigue hablando María en el lugar citado del Eclesiástico: «El que me crió, des«cansó en mi tabernáculo, y me dijo: Habita en Jacob, «y sea Israel tu herencia, y echa raíces entre mis esco«gidos;» esto es, mi Criador se ha dignado venir á descansar en mi seno, y ha querido que yo habitase en los corazones de todos los escogidos (de los cuales fue figura Jacob, y son herencia de la Vírgen), y ha dispuesto que en todos los predestinados se arraigase la devocion y confianza en mí.

¡Oh! ¡cuántos bienaventurados no habrian alcanzado el cielo, si María con su poderosa intercesion no se lo hubiese merecido! El cardenal Hugo así la hace hablar con las palabras del capítulo XXIV del Eclesiástico: «Yo he «hecho resplandecer en el cielo tantos luceros eternos,

(1) Cap. XXIV, 11.

«cuantos son mis devotos.» Y añade el mismo autor sobre dicho texto: Muchos Santos están en el cielo por su intercesion, los cuales nunca lo hubieran alcanzado sin ella. San Buenaventura díce, que á todos los que confian en la proteccion de María se les abrirá la puerta del cielo para recibirles. Por lo que san Efren llamó á la devocion de la divina Madre *puerta del paraíso*. Y el devoto Blosio hablando con la Vírgen, le dice: Señora, á Vos se han confiado las llaves y los tesoros del reino del cielo (1). Y por esto debemos rogarle de continuo con las palabras de san Ambrosio: Abridnos, ó María, las puertas del paraíso, ya que Vos teneis las llaves, ó por mejor decir, ya que Vos misma sois la puerta, como os llama la santa Iglesia.

Por esto tambien la Iglesia llama á la gran Madre: *Estrella del mar;* pues así como los navegantes, dice el angélico santo Tomás (2), se dirigen al puerto guiados por la estrella polar, así los cristianos son conducidos al cielo por medio de María.

Igualmente por esto san Pedro Damian la llama *Escala del cielo,* porque por intercesion de María, dice, Dios bajó del cielo á la tierra, á fin de que por la misma los hombres mereciesen subir al cielo. Y á este fin, ó Señora, le dice san Atanasio, fuísteis llena de gracia para ser el camino de nuestra salvacion, y la subida á la patria celestial. Por lo que san Bernardo llama á la Vírgen: *Conductora para el cielo.* San Juan Geómetra la saluda así: «Salve, nobilísima carroza en la cual tus devotos son «conducidos al cielo.» San Buenaventura exclama: ¡Dichosos los que os conocen, ó Madre de Dios, porque el conoceros es el camino de la vida inmortal, y publicar vuestras virtudes el de la salvacion eterna (3)!

Se lee en las crónicas de los Padres de san Francisco que Fr. Leon vió una vez una escala encarnada, en cuyo extremo superior estaba Jesucristo, y en otra blanca su santísima Madre. Vió que algunos subian por la escala encarnada, y que á las pocas gradas caian; volvian á subir, y caian otra vez; por lo que se les exhortó á que fuesen por la escala blanca, y vió que subian fácilmente por

(1) Cimel. Eudol. 1. — (2) Opusc. 8. — (3) In Psalm. LXXXV.

ella, porque la santísima Vírgen les tendia la mano, y de este modo llegaban seguros al paraíso. San Dionisio Cartujano pregunta: ¿Quién logrará salvarse? ¿Quién llegará á reinar en el cielo? Se salvan y ciertamente reinan, contesta él mismo, aquellos por quienes esta Reina de misericordia intercede; lo que afirma la misma Vírgen diciendo: Por mí reinan las almas, primeramente en la vida mortal sobre la tierra, dominando sus pasiones, y despues vienen á reinar eternamente en el cielo (1), en donde, conforme dice san Agustin, todos son reyes. María, en fin, dice Ricardo de San Lorenzo, es la Señora del paraíso; pues allí manda á su voluntad, é introduce en él á quien le place. Por lo que, aplicándole las palabras del Eclesiástico: *En Jerusalen ejerzo mi poder* (2), añade, mandando conforme me parece, é introduciendo á los que quiero (3). Y siendo ella la Madre del Señor del paraíso, con razon, dice Ruperto, es tambien la Señora del cielo (4).

Esta divina Madre, con sus poderosos ruegos y auxilios nos alcanza el paraíso, con tal que por nuestra parte no le pongamos obstáculos (5). Por lo que el que sirve á María y obtiene su mediacion, puede estar tan seguro de alcanzar el cielo como si ya estuviese en él (6). San Juan Damasceno añade, que el servir á María y pertenecer á su corte es el mayor honor que podemos alcanzar, porque servir á la Reina del cielo es reinar ya en el cielo, y vivir obedeciendo sus mandatos es mas que reinar (7). Y al contrario, dice, los que no sirven á María no se salvarán, porque los que carecen del auxilio de esta gran Madre, no tienen el socorro del Hijo y de la corte celestial (8).

Sea para siempre alabada la infinita bondad de nuestro Dios, dice san Bernardo (9), que quiso constituir en el cielo á María por nuestra abogada, á fin de que como Madre del Juez y Madre de misericordia, trate eficazmente con su intercesion el gran negocio de nuestra salvacion eterna. Y Jacobo monje, doctor entre los Padres griegos, dice

(1) Prov. VIII, 15. — (2) Cap. XXIV, 15. — (3) Ric. l. 4 de Laud. Virg. — (4) L. 3 in Cant. 4.— (5) S. Antonin. p. 4, tit. 5, c. 2, § 2. —(6) Guerricus Abbas.— (7) Damasc. de exc. Virg. c. 9. — (8) Ibidem. — (9) Serm. I de Assumpt.

que Dios ha destinado á María como un puente de salvacion, por el cual haciéndonos pasar sobre las olas de este mundo, podamos llegar al puerto dichoso del paraíso (1). Por lo que san Buenaventura exclama: Oid, ó gentes, las que deseais el paraíso, servid, honrad á María, y hallaréis por cierto la vida eterna (2).

Tampoco deben desconfiar de alcanzar el reino del cielo los que hayan merecido el infierno, si procuran servir con fidelidad á esta Reina. ¡Cuántos pecadores, dice san German, buscaron á Dios por vuestra mediacion, ó María, y se salvaron (3)! Ricardo de San Lorenzo observa, que san Juan dice que María está coronada de estrellas: «En «su cabeza una corona de doce estrellas (4).» Al contrario, en los sagrados Cantares se llama á la Vírgen coronada de fieras y leopardos (5). ¿Cómo deben entenderse estas palabras? Ricardo responde que estas fieras son los pecadores, que por el favor y la intercesion de María se convierten en estrellas del cielo, las cuales corresponden mas para coronar la cabeza de esta Reina de misericordia, que todas las estrellas materiales del cielo (6). Rogando á la Vírgen santísima, en la novena de su Asuncion, la sierva del Señor sor Serafina de Capri, pidióle la conversion de mil pecadores, y como despues temiese, que su peticion fue excesiva, se le apareció la Vírgen y le reprendió su infundado temor, diciéndole: ¿Por qué temes? ¿No soy yo por ventura bastante poderosa para alcanzar de mi Hijo la salvacion de mil pecadores? Hélos aquí; ya te alcancé lo que deseabas. Y llevóla en espíritu al cielo, y le mostró innumerables almas de pecadores que habian merecido el infierno, y despues por su intercesion se habian salvado, y gozaban de la bienaventuranza eterna.

Verdad es que durante esta vida nadie puede estar seguro de su eterna salvacion (7); pero sobre esta pregunta que David dirigió á Dios: Señor, ¿quién se salvará (8)? san Buenaventura contesta: Pecadores, sigamos la senda de María, arrojémonos á sus piés, y no la abandonemos

(1) Orat. in Nat. Deip. — (2) In Psalt. Virg. — (3) Serm. de Dormit. Deip. — (4) Apoc. c xii, 1. — (5) Cant. iv, 8. — (6) Ricc. de Laud. Virg. c. 3. — (7) Eccles. — (8) Psalm. xiv, 1.

hasta que nos bendiga, pues su bendicion nos asegura el cielo. Con tal que Vos, Señora, querais salvarnos, dice san Anselmo, nuestra salvacion es indudable (1). Y san Antonino añade, que las almas protegidàs de María necesariamente se salvan (2).

Con razon, dice san Ildefonso, predijo la santísima Vírgen que todas las naciones la llamarian bienaventurada (3); porque todos los elegidos por medio de María alcanzan la bienaventuranza eterna (4). Vos sois, ó gran Madre, dice san Metodio, el principio, el medio y el fin de nuestra felicidad (5). *Principio,* porque María nos alcanza el perdon de los pecados; *medio,* porque nos obtiene la perseverancia en la divina gracia; *fin,* porque nos lleva finalmente al paraíso. Por Vos, prosigue diciendo san Bernardo, se nos ha abierto el cielo, por Vos quedó vacío el infierno, por Vos fue edificada la celestial Jerusalen, por Vos, en fin, se ha concedido la vida eterna á tantos desdichados que merecian la muerte eterna (6). Mas lo que principalmente debe hacernos esperar con seguridad el cielo, es la hermosa promesa que María hace á cuantos la honran, y especialmente al que con las palabras y con el ejemplo procura hacerla conocer y honrar tambien de los demás: «Los que siguen mis huellas no pecarán. Los que «me ensalzan alcanzarán la vida eterna (7).» ¡Felices, pues, dice san Buenaventura, los que consiguen el favor de María! Estos merecerán ser recibidos por los bienaventurados como compañeros suyos, y el que llevare la divisa de siervo de María será inscrito en el libro de la vida (8). ¿De qué sirve, pues, el inquietarnos con las sentencias de las escuelas sobre si la predestinacion á la gloria es antes ó despues de la prevision de los méritos? ¿si nuestros nombres se hallan ó no escritos en el libro de la vida? Si fuésemos verdaderos siervos de María y mereciéremos su proteccion, sin duda estarémos inscritos en él, porque, como dice san Juan Damasceno, Dios concede la devocion hácia su santa Madre únicamente á los que quiere salvar, conforme parece que el Señor lo manifestó

(1) De exc. Virg. c. 11.—(2) P. 4, tit. 13.—(3) Luc. I, 48.—(4) S. Ildeph. Serm. III de Assumpt. —(5) Serm. in Hypat. —(6) Sermo IV de Assumpt. Virg. —(7) Eccli. XXIV, 31. — (8) S. Bon. in Spec.

expresamente por san Juan: «El que deberá vencer y salvarse, llevará escrito en el corazon el nombre de la ciudad de Dios (1).» Y ¿cuál es esta ciudad de Dios sino María? como explica san Gregorio sobre el pasaje de David: «Gloriosas cosas se han dicho de tí, ó ciudad de «Dios (2).» Bien puede decirse aquí con san Pablo: «Al «que lleva la señal de ser siervo de María, Dios le reco«noce por hijo suyo (3).» Por lo cual escribió san Bernardo que la devocion á la Madre de Dios es señal infalible de alcanzar la salvacion eterna. Y el beato Alano, hablando del *Ave María*, dijo que el que á menudo honra á la Vírgen con esta salutacion angélica, tiene una señal segura de predestinacion (4), y que lo mismo debe entenderse de la perseverancia en rezar todos los dias el santísimo Rosario (5); añadiendo el Padre Nieremberg en el capítulo X de su obrita sobre la devocion á María, que los siervos de la Madre de Dios no solo son mas favorecidos en este mundo, sino tambien en el cielo serán honrados con mas distincion; llevando una divisa y librea particular muy rica, con la cual serán reconocidos por familiares de la Reina del cielo, y por cortesanos suyos, segun lo que dice el Proverbio: «Todos sus domésticos llevarán dobles túnicas (6).»

Santa María Magdalena de Pazis vió en el mar una navecilla, en la que se hallaban acogidos todos los devotos de María, la que hacia el oficio de piloto, y les conducia con seguridad al puerto. Con lo cual entendió la Santa, que los que viven bajo la proteccion de María, en medio de todos los peligros de esta vida se libran del naufragio del pecado y de la condenacion, porque les guia con seguridad al puerto del paraíso. Procuremos, por lo tanto, entrar en la dichosa navecilla del manto de María, y en ella estarémos seguros de llegar al reino de la bienaventuranza, porque la Iglesia canta: «Santa Madre de Dios, «todos los que participen de los gozos eternos habiten en «Vos, viviendo bajo vuestra proteccion.»

(1) Apoc. III, 12. — (2) Palm. LXXXVI, 3.— (3) II Tim. II, 19.— (4) P. 2 Ros. c. 11. — (5) Psalm. XLIV, de Psalt. c. 4. — (6) Cap. XXXI, 21.

EJEMPLO.

Cesario refiere (1) que hubo un monje cisterciense muy devoto de María, que deseaba una visita de su amada Señora, y continuamente le pedia esta gracia. Una noche que salió al huerto, mientras contemplaba el cielo, exhalando ardientes suspiros á su Reina, deseoso de verla, vió bajar del cielo una doncella hermosa y resplandeciente que le preguntaba: Tomás, ¿quisieras oir mi canto? Con mucho gusto, le contestó él. Entonces aquella doncella cantó con tal dulzura, que al devoto religioso le parecia haberse remontado al cielo. Concluido el canto desapareció, dejándole en gran deseo de saber quién fuese tan dulce cantora; y acto continuo se le presentó otra hermosísima doncella, que tambien le hizo oir su canto. No pudo contenerse de preguntar á esta quién era; y la doncella respondió: La que viste primero era Catalina, yo soy Inés, ambas somos mártires de Jesucristo, enviadas por Nuestra Señora á consolarte. Da gracias á María, y prepárate para recibir una gracia mayor. Dicho esto desapareció; y el religioso quedó con mas esperanza de poder ver al fin á su Reina; en lo que no se engañó, pues divisó luego una luz brillante, sintió que el corazon se le llenaba de alegría, y vió en medio de aquel resplandor aparecerse la Madre de Dios rodeada de Ángeles y de una belleza inmensamente mayor que las dos Santas que se le habian aparecido, y le dijo: Querido siervo é hijo mio, he agradecido los servicios que me has prestado y oido tus ruegos. Has deseado verme; héme aquí, y quiero tambien hacerte oir mi canto. Y la santísima Vírgen empezó á cantar con tanta melodía, que el devoto religioso perdió los sentidos, y cayó de rostro en el suelo. Tocaron á Maitines; los monjes se reunieron, y no viendo á Tomás fueron á buscarlo á su celda y por el convento, y al fin le encontraron en el huerto como difunto. Mandóle el superior que dijese lo que le habia sucedido, y entonces volviendo él en sí por virtud de la obediencia, contó los favores que habia recibido de la divina Madre.

(1) Lib. 7 Dial. c. 3.

ORACION.

¡Oh Reina del paraíso! Madre del santo amor; ya que Vos sois entre todas las criaturas la mas amable, la mas amada de Dios y su primer amante; permitid que os ame el mas ingrato é infeliz pecador que hay en la tierra, el cual viéndose libre del infierno por vuestra intercesion, y habiendo recibido de Vos tantos favores sin mérito alguno propio, se ha enamorado de vuestra bondad, y pone en Vos todas sus esperanzas. Yo os amo, Señora mia, y quisiera amaros aun mas de lo que os han amado los Santos mas enamorados de Vos. Si me fuese posible, quisiera manifestar á todos los hombres que os desconocen, cuán digna sois de ser amada, para que os amasen y honrasen. Quisiera tambien morir por vuestro amor, defendiendo vuestra virginidad, vuestra dignidad de Madre de Dios y vuestra Inmaculada Concepcion, si alguna vez me fuese preciso morir por defender estas grandes prerogativas vuestras. ¡Ah, amantísima Madre mia! Admitid mi afecto, y no permitais que un siervo vuestro que os ama haya de ser jamás enemigo de Dios, á quien tanto amais. ¡Ay desdichado de mí! tal fuí algun tiempo cuando ofendí á mi Señor. Pero entonces, ó María, yo no os amaba ni cuidaba ser amado de Vos; mas ahora, excepto la gracia de Dios, anhelo únicamente amaros y ser amado de Vos. Para conseguir esto no me desaniman mis culpas pasadas, porque no ignoro que Vos, benignísima y agradecidísima Señora, no os desdeñais de amar aun á los pecadores mas miserables que os aman, porque á ninguno cedeis en amor. ¡Oh Reina amabilísima! yo deseo ir al cielo para amaros, y postrado á vuestros piés, conoceré mejor cuán amable sois y cuánto habeis hecho para salvarme; por lo que os amaré mas entrañablemente y por toda la eternidad, sin temor de que mi cariño se entibie. ¡Oh María! espero que me salvaré por vuestra intercesion. Rogad á Jesús por mí; no exijo mas de Vos sino que me salveis; Vos sois toda mi esperanza, y por esto cantaré:

¡Oh María, mi esperanza
Vos me habeis de salvar!

CAPÍTULO IX.

¡ OH CLEMENTÍSIMA ! ¡ OH PIADOSA !

§ ÚNICO. — *Cuán grande sea la clemencia y piedad de María.*

Hablando san Bernardo de la gran misericordia de María hácia nosotros infelices pecadores, dice que ella es la tierra de promision, de la cual debia manar leche y miel (1). Y san Leon dice, que son sus entrañas tan compasivas, que no solo merece ser llamada misericordiosa, sino la misma misericordia (2). Considerando san Buenaventura que María fue hecha Madre de Dios por causa de los desdichados, y que ella ejerce el oficio de dispensar la misericordia, y atendiendo por otra parte el gran cuidado que tiene de los infelices pecadores, lo que la hace tan rica de piedad, que parece no desea sino aliviar á los necesitados, decia que al contemplar á María le parecia ver, no la divina justicia, sino tan solo la divina misericordia, de la cual está llena María (3).

Es tanta la piedad de la santísima Vírgen, que, segun dice el abad Guérrico, sus amorosas entrañas no dejan un momento de producir en favor nuestro frutos de piedad (4). Y ¿ qué otra cosa, exclama san Bernardo, puede manar de una fuente de piedad, sino piedad (5)? Por esto María fue comparada al olivo : «Como un olivo frondoso en medio de «los campos (6);» porque así como de este árbol no sale sino aceite, emblema de la misericordia, así de las manos de María no salen sino gracias y misericordias. Esto es lo que hizo decir al venerable Luis de la Puente, que María pudiera llamarse propiamente Madre del aceite, pues es Madre de la misericordia; y que por lo tanto, acudiendo nosotros á esta Madre para pedirle el aceite de su piedad, no podemos temer que nos le niegue, como lo negaron las vírgenes prudentes á las necias, respondiendo : «No, por-

(1) Serm. sup. Salve Reg.— (2) S. Leo Serm. I de Nat. Dom. — (3) S. Bon. Stim. Am.—(4) Serm. de Assumpt.—(5) Serm. I in Dom. post Ep.— (6) Eccli. xxiv, 19.

«que quizás no baste para nosotras y vosotras (1).» No podemos temerlo, porque, como advierte san Buenaventura, ella es riquísima de este aceite de misericordia (2), y por esto la santa Iglesia la llama Vírgen, no solo prudente, sino prudentísima, para que entendamos, dice Hugo de San Víctor, que María está tan llena de gracia y de piedad, que puede proveernos á todos sin que á ella le falte.

Pero pregunto yo, ¿y por qué se dice que este hermoso olivo se halla en medio del campo, y no mas bien en un huerto circuido de paredes y espinos? Contestando el cardenal Hugo á este texto, dice: Para que todos puedan verla fácilmente y acudir á ella para obtener el remedio en sus necesidades. San Antonino confirma este hermoso pensamiento diciendo, que así como todos pueden acercarse á un olivo que se halla en campo abierto y coger su fruto; asimismo todos pueden acudir á María, tanto justos, como pecadores, para alcanzar su misericordia (3); y añade el Santo: ¡Cuántas sentencias pronunciadas contra los pecadores no ha revocado esta santísima Vírgen con sus piadosos ruegos, si han acudido á ella! Y ¿qué refugio mas seguro podemos hallar, dice el devoto Tomás de Kempis, que el seno compasivo de María? En él halla el pobre su asilo, en él encuentra el enfermo su medicina, el afligido consuelo, el que duda consejo, y el desamparado socorro.

¡Infelices de nosotros si no tuviésemos esta Madre de misericordia cuidadosa y solícita para socorrernos en nuestras miserias! Donde no hay mujer, dice el Espíritu Santo, gime y padece el enfermo (4). Esta mujer, dice san Juan Damasceno, es María, cuya falta hace que padezca cualquier enfermo. Y es así, porque, queriendo Dios que todas las gracias se dispensen por los ruegos de María, donde faltan estos no habrá esperanza de misericordia, como lo significó el Señor á santa Brígida (5).

Pero ¿acaso temerémos que María no vea ó no se compadezca de nuestras miserias? No, pues las ve mejor que nosotros, y tiene lástima de ellas. Y ¿quién entre los San-

(1) Matth. xxv, 9.— (2) In Spec. c. 7.— (3) P. 3, tit. 31, c. 4.— (4) Eccli. xxxvi, 27. — (5) Rev. l. 6, c. 26.

tos, dice san Antonino, se compadece tanto de nuestros males como María (1)? Donde ve miserias no deja de socorrerlas con su excesiva piedad, segun expresa Ricardo de San Víctor (2), y lo confirma Mendoza, diciendo: Vos, ó Vírgen bendita, en cualquier parte que advertís nuestras necesidades, dispensais con larga mano vuestras misericordias (3). Este oficio de piedad nunca dejará de ejercerlo nuestra buena Madre, como ella misma asegura (4). «Y no descansaré en todos los siglos venideros; y en el «tabernáculo santo ejercí ante él mismo el ministerio (5);» cuyo texto comenta el cardenal Hugo diciendo: Yo no cesaré, dice María, hasta el fin del mundo de aliviar las miserias de los hombres, y de orar por los pecadores, á fin de que se salven y se libren de la miseria eterna.

Suetonio refiere del emperador Tito que deseaba de tal modo dispensar gracias á quien se las pedia, que en los dias en que no se le ofrecia ocasion de hacerlas, decia afligido: Este dia ha sido perdido para mí, pues lo he pasado sin hacer beneficios á nadie. Probablemente Tito decia esto mas por vanidad ó por ambicion de adquirir fama, que por efecto de caridad; pero nuestra emperatriz María, si llegase á suceder que se pasara un dia sin dispensar alguna gracia, diria aquellas palabras, porque abunda en caridad y deseos de hacer bien; de tal manera, dice Bernardino de Bustos, que anhela mas ella dispensarnos gracias, que nosotros deseamos recibirlas (6). Por esto dice el referido autor, que cuando acudamos á ella, la encontrarémos siempre con las manos llenas de misericordia y de liberalidad (7).

En otro tiempo ya fué María figurada por Rebeca, la cual contestó al criado de Abrahan que le pedia un poco de agua, que no solo le daria para él, sino tambien la que necesitase para sus camellos (8); y por esto dirigiéndose el devoto san Bernardo á la Vírgen, le dice: Como sois Vos, Señora, mas piadosa y liberal que Rebeca, no os contentais con dispensar las gracias de vuestra inagotable misericordia solamente á los siervos de Abrahan, en

(1) P. 4, tit. 15, c. 2.— (2) In Cant. 4, 5. — (3) Cap. 4, 1 Reg. — (4) Eccli. XXIV.— (5) Ibid. XXIV, 14. — (6) Mar. p. 1, Serm. V. de Nov. Mar. — (7) Loc. cit.— (8) Gen. c. XXIV.

quienes se figuran los siervos fieles á Dios, sino que las concedeis tambien á los camellos, que son figura de los pecadores (1). Y así como Rebeca dió mas agua de la que se le pedia, así tambien María da mas aun de lo que se le solicita. La liberalidad de María, segun Ricardo de San Lorenzo, corre parejas con la de su Hijo, que da siempre mas de lo que se le pide; por lo que san Pablo le llama: «Abundante de gracias para todos los que acuden á Él con «sus ruegos (2).» Hé aquí las palabras de Ricardo: La liberalidad de María se parece á la liberalidad de su Hijo (3); por lo que un devoto autor dice á la Vírgen: Señora, rogad por mí, porque Vos pediréis los favores por mí con mas ferviente devocion de lo que yo sabria hacerlo, y me alcanzaréis de Dios gracias mucho mayores de las que yo supiera solicitar.

Cuando los samaritanos rehusaron admitir á Jesucristo y su doctrina, san Jaime y san Juan dijeron al Señor: ¿Quereis que hagamos descender fuego del cielo para que les consuma? Mas el Salvador les contestó: No sabeis de qué espíritu sois (4). Como si dijera: Yo soy de un espíritu tan piadoso y dulce, que descendí del cielo á salvar los pecadores, no á castigarles, ¿y vosotros quereis verles perdidos? ¿Qué fuego? ¿qué castigo? Callad, pues, no me hableis ya de castigos, pues no es este mi espíritu. Y de María, que tiene el espíritu enteramente semejante al de su Hijo, no podemos dudar que deje de hallarse dispuesta á usar de misericordia, pues, segun dijo ella misma á santa Brígida, se llama Madre de misericordia, y la misma misericordia de Dios la ha hecho tan piadosa y dulce con todos (5). Y por esto san Juan la vió vestida del sol (6): «Y apareció en el cielo una grande señal: una mujer ves«tida del sol.» Sobre cuyas palabras san Bernardo dirigiéndose á la Vírgen, le dice: Señora, Vos habeis vestido al Sol (al Verbo divino) con la carne humana, pero Él os ha revestido de su poder y de su misericordia.

Esta Reina es tan piadosa y benigna, dice el mismo san Bernardo, que cuando se encomienda á ella algun pecador no se cuida si sus méritos le hacen ó no digno de

(1) Serm. sup. Miss. — (2) Rom. x, 12. — (3) De Laud. Virg. — (4) Luc. ix. — Rev. l, l, c. 6. — (6) Apoc. xii, 1.

ser oido, sino que á todos atiende y socorre (1). Por esto observa san Idelberto que María es llamada hermosa como la luna (2), porque así como este astro concede su luz y benéfico influjo á los cuerpos mas bajos de la tierra, así María ilumina y socorre á los pecadores mas indignos (3). Y aunque la luna recibe toda su luz del sol, como dice un autor, sin embargo, obra con mas prontitud que este, pues hace en un mes lo que al sol le cuesta un año (4). Y por esto dice san Anselmo: Á veces conseguimos mas fácilmente la salvacion, invocando el nombre de María que el nombre de Jesús (5). Y por lo mismo Hugo de San Victor nos exhorta á que si por nuestros pecados temiéremos acercarnos á Dios, porque él es una majestad infinita á la que hemos ofendido, no debemos detenernos en acudir á María, pues en ella nada hay que pueda asustarnos. Es cierto que ella es santa, Inmaculada, Reina del mundo y Madre de Dios; pero es de nuestra carne, é hija de Adan como nosotros.

En una palabra, dice san Bernardo, lo que pertenece á María está lleno de gracia y de piedad, porque ella, como Madre de misericordia, se hace toda para todos, y por su inmensa caridad queda deudora de justos y pecadores, y á todos abre el seno de su misericordia, para que todos participen de ella (6); de manera que así como el demonio siempre acecha la ocasion oportuna para dar el golpe mortal á los hombres, como expresa san Pedro (7), María al contrario, dice Bernardino de Bustos, procura siempre dar la vida y salvar cuantos puede (8).

Debemos, pues, entender, que la proteccion de María es mas grande y poderosa de lo que podemos imaginarnos, segun dice san German (9). Y ¿por qué, pregunta el autor del Pomerio, el Señor, que en la ley antigua castigaba con tanta severidad, usa ahora tanta misericordia con los reos de los mayores pecados (10)? Y él mismo contesta: Todo lo hace por el amor y por los méritos de María. ¡Oh, cuánto tiempo há que el mundo estaria

(1) Serm. in Sign. Magn. — (2) Cant. VI. — (3) Epist. XXVI. — (4) Joan. de Minian. l. 1 de Cœl. c. 3. — (5) De exc. Virg. c. 6. — (6) S. Bern. sup. Sign. Magn. — (7) Ep I. c. 5, v. 8. — (8) Marial. p. 3, Serm. III. — (9) De Zona Virg. — (10) Ap. P. Pepe Grandezze, etc.

aniquilado, dice san Fulgencio, si María no le sostuviera con su intercesion. Pero nosotros, añade Arnoldo Carnotense, podemos acudir á Dios con seguridad, y esperar de Él todos los bienes, ahora que el Hijo es nuestro mediador con su divino Padre, y la Madre con el Hijo. ¿Cómo podrá el Padre dejar de oir al Hijo cuando le manifieste las llagas que los pecadores le hicieron? Y ¿cómo dejará el Hijo de oir á la Madre cuando le muestre los pechos que le alimentaron (1)? San Pedro Crisólogo dice con enérgica frase, que habiendo esta doncella hospedado á Dios en su seno, le pide como en precio de la hospitalidad la paz para el mundo, la salvacion para los perdidos y la vida para los muertos (2).

¡Oh, cuántos merecen, dice el abad Celense, ser condenados por la divina justicia, y se salvan por la piedad de María! Pues ella es el tesoro de Dios, y la tesorera de todas las gracias; así nuestra salvacion está en sus manos (3). Acudamos siempre por lo tanto á esta Madre de piedad, y esperemos confiadamente salvarnos por su intercesion, porque ella, dice alentándonos Bernardino de Bustos, es nuestra salud, la vida, la esperanza, el consejo, el refugio y socorro nuestro (4). María, dice san Antonino, es aquel trono de la gracia, al cual nos exhorta el Apóstol que acudamos con confianza para alcanzar la divina misericordia y todos los auxilios necesarios para nuestra salvacion (5); ni por otra razon santa Catalina de Sena apellida á María la dispensadora de la divina misericordia.

Concluyamos, pues, con la bella y tierna exclamacion de san Bernardo sobre las palabras: «¡Oh clementísima, «oh piadosa, oh dulce Vírgen María!» ¡Oh María! dice, Vos os mostrais clemente con los miserables, piadosa con los que os invocan, dulce con los que os aman, clemente con los penitentes, piadosa con los justos, dulce con los perfectos. Vos nos probais vuestra clemencia con librarnos de los castigos, vuestra piedad dispensándonos gracias, y vuestra dulzura dándoos á quien os busca.

(1) S. Arn. de Laud. Virg. — (2) Serm. CXL. — (3) Prolog. in Contem. Virg. — (4) P. 1, Serm. VI de Com. Mar. — (5) Hebr. IV, 16.

EJEMPLO.

Refiere el P. Cárlos Bovio (1) que en Domans, ciudad de Francia, habia un hombre que, olvidando á su mujer, tenia trato reprobado con otra. No pudiendo aquella tolerarlo, rogaba sin cesar á Dios que les castigase, y especialmente un dia fuése á un altar de la bienaventurada Vírgen que habia en una iglesia, á pedir justicia contra la mujer que tenia entretenido á su marido: á esta misma imágen iba tambien todos los dias la miserable pecadora á rezar una *Ave María*. Una noche la divina Madre se apareció en sueños á esta desconsolada esposa, quien luego que la vió repitióle como siempre: Justicia, Madre de Dios, justicia. Pero Nuestra Señora le contestó: ¿Justicia? ¿A mí me pides justicia? Anda, busca á otros que te la hagan, que yo por mí no puedo hacértela; pues has de saber, que esta pecadora cada dia me reza la salutacion, y no puedo permitir que cualquiera que la rezare sufra ni sea castigado por sus pecados. Cuando fue de dia dicha mujer fué á oir misa en la misma iglesia de Nuestra Señora, y al salir se encontró con la amiga de su marido, y al verla empezó á injuriarla diciéndole que era una hechicera, que con sus hechizos habia llegado á encantar á la santísima Vírgen. Calla, mujer, le decia la gente, ¿qué estás diciendo? No quiero, respondia, pues lo que digo es muy cierto. Esta noche se me ha aparecido Nuestra Señora, al pedirle yo justicia me ha contestado que no me la podia hacer, porque esta malvada cada noche le reza una salutacion. Preguntada la aludida que salutacion era la que rezaba á la Madre de Dios, contestó, la del *Ave María*. Mas, al oir que la santísima Vírgen por esta devocion usaba de tanta misericordia con ella, fuése al momento á echarse á los piés de la santa imágen, y allí en presencia de todos, pidiendo perdon de su escándalo, hizo voto de perpétua continencia. Además, vistióse de monja, y mandando construir una pequeña habitacion junto á la iglesia, se encerró en ella, y vivió allí en continua penitencia hasta su muerte.

(1) Es della SS. Verg. tom. 5, Es. 32.

ORACION.

¡Oh Madre de misericordia! ya que sois tan piadosa, y tanto deseais hacer bien á nosotros miserables, y acceder á nuestras peticiones, yo el mas infeliz de todos los hombres acudo á vuestra piedad para que me concedais lo que os pido. Soliciten otros lo que mas les plazca, la salud corporal, los bienes temporales; yo vengo á pediros, Señora, aquellas cosas que Vos misma mas deseais de mí, y mas se adaptan y agradan á vuestro santísimo corazon. Vos fuísteis humilde, alcanzadme, pues, la humildad y el amor á los desprecios. Vos fuísteis paciente en los trabajos de esta vida, alcanzadme paciencia en las adversidades. Vos os abrasásteis de amor hácia Dios, alcanzadme el don del santo y puro amor. Vos estuvísteis llena de caridad con el prójimo, alcanzadme la caridad hácia todos, y particularmente hácia los que son mis enemigos. Vos estuvísteis del todo sumisa á la divina voluntad, alcanzadme una total conformidad á cuanto Dios dispusiere de mí. Vos sois, en fin, la mas santa entre todas las criaturas, ¡oh María! hacedme santo. A Vos no os falta amor, todo podeis y quereis alcanzármelo. Solo puede, pues, impedirme de recibir vuestras gracias, ó mi descuido de acudir á Vos, ó mi poca confianza en vuestra intercesion; mas estas dos sublimes gracias Vos me las alcanzaréis; á Vos las pido, de Vos las exijo, y de Vos las espero con toda confianza, ¡oh María, Madre mia, esperanza mia, amor, vida, refugio y consuelo mio! Amen.

CAPÍTULO X.

Ó DULCE VÍRGEN MARÍA.

§ ÚNICO. — *Cuán dulce sea en vida y en la hora de la muerte el nombre de María.*

El sublime nombre que se impuso á la divina Madre no fue hallado en la tierra ni inventado por el entendi-

miento ó voluntad de los hombres, como acontece en todos los demás nombres que se ponen, sino que descendió del cielo y fue impuesto por órden expresa de Dios, como lo atestigua san Jerónimo (1), san Epifanio (2), san Antonino (3) y otros. Del tesoro de la Divinidad, dice Ricardo de San Lorenzo (4), salió, ó María, vuestro excelso y admirable nombre, pues toda la santísima Trinidad os dió un nombre tan grande que es superior á todo otro nombre despues del de vuestro Hijo, y le enriqueció de tanta majestad y poder, que al proferirle quiere que le veneren postrados el cielo, la tierra y el infierno (5). Pero entre las demás prerogativas que el Señor concedió al nombre de María, veamos ahora cuán dulce le hizo para los siervos de esta santísima Señora tanto en la vida como en la muerte. Primeramente en cuanto al tiempo de la vida, segun el santo anacoreta Honorio el nombre de Maria está lleno de una dulzura divina; de manera que el glorioso san Antonio de Padua reconocia en él la misma dulzura que san Bernardo consideraba en el nombre de Jesús. El nombre de Jesús, decia este, el nombre de María, replicaba el otro, regocijo para el corazon, es miel dulcisíma para la boca, y melodía para el oido de sus devotos.

En la vida del venerable P. Juvenal Ancina, obispo de Saluso, refiérese que al proferir el nombre de María experimentaba una dulzura sensible tan grande que se lamia tambien los labios. Asimismo se lee que en Colonia dijo una mujer al obispo Marsilio, que al pronunciar el nombre de María percibia en su boca un sabor mas dulce que la miel; y practicándolo despues Marsilio, experimentó tambien igual dulzura. De los sagrados Cantares se deduce que en la Asuncion de la Vírgen los Ángeles preguntaron tres veces por su nombre: «¿Quién es esta «que sube por el desierto como una columnita de hu«mo (6)?» En otro pasaje: «¿Quién es esta que se eleva «cual naciente aurora (7). En otro: «¿Quién es esta que «sube del desierto derramando delicias (8)?» Sobre esto

(1) Lib. de Nat. Mar. — (2) Or. de Præf. Deip. — (3) P. 1 Hist. tit. 4, c. 6. — (4) De Laud. Virg. pag. 14. — (5) De Laud. Virg. 1, 1, c. 2. — (6) Cant. III, 6. — (7) Cant. VI. v. 9. — (8) Cant. VIII. 5.

dice Ricardo de San Lorenzo: ¿Por qué los Ángeles preguntan tantas veces por el nombre de esta Reina? Y contesta: Era tan dulce tambien para los Ángeles oir resonar el nombre de María, que por esto repetian sus preguntas (1).

Pero no me refiero á esta dulzura sensible, porque comunmente no se concede á todos, sino de la dulzura saludable de consuelo, de amor, de alegría, de confianza y de fortaleza que da comunmente el nombre de María á cuantos con devocion lo prefieren. Hablando sobre esto el abad Francon dice, que despues del sacrosanto nombre de Jesús, el de María es tan abundante de bienes, que en la tierra y en el cielo no hay otro nombre del cual las almas devotas reciban tanta gracia, esperanza y dulzura (2); pues el nombre de María, contiene en sí cierta cosa de admirable, de dulce y de divino, que cuando se introduce en los corazones amigos, difunde en ellos un olor de santa suavidad. Y la gran maravilla que tiene este sublime nombre, así concluye, es que aunque los amantes de María le oigan mil veces, siempre les parece nuevo, y experimentan la misma dulzura al oirle proferir (3).

Hablando de esta dulzura el beato Enrique Suson, confiesa que llamando á María sentia de tal modo reanimarse su confianza é inflamarse con tal gozo su amor, que entre la alegría y las lágrimas con que pronunciaba tan amado nombre, deseaba que el corazon le saltase del pecho por la boca, pues afirma que este dulcísimo nombre cual panal de miel se le derritia en el interior del alma; por lo que exclamaba: «¡Oh suavísimo nombre! ó María, «¿cuál seréis Vos misma si vuestro solo nombre es tan «amable y gracioso?»

Dirigiéndose el enamorado san Bernardo á su buena Madre, con ternura le dice: ¡Oh grande, oh pia, oh digna de toda alabanza santísima Vírgen María! Vuestro nombre es tan dulce y amable, que no es posible pronunciarlo sin que el que lo profiere quede inflamado de amor hácia Vos y hácia Dios, de manera que basta que

(1) De Laud. Virg. c. 2. — (2) De Grat. Nov. Test. tr. 6. — (3) De Grat. Nov. Test. tr. 6.

se ofrezca á la mente de vuestros amantes para acrecentarles mucho mas su amor hácia Vos y consolarles (1). Y si las riquezas consuelan á los pobres, dice Ricardo de San Lorenzo, porque les alivian en sus miserias, ¡oh, cuánto mas nos consuela á nosotros miserables vuestro nombre, ó María, cuando mucho mejor que las riquezas de la tierra nos alivia en las angustias de la presente vida (2)!

En una palabra, vuestro nombre, ó Madre de Dios, está lleno de gracia y de bendiciones divinas, como dice san Metodio (3); de tal manera, que segun el testimonio de san Buenaventura no puede pronunciarse sin que atraiga alguna gracia sobre el que devotamente le profiere (4). Por mas empedernido y desconfiado que sea un corazon, dice el Idiota, si os invocare, ó benignísima Vírgen, es tal la virtud de vuestro nombre que él ablandará admirablemente su dureza, porque Vos sois la que alentais á los pecadores á esperar el perdon y la gracia (5). Vuestro dulcísimo nombre, dice san Ambrosio, es un ungüento odorífico, que exhala el perfume de la divina gracia (6). El Santo invoca á la divina Madre diciéndole: Derramad en lo interior de nuestras almas este bálsamo de salud; como si dijera, haced, Señora, que nos acordemos con frecuencia de llamaros con amor y confianza, porque el pronunciar vuestro nombre, ó es señal de poseer ya la divina gracia, ó es realmente prenda de adquirirle pronto.

Ciertamente, porque el acordarse de vuestro nombre, ó María, consuela á los afligidos, como dice Landolfo de Sajonia, vuelve al camino de la salud á los que se extraviaron de él, y conforta á los pecadores, para que no se entreguen á la desesperacion (7). Y el P. Pelbarto dice, que así como Jesucristo con sus cinco llagas trajo al mundo el remedio de todos los males, asimismo María con su santísimo nombre, que se compone de cinco letras, alcanza cada dia el perdon á los pecadores (8).

Por esto en los sagrados Cantares se compara el santo

(1) S. Bern. ap. S. Bon. Spec. c. 8. — (2) De Laud. Virg. c. 2. — (3) Orat. in Hyp. — (4) Spec. B. Virg. c. 8. — (5) Idiot. ap. Alph. Mar. p. 827. — (6) De Inst. Virg. c. 13. — (7) In vita Christi, p. 2, c. 36. — (8) Stellar. art. 2.

nombre de María al aceite: «Tu nombre es aceite derramado (1).» El P. Alano en su comentario dice: La gloria de su nombre es comparada al aceite derramado (2). Así como el aceite sana á los enfermos, difunde el olor y enciende la llama, así el nombre de María sana á los pecadores, recrea los corazones y los inflama en el divino amor. Por lo que Ricardo de San Lorenzo anima á los pecadores á invocar este gran nombre, porque él solo basta para curarles de todos sus males, y no hay enfermedad tan maligna que no ceda luego á su fuerza poderosa (3).

Al contrario, los demonios, afirma Tomás de Kempis, temen de tal modo á la Reina del cielo, que al pronunciarse su gran nombre huyen de quien le profiere como de un fuego que abrasa (4). La misma bienaventurada Vírgen reveló á santa Brígida que no hay en el mundo pecador tan tibio en el divino amor, que al invocar su santo nombre con propósito de convertirse, al instante no aleje de sí al demonio (5). Y se lo confirmó otra vez diciéndole que todos los demonios de tal modo veneran su nombre y lo temen, que al oirle pronunciar desprenden luego del alma las uñas con que la tenian asida (6).

Y así como los ángeles rebeldes se alejan de los pecadores que invocan el nombre de María, así al contrario, dijo la misma Vírgen á santa Brígida, los Ángeles buenos se acercan mucho mas á las almas justas que con devocion le profieren (7). Y san German atestigua, que así como la respiracion es señal de vida, así el proferir con frecuencia el nombre de María es señal de vivir ya en la divina gracia, ó de que pronto vendrá la vida; pues este poderoso nombre tiene la virtud de auxiliar y revivir al que le invocare devotamente (8). Finalmente, este admirable nombre, añade Ricardo de San Lorenzo, es como una torre inexpugnable, en la cual acogiéndose el pecador se librará de la muerte, porque esta torre celestial defiende y salva á los pecadores mas perdidos (9).

Es torre, pero torre de fortaleza, que no solo libra á los pecadores del castigo, sí que tambien defiende á los jus-

(1) Cant. I, 2. — (2) In Cant. loc. cit. — (3) De Laud. Virg. p. 14. — (4) Lib. 4 ad Novit. — (5) Rev. lib. 2, cap. 9. — (6) Ibid. cap. 19. — (7) Ap. S. Dion. Cart. de Laud. Virg. c. ult. — (8) S. Germ. de Zona Virg. — (9) De Laud. Virg. l. 11.

tos de los asaltos del infierno, segun expresa el mismo Ricardo, quien afirma que despues del nombre de Jesús no hay ningun nombre en el que se encuentre tanto auxilio ni que comunique tanta salud á los hombres, como el gran nombre de María (1); y, como frecuentemente experimentan siempre los devotos de esta buena Madre, su gran nombre da fuerzas para vencer las tentaciones contra la castidad. Reflexionando el mismo autor sobre las palabras de san Lucas: «*El nombre de la Vir-*«*gen era María* (2),» dice que el Evangelista une estos dos nombres de María y de Vírgen para darnos á entender que el nombre de esta purísima doncellita no va jamás separado del de la castidad (3). Por lo que dice san Pedro Crisólogo que el nombre de María es señal de castidad (4), queriendo decir, que quien dudare de haber consentido en las tentaciones impuras, si se acordare de haber invocado el nombre de María, tendrá una señal cierta de no haber ofendido la castidad.

Sigamos, por consiguiente, siempre el hermoso consejo de san Bernardo, el cual dice: En todos los peligros de la divina gracia, pensemos en María, é invoquémosla juntamente con el nombre de Jesús, pues estos dos nombres van siempre unidos. Jamás se aparten estos dos dulcísimos y poderosísimos nombres de nuestro corazon, ni de nuestros labios, porque ellos nos darán fuerza para no caer y para superar siempre todas las tentaciones (5). Son muy hermosas las gracias que Jesucristo tiene prometidas á los devotos del nombre de María, como Él mismo hablando con su Madre le manifestó á santa Brígida, revelándole que quien invocare el nombre de María con confianza y propósito de enmendarse, recibirá tres gracias singulares, á saber: un completo dolor de sus pecados, la satisfaccion de ellos, la fortaleza para alcanzar la perfeccion, y, en fin, la gloria del cielo (6); porque, añade el divino Salvador, son para Mí tan dulces y queridas, ó Madre mia, tus palabras, que no puedo negarte lo que me pides.

Por fin san Efren llega hasta decir que el nombre de

(1) De Laud. Virg. c. 2. — (2) C. 1, v. 27. — (3) Loc cit. — (4) Serm. CXLVI.— (5) Hom. II super miss. — (6) Rev. l. 1, c. 10.

María es la llave de la puerta del cielo para el que con devocion le invoca (1). Por esto san Buenaventura llama con razon á María salud de todos los que la invocan; como si bastase invocar el nombre de María para alcanzar la salvacion eterna; porque afirma el Idiota, que la invocacion de este santo nombre conduce para lograr una gracia sobreabundante en esta vida, y una gloria sublime en la otra (2). Si deseais, pues, ó hermanos, concluye Tomás de Kempis, hallar consuelo en todos los trabajos, acudid á María, invocad á María, obsequiad á María, encomendaos á María. Con María regocijaos, con María llorad, con María rogad, con María caminad, con María buscad á Jesús. Con Jesús y María, en fin, desead vivir y morir. Haciéndolo así siempre adelantaréis en el camino del Señor, pues María rogará gustosa por vosotros, y el Hijo ciertamente oirá á la Madre (3).

De consiguiente, ya en esta vida es muy dulce á los devotos de María su santísimo nómbre, por las muchísimas gracias, que segun hemos visto, les obtiene; pero mas dulce le hallarán cuando llegue su fin, por la dulce y santa muerte que les alcanzará. El P. Sertorio Caputo, de la Compañía de Jesús, exhortaba á los que auxiliaban á algun moribundo, que le repitiesen á menudo el nombre de María, diciendo que este solo nombre de vida y de esperanza proferido en la muerte, basta para disipar á los enemigos y confortar á los moribundos en todas sus angustias. Igualmente san Camilo de Lelis recomendó á sus religiosos que recordasen con frecuencia á los moribundos el invocar el nombre de María y de Jesús, como él lo practicaba siempre con los demás; pero mas dulcemente lo hizo despues consigo mismo en la hora de la muerte, en la cual, segun se refiere en su vida, invocó con tanta ternura sus queridos nombres de Jesús y de María, que inflamaba de amor á cuantos le escuchaban. Y, finalmente, con los ojos fijos en sus adoradas imágenes y los brazos cruzados espiró con semblante y paz celestial, invocando en las últimas palabras que pronunció los dulcísimos nombres de Jesús y de María.

(1) In Depr. ad Virg. — (2) De Laud. Virg. l. 2, c. 2. — (3) Ap. Pacciuch. exc. in Salut. Ang. in fine.

Esta breve oracion de invocar los sacrosantos nombres de Jesús y de María, dice Tomás de Kempis, que es tan fácil de conservar en la memoria, cuanto es dulce para considerarla, y al mismo tiempo fuerte para proteger á quien la usa contra todos los enemigos de su salvacion.

¡Bienaventurado, dice san Buenaventura, el que ama vuestro dulce nombre, ó Madre de Dios! pues es tan glorioso y admirable, que todos los que se acuerdan de invocarle en la hora de la muerte no temen los asaltos de los enemigos (1).

¡Oh quién tuviera la dicha de morir como murió el P. Fray Fulgencio de Ascoli, capuchino, el cual espiró cantando: ¡Oh María! ¡oh María la mas hermosa de las criaturas, quiero ir en vuestra compañía! Ó tambien como murió el beato Enrique Cisterciense, de quien se refiere en los Anales de su Órden, que terminó su existencia articulando el nombre de María (2). Roguemos, pues, devoto lector, roguemos á Dios que nos conceda esta gracia de que la última palabra que profiramos en la hora de la muerte sea el nombre de María, como lo deseaba y rogaba san German (3). ¡Oh muerte dulce, muerte segura la que va acompañada y protegida del nombre de salud que Dios únicamente concede invocar en la muerte á los que quiere que se salven!

¡Oh dulce Señora y Madre mia! yo os amo entrañablemente, y amándoos á Vos amo tambien vuestro santo nombre. Propongo y espero con vuestra ayuda, invocarlo siempre en la vida y en la muerte. Para gloria, pues, de vuestro nombre, concluyamos con la tierna súplica de san Buenaventura: «Cuando mi alma salga de este «mundo venid á su encuentro, bendita Señora, y recibid«la en vuestros brazos (4).» No os desdeñeis, ó María, sigamos rogando con el Santo, de venir entonces á confortarla con vuestra dulce presencia. Sed Vos escala y camino para el cielo. Alcanzadle el perdon y el eterno descanso. ¡Oh María abogada nuestra! á Vos toca defender á vuestros devotos, y tomar á vuestro cargo sus causas ante el tribunal de Jesucristo.

(1) Spec. B. Virg. — (2) Ann. 1109. — (3) Orat. 6 de Ann. Virg. — (4) In Psalt. Deip.

EJEMPLO.

Refiere el P. Rhó en sus *Sábados*, y el P. Lireo en su *Trisagio Mariano*, que en Güeldes hácia el año 1465, una doncella llamada María fue enviada cierto dia por su tio al mercado de la ciudad de Nimega á comprar algunas cosas, con órden de que por la noche se quedase en casa de otra tia que vivia en dicha ciudad. Obedeció la muchacha, pero al ir por la tarde á encontrar á su tia, esta la desechó bruscamente, por lo que se puso otra vez en camino para regresar á su casa; pero haciéndosele de noche por el camino y llena de cólera llamó al demonio en alta voz. Al instante se le apareció este en forma de hombre, y le prometió ayudarla con tal que hiciese una cosa. Todo lo haré, contestó la desdichada. Solo quiero, dijo el enemigo, que de hoy en adelante no te persignes con la señal de la cruz, y que te mudes el nombre. En cuanto á la cruz, respondió ella, no me persignaré; pero aprecio mucho mi nombre de María, y no quiero mudármelo. Pues no te ayudaré, dijo el demonio. Finalmente, despues de varios altercados convinieron en que se llamase con la primera letra del nombre de María, esto es *Eme*. Y con esto partieron para Amberes; y la infeliz vivió seis años con tan maldito compañero, llevando una vida tan malvada, que era el escándolo de todos. Un dia dijo ella al demonio que deseaba volver á su patria, á lo que se resistia el enemigo; pero al fin tuvo que acceder. Al entrar los dos en la ciudad de Nimega hallaron que allí se representaba una ópera de la vida de María santísima, y la pobre *Eme* á la vista de esto, por la poca devocion que habia conservado á la Madre de Dios, empezó á llorar. ¿Qué hacemos aquí? dijo entonces el compañero. ¿Qué tenemos de hacer otra comedia? La coge para sacarla de aquel lugar, pero ella se resistia; por lo que viendo él que iba á perderla, levantóla furioso en el aire y la dejó caer en medio del teatro. Entonces la infeliz refirió el hecho; fué á confesarse con el cura; este la envió al obispo de Colonia, y el obispo al Papa, quien habiéndola oido en confesion, le impuso por penitencia que

llevase continuamente tres aros de hierro, uno al cuello y dos en los brazos. Obedeció la penitente, y habiendo llegado á Maestricht se encerró en un monasterio de Arrepentidas, en donde vivió por espacio de catorce años haciendo ásperas penitencias; y al levantarse una mañana de la cama, encontró rotos por sí mismos los tres aros. Dos años despues murió en opinion de santa; quiso ser enterrada con los mismos aros que de esclava del infierno la hicieron feliz esclava de su libertadora.

ORACION.

¡Oh gran Madre de Dios y madre mia María! Aunque sea indigno de nombraros, Vos que me amais y deseais mi salvacion concededme que mi lengua, aunque inmunda, pueda invocar siempre en mi socorro vuestro santísimo y poderosísimo nombre, pues él es el auxilio del mortal, y la salud del que muere. ¡Ah! María purísima, María dulcísima, haced que de hoy en adelante vuestro nombre sea el aliento de mi vida. No tardeis, Señora, en socorrerme cuando os llamare, pues en todas las tentaciones que me asaltaren, en todas las necesidades que me ocurran, no cesaré jamás de invocaros, repitiendo siempre: María, María. Así espero hacerlo en vida, así espero hacerlo particularmente en la muerte para ir despues de ella á alabar eternamente en el cielo vuestro adorado nombre. ¡Oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Vírgen María! ¡Ah! María, amabilísima María, ¡qué consuelo, qué dulzura, qué confianza, qué ternura experimenta mi alma en nombraros, y en pensar en Vos! Doy gracias á mi Dios y Señor que os ha dado para mi bien este nombre tan dulce, tan amable y tan poderoso.

Pero, Señora, yo no me contento solamente con nombraros, sino que quiero nombraros movido por el amor; quiero que el amor me recuerde llamaros á todas horas; sí, para que pueda yo exclamar tambien con san Anselmo: ¡Oh nombre de la Madre de Dios! tú eres el amor mio.

¡Oh querida mia, María! ¡oh mi amado Jesús! vivan

siempre, pues, en mi corazon y en el de todos vuestros dulcísimos nombres. Haced que me olvide de todos los demás para recordar tan solo é invocar siempre vuestros nombres adorados. ¡Ah! Jesús mi Redentor y Madre mia María! cuando llegue el instante de mi muerte en que mi alma deba salir de esta vida, concededme por vuestros méritos la gracia de que las últimas palabras que yo profiera sean el repetir: «Os amo, Jesús y María, os doy «el corazon y el alma mia.»

ORACIONES MUY DEVOTAS

DE ALGUNOS SANTOS

Á LA DIVINA MADRE (1).

ORACION DE SAN EFREN.

¡Oh Inmaculada y purísima Vírgen María, Madre de Dios, Reina del universo y bondadosísima Señora nuestra! Vos sois mas eminente que todos los Santos, sois la única esperanza de los elegidos, y el júbilo de los bienaventurados. Vos nos reconciliais con nuestro Dios; Vos sois la única abogada de los pecadores, el puerto seguro del que naufraga, el consuelo del mundo, la redentora de los cautivos, la salud de los enfermos, el consuelo de los afligidos, el refugio y la salvacion de todo el mundo. ¡Oh excelsa Princesa, Madre de Dios! cubridnos con las alas de vuestra misericordia, y tened piedad de nosotros. No tenemos otra esperanza que Vos, ó Vírgen purísima. Nos hemos entregado á Vos, y consagrado á vuestro servicio; llevamos el nombre de vuestros siervos, y por lo tanto no permitais que el demonio nos arrastre al infierno. ¡Oh Vírgen Inmaculada! concedednos vuestra proteccion; para esto acudimos solo á Vos, suplicándoos no permitais que vuestro Hijo, justamente indignado por nuestros pecados, nos abandone al poder del demonio.

¡Oh María, llena de gracia! iluminad mi entendimiento, moved mi lengua para cantar vuestras alabanzas, y principalmente la salutacion angélica, tan digna de Vos.

(1) Se ponen aquí estas oraciones, no solo para que se haga uso de ellas, si que tambien para que se vea la grande idea que los Santos tienen del poder y misericordia de María, y la grande confianza que pusieron en su proteccion.

Salve, ó paz, ó alegría, ó salud y consuelo de todo el mundo. Salve, ó el mayor de los milagros que se obró jamás en el mundo; paraíso de delicias, seguro puerto del que se encuentra en peligro, fuente de la gracia, mediadora entre Dios y los hombres.

ORACION DE SAN BERNARDO.

Á Vos, Reina del mundo, elevamos nuestros ojos. Debiéndonos de presentar delante de nuestro Juez despues de haber cometido tantos pecados, ¿quién podrá aplacarle? Nadie mejor que Vos, ó santa Señora, Vos que tanto le amais, y estais de Él tan tiernamente enamorada. Abrid, pues, ó Madre de misericordia, vuestro corazon á nuestros suspiros y á nuestros ruegos. Nosotros nos refugiamos bajo vuestra proteccion; aplacad la cólera de vuestro Hijo, y reponednos en su gracia. Vos no aborreceis al pecador, por criminal que sea; Vos no le despreciais si suspira por Vos, y arrepentido implora vuestra intercesion. Vos con vuestra liberal mano le librais de la desesperacion, le infundís esperanza, le consolais y no le abandonais hasta reconciliarle con su Juez.

Vos sois la única mujer en la cual el Salvador encontró su esposa, y ha depositado á manos llenas sus tesoros. Por esto todo el mundo, ó santa Señora mia, honra vuestro casto seno como templo de Dios, en el que empezó lo salvacion del mundo, y se verificó la reconciliacion entre Dios y los hombres. Vos sois, ó gran Madre de Dios, el huerto cerrado en el que no penetró jamás la mano del pecador para coger las flores. Vos sois el hermoso jardin en el que Dios ha colocado las flores que adornan á la Iglesia, y entre otras la violeta de vuestra humildad, la azucena de vuestra pureza y la rosa de vuestra caridad. ¿Con quién podré compararos, ó Madre de gracia y hermosura? Vos sois el paraíso de Dios. De Vos ha salido el manantial de agua viva que fecunda toda la tierra. ¡Cuántos beneficios ha recibido el mundo de Vos, que merecísteis ser un acueducto tan saludable!

De Vos se dice: ¿Quién es esta que se eleva como la

aurora, hermosa como la luna, y resplandeciente como el sol? Venísteis al mundo, ó María, como brillante aurora, precediendo con la luz de vuestra santidad la aparicion del Sol de justicia. El dia en que salísteis al mundo, puede muy bien llamarse dia de salud, dia de gracia. Sois hermosa cual la luna, pues así como no hay planeta mas semejante al sol, así no hay criatura que mas se asemeje á Dios que Vos. La luna ilumina la noche con la luz que recibe del sol, y Vos iluminais nuestras tinieblas con el resplandor de vuestras virtudes; pero Vos sois aun mas bella que la luna, porque en Vos no hay manchas ni sombras. Vos sois escogida como el sol, esto es, como el Sol que crió al sol. Él fué elegido entre todos los hombres, y Vos fuísteis elegida entre todas las mujeres. ¡Oh dulce, oh excelsa, oh amabilísima María! Ningun corazon puede pronunciar vuestro nombre sin que Vos le inflameis en vuestro amor, y los que os aman no pueden pensar en Vos sin sentirse excitados á amaros mucho mas.

¡Oh santa Señora! fortaleced nuestra debilidad. Y ¿quién puede hablar á Nuestro Señor Jesucristo mejor que Vos, que gozais con tanta intimidad de su dulcísima conversacion? Hablad, hablad, Señora, pues vuestro Hijo os escucha, y alcanzais de Él cuanto le pedís.

ORACION DE SAN GERMAN.

¡Oh mi única Señora que sois el único consuelo que recibo de Dios! Vos que sois el único y celestial rocío que refrigera mis penas, Vos que sois la luz de mi alma cuando se halla rodeada de tinieblas, Vos que sois mi guia en mi viaje, mi fortaleza en mis debilidades, mi tesoro en mi pobreza, el remedio para mis llagas, mi consuelo en mis lágrimas. Vos que sois mi refugio en mis miserias y la esperanza de mi salud, oid mis ruegos, y compadeceos de mí como corresponde á la Madre de un Dios que tanto ama á los hombres. Concededme cuanto os pido, Vos que sois nuestra defensa y alegría. Hacedme digno de gozar con Vos la felicidad que gozais en el

cielo. Sí, Señora mia, mi refugio, mi vida, mi auxilio, mi defensa, mi fortaleza, mi alegría, mi esperanza, haced que me junte con Vos en el paraíso. Yo sé que siendo Vos la Madre de Dios, si lo quereis podeis alcanzarme esta gracia. ¡Oh María! Vos sois omnipotente para salvar á los pecadores, y no necesitais recomendacion alguna, porque sois la Madre de la verdadera vida.

ORACION DEL ABAD CELENSE, LLAMADO EL IDIOTA.

Atraedme hácia Vos, ó Vírgen María, para que yo vaya tras el olor de vuestros perfumes. Atraedme, pues me detiene el peso de mis pecados y la malicia de mis enemigos. Así como nadie se presenta á vuestro Hijo, si el divino Padre no le atrae, así atrévome á decir, en cierto modo, que nadie va á Él si Vos no le atraeis con vuestros santos ruegos. Vos sois la que enseñais la verdadera sabiduría, Vos la que alcanzais el perdon á los pecadores, pues sois su abogada; Vos prometeis la gloria á los que os honran, porque sois la tesorera de las misericordias.

Vos hallásteis gracia con Dios, ó dulcísima Vírgen, porque fuísteis preservada del pecado original, llena del Espíritu Santo, y concebísteis al Hijo de Dios. Habeis recibido todos estos favores, ó humildísima María, no solo para Vos, sino tambien para nosotros, á fin de que nos auxilieis en nuestras necesidades. Esto es lo que haceis ya socorriendo á los buenos, conservándoles en la gracia, y á los pecadores preparándoles para recibir la divina misericordia. Vos socorreis á los moribundos protegiéndoles contra las asechanzas del demonio, y les ayudais en su último trance recibiendo sus almas y conduciéndolas al reino de los bienaventurados.

ORACION DE SAN METODIO.

Vuestro nombre, ó Madre de Dios, rebosa de todas las gracias y bendiciones divinas. Vos llevásteis en vuestro seno al que es incomprensible, y alimentásteis al que

sustenta á todo el universo. El que llena el cielo y la tierra, el Señor del mundo quiso seros deudor, habiéndole revestido Vos de la carne humana que antes no tenia. Regocijaos, ó Madre, ó sierva de Dios, pues teneis por deudor al que da la existencia á todas las criaturas. Nosotros somos todos deudores á Dios, pero Dios es deudor vuestro. Así es, ó santísima Madre del Salvador, que vuestra bondad y vuestra caridad exceden á las de todos los demás Santos, y que en el cielo podeis mas que todos ellos cerca de Dios, porque sois su Madre. ¡Ah! nosotros que celebramos vuestras glorias y comprendemos cuán grande es vuestra bondad, os suplicamos que os acordeis de nosotros y de nuestras miserias.

ORACION DE SAN JUAN DAMASCENO.

Yo os saludo, María, esperanza de los cristianos: acoged la súplica de un pecador que tiernamente os ama, os honra de un modo especial, y en Vos cifra toda la esperanza de su salvacion. Yo os debo la vida; Vos me volveis á alcanzar la gracia de vuestro Hijo; Vos sois la prenda segura de mi salvacion. Os suplico, pues, que me libreis del peso de mis pecados; disipad las tinieblas de mi entendimiento, alejad de mi corazon los afectos terrenos, reprimid las tentaciones de mis enemigos, y dirigid mi vida de manera que por vuestro medio y teniéndoos por guia, pueda llegar á la eterna felicidad de la gloria.

ORACION DE SAN ANDRÉS DE CANDÍA, Ó DE JERUSALEN.

Os saludo, llena de gracia, el Señor es con Vos. Os saludo, ó instrumento de nuestra alegría, por cuyo medio la sentencia de nuestra condenacion fue revocada y mudóse en juicio de bendicion. Os saludo, ó templo de la gloria de Dios, casa sagrada del Rey del cielo. Vos sois la reconciliadora de Dios con los hombres. Os saludo, ó Madre de nuestra alegría. Verdaderamente sois Vos bendita, pues que entre todas las mujeres fuísteis hallada

digna de ser Madre de vuestro Criador. Todas las naciones os llaman bienaventurada.

¡Oh María! si deposito mi confianza en Vos, seré salvo: si me hallare bajo vuestra proteccion, nada he de temer, porque ser vuestro devoto, es tener armas seguras de salvacion, las que Dios concede únicamente á los que quiere salvar.

¡Oh Madre de misericordia! aplacad á vuestro Hijo. Mientras estuvísteis en la tierra solo ocupábais una porcioncita de ella; mas ahora que sois exaltada en lo mas alto de los cielos, todo el mundo os considera como el propiciatorio comun de todas las naciones. Os suplicamos, pues, ó Vírgen santa, que nos otorgueis al auxilio de vuestras súplicas para con Dios: súplicas que nos son mas apreciables y preciosas que todos los tesoros de la tierra: súplicas que nos hacen á Dios propicio y nos obtienen una superabundancia de gracias para recibir el perdon y practicar la virtud: súplicas que detienen el furor de nuestros enemigos, confunden sus designios, y triunfan de sus esfuerzos.

ORACION DE SAN ILDEFONSO.

A Vos vengo, ó Madre de Dios, para suplicaros que me alcanceis el perdon de mis pecados, y me purifiqueis de todas las faltas que cometí. Os ruego que me concedais la gracia de que me una afectuosamente á vuestro Hijo y á Vos; á vuestro Hijo como á mi Dios, y á Vos como á la Madre de mi Salvador.

ORACION DE SAN ATANASIO.

Acoged, Vírgen santísima, nuestras súplicas, y haced memoria de nosotros. Hacednos partícipes de los tesoros de vuestras riquezas, y de la abundancia de las gracias de que estais llena. El Arcángel os saludó, llamándoos llena de gracia. Todas las naciones os llaman bienaventurada; todas las jerarquías del cielo os bendicen, y nosotros que pertenecemos á la terrestre os decimos tam-

bien: Dios te salve, ó llena de gracia, el Señor es contigo; ruega por nosotros, ó Madre de Dios, nuestra Señora y nuestra Reina.

ORACION DE SAN ANSELMO.

Os rogamos, ó santísima Señora, por el favor que Dios os hizo de exaltaros tanto, y de haceros con Él todas las cosas posibles, que hagais con la plenitud de la gracia que merecísteis nos haga participneros de vuestra gloria. Apresuraos, ó misericordiosísima Señora, en procurarnos el bien por el cual Dios se dignó hacerse hombre en vuestro casto seno. Oid benignamente nuestras súplicas. Si os dignais rogar á vuestro Hijo, Él al instante nos atenderá. Basta que Vos querais salvarnos para que infaliblemente nos salvemos. ¿Quién podrá cerrar las entrañas de vuestra misericordia? Si no os compadeceis de nosotros, siendo la Madre de la misericordia, ¿qué suerte será la nuestra cuando vendrá vuestro Hijo á juzgarnos?

Socorrednos, pues, ó piadosísima Señora, sin atender á la multitud de nuestros pecados. Considerad que nuestro Criador tomó carne humana en Vos, no para condenar á los pecadores, sino para salvarles. Si no hubiéseis sido hecha Madre de Dios sino por beneficio vuestro, pudiera decirse que poco os va en que nos salvemos ó condenemos; pero Dios se revistió de vuestra carne por vuestra salvacion y la de todos los hombres. ¿De qué nos servirian vuestro poder y vuestra gloria, si no nos hiciéseis partícipes de vuestra felicidad? Ayudadnos y protegednos, pues no ignorais cuánto necesitamos de vuestro auxilio. Nosotros nos encomendamos á Vos; haced que no nos condenemos, antes bien que sirvamos y amemos eternamente á vuestro Hijo Jesucristo.

ORACION DE SAN PEDRO DAMIAN.

Santa Vírgen, Madre de Dios, socorred á los que imploran vuestro auxilio. Volveos hácia nosotros. ¿Acaso por haber sido unida á la Divinidad no os acordaríais ya

de los hombres? ¡Ah! no por cierto. Vos sabeis en qué peligros nos dejásteis, y el infeliz estado de vuestros siervos; no, no es propio de vuestra gran misericordia el olvidarse de tan grande miseria como la nuestra. Emplead en nuestro favor vuestro valimiento, pues el que es poderoso ós ha dado la omnipotencia en el cielo y en la tierra. Nada os es imposible, y podeis animar aun á los desesperados á esperar la salvacion. Cuanto mas es vuestro poder, tanto mas misericordiosa debeis ser.

Ayudadnos asimismo con vuestro amor. No ignoro, Señora mia, que sois sumamente benigna, y que nos amais con un afecto al que ningun otro aventaja. ¡Cuántas veces aplacásteis la cólera de nuestro Juez en el instante en que iba á castigarnos! Todos los tesoros de la misericordia de Dios están depositados en vuestras manos. ¡Ah! no cesais jamás de colmarnos de beneficios. Vos buscais de contínuo la ocasion de salvar á todos los miserables, y de derramar sobre ellos vuestra misericordia; pues vuestra gloria se aumenta cuando por vuestra intercesion los penitentes alcanzan su perdon, y los que lo han obtenido entran en el cielo. Ayudadnos, por lo tanto, á fin de que podamos veros en el paraíso, pues la mayor gloria que podamos gozar consiste en veros despues de Dios, en amaros, y en estar bajo vuestra proteccion. ¡Ah! oidnos Señora, ya que vuestro Hijo quiere honraros concediéndoos cuanto le pidais.

ORACION DE SAN GUILLERMO, OBISPO DE PARÍS.

¡Oh Madre de Dios! A Vos acudo, suplicándoos que no me desecheis, pues toda la comunion de los fieles os titula y proclama Madre de misericordia. Vos sois de tal manera amada por Dios, que siempre os atiende; vuestra piedad jamás falta á nadie; vuestra dulce afabilidad no rechaza nunca á ningun pecador, por grande que fuera su crímen, si se encomienda á Vos. ¿Por ventura la Iglesia en vano os llama su abogada y el refugio de los miserables? No permita Dios que mis culpas os impidan ejercer el grande oficio de piedad que se os ha confiado en cali-

dad de abogada y mediadora de paz, única esperanza y refugio seguro de los infelices pecadores. Dios no permita que su santísima Madre, que dió á luz la fuente de Misericordia por la salvacion de todo el mundo, niegue su compasion á ningun miserable que acuda á ella. Vuestro oficio es el de reconciliadora entre Dios y los hombres; socorredme, pues, con vuestra inagotable misericordia, que es mucha mayor que todos mis pecados.

ORACION Á MARÍA SANTÍSIMA, QUE DEBE DIRIGÍRSELE CADA DIA DESPUES DE LA VISITA.

¡Santísima Vírgen Inmaculada, oh madre mia María! á Vos que sois la Madre de mi Señor, la Reina del mundo, la abogada, la esperanza y el refugio de los pecadores, acudo yo hoy, el mas miserable de todos. Yo os adoro, ó excelsa Reina, y os doy gracias por tantos beneficios como me dispensásteis hasta el presente, especialmente por haberme librado del infierno que tantas veces merecí. Yo os amo, amabilísima Señora, y por el afecto que os profeso protesto que quiero amaros siempre, y que haré todo lo posible á fin de que todos los demás os amen. En Vos deposito todas mis esperanzas y mi salvacion; admitidme por vuestro siervo, y amparadme bajo vuestro manto, Madre de misericordia. Y ya que sois tan poderosa con Dios, libradme de todas las tentaciones, ó mas bien alcanzadme la necesaria fortaleza para vencerlas hasta la muerte. A Vos pido el verdadero amor de Jesucristo, y espero que me procuraréis una buena muerte. Madre mia, por el amor que teneis á Dios os suplico que me ameis siempre, pero principalmente en el último instante de mi vida. No me abandoneis hasta que me veais salvo en el cielo para bendeciros, y cantar vuestras misericordias por toda la eternidad. Amen. Así lo espero. Así sea.

JACULATORIAS Á MARÍA SANTÍSIMA.

Madre de Dios, acordaos de mí (1).

Vírgen y Madre, haced que me acuerde siempre de Vos (2).

Vírgen María, Madre de Dios, rogad por mí á Jesús (3).

¡Oh Señora! haced que Jesús no me rechace de sí (4).

¡Oh María! haced que mi corazon no cese jamás de amaros, ni mi lengua de alabaros (5).

¡Oh Señora! por el amor que teneis á Jesús, ayudadme á amarle (6).

¡Oh María! dignaos hacerme vuestra sierva (7).

¡Oh María! me entrego toda á Vos; aceptadme y conservadme (8).

¡Oh Señora! no me abandoneis hasta la muerte (9).

Ave María, Madre mia (10).

Santa María, abogada mia, rogad por mí (11).

¡Cuán dulce es, ó Madre mia,
Vuestro nombre de María!
Dadme paz,
Y solaz,
Que os quiero siempre invocar.

ORACION DE BLOSIO Á LA VÍRGEN MARÍA.

Dios os salve, esperanza de los desconfiados y ayuda de los desvalidos, ó María, á quien el Hijo honró tanto que quiso alcanzáseis luego todo lo que pidiéseis, y se hiciese luego todo lo que quisiéseis. A Vos están confiados los tesoros del reino del cielo. Haced, Señora, que siempre acudamos á Vòs entre las borrascas de esta vida. Á vuestra piedad encomiendo mi alma y mi cuerpo. Dirigidme y protegedme á todas horas y en todos los instantes, ó dulce refugio mio.

(1) San Francisco Javier.—(2) San Felipe Neri.—(3) El mismo Santo.—(4) San Efren.—(5) San Buenaventura.—(6) Santa Brígida.—(7) La beata Juana de Francia.—(8) Santa María Magdalena de Pazzis.—(9) El P. Spinelli.—(10) San Francisco Brancaccio.—(11) El P. Sertorio Caputi.

VIVA JESÚS NUESTRO AMOR, Y MARÍA NUESTRA ESPERANZA.

PARTE SEGUNDA.

DISCURSOS

SOBRE

LAS SIETE FIESTAS PRINCIPALES DE MARÍA.

DISCURSO PRIMERO.

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE MARÍA.

Cuánto convino á las tres Personas divinas preservar á María de la culpa original.

Muy grande fue la ruina que el maldito pecado causó á Adan y á todo el género humano, porque perdiendo él entonces miserablemente la gracia, perdió al mismo tiempo todos los demás bienes de los cuales al principio estuvo enriquecido, y atrajo sobre sí y sobre sus hijos todas las calamidades. Pero Dios quiso eximir de este comun infortunio á aquella bendita Vírgen que Él destinaba para Madre del segundo Adan Jesucristo, quien habia de reparar el daño que el primero causara. Veamos, pues, cuanto convino á Dios y á las tres Personas divinas preservar á esta Vírgen de la culpa original; al Padre considerándola como á Hija suya, al Hijo como á su Madre, y al Espíritu Santo como á su Esposa.

PUNTO I.

En primer lugar convino al eterno Padre exceptuar á María de la mancha original, porque era hija suya, é hija primogénita, como ella misma lo atestigua: «Yo salí «de la boca del Altísimo engendrada antes de toda criatu- «ra (1);» cuyo texto aplican á María los sagrados intérpretes, los santos Padres y la misma Iglesia particularmente en la solemnidad de la Concepcion. En efecto, ya sea primogénita en cuanto fue predestinada junto con el Hijo en los decretos divinos antes que todas las criaturas, como pretende la escuela de los Escotistas, ya sea primogénita de la gracia, como predestinada para Madre del Redentor despues de la prevision del pecado, como quiere la escuela de los Tomistas, sin embargo, todos concuerdan en llamarla la primogénita de Dios. Siendo esto así, fue conveniente que María jamás fuese esclava de Lucifer, sino que solo su Criador la poseyese siempre, conforme así se verificó, segun ella misma expresa: «El «Señor me poseyó desde el principio de sus obras (2);» por lo que con razon Dionisio, arzobispo de Alejandría, llamó á María: «Única y sola hija de la vida (3),» á diferencia de las otras, que naciendo en pecado son hijas de la muerte.

Además, convino que el eterno Padre la criase en estado de gracia, porque la destinó para reparadora del mundo que estaba perdido, y mediadora de la paz entre los hombres y Dios, como la llaman los santos Padres y especialmente san Juan Damasceno, el cual le dice: ¡Oh Vírgen bendita! Vos nacísteis para cooperar á la salvacion de toda la tierra (4). Esto mismo hizo decir á san Bernardo, que María fue figurada en el arca de Noé, porque así nosotros por medio de María nos salvamos del naufragio del pecado; pero con la diferencia que en el arca se salvaron pocos, y por medio de María se salva todo el género humano (5). Por lo que san Atanasio llama

(1) Eccli. XXIV, 5. — (2) Ibidem. — (3) Ep. con Pa. Samos. — (4) Orat. 1. de Nat. Virg. — (5) Serm. de B. Virg.

á María, «Nueva Eva, Madre de la vida (1).» Nueva Eva, porque la primera fue madre de la muerte, y la santísima Vírgen es madre de la vida. San Teofanes, obispo de Nicea, le dice: Salve, santísima Vírgen, que alejaste la tristeza de Eva. San Basilio la llama mediadora entre Dios y los hombres, y san Efren la reconciliadora de todo el mundo.

No es por cierto conveniente que el medianero de la paz sea enemigo del ofendido, y mucho menos cómplice en el mismo delito. No puede aplacar el juez un enemigo suyo, dice san Gregorio, pues en vez de conseguirlo no haria mas que enojarle. Por esto debiendo ser María la mediadora de la paz entre Dios y los hombres, era preciso que no apareciese tambien pecadora y enemiga de Dios, sino su amiga, y limpia de pecado.

Convino además que Dios la preservase de la mancha, pues la destinaba para hollar la cabeza de la serpiente infernal, que seduciendo á nuestros primeros padres acarreó la muerte á todos los hombres, como ya se lo predijo el Señor: «Pondré enemistades entre tí y la mujer, «y su generacion y tu descendencia; ella quebrantará tu «cabeza (2).» Si María, pues, habia de ser la mujer fuerte enviada al mundo para vencer á Lucifer, no convenia por cierto que fuese vencida y hecha su esclava, sino que era conforme á razon que estuviese libre de toda mancha y sujecion al demonio. Este espíritu soberbio, así como habia logrado inficionar con su veneno á todo el género humano, trató de hacer lo mismo con el alma purísima de la Vírgen. Mas sea alabada siempre la divina bondad, que á este fin la colmó de tantas gracias, que, permaneciendo ella libre de todo reato de culpa, pudo de esta manera abatir y confundir su orgullo, como dice san Agustin, ó cualquiera otro que sea autor del comentario del Génesis (3); y con mas claridad aun san Buenaventura, diciendo: Fue conveniente que la bienaventurada Vírgen María, por quien debe quitársenos la ignominia, venciese al diablo, de modo que ni por un instante estuviese bajo su dominio (4).

(1) Or. de S. Deip. — (2) Gen. III, 15. — (3) In cit. loc. Gen. — (4) In 3. Dist. 3, art. 2, q. 1.

Pero lo que mas principalmente convino al Padre eterno fue que su Hija quedase exenta del pecado de Adan, porque la destinaba para Madre de su Unigénito. Antes que existiese criatura alguna, le dice san Bernardino de Sena, tú fuíste destinada en la mente de Dios para que el mismo Dios en tí se hiciera hombre (1). Por lo tanto, aun cuando otro motivo no hubiera, á lo menos por el honor de su Hijo, que era Dios, convenia que el Padre la criase limpia de toda mancha. Dice el angélico santo Tomás, que todo lo ordenado por Dios debe ser santo y exento de mancilla (2), y que por esto al trazar David el plan del templo de Jerusalen con la magnificencia que convenia al Señor decia: «No se prepara habitacion «para un hombre, sino para Dios (3).» Con mucha mas razon, dice el beato Dionisio Cartujano, debemos creer que destinando el sumo Hacedor á María por Madre de su mismo Hijo, adornó su alma de las mas bellas prerogativas, para que fuese habitacion digna de un Dios (4). Y la misma santa Iglesia nos lo confirma diciendo que Dios preparó el cuerpo y el alma de María á fin de que fuese digno albergue de su Unigénito en la tierra.

Es notorio que el primer honor de los hijos es descender de noble estirpe (5). De aquí proviene que mejor se soporta en el mundo el ser reputado por pobre ó ignorante, que el ser de vulgar orígen, porque el pobre puede enriquecerse con su industria, y el ignorante hacerse sábio con el estudio; pero el que es de linaje oscuro difícilmente puede alcanzar el título de nobleza, y si por ventura lo consigue, siempre puede echársele en cara la bajeza de su orígen. ¿Cómo seria creible, pues, que pudiendo Dios hacer que su Hijo naciese de una Madre noble preservándola de la culpa, le hiciese nacer de una madre inficionada del pecado, y así Lucifer pudiera reprocharle el oprobio de haber nacido de una madre esclava suya y enemiga de Dios? No, el Señor no pudo permitirlo; al contrario, proveyó que su Madre fuese siempre Inmaculada, atendiendo al honor de su Hijo, á

(1) Serm. XV, c. 4. — (2) 1 p. q. 36, art. 2.— (3) I Paral. XXIX, 1. — (4) Lib. 2 de Laud. Virg. — (5) Prov. XVII, 6.

fin de que fuese una madre cual convenia al mismo, segun nos lo asegura la Iglesia griega (1).

Es un axioma comun entre los teólogos que ningun don se ha concedido jamás á criatura alguna con el cual no haya sido tambien enriquecido la bienaventurada Vírgen. Hé aquí como habla sobre el particular san Bernardo: «Ciertamente no es lícito el sospechar siquiera que «haya sido negado á una Vírgen tan singular lo que se «concediera á alguno de los mortales (2);» y santo Tomás de Villanueva: «Nada se concedió jamás á alguno «de los Santos, que desde un principio no resplandeciera «reunido en María (3).» Y siendo cierto que entre la Madre de Dios, y los simples fieles hay una distancia infinita, segun el célebre dicho de san Juan Damasceno (4), debe de consiguiente admitirse, como enseña santo Tomás, que Dios concedió privilegios de gracia en todo género mayores á la Madre que á los siervos (5). Sentado esto, añade san Anselmo, el gran defensor de la Concepcion Inmaculada de María, ¿por ventura no pudo la divina Sabiduría disponer para su Hijo una habitacion pura, á fin de preservarlo de toda mancha del género humano? Dios pudo conservar ilesos á los Ángeles del cielo en la defeccion de tantos otros, ¿y no podria preservar á la Madre de su Hijo y á la Reina de los Ángeles de la comun caida de los hombres (6)? Pudo Dios, añado yo, conceder á Eva la gracia de nacer sin mancha, y ¿no pudiera hacerla despues á María?

¡Ah! no; Dios pudo muy bien hacerlo, y lo hizo, pues bajo todos conceptos era conveniente, como dice el mismo san Anselmo, que aquella Vírgen de quien Dios determinó naciese su único Hijo, estuviese adornada de tal pureza, que no solo excediese á la de todos los hombres y de todos los Ángeles, sino que fuese la mayor que, despues de la de Dios, pudiera imaginarse (7). Mas claramente aun se expresa san Juan Damasceno diciendo: Conservó el alma de María y asímismo su cuerpo, segun correspondia á la que habia de llevar en su seno al mis-

(1) In Mem. die 28 Martii. — (2) Epist. CLXXIV. — (3) Serm. II de Assumpt. — (4) Or. 1 de Assumpt. — (5) 3 p. q. 27, art. 2.— (6) Serm. de Concept. — (7) Dict. Lib. de Conc.

mo Dios, que siendo santo descansa en los Santos (1). Por lo que el Padre eterno bien pudo decir á esta su querida Hija: Hija, entre todas mis demás hijas tú eres como el lirio entre las espinas, pues si las demás están manchadas del pecado, tú fuiste siempre inmaculada y mi amiga (2).

PUNTO II.

En segundo lugar convino al Hijo preservar á María de la culpa como á Madre suya. A ningun hijo le ha sido otorgada la facultad de escogerse la madre que le plazca; pero si alguna vez se concediese esta eleccion á alguno, ¿quién habria que pudiendo tener por madre á una Reina, la eligiese esclava? pudiendo tenerla de elevada estirpe, la quisiese villana? pudiendo tenerla amiga de Dios, la prefiere enemiga? Si, pues, solamente el Hijo de Dios pudo escoger á su gusto la madre, no hay duda, dice san Bernardo, que la eligiria conforme convenia á un Dios (3). Y siendo decoroso á un Dios purísimo tener una Madre exenta de toda culpa, se la eligió así, como afirma san Bernardino de Sena (4); á lo que alude lo que escribió el Apóstol: Tal convenia que fuese nuestro Pontífice santo, inocente, inmaculado, segregado de los pecadores, etc. (5). Un sábio autor observa que segun san Pablo, fue conveniente que nuestro Redentor, fuese no solo exento de pecado, sino tambien separado de los pecadores, como lo explica santo Tomás (6). Mas ¿cómo pudiera decirse que Jesucristo se halla segregado de los pecadores, si hubiese tenido una madre pecadora? Refiriéndose san Ambrosio á las palabras de san Pablo: «El primer hombre de la tierra, terreno, y el «segundo hombre del cielo, celestial (7),» dice: No de tierra, sino de cielo se escogió este vaso, para que descendiese Jesucristo en él, y le consagró templo del pudor (8). Tambien san Ambrosio llama á la divina Madre *Vaso celestial*, no porque María no fuese terrena por na-

(1) Lib. 4 de Fide Ort. cap. 15. — (2) Cant. II, 2. — (3) Hom. III, sup. Miss. — (4) Tom. 2. Serm. LI, c. 1. — (5) Hebr. VII, 26. — (6) 3 p. q. 4, art. 6. — (7) I Cor. XV, 47. — (8) De Inst. Virg. cap. 5.

turaleza, como soñaron los herejes, sino celestial por gracia, porque aventajó á los Ángeles del cielo en pureza y santidad, cual convenia á un Rey de gloria que debia habitar en su seno, como san Juan Bautista lo reveló á santa Brígida (1). A esto se añade lo que el mismo eterno Padre dijo á dicha Santa: «María fue vaso limpio, «y no limpio. Limpio, porque fue sin mancilla; y no lim«pio, porque nació de padres pecadores, aunque conce«bida sin pecado, para que de ella naciese sin pecado mi «Hijo (2).» Y nótense las últimas palabras, que María fue concebida sin pecado, para que naciese sin pecado el divino Hijo. No porque Jesucristo fuese capaz de contraer la culpa, sino para librarse del oprobio de tener una Madre inficionada del pecado y esclava del demonio.

El Espíritu Santo dice, que el honor del padre es la gloria del hijo y la deshonra del padre es el oprobio del hijo (3). Por lo que sienta san Agustin que Jesús preservó el cuerpo de María de la corrupcion despues de su muerte, porque hubiera redundado en deshonor suyo que aquella carne virginal de la que él se revistió estuviese sujeta á la corrupcion (4). Si hubiera, pues, sido menoscabo para Jesucristo nacer de una madre, cuyo cuerpo hubiese estado sujeto á la corrupcion de la carne, ¿cuánto mas si hubiese tenido el alma inficionada de la corrupcion del pecado? Por otra parte, siendo cierto que la carne de Jesús es la misma que la de María, de tal manera que, como añade el mismo Santo, la carne del Salvador, aun despues de su resurreccion, quedó la misma que él habia tomado en el seno de su Madre (5), por lo que Arnoldo Carnotense dijo: «La carne de Jesucristo «es la misma que la de su Madre, y así entiendo que no «es comun, sino una la gloria del Hijo y la de la Ma«dre (6);» siendo esto verdad, repito, si la bienaventurada Vírgen hubiese sido concebida en pecado, aun cuando su Hijo no hubiera contraido la mancha, sin embargo, habria quedado siempre contaminado habiendo unido á sí la carne un tiempo inficionada de la culpa, vaso de corrupcion, y esclava de Lucifer.

(1) Rev. l. 1 cap. 17. — (2) Lib. 5, cap. 13. — (3) Eccli. III, 13. — (4) Serm. de Assumpt. B. Virg. — (5) Serm. de Assumpt. B. Virg. — (6) De Laud. Virg.

María no solo fue Madre, sino tambien digna Madre del Salvador, como la llaman todos los santos Padres, san Bernardo (1), santo Tomás de Villanueva (2); y la misma santa Iglesia reconoce que María fue digna de ser Madre de Jesucristo (3); lo cual explica santo Tomás de Aquino diciendo: Que María no pudo merecer por sí la encarnacion del Verbo, sino que con el auxilio de la divina gracia alcanzó tal grado de perfeccion, que se hizo digna Madre de Dios, segun lo que san Pedro Damian escribió tambien de ella (4).

Admitido, pues, que María se hizo merecedora de ser Madre de Dios, ¿qué excelencia, dice santo Tomás de Villanueva, y qué perfeccion puede dejar de convenirle (5)? El Doctor angélico enseña que cuando Dios elige á alguno para alguna dignidad, le hace tambien idóneo para la misma; y que habiendo elegido Dios á María por Madre suya, la hizo tambien digna con su gracia (6); de lo que deduce el Santo que la Vírgen nunca cometió ningun pecado actual ni aun venial; pues de otro modo no hubiera sido digna Madre de Jesucristo, porque la ignominia de la Madre hubiera recaido en el Hijo, habiendo tenido á una pecadora por Madre (7). Si María, pues, cometiendo un solo pecado venial, que no priva al alma de la divina gracia, se hubiera hecho indigna de ser Madre de Dios, ¿cuánto mas si hubiese sido rea de la culpa original, que implica la enemistad de Dios y la esclavitud del demonio? Esto fue lo que obligó á san Agustin á decir en una célebre sentencia suya, que hablando de María no queria tratar del pecado, por honor del Señor, que ella mereció por Hijo, quien con su gracia la preservó de toda culpa (8).

De consiguiente, debemos tener por indubitable, como dicen san Pedro Damian y san Proclo (9), que el Verbo encarnado se eligió una Madre digna de él, para no tener que avergonzarse de ella. No fue, por lo tanto, un oprobio para Jesús que los hebreos le llamaran por des-

(1) In Depr. ad Virg. — (2) Serm. III de Nat. Virg.— (3) Resp. 1, Noct. 2 in Nat. Mar. — (4) De Assumpt. Serm. II. — (5) Serm. III de Nat. Virg. — (6) 3 p. q. 27, art. 4. — (7) 3. p. q. 27, art. 4. — (8) De Nat. et grat. contra Pel. t. 7, c. 36.— (9) Or. de Nat. Dom.

precio hijo de María, como hijo de una pobre mujer (1), pues él vino al mundo á dar ejemplo de humildad y de paciencia. Lo que ciertamente hubiera sido un oprobio, es que los demonios pudieran decir con razon: «¿No fue «su Madre pecadora y al mismo tiempo nuestra esclava?» Y si fuera tambien indecoroso que Jesucristo naciera de una mujer deforme ó poseida del demonio, ¿cuánto mas de una mujer cuya alma estuviera algun tiempo manchada y poseida por el demonio? ¡Ah! este Dios, el cual es la misma sabiduría, supo fabricarse en la tierra una habitacion digna de su majestad. «La Sabiduría se fabricó «una casa (2).» «El Señor, dice David, santificó su ha«bitacion desde el principio de su vida, para hacerla dig«na de sí (3),» porque no convenia á un Dios santo elegirse una morada que no fuese santa (4). Y si él mismo asegura que no habitará jamás en una alma malvada y en un cuerpo sujeto al pecado (5), ¿cómo podemos creer que el Hijo de Dios quisiese morar en el alma y el cuerpo de María, sin santificarla primero y preservarla de toda mancha de pecado, pues, como enseña santo Tomás, el Verbo eterno habitó no solo en el alma, sino en el seno de María (6)? La santa Iglesia canta: «Señor, Vos no tu«vísteis horror de habitar en el vientre de la Vírgen.» Sí, porque á Dios hubiera repugnado encarnarse en el seno de una Inés, de una Gertrudis, de una Teresa, pues estas vírgenes, aunque santas, estuvieron, sin embargo, algun tiempo manchadas del pecado original; pero no tuvo horror de hacerse hombre en el seno de María, porque esta Vírgen privilegiada estuvo siempre exenta de toda culpa, y jamás se halló poseida de la enemiga serpiente, por lo que escribió san Agustin: «El Hijo de Dios no se «fabricó para sí otra casa mas digna que María, en la «cual jamás penetraron los enemigos, ni fue despojada «de su ornato.»

¿Quién oyó jamás, dice san Cirilo Alejandrino, que un arquitecto despues de haberse fabricado una casa para su uso, concediera á su principal enemigo que la habitase primero (7)?

(1) Matth. XIII, 55. — (2) Prov. c. IX, 1. — (3) Psalm. XLV, 5. — (4) Psalm. XCII, 5. — (5) Sap. I, 4. — (6) 3 p. q. 27, a. 4. — (7) In Conc. Eph. n. 6.

El Señor, añade san Metodio, que nos impuso el precepto de honrar á los padres, haciéndose hombre como nosotros, no quiso infringirlo, y por lo mismo colmó á su Madre de gracias y honores (1). Por esto dice san Agustin que debe creerse que Jesucristo preservó de la corrupcion el cuerpo de María despues de la muerte, conforme se ha dicho ya, porque si no lo hubiese hecho, no hubiera observado la ley, la cual así como prescribe honrar á la madre, prohibe el disfamarla (2). De consiguiente Jesús no hubiera atendido al honor de su Madre, no preservándola de la culpa de Adan. El P. Tomás de Argentina, agustiniano, dice que pecaria el hijo que, estando en su mano preservar á su madre de la culpa original, no lo hiciese; y lo que en nosotros seria pecado debe creerse que no fuera decoroso al Hijo de Dios; esto es, que pudiendo hacer inmaculada á su Madre no lo hubiese hecho. ¡Ah! no, dice Gerson: queriendo Vos, Príncipe supremo, tener una madre, tuvísteis de celar por su honor, y es bien manifiesto que se quebrantaria esta ley, si hubiéseis permitido que se sujetase á la abominacion del pecado original la que debió ser morada de toda pureza (3).

Además, segun san Bernardino de Sena, el divino Hijo descendió á la tierra mas por redimir á María que al resto del género humano, y como hay dos modos de redimir, como enseña san Agustin, uno levantando al caido, y otro preservándole de caer, no cabe duda que este es el mas elevado, porque evita al alma el daño ó la mancha que se contrae en la caida (4). Por lo que segun este modo, que convenia á la Madre de un Dios, debe creerse que María fue redimida, como dice san Buenaventura en su segundo sermon de la Asuncion, que pertenece al santo Doctor, segun prueba Frasen (5); sobre lo que el cardenal Cusano dice con elegancia: Los demás tuvieron un Redentor que les libró del pecado ya contraido; pero la santísima Vírgen tuvo un Redentor, que por ser su Hijo la libró de contraerlo.

En suma, y para concluir este punto, dice Hugo de San

(1) Or. in Hypap. — (2) Serm. de Assumpt. B. Virg. — (3) Serm. de Conc. B. Virg. — (4) S. Anton. — (5) Scor. Arcad. t. 8, a. 3, sect. 4, q. 1, § 1.

Victor que por el fruto se conoce el árbol. Si el Cordero fue siempre inmaculado, debió ser siempre tambien inmaculada la Madre (1); por lo que este mismo doctor saludaba á María diciéndole: «¡Oh digna Madre de un «digno Hijo!» queriendo decir, que solo María era digna Madre de tal Hijo, y que solo Jesús era digno Hijo de tal Madre. «¡Oh digna de tan digno Hijo, continúa di«ciendo, hermosa del hermoso, excelsa del Altísimo, «Madre de Dios (2).» Digámosle con san Ildefonso, amamantad, pues, ó María, á vuestro Criador; al que os crió tan pura y perfecta, que merecísteis que tomase en Vos el ser de hombre (3).

PUNTO III.

Si convino, pues, al Padre, preservar del pecado á María como á Hija suya, y al Hijo como á su Madre, tambien convino al Espíritu Santo preservarla como á Esposa suya. María, dice san Agustin, fue la única que mereció ser llamada Madre y Esposa de Dios (4); y san Anselmo afirma que el Espíritu Santo descendió corporalmente en María, y colmándole de gracias sobre todos los séres, descansó en ella, é hizo á su Esposa Reina del cielo y de la tierra (5). Dice que descendió corporalmente en María en cuanto al efecto, pues vino á formar de su cuerpo inmaculado el inmaculado cuerpo de Jesucristo, conforme el Arcángel se lo habia anunciado. «El Espíritu Santo «descenderá sobre tí (6).» Por esto, dice santo Tomás, es llamada María templo del Señor y sagrario del Espíritu Santo, porque por obra de este fue hecha Madre del Verbo encarnado (7).

Pues bien: si un pintor eminente debiera casarse con una mujer hermosa ó fea, segun se la pintase él mismo, ¿no haria por pintarla lo mas hermosa que le fuese posible? ¿Cómo podria decirse, pues, que el Espíritu Santo no obrase así en María, y que pudiendo hacer á su Esposa tan pura como le convenia, dejase de practicarlo? Y como le convino así lo hizo, conforme atestiguó el mismo

(1) Coll. 3 de Verb. Inc. — (2) Un. de S. Vict. Serm. de Assumpt. — (3) Serm. de Nat. Virg. — (4) Serm. de Assumpt.— (5) De exc. Virg. c. 4. — (6) Luc. 1, v. 35. — (7) Opusc. 8.

Señor, cuando alabando á María la dijo: «Toda hermosa «eres, amiga mia, y mancilla no hay en tí (1);» cuyas palabras, como dicen san Ildefonso y santo Tomás, se aplican propiamente á María, segun refiere Cornelio Alápide sobre dicho texto; y san Bernardino de Sena (2) y san Lorenzo Justiniano (3) afirman que las dichas palabras se entienden precisamente de su Inmaculada Concepcion; por lo que el Idiota la dice: «Eres toda hermosa, Vírgen «gloriosísima, no en parte, sino en todo, y no hay en tí «mácula de pecado, ni mortal, ni venial, ni original (4).

Esto mismo significó el Espíritu Santo al llamar á su Esposa *huerto cerrado y fuente sellada* (5). María, dice san Jerónimo, fue este huerto cerrado y esta fuente sellada, puès nunca entraron en ella los enemigos para empañarla, sino que permaneció siempre ilesa, quedando santa en el alma y en el cuerpo (6); y hablando san Bernardo con la bienaventurada Vírgen, dice: «Tú eres huerto «cerrado en el que nunca penetró la mano de los pecado«res para robar sus flores (7).»

Sabemos que este divino Esposo amó mas á María que á todos los demás Santos y Ángeles juntos, segun afirman el P. Suarez, san Lorenzo Justiniano y otros. Él la amó desde el principio, y la elevó en santidad sobre todos, como expresa David: «Sus cimientos se apoyan so«bre los montes santos; el Señor ama las puertas de Sion «mas que todos los tabernáculos de Jacob; un hombre «ha nacido en ella, y el mismo Altísimo la fundó (8);» palabras todas que significan la santidad de María desde el instante de su Concepcion. Lo mismo figura lo que dijo el Espíritu Santo en otros lugares: «Muchas son las «hijas que han reunido riquezas, pero tú aventajas á to«das (9).» Si María excedió á todas las criaturas en riquezas de gracia, se colige tuvo tambien la justicia original, como la tuvieron Adan y los Ángeles. Todas las almas justas son hijas de la divina gracia, pero entre estas María fue la *paloma* sin hiel de culpa, la *perfecta* sin mancha de orígen, la *única* concebida en gracia (10).

(1) Cant. IV, 7. — (2) Tom. 2, Serm. XLII. — (3) Serm. de Nat. Virg. — (4) In contempl. B. Virg. c. 3. — (5) Cant. IV. 12. — (6) Ep. X ad Eust. de Assumpt. — (7) Vide in loc. cit. Cant. IV. — (8) Psalm. LXXXVI. — (9) Prov. XXXI, 29. — (10) Cant. VII, 8.

Así vemos que el Ángel antes que ella fuese Madre de Dios ya la halló llena de gracia y la saludó diciéndole: «Dios te salve, llena de gracia;» sobre cuyas palabras escribió Sofronio, que la gracia se da á los otros Santos parcialmente, pero á María por entero (1); de manera que, dice santo Tomás, la gracia no solo santificó el alma, sino tambien la carne de María, á fin de que pudiese revestir al Verbo eterno (2). Todo esto, pues, conduce á demostrar que el Espíritu Santo desde el momento de su Concepcion la enriqueció y colmó de la divina gracia, como arguye Pedro Celense (3); por lo que san Pedro Damian dice: Siendo elegida y preelegida por Dios, el Espíritu Santo habia de prevenir y hacer suya esta Esposa para que el demonio no se apoderase de ella (4).

Quiero concluir este discurso, en el que he sido mas extenso que en los demás por el motivo de que nuestra mínima Congregacion tiene por su principal protectora á la santísima Vírgen María, precisamente bajo el título de su Inmaculada Concepcion: quiero concluir, repito, exponiendo sucintamente cuáles son los motivos que me convencen, y que á mi parecer, deben convencer á cualquiera de esta opinion tan piadosa y gloriosa para la divina Madre, de que ella haya sido exenta de la culpa original.

Hay muchos doctores que sostienen que María fue tambien exenta hasta de contraer el débito del pecado: tales son el cardenal Galatino (5), el cardenal Casano (6), de Ponte (7), Zalazar (8), Catarino (9), Novarino (10), Viva (11), de Lugo, Egilio, Richelio y otros. Esta opinion no deja de ser probable, porque si es verdad que en la voluntad de Adan, como cabeza del género humano, estuvieron incluidas las voluntades de todos los hombres, segun lo sostienen con probabilidad Gonet (12), Gabet (13) y otros, apoyados en el texto de san Pablo: «En «Adan todos pecaron (14);» si esto es, pues, probable, no lo es menos que María no contrajo la deuda del pecado,

(1) Serm. de Assumpt. B. Virg. — (2) Opusc. 7. — (8) Lib. de Panip. c. 10. — (4) Serm. de Annun. — (5) De Arca lib. 7, c. 18. — (6) Lib. 8. Exerc. 8. — (7) Lib. 2. Cant. ex. 10. — (8) D. V. Conc. c. 7, § 7. — (9) D. pec. orig. c. ult. — (10) Umbr. Virg. c. 10, exc. c. 28. — (11) P. 8, d. 2, q. 2, a. 3. — (12) Man. tom. 3, tr. 5, 6, c. § 2. — (13) Tom. 3, pec. c. 7. — (14) Rom. v.

porque habiéndola distinguido Dios del comun de los hombres por la gracia, debe creerse piadosamente que en la voluntad de Adan no incluyó la de María.

Esta opinion es solamente probable, y á ella me adhiero por redundar en mayor gloria de mi querida Señora; pero tengo tambien por cierta la otra de que María no contrajo el pecado de Adan, como la tienen por cierta y aun por próximamente definible de fe, segun su expresion, el cardenal Everardo (1), Duvalio (2), Raynaldo (3) y otros muchos. Por lo tanto, omito las revelaciones que confirman la referida opinion, especialmente las de santa Brígida, aprobadas ya por el cardenal Torrequemada y por cuatro Sumos Pontífices, como se lee en muchos lugares del libro VI de dichas revelaciones (4). Mas de ninguna manera puedo dejar de notar aquí las sentencias de los santos Padres sobre esta materia para patentizar cuán acordes estuvieron en conceder este privilegio á la divina Madre. San Ambrosio dice: Recíbeme no de Sara sino de María, para que sea Vírgen pura, Vírgen exenta por la gracia de toda mancha de pecado (5). Hablando Orígenes de María dice: No fue inficionada por el venenoso hálito de la serpiente (6). San Efren: Inmaculada y muy remota de toda mancha de pecado (7). San Agustin sobre las palabras del Ángel: *Dios te salve, llena de gracia*, escribió: Con ellas muestra que cesó del todo (nota *del todo*) el enojo de la primera sentencia, restituyéndose la gracia llena de bendicion (8). San Jerónimo: Aquella nube no estuvo en las tinieblas, sino siempre en la luz (9). San Cipriano ú otro autor: Ni permitia la justicia que aquel vaso de eleccion se contaminase con la comun afrenta, porque siendo tan superior á los demás, participaba de la naturaleza, pero no de la culpa (10). San Anfiloquio: El que formó á la primera vírgen exenta de pecado, creó á la segunda sin sombra de delito (11). Sofronio: Llámase la Vírgen Inmaculada porque no fue contaminada en lo mas mínimo (12). San Ildefonso: Consta

(1) In exam. Theol. — (2) 1, 2, q. 2 de pecc. — (3) Pied. Lugd. n. 29. — (4) Al c. 12, 49 y 55. — (5) Serm. XXII in Psalm. CXVIII. — (6) Hom. I. — (7) Tom. 5, orat. ad Dei Gen. — (8) Serm. XI de Nat. Dom. — (9) In Psalm. LXXVII. — (10) Lib. de Carn. Christi oper. de Nat. — (11) Tr. de Deip. — (12) Ep. ap. Syn. Tom. 3, p. 307.

que fue exenta del pecado original (1). San Juan Damasceno: La serpiente no tuvo entrada en este paraíso (2). San Pedro Damian: La carne de la Vírgen, aunque tomada de Adan, no contrajo las manchas de esté (3). San Bruno: Esta es aquella tierra incorrupta á la que bendijo el Señor, y por lo mismo libre de todo contagio de pecado (4). San Buenaventura: Nuestra Señora estuvo llena de la gracia preventiva en su santificacion, esto es, de la grácia que la preservó de la fealdad de la culpa original (5). San Bernardino de Sena: No es creible que el Hijo de Dios hubiese querido nacer de la Vírgen y tomar su carne, á estar contaminada por el pecado original (6). San Lorenzo Justiniano: Desde el instante de su Concepcion estuvo precavida en bendiciones (7). El Idiota sobre aquellas palabras *hallaste gracia*, dice: Hallaste gracia singular, ó dulcísima Vírgen, porque fuiste preservada de la mancha original (8). Y lo mismo dicen otros muchos doctores.

Finalmente, los motivos que garantizan la verdad de esta piadosa sentencia son dos: el primero, el consentimiento universal de los fieles acerca este punto. El P. Gil de la Presentacion atestigua (9) que todas las Órdenes religiosas son del mismo dictámen, y un autor moderno del mismo Órden de santo Domingo dice, que aun cuando haya noventa y dos escritores que sostienen la opinion contraria, ciento treinta y seis profesan la nuestra. Pero, lo que sobre tódo debe persuadirnos que nuestra piadosa opinion está conforme con el comun sentir de los católicos, es lo que el papa Alejandro VII nos atestigua en su célebre bula: *La solicitud de todas las iglesias*, expedida á fines del año 1661, en la que se dice: Tomó nuevo aumento y se propagó esta devocion y culto de la Madre de Dios... de manera, que habiendo adoptado esta opinion (á saber la pia), las universidades ya la siguen, y cási todos los católicos la abrazaron ya. En efecto, la profesan las academiás de la Sorbona, de Alcalá, de Salamanca, de Coimbra, de Colonia, de Maguncia, de Nápo-

(1) Cons. Disp. de Virg. Mar.— (2) Or. 2 de Nat. Mar. — (3) Serm. de Assumpt. Virg. — (4) In Psalm. CI. — (5) Serm. II de Assumpt.— (6) Tom. 3, Serm. XLIX. — (7) Serm. de Annunt. — (8) Cap. 6. — (9) De Præf. Virg. q. 6, n. 4.

les y otras muchas, en las cuales todos los que se gradúan obligánse con juramento á defender la Inmaculada Concepcion de María. De este argumento, esto es, del comun dictámen de los fieles, se vale con preferencia el docto Petavio para probar esta opinion (1), argumento que, segun escribe el doctísimo obispo D. Julio Torni (2), no puede menos de convencer, porque si verdaderamente el comun consentimiento de los fieles nos asegura de la santificacion de María en el seno de su Madre, y de su gloriosa asuncion al cielo en alma y cuerpo, ¿por qué esta comun opinion de los fieles no nos asegura tambien de su Concepcion Inmaculada?

El otro motivo, mayor aun que el primero, que nos hace creer que la Vírgen estuvo exenta del pecado original, es la fiesta que la Iglesia universal tiene establecida en celebracion de su Concepcion Inmaculada; sobre lo que por un lado advierto que la Iglesia celebra el primer instante en que fue criada el alma de María y unida al cuerpo, como declara Alejandro VII en la bula citada, en la cual se dice que la Iglesia tributa á la Concepcion de María el mismo culto que la piadosa opinion, segun la cual, fue concebida sin la culpa original. Por otra parte, no ignoro que la Iglesia no puede celebrar lo que no sea santo, segun los oráculos de san Leon, papa (3), y de san Eusebio, pontífice: «En la Sede apostóli-«ca, siempre se ha conservado la religion apostólica, «sin mancha (4);» y como enseñan todos los teólogos con san Agustin (5), san Bernardo (6) y santo Tomás, el cual para probar que María fue santificada antes de nacer, se sirve precisamente del argumento de la celebracion que hace la Iglesia de su nacimiento, y por esto dice: La Iglesia celebra la Natividad de la bienaventurada Vírgen; es así que no se celebra fiesta en la Iglesia sino por algun Santo; luego la bienaventurada Vírgen fue santificada en el vientre de su madre (7). Si es cierto, pues, como dice el Doctor angélico, que María fue santificada en el vientre de su madre, pues la Iglesia santa celebra

(1) Tom. 5, p. 2. l. 14, c. 2, n. 10. — (2) In Adn. ad Est. l. 2, dist. 3, § 2. — (3) Ep. Decret. 4, c. 2. — (4) Decret. 24, 9, 1, c. In Sede. — (5) Serm. XCV et CXIII. — (6) Ep. ad Dan. Lugd. — (7) 3 p. q. 27, a. 1.

su nacimiento, ¿por qué no habrémos de tener tambien por cierto que María fue preservada del pecado original desde el primer instante de su Concepcion, ya que sabemos que en este sentido la misma Iglesia celebra su fiesta? En confirmacion de este gran privilegio de María son bien notorias las innumerables y prodigiosas gracias que el Señor se complace dispensar todos los dias en el reino de Nápoles por medio de las estampas de la Inmaculada Concepcion. Yo pudiera citar considerable número de ellas presenciadas por los Padres de nuestra misma Congregacion, pero me limitaré á referir dos que verdaderamente son admirables.

EJEMPLO.

En una de las casas que nuestra mínima Congregacion posee en el reino de Nápoles, se presentó una mujer diciendo á uno de nuestros Padres que su marido habia muchos años no se confesaba, y que la infeliz ya no sabia qué hacerse para reducirle, pues al hablarle de confesion la maltrataba. El Padre le contestó que le diese una estampa de la Inmaculada Concepcion. Á la noche la mujer suplicó otra vez á su marido que se confesase; pero no queriendo hacer ningun caso de sus palabras, como acostumbraba, ella le dió una estampa. Hé aquí que apenas el marido la recibió, dijo: «Y bien, ¿cuándo «quieres llevarme á confesar, que estoy dispuesto á ello?» La mujer empezó á llorar de alegría al ver aquel cambio tan repentino. Efectivamente, por la mañana vino á nuestra iglesia; y preguntándole el expresado Padre cuánto tiempo habia transcurrido desde su última confesion, respondió que veinte y ocho años. ¿Y cómo, repuso el Padre, os habeis decidido esta mañana á confesaros? Padre, le contestó, yo permanecia obstinado, pero anoche mi mujer me dió una estampa de la Vírgen, y en el mismo instante experimenté tal mudanza en mi corazon, que esta noche cada momento me parecian siglos, anhelando que llegase el dia para poder venir á confesarme. Confesóse en efecto con mucho dolor, mudó de vida, y con-

tinuó mucho tiempo confesándose á menudo con el mismo Padre.

En otro lugar de la diócesis de Salerno, durante la santa mision que en él hacíamos, habia un hombre enemistado mortalmente con otro sujeto que le habia ofendido. Uno de nuestros Padres le habló para que le perdonase, y él le contestó: « Padre mio, ¿me vísteis jamás asistir á «vuestros sermones? No por cierto, pues por este motivo «nunca voy á oirles; no ignoro que estoy condenado; «pero no importa, quiero vengarme.» El Padre insistió mucho para convertirle, mas viendo que sus palabras eran inútiles, « tomad, le dijo, esta estampa de la Vír«gen.» Él le respondió: «¿Y para qué sirve esta estam«pa?» Sin embargo, tomóla, y al instante, aunque siempre habia negado el perdon que le pedia, dijo al misionero: « Padre mio, ¿desea vuestra reverencia otra cosa «mas que el perdon? pronto estoy á perdonar.» Y al efecto se pusieron acordes para la mañana siguiente. Mas al siguiente dia habia ya mudado de parecer y no queria cumplir lo que habia ofrecido. Dicho Padre le entregó otra estampa, la que no queria admitir, y solo despues de muchas instancias accedió á ella; y ¡oh maravilla! al momento que tomó la otra estampa exclamó: « Ea, con«cluyamos pronto; ¿dónde se halla mi enemigo?» y luego le perdonó y se confesó.

ORACION.

¡Ah, mi Inmaculada Señora! yo me gozo con Vos al veros enriquecida de tanta pureza. Doy gracias y propongo darlas siempre á nuestro Criador, por haberos preservado de toda mancha de culpa, como tengo por cierto, y para defender el grande y singular privilegio de vuestra Inmaculada Concepcion, juro sacrificar, si fuese necesario, hasta mi vida. Quisiera que todos los hombres os conociesen y admirasen como la bella *Aurora*, siempre esplendente de divina luz; como el *Arca* elegida de salud, libre del comun naufragio del pecado; como la *perfecta é inmaculada Paloma*, segun la expresion de vuestro divino Esposo; como el *Huerto cerrado*, que fue

la delicia de Dios; como la *Fuente sellada,* en la que jamás entró el enemigo á enturbiar sus aguas; y en fin, como el blanco *Lirio*, cual sois Vos, que naciendo entre las espinas de los hijos de Adan, donde todos nacen manchados de la culpa y enemigos de Dios, Vos nacísteis pura, candorosa y amada de vuestro Criador.

Permitid, pues, que tambien yo os alabe como os alabó vuestro mismo Hijo: «Toda tú eres hermosa, y no hay «ninguna mancha en tí.» ¡Oh purísima paloma, toda candidez y belleza, siempre amiga de Dios! ¡Qué hermosa eres, amiga mia, qué hermosa eres! ¡Ah dulcísima, amabilísima, Inmaculada María! Vos que sois tan hermosa á los ojos de vuestro Señor, no os desdeñeis de fijar vuestras misericordiosas miradas en las asquerosas llagas de mi alma. Miradme, apiadaos de mí y curadme. ¡Oh hermoso iman de los corazones! Atraed hácia Vos mi corazon miserable. Vos, que desde el primer instante de vuestra vida aparecísteis pura y hermosa delante de Dios, compadeceos de mí, que no solo nací en pecado, sino que despues del bautismo manché mi alma con nuevas culpas. Dios eterno que os eligió por Hija, Madre y Esposa suya, preservándoos por lo mismo de toda mancha, y prefiriéndoos en su amor á todas las criaturas, ¿qué gracia podrá nunca negaros? Vírgen Inmaculada, por Vos he de verme salvo, os diré con san Felipe Neri, haced que de continuo me acuerde de Vos, y no os olvideis de mí. Paréceme que tardará aun mil años en llegar el feliz momento de poder contemplar vuestra hermosura en el cielo, para alabaros y amaros aun mas, Madre mia, Reina mia, querida mia, hermosísima, dulcísima, purísima, Inmaculada María. Amen.

DISCURSO II.

DEL NACIMIENTO DE MARÍA.

María nació Santa, y gran Santa, pues la gracia con que Dios la enriqueció desde el principio, y la fidelidad con que la Virgen le correspondió luego fueron muy grandes.

Los hombres tienen la costumbre de celebrar con fiestas y demostraciones de alegría el nacimiento de sus hijos, cuando mas bien debieran llorarle con señales de luto y de dolor, pues que no solo nacen privados de mérito y razon, sino manchados de la culpa, hijos de ira, y condenados por lo mismo á todas las miserias y á la muerte. Justo es, por el contrario, celebrar con fiestas y universal alabanza el nacimiento de María, porque si viene al mundo niña, á lo menos viene grande en méritos y virtudes. María nace santa, y gran santa; mas para comprender el grado de santidad con que nació, preciso es considerar primero cuán grande fue la primitiva gracia con que Dios la enriqueciera, y despues cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió luego á Dios.

PUNTO I.

Sobre el primer punto, es indudable que el alma de María fue la mas hermosa que Dios criara jamás, de modo que, despues de la Encarnacion del Verbo, esta fue la obra mas grande y mas digna de sí que el Omnipotente hizo en este mundo, como lo dice san Pedro Damian. La divina gracia, pues, no descendió gota á gota sobre María como en los demás Santos, sino como la lluvia sobre un vellocino, segun profetizó David (1). El alma de María, dice san Basilio, fue á manera de lana, que felizmente absorbió la abundante lluvia de la gracia sin perder una sola gota (2). Por lo que ella declara en el Eclesiástico: « Mi habitacion fue en la plena reunion de los

(1) Psalm. LXXI, 6. — (2) In Cat. D. Th. in 1 Luc.

«Santos (1);» esto es, conforme explica san Buenaventura: Poseo en su plenitud lo que los demás Santos solo tienen en parte (2). Y san Vicente Ferrer hablando especialmente de la santidad de María anterior á su nacimiento, dice que ella aventajó á todos los Santos y Ángeles en santidad pues fue santificada en el vientre de su madre.

La gracia que obtuvo la bienaventurada Vírgen excedió no solo á la de cada Santo en particular, sino á la de todos los Santos y Ángeles juntos, como lo prueba el sábio P. Francisco Pepe, de la Compañía de Jesús, en su hermosa obra de las *Grandezas de Jesús y María* (3); y afirma que esta opinion tan honrosa para nuestra Reina es al presente comun y admitida como cierta entre los teólogos modernos, como son Cartagena, Suarez, Spineli, Recupito, Guerra y otros quienes la examinaron *ex profeso,* lo que no hicieron los doctores antiguos: y refiere además que la divina Madre envió al P. Martin Gutierrez á dar gracias de su parte al P. Suarez por haber defendido tan hábilmente esta opinion muy probable, la cual como atestigua el Padre Señeri en su *Devoto de María,* fue sostenida despues unánimemente por la escuela de Salamanca.

Si esta sentencia es comun y cierta, mucho mas probable será aun tambien que María desde el primer instante de su Inmaculada Concepcion recibió esta gracia superior á la de todos los Santos y Ángeles juntos, como lo defiende con empeño el mismo P. Suarez y con él los padres Spineli, Recupito (4) y La-Colombière (5). Pero además de la autoridad de los teólogos, existen dos grandes y poderosas razones que prueban la referida opinion. La primera es que María fue elegida por Dios para Madre del Verbo divino; por lo que el beato Dionisio Cartujano dice, que habiendo sido elevada á un órden superior á todas las criaturas, pues la dignidad de Madre de Dios, como sienta el P. Suarez, pertenece en cierto modo al órden de la union hipostática, con razon desde el principio de su vida le fueron concedidos los dones de un órden

(1) Eccli. c. XXIV, 16.— (2) S. Bonav. Serm. de B. Virg. — (3) Tom. 3, Lec. 136.— (4) Ap. P. Pepe Loc. cit. — (5) Pred. 29.

tan superior, que excedieron incomparablemente á todos los otorgados á las demás criaturas. En efecto, es indudable que al mismo tiempo que en los divinos decretos fue predestinada la persona del Verbo eterno para hacerse hombre, le fue destinada tambien la Madre en cuyo seno habia de tomar el ser humano, y esta fue nuestra niña María. Santo Tomás enseña que el Señor da á cada uno la gracia proporcionada á la dignidad á que le destina (1); lo que san Pablo ya enseñó anteriormente cuando escribió: «Quien nos hace tambien idóneos ministros del «Nuevo Testamento (2);» dándonos á entender que los Apóstoles recibieron de Dios los dones proporcionados á la importancia del ministerio á que fueron llamados. San Bernardino de Sena añade, que cuando Dios elige á alguno para cualquier estado, le dispensa no solamente las disposiciones necesarias al mismo, sino tambien los dones convenientes para ejercerlo dignamente (3). Por lo tanto, si María fue elegida para ser Madre de Dios, fue muy conveniente que desde el primer instante de su ser la adornase Dios de una gracia inmensa y de un órden superior á la de todos los hombres y Ángeles, debiendo la gracia corresponder á la dignidad inmensa y eminente á la que Dios la elevaba, como concluyen todos los teólogos con santo Tomás (4); de manera que María antes de ser Madre de Dios, segun dice el santo Doctor, fue colmada de una santidad tan perfecta que la hizo idónea para tan sublime dignidad (5).

Y anteriormente habia dicho que por esto se apellida á María llena de gracia, no ya por parte de la misma gracia, porque no la tuvo en el grado de excelencia de que es susceptible, así como tampoco fue suma la gracia habitual de Jesucristo, como dice el mismo santo Doctor, de modo que la virtud divina no hubiera podido hacerla mejor de potencia absoluta; aun cuando fue una gracia suficiente y que correspondia al objeto que la divina Sabiduría se propuso, esto es, á la union de la naturaleza humana con la persona del Verbo (6). Y enseña además el Doctor angélico, que la divina potencia es tan grande,

(1) 3 p. q. 27, a. 5. — (2) II Cor. III, 6. — (3) Serm. X, a. 1, c. 2. — (4) Loc. cit. artic. 4. — (5) Loc. cit. q. 27, a. 5, ad 1. — (6) D. q. 7, a. 12, ad 2.

que por mas que dé, nunca se agota, y aunque la facultad natural de la criatura en cuanto al recibir tenga límites, de modo que pueda enteramente llenarse, sin embargo, su facultad de obedecer á la divina voluntad es ilimitada, y Dios puede siempre llenarla mas, aumentando su capacidad para recibir (1); por lo que, volviendo á nuestro propósito, dice santo Tomás, que aun cuando la bienaventurada Vírgen no estuvo llena de gracia respecto á la misma gracia, se dice, no obstante, llena de gracia con relacion á ella misma, porque recibió una gracia inmensa, suficiente y correspondiente á su elevada dignidad, á fin de que esta gracia la hiciese idónea para ser Madre de Dios (2). Por lo que, segun Benedicto Fernandez, la medida para conocer cuanta haya sido la gracia comunicada á María es su dignidad de Madre de Dios.

Por lo mismo, con razon dijo David, que los cimientos de esta ciudad de Dios, María, debian abrirse en las cimas de los montes (3), esto es, que el principio de la vida de la Vírgen debia ser mas elevado que todas las vidas consumadas de los Santos. El Señor, prosigue el Profeta, ama las puertas de Sion mas que los tabernáculos de Jacob. Y el mismo David dió la razon de esto, porque Dios debia encarnarse en su seno virginal; por lo que fue conveniente que el Señor diese á esta Vírgen, desde el primer instante de su creacion una gracia correspondiente á la dignidad de Madre de Dios.

Idéntico fue el pensamiento de Isaías cuando dijo, que en los tiempos venideros debia prepararse el monte de la casa del Señor, que fue la bienaventurada Vírgen, sobre la cumbre de todos los demás montes; porque todas las naciones debian acudir á él para recibir las divinas misericordias (4). San Gregorio explica así este pasaje: Monte en verdad sobre la cumbre de los montes, porque María en su elevacion resplandece sobre todos los Santos (5). Y san Juan Damasceno: Monte que á Dios plugo escoger para su morada. Por esto María fue llamada ciprés, pero ciprés del monte Sion; cedro, pero cedro del monte Líbano; olivo, pero olivo hermoso; elegida, pero elegida co–

(1) S. Thom. q. 29, de Verit. a. 3, ad. 9. — (2) D. q. 7, art. 10, ad. 1. — (3) Psalmo LXXXVI, 1. — (4) Isai. II, 2. — (5) Lib. 1 in I Reg. c. I.

mo el sol; y dice san Pedro Damian, que así como este astro con su fulgor eclipsa de tal modo el brillo de las estrellas, que estas desaparecen, así la gran Vírgen-Madre aventaja en santidad á los méritos de toda la corte celestial (1); de manera, dice elegantemente san Bernardo, que María fue tan enaltecida que á Dios no le convenia tener otra Madre que María, ni á María otro Hijo que Dios.

La segunda razon que prueba que María en el primer instante de su existencia fue mas santa que todos los Santos reunidos, se funda en el grande oficio de mediadora de los hombres que se le concedió desde el principio; por lo que fue necesario que ya entonces poseyese mas gracia que todos los hombres juntos. Notorio es cuán comun era entre los teólogos y santos Padres el atribuir á María el título de mediadora, por haber obtenido con su poderosa intercesion y mérito de congruidad la salud á todos, procurando al género humano delincuente el gran beneficio de la redencion. Se dice mérito de congruidad, porque solo Jesucristo es nuestro mediador por via de justicia, y por mérito *de condigno*, como dicen las escuelas, habiendo él ofrecido sus méritos al eterno Padre, que los aceptó para nuestra salvacion. Y María es mediadora de gracia simplemente por via de intercesion, y por mérito *de congruo,* por haber ofrecido á Dios, como dicen los teólogos con san Buenaventura, sus méritos por la salvacion de todos los hombres, y Dios por gracia los aceptó con los méritos de Jesucristo. Y así, dice san Arnoldo Carnotense: María cooperó con Cristo á nuestra salud. Y Ricardo de San Víctor: Deseó la salud de todos, la impetró y la alcanzó, y puede decirse que por medio de ella quedó efectuada (2). De manera que todo bien, todo don de vida eterna que cada uno de los Santos recibió de Dios, le fue dispensado por la mediacion de María.

La Iglesia nos da á entender tambien esto cuando honra á la divina Madre, aplicándole las palabras del Eclesiástico: «En mí se halla toda la gracia para conocer el «camino de la verdad.» Dícese *camino*, porque por María se conceden todas las gracias á los viajeros de este mun-

(1) Serm. de Assumpt. — (2) Cap. 26 in Cant.

do: *de la verdad*, porque por María se da la luz de la verdad. «En mí toda esperanza de vida y de virtud:» *vida*, porque por María esperamos alcanzar la vida de la gracia en la tierra, y la de la gloria en el cielo: *virtud*, porque por su mediacion se adquieren las virtudes, y especialmente las teologales que son las principales virtudes de los Santos. «Yo soy Madre del amor hermoso, del te-«mor, del conocimiento de la salvacion, y de la santa «confianza.» María con su valimiento adquiere para sus siervos los dones del divino amor, del temor de Dios, de la luz celestial, y de la santa confianza; de lo que deduce san Bernardo que la Iglesia enseña que María es la universal mediadora de nuestra salvacion (1).

Y san Sofronio, patriarca de Jerusalen, sostiene que el arcángel Gabriel la llamó llena de gracia, porque mientras á los demás se les dió la gracia limitada, María la recibió entera (2); á fin de que, como dice san Basilio, pudiese ser así digna mediadora entre Dios y los hombres. Si la santísima Vírgen no hubiese estado llena de la divina gracia, réplica san Lorenzo Justiniano, ¿cómo hubiera podido ser la escala del paraíso, la abogada de los hombres y su mediadora con Dios (3)?

Bien demostrada queda, por lo tanto, la segunda razon que he propuesto. Si María desde el principio, como destinada para Madre del comun Redentor, recibió el oficio de mediadora de todos los hombres, y tambien por consiguiente, de todos los Santos, fue asimismo necesario que desde el principio tuviese una gracia mas grande que todos los Santos por quienes debia ella interceder. Me explicaré mas claro. Si por medio de María debian hacerse amados de Dios todos los hombres, preciso era que María fuese mas santa y mas amada del mismo que todos ellos juntos. Pues, á no ser así, ¿cómo pudiera interceder por todos los demás? Para que un intercesor logre del príncipe la gracia para todos los vasallos, es necesario que el monarca le ame mas que á todos sus demás súbditos. Y por esto María, concluye san Anselmo, mereció ser digna reparadora del género humano

(1) Epist. CXLVII ad cap. Lug. — (2) Serm. de Assumpt. — (3) Serm. de Annun. B. Virg.

perdido, porque fue la mas santa y mas pura de todas las criaturas (1).

Convenido, se dirá tal vez, que María fue mediadora de los hombres, pero ¿cómo puede llamarse mediadora de los Ángeles? Muchos teólogos sostienen que Jesucristo mereció tambien para los Ángeles la gracia de la perseverancia, por lo que así como Jesús fue su mediador *de condigno*, puede tenerse á María por mediadora de los Ángeles *de congruo,* porque con sus ruegos aceleró la venida del Redentor. Á lo menos mereciendo *de congruo* ser hecha Madre del Mesías, mereció á los Ángeles la reparacion de las sillas que perdieron los demonios. Por lo tanto, á lo menos les mereció esta gloria accidental; y por esto Ricardo de San Víctor dijo: Ambas criaturas fueron reparadas por María; pues por ella fue restaurada la ruina de los Ángeles, y reconciliada la naturaleza humana (2); que es lo que anteriormente habia dicho ya san Anselmo: Por esta Vírgen fueron renovadas todas las cosas, y restablecidas á su primitivo estado (3).

Así la celestial Niña, tanto por haber sido la mediadora del mundo, como por ser destinada para Madre del Redentor, desde el primer instante de su existencia recibió una gracia superior á la de todos los Santos juntos. ¡Qué admirable espectáculo para los cielos y la tierra la hermosa alma de esta dichosa Niña, aunque encerrada todavía en el vientre de su Madre! Ella era la criatura mas amable á los divinos ojos, porque llena ya de gracia y de mérito podia desde entonces lisonjearse de que: «siendo todavía niña fue del agrado del Altísimo.» Y era á la vez la criatura mas amante de Dios que hasta aquel tiempo hubiese aparecido en el mundo; de modo que si María hubiese nacido inmediatamente despues de su purísima Concepcion, habria aparecido en el mundo mas santa y rica de méritos que todos los Santos juntos. Consideremos ahora con cuanta mayor santidad nació, viendo la luz despues de haber adquirido nuevamente méritos, en los nueve meses que estuvo en el vientre de su madre. Pasemos ahora á considerar el segundo pun-

(1) De excell. Virg. c. 9. — (2) In Cant. 4.
(3) De exc. Virg. c. 11.

to, á saber, cuán grande fue la fidelidad con que María correspondió luego á la divina gracia.

PUNTO II.

No es ya una simple opinion, dice el P. La-Colombière (1), sino la opinion general, que recibiendo María en el seno mismo de santa Ana la gracia santificante, recibió al propio tiempo el perfecto uso de la razon con una extraordinaria luz divina correspondiente á la gracia con que fue enriquecida. De modo que puede creerse que desde el primer instante en que su bella alma fue unida á su purísimo cuerpo, estuvo iluminada con todas las luces de la divina sabiduría para conocer con perfeccion las verdades eternas, la belleza de las virtudes, principalmente la infinita bondad de Dios, y los títulos que él tiene al amor y gratitud del género humano, y especialmente al suyo, en virtud de los privilegios singulares con que el Señor la habia adornado y distinguido entre todas las criaturas al preservarla de la mancha de la culpa original, dándole una gracia tan inmensa y destinándola para Madre del Verbo y Reina del universo.

Por lo mismo, reconocida María con su Dios, desde el primer instante empezó á obrar cuanto pudo, empleando fielmente las innumerables gracias que habia recibido, y aplicándose á complacer y amar la bondad divina, á la que desde entonces amó con todas sus fuerzas, sin cesar durante los nueve meses que precedieron á su nacimiento, en los cuales no cesó un solo momento de unirse mas á Dios con fervorosos actos de amor. Siendo exenta de la culpa original, lo estaba tambien de todo afecto terreno, de todo movimiento desordenado, de toda distraccion, de toda rebeldía de los sentidos que pudieran haberle impedido de ir progresando en el divino amor; todos sus sentidos, acordes con su bendito espíritu, se elevaban al Señor; por lo que su bella alma, libre de todo impedimento, volaba incesantemente hácia Dios, siempre le amaba, y continuamente aumentaba su amor. Por lo que ella misma se llama: «Plátano plantado junto á la cor-

(1) Serm. XXXI.

«riente de las aguas (1),» pues fue aquella noble planta de Dios que creció siempre á la corriente de las divinas gracias. Por esto se llama tambien vid (2), no solo porque fue humildísima á los ojos del mundo, sino tambien porque así como la vid siempre va creciendo (los demás árboles, como el naranjo, el moral, el peral llegan á una elevacion determinada, pero la vid crece siempre hasta llegar á la altura del árbol á que se arrima), así la santísima Vírgen creció de continuo en la perfeccion (*Dios te salve vid siempre lozana*, decíale saludándola san Gregorio Taumaturgo), y siempre estuvo unida á su Dios, que era su único apoyo (3). De aquí es que de ella habla el Espíritu Santo cuando dice: «¿Quién es esta que sube «del desierto llena de delicias, apoyada en su amado (4)?» San Ambrosio comenta así estas palabras: Esto es, que sube para asirse al Verbo divino, como el sarmiento de la vid. ¿Quién es esta que unida al Verbo de Dios se eleva como una planta de vid apoyada á un grande árbol (5)?

Dicen muchos y respetables teólogos, que el alma que posee un hábito de virtud, siempre que corresponda con fidelidad á las gracias actuales que recibe de Dios, produce un acto igual en la intension al hábito que posee, de manera que cada vez adquiere un nuevo y duplicado mérito igual á la suma de méritos ya adquiridos. Este aumento, dicen, ya fue concedido á los Ángeles en su estado de viadores; y si se les concedió á ellos, ¿cómo podia negarse á la divina Madre mientras vivió en este mundo, con particularidad en el tiempo de que hablo, en que estuvo encerrada en el seno de su madre, y durante el cual fue ciertamente mas fiel que los Ángeles en corresponder á la gracia? Así María, en cada momento de aquel intérvalo redobló la sublime gracia que desde el primer instante poseyó, pues correspondiendo ella con todas sus fuerzas y perfecciones en cada acto que hacia, redoblaba por consiguiente sus méritos á cada momento. De este modo podemos decir, que si en el primer instante tuvo mil grados de gracia, en el segundo reunió dos mil, en el tercero cuatro mil, en el cuarto ocho mil,

(1) Eccli. xxiv, 19. — (2) Eccli. xxiv, 23. — (3) Serm. I in Annun. — (4) Cant. viii, 5. — (5) Ap. Seg. Præd. 40 dell' An.

en el quinto diez y seis mil, y en el sexto treinta y dos mil. Y estamos ahora solo en el sexto instante; pero multiplicad así por un dia entero, por nueve meses, y considerad con que tesoros de gracias, de méritos y santidad nació María al mundo.

Por lo tanto gocémonos con esta Niña por haber nacido tan santa, tan amada de Dios y tan llena de gracia. Y regocijémonos no solo por ella, sino tambien por nosotros, pues viene al mundo llena de gracia, no solo para su gloria, sino tambien para bien nuestro. Santo Tomás en su opúsculo cuarto considera que la santísima Vírgen de tres modos estuvo llena de gracia. Principalmente en el alma, de suerte que desde el principio su bella alma fue toda de Dios. En segundo lugar, lo estuvo en el cuerpo, de modo que mereció que el Verbo eterno vistiese su purísima carne. En tercer lugar, estuvo llena de gracia para el interés comun, á fin de que todos los hombres pudieran participar de ella. Algunos Santos, añade el angélico Doctor, obtienen tanta gracia que no solo es suficiente para sí, sino tambien para salvar á otros muchos, mas no á todos los hombres. Gracia tan excelente solo se confirió á Jesucristo y María (1); de modo que lo que san Juan dice de Jesús: «De la plenitud de la gracia todos participamos (2),» lo dicen tambien los Santos de María. Santo Tomás de Villanueva: «Llena de gracia, de cuya plenitud participamos todos.» Y san Anselmo, «que no hay quien no participe de la «gracia de María.» Y ¿qué mortal no ha experimentado la benignidad de María y recibido de ella alguna misericordia? Mas debemos observar que de Jesús recibimos la gracia como autor de ella, de María como mediadora; de Jesús como Salvador, de María como abogada; de Jesús como fuente, de María como caño meramente.

Y así pudo decir san Bernardo que Dios estableció á María como acueducto de las misericordias que queria dispensar á los hombres; y por esto la colmó de gracia para que de su plenitud fuese comunicada á cada uno su parte; y en su consecuencia el Santo nos exhorta á considerar con cuánto amor Dios quiere que honremos á es-

(1) Opusc. 8. — (2) C. I, 16.

ta sublime Vírgen en la cual ha depositado el tesoro de sus bienes, á fin de que agradezcamos á nuestra amantísima Reina todo lo que poseemos de esperanza, de gracia y de salud, pues todo nos viene de sus manos y por su intercesion (1). ¡Desdichada el alma que se cierra este caño de gracias con su negligencia de encomendarse á María! Cuando Holofernes intentó apoderarse de Betulia, hizo romper los acueductos (2). Así obra el demonio cuando trata de apoderarse de una alma: le hace dejar la devocion á María santísima; una vez cerrado este caño, pierde luego la luz, el temor de Dios, y, por último, la salvacion eterna. Léase el siguiente ejemplo en el que se patentiza cuán grande es la piedad del corazon de María, y la ruina que se atrae el que se cierra este canal, olvidándose de la devocion á esta Reina del cielo.

EJEMPLO.

Tritenio, Canisio y otros refieren que en Magdeburgo, ciudad de la Sajonia, habia un hombre llamado Udon, el cual en su juventud fue de tan cortos alcances, que era la burla de sus condiscípulos. Un dia en que se hallaba muy afligido por su incapacidad, fue á encomendarse á la Vírgen santísima delante de una imágen suya. María á la noche se le apareció en sueños y le dijo: Udon, te quiero consolar, y no solamente alcanzarte de Dios la sabiduría suficiente para librarte de las burlas, sino tambien un talento tan vasto que cause admiracion. Te prometo además que cuando el Obispo muera serás elegido en su lugar. Sucedió todo como se lo dijo María; progresó luego en las ciencias, y obtuvo el obispado de aquella ciudad. Pero fue Udon tan desagradecido con Dios y su bienhechora, que, dejando toda devocion, llegó á ser el escándalo de todos. Una noche que estaba con una sacrílega compañera, oyó una voz que le decia: Udon, cesa de divertirte en ofensa de Dios, asaz ha durado esto. La primera vez que oyó estas palabras enojóse, creyendo que seria algun hombre que pretendia corregirle; pero como se repitieron en la segunda y tercera noche, em-

(1) Serm. de Aquæd. — (2) Judith. VII, 6.

pezó á sospechar que la misteriosa voz fuese del cielo. Á pesar de esto continuó en su mala vida; mas al cabo de tres meses, que Dios le concedió para que se arrepintiera, hé aquí el castigo que sufrió: Una noche hallábase en la iglesia de San Mauricio un devoto canónigo, llamado Federico, rogando á Dios que se dignase poner remedio al escándalo que daba el Prelado, cuando de repente se abrió la puerta de la iglesia empujada por un fuerte viento. Entraron luego dos jóvenes con antorchas encendidas en las manos, y colocáronse á los lados del altar mayor; entraron despues otros dos, los cuales tendieron una alfombra delante del mismo altar, y pusieron sobre de él dos sillas de oro. Entró luego otro jóven en traje de militar con espada en mano, el cual parándose en medio de la iglesia gritó: Ó Santos del cielo cuyas sagradas reliquias se custodian en esta iglesia, venid á presenciar la gran justicia que hará el supremo Juez. Á estas voces aparecieron muchos Santos, y tambien los doce Apóstoles como asesores de este juicio, y por último apareció Jesucristo que se sentó en una de las dos sillas. Y cuando entró María acompañada de muchas santas vírgenes, su Hijo la hizo sentar en la restante silla. Entonces mandó el Juez que presentasen el reo, que era el desdichado Udon. San Mauricio habló pidiendo justicia de parte del pueblo, escandalizado por su vida infame. Todos levantaron la voz diciendo: Señor, merece la muerte. Que muera, pues, dijo el Juez eterno. Mas antes de ejecutarse la sentencia (admírese cuán grande es la piedad de María), la compasiva Madre salió de la iglesia para no asistir á un acto de justicia tan tremendo; y el celestial ministro de la espada acercóse luego á Udon, le hizo saltar de un golpe la cabeza del cuerpo, y en este punto desapareció la vision. La iglesia estaba á oscuras; y cuando el canónigo tembloroso encendió una lámpara, volvióse y vió el cuerpo de Udon sin cabeza, y el suelo ensangrentado. Al amanecer el pueblo acudió á la iglesia, y el canónigo le refirió la vision, y el final de tan horrible tragedia. En el mismo dia el desventurado Udon, condenado al infierno, apareció á un capellan suyo que ignoraba todo lo sucedido en la iglesia. El cadáver

de Udon fue echado á una laguna, y su sangre quedó para perpétua memoria en el pavimento de la iglesia, que está siempre cubierto con una alfombra, y desde entonces se acostumbra levantarla cuando toma posesion el nuevo obispo, á fin de que á la vista de semejante castigo piense en llevar una vida edificante y en no ser ingrato á las gracias del Señor y de su santísima Madre.

ORACION.

¡Oh santa y celestial Niña! Vos que sois la Madre de mi Redentor y la gran mediadora de los miserables pecadores, compadeceos de mí. Ved á vuestros piés á un ingrato que acude á Vos y os pide misericordia. Verdad es que por haber sido desagradecido con Dios y con Vos merezco que ambos me abandoneis, pero oigo decir y creo, sabiendo cuán grande es vuestra misericordia, que Vos no rehusais vuestro auxilio al que os invoca con confianza. ¡Oh criatura la mas sublime del universo! supuesto que únicamente Dios os aventaja, y delante de Vos los mas grandes del cielo os son inferiores, ó Santa de los Santos, ó María, abismo de gracia y llena de gracia, socorred á un miserable que la ha perdido por su culpa. Sé que sois tan amada de Dios, que nada os rehusa. Sé tambien que os complace emplear vuestra grandeza aliviando á los miserables pecadores. ¡Ah! mostrad cuán grande es la gracia que poseeis con Dios, alcanzándome una luz y una llama divina tan poderosa que me convierta de pecador en santo, y que alejando de mí todo afecto terreno, me inflame en el divino amor. Hacedlo, Señora, Vos que todo lo podeis. Hacedlo por amor de aquel Dios que os hizo tan grande, tan misericordiosa y tan compasiva. Así lo espero. Amen.

DISCURSO III.

DE LA PRESENTACION DE MARÍA.

La ofrenda que María hizo de sí misma á Dios, fue pronta y sin demora, entera y sin reserva.

Nunca hubo ni habrá jamás ofrenda de una pura criatura mas grande ni mas perfecta que la que María hizo á Dios á la edad de tres años cuando se presentó al templo para ofrecerle, no aromas, ni becerrillos, ni talentos de oro, sino toda su persona en perfecto holocausto, consagrándose víctima perpétua en honor suyo. Ella oyó la voz de Dios que desde entonces la llamaba á consagrarse enteramente á su amor con aquellas palabras: «Levántate, «apresúrate, amiga mia, y ven (1).» Y por esto queria el Señor que desde entonces se olvidase de su patria, de sus parientes y de todo para dedicarse exclusivamente á amarle y complacerle: «Escucha ó hija, y considera, y «presta atento oido, y olvida á tu pueblo y la casa de «tu padre (2).» Y ella obedeció luego al divino llamamiento. Consideremos, pues, cuán agradable fue á Dios la ofrenda que María le hizo de sí misma, porque se ofreció pronta y enteramente, activa y sin tardanza, entera y sin reserva; dos puntos distintos. Entremos en materia.

PUNTO I.

María se ofreció prontamente á Dios. Aunque desde el primer instante en que esta celestial Niña fue santificada en el seno de su madre, que fue en el mismo punto de su Inmaculada Concepcion, recibió el uso perfecto de la razon para poder empezar desde luego á merecer, segun la comun opinion de los Doctores, acordes con el P. Suarez, quien dice que como el modo mas perfecto

(1) Cant. II, 10. — (2) Psalm. XLIV, 11.

que Dios usa para santificar á una alma es el de hacerlo por su propio mérito, conforme enseña santo Tomás (1), debe creerse que la santísima Vírgen fue santificada de este modo (2). Y si se otorgó este privilegio á los Ángeles y á Adan, como dice el angélico Doctor (3), con mayor razon puede admitirse que fue concedido á María, á quien habiéndose dignado Dios elegir por Madre suya, debe por lo tanto creerse que le confirió mayores dones que á todas las demás criaturas, segun enseña el mismo santo Doctor (4). Pues que en su calidad de Madre, dice el P. Suarez, tiene en cierto modo un derecho particular á á todos los dones de su Hijo (5). Y así como por la union hipostática, Jesús debió tener la plenitud de todas las gracias, así tambien, por razon de la divina maternidad, convino que Jesús por deuda natural confiriese á María mayores gracias que las concedidas á los demás Santos y Ángeles.

Por consiguiente desde el principio de su vida María conoció á Dios, y le conoció tanto «que ninguna lengua, «como dijo el Ángel á santa Brígida, es suficiente para «explicar cuánto la inteligencia de la bienaventurada «Vírgen llegó á penetrar á Dios desde el primer momen-«to que le conoció (6).» Iluminada María desde entonces con aquella primera luz, ofrecióse toda al Señor, dedicándose enteramente á su amor y á su gloria, segun el Ángel prosiguió diciendo á santa Brígida (7): «Al instan-«te nuestra Reina determinó sacrificar su voluntad á Dios, «con todo su amor, por todo el tiempo de su vida. Y na-«die es capaz de conocer cuánto se sujetó entonces su «voluntad á abrazar todas las cosas de su gusto.»

Conociendo despues la Inmaculada Niña que sus santos padres Joaquin y Ana habian prometido hasta con voto, segun refieren varios autores, que si Dios les concedia sucesion la consagrarian á su servicio en el templo, y teniendo los judíos la antigua costumbre de encerrar á sus hijas en algunas celdas que habia á su alrededor, como refieren Baronio, Nicéforo, Cedreno, Suarez

(1) 3 p. q. 19, a. 3. — (2) Tom. 2 in 3 p. D. 1, 8. — (3) 1 p. q. 63, a. 5 et q. 95, a. 2. — (4) 3 p. q. 27, a. 5. — (5) D. II, in 3 p. D. I, 5, 2. — (6) Serm. Ang. c. 4. — (7) Loc. cit.

y el historiador Josefo, con la autoridad de san Juan Damasceno, de san Jorge de Nicomedia, de san Anselmo (1) y de san Ambrosio (2); y conforme se infiere claramente del libro II de los Macabeos, en donde hablando de Eliodoro, que pretendia asaltar el templo para apoderarse del tesoro que se hallaba en él depositado, se dice: Que temiendo las doncellas encerradas en el templo que fuese este profanado, huyeron á la casa de Onías. María, digo, no ignorando esto, apenas llegó á la edad de tres años, como atestiguan san German y san Epifanio, que dice: Á los tres años fue ofrecida en el templo (3), edad en que las niñas desean y han menester mas la asistencia de sus padres, ella quiso ofrecerse solemnemente y consagrarse á Dios presentándose en el templo; por lo que rogó con instancia á sus padres que la llevasen al templo para cumplir su promesa. Y su santa madre, dice san Gregorio Niceno, se apresuró á llevarla al templo y ofrecerla á Dios (4).

Y hé aquí como Joaquin y Ana, sacrificando generosamente á Dios lo que mas amaban sobre la tierra, parten de Nazareth llevando alternativamente en sus brazos á su muy amada y tierna Hija, pues ella no hubiera podido andar á pié las ochenta leguas que separan á Nazareth de Jerusalen, como refieren muchos autores. Así viajaban acompañados de pocos parientes; pero legiones de Ángeles, dice san Jorge Nicomediense, formaban su cortejo y servian durante el camino á la Inmaculada Vírgen, que iba á consagrarse á la divina Majestad (5). «¡Oh «bella Princesa! ¡con qué gracia caminan tus piés (6)!» ¡Oh cuán bellos, debian cantar los Ángeles, cuán agradables son á Dios los pasos que das para ir á ofrecértele, ó Hija predilecta de nuestro comun Señor! Dios mismo, dice san Bernardino de Bustos, celebró una gran fiesta con toda su corte celestial al penetrar su Esposa en el templo (7), pues nunca vió una criatura mas santa y mas amada que fuése á ofrecérsele (8). Id, pues, le dice san German, arzobispo de Constantinopla, id, ó Reina del

(1) De Form. et Mor. B. M.—(2) De Virg. l. 1.—(3) Serm. de Laud. Virg.—(4) Or. de Nat. Christ. —(5) De oblat. Deip.—(6) Cant. VII, 1.—(7) Marial. p. 4, Serm. I. —(8) Loc. cit.

mundo, ó Madre de Dios, id llena de júbilo á la casa del Señor á esperar la venida del Espíritu divino, que os hará Madre del Verbo eterno (1).

Cuando la santa comitiva llegó al templo, la amable Niña volvióse á sus padres, y besándoles arrodillada las manos les pidió la bendicion, y despues sin volver la vista atrás subió las quince gradas del templo, como refiere Arias Montano citando á Josefo, y presentóse el sacerdote san Zacarías, segun dice san German. Y renunciando al mundo y á todos los bienes que promete á sus amantes, ofrecióse y consagróse á su Criador.

En tiempo del diluvio, el cuervo que Noé envió á tierra se quedó á devorar los cadáveres, mas la paloma, sin pararse en parte alguna, volvió luego al arca (2). Muchos hombres, enviados por Dios á este mundo, se detienen lamentablemente en él para saciarse de los bienes terrenos; mas no obró así nuestra celestial paloma María: ella conoció que Dios es nuestro único bien, nuestra única esperanza, y nuestro único verdadero amor; conoció que el mundo está lleno de peligros, y que quien mas presto le deja queda mas libre de sus lazos; por lo que procuró huir de él desde su mas tierna infancia, y fué á encerrarse en el sagrado retiro del templo para oir allí mejor la voz del Señor, y honrarle y amarle con mayor fervor. Así la santísima Vírgen desde sus primeras acciones se hizo agradable á su Dios, como le hace decir la santa Iglesia: «Congratulaos conmigo cuantos amais al Se-«ñor, de que siendo aun niña fuí del agrado del Altísi-«mo (3).» Por esto fue comparada á la luna, pues así como este astro acaba su curso mas pronto que los otros planetas, así María llegó á la perfeccion mas pronto que todos los Santos, entregándose á Dios pronta y sin tardanza, enteramente y sin reserva. Pasemos al segundo punto sobre el cual tendrémos mucho que decir.

PUNTO II.

Muy bien conocia la iluminada Niña que no acepta Dios un corazon dividido, sino que lo quiere todo consa-

(1) De oblat. Virg.—(2) Gen. VIII, 9.—(3) In 2 Resp. 1 Noct. in Fest. S. M. ad Nives.

grado á su amor, como él mismo lo manda: «Amarás al «Señor tu Dios de todo corazon.» Por lo que ella desde el primer instante de su vida empezó á amar á Dios con todo fervor, y se entregó á él enteramente. Pero su santísima alma suspiraba ardientemente porque llegase el tiempo de consagrársele plenamente de una manera pública y solemne. Consideremos, pues, con cuánto fervor la amante doncellita viéndose encerrada en el lugar santo, primeramente se postraria á besar aquella tierra como casa del Señor; luego adoraria á su infinita Majestad, le daria gracias por haberse dignado admitirla durante algun tiempo á morar en su casa; y despues se consagró toda á Dios sin reserva alguna, ofreciéndole sus potencias y sentidos, su entendimiento, el corazon, el alma y el cuerpo; pues comunmente se cree que entonces fue cuando para agradar á Dios hizo el voto de virginidad, voto que María fue la primera en hacerlo, segun el abad Ruperto (1). Y se ofreció toda sin limitacion de tiempo, como afirma Bernardino de Bustos (2); porque entonces tuvo intencion de dedicarse á servir á la divina Majestad en el templo por toda su vida, si así plugiese á Dios, sin salir nunca de aquel sagrado recinto. ¡Oh! con qué afecto exclamaria entonces: «Mi amado es todo para mí, y «yo soy toda para él (3).» Toda viviré para él, como comenta el cardenal Hugo, y toda para él moriré. Señor y Dios mio, diria, he venido aquí solo para complaceros y tributaros todo el amor de que sea capaz, aquí quiero vivir toda para Vos, y morir por Vos si es de vuestro agrado: aceptad el sacrificio que os hace esta pobre sierva esclava, y ayudadme á seros fiel.

Considerando aquí cuán santas fueron las costumbres de María en el templo, en donde crecia de contínuo en perfeccion como crece en luz la aurora, ¿quién podrá nunca explicar cuánto resplandecian en ella de dia en dia todas sus virtudes, la caridad, la modestia, la humildad, el silencio, la mortificacion y la mansedumbre? Plantado en la casa de Dios este hermoso olivo, dice san Juan Damasceno, y regado por el Espíritu Santo llegó á

(1) L. 1 de Ins. Virg. — (2) Mar. p. 4, Serm. I.
(3) Cantic, c. II, 16.

ser la morada de todas las virtudes (1). En otro lugar añade el mismo Santo: El rostro de la Vírgen era modesto, el espíritu humilde, las palabras amorosas como salidas de una alma recogida (2). Y en otra parte afirma que la Vírgen alejó el pensamiento de las cosas terrenas, abrazando todas las virtudes. Ejercitando así la perfeccion, hizo en poco tiempo tan grandes progresos, que mereció ser constituida digno templo de Dios (3).

Hablando san Anselmo de la vida de la santísima Vírgen en el templo, dice que María era dócil, hablaba poco y estaba siempre recogida sin reirse ni turbarse jamás. Perseveraba en la oracion, en la lectura de los Libros sagrados, en los ayunos y en las demás obras virtuosas (4). San Jerónimo refiere de ella cosas mas particulares aun. María, dice, tenia arreglada así su vida: desde el amanecer hasta tercia oraba; de tercia hasta nona se ocupaba en alguna labor; á nona volvia á la oracion hasta que el Ángel le traia la comida, segun costumbre. Procuraba ser la primera en las vigilias, la mas exacta en observar la ley divina, la mas profunda en la humildad, y la mas perfecta en todas las virtudes. Nunca se la vió enojada; todas sus palabras respiraban tanta dulzura, que se traslucia en ellas el Espíritu del Señor (5).

Reveló además la misma divina Madre á santa Isabel, vírgen, del Órden de san Benito en el monasterio de Sconangia, segun refiere san Buenaventura, que cuando sus padres la dejaron en el templo, resolvió tener únicamente á Dios por padre, y con frecuencia reflexionaba qué era lo que podia practicar para complacerle (6). A mas de esto determinó consagrarle su virginidad, y no poseer cosa alguna en el mundo, sometiendo á Dios toda su voluntad. Le dijo tambien que entre todos los preceptos se propuso principalmente observar el del amor de Dios; y que á media noche iba al altar del templo á rogar al Señor que le concediese la gracia de cumplir sus preceptos, y de hacer que viese nacida la Madre del Redentor, suplicándole que le conservase los ojos para

(1) Lib. 4, de Fid. c. 15.— (2) Orat. I de Nat. Virg.—(3) De Fid. Ort. L. 4. c. 15.— (4) De Form. et Mor. B. Virg. — (5) S. Hieron. ap. 1, Ist. della vita di Maria del P. Gius. de Gesù e Maria, Carm. Scalzo, lib. 2, c. 1. — (6) De Vita Christi, c. 3.

verla, la lengua para alabarla, las manos y los piés para servirla, y las rodillas para adorar en su seno á su divino Hijo. Al oir santa Isabel estas palabras de María, le dijo: «Pero, Señora, ¿no estábais llena de gracia y de «virtud?» Y María le contestó: «Sabe que yo me consi«deraba como la mas vil de las criaturas, é indigna de la «divina gracia; por esto pedia la gracia y la virtud.» Finalmente para persuadirnos de la absoluta necesidad que tenemos de pedir á Dios las gracias que nos son indispensables, María le añadió: «¿Piensas tú acaso que yo «alcancé la gracia y las virtudes sin trabajo? Sepas que «no he recibido de Dios gracia alguna sin gran trabajo, «continuas oraciones, deseo ardiente y muchas lágrimas «y penitencias.»

Pero lo mas notable y digno de consideracion son las revelaciones hechas á santa Brígida sobre las virtudes y ejercicios que practicó la bienaventurada Vírgen en su infancia, y está contenido en estas palabras: Desde niña, María estuvo llena del Espíritu Santo, y á medida que iba creciendo en edad, crecia en ella la gracia. Ya entonces propuso amar á Dios de todo corazon, de modo que ni con sus palabras ni con sus acciones le ofendiese, y por esto despreciaba todos los bienes de la tierra, y daba cuanto podia á los pobres. Era tan sóbria, que solo tomaba el alimento preciso para sustentar el cuerpo. Habiendo aprendido en la sagrada Escritura que Dios debia nacer de una vírgen para redimir al mundo, inflamóse de tal modo su espíritu en el divino amor, que no deseaba mas que á Dios y solo pensaba en Él, y complaciéndose únicamente en el Señor, evitaba hasta la conversacion de sus padres, á fin de no distraerse del pensamiento de Dios. En fin, deseaba vivamente poder ver la venida del Mesías para servir de esclava á la feliz doncellita que mereciese ser su Madre. Hé aquí lo que dicen las revelaciones hechas á santa Brígida (1).

¡Ah! por el amor de esta sublime Niña el Redentor aceleró su venida al mundo, pues al paso que ella en su humildad no se creia digna siquiera de ser la sierva de la divina Madre, fue elegida para ser esta Madre, y con

(1) L. 1 et l. 3, c. 8.

el olor de sus virtudes y el poder de sus oraciones atrajo á su seno virginal al Hijo de Dios. Por esto el divino Esposo llamó á María tórtola (1), no solo porque á ejemplo de esta ave siempre amó la soledad, viviendo en este mundo como en un desierto, sino además porque, como tortolilla que hace resonar sus gemidos por los campos, María gemia en el templo compadeciéndose de las miserias del mundo perdido, y pidiendo á Dios nuestra comun redencion. ¡Oh! ¡con cuánto amor y afecto repetia en el templo las oraciones á Dios y los suspiros de los Profetas para que enviase al Redentor! «Envia, ó Señor, «el Cordero dominador de la tierra (2). Cielos, enviad ro«cío de lo alto, y las nubes lluevan al Justo (3). ¡Ojalá «rompieras los cielos y descendieses (4)!»

Finalmente, Dios se complacia en ver como esta doncellita se elevaba por grados á la cumbre de la perfeccion, á manera de una nubecilla de perfumes exhalando los olores de todas las virtudes, como la describe el Espíritu Santo en los sagrados Cantares (5). Ciertamente, dice Sofronio, era esta santa Niña el jardin de las delicias del Señor, pues hallaba en él toda clase de flores y los olores de todas las virtudes (6); por lo que san Juan Crisóstomo afirma (7) que Dios eligió á María por Madre suya, porque no halló en la tierra una vírgen mas santa ni mas perfecta, ni un lugar mas digno para habitar que su sacrosanto vientre, como tambien dice san Bernardo, asegurando san Antonino que la bienaventurada Vírgen para ser elegida y destinada á la dignidad de Madre de Dios, debió poseer una perfeccion tan grande y consumada que excediese á la de todas las demás criaturas (8).

Del mismo modo, pues, que la santa Niña María se presentó y se ofreció á Dios en el templo pronta y enteramente, presentémonos igualmente nosotros en este dia sin tardanza y sin reserva á la excelsa Señora, y roguémosla que nos ofrezca á Dios, quien no podrá rechazarnos al vernos presentados por mano de la que fue templo vivo del Espíritu Santo, delicia de su Señor y Madre es-

(1) Cant. II, 12. — (2) Isai. XVI, 1. — (3) Isai. c. XLV, 8. — (4) Isai. LXIV, 1. — (5) Cant. III, 6. — (6) Serm. de Assumpt. — (7) Ap. Canis. l. 1 de B. Virg. — (8) Part. 4, tit. 15, c. 6.

cogida del Verbo Eterno. Pongamos toda nuestra esperanza en esta insigne y agradecidísima Soberana, que recompensa con mucho amor los obsequios que le tributan sus siervos, como puede inferirse del siguiente

EJEMPLO.

Léese en la vida de sor Dominica del Paraíso, escrita por el P. Ignacio del Niente, dominicano, que en una aldea llamada Paraíso, cerca de Florencia, nació esta doncellita de padres pobres. Desde su tierna infancia empezó á servir á la divina Madre. Ayunaba todos los dias de la semana en honor suyo, y el sábado distribuia entre los pobres la comida de que se habia privado, é iba al jardin de su casa ó á los campos vecinos á coger cuantas flores podia, y las colocaba delante de una imágen de la santísima Vírgen con el niño Jesús en los brazos, que habia en su casa. Veamos ahora con cuántos favores la agradecidísima Señora recompensaba los obsequios que le ofrecia su sierva. Hallándose un dia Dominica asomada á la ventana, cuando solo tenia diez años, vió en la calle á una mujer sumamente hermosa que llevaba consigo un niño, y los dos extendian las manos en actitud de pedir limosna. Fué ella á buscar pan, y hé aquí que sin abrir la puerta los vió delante de sí, y observó que el niño tenia atravesadas las manos, los piés y el pecho; por lo que preguntó á la mujer: ¿Quién ha herido á este niño? El *amor,* contestó la mujer. Dominica prendada de la hermosura y modestia de aquel niño, le preguntó si le dolian las heridas; pero él solo respondió con una sonrisa. Entre tanto, hallándose ya todos cerca de las imágenes de Jesús y de María, la mujer dijo á Dominica: *Dime, hija mia, ¿quién te mueve á coronar de flores á estas imágenes?* Ella contestó: *Me mueve el amor que profeso á Jesús y á María. ¿Y les amas mucho?* replicó la mujer. *Les amo cuanto puedo. Y ¿cuánto puedes?* volvió á preguntarle. *Cuanto ellos me ayudan. Prosigue,* dijo entonces la mujer, *prosigue en amarles que ellos te lo recompensarán colmadamente en el cielo.*

Percibiendo á la sazon la doncella que las llagas exha-

laban un celestial olor, preguntó á la Madre con qué ungüento las ungia, y si este era fácil de proporcionarse; á lo que la mujer le contestó, que se adquiria con la fe y las obras. Dominica les ofreció pan, y la Madre le dijo: La comida de este hijo mio es el amor; díle que amas á Jesús, y le contentarás en extremo. Apenas oyó el niño el nombre de amor, empezó á alegrarse, y volviéndose á la doncellita le preguntó si amaba mucho á Jesús. Esta le contestó que le amaba tanto que dia y noche pensaba en él, y su único cuidado era complacerle en todo lo que podia. Pues bien, añadió él, ámale, que el amor te enseñará lo que debes practicar para complacerle. Como se aumentase el olor que aquellas llagas despedian, Dominica exclamó: ¡Oh Dios mio! este olor me hace morir de amor. Si el olor de un niño es tan suave, ¿qué será el olor del paraíso? Mas hé aquí que de pronto se cambia la escena: la Madre apareció vestida de Reina y circuida de luz, y el niño hermoso y resplandeciente como el sol, y tomando las flores, las esparció sobre la cabeza de Dominica, la cual habiendo reconocido en aquellos personajes á María y á Jesús, se postró para adorarles. Así terminó la vision. Dominica tomó despues el hábito de santo Domingo, y murió en opinion de santa en el año 1553.

ORACION.

¡Oh niña querida de Dios, amabilísima María! ¡Ojalá que así como Vos os presentásteis en el templo, y pronta y enteramente os consagrásteis á la gloria y al amor de Dios, pudiese yo asímismo ofreceros hoy á mi vez los primeros años de mi vida para dedicarme todo al servicio de una Señora tan santa y dulcísima! Mas ya no estoy á tiempo, porque desgraciadamente he desperdiciado muchos años sirviendo al mundo y á mis caprichos, cási olvidado enteramente de Vos y de Dios. Pero vale mas empezar tarde que nunca. Héme aquí, ó María, me presento á Vos y me ofrezco todo á vuestro servicio por el tiempo que me reste de vida, renuncio á vuestro ejemplo todas las criaturas, y quiero dedicarme únicamente

al amor de mi Criador. Os consagro, pues, ó Reina, mi entendimiento, para que solo piense en el amor que mereceis, mi lengua para alabaros y mi corazon para amaros. Aceptad, Vírgen santísima la ofrenda que os hace este miserable pecador; aceptadla, os suplico, por el consuelo que experimentó vuestro corazon cuando en el templo os consagrásteis á Dios. Y si comienzo tarde á serviros, justo es que compense el tiempo perdido redoblando los servicios y el amor. Alentad con vuestra poderosa intercesion, ó Madre de misericordia, mi debilidad, alcanzándome de Jesús la perseverancia y la fortaleza para seros fiel hasta la muerte, á fin de que despues de haberos servido en esta vida, pueda alabaros eternamente en el cielo. Amen.

DISCURSO IV.

DE LA ANUNCIACION DE MARÍA.

María en la encarnacion del Verbo no pudo humillarse mas de lo que se humilló. Y Dios al contrario, no pudo exaltarla mas de lo que la exaltó.

«El que se ensalza será humillado, y el que se humilla «será ensalzado.» Esta palabra del Señor no puede faltar (1). Por lo cual habiendo resuelto Dios hacerse hombre para redimir al hombre culpable, manifestando así al mundo su infinita bondad, y debiendo en la tierra escogerse madre, buscaba entre las mujeres á la que fuese mas santa y mas humilde. Pero entre todas tan solo vió á una, que fue la Vírgen María, la cual cuanto mas perfecta era en las virtudes, tanto mas sencilla y humilde era cual paloma á sus ojos. «Es infinito el número de las «doncellas, decia el Señor, pero solo una es mi paloma, «mi perfecta (2). Esta será, dice el Señor, la que he es- «cogido para Madre.» Veamos, pues, cuán humilde fue María, y cuánto la exaltó Dios por su humildad. María en la Encarnacion del Verbo no pudo humillarse mas

(1) Matth. XXIII, 12. — (2) Cant. VI, 8.

de lo que se humilló; este será mi primer punto. Dios no pudo exaltar á María mas de lo que la exaltó; hé aquí el segundo.

PUNTO I.

Hablando el Señor en los sagrados Cantares de la humildad de esta humildísima Vírgen, dice: «Estando el «Rey en su reclinatorio, mi nardo exhaló su fragan-«cia (1).» San Antonino comenta estas palabras y dice, que el nardo, planta nada notable y pequeña, figura la humildad de María, cuyo olor subia al cielo, y desde el seno del eterno Padre atrajo á su seno virginal al Verbo divino (2). De manera que atraido el Señor del olor de esta humilde Vírgen, la eligió para su Madre cuando quiso hacerse hombre para redimir al mundo. Pero él para mayor gloria y mérito de su Madre, no hízose Hijo suyo sin tener antes su consentimiento, segun dice el abad Guillermo (3). Así, mientras la humilde doncellita retirada en su pobre aposento suspiraba y rogaba á Dios con mas ahinco y fervorosos deseos para que enviase al Redentor, como le fue revelado á santa Isabel, monja de san Benito, hé aquí que apareció el arcángel Gabriel trayéndole la grande embajada y saludándola con las siguientes palabras: «Dios te salve, ó llena de gracia; el «Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las muje-«res (4).» Dios te salve, ó Vírgen, llena de gracia; pues siempre fuísteis mas rica en gracia que todos los demás Santos. El Señor es contigo, porque sois tan humilde. Vos sois bendita entre todas las mujeres, porque todas las demás incurrieron en la maldicion del pecado original; pero Vos, Madre del Bendito, habeis sido y seréis siempre bendita y exenta de toda mancha.

¿Qué responde la humilde Vírgen á esta salutacion tan llena de elogios? Nada contesta, sino que pensando en sí se turbó; y ¿por qué se turbó? ¿Acaso por el temor de que solo fuese una ilusion, ó por modestia, al ver un hombre, como pretenden algunos que creen que el Angel se le apareció en esta forma? No; el texto es claro,

(1) Cant. I, 11.— (2) P. 4, tit. 15, cap. 21, § 2.— (3) In Cant. 3. — (4) Luc. 1, v. 28.

como observa Eusebio Emiseno. Su turbacion provino de la humildad al oir aquellas alabanzas, de que era tan indigna, segun la opinion que tenia de sí misma. Reflexionando sobre esto san Bernardino, dice, que si el Ángel le hubiese dicho que era la mayor pecadora del mundo, María no se hubiera sorprendido, pero que al oir tan sublimes elogios, quedó sumamente turbada (1). Se turbó, porque siendo humildísima aborrecia toda alabanza personal, y deseaba que solamente su Criador y dispensador de todo bien fuese alabado y bendecido, conforme lo declaró á santa Brígida hablando de la época en que fue constituida Madre de Dios (2).

Mas yo digo, la bienaventurada Vírgen sabia muy bien por las sagradas Escrituras que era llegado ya el tiempo anunciado por los Profetas de la venida del Mesías; que las semanas de Daniel estaban cumplidas; que, segun la profecía de Jacob, el cetro de Judá habia pasado ya á manos de Herodes, rey extranjero; y sabia tambien que una Vírgen debia ser la madre del Mesías. Oye despues que el Ángel le dirige aquellas alabanzas, que solo parecian convenir á la Madre de Dios; ¿le ocurrió quizás entonces el pensamiento de que tal vez ella era la elegida para Madre de Dios? No, su profunda humildad no le sugirió semejante idea. Dichas alabanzas solamente le causaron un gran temor, de manera que segun observa san Pedro Crisólogo, así como el Salvador quiso ser confortado por un Ángel, así convino tambien que viendo san Gabriel á María tan consternada por su salutacion, la animase diciendo: No temais ¡oh María! ni os admiréis de los sublimes títulos con que acabo de saludaros, pues si Vos sois tan pequeña y humilde á vuestros propios ojos, Dios que ensalza á los humildes os ha hecho merecedora de hallar la gracia que los hombres perdieron, y por esto él os preserva de la mancha comun á todos los hijos de Adan; por esto desde el instante de vuestra Concepcion os ha adornado de una gracia mayor que la de todos los Santos; y por esto, en fin, os exalta ahora hasta escogeros por Madre suya. «Hé aquí que conce-

(1) Serm. XXXV de Annun. Inc. p. 3.
(2) L. 1 Rev. c. 13.

«birás, y parirás un Hijo, á quien pondrás por nombre «Jesús.»

Ea, Soberana mia, ¿á qué esperais? El Ángel aguarda vuestra respuesta, dice aquí san Bernardo, y aun mas nosotros que estamos ya condenados á muerte (1). Mirad, ó Madre nuestra, prosigue diciendo san Bernardo, que ya se os ofrece el rescate de nuestra salvacion, que será el Verbo divino hecho hombre en vuestro seno; si Vos le aceptais por Hijo, serémos libres de la muerte. Vuestro mismo Señor, prosigue san Bernardo, se ha enamorado de vuestra belleza, y desea vuestro consentimiento en el cual ha determinado salvar al mundo (2). Contestad presto, Señora, no retardeis mas la redencion del mundo, que depende ahora de vuestro beneplácito (3).

Ya responde por fin María al Ángel, y le dice: «Hé «aquí la esclava del Señor, hágase en mí segun tu pala«bra.» ¡Oh respuesta mas bella, mas humilde y mas prudente de cuantas hubiera podido inventar toda la sabiduría de los hombres y de los Ángeles, aun cuando la hubieran recapacitado un millon de años! ¡Oh poderosa respuesta que alegraste al cielo, é hiciste descender sobre la tierra un mar inmenso de gracias y de bienes! Respuesta que apenas salida del humilde corazon de María atrajo del seno del eterno Padre al Hijo unigénito á su purísimo seno para hacerse hombre. Así fue, en efecto, porque desde el momento que fueron proferidas aquellas palabras: «Hé aquí la esclava del Señor, hága«se en mí segun tu palabra,» el Verbo se hizo carne, y el Hijo de Dios hízose tambien hijo de María. ¡Oh poderoso *hágase!* exclama santo Tomás de Villanueva. ¡Oh palabra eficaz! ¡Oh palabra elevada sobre toda palabra digna de veneracion (4)! pues con los otros *hágase* Dios crió la luz, el cielo y la tierra, pero con este *hágase* de María un Dios se hizo hombre como nosotros.

Pero no nos desviemos de nuestro punto; consideremos la grande humildad de la Vírgen María en esta contestacion. Aunque estaba asaz iluminada para comprender cuán sublime era la dignidad de Madre de Dios, y el Án-

(1) Hom. IV sup. Miss. — (2) S. Bern. Loc. cit. — (3) Serm. XXI de Temp. — (4) Cant. 3 de Annun.

gel le habia asegurado que ella era la afortunada elegida para Madre del Señor, sin embargo, no aumenta por esto la estimacion de sí misma, ni se detuvo en complacerse en su elevacion, considerando por una parte su nada, y por otra la infinita majestad de Dios, que la escogia para Madre suya; reconocióse indigna de tanto honor, pero no quiso oponerse un ápice á su divina voluntad. Por lo cual, preguntada si otorga su consentimiento, ¿qué hace? ¿qué dice? Anonadada en sí misma, é inflamada por otra parte en deseos de unirse mas y mas con su Dios, se abandona por completo á la voluntad divina. Hé aquí, responde, la esclava del Señor, obligada á cumplir lo que su Señor le mande; como si dijera: Si el Señor me elige por su Madre, á mí, que nada tengo propio, y que cuanto poseo todo lo debo á su bondad, ¿quién podrá creer jamás que me elija por mis méritos? ¿Qué méritos podrá nunca tener una esclava para ser elevada á Madre de su Señor? Alábese, pues, únicamente la bondad del Señor, y no á la esclava, pues es pura bondad suya haber puesto los ojos en una criatura tan humilde como yo, para enaltecerla á tal extremo.

¡Oh sublime humildad de María, exclama aquí el abad Guérrico, que la hace pequeña en su propia opinion, pero grande delante de Dios! ¡Indigna á sus ojos, pero digna á los de aquel Señor inmenso á quien no puede abarcar el universo mundo! Pero mas bella es aun la exclamacion que á este propósito hace san Bernardo en el sermon IV de la Asuncion, en el cual admirando la humildad de María dice: Señora, ¿cómo pudísteis formar en vuestro corazon una idea tan humilde de Vos misma con tanta pureza, con tanta inocencia y tanta plenitud de gracia como poseeis? ¿Y de dónde, prosigue el Santo, ó bienaventurada Vírgen, se arraigó tan fuertemente en Vos esta humildad tan extremada, viéndoos tan honrada y enaltecida de Dios? Orgulloso Lucifer al verse dotado de grande hermosura, aspiró á elevar su trono sobre las estrellas y hacerse semejante á Dios (1). Pues ¿qué hubiera dicho y pretendido este soberbio espíritu, si se hubiera visto adornado de las prerogativas de Ma-

(1) Isai. xiv, 14.

ría? La humilde Vírgen no obró así, pues cuanto mas ensalzada se veia tanto mas profundamente se humillaba. ¡Ah, Señora! concluye san Bernardo, esta hermosa virtud os hizo digna de que Dios os mirase con singular amor; digna de enamorar á vuestro Rey con vuestra hermosura, digna de atraer con el suave olor de vuestra santidad al eterno Hijo desde su descanso en el seno de Dios, á vuestras purísimas entrañas (1). Por lo que Bernardino de Bustos dice, que María contrajo mas mérito con esta respuesta: «Hé aquí la esclava del Señor,» que cuanto pudieran adquirir las criaturas todas con todas sus buenas obras (2).

Efectivamente, dice san Bernardo, si esta inocente Vírgen se hizo agradable á Dios con su virginidad, mereció tambien con su humildad, cuanto podia merecerlo una criatura, de ser hecha Madre de su Criador (3), lo que confirma san Jerónimo diciendo, que Dios la eligió por Madre en atencion á su humildad, mas que á sus demás sublimes virtudes. María misma lo reveló á santa Brígida diciéndole: «¿Cómo podia yo merecer la gracia de ser «hecha Madre de mi Señor, sino porque conocí mi nada «y me humillé (4)?» Y antes lo habia declarado ya en su humildísimo cántico, cuando dijo: «Porque ha puesto «los ojos en la humildad de su esclava... Aquel que es to«dopoderoso ha hecho en mí cosas grandes (5).» Sobre esto san Lorenzo Justiniano observa, que no dice la Vírgen ha puesto los ojos en la virginidad ó en la inocencia, sino tan solo en la humildad. Y advierte san Francisco de Sales que por esta humildad no pretendia la Vírgen elogiarse de esta virtud, sino que quiso expresar que Dios habia mirado su nada, y que únicamente por su bondad quiso exaltarla de este modo.

San Agustin, finalmente, compara la humildad de María á una escala por la cual el Señor dignóse descender á la tierra para encarnarse en su seno (6); lo que confirmó san Antonino diciendo que la humildad de la Vírgen fue la disposicion mas perfecta y mas próxima para ser Madre de Dios (7). Así se comprende lo que vaticinó

(1) Loc. cit. — (2) Mar. 12, p. 5, n. 2. — (3) Hom. I sup. Miss. — (4) Lib. 2, Rev. cap. 35. — (5) Luc. I. — (6) Sup. Magn. — (7) Part. 5, tit. 15, cap. 6 et 8.

Isaías: «Brotará un renuevo del tronco de Jessé, y de su «raíz se elevará una flor (1).» El beato Alberto Magno considera que la flor divina, esto es, el Unigénito de Dios, segun predijo Isaías, debia nacer, no del extremo ó del tallo de la planta de Jessé, sino de la raíz, para denotar la humildad de la Madre; y con mas claridad lo explica el abad de Celes, quien observa que se elevará una flor, no de la cima, sino de la raíz. Y por esto dice el Señor á su querida Hija: «Aparta de mí «tus ojos, porque ellos me han hecho salir fuera de «mí (2).» Y san Agustin repone: ¿De dónde le han hecho salir, sino del seno del Padre al vientre de la Madre? Sobre cuyo pensamiento dice el docto y sábio intérprete Fernandez, que los humildísimos ojos de María, con que contempló continuamente la divina grandeza, sin perder de vista su nada, hicieron tal violencia al mismo Dios, que le atrajeron á su seno (3). Y con esto se comprende, dice el abad Francon, por qué el Espíritu Santo alabó tanto la hermosura de su Esposa, diciendo que tenia los ojos de paloma (4); porque mirando María á Dios con los ojos de sencilla y humilde paloma, le enamoró tanto con su cándida belleza, que le aprisionó con los lazos de amor en su seno virginal. ¿Y en qué parte de la tierra podia hallarse una Vírgen tan hermosa, que con sus ojos atrayese al Rey de los cielos y le cautivase con santa violencia con los vínculos de la caridad (5)? Así, pues, María en la encarnacion del Verbo, como se ha visto desde el principio, no pudo humillarse mas de lo que se humilló. Veamos ahora cómo Dios, habiéndola hecho Madre suya, no pudo exaltarla mas de lo que la exaltó.

PUNTO II.

Para comprender hasta qué punto María fue exaltada, menester seria comprender cuán sublime es la excelencia y grandeza de Dios. Por lo tanto bastará decir que Dios hizo á esta Vírgen Madre suya, para comprender

(1) Isai. XI, 1. — (2) Cant. c. VI, 4. — (3) In c. 14. Gen. sec. 1. — (4) Cant. IV, 1. — (5) De Grat. Nov. Test. tract. 6.

que no pudo exaltarla mas de lo que la exaltó. Acertadamente afirmó san Arnoldo Cartonense, que haciéndose Dios Hijo de la Vírgen la colocó en una elevacion superior á la de todos los Santos y Ángeles (1); de manera, dice san Efren, que á excepcion de Dios aventaja sin comparacion á todos los espíritus celestiales (2); lo que confirma san Andrés Cretense diciendo: Excepto Dios es superior á todos (3). Señora, exclama san Anselmo, á Vos no hay quien os iguale, porque todos los demás ó bien os aventajan, ó bien os son inferiores; únicamente Dios os es superior, y todos los demás os son inferiores (4). Finalmente, es tan grande, añade san Bernardino, la excelencia de esta Vírgen, que solo Dios puede y sabe comprenderla (5).

Así no es de admirar, advierte santo Tomás de Villanueva, que los sagrados Evangelistas, tan difusos en escribir las alabanzas de un Bautista y de una Magdalena, fuesen tan concisos en describir las prerogativas de María. ¿Qué mas pudieran decir los Evangelistas de las grandezas de esta Vírgen? ¿No basta por ventura que atestigüen que fue Madre de Dios? Habiendo descrito ellos en esta sola palabra el mayor y aun el conjunto de sus atributos, inútil era que los fuesen enumerando por partes (6). Con decir solamente de María, añade san Anselmo, que es Madre de un Dios, ¿no es colocarla en el grado mas alto de elevacion imaginable despues de Dios (7)? Y Pedro Celense sobre el mismo pensamiento añade: Dale el nombre que te cuadre: Reina del cielo, Señora de los Ángeles ó cualquiera otro título honorífico, nunca llegarás á honrarla tanto como llamándola simplemente Madre de Dios (8).

Obvia es la razon de esto, porque, como enseña el angélico Doctor, cuanto mas una cosa se acerca á su principio, tanto mas participa de sus perfecciones, por lo que siendo María la criatura mas próxima á Dios, participa mas que todas las demás de gracia, perfeccion y grandeza (9). Y de esto deduce el P. Suarez, que la dignidad

(1) Tract. de L. V. — (2) Orat. de Laud. Deip.—(3) Or. de Dorm. Deip.—(4) Ap. Pelb. Stellar. 1, p. 3, art. 2.—(5) Tom. 2, Serm. LI, art. 3, c. 2.—(6) Con. II de Nat. Virg. — (7) De exc. Virg. c. 4. — (8) Lib. de Pan. c. 31. — (9) 3 p. q. 27, art. 5.

de Madre de Dios es de órden mas eminente que cualquiera otra dignidad creada, porque pertenece en cierto modo al órden de la union con una persona divina, con la cual va necesariamente unida (1). Y san Dionisio Cartujano afirma que despues de la union hipostática, no hay otra cosa mas inmediata que la Madre de Dios (2). Es esta, enseña santo Tomás, la union mas sublime que una simple criatura puede tener con Dios (3). Y el beato Alberto Magno afirma que el ser Madre de Dios es la dignidad inmediata á la de Dios (4); y por esto dice que María no pudo estar mas unida á Dios de lo que estuvo, á menos que se hubiese hecho tambien Dios.

San Bernardino afirma que la santísima Vírgen para ser Madre de Dios debió ser elevada á cierta igualdad con las Personas divinas, por medio de una gracia casi infinita (5). Y como, moralmente hablando, los hijos se reputan una misma cosa con sus padres, de modo que entre ellos son comunes los bienes y los honores, san Pedro Damian deduce que si Dios habita de varias maneras en las criaturas, en María habitó por un modo especial de identidad, haciéndose una misma cosa con ella (6). Y exclama luego con aquel célebre dicho: Enmudezca y tiemble toda criatura, y apenas se atreva á contemplar lo inmenso de tan excelsa dignidad. Dios habita en la Vírgen, con la cual tiene identidad de una naturaleza (7).

Por esta razon santo Tomás afirma, que siendo María Madre de Dios, por esta union tan íntima con un ser infinito, recibió cierta dignidad infinita, que el P. Suarez llama infinita en su género (8); pues la dignidad de Madre de Dios es la mas sublime que puede conferirse á una criatura. Efectivamente, el Doctor angélico enseña que si bien la humanidad de Jesucristo, hubiera podido recibir de Dios mayor gracia habitual (9); sin embargo, en cuanto á la union con una Persona divina no pudo recibir mayor prerogativa (10); y que la bienaventurada Vír-

(1) Tom. 2 in 3 par. D. II, S. 2. —(2) Lib. 2 de Laud. Virg.— (3) 1 p. q. 25, art. 6. — (4) Super Miss. cap. 130. — (5) T. 1, Serm. XVI, 16. — (6) Serm. I de Nat. Virg. — (7) Loc. cit. — (8) Thom. 2 in 3 p. D. XVIII, s. 4. — (9) Opusc. 2. Comp. Theol. c. 215. — (10) 3 p. q. 7. art. 12, ad 2.

gen al contrario, no pudo ser elevada á una dignidad mas excelsa que la de Madre de Dios (1). Lo mismo escribió santo Tomás de Villanueva: Sin duda tiene cierta infinidad el ser Madre del Infinito (2): y añade san Bernardino de Sena, que el estado á que Dios exaltó á María haciéndola su Madre, fue sumo, de modo que no pudo elevarla mas (3); y lo confirma el beato Alberto Magno diciendo: El Señor dió á la bienaventurada Vírgen lo sumo de lo que fue capaz pura criatura, esto es, la maternidad de Dios (4).

Apoyándose en esto san Buenaventura, escribió esta célebre sentencia: que Dios puede hacer un mundo mas vasto, un cielo mas inmenso, pero no una criatura mas sublime y perfecta que su Madre (5). Sin embargo, la divina Madre expresó mejor que todos hasta qué grado Dios la habia enaltecido cuando dijo: «Ha hecho en mí cosas «grandes aquel que es omnipotente (6).» ¿Y por qué la santísima Vírgen no declaró entonces cuáles eran los grandes dones que Dios le habia concedido? Contesta santo Tomás de Villanueva, que no los explicó, porque eran tan inefables que no podian explicarse (7).

Por lo mismo acertadamente dijo san Bernardo, que Dios, por esta Vírgen que debia ser su Madre, crió el mundo (8), y san Buenaventura, que la conservacion del mundo debe atribuirse á la intercesion de María (9), y ambos se apoyan en un texto de los Proverbios que la Iglesia aplica á María: «Estaba yo con él disponiendo «todas las cosas (10).» Á lo que añade san Bernardino, que Dios por el amor de María no iniquiló al hombre despues del pecado de Adan (11). Y así con razon la santa Iglesia canta de María que: «Escogió para sí la mejor parte (12);» porque esta Madre Vírgen no solo eligió las cosas mejores, sí que de estas la mejor parte, dotándola el Señor en sumo grado (como atestigua el beato Alberto Magno) de todas las gracias y dones generales y particulares concedidos á las demás criaturas; todo en consecuencia á la

(1) 1 part. q. 15, art. 6, ad 4. — (2) Conc. III de Nat. Mar. — (3) Tom. 3, Sermo VI, art. 5, cap. 1. — (4) L. 1 de Laud. Virg. c. 178. — (5) Spec. B. V. Lectio 10. — (6) Luc. I, 29. — (7) Cant. 3 de Nat. Virg. — (8) Serm. VII in Salve Reg. — (9) Ap. P. Pepe, Lez. 371. — (10) Prov. VIII, 30. — (11) Tom. 1, Serm. LXI, cap. 8. — (12) In Of. B. Virg.

dignidad de Madre de Dios, que le habia sido conferida (1). De manera que si bien María fue niña, solo tuvo de la infancia la inocencia, no el defecto de la incapacidad; pues desde el primer instante de su vida gozó el perfecto uso de razon. Fue vírgen, pero sin el oprobio de la esterilidad. Fue madre, pero sin menoscabo de la virginidad. Fue hermosa y aun hermosísima, como dicen Ricardo de San Víctor, san Jorge Nicomediense y san Dionisio Areopagita, al cual muchos atribuyen la dicha de haber contemplado una vez la belleza de María, y dice que si la fe no le hubiese enseñado que ella era solamente una criatura, la hubiera adorado como á Dios. Reveló tambien el Señor á santa Brígida, que la hermosura de su Madre excedió á la de todos los hombres y Ángeles, pues la Santa oyó que hablando con la Vírgen decia: Tu hermosura aventaja á la de los Ángeles y á todo lo criado (2). Fue hermosísima, digo, pero sin riesgo de quien la miraba, porque su belleza disipaba los movimientos livianos é inspiraba pensamientos de pureza, como atestigua san Ambrosio (3), y lo confirma santo Tomás. Por esto compárase á la mirra, que impide la putrefaccion: «Exalé fragante olor como la mirra escogida,» cuyas palabras le aplica la santa Iglesia. En la vida activa dedicóse al trabajo, pero sin que este la distrajese de unirse con Dios. En la contemplativa estuvo recogida con el Señor, pero sin olvidarse de las cosas temporales y de la caridad debida al prójimo. Llegó, por fin, la hora de que dejase el mundo, pero sin angustias y sin la corrupcion del cuerpo. En resúmen, esta divina Madre es infinitamente inferior á Dios, pero es inmensamente superior á todas las criaturas. Y si es imposible hallar un hijo mas noble que Jesús, lo es tambien encontrar una madre mas noble que María. Esto autoriza á los devotos de esta Reina, no solo á regocijarse en sus grandezas, sí que tambien para aumentar su confianza en su poderosísimo patrocinio, pues en calidad de Madre de Dios, dice el P. Suarez, tiene cierto derecho sobre sus dones para alcanzarles á sus protegidos (4). Además, dice san German, que

(1) Bibl. Max. in Luc. 13. — (2) Lib. 2 Rev. c. 51. — (3) De Inst. Virg. c. 7. — (4) Tom. 3 in p. D. 1, 5, 2.

Dios no desatiende los ruegos de María, porque no puede dejar de reconocerla por su verdadera é inmaculada Madre. Así exprésase el Santo hablando con la Vírgen : Tú, pues, que ejerces la autoridad materna con Dios, consigues la insigne gracia de la reconciliacion, aun á favor de los que cometen pecados gravísimos. No puedes dejar de ser atendida, porque Dios te obedece como á su verdadera é inmaculada Madre (1). De manera que á Vos, ó Madre de Dios y Madre nuestra, no os falta poder ni voluntad para socorrernos (2). Pues, bien sabeis, os diré con el abad Celense, que Dios no os crió solamente para sí, sino que os ha dado á los Angeles por su restauradora, á los hombres por su reparadora, y á los demonios para combatirlos, para que por vuestra intercesion recobremos la divina gracia, y por Vos el enemigo quede aniquilado y vencido (3).

Y si deseamos complacer á la Madre de Dios, saludémosla á menudo con el *Ave María.* Apareciéndose un dia la Vírgen á santa Matilde la dijo, que no podia venerarla de mejor manera que con esta salutacion angélica. Así alcanzarémos gracias singulares de esta Madre de misericordia, como se verá en el siguiente

EJEMPLO.

Célebre y notorio es el suceso que el P. Pablo Señeri refiere en su *Cristiano instruido* (4). Un jóven cargado de pecados deshonestos y de costumbres deprevadas fué á confesarse en Roma con el P. Nicolás Zucchi. El confesor le acogió con mucha caridad, y compadecido de su miseria, le dijo que la devocion á Nuestra Señora podia librarle de sus malditos vicios, y le impuso por penitencia que hasta la siguiente confesion cada dia al levantarse y al acostarse rezase una *Ave María* á la Vírgen, ofreciéndole los ojos, las manos y todo su cuerpo, suplicándole le guardase como cosa suya, y que despues besase tres veces el suelo. Practicó el jóven esta penitencia, con poca enmienda al principio; pero el Padre con-

(1) De Zona Virg.— (2) S. Bern. Serm. de Assumpt.—(3) V. in Ps. Cont. Virg. — (4) P. 3. Rag. 34.

tinuó inculcándole que no la dejase jamás, animándole á que confiase en la proteccion de María. A la sazon el penitente partió con otros compañeros, y fué muchos años recorriendo mundo. Al regresar á Roma, volvió á buscar á su confesor, quien con el mayor gozo y admiracion le halló enteramente mudado y libre de las antiguas fealdades. Hijo mio, le preguntó, ¿cómo has alcanzado de Dios tan feliz cambio? El jóven le contestó: Padre, con la corta devocion que me enseñásteis, la Vírgen me ha obtenido esta gracia; mas no concluyeron aquí las maravillas. Dicho confesor refirió este suceso en el púlpito, y habiéndole oido un capitan que hacia muchos años vivia amancebado con una mala mujer, se propuso practicar tambien la misma devocion, á fin de librarse de la terrible cadena que le tenia esclavo del demonio, cuyo fin es necesario á todos los pecadores para que la Vírgen pueda ayudarles, y este militar dejó tambien su mala costumbre y mudó de vida.

Hay mas aun. Al cabo de seis meses, confiando temerariamente en sus fuerzas, un dia quiso ir á buscar á la mala mujer para ver si tambien habia mudado de vida; pero al acercarse á su casa, en donde era evidente el peligro de recaer, se sintió impelido hácia atrás por una fuerza misteriosa que le hizo retroceder hasta su propia habitacion. Entonces conoció claramente que María le libraba así de su perdicion. Con este ejemplo se ve cuán solícita es nuestra buena Madre, no solo en sacarnos del pecado, si nosotros con este buen fin nos encomendamos á ella, sino tambien en librarnos del peligro de nuevas caidas.

ORACION.

¡Oh santa é inmaculada Vírgen! ¡Oh criatura la mas humilde y mas sublime delante de Dios! Vos fuísteis humildísima á vuestros ojos, pero grande á los de Nuestro Señor, que os enalteció hasta elegiros por Madre, y constituiros por consiguiente en Reina del cielo y de la tierra. Doy gracias, pues, á Dios que tanto os ha exaltado, y me regocijo con Vos de veros tan unida á él, que no es

permitido estarlo mas á una simple criatura. Me avergüenzo de presentarme á Vos, que sois tan humilde con tantas prerogativas, siendo yo miserable y orgulloso con tantos pecados. Pero, á pesar de mis miserias, quiero tambien saludaros: «Dios te salve María, llena eres de «gracia.» Vos sois llena de gracia, alcanzadme parte de ella. «El Señor es contigo.» Aquel Señor que siempre estuvo con Vos desde el primer instante de vuestro ser, ahora se une mas con Vos haciéndose vuestro Hijo. «Bendita tú eres entre todas las mujeres.» ¡Oh mujer bendita entre todas las mujeres! alcanzad asimismo para nosotros la divina bendicion. «Y bendito es el fruto de tu «vientre.» ¡Oh bendita planta que dísteis al mundo un fruto tan noble y santo! «Santa María, Madre de Dios.» ¡Oh María yo reconozco que sois la verdadera Madre de Dios, y estoy pronto á dar mil veces la vida para defender esta verdad. «Ruega por nosotros pecadores.» Si Vos sois la Madre de Dios, igualmente lo sois de nuestra salvacion y de nosotros pobres pecadores, pues por salvar á los pecadores Dios hízose hombre y os eligió por su Madre, á fin de que vuestros ruegos tuviesen la virtud de salvar á los pecadores. Ea, pues, ó María, rogad por nosotros. «Ahora, y en la hora de nuestra muerte.» Rogad siempre, rogad ahora que por do quier nos rodean las tentaciones y peligros de perder á Dios; y rogad principalmente en la hora de nuestra muerte, cuando estarémos próximos á partir de este mundo, y á ser presentados al divino tribunal, á fin de que salvándonos por los méritos de Jesucristo y por vuestra intercesion, lleguemos un dia sin peligro ya de perdernos, á saludaros y alabaros con vuestro Hijo en el cielo por toda la eternidad. Amen.

DISCURSO V.

DE LA VISITACION DE LA VÍRGEN.

María es la tesorera de todas las divinas gracias. Por esto el que desee gracias debe recurrir á María; y el que la invoca debe estar seguro de obtener las que desea.

Cuando una familia es visitada por una persona real, se juzga feliz, tanto por el honor que por ello recibe, como por las ventajas que espera le proporcionará. Pero mucho mas feliz debe llamarse el alma á la que visita la Reina del universo María santísima, quien colma de bienes y gracias á las almas afortunadas que se digna visitar por medio de sus favores. La casa de Obededon fue bendecida cuando moró en ella el arca del Señor (1). Pero ¡ cuántas mayores bendiciones obtienen los que reciben una visita amorosa de esta arca viva de Dios, cual fue la divina Madre! ¡Feliz la casa que visita la Madre de Dios! escribió Engelgrave. Bien lo experimentó la del Bautista, pues apenas María entró en ella, colmó á toda aquella familia de gracias y bendiciones celestiales, por lo que la fiesta de la Visitacion es llamada comunmente la fiesta de Nuestra Señora de las gracias. Examinemos en el presente discurso como la divina Madre es la tesorera de todas las gracias, dividiéndolo al efecto en dos puntos. En el primero notarémos que el que desea obtener gracias debe acudir á María. En el segundo que el que así lo practica ha de estar seguro de alcanzar las gracias que desea.

PUNTO I.

La santísima Vírgen cuando oyó del arcángel san Gabriel que su prima Isabel estaba en cinta de seis meses, iluminada interiormente del Espíritu Santo, comprendió que el Verbo humanado y hecho ya Hijo suyo, queria em-

(1) Paral. XIII, 14.

pezar á manifestar al mundo las riquezas de su misericordia concediendo sus primeras gracias á dicha familia. Por esto, como refiere san Lucas (1), levantándose luego del reposo de su contemplacion, á la cual continuamente se aplicaba, y dejando su amada soledad, partió hácia la casa de Isabel. Y como la santa caridad todo lo sobrelleva y la gracia del Espíritu Santo no sufre ningun retardo, dice san Ambrosio hablando sobre este Evangelio, sin inquietarse por las fatigas del viaje, la tierna y delicada doncella púsose en camino. Al entrar en casa de su prima la saludó; y, como observa san Ambrosio, fue María la primera en saludar á Isabel. Pero la visita de la bienaventurada Vírgen no fue como son ordinariamente las visitas de los mundanos, que cási se reducen á ceremonias y fingidos cumplimientos; pues la visita de María atrajo á aquella casa un tesoro de gracias. Efectivamente, á su entrada y á su primera salutacion, Isabel quedó llena del Espíritu Santo, y Juan lavado de la culpa original y santificado; por lo que en señal de júbilo, saltó en el vientre de su madre, queriendo manifestar así la gracia que recibiera por medio de la bienaventurada Vírgen, como declaró la misma Isabel. De modo que, segun observa Bernardino de Bustos, en virtud de la salutacion de María recibió Juan la gracia del Espíritu Santo que le santificó (2).

De consiguiente, si estas primicias de la redencion pasaron por manos de María, y ella fue el caño por el que se comunicó la gracia al Bautista, el Espíritu Santo á Isabel, el don de profecía á Zacarías, y tantas otras bendiciones como recibió la dichosa familia, que fueron las primeras gracias que consta hiciese el Verbo sobre la tierra despues de su encarnacion; justo es que creamos que Dios constituiria desde entonces á María en acueducto universal, como la llama san Bernardo, por el que en lo sucesivo pasasen á nosotros todas las demás gracias que el Señor quisiese dispensarnos, conforme dijimos en la parte primera, capítulo V.

Con razon, pues, llamamos á esta divina Madre el tesoro, la tesorera y dispensadora de las divinas gracias, co-

(1) Paral. I, 39.— (2) Part. 7, Serm. IV.

mo la llamaron el venerable abad de Celes (1), san Pedro Damian, el beato Alberto Magno, san Bernardino, y un doctor griego citado por Petavio. Así la llamó tambien san Gregorio Taumaturgo, el cual decia: María se dice llena de gracia, porque se halla en ella depositado el tesoro de las gracias. Y Ricardo de San Lorenzo dice, que Dios colocó en María, como en un erario de misericordia, todos los dones de la gracia, de cuyo tesoro él enriquece á sus siervos.

Al hablar san Buenaventura del campo del Evangelio en el que se halla escondido el tesoro que debe comprarse á todo precio, como dijo Jesucristo: «El reino de los «cielos es semejante á un tesoro escondido en el campo, «que si un hombre lo halla, va y vende cuanto tiene y «compra aquel campo (2);» dice que este campo es María nuestra Reina, en la cual está el tesoro de Dios, que es Jesucristo, y con Jesucristo el manantial y la fuente de todas las gracias (3). San Bernardo afirmó ya que el Señor puso en manos de María todas las gracias que quiere dispensarnos, á fin de que sepamos que todos los bienes que recibimos nos vienen por su intercesion (4). Es esto tan cierto que la misma Vírgen María nos lo asegura diciendo: «En mí se halla toda la gracia para conocer «el camino de la verdad (5).» En mí están todas las gracias de los verdaderos bienes, que vosotros, ó hombres, podeis desear en vuestra vida mortal. Sí, Madre y esperanza nuestra, le decia san Pedro Damian, sabemos muy bien que todos los tesoros de la divina misericordia se hallan en vuestras manos. Y antes de él lo afirmó san Ildefonso con mayor expresion, cuando hablando con la Vírgen le decia: Señora, todas las gracias que Dios determinó dispensar á los hombres, quiere concedérselas por vuestras manos, y por esto os confia todos los tesoros de las gracias (6). De modo que, ó María, concluia san German, no se dispensa gracia alguna sino por vuestras manos (7). San Alberto Magno, haciendo la mas bella reflexion sobre las palabras que dijo el Angel á la santísima Vírgen: «No temas, ó María, porque has hallado gra-

(1) Prol. Cont. Virg. c. 1. — (2) Matth. XIII, 44.—(3) Spec. c. 7.— (4) Serm. de Aquæd. — (5) Eccli. XXIV, 25.— (6) In Cor. Virg. c. 15. — (7) Serm. de Zona Virg.

«cia delante del Señor (1),» dice: No temas, porque has hallado la gracia. No la usurpaste como pretendió hacerlo Luzbel, no la perdiste como Adan, no la compraste como quiso hacerlo Simon Mago, sino que la hallaste porque la has deseado y buscado. Hallaste la gracia increada, que es el mismo Dios hecho ya hijo tuyo, y con ella obtienes todos los bienes creados (2). San Pedro Crisólogo confirma este pensamiento diciendo, que la gran Madre halló esta gracia para conceder luego la salud á todos los hombres (3). Y en otro lugar dice que María halló una gracia tan colmada, que era suficiente para salvar á cada uno de nosotros (4). De tal modo, dice Ricardo de San Lorenzo, que así como Dios crió el sol para que con sus rayos iluminase la tierra, crió tambien á María para dispensar por su medio al mundo todas las divinas misericordias (5). San Bernardo añade, que la Vírgen desde el instante que fue hecha Madre del Redentor adquirió cierta jurisdiccion sobre todas las gracias (6).

Concluyamos aquí este punto con las palabras de Ricardo de San Lorenzo, quien dice que si deseamos alcanzar alguna gracia invoquemos á María, que obtiene para sus siervos todo lo que pide, pues que halló la gracia divina y la halla siempre (7); pensamiento que expresó primero san Bernardo, cuando dijo: Si deseamos gracias, es preciso que nos dirijamos á esta tesorera y dispensadora de las gracias (8); pues que la voluntad suprema del dador de todo bien, es que todas las gracias se dispensen por mano de María (9). Quien dice todo, no exceptúa nada. Empero, como para alcanzar las gracias se necesita la confianza, vamos ahora á ver cuán seguros debemos estar de conseguirlas invocando á María.

PUNTO II.

¿Por qué fin puso Jesucristo en manos de su Madre todos los tesoros de las misericordias que quiere dispensarnos, sino para que enriqueciese á todos sus devotos que

(1) Luc. 1, 30. — (2) In Marial. c. 137. — (3) Serm. III de Annun.— (4) Serm. CXLII. — (5) De Laud. Virg. l. 7. — (6) Serm. LXI. Trat. 1, art. 8.— (7) De Laud. Virg. lib. 2, p. 5. — (8) Serm. de Aquæd. — (9) Loc. cit.

la aman, la honran, é invocan con confianza? Así nos lo asegura la misma Vírgen en un texto que la Iglesia le aplica en muchas de sus festividades (1): «Conmigo es- «tán las riquezas... para enriquecer á los que me aman.» Efectivamente, dice el abad Adan, solo con el objeto de socorrernos, conserva María estas riquezas de vida eterna, en cuyo seno colocó el Salvador el tesoro de los miserables, á fin de que proveidos de él los pobres se hagan ricos (2). Y san Bernardo añade, segun leo en un autor, que María ha sido dada al mundo como un canal de misericordia, á fin de que por su mediacion las gracias desciendan continuamente del cielo á los hombres.

El mismo santo Padre investiga despues la razon porque san Gabriel, que halló á María llena de gracia, segun se lo anunció al saludarla, añade que el Espíritu Santo habia de descender en ella para llenarla aun mas de gracia. Si estaba ya llena de gracia, ¿qué mas podia obrar la venida del Espíritu Santo? María, contéstase el Santo, estaba llena de gracia, pero el Espíritu Santo la colmó abundantemente de ella para nuestro bien, á fin de que de su superabundancia fuésemos proveidos nosotros miserables; por lo que María fue comparada á la luna, de la cual se dice: «Luna llena para sí y para los «demás.»

Bienaventurado el que acude á mí y me halla, dice nuestra Madre; él hallará la vida, y la hallará fácilmente (3), pues que así como es fácil hallar y beber tanta agua como se quiere de una fuente abundante, tambien lo es hallar las gracias y la salvacion eterna acudiendo á María. Un alma santa decia, basta pedir las gracias á la Vírgen para alcanzarlas; y san Bernardo afirma que antes de nacer la Vírgen no habia en el mundo la abundancia de gracias que ahora la inundan, porque no poseia aun este admirable canal que es María (4). Mas ahora, que ya tenemos á esta Madre de misericordia, ¿qué gracia desconfiarémos de obtener si nos postramos á sus piés? Yo soy la ciudad de refugio, le hace decir san Juan Damasceno, para todos los que acuden á mí. Venid, pues,

(1) Prov. VIII, 18. — (2) In Aleg. utr. Test. c. 24, Eccl. — (3) Prov. VIII, 18. — (4) Serm. de Aquæd.

hijos mios, os concederé las gracias con mayor abundancia de lo que podais apetecer (1).

No cabe duda que á muchas almas les sucede lo que observó la venerable sor María Vilani en una vision celestial, en que se le apareció la Madre de Dios á semejanza de una copiosa fuente, á la que acudian muchos para recoger abundancia de agua de la gracia; pero ¿qué sucedió? Que los que llevaban los vasos enteros, enteras conservaban las gracias recibidas, mas los que los llevaban rotos, esto es, las almas cargadas de pecados, recibian la gracia, mas luego la volvian á perder. Por lo demás es seguro que por medio de María alcanzan de continuo gracias los hombres, aun los ingratos, los pecadores y los mas miserables. San Agustin dirigiéndose á la Vírgen le dice: «Por tí nosotros miserables heredamos la «misericordia, ingratos la gracia, pecadores el perdon, «enfermos las cosas sublimes, terrenos las celestiales, «mortales la vida, y peregrinos la patria (2).»

Acreciéntese por lo tanto nuestra confianza, ó devotos de María, y acudamos á ella para pedirle gracias. Y á fin de avivar nuestra confianza, acordémonos de dos grandes atributos que tiene esta buena Madre, á saber, del deseo que la anima de hacernos bien, y del poder que ejerce con el Hijo de alcanzar cuanto pide. Para comprender el deseo que tiene María de socorrernos á todos, es suficiente considerar el misterio de la fiesta que nos ocupa, á saber, la visita de María á Isabel. La distancia desde Nazareth, morada de la santísima Vírgen, hasta la ciudad de Hebron (á la que san Lucas llama ciudad de Judá, como dicen Baronio y otros autores), en donde vivia Isabel, era cási de sesenta y nueve millas, segun relato del autor de la vida de María, Fr. José de Jesús y María carmelita descalzo (3), de Beda y Brocardo; mas, y no obstante esto, la bienaventurada Vírgen, tierna y delicada doncella como era entonces, y no acostumbrada á semejantes fatigas, para emprender el camino no se arredra, impedida de la fervorosa caridad de que siempre rebosó su afectuosísimo corazon, para empezar desde en-

(1) Serm. II de Dorm. B. Virg. — (2) Serm. de Assumpt B. Virg. — (3) Lib. 5, c. 12.

tonces su grande oficio de dispensadora de las gracias. María, dice san Ambrosio sobre este viaje, no fué para cerciorarse de si en efecto estaba Isabel embarazada, como le habia dicho el Angel, sino que gozosa con el deseo de ser útil á la familia de su prima, se apresuró por el placer que experimentaba en hacer bien á su prójimo. Nótese aquí, que hablando el Evangelista del viaje de María á la casa de Isabel, dice que caminó aprisa, pero cuando hace mencion de su regreso, ya no expresa que llevase prisa, sino que refiere simplemente: «Y permaneció María con ella cerca de tres meses, y despues regresó á su casa (1).» ¿Con qué objeto, dice san Buenaventura, la Madre de Dios se veia obligada á darse prisa en ir á visitar la casa del Bautista, sino con el de ser útil á esta familia (2)?

El espíritu de caridad hácia los hombres, léjos de disminuirse en María al subir al cielo, creció notablemente, porque en él conoce mejor nuestras necesidades, y se compadece mas de ellas. Mas desea María hacernos bien, escribe san Bernardino de Bustos, que nosotros recibirlo (3); de manera, dice san Buenaventura, que ella se ofende con aquellos que no le piden gracias (4). Efectivamente, la inclinacion de María es enriquecer á todos de ellas, como colmadamente las concede á sus siervos, segun afirma el Idiota (5).

Por esto, añade, el que halla á María encuentra todos los bienes; y cualquiera puede hallarla, aunque fuese el pecador mas miserable del mundo, porque es tan benigna, que no desecha á ninguno de los que la invocan. Yo invito á todos á que acudan á mí, le hace decir Tomás de Kempis; á todos espero, no desprecio jamás á ningun pecador por indigno que sea, si implora mi auxilio. Cualquiera que le pida mercedes, dice Ricardo, la hallará siempre propicia á socorrerle y alcanzarle las gracias de salud eterna con su poderosa intercesion.

Con su poderosa intercesion he dicho, porque el otro motivo que debe aumentar nuestra confianza es el saber que alcanza de Dios todo lo que pide á favor de sus de-

(1) Luc. I, 56. — (2) Spec. cap. 84. — (3) Mar. p. 1. Serm. V. — (4) S. Bon. in Spec. Virg. — (5) In Prol. Cont. B. Virg. cap. 1.

votos. Observad, dice san Buenaventura tratando de la visita que hizo María á Isabel, la gran virtud que tuvieron las palabras de la Vírgen, pues á su voz fue conferida la gracia del Espíritu Santo á Isabel y á Juan su hijo, segun refiere el Evangelista (1). Y aquí añade san Buenaventura: Véase cuán eficaces sean las palabras de la Señora, que al proferirlas se confiere el Espíritu Santo (2). Jesús se complace en gran manera, dice Teófilo de Alejandría, cuando la Vírgen intercede por nosotros, porque todas las gracias que nos dispensa por los ruegos de María, mas entiende hacerlas á su Madre, que no á nosotros (3). Efectivamente, porque Jesús, segun san German, no puede dejar de concederle cuanto le pide, queriendo cási obedecerla en esto como á su verdadera Madre, cuyos ruegos tienen cierta autoridad con él, de modo que obtiene el perdon, aun á los mas grandes pecadores que la invocan (4).

Esto, advierte san Juan Crisóstomo, se confirma muy bien con el suceso acaecido en las bodas de Caná en donde pidiendo María á su Hijo el vino que faltaba, á pesar de que á la sazon no era llegado aun el tiempo prefijado para obrar milagros, como explican el Crisóstomo y Teofilato; el Salvador, dice el primero, para obedecer á la Madre hizo el milagro que le pedia convirtiendo el agua en vino (5).

Acerquémonos, pues, confiadamente al trono de la gracia, como nos exhorta el Apóstol, á fin de alcanzar la misericordia, y hallar la gracia que oportunamente nos auxilie (6). El trono de la gracia, dice el beato Alberto Magno, es la bienaventurada Vírgen María (7). Si pretendemos, pues, gracias, acudamos al trono de ellas, que es María, y lleguémonos á él con firme esperanza de ser oidos mediante la intercesion de María, que obtiene cuanto pide á su Hijo. Busquemos la gracia, repito con san Bernardo, y busquémosla por medio de María; adhiriendo á lo que la misma Vírgen-Madre dijo á santa Matilde, que llenándola el Espíritu Santo de su dulzura, le habia

(1) Luc. I, 41. — (2) Tract. de Vita Christi. — (3) Ap. Baldi Guiard. di Mar. nella Præf.—(4) Or. de Dorm. V.— (5) S Joan. Chrysost. ab Corn. Alap. in Joan. cap. 2, vers. 5.— (6) Hebr. IV, 16.— (7) Serm. de Dedic. Eccl. I.

hecho tan amada de Dios, que cualquiera que por su medio solicitase gracias ciertamente las alcanzaria (1).

Y si prestamos fe á la célebre sentencia de san Anselmo, verémos como á veces se alcanzan mas pronto las gracias invocando á María, que dirigiéndose á nuestro mismo Salvador Jesús; no porque no sea él el orígen y el Señor de todas las gracias, sino porque pidiendo á su Madre que interceda por nosotros, sus ruegos, como ruegos de Madre, tendrán mas fuerza que los nuestros (2). Jamás nos apartemos de los piés de esta tesorera de las gracias, diciéndole siempre con san Juan Damasceno: ¡Oh Madre de Dios! abridnos las puertas de vuestra misericordia intercediendo siempre por nosotros, pues vuestros ruegos son la salvacion del mundo. Al recurrir á María es mejor suplicarla que ruegue por nosotros y nos alcance las gracias que conozca sean mas conducentes para nuestra salvacion, como lo hizo Fr. Reginaldo Dominicano, segun se refiere en las crónicas de la Órden (3). Estando enfermo este siervo de María y pidiéndole la gracia de la salud corporal, aparecióse le la Vírgen seguida de las santas Cecilia y Catalina, y le dijo con la mayor dulzura: «Hijo ¿qué deseas haga yo por tí?» Confuso el religioso al oir tan cortés ofrecimiento de la Vírgen, no sabia que responder. Entonces una de las dos Santas le dió este consejo: Reginaldo, ¿sabes lo que debes hacer? No pidas nada, y ponte enteramente en sus manos, porque María sabrá hacerte una gracia mejor y mayor que la que tú sabrás pedirle. Siguió el enfermo este consejo, y la divina Madre le alcanzó la gracia de la salud.

Si nosotros deseamos tambien ser visitados por la Reina del cielo, será muy provechoso que la visitemos tambien á menudo rogando delante de una imágen suya ó en alguna iglesia que le esté dedicada. Léase el siguiente ejemplo, y se verá con qué especiales favores recompensa las devotas visitas de sus siervos.

(1) Ap. Canis. l. 1, cap. 18. — (2) De exc. Virg. c. 6. — (3) Lib. 1, p. 1, cap. 5.

EJEMPLO.

Léese en las crónicas de la Órden de san Francisco que dirigiéndose dos religiosos de la misma á visitar un santuario de la Vírgen, se les hizo de noche en medio de un espeso bosque; por lo que confusos y afligidos no sabian qué partido tomar. Andaron, sin embargo, un poco mas, y les pareció que entre la oscuridad divisaban una casa. Encamínanse á ella, tientan las paredes buscando la puerta, llaman, y oyen que desde dentro les preguntan ¿quién habrá? Contestaron que eran dos pobres religiosos perdidos de noche por el bosque, y que pedian albergue á lo menos para no ser presa de lós lobos. Al instante se abrió la puerta, y vieron dos pajes ricamente vestidos que les recibieron con gran cortesía. Los religiosos preguntaron quién habitaba ese palacio. Contestaron los pajes que moraba allí una señora muy piadosa. Desearíamos saludarla, dijeron ellos, y darle gracias por habernos acogido. Seguidnos, pues, respondieron los pajes, porque tambien ella quiere hablaros. Suben la escalera, ven las habitaciones iluminadas profusamente, adornadas con elegancia, y en las que se percibia un perfume celestial. Finalmente, entran en la cámara donde se hallaba la dueña de la casa, y encuéntranse en presencia de una señora majestuosa y hermosísima, que les acogió con la mayor benignidad, y les preguntó á dónde se dirigian. Respondieron que iban á visitar una iglesia de la bienaventurada Vírgen. Siendo así, dijo la señora, cuando partiréis os daré una carta mia que os será muy útil. Mientras les hablaba la Señora, sentíanse inflamados en el amor de Dios, experimentando una alegría que nunca habian probado. Fuéronse despues á dormir, si es que realmente pudieron conciliar el sueño entre tanto gozo, y á la mañana se presentaron á la señora para despedirse de ella, darle gracias y tomar la carta que afectuosamente recibieron, y se marcháron. Mas, apenas salidos de la casa, advirtieron que la carta carecia de sobrescrito; por lo que retroceden, registran, y no parece la casa. Abrieron finalmente la carta para ver á quién iba dirigi-

da y ven que María santísima les escribia á ellos mismos, dándoles á entender que era la señora que habian visto por la noche, y que por la devocion que le tenian les proveyó de casa y hospedaje en el bosque; que continuasen sirviéndola y amándola, que ella les recompensaria siempre con sus beneficios, y les auxiliaria en la vida y en la muerte. Y al pié de la carta leyeron esta firma: «Yo María Vírgen.» Considere cada cual qué gracias mas expresivas no tributarian aquellos buenos religiosos á la divina Madre, y cuánto mas vehemente fue su deseo de amarla y servirla en el resto de su vida.

ORACION.

Inmaculada y bendita Vírgen, siendo la dispensadora universal de las divinas gracias, sois tambien la esperanza de todos y la mia. Doy continuamente gracias á mi Señor, que me ha dado á conoceros, y que me enseñó el medio que debo seguir para alcanzar la gracia y salvarme. Este medio sois Vos, ó poderosa Madre de Dios, pues no ignoro que principalmente por los méritos de Jesucristo, y despues por vuestra intercesion, he de salvarme. ¡Ah Reina mia! Vos que tan diligente fuísteis en visitar y santificar con vuestra presencia la casa de Isabel, dignaos visitar presto la pobre casa de mi alma. Apresuraos, pues sabeis mejor que yo cuánto lo necesita, y cuán enferma está de una infinidad de males, de afectos desordenados, de costumbres perniciosas y de pecados graves, males todos contagiosos que pudieran conducirla á la muerte eterna. Vos podeis enriquecerla, ó tesorera de Dios, y curarla de todas sus dolencias. Por lo tanto, visitadme en vida, y despues especialmente en la hora de la muerte, que será cuando necesitaré mas de vuestro patrocinio. No pretendo ni soy digno de que me visiteis en este mundo con vuestra presencia visible, como lo hicísteis con tantos siervos vuestros, pero siervos que no eran indignos ni ingratos como yo soy: me contento con veros despues en vuestro reino del cielo, para amaros en él aun mas, y daros gracias por todo el bien que os debo.

Ahora limítome á pediros que me visiteis con vuestra misericordia: bástame que rogueis por mí.

Rogad, sí, ó María, y recomendadme á vuestro Hijo, Vos conoceis mejor que yo mis propias miserias. ¿Qué mas puedo deciros? Compadeceos de mí. Soy tan miserable é ignorante, que ni siquiera sé conocer ni pedir las gracias que mas necesito. Reina y Madre mia dulcísima, pedid por mí, y alcanzadme de vuestro Hijo cuantas gracias sean mas útiles y necesarias para mi alma. Póngome enteramente en vuestras manos, y ruego tan solo á la divina majestad, que por los méritos de mi Salvador Jesús, me otorgue las gracias que Vos solicitais por mí. Pedid, pedid por mí, ó Vírgen santísima, lo que creais mas conveniente. Vuestros ruegos son siempre atendidos, son ruegos de Madre á un Hijo que tanto os ama, y se complace en hacer cuanto le pedís, á fin de glorificaros mas y manifestaros al mismo tiempo el grande amor que os profesa. Señora, así quedamos convenidos. Yo pongo en Vos mi confianza. Vos por vuestra parte habeis de pensar en salvarme. Amen.

DISCURSO VI.

DE LA PURIFICACION DE MARÍA.

El gran sacrificio que María hizo á Dios en este dia, ofreciéndole la vida de su Hijo.

La ley antigua imponia dos preceptos en el nacimiento de los hijos primogénitos. Consistia el primero en que la madre, como inmunda, permaneciese retirada en su casa por espacio de cuarenta dias, transcurridos los cuales debia purificarse en el templo; el otro en que los padres del primogénito le llevasen al templo y le ofreciesen á Dios. En este dia la santísima Vírgen quiso cumplir ambos preceptos, pues aun cuando no le obligaba la ley de la purificacion, por haber sido siempre Vírgen y siempre pura, no obstante, por amor á la humildad y á la obediencia quiso ir á purificarse como las otras madres.

Despues obedeció el segundo precepto de la presentacion y ofrecimiento del Hijo al eterno Padre. «Y habiéndose cumplido el tiempo de la purificacion, segun la «ley de Moisés, llevaron el Niño á Jerusalen para pre- «sentarle al Señor (1).» Pero la Vírgen le ofreció de un modo diferente del que las demás madres ofrecian á sus hijos. Sabian estas que el verificarlo era solo una simple ceremonia de la ley, de modo que al redimirles se los apropiaban sin temor de haberlos de ofrecer ya á la muerte. María ofreció en realidad su Hijo á la muerte y con la certeza de que el sacrificio de la vida de Jesús, que hizo entonces, debia consumarse sobre el ara de la cruz, de modo que ofreciendo María la vida del Hijo, por el amor que le tenia sacrificóse á sí misma enteramente á Dios. Prescindiendo de todas las demás consideraciones que pudiéramos hacer sobre muchos misterios de esta festividad, consideremos solamente cuán grande fue el sacrificio que hizo María de sí á Dios, ofreciéndole en este dia la vida de su Hijo. Y este será el asunto único del presente discurso.

El eterno Padre tenia prefijado salvar al hombre perdido por la culpa, y librarle de la muerte eterna: mas como exigia al mismo tiempo que su divina justicia no quedase sin la condigna y debida satisfaccion, no perdonando la vida de su mismo Hijo, encarnado ya para redimir á los hombres, quiso que pagase con todo rigor la pena que estos merecian (2). Con este objeto le envió á la tierra para hacerse hombre, destinóle una Madre, y quiso que esta fuese la Vírgen María; mas así como fue su voluntad que sin el expreso consentimiento de esta el Verbo divino no se hiciese hijo suyo, así tampoco quiso que Jesús sacrificase su vida por la salvacion de los hombres sin que María consintiese en ello, para que juntamente con el sacrificio de la vida del Hijo fuese sacrificado el corazon de la Madre. Santo Tomás enseña que el carácter de madre da un derecho especial sobre los hijos; por lo que siendo Jesús de sí inocente, y no habiendo merecido por su culpa ninguna pena, parecia conveniente que no fuese destinado á la cruz como víctima de

(1) Luc. II, 22. — (2) Rom. VIII, 32.

los pecados del mundo, sin el consentimiento de su Madre, que le ofreciese voluntariamente á la muerte.

Mas, aunque María desde el momento que fue constituida Madre de Jesús consintió en su muerte, quiso sin embargo el Señor que en este dia hiciese en el templo el sacrificio de sí misma ofreciéndole solemnemente su Hijo, y sacrificando su preciosa vida á la divina justicia. Por tal motivo san Epifanio la llamó sacerdote (1). Veamos ahora cuánto dolor le costó este sacrificio, y qué heróica virtud tuvo que practicar debiendo firmar por sí misma la sentencia de muerte de su querido Jesús.

María se dirige á Jerusalen para ofrecer á su Hijo, apresura los pasos hácia el lugar del sacrificio, y lleva la víctima en sus mismos brazos. Entra en el templo, se acerca al altar, y llena de modestia, humildad y devocion presenta su Hijo al Altísimo. En aquel instante san Simeon, á quien Dios prometiera que no moriria sin ver al Mesías deseado, toma el divino Niño de las manos de la Vírgen, é inspirado del Espíritu Santo, le profetiza cuánto habia de costarle el sacrificio que á la sazon hacia de su Hijo, con el cual su alma bendita habia de ser tambien sacrificada. Santo Tomás de Villanueva (2) se representa aquí al santo viejo que al momento de anunciar la funesta noticia á esta pobre Madre, se turba y enmudece. Luego se figura que María le pregunta: ¿Por qué os turbais así, ó Simeon, en un acontecimiento para vos de tanto consuelo? Noble y santa Vírgen, contesta el anciano, no quisiera ser el profeta de nueva tan amarga para Vos; mas ya que el Señor así lo quiere para aumentar vuestro mérito, oid mis palabras: Este Niño que al presente os causa tanta alegría, y con razon, ¡oh Dios! dia vendrá que ha de haceros sentir el dolor mas acerbo que jamás haya sufrido criatura alguna en la tierra, y será cuando le veréis perseguido de todas las gentes, y siendo en la tierra el blanco de los escarnios é injurias de los hombres, hasta hacerle morir ajusticiado en vuestra presencia. Sabed que despues de este sacrificio habrá muchos mártires, que por amor de vuestro Hijo sufrirán los tormentos y la muerte; pero el martirio de estos se

(1) Or. de Laud. Deip. — (2) Serm. de Purific. Virg.

limitará á su cuerpo, y el vuestro, ó divina Madre, os traspasará el corazon (1).

Sí, el corazon, porque solo la compasion por las penas de este Hijo querido debia ser la espada de dolor destinada á traspasar el corazon de la Madre, conforme lo vaticinó san Simeon (2).

La santísima Vírgen iluminada ya por las divinas Escrituras, como dice san Jerónimo, sabia las penas que el Redentor debia sufrir en su vida, y aun mas al tiempo de su muerte. Los Profetas le habian enseñado que seria entregado por un comensal suyo, como predijo David (3), y abandonado de sus discípulos (4). Sabia que seria despreciado, escupido, abofeteado y escarnecido de las gentes (5); que vendria á ser el oprobio de los hombres, y el juguete de la plebe mas vil, hasta colmarle de injurias y villanías (6); que al fin de su vida sus carnes sacrosantas debian ser destrozadas por los azotes (7), en términos que su cuerpo seria todo desfigurado, cubierto de llagas como un leproso, hasta el extremo de quedar sus huesos descubiertos (8). Sabia tambien que seria traspasado de los clavos, colocado entre malhechores (9), y finalmente que pendiente de la cruz moriria por la salvacion de los hombres (10).

María no ignoraba que su Hijo debiera sufrir tantos tormentos; pero, segun el Señor reveló á santa Teresa, en las palabras que le dijo Simeon: «Una espada de dolor «traspasará tu alma,» se le manifestaron detalladamente las circunstancias de los dolores, tanto exteriores como interiores de la Pasion de Jesús. María consiente en todo, y con un valor que admira á los mismos Angeles, pronuncia la sentencia para que muera su Hijo, y en un suplicio tan cruel é ignominioso, diciendo: Padre eterno, pues que Vos así lo disponeis *uno á vuestra santa voluntad la mia*, y os sacrifico mi Hijo; contenta estoy que pierda la vida por vuestra gloria y por la salvacion del mundo. Con él os sacrifico tambien mi corazon, traspáselo el dolor cuanto os plazca, pues me basta, Dios mio,

(1) Serm. de Purific. Virg. — (2) Luc. II, 35. — (3) Psalm. XL, v. 10. — (4) Zach. XIII, 7.—(5) Isai. L, 6.—(6) Psalm. XXI, 7.—(7) Isai. LIII, 5.— (8) Isai. LIII, 3, 4.— (9) Isai. LIII, 12. — (10) Zachar. XII, 10.

que seais Vos glorificado y satisfecho: «No se cumpla «mi voluntad, sino la tuya.» ¡Oh caridad inmensa! ¡oh constancia sin ejemplo! ¡oh victoria digna de la eterna admiracion de cielos y tierra!

Hé aquí por qué María en la Pasion de Jesús calló cuando le acusaban injustamente; nada dijo á Pilatos, que se inclinaba á librarle porque conocia que era inocente, sino que solamente se presentó en público para asistir al grande sacrificio que debia consumarse en el Calvario; ella le acompañó al lugar del suplicio; le asistió desde el instante en que fue clavado en la cruz, hasta que le vió espirar y quedó consumado el sacrificio. Todo para cumplir la ofrenda que ella misma hiciera á Dios en el templo.

Para comprender la violencia que debió hacerse María en este sacrificio, seria necesario conocer el amor que esta Madre profesaba á Jesús. Generalmente hablando, el amor de las madres hácia sus hijos es tan tierno, que cuando se hallan estos próximos á morir y temen van á perderles, olvidan sus defectos, su fealdad, y hasta las injurias que las hicieron, y experimentan un dolor inexplicable. Así sucede á pesar de que el amor de estas madres se halle dividido entre otros hijos. María no tiene mas que un Hijo, y este es el mas hermoso de todos los hijos de Adan; es amabilísimo, pues reune todas las prendas para ser amado; es obediente, virtuoso, inocente, santo; en una palabra, es Dios. De consiguiente, el amor de esta Madre no está dividido entre otros objetos: ella deposita todo su amor en este único Hijo, y no obstante no teme amarle demasiado, porque este Hijo es Dios, que merece un amor infinito, y es al mismo tiempo la víctima que debe sacrificar voluntariamente á la muerte.

Considere por lo tanto, cada uno de nosotros, cuánto debió costarle á María, y qué firmeza de ánimo necesitó para inmolar en la cruz la vida de un Hijo tan amable. Si ella es la Madre mas afortunada como Madre de Dios, es tambien la mas digna de compasion, porque es la mas afligida como Madre de un Hijo, que sabia nació destinado al suplicio. ¿Qué madre aceptaria un hijo á condi-

cion de que despues habia de perderle miserablemente con una muerte infame, y presenciar su suplicio? María á pesar de esto acepta voluntariamente este Hijo, y no tan solo le acepta, sino que ella misma en este dia le ofrece con sus propias manos á la muerte, sacrificándole á la divina justicia. San Buenaventura dice que la bienaventurada Vírgen hubiera aceptado mucho mas gustosa para sí las penas y la muerte del Hijo, pero que para obedecer á Dios, hizo la grande ofrenda de la vida divina de su querido Jesús, sofocando, pero con un dolor inmenso, tóda la ternura del amor que le tenia (1). Así es que en este ofrecimiento María tuvo que hacerse mas violencia, y mostróse mas generosa que si ella misma se hubiese ofrecido para todo lo que debia padecer el Hijo. Entonces aventajó en generosidad á todos los Mártires, pues estos ofrecieron su vida; mas la Vírgen ofreció la del Hijo, que amaba y apreciaba infinitamente mas que la suya propia.

No terminó aquí la pena de esta dolorosa ofrenda, sino que entonces empezó; pues durante la vida del Hijo, María tuvo contínuamente delante los ojos la muerte y todos los dolores á que debia sucumbir. Por esto cuanto mas hermoso, gracioso y amable se iba haciendo á sus ojos este divino Hijo, tanto mas se aumentaba la angustia de su corazon. ¡Ah Madre afligida! si hubiéseis amado menos á vuestro Hijo, ó vuestro Hijo hubiese sido menos amable, ó no os hubiera amado tanto, tal vez hubiera sido mucho menor vuestra pena al ofrecerle á la muerte. Mas no hubo ni habrá nunca una madre mas amante que Vos de su hijo, porque no ha habido ni habrá jamás un hijo mas amante y mas amado de la madre que vuestro Jesús. ¡Oh Dios mio! si hubiésemos visto la belleza, la majestad del rostro de aquel divino Niño, ¿hubiéramos tenido valor acaso de sacrificar su vida por nuestra salud? Y Vos, ó María, que sois su Madre, y Madre que tanto le amábais, no vacilásteis en ofrecer á vuestro inocente Hijo por la salvacion de los hombres á una muerte la mas dolorosa y cruel que sufrió jamás reo alguno sobre la tierra.

(1) In p. 1, Dist. 48, q. 2.

¡Ay de mí, desde aquel dia, qué cuadro tan funesto pondria contínuamente el amor delante los ojos de María, representándole todos los tormentos y escarnios que habia de sufrir su divino Hijo! El amor se lo representaba ya agonizando de tristeza en el huerto, despedazado de los azotes, y coronado de espinas en el Pretorio, clavado en fin en un ignominioso leño sobre el Calvario. ¡Hé aquí, oh Madre, decia el amor, á qué tormentos y á qué muerte tan terrible ofreces un Hijo tan amable é inocente! ¿De qué sirve librarle de las manos de Herodes, si ha de reservarse para un fin tan digno de compasion?

Así pues, María no ofreció solamente en el templo su Hijo á la muerte, sino en cada momento de su vida; pues ella reveló á santa Brígida que el dolor que le anunció san Simeon no se apartó jamás de su corazon hasta que fue elevada al cielo.

De aquí es que san Anselmo le dice: Señora, no puedo creer que hubiéseis podido vivir un solo instante con tan grande dolor, si el mismo Dios que da la vida no os hubiese confortado con su virtud divina. Y san Bernardo hablando de la grande tristeza que María sufrió en este dia, dice que desde entonces en adelante vivia muriendo cada instante, porque á cada momento la asaltaba el dolor de la muerte de su amado Jesús, dolor mas cruel que la misma muerte.

Por esto igualmente en razon al grande mérito que la divina Madre adquirió en este grande sacrificio que ofreció á Dios por la salvacion del mundo, san Agustin la llama justamente la reparadora del género humano (1); san Epifanio la redentora de los esclavos (2); san Ildefonso la reparadora del mundo perdido (3); san German el remedio de nuestras desgracias (4); san Ambrosio la Madre de todos los fieles (5); san Agustin la Madre de los vivientes (6), y san Andrés Cretense la Madre de la vida (7). Pues Arnoldo Carnotense dice: En la muerte de Jesús, María unió su voluntad á la del Hijo, de manera que ambos ofrecieron un mismo sacrificio, y por esto di-

(1) De Fide ad Patr. — (2) De Laud. Virg. — (3) Serm. I de Assumpt. — (4) In exc. Virg.—(5) Ap. S. Bon. Spec. cap. 20.— (6) Serm. II de Assumpt.—(7) Hom. II de Ass[illegible]

ce el santo Abad que tanto el Hijo como la Madre obraron la humana redencion alcanzando la salvacion á los hombres; Jesús satisfaciendo por nuestros pecados, María impetrando que nos fuese aplicada esta satisfaccion (1). Y por esto afirma tambien san Dionisio Cartujano que la divina Madre puede llamarse Salvadora del mundo, pues por el pesar que sufrió en los tormentos del Hijo, que voluntariamente sacrificó á la divina justicia, alcanzó que los méritos del Redentor fuesen aplicados á los hombres.

Siendo, pues, María por el mérito de sus dolores y de la ofrenda de su Hijo, Madre de todos los redimidos, justo es creer que tan solo por su mano se da á estos la leche de las divinas gracias, que son los frutos de los méritos de Jesucristo y los medios seguros para alcanzar la vida eterna. Y alude á esto san Bernardo cuando dice que Dios ha depositado en manos de María todo el precio de nuestra redencion (2); con lo que expresa que por medio de la intercesion de la bienaventurada Vírgen, los méritos del Redentor se aplican á las almas, ya que por su mano se dispensan las gracias, que son el precio de los méritos de Jesucristo.

Si agradó tanto al Señor el sacrificio de Abrahan ofreciéndole su hijo Isaac, que en recompensa prometióle multiplicaria sus descendientes como las estrellas del cielo (3); debemos creer que le complació infinitamente mas aun el sacrificio de mayor consideracion que María le hizo de Jesús, concediéndole que por su medio se multiplique el número de los elegidos, es decir, la bienaventurada estirpe de sus hijos, que por tales tiene y protege á todos sus devotos la divina Madre.

Prometió Dios á san Simeon que no saldria de este mundo sin ver nacido el Mesías deseado (4); esta gracia le fue cumplida por medio de María, en cuyos brazos contempló al Salvador del mundo. El que desee, pues, hallar á Jesús, únicamente le hallará por mediacion de María; y así debemos acudir á ella si queremos encontrar á Jesús, y acudir con entera confianza. Declaró María á su devota

(1) Tr. de Laud. Virg. — (2) Serm. de Aquæd. — (3) Gen. XXII, 16, 17. — (4) Luc. II, 26.

Prudenciana Zagnoni (1), que cada año en la festividad de la Purificacion se ejerceria una misericordia extraordinaria á favor de un pecador. Quizá alguno de nosotros será hoy este mortal afortunado, pues por enormes que sean nuestros pecados, el poder de María les sobrepuja aun, puesto que, como dice San Bernardo, Jesucristo nunca niega nada á su excelsa Madre (2), y si Jesús está indignado contra nosotros, María consigue luego aplacarle. Refiere Plutarco que Antipatro escribió una extensa carta á Alejandro Magno en que se prodigaban las acusaciones contra su madre Olimpia, mas este despues de haberla leido le contestó: ¿Ignora por ventura Antipatro que una sola lágrima de mi madre es suficiente para borrar infinitas cartas de acusaciones (3)? Así debemos creer responde tambien Jesús á las acusaciones que presenta el demonio contra nosotros, si acaso María intercede en nuestro favor. ¿Ignoras por ventura, Lucifer, que un ruego de mi Madre es asaz suficiente para borrar cuantas ofensas me hayan hecho los pecadores? En confirmacion de esto continuamos el siguiente

EJEMPLO.

Lo que voy á referir no lo copio de ningun libro, pero me lo refirió un sacerdote compañero mio, á quien sucedió el hecho. En cierto país, que se calla por motivos de conveniencia, aunque el penitente le dió permiso para publicar el suceso, estando en el confesonario se le arrodilló á sus piés un jóven que parecia indeciso si se confesaria ó no. Habiéndole observado el Padre, preguntóle por fin si deseaba confesarse, á lo que respondió afirmativamente; mas debiendo la confesion ser muy prólija, le condujo á una estancia retirada. Entonces empezó el penitente diciendo que era forastero y noble, y que no sabia como Dios podria perdonarle habiendo llevado una vida tan disipada, pues además de los innumerables pecados que cometiera contra la castidad, homicidios y demás, confesó que, desesperado de su salvacion, habia seguido en su mala vida, menos para satisfacer sus pa-

(1) Ap. Marc. — (2) De Aquæd. — (3) Plut. in Alex.

siones que para ofender á Dios, y por el odio que le profesaba. Entre otras cosas declaró que llevaba encima un Crucifijo al que habia arrojado por desprecio, y que aquella misma mañana comulgó sacrílegamente con objeto de pisar luego la hostia consagrada, lo que no realizó por haberle contenido la gente que le miraba; y en seguida entregó al confesor la hostia envuelta en un papel. Refirió luego que al pasar por delante la iglesia sintióse fuertemente impulsado á entrar en ella, como así lo hizo, pues no pudo resistir. Que despues experimentó un gran remordimiento de conciencia y deseo de confesarse, y que, confuso é indeciso, colocóse delante del confesonario, mas, que era tanta su desconfianza, que se hubiera ido á no sentirse como detenido por fuerza, hasta que el confesor le llamó.—Ahora me teneis á vuestros piés, añadió, voy á confesarme, mas no sé cómo. Entonces le preguntó el Padre si practicaba alguna devocion, especialmente hácia María santísima, ya que tales conversiones no proceden sino de las poderosas manos de la Vírgen.—Ninguna, Padre: ¿qué devocion habia de practicar si me creia ya condenado.—Recuérdalo mejor.—Enteramente ninguna, Padre, repitió el penitente, mas al ponerse las manos en el pecho acordóse que en él tenia el escapulario de la Vírgen de los Dolores. —¡Ah, hijo mio! ¿no ves como esta gracia te viene de María? Sabe que esta iglesia está consagrada á la Vírgen santísima. Enterneciόse el jóven á estas palabras, y lloró compungido, y continuando la confesion de sus pecados se aumentó de tal manera su pesar y amargo llanto, que cayó desmayado de dolor á los piés del Padre, quien le hizo volver en sí con aguas espirituosas; y concluyendo el jóven su confesion, recibió la absolucion con inefable consuelo, y contrito y resuelto á mudar de vida regresó á su patria, dando licencia al confesor para referir por todas partes la gran misericordia que le habia dispensado María.

ORACION.

¡Oh santa Madre de Dios y mia! Vos os interesásteis tanto por mi salvacion que entregásteis á la muerte el pedazo mas querido de vuestro corazon, á vuestro adorado Jesús. Si á tal extremo llegó vuestro anhelo por mi salud, debo yo cifrar en Vos, despues de Jesucristo, todas mis esperanzas. ¡Sí, Vírgen bendita! plenamente confío en Vos. Por el mérito del gran sacrificio que en este dia ofrecísteis á Dios de la vida de vuestro Hijo, espero me alcanzaréis se apiade de mi alma, por la cual el Cordero sin mancilla se dignó morir en la cruz.

Deseo tambien, ó Reina mia, á ejemplo vuestro ofrecer á Dios mi pobre corazon, mas temo lo rechace viéndole tan indigno y mancillado; pero si Vos se lo ofreceis no lo desechará; pues las ofrendas por vuestras manos purísimas presentadas las acepta agradecido. Por lo tanto á Vos, ó María, me presento abismado en mi miseria, y me abandono enteramente en vuestras manos. Ofrecedme como cosa propia al eterno Padre, en union de Jesús, y suplicadle que por los méritos de este y los vuestros me acepte y reciba por suyo. ¡Ah dulcísima Madre mia! por amor de Jesús sacrificado, sed en mi auxilio y no me abandoneis jamás. No consintais que por mis pecados pierda nunca á este amabilísimo Redentor, que con tanto pesar en este dia ofreceis al suplicio de la cruz. Decidle que soy devoto vuestro, que he depositado en Vos toda mi esperanza; y, en fin, decidle que Vos quereis que sea yo salvo, y ciertamente él lo otorgará. Amen.

DISCURSO VII.

DE LA ASUNCION DE MARÍA.

La Iglesia se propone en esta festividad celebrar dos festividades en honor de María, es á saber, el feliz tránsito ó salida de este mundo, y su gloriosa Asuncion al cielo. En este discurso tratarémos de su muerte, y en el siguiente de su Asuncion.

Cuán preciosa fue la muerte de María. 1.° Por las prerogativas que la acompañaron. 2.° Por la manera con que se realizó.

Parece que la divina Madre, como santísima y exenta de toda culpa, no debia sujetarse á la muerte, que fue impuesta como pena del pecado, ni sufrir igual suerte que los hijos de Adan inficionados por su venenoso hálito. Pero, sea porque en los designios de Dios entraba que María se pareciese en un todo á Jesús, y que muriendo el Hijo convenia que muriese tambien la Madre, sea porque le plugo presentar á los justos un vivo ejemplo de la muerte preciosa que les destina, quiso que tambien la Vírgen pasase por ella, pero dulce y feliz. Examinemos ahora cuán preciosa fue la muerte de María: 1.° Por las prerogativas que la acompañaron. 2.° Por la manera con que se realizó.

PUNTO I.

Tres cosas suelen hacer amarga la muerte: el apego al mundo, el remordimiento de los pecados, y lo incierto de la salvacion. Mas la muerte de María estuvo enteramente libre de estas amarguras, y en su vez la acompañaron tres admirables prerogativas que la hicieron dulce y preciosísima; pues murió como habia vivido siempre, enteramente desprendida de los bienes caducos, con una

perfecta paz de conciencia, y con la seguridad de la eterna gloria.

En primer lugar, no cabe duda que la aficion á los bienes terrenos amarga la muerte de los mundanos, como lo dice el Espíritu Santo: «¡Oh muerte, cuán amarga «es tu memoria para el que vive en paz entre sus rique- «zas (1)!» Pero como los Santos mueren desapegados de las cosas de la tierra, bien léjos de ser su muerte amarga es dulce, amable y preciosa, y como dice san Bernardo, digna de adquirirse á todo precio. «Dichosos los «muertos que mueren en el Señor (2).» Y ¿quiénes son estos que mueren estando muertos ya? Son ciertamente las almas afortunadas que al sonar la hora de su tránsito para la eternidad las halla desprendidas y como muertas á todos los afectos terrenos, por haber cifrado su bien únicamente en Dios, como san Francisco de Asis, que decia: «Dios mio y mi todo.» Y ¿qué alma fue jamás tan desprendida del mundo y tan íntimamente unida á Dios como la bella alma de María? Desprendida estuvo de su familia, pues que á los tres años, edad en que las niñas están mas unidas á sus padres y han menester mas de su auxilio, les dejó ella con firme resolucion para encerrarse en el templo y ocuparse exclusivamente en Dios. Desprendida estuvo tambien de las riquezas, pues contentóse con una vida modesta y sustentábase con el trabajo de sus manos; desprendida de las vanas honras, pues aunque la pertenecia el honor de ser reina, por descender de los reyes de Israel, prefirió siempre la vida humilde y retirada. María reveló á santa Isabel, benedictina, que al dejarla sus padres en el templo resolvió no tener otro padre ni amar bien alguno sino Dios.

San Juan vió á María figurada en una mujer vestida del sol, que tenia la luna debajo de sus piés (3). Por la luna entienden los intérpretes los bienes terrenos, que á mas de ser caducos menguan como ella. Jamás dominaron el corazon de María estos bienes perecederos, antes bien los despreció constantemente y tuvo bajo sus plantas, viviendo en este mundo como tórtola solitaria en medio de un desierto, sin poner aficion en cosa alguna,

(1) Eccli. XLI, 1. — (2) Apoc. XIV, 13. — (3) Apoc. XII, 1.

de modo que de ella se dijo: «El arrullo de la tórtola se «ha percibido en nuestros campos (1); » y mas adelante: «¿Quién es esta que sube por el desierto (2)?» A este propósito dice Ruperto: Así subsiste por el desierto, teniendo el alma solitaria. Como vivió, pues, María completamente desprendida de la tierra y unida solo á Dios, no le fue amargo sino muy dulce y agradable el tránsito á la eterna vida, que le unia mas íntimamente con Dios en el cielo.

En segundo lugar, lo que hace mas preciosa la muerte de los justos es la tranquilidad de la conciencia. Los pecados cometidos en el transcurso de la vida son los gusanos que mas afligen y roen el corazon de los infelices pecadores moribundos, que debiendo presentarse en breve al divino tribunal, vense rodeados en tan crítico trance de sus pecados, que les atemorizan gritando á su alrededor, como dice san Bernardo: «Obras tuyas somos, «no te abandonarémos.» Pero María ciertamente no pudo verse afligida en la hora de su muerte por ningun remordimiento, pues nunca dejó de ser santa, pura y y exenta de la mas leve sombra de culpa actual y original, por lo que de ella se dijo: «Toda tú eres hermosa, «y mancilla no hay en tí (3).» Desde que gozó el uso de razon, es decir, desde el primer instante de su Inmaculada Concepcion, amó ardientemente á su Dios: ninguna palabra salió de sus labios, ningun movimiento hizo, ni dirigió una mirada, ni un respiro siquiera que no fuese por Dios y por su gloria, sin separarse ni olvidarse un momento del divino amor. ¡Ah! en el feliz momento de su tránsito rodearon su lecho todas las bellas virtudes que practicó en el transcurso de su vida. La fe constante, la amorosa confianza en Dios, la paciencia heróica en medio de acerbísimos pesares, la humildad profunda entre tan sublimes privilegios, la modestia, la mansedumbre, la piedad hácia las almas, el celo infatigable por la gloria divina, y sobre todo el perfecto amor de Dios, y la entera sumision á su soberana voluntad, todas estas virtudes rodeándola la confortaron, diciéndole: «Obras tu«yas somos, no te dejarémos.» Madre y Señora nuestra,

(1) Cant. II, 12. — (2) Cant. III, 6. — (3) Cant. c. IV, 7.

nosotras todas somos hijas de vuestro bello corazon, y ahora al dejar este mundo miserable, querémos ir tambien á formar un eterno cortejo para honraros en la gloria, en donde Vos por nuestro medio seréis Reina universal de los hombres y de los Ángeles.

En tercer lugar, la seguridad de la eterna salvacion dulcifica la muerte. Se llama á esta tránsito porque es el pasaje de una vida breve á otra perdurable. Por lo mismo, tanto como grande es el temor de los que mueren inciertos de su salvacion, y se aproximan al supremo instante con justo temor de pasar á una muerte eterna, así es inenarrable el gozo de los Santos al término de su mortal vida con la probable esperanza de ir á poseer á Dios en el reino del cielo. Al anunciar un médico el próximo fin á una religiosa de santa Teresa, tuvo tanta alegría, que admiróse de que le participase tan feliz noticia sin pedirle por ello recompensa alguna. San Lorenzo Justiniano como viese en sus últimos momentos que su familia le rodeaba sollozando, les dijo: Idos á llorar fuera de aquí; si quereis permanecer en mi compañía debeis alegraros como me alegro yo al considerar que van á franqueárseme las puertas del paraíso para unirme con mí Dios. San Pedro de Alcántara, san Luis Gonzaga y otros muchos Santos, al recibir la nueva de su muerte prorumpieron en voces de júbilo, sin embargo de no tener la seguridad de obtener la divina gracia, ni la certitud de su propia santidad como la santísima Vírgen. Por lo tanto, ¿qué placer experimentaria la divina Madre al oir la noticia de su próximo tránsito, estando cierta de gozar de la gracia divina, mayormente habiéndole el arcángel san Gabriel asegurado que estaba llena de ella y que poseia á Dios? La santa Vírgen sabia muy bien que su corazon se abrasaba de contínuo en el divino amor, de manera que como dice san Bernardino de Bustos, por un especial privilegio no concedido á ningun otro Santo, amó á Dios en todos los instantes de su vida, y con tanto ardor, que, como dice san Bernardo, fue menester un milagro contínuo para que pudiese vivir en medio de tantas llamas.

En los sagrados Cantares se dijo ya anticipadamente

de María: «¿Quién es esta que sube por el desierto como «una columnita de humo, formada de perfumes, de mir«ra, de incienso y de toda clase de aromas (1)?» Su completa mortificacion figurada en la mirra, sus fervorosas oraciones significadas en el incienso, y todas sus virtudes sublimes, junto con su perfecto amor de Dios, mantenian viva en ella una llama tan intensa que, segun frase de Ruperto, su bella alma, sacrificada y consumida por el amor, elevábase de contínuo á Dios como una columnita de perfumes que por do quier exhalaba suavísimo olor. Y añade Eustaquio con mas enérgica expresion: Cual vivió la amante Vírgen, tal murió. Así como el amor divino le dió la vida, causóle tambien la muerte, falleciendo, como generalmente sienten los Doctores y santos Padres, no de enfermedad alguna, sino por efecto del puro amor.

PUNTO II.

Ahora tócanos considerar cómo sucedió su bienaventurada muerte. María, despues de la Ascension de Jesucristo permaneció en la tierra para cuidar de la propagacion de la fe, y por esto los discípulos acudian á ella, que les resolvia las dudas, y les fortalecia en las persecuciones, animándoles á trabajar por la gloria de Dios y salvacion de las almas redimidas. María accedió gustosa á permanecer en la tierra sabiendo que así lo disponia Dios para el bien de la Iglesia, si bien sentia honda pena por verse privada de la presencia de su Hijo, que habia ascendido al cielo. «En donde cada uno cree tener «su tesoro y su felicidad, dice el Redentor, allí se diri«gen siempre su amor y los deseos de su corazon (2).» Por lo tanto, no teniendo María otro bien que Jesús, que moraba en el cielo, á él se dirigian todos sus deseos. «La «celda de la Vírgen fue el cielo,» escribe Taulero (3), porque de él hacia su continua morada con el afecto; «su escuela fue la eternidad,» siempre desasida de los bienes perecederos; «su ayo la divina Verdad,» obrando en todo con la luz divina; «su espejo la Divinidad,»

(1) Cant. III, 6. — (2) Luc. XII, 34. — (3) Serm. de Nat. Virg. Mar.

porque únicamente atendia á Dios para conformarse con su voluntad, y sin cesar dispuesta á hacer lo que fuere de su agrado; «su adorno la devocion,» pues pertenecia por entero al Señor; y, en una palabra, «el lugar y te«soro de su corazon era solo Dios.» Ella hacia por consolar de tan dura ausencia su enamorado corazon recorriendo, segun se refiere, los Santos Lugares de la Palestina en donde estuvo Jesucristo durante su tránsito por la tierra, y muy á menudo visitaba, ora el establo de Belen en donde nació su Hijo; ora el taller de Nazareth, en que vivió muchos años en la oscuridad y en la pobreza; ora el huerto de Getsemaní en donde principió su pasion; ora el pretorio de Pilatos en donde le azotaron; ora el lugar en que le coronaron de espinas; pero con mas frecuencia el Calvario en donde espiró, y el Santo Sepulcro en que depositaron su cuerpo. Así la tierna Madre buscaba un lenitivo para su pena en su duro destierro, pero no era suficiente para satisfacer su corazon, que no podia hallar su perfecto sosiego en este mundo, por lo que suspiraba de contínuo hácia su Señor, exclamando con David, pero con mas ardiente amor: «¿Quién «me diera alas como de paloma para volar hácia mi Dios, «y hallar en él mi reposo (1)?» Como el ciervo herido desea la fuente, así mi alma herida de vuestro amor, ó Dios mio, os desea y suspira por Vos (2). ¡Ah! los suspiros de esta santa tortolilla no era posible dejasen de penetrar en el corazon de su Dios, que tanto la amaba; por lo que no queriendo diferir por mas tiempo consolar á su amada, atendió á sus deseos llamándola á su reino.

Cedreno (3), Nicéforo (4) y Metafraste (5) refieren que el Señor pocos dias antes de la muerte le envió el Ángel san Gabriel, el mismo que le anunciara en otro tiempo que ella era la mujer bendita y escogida para Madre de Dios. Señora y Reina mia, la dijo el Ángel, Dios atiende ya vuestros santos deseos, y me envia á deciros que os preparais á dejar la tierra, porque os quiere junto á sí en el paraíso. Venid, pues, á tomar posesion de vuestro reino, porque yo y todos sus bienaventurados morado-

(1) Psalm. LIV, 7. — (2) Psalm. XLI, 2.—(3) Comp. hist. — (4) L. 2, c. 12.—(5) Or. de Dormit. Mar.

res os esperamos y deseamos. ¿Qué haria al oir tan feliz anuncio nuestra humildísima y santa Vírgen, sino abismarse mas profundamente en su humildad, y repetir las mismas palabras que contestó á san Gabriel cuando le anunció la divina maternidad? «Hé aquí la esclava del «Señor; él por su mera bondad me eligió y tomó por su «Madre, ahora me llama al cielo. Yo no he merecido «ninguna de estas honras, mas ya que Él quiere mani«festar conmigo su infinita liberalidad, dispuesta estoy «para ir á donde Él le plazca; cúmplase siempre en mí «la voluntad de mi Dios y Señor.»

Despues que recibió este deseado aviso, lo participó á san Juan, quien no es necesario ponderar con cuánto dolor y ternura lo oiria, cuando habiéndola asistido tantos años como hijo, habia disfrutado ya la celestial conversacion de esta santísima Madre. Visitó ella despues los Santos Lugares de Jerusalen, despidiéndose de todos con ternura, en particular del Calvario en donde espiró su amado Hijo, y luego se retiró á su humilde casa á prepararse para la muerte. Entretanto los Ángeles saludaban á menudo á su amada Reina, consolándose con saber que pronto la verian coronada en el cielo. Muchos autores refieren (1) que antes de morir se reunieron milagrosamente los Apóstoles y tambien parte de los discípulos, que acudieron de diversas partes donde se hallaban dispersos, y todos se juntaron en la habitacion de María, la que viendo á su presencia á tan amados hijos, les habló de este modo: Queridos mios, mi Hijo me dejó por amor vuestro y para que os auxiliase. La santa fe está ya al presente difundida por el mundo; el fruto de la divina semilla ha crecido ya; y como por lo tanto mi asistencia ya no es necesaria en la tierra, el Señor compadeciéndose de la pena de mi ausencia, ha accedido á mis deseos de salir de esta vida y de ir á gozarle en el cielo. Quedaos, pues, vosotros, á trabajar por su gloria. Pero aunque yo me vaya no os deja mi corazon; llevaré y estará siempre conmigo el grande amor que os profeso. Voy al cielo á rogar por vosotros. Al oir tan do-

(1) S. Andr. Cret. Or. de Dorm. Deip. Damascen. de Dorm. Deip. Euthim. l. 3, Hist.

lorosa nueva, ¿quién podrá comprender cuáles serian las lágrimas y los lamentos de los santos discípulos, viendo que pronto habian de separarse de su Madre? ¡Oh María, dirian todos sollozando, oh María, quereis ya dejarnos! Verdad es que este mundo no es lugar digno y propio de Vos, y que nosotros no merecemos gozar la compañía de la Madre de Dios; mas acordaos que Vos sois nuestra Madre, que habeis sido nuestra maestra en las dudas, la consoladora en las angustias, nuestra fortaleza en las persecuciones, ¿cómo es posible que podais ahora abandonarnos, dejándonos solos sin vuestro consuelo entre tantos enemigos y combates? Perdimos en la tierra á nuestro Maestro y Padre Jesús, que ascendió al cielo, y durante este tiempo Vos, Madre nuestra, habeis sido nuestro consuelo. ¿Cómo podeis Vos tambien dejarnos huérfanos de Padre y Madre? Señora nuestra, ó quedaos con nosotros, ó llevadnos en vuestra compañía. Así habla san Juan Damasceno (1). No, hijos mios, respondió la amorosa Reina, no es esta la voluntad de Dios: conformaos con lo que Él dispone de mí y de vosotros. Aun os queda que trabajar en la tierra para gloria de vuestro Redentor, y para dar cima á vuestra eterna corona. Yo no os dejo abandonados, sino para ayudaros mas aun con mi intercesion cerca de Dios en el cielo. Quedad alegres. Os recomiendo la santa Iglesia y las almas redimidas: sea este mi último adios y el único recuerdo que os deje: si me amais, hacedlo así: trabajad por las almas y por la gloria de mi Hijo, porque algun dia nos verémos otra vez reunidos en el cielo, para no separarnos por toda la eternidad.

Luego les suplicó cuidasen de su sepultura, y les bendijo; y ordenó á san Juan, como refiere el Damasceno, que diese dos vestidos á dos doncellas que la sirvieron durante algun tiempo (2). Y despues se arregló decentemente en su humilde lecho, en que esperó ansiosa la muerte, y con ella ir al encuentro de su divino Esposo, que debia luego conducirla al cielo. Mas hé aquí que de pronto siente en el corazon un júbilo extraordinario por

(1) Orat. de Assumpt. Virg. — (2) Nicéforo y Metafraste ap. l'Ist. di Mar. del P. F. Gius. di Ges. é Mar. l. 5, 13.

la llegada del Esposo, que la inunda de una inmensa y nueva dulzura. Viendo los santos Apóstoles que María se hallaba próxima á dejar este mundo, renovando las lágrimas, postráronse en torno de su cama: unos la besaban sus santos piés, otros la pedian su especial bendicion, otros la encomendaban alguna necesidad particular, y sollozando todos amargamente sentíanse traspasados de dolor al tener de separarse para siempre en esta vida de su amada Señora. La amantísima Madre compadecíase de todos, y consolaba á unos prometiéndoles su proteccion, á otros bendiciéndoles con particular afecto, y á todos animándoles á la gran empresa de la conversion del mundo: y dirigiéndose especialmente á san Pedro, como á cabeza de la Iglesia y vicario de su Hijo, le encargó particularmente la propagacion de la fe, prometiéndole desde el cielo una singular proteccion. Llamó en seguida á san Juan, el cual mas que todos los demás experimentaba un cruel pesar al tener que separarse de aquella santa Madre, y la agradecidísima Señora, acordándose del afecto y miramiento con que este santo discípulo la sirviera durante el tiempo que permaneció en el mundo despues de la muerte del Hijo: Juan mio, le dijo con ternura, te doy gracias por lo mucho que me has asistido: hijo mio, puedes estar seguro de que no te seré ingrata. Aunque ahora te deje, voy á rogar por tí. Quédate en paz en la tierra hasta que nos volvamos á ver en el cielo, donde te aguardo. No te olvides de mí; en todas tus necesidades invócame y acudiré á tu auxilio. Hijo mio, yo te doy mi bendicion, queda en paz. Adios.

La hora de la muerte de María se aproxima. Habiendo el divino amor consumido con sus dichosas é intensas llamas los espíritus vitales, la celestial fénix en medio de tan voraz incendio siente ya extinguírsele la vida. Llegaban entonces legiones de Ángeles á recibirla, como dispuestos para el gran triunfo con que debian acompañarla al cielo. Aunque María se alegraba á la vista de los espíritus celestiales, sin embargo su dicha no era cumplida, no viendo aparecer aun á su amado Jesús, que era todo el amor de su corazon; por lo que repetia á menudo á los Ángeles que descendian á saludarla: «Os conju-

«ro, ó hijas de Jerusalen, que si halláreis á mi Amado, «le participeis que desfallezco de amor (1).» Ángeles santos, bellos ciudadanos de la celestial Jerusalen, vosotros á nutridos coros venís corteses á consolarme con vuestra amable presencia: infinito os lo agradezco, mas todos juntos apenas podeis contentarme, pues no veo aun á mi Hijo para consolarme. Si me amais, volved al cielo, y decid de mi parte á mi Amado que desfallezco de amor por él; decidle que venga, y muy presto, porque yo muero con el deseo ardiente que tengo de verle.

Mas hé aquí que ya viene Jesús á recibir á su Madre para acompañarla al cielo. Fue revelado á santa Isabel que el Hijo se apareció á María con la cruz en la mano antes que espirase, para manifestar la gloria especial que reportara de la redencion, habiendo adquirido con su muerte á tan sublime criatura, que por siglos infinitos debia honrarle mas que todos los hombres y Ángeles juntos. San Juan Damasceno refiere que el mismo Jesucristo la comulgó por viático, diciéndole con amor: Recibid, ó Madre mia, de mis manos el mismo cuerpo que Vos me dísteis. Y habiendo recibido la Madre con sumo amor la última comunion, en sus postrimeros alientos le dijo: Hijo, en vuestras manos encomiendo mi espíritu: os encomiendo esta alma que Vos criásteis por vuestra bondad, desde el principio enriquecida de tantas gracias, y con privilegio especial preservada de toda mancha de culpa; os encomiendo mi cuerpo del cual os dignásteis tomar carne y sangre, y asimismo estos mis hijos, refiriéndose á los santos discípulos que la rodeaban; ellos quedan afligidos con mi partida, consoladles Vos que les amais mas que yo; bendecidles y dadles fuerza para hacer cosas grandes para vuestra gloria (2).

Al llegar el fin de la vida de María, oyóse en el aposento en que descansaba una grande armonía, como refiere san Jerónimo. Y á mas de esto, como fue revelado á santa Brígida, vióse aparecer una grande claridad, con lo que los Apóstoles comprendieron luego que la partida de María estaba próxima, y entonces renovaron las lágrimas y las súplicas, y levantando las manos exclama-

(1) Cant. v, 9. — (2) Ap. S. Joan. Damasc. Pred. de Assumpt. Virg.

ron todos á una voz: ¡Oh Madre nuestra! os vais ya al cielo y nos dejais, dadnos la postrera bendicion y no os olvideis de nosotros miserables. Volviendo María los ojos al rededor de todos, como despidiéndose por última vez, les dijo: Adios, hijos, os bendigo, no dudeis, que no me olvidaré de vosotros. Vino entonces la muerte, no vestida de luto y de tristeza, como sucede comunmente con los demás hombres, sino adornada de luz y de alegría. Pero ¡qué muerte! ¡qué muerte! mejor dirémos que el divino amor fue el que cortó el hilo de tan noble vida. Y así como una lámpara que se extingue, entre los últimos resplandores de su vida arroja una luz mas brillante y luego espira, así la bella mariposa invitándola su Hijo á que le siga, sumergida en la llama de su caridad, y en medio de sus tiernos suspiros, da un suspiro mas grande de amor, y muere quedando así libre de los lazos de esta vida aquella alma sublime, aquella hermosa paloma del Señor, y se elevó á la gloria bienaventurada, donde está sentada y lo estará como Reina del cielo por todos los siglos.

María, pues, dejado ha la tierra, ya se halla en el cielo. Desde él la piadosa Madre nos está mirando mientras estamos desterrados aun en este valle de lágrimas, se compadece de nuestros infortunios, y nos promete su ayuda si la invocamos. Supliquémosle sin cesar que por los méritos de su dichosa muerte nos alcance una muerte feliz; y, si fuese del agrado de Dios, que nos obtenga la gracia de morir en dia de sábado, dedicado á su honor, ó en algun dia de la novena ú octava de cualquiera de sus fiestas, como lo ha alcanzado á muchos de sus devotos, y particularmente á san Estanislao de Kostka, á quien obtuvo morir el dia de su gloriosa Asuncion, segun refiere el P. Bartoli en su vida (1).

EJEMPLO.

Viviendo este santo jóven enteramente consagrado al amor de María, sucedió que el primer dia de agosto oyó un sermon del P. Pedro Canisio, en el que predicando á

(1) Lib. 1, c. 12.

los novicios de la Compañía, lleno de fervor les dió el gran consejo de vivir cada dia como si fuese el último de su vida, despues del cual hubiésemos de presentarnos al tribunal de Dios. Concluido el sermon, san Estanislao dijo á los compañeros que este consejo fue especialmente para él una voz divina, pues debia morir en aquel mismo mes. Dijo esto, ó porque Dios expresamente se lo revéló, ó á lo menos porque tuvo de ello cierto presentimiento secreto, como se vió por lo que aconteció despues. Al cabo de cuatro dias dirigiéndose el santo jóven con el P. Manuel Sá á Santa María la Mayor, y platicando con él sobre la próxima fiesta de la Asuncion, dijo: Padre mio, yo creo que en semejante dia se vió en el cielo un nuevo cielo, pues se vió la gloria de la Madre de Dios coronada por Reina del cielo, y colocada tan próxima del Señor sobre todos los coros de los Ángeles. Y si es verdad, como lo tengo por cierto, que cada año se renueva la fiesta en el cielo, espero que veré la primera. Luego habiendo tocado por suerte á Estanislao por protector del mes, segun la costumbre de su religion, el glorioso mártir san Lorenzo, escribió á María santísima una carta, en la cual le suplicaba que le alcanzase que pudiera hallarse en el paraíso para presenciar aquella fiesta. En el dia de san Lorenzo comulgó, y suplicó al Santo que presentase dicha carta á la divina Madre, interponiendo con ella su intercesion para que María santísima le atendiese, y sucedió que al anochecer del mismo dia le acometió la calentura, y aunque muy ligera, sin embargo tuvo por cierta la gracia que pidiera de su cercana muerte. En efecto, al acostarse dijo transportado de gozo y sonriéndose: No me levantaré ya mas de este lecho; y añadió al P. Claudio Aguaviva: Padre mio, creo que san Lorenzo me ha alcanzado de María la gracia de hallarme en el cielo por la fiesta de su Asuncion; mas nadie hizo caso de estas palabras. En la vigilia de la fiesta, el mal seguia presentándose leve, pero el Santo dijo á un hermano, que á la noche siguiente moriria; á lo que este contestó: ¡Oh hermano! mayor milagro seria morir de un mal tan leve, que el curar de él. Mas despues de mediodía cayó de pronto en un abatimiento mor-

tal, un sudor frio bañó su cuerpo, y perdió enteramente las fuerzas. Acudió el Superior, á quien suplicó Estanislao que le mandara poner sobre la tierra desnuda á fin de morir como penitente, lo que se le concedió para complacerle, y le colocaron en tierra sobre un colchoncito. Confesóse luego, recibió el Viático, no sin hacer derramar lágrimas á cuantos le asistian, porque al entrar en su celda el Santísimo Sacramento, vieron brillar en sus ojos una celestial alegría, é inflamado su rostro de santo amor, que parecia un Serafin. Recibió asimismo la Extrémauncion, y entre tanto no hacia mas que elevar los ojos al cielo, ó mirar, besar y estrechar amorosamente contra su corazon una imágen de María. Un Padre le preguntó: ¿De qué os sirve este rosario en la mano si no podeis rezarlo? Me sirve, contestó, para consolarme, porque es cosa de mi Madre. ¿Cuánto mas, replicó el Padre, os consoláréis al verla y besarle la mano en el cielo? Entonces el Santo con el rostro inflamado, levantó las manos, manifestando así el deseo de hallarse pronto en su presencia. En el acto se le apareció su amada Madre, como indicó él mismo á los circunstantes, y poco despues del amanecer del dia 15 de agosto, espiró con un semblante de bienaventurado, con los ojos fijos en el cielo sin hacer el menor movimiento, de manera que poniéndole delante la imágen de la santísima Vírgen, y viendo que no hacia ya ningun acto de amor hácia ella, advirtieron que habia volado al cielo á besar los piés de su amada Reina.

ORACION.

¡Oh dulcísima Señora y Madre nuestra! Vos habeis ya dejado la tierra y entrado en vuestro reino, en donde imperais como Reina sobre todos los coros de los Ángeles, como canta la Iglesia. Sabemos bien que nosotros pecadores no éramos dignos de teneros en nuestra compañía en este mundo de tinieblas; pero tambien nos consta que en medio de vuestra grandeza no os olvidais de nosotros miserables, y que á pesar de veros elevada á tan grande gloria, léjos de disminuirse se ha acrecenta-

do en Vos la misericordia hácia los pobres hijos de Adan. Desde el excelso trono en que reinais volved, pues, ó María, tambien sobre nosotros vuestros ojos compasivos, y auxiliad á vuestros hijos. Acordaos que al partir de este mundo prometísteis no olvidarnos. Miradnos y socorrednos. Ved en cuántas tempestades y peligros cada dia nos vemos y verémos expuestos, hasta que llegue el fin de nuestra vida. Por los méritos de vuestra santa muerte alcanzadnos la perseverancia en la divina amistad, para salir de esta vida en gracia de Dios, venir un dia á besaros los piés en el cielo, uniéndonos con aquellos bienaventurados espíritus, para alabaros y celebrar vuestras glorias como Vos mereceis. Amen.

DISCURSO VIII.

OTRO DISCURSO SOBRE LA ASUNCION DE MARÍA.

1.° *Cuán glorioso fue el triunfo de María en su asuncion al cielo.* 2.° *Cuán excelso es el trono que se le destinó.*

Parece á primera vista procedente que en esta festividad de la Asuncion de María al cielo la santa Iglesia nos invitase mas bien á llorar que á regocijarnos, como dice san Bernardo (1), porque nuestra dulce Madre parte de este mundo, dejándonos privados de su amada presencia. Pero no; la Iglesia con razon nos invita á alegrarnos, pues si verdaderamente amamos á esta Madre, debemos alegrarnos mas de su gloria que de nuestro propio consuelo. ¿Qué hijo no experimenta una satisfaccion, aunque tenga de separarse de su madre, si esta va á tomar posesion de un reino? María va hoy á ser coronada Reina del cielo, y ¿no nos transportarémos de júbilo, si verdaderamente la amamos? Para consolarnos mas de su exaltacion, consideremos: Primero, cuán glorioso fue el triunfo de María en su asuncion al cielo. Segundo, cuán excelso es el trono en que fue colocada.

(1) Serm. I de Assumpt.

PUNTO I.

Despues que Jesucristo nuestro Salvador consumó con su muerte la obra de nuestra redencion, los Ángeles anhelaban tenerla en su dichosa patria, por lo que en sus oraciones le repetian incesantemente estas palabras de David: «Levántate, ó Señor, y ven al lugar de tu reposo, tú y el arca de tu santidad (1).» Así puntualmente hace hablar á los Ángeles san Bernardino de Sena. Levantaos, Señor, ahora que habeis ya redimido á los hombres, venid á vuestro reino con nosotros, y conducid tambien con Vos el arca viva de vuestra santificacion, esto es, vuestra Madre, que fue el arca santificada por Vos que habitásteis en su seno (2). Por esto se dignó al fin condescender el Señor á los deseos de la corte celestial, llamando á María al cielo. Mas si quiso que el arca del Testamento fuese introducida con solemnidad en la ciudad de David; dispuso que su Madre entrase en el cielo con otra pompa mas noble y gloriosa. El profeta Elías fue transportado al cielo en un carro de fuego, que segun el sentir de los intérpretes, no fue mas que un grupo de Ángeles que le levantaron de la tierra; mas para conduciros al cielo, ó Madre de Dios, dice el abad Ruperto, no bastó un solo coro de Ángeles, sino que vino á acompañaros el mismo Rey del cielo con toda su corte.

De la misma opinion es san Bernardino de Sena, diciendo que Jesucristo para honrar el triunfo de María, vino él mismo del cielo á encontrarla y acompañarla; á cuyo fin, dice san Anselmo, quiso el Redentor subir al cielo antes que llegase á él su Madre, no solo para aparejarle el trono en aquel palacio, sino tambien para hacer mas gloriosa su entrada en el paraíso, acompañándola él mismo con todos los espíritus bienaventurados (3). De aquí es que meditando san Pedro Damian sobre el esplendor de la Asuncion de María al cielo, dice que la verémos mas gloriosa que la Ascension de Jesucristo, porque los Ángeles únicamente salieron al encuentro del Redentor, mas la bienaventurada Vírgen subió á la glo-

(1) Psalm. CXXXI, 8. — (2) Serm. de Assumpt. — (3) Vid. de exc. V. c. 8.

ria con la compañía del mismo Señor de la gloria, que salió á recibirla, y la de los santos Ángeles (1). Por lo que el abad Guérrico acerca de esto hace hablar así al Verbo divino: Para glorificar á mi Padre bajé del cielo á la tierra; pero despues para honrar á mi Madre, subí otra vez al cielo á fin de salirle al encuentro y acompañarla al paraíso.

Consideremos, pues, como vino ya el Salvador del cielo al encuentro de su Madre, y luego que la vió la dijo para consolarla: «Levántate, apresúrate, amiga mia, pa- «loma mia, hermosa mia, y ven, pues ya pasó el invier- «no (2).» «Levántate, querida Madre, bella y pura palo- «ma, deja este valle de lágrimas en donde tanto padecis- «te por mi amor. Ven del Líbano, Esposa mia, ven del «Líbano, ven y serás coronada (3).» Ven en cuerpo y alma á recibir la recompensa de tu santa vida. Si mucho sufriste en la tierra, la gloria que yo te deparo en el cielo es infinitamente mayor. Ven á sentarte junto á mí, ven á recibir la corona que te concedo de Reina del universo. Hé aquí que María abandona ya la tierra, y acordándose de tantas gracias como recibió en ella de su Señor, la mira con afecto y compasion á la vez, por dejar á tantos pobres hijos expuestos á las miserias y peligros de la vida. Hé aquí como Jesús le tiende la mano, y la bienaventurada Madre asciende en el aire, y atraviesa las nubes y las esferas. Vedla llegada ya á las puertas del cielo. Cuando los monarcas de la tierra hacen su entrada para tomar posesion del reino, no pasan por las puertas de la ciudad, sino que ó se quitan estas, ó pasan por encima de ellas. Por esto los Ángeles cuando entró Jesucristo en el cielo decian: «Levantad, ó príncipes, vues- «tras puertas, y elevaos, ó puertas de la eternidad, y en- «trará el Rey de la gloria (4).» Asimismo ahora que María va á tomar posesion del reino de los cielos, los Ángeles que la acompañan dicen á los de dentro: «Presto, ó «príncipes del cielo, levantad, quitad las puertas, por- «que ha de hacer su entrada la Reina de la gloria.» Pero hé aquí que entra María en la patria bienaventurada; y

(1) Serm. de Assumpt. — (2) Cant. *c.* II, 10, 11. — (3) Cant. IV, 8. — (4) Psalmo XXIII, 8.

al verla tan hermosa y rodeada de gloria, los espíritus celestiales, preguntan á los Ángeles que vienen de fuera, como contempla Orígenes: ¿Quién es esta criatura tan bella que asciende del desierto del mundo, lleno de espinas y abrojos, pero que viene tan pura y rica de virtudes, reclinada sobre su querido Señor que se digna con tanta pompa acompañarla? ¿Quién es? Contestan los Ángeles que la acompañan: Esta es la Madre de nuestro Rey, nuestra Reina, la bendita entre las mujeres, la llena de gracia, la santa de las santas, la amada de Dios, la Inmaculada, la paloma, la mas bella de todas las criaturas, y al oirlo los bienaventurados espíritus empiezan á bendecirla y alabarla cantando con mas motivo que los hebreos de Judith: ¡Ah Señora y Reina nuestra! Vos sois la gloria y el gozo del paraíso y nuestro honor (1): seais, pues, bien venida, seais siempre bendita, hé aquí vuestro reino; todos somos vasallos vuestros dispuestos á obedeceros.

Acudieron en seguida á darle la bienvenida, y á saludarla como á su Reina, todos los Santos que á la sazon se hallaban en el cielo. Vinieron las santas Vírgenes; viéronla las doncellas, y la aclamaron felicísima, colmándola de alabanzas (2), diciéndole: Nosotras, ó bienaventurada Vírgen, somos tambien reinas de este reino, pero Vos sois nuestra Reina, porque fuísteis la primera en darnos el gran ejemplo de consagrar la virginidad á Dios; todas nosotras os bendecimos y damos gracias. Vinieron luego los santos Confesores á saludar como á maestra suya á la que con santa vida les enseñara tan bellas virtudes. Los santos Mártires la saludaron como á su Reina, porque con su gran constancia en medio de los dolores de la pasion de su Hijo, les enseñara y alcanzara con sus méritos la fortaleza para dar la vida por la fe. Santiago era el único de los Apóstoles que á la sazon hallábase en el cielo, dió gracias en nombre de los demás por los consuelos y auxilios que les habian dispensado estando en la tierra. Los Profetas la saludaron, diciéndole: ¡Ah Señora! Vos sois la figurada en nuestras profecías; y, por fin, los santos Patriarcas le decian: ¡Oh María! Vos fuís-

(1) Judith, xv, 10. — (2) Cant. vi, 8.

teis nuestra esperanza tanto y por tan largo tiempo de nosotros suspirada. Entre estos los que le tributaron gracias con mayor afecto fueron nuestros primeros padres Adan y Eva. ¡ Ah, Hija querida! le decian, Vos habeis reparado el daño que nosotros causamos al género humano; Vos habeis alcanzado para el mundo la bendicion que nosotros perdimos por nuestra culpa; por Vos nos salvamos; seais eternamente bendita.

En seguida san Simeon le besó los piés, recordándole con gran regocijo el dia en que recibió de sus manos al niño Jesús. San Zacarías y santa Isabel de nuevo le dieron gracias por la amorosa visita que con tanta humildad y caridad les hizo, y por cuyo medio recibieron tan grandes tesoros de gracias; san Juan Bautista le dió con mayor afecto las gracias de haberle santificado con sus palabras: Mas, ¿qué le dirian al saludarla san Joaquin y santa Ana, sus queridos padres? ¡Oh Dios mio! con qué ternura debieron bendecirla diciendo: ¡Ah, Hija querida! ¿qué fortuna fue la nuestra de tener tal Hija? ¡Ah! ahora eres nuestra Reina, en calidad de Madre de nuestro Dios: como á tal te saludamos y adoramos. Pero, ¿quién puede comprender el afecto con que la saludó su querido esposo san José? ¿Quién podrá explicar la alegría que tuvo el santo Patriarca al ver á su Esposa ascender al cielo con tanto triunfo, y ser constituida su universal Reina? Con qué ternura debió decirle: ¡ Ah Señora y Esposa mia! y cuándo podré yo llegar á tributar debidamente gracias á nuestro Dios por haberme hecho esposo de su verdadera Madre? Por Vos merecí en la tierra asistir en su infancia al Verbo encarnado, llevarle tantas veces en mis brazos, y recibir de él tantas gracias especiales. Benditos sean los instantes que en mi vida pasé sirviendo á Jesús y á Vos. Hé aquí á nuestro Jesús, alegrémonos, que ahora no se halla acostado en un establo sobre el heno, como le vimos nacido en Belen; ya no vive pobre y despreciado en una tienda, como vivió algun tiempo con nosotros en Nazareth: no está clavado en un afrentoso patíbulo, como en Jerusalen, en donde murió por la salvacion del mundo; sino que está sentado á la derecha del Padre, como Rey y Señor de cielos y

tierra. Y ahora nosotros, Reina mia, no nos apartarémos de sus piés sagrados para bendecirle y amarle para una eternidad.

Todos los Ángeles la saludaron tambien, y la gran Reina dió á todos las gracias por haberla asistido en la tierra, tributándolas especialmente al arcángel san Gabriel, que fue el feliz mensajero por medio del cual supo su dicha cuando le dió la noticia de ser elegida Madre de Dios. Arrodillada despues la humilde y santa Vírgen adoró la divina Majestad, y abismada enteramente en el conocimiento de su nada, dióle gracias de todos los favores que por su bondad habia recibido, y especialmente de haberla hecho Madre del Verbo eterno. Figúrese cualquiera, si puede, con qué amor la santísima Trinidad la bendijo; qué acogida hizo el eterno Padre á su Hija; el Hijo á su Madre, el Espíritu Santo á su Esposa. El Padre la coronó participándole su poder, el Hijo la sabiduría, el Espíritu Santo el amor. Y colocando las tres Personas divinas el trono de María á la derecha de Jesús, decláranla Reina universal del cielo y de la tierra, y mandan á los Ángeles y á todas las criaturas que la reconozcan por su Reina, y como á tal la sirvan y obedezcan. Pasemos á considerar ahora cuán excelso fue el trono en el cual María fue colocada en el cielo.

PUNTO II.

Si no es posible al entendimiento humano, dice san Bernardo, comprender la inmensa gloria que Dios apareja en el cielo á los que en la tierra le aman, como dijo el Apóstol, ¿quién podrá conocer jamás qué gloria tuvo preparada á su querida Madre, que en la tierra le amó mas que todos los hombres, y que aun desde el primer instante en que fue criada le amó mas que los hombres y Angeles juntos? Con razon, pues, la Iglesia canta que María ha sido exaltada sobre todos los coros de los espíritus celestiales, habiendo amado á Dios mas que todos los Ángeles (1). Sí, dice Guillermo Abad; ella fue exaltada

(1) In fest. Assumpt.

sobre los Angeles, de modo que no ve superior á sí sino á su Hijo que es el unigénito de Dios (1).

Esto considera el docto Gerson cuando afirma, que independientemente de las tres jerarquías en que se hallan distribuidos todos los órdenes de los Angeles y de los Santos, como enseñan santo Tomás y san Dionisio, María formó en el cielo una jerarquía aparte, la mas sublime de todas, y la primera despues de Dios (2). Y así como, añade san Antonio, la Señora se diferencia sin comparacion de los esclavos, así la gloria de María es incomparablemente mas excelsa que la de los Angeles (3). Para entender esto, basta saber lo que nos dijo David, que esta Señora fue colocada á la derecha del Hijo (4), es decir, de Dios, como afirma san Atanasio (5).

Es cierto, segun san Ildefonso, que las obras de María aventajaron incomparablemente en mérito á las de todos los Santos, y por esto es inenarrable la recompensa y la gloria que mereció (6). Y si es cierto, como escribe el Apóstol, que Dios premia segun el mérito (7); lo es tambien, dice santo Tomás, que la Vírgen, cuyo mérito excedió al de todos los hombres y Angeles, debió ser exaltada sobre todas las jerarquías celestiales (8). En una palabra, añade san Bernardo, considérese la gracia singular que María recibió en la tierra, y luego mídase por ella la gloria especial que obtendria en el cielo.

La gloria de María, dice un sábio autor (9), fue una gloria colmada, completa, á diferencia de las que gozan los demás santos en el cielo. Esta reflexion es muy bella, pues si bien es verdad que en el cielo todos los bienaventurados gozan una paz perfecta y cabal contento, sin embargo, ninguno de ellos disfruta de la gloria que hubiera podido merecer, si hubiese servido y amado á Dios con mayor fidelidad. Por lo tanto, si bien los Santos en el cielo no apetecen mas de lo que poseen, sin embargo, tendrian aun que desear. Es tambien verdad que en el paraíso no se sufre pena alguna por los pecados cometidos y el tiempo perdido, pero es innegable que causa su-

(1) Serm. IV de Assumpt. — (2) Super Magn. tract. 4. — (3) 4 p. tit. 15, c. 10. — (4) Psalm. XLIV. — (5) De Assumpt. B. Virg. — (6) Serm. II de Assumpt. — (7) Rom. c. II, 6. — (8) Lib. de Sol. Sanct. — (9) El P. La Colombière. Pred. 18.

mo gozo el mayor bien que se hizo en vida, el haber conservado la inocencia y empleado mejor el tiempo. María en el cielo nada apetece ni nada tiene que desear, ¿Cuál de los Santos, á excepcion de María, dice san Agustin, puede decir que no cometió ningun pecado (1)? Únicamente Ella no cometió jamás culpa alguna ni tuvo el menor defecto; y esto es cierto, porque así lo definió el santo Concilio de Trento (2). No solo no perdió jamás ni empañó la divina gracia, que nunca la tuvo ociosa, no hizo accion que no fuese meritoria, no profirió palabra, no tuvo pensamiento, ni respiró jamás sin que tuviese por objeto la mayor gloria de Dios. En suma, nunca se entibió su afecto, no paró un solo momento de dirigirse hácia Dios; nunca perdió nada por negligencia, de manera que siempre correspondió á la gracia con todas sus fuerzas, y amó á Dios tanto como le fue posible. Señor, le dice ahora en el cielo, si no os amé tanto como Vos mereceis, á lo menos os amé cuanto pude.

En los Santos, como dice san Pablo, las gracias han sido distintas. Por lo que cada uno de ellos, correspondiendo á la gracia recibida, ha sobresalido en alguna virtud, uno en salvar almas, otro en la vida penitente, este en sufrir los tormentos, aquel en la vida contemplativa, lo que justifica las palabras que usa la Iglesia cuando celebra sus fiestas: Que no se halló semejante á él. Y su gloria en el cielo es diferente segun sus méritos. Los Apóstoles se distinguen de los Mártires, los Confesores de las Vírgenes, los Inocentes de los Penitentes. Y como la santísima Vírgen fue llena de todas las gracias, aventajó á cada uno de los Santos en toda suerte de virtud. Ella fue Apóstol de los Apóstoles, Reina de los Mártires, pues padeció mas que todos ellos, la primera de las Vírgenes, fue modelo de esposas, y unió en sí una suma inocencia con una perfecta mortificacion; en una palabra, poseyó todas las virtudes mas heróicas que jamás practicó santo alguno. Y así bien se dijo de ella: «Á tu «diestra se halla la Reina con vestido bordado de oro, «y ataviada de diferentes adornos (3).» Pues que todas las gracias, prerogativas y méritos de los demás Santos, se

(1) De Nat. et Grat. l. 7, c. 36. —(2) Sess. VI, can. 13. — (3) Psalm. XLIV, 10.

hallan reunidos en María, como dice el abad de Celes.

Sí, en ella está reunido todo y en tal manera, que así como el fulgor del sol ofusca el de todas las estrellas juntas, asimismo, dice san Basilio, la gloria de la divina Madre sobrepuja á la de todos los bienaventurados (1); añadiendo san Pedro Damian, que así como la luz de las estrellas y de la luna se eclipsa como si no existiesen estas al salir el sol, tambien María oscurece de tal modo en el cielo el resplandor de los hombres y de los Angeles, que estos casi desaparecen (2). Y afirma san Bernardino de Sena con san Bernardo, que los bienaventurados participan de la gloria de Dios, pero la Vírgen en cierto modo se halla tan colmada de ella, que parece que una pura criatura no puede unirse mas á Dios de lo que lo está María (3). Á todo esto puede añadirse que dice el beato Alberto Magno, que nuestra Reina contempla á Dios muy de cerca, é incomparablemente mas que todos los demás espíritus celestiales (4); como igualmente lo que escribe el citado san Bernardino, que así como el sol ilumina á los demás planetas, así tambien los bienaventurados reciben luz y gozo mayor de la vista de María (5). Y repite en otro lugar, que al subir la Madre de Dios al cielo aumentó el gozo á todos sus moradores (6); por lo que san Pedro Damian y san Buenaventura dicen, que los bienaventurados no tienen mayor gloria en el cielo despues de Dios, que gozar de la vista de esta hermosísima Reina (7).

Regocijémonos, pues, con María por haberla Dios elevado á un trono tan excelso en el cielo. Y alegrémonos tambien porque si nuestra Madre nos privó de su presencia subiendo al cielo, no así de su amor. Estando allí mas próxima y unida á Dios, conoce y se compadece mejor de nuestras miserias, y nos puede dispensar mas auxilios. ¿Por ventura, le dice san Pedro Damian, ó Vírgen bienaventurada, porque habeis sido exaltada en el cielo, os olvideréis de nosotros miserables (8)? No, líbrenos Dios de semejante pensamiento; un corazon tan piadoso no puede dejar de compadecerse de nuestras grandes mise-

(1) Or. de Annun. — (2) Serm. de Assumpt. — (3) Tom. 1, Serm. LX, art. 2, cap. 20. — (4) De Laud. Virg. c. 69. — (5) Loc. cit. art. 3, c. 3. — (6) Serm. de Assumpt. — (7) Serm. I de Nat. Virg. — (8) Serm. I de Nat. Virg.

rias. Si grande fue la piedad de María hácia nosotros cuando vivia en la tierra, dice san Buenaventura, mucho mayor es en el cielo donde reina (1).

Dediquémonos entre tanto á servir á esta Reina, á honrarla y amarla cuanto podamos, porque, segun dice Ricardo de San Lorenzo, ella no es como los soberanos de la tierra, que imponen á sus vasallos cargas y tributos; sino que enriquece á sus siervos de gracias, méritos y recompensas (2). Implorémosla con el abad Guérrico: ¡Oh Madre de misericordia! que estais sentada tan inmediata á Dios, y sois Reina del mundo, saciaos de la gloria de vuestro Jesús, y haced partícipes á vuestros siervos de lo que á Vos os sobra. Vos estais sentada ya en el convite del Señor, nosotros bajo de ella aquí en la tierra, como pobres cachorrillos, invocamos vuestra piedad (3).

EJEMPLO.

Refiere el P. Silvano Razzi (4), que habiendo un devoto clérigo muy amante de nuestra Reina María oido elogiar mucho su hermosura, deseaba vivamente ver una vez á su Señora, por lo que la rogó humildemente que le otorgase esta gracia. La piadosa Madre le mandó decir por un Ángel que queria complacerle dejándose ver de él; mas con la condicion, de que despues de verla quedaria ciego. Aceptó el devoto; y hé aquí que un dia se le apareció la Vírgen santísima; y él, por no quedar enteramente ciego, quiso al principio mirarla con un solo ojo; pero prendado de la gran belleza de María quiso contemplarla con los dos, y entonces la Madre de Dios desapareció. Así que hubo perdido la presencia de su Reina, lleno de afliccion no cesaba de llorar, no por la pérdida del ojo, sino por no haberla mirado con ambos. Por lo que le suplicó que se apareciese otra vez, importándole poco perder la vista del otro ojo que le quedaba, y permanecer enteramente ciego. Feliz y contento, decia, quedaré, ó Señora mia, si me volviere del todo ciego por tan feliz motivo, que me dejará mas enamorado de Vos y de vuestra belleza. Hé aquí

(1) Spec. c. 8. — (2) De Laud. Virg. lib. 6.— (3) Serm. IV in Assumpt. Virg. — (4) Lib. 3. Mirac. B. Virg.

que María queriendo volver á complacerle se le apareció nuevamente; mas como esta amorosa Reina nunca daña á nadie, al aparecérsele, no solo no le hizo perder el ojo que le quedaba, sino que le restituyó el que habia perdido.

ORACION.

¡Oh grande, sublime y gloriosísima Señora! postrados al pié de vuestro trono os adoramos desde este valle de lágrimas. Nos complacemos en la inmensa gloria de que el Señor os ha colmado. ¡Oh Reina del cielo y de la tierra! no os olvideis de nosotros pobres siervos vuestros. No os desdeñeis desde este excelso trono donde reinais de dirigir vuestros piadosos ojos hácia los infelices. Cuanto mas próxima os hallais al manantial de las gracias, mas fácil os es el socorrernos. En el cielo conoceis mejor nuestras miserias, por lo que debeis compadeceros y socorrernos mas. Haced que en la tierra seamos fieles devotos vuestros, á fin de que podamos así bendeciros en el paraíso. En este dia en que sois proclamada Reina del universo, nos consagramos tambien á vuestro servicio. En medio de tanto regocijo vuestro, consoladnos hoy admitiéndonos por vuestros vasallos. Vos sois nuestra Madre. ¡Ah Madre dulcísima, Madre amabilísima! vuestros altares vense rodeados de devotos que os piden, uno que le cureis de algun mal, otro que le remedieis en sus necesidades, este una buena cosecha, aquel que le hagais ganar un pleito; mas nosotros pedimos gracias mas agradables á vuestro corazon. Alcanzadnos el ser humildes, desprendidos de la tierra, resignados á la divina voluntad, el santo amor de Dios, una muerte dichosa y al fin la patria celestial. Mudadnos, Señora, de pecadores en Santos: obrad este milagro, que os honrará mas que si volviéseis la vista á mil ciegos, y resucitáseis á mil muertos; Vos sois poderosísima con Dios, baste decir que sois su Madre, su predilecta, llena de su gracia, ¿qué podrá negaros? ¡Oh Reina admirable! nosotros no pretendemos veros en la tierra, pero queremos ir á contemplaros en el cielo, y Vos debeis alcanzarnos esta gracia. Así lo esperamos con confianza. Amen.

DISCURSO IX.

DE LOS DOLORES DE MARÍA.

María fue la Reina de los Mártires, porque su martirio fue mas prolongado y mas doloroso que el de todos los Mártires.

¿Qué corazon habrá tan empedernido que no se enternezca al oir el caso mas deplorable que sucedió en el mundo? Habia una Madre noble y santa, que no tenia mas que un Hijo, y este era el mas amable que pueda imaginarse, inocente, virtuoso, hermoso y amantísimo de su Madre, de modo que nunca le causara el menor disgusto, sino que siempre se habia manifestado hácia ella lleno de respeto, de obediencia y afecto; por lo que la Madre habia puesto en este Hijo todo su amor. ¿Y qué sucedió despues? Este Hijo fue acusado falsamente por sus envidiosos enemigos, y aunque el juez conoció y confesó su inocencia, por no disgustarles, condenóle á una muerte afrentosa, como se lo habian pedido. Esta Madre sin ventura tuvo el dolor de verse arrebatar injustamente á su Hijo en la flor de su juventud con un bárbaro suplicio, porque á la violencia de los tormentos le hicieron morir desangrado en su presencia y públicamente en un infame patíbulo. ¿Qué decís, almas devotas? ¿Esta infeliz Madre es digna de compasion? Ya comprendeis de quién hablo. El Hijo tan cruelmente entregado á la muerte fue nuestro amoroso Redentor Jesús, y la Madre la bienaventurada Vírgen María, que por amor nuestro consintió en verle inmolado á la divina justicia por la barbarie de los hombres. El cruel dolor que sufrió María por nosotros, dolor que le costó mas de mil muertes, merece nuestra compasion y gratitud. Y si no podemos corresponder dignamente á tanto amor, detengámonos por lo menos breves instantes á considerar en este dia la amargura de tan gran dolor, por lo cual fue María Reina de los Mártires, pues su cruel martirio excedió al de todos

ellos; primeramente, porque fue mas prolongado, y despues porque fue mas doloroso.

PUNTO I.

Así como se llama á Jesús Rey de los dolores y de los martirios, porque durante su vida padeció mas que todos los Mártires; con razon se llama tambien á María Reina de los Mártires, título que mereció por haber sufrido el mas doloroso martirio que pueda sufrirse despues del de su Hijo. Y por esto la llama Ricardo de San Lorenzo: «Mártir de los Mártires;» pudiendo decirse de ella lo que dice Isaías: «Te coronará con una corona de tribulacio- «nes (1).» Esto es, que la corona con que fue coronada María por Reina de los Mártires, fue su mismo dolor, que excedió al de todos los demás Mártires juntos. No cabe duda que la Vírgen fue verdaderamente mártir, segun afirman el Cartujano, Pelbarto, Catarino y otros, porque es incontestable que para el martirio basta sufrir un dolor capaz de quitar la vida aunque no se siga realmente la muerte. San Juan Evangelista es venerado como mártir, sin embargo de que no murió en la tinaja de aceite hirviendo, de la que salió mas sano que no habia entrado (2). Para alcanzar la gloria del martirio es suficiente, dice santo Tomás, que se ofrezca uno á sí mismo hasta la muerte (3). María fué mártir, dice san Bernardo, no por la espada del verdugo, sino por el acerbo dolor del corazon (4). Si su cuerpo no fue herido por mano de los sayones, sin embargo, su bendito corazon fue traspasado de dolor en la pasion de su Hijo, dolor asaz suficiente para darle no una, sino mil muertes. Y con esto se patentiza que María no solo fue verdaderamente mártir, sino que su martirio aventajó al de todos los demás Mártires, porque fue mas prolongado, y por decirlo así, su vida entera fue una continuada agonía.

Así como la pasion de Jesús, dice san Bernardo, empezó desde su nacimiento (5), tambien María, en todo semejante al Hijo, padeció martirio toda su vida. El nombre

(1) Cap. XXII, 18. — (2) Brev. Rom. 6 Maj. — (3) 2, 2, q. 124, art. 3, ad 3. — (4) Ap. Baldi, t. 2, p. 146. — (5) Serm. II de Pass.

de María entre otras significaciones, segun afirma el beato Alberto Magno, tiene la de *mar amargo;* por lo que se le aplica perfectamente el pasaje de Jeremías: «Grande «como la mar es tu dolor (1).» Y en efecto, así como la mar es amarga y salobre, así la vida de María fue llena de amargura, considerando la pasion del Redentor que sin cesar tuvo presente. Es indudable, como dijo el Angel á santa Brígida, que iluminada la Vírgen del Espíritu Santo mas que los Profetas, comprendió mejor que todos ellos las predicciones del Mesías contenidas en las sagradas Escrituras (2), y por lo tanto, comprendiendo María cuánto habia de padecer el Verbo encarnado por la salvacion de los hombres, comenzó á sufrir su doloroso martirio; compadeciéndose ya antes de ser elegida por Madre de este Salvador inocente, que debia expiar con una muerte tan atroz los pecados que él no habia cometido (3).

Este dolor fue inmenso una vez constituida Madre del Salvador; de manera que á la triste idea de las penas que debia sufrir su Hijo, ella padeció un martirio cruel y continuado (4). Y esto mismo significó la vision que tuvo santa Brígida en Roma en la iglesia de Santa María la Mayor, cuando se le apareció la bienaventurada Vírgen con san Simeon, y un Ángel que llevaba una luenga y sangrienta espada, denotando con ella el acerbo y prolongado dolor que traspasó el corazon de María toda su vida (5). Por lo que el citado Ruperto hace decir á María: Almas redimidas, hijas mias queridas, no basta que me compadezcais por mis sufrimientos al ver morir á mi Hijo Jesús, porque la espada de dolor que san Simeon me vaticinó, me traspasó el corazon toda mi vida. Cuando amamantaba á mi Hijo, y le estrechaba entre mis brazos, consideraba ya la amarga muerte que le esperaba; considerad, pues, cuán cruel y continuo habia de ser mi dolor (6).

María pudo decir muy bien por boca de David: «Mi vi«da pasó toda en dolor y lágrimas (7),» porque mi dolor, esto es, mi compasion por mi querido Hijo, no se desvanecia nunca de mi pensamiento (8), y sin cesar conside-

(1) Thren. II, 13.— (2) Serm. Ang. XVII.— (3) Serm. Ang. c. 16.— (4) In Cant. c. 4. — (5) Rev. lib. 7, c. 2.— (6) Rev. lib. 7, c. 2. — (7) Psalm. XXX, 11. — (8) Psalmo XXXVII, v. 18.

raba los tormentos y la muerte que un dia habia de sufrir. La misma divina Madre reveló á santa Brígida que despues de la muerte y ascension de Jesucristo el recuerdo de su pasion no se apartaba de su tierno corazon un solo instante (1). Por lo que escribió Taulero que María pasó toda su vida en un continuo dolor, pues su corazon no experimentaba mas que tristeza y pesares (2).

El tiempo, que comunmente mitiga el dolor á los afligidos, no alivió el de María, antes bien le aumentaba su pesar, pues á medida que Jesús iba creciendo y se mostraba mas hermoso y amable, se aproximaba tambien el tiempo de su muerte, aumentándose mas y mas en el corazon de María el dolor de perderle aquí en la tierra. Como crece la rosa entre las espinas, dijo el Ángel á santa Brígida, así la Madre de Dios adelanta en años, en medio de los pesares; y así como á medida que crece la rosa, las espinas tambien con ella, así María, esta rosa elegida del Señor, cuanto mas crecia en edad, tanto mas las espinas de sus dolores crecian para atormentarla. Habiendo considerado la duracion de este dolor, pasemos al segundo punto para ver cuán acerbo fue.

PUNTO II.

¡Ah! María es Reina de los Mártires no solo porque su martirio fue el mas prolongado de todos, sí que tambien porque fue de todos el mas doloroso. Mas, ¿quién podrá medir su intensidad? Jeremías no sabe á qué comparar esta Madre de dolor, al considerar el tormento que experimentó por la muerte de su Hijo: «¿Á quién te compararé, le dice, ó á quién te asemejaré, ó hija de Jerusalen? «porque tu dolor es grande como la mar. ¿Quién te consolará (3)?» Comentando el cardenal Hugo estas palabras exclama: ¡Oh Vírgen bendita! así como la amargura del mar supera á cualquiera otra amargura, así tu dolor excede á todos los demás dolores. Y afirma san Anselmo que si Dios por un milagro especial no hubiera conservado la vida á María, su dolor era suficiente para causarle á cada momento la muerte (4). Y san Bernardino de

(1) Rev. l. 6, c. 65.—(2) Vit. Christ. c. 3.—(3) Thren. II, 13.—(4) De exc. Virg. c. 3.

Sena llegó á decir que el dolor de María fue tan grande, que dividido entre todos los hombres hubiera bastado para hacerles morir á todos repentinamente (1).

Examinemos ahora por qué motivo el martirio de María fue mas doloroso que el de todos los Mártires. En primer lugar reflexiónese que los Mártires padecieron en el cuerpo por medio del fuego ó del hierro: María sufrió su martirio en el alma, como Simeon se lo profetizara (2). Como si el santo viejo le hubiese dicho: ¡ Oh Vírgen sacrosanta! los demás Mártires verán despedazados su cuerpo con el hierro, pero Vos seréis traspasada y martirizada en el alma con la pasion de vuestro mismo Hijo. Así como el alma es mas excelente que el cuerpo, así el dolor de María sobrepujó al de todos los Mártires, como dijo Jesucristo á santa Catalina de Sena. El dolor del alma es incomparable con el padecer del cuerpo; por lo que el santo abad Arnoldo Carnotense dice, que quien se hubiese hallado en el Calvario para presenciar el grande sacrificio del Cordero inmaculado, cuando espiró en la cruz, hubiera visto dos grandes altares, uno en el cuerpo de Jesús y otro en el corazon de María, donde al mismo tiempo que su Hijo sacrificaba su cuerpo con la muerte, María sacrificaba el alma con la compasion (3).

Y dice san Antonino (4), que los demás Mártires padecieron sacrificando la propia vida, mas la bienaventurada Vírgen sufrió sacrificando la vida del Hijo, á quien amaba muchísimo mas que á sí misma; de manera que no solo padeció en el espíritu cuanto padeció el Hijo en el cuerpo, sí que además causó á su corazon mas dolor la vista de los tormentos de Jesucristo, que si los sufriera ella misma. Que María padeciese en su corazon todas las penas que vió sufrir á su amado Jesús no cabe duda; porque nadie ignora que las penas de los hijos las padecen tambien las madres cuando son testigos de ellas; y así, considerando san Agustin el tormento de la madre de los Macabeos en los suplicios que veia padecer á sus hijos, dice que padecia en todos ellos, y que sufria con sus ojos lo que cada uno de ellos en su cuerpo (5). Asi-

(1) Tom. 1, Serm. LXI. — (2) Luc. II, 35. — (3) Tr. de Sep. verb. Do. in Cru.— (4) P. 1, tit. 15, c. 24. — (5) Serm. CIX de Divers. c. 6.

mismo sucedió á María : todos los tormentos, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz que lastimaron el cuerpo de Jesús, penetraron al mismo tiempo en el corazon de María para colmo de su martirio, segun escribió san Amadeo (1). Y san Lorenzo Justiniano dice que el corazon de María fue como un exacto reflejo de los dolores del Hijo, en el que se repetian las salivas, los golpes, las heridas y todo lo que sufria Jesús (2). Y san Buenaventura observa que todas las llagas esparcidas por el cuerpo de Jesús, se hallaban despues reunidas en el corazon de María (3).

De modo que la Vírgen por su compasion hácia el Hijo fue en su tierno corazon azotada, coronada de espinas, despreciada y clavada en la cruz. Y contemplando dicho Santo á María en el monte Calvario, cuando asistia al Hijo moribundo, le pregunta : Decidme, Señora, ¿dónde estábais entonces? ¿Os hallábais tan solo cerca de la cruz? No, mejor diré que estábais en la misma cruz crucificada juntamente con vuestro Hijo (4). Y comentando Ricardo de San Lorenzo las palabras que el Redentor dice por Isaías : «Yo solo pisé el lagar, y de las naciones no hay «hombre alguno conmigo (5),» exclama : Señor, razon teneis de decir que en la obra de la humana redencion sois único para padecer, y no teneis hombre alguno que se compadezca de Vos; pero teneis una mujer, que es vuestra Madre, la cual sufre en su corazon cuanto Vos padeceis en el cuerpo.

Mas todo lo referido es poco para comprender los dolores de María, porque ella, como dije, al ver padecer á su amado Jesús, sufrió mas que si en su misma persona hubiese padecido todos los tormentos y la muerte de su Hijo. Dejó escrito Erasmo que los padres, generalmente hablando, sienten mas las penas de sus hijos que las suyas propias (6); lo que no siempre es exacto; pero en María ciertamente sucedió así, pues amaba infinitamente mas al Hijo y su vida, que á sí misma y á mil vidas que tenido hubiera. Y así dice muy bien san Amadeo, que la afligida Madre al triste espectáculo de los tormentos de su amado

(1) Hom. V. — (2) De Agon. Christ. c. 11. — (3) De planctu Virg. in Stim. Am. — (4) Ibid. — (5) Isai. LXIII, 3. — (6) Libell. de Machab.

Jesús, padeció mucho mas que si ella misma hubiese sufrido toda su pasion (1). La razon es obvia, porque, como dice san Bernardo: El alma mas está donde ama, que donde anima. Lo que dijo ya el Salvador, asegurando que nuestro corazon está en donde se halla el bien que amamos (2). Si María, pues, por el amor existia mas en el Hijo que en sí misma, debió experimentar un dolor mas intenso en la muerte del mismo que si ella hubiese sufrido la mas cruelísima muerte.

Y aquí entra la otra reflexion que manifiesta que el martirio de María fue incomparablemente mas doloroso que las torturas de todos los Mártires, porque ella en la pasion de Jesús sufrió muchísimo y sin alivio. Los Mártires padecian, es verdad, en los tormentos que les imponian los tiranos, pero su amor á Jesús les hacia dulces y llevaderos los dolores. Padecia un san Vicente en su martirio, le atormentaban en el potro, le despedazaban con garfios, le quemaban con planchas encendidas; ¿pero qué? decia san Agustin: Al parecer distinto era el que padecia del que hablaba. Hablaba con tal entereza al tirano y con tanto desprecio de los tormentos, que al parecer era un Vicente el que padecia y otro Vicente el que hablaba; tanto le confortaba su Dios con la dulzura de su amor en medio de penas acerbísimas. Un san Bonifacio tenia el cuerpo despedazado por los hierros, agudas cañas penetraban entre la carne y uñas de sus dedos, le vertian plomo derretido en la boca, y él al mismo tiempo sin cesar rendia gracias á Dios. Padecian un san Marco y san Marceliano atados á un madero con los piés atravesados de los clavos, y diciéndoles el tirano: Infelices, retractaos y libraos de estas penas, y ellos le contestaban: ¿De qué penas nos hablais? Nunca disfrutamos mayor placer que ahora que padecemos gustosos por amor de Jesucristo. Padecia un san Lorenzo, pero mientras estaban asándole en las parrillas, segun dice san Leon, mas poderosa era la llama interior del amor divino para consolar su alma, que el fuego exterior para atormentar su cuerpo (3). Y tanta era la fuerza que le daba el amor, que llegó á insultar al tirano diciéndole: Tirano, si quieres

(1) Hom. XIV. — (2) Luc. XII, 34. — (3) In Nat. S. Laur.

comer mi carne, una parte de ella está ya cocida, da una vuelta á mi cuerpo y come. Mas ¿cómo entre tan crueles tormentos podia el Santo estar alegre? ¡Ah! responde san Agustin, embriagado con el néctar del divino amor, no sentia ni los tormentos ni la muerte (1).

Así podrémos decir, que cuanto mas los santos Mártires amaban á Jesús, tanto menos sentian los tormentos y la muerte; y la sola consideracion de los dolores de un Dios crucificado era suficiente para consolarles. Mas, nuestra afligida Madre ¿lograba tal vez este consuelo en el amor hácia su Hijo y á la vista de sus penas? Sin duda que no, porque este mismo Hijo que padecia era toda la causa de su dolor, y el amor que le tenia era su único é inexorable verdugo; porque el martirio de María consistió solamente en ver y compadecerse de su inocente y amado Hijo. De aquí es que cuanto mas le amaba, tanto mas acerbo y falto de alivio fue su dolor. ¡Ah Reina del cielo! á los demás Mártires el amor les mitigó la pena, les curó las heridas, pero á Vos ¿quién endulzó vuestra grande afliccion y curó las profundas heridas de vuestro corazon, si aquel mismo Hijo que podria consolaros era por sus sufrimientos el único motivo de vuestras penas, y el amor que le teníais causaba todo vuestro martirio? Por esto, segun observa Diez, así como los demás Mártires son representados cada cual con el instrumento de su suplicio, san Pablo con la espada, san Andrés con la cruz, san Lorenzo con las parrillas, se representa á María con su Hijo muerto en los brazos, porque Jesús fue el único instrumento de su martirio á causa del amor que le tenia. Todo lo que acabo de decir lo confirma san Bernardo con estas pocas palabras: En los demás Mártires la grandeza del amor mitigó el dolor de los padecimientos; mas la bienaventurada Vírgen tanto mas sintió el dolor, y mas vehemente fue su martirio, cuanto mas amó (2). Es cierto que cuanto mas se ama una cosa, tanto mas grande es el sentimiento de perderla. La muerte de un prójimo causa mas afliccion que la muerte de un irracional, la de un hijo mas que la de un amigo. Para comprender, pues, dice Cornelio Alápide, cuán vehemen-

(1) Tract. 27. — (2) Ap. Croisset vit. Mar. §23.

te fue el dolor de María en la muerte de su Hijo, preciso es comprender cuánto era el amor que le tenia; pero ¿quién podrá medir este amor? El beato Amadeo dice, que en el corazon de María se hallan juntos dos especies de amor, el sobrenatural con el cual le amaba como á su Dios, y el natural con el cual le amaba como á Hijo suyo (1). De manera que estos dos amores no formaron en ella mas que uno solo, pero inmenso, en términos que Guillermo de París pretende que la bienaventurada Vírgen amó á Jesús hasta tal punto que una pura criatura no pudiera amarle mas. Y Ricardo de San Lorenzo dice: Así como no hubo amor como el suyo, así tampoco hubo dolor como su dolor; y si el amor de María hácia su Hijo fue inmenso, dice el beato Alberto Magno, debió ella experimentar tambien un dolor inmenso al perderle con la muerte.

Figurémonos ahora que estando la divina Madre al pié de la cruz á vista de su moribundo Hijo, aplicándonos justamente las palabras de Jeremías, nos dice: «¡Oh vos«otros, todos los que pasais por el camino, atended y mi«rad si hay dolor como mi dolor (2)!» ¡Oh vosotros que pasais la vida en esta tierra sin compadeceros de mi dolor, deteneos un momento á contemplarme mientras veo espirar delante de mis ojos á este Hijo amado, y ved despues si entre todos los afligidos y atormentados se halla dolor semejante á mi dolor! No puede hallarse, ó Madre dolorosa, le responde san Buenaventura, dolor mas amargo que el que Vos sufrísteis, porque no hay Hijo mas amado que el vuestro (3). ¡Ah! repite san Lorenzo Justiniano, nunca hubo en el mundo Hijo mas amable que Jesús, ni Madre mas amante de un Hijo que María. Si en el mundo, pues, no se conoció jamás amor semejante al de la Vírgen, ¿cómo podria haber dolor semejante á su dolor (4)?

San Ildefonso afirmó que es poco el decir que los dolores de la Vírgen excedieron á todos los tormentos de los Mártires juntos (5). Y san Anselmo añade que los tormentos mas crueles que sufrieron los santos Mártires, fueron le-

(1) Hom. V de Laud. Virg. — (2) Jerem. Thrén. I, 12. — (3) De compas. Virg. c. 2. — (4) Liber. 3 de Laud. Virg. — (5) Ap. Sinisch. di Mar. cons. 36.

ves ó cási nada comparados con el martirio de María (1). Y san Basilio escribe igualmente, que así como el sol aventaja en resplandor á todos los otros planetas, así los sufrimientos de María exceden á los de todos los demás mártires. Y por último, concluye un docto autor con este bello pensamiento: Fue tan grande el dolor que sufrió esta tierna Madre en la pasion de Jesús, que solo ella pudo compadecerse dignamente de la muerte de un Dios hecho hombre.

Ó Señora, dice san Buenaventura dirigiéndose á esta Vírgen bendita, ¿por qué quisísteis tambien ir á sacrificaros en el Calvario? ¿Acaso no bastaba para nuestra redencion un Dios crucificado, sin que su Madre fuese crucificada con él (2). ¡Oh! la muerte de Jesús bastaba ciertamente para salvar al mundo, y aun á infinitos mundos, pero esta buena Madre, llena de amor por nosotros, quiso con los méritos de sus dolores que ofreció por nosotros en el Calvario, contribuir á la obra de nuestra salvacion. Por esta razon, dice el beato Alberto Magno, que así como estamos obligados á Jesucristo por la pasion que sufrió por nuestro amor, así tambien lo estamos á María por el martirio que en la muerte del Hijo quiso padecer voluntariamente por nuestra salvacion (3). Añade *voluntariamente*, porque segun el Ángel reveló á santa Brígida, esta buena y tiernísima Madre nuestra prefirió sufrir toda suerte de tormentos, antes que ver las almas sin redimir y sumidas en su antigua perdicion (4). El único consuelo de María, dice Simeon de Casia, en medio de su gran dolor en la pasion de su Hijo, era el ver al mundo redimido con su muerte, y reconciliados con Dios los hombres sus enemigos (5).

Tan excesivo amor de María merece nuestro agradecimiento, y este ha de consistir á lo menos en meditar sus dolores y compadecernos de ellos. Y ella misma se quejó hablando con santa Brígida, de que muy pocos la compadecen y se acuerdan de ella; por lo que encargó encarecidamente á la Santa que meditase sus dolores (6). Para comprender cuánto agradece la Vírgen que nos acorde-

(1) De exc. Virg. c. 5.—(2) Ap. Pac. exc. 10 in Sal. Ang. — (3) Sup. Miss. c. 20. — (4) Rev. l. 3, c. 30.—(5) De Gest. D. l. 2, c. 27.— (6) Rev. l. 2, c. 24.

mos de ellos, basta con decir que en 1239 se apareció con un vestido de luto en la mano á siete devotos suyos, que fundaron despues la religion de los Servitas, diciéndoles que si querian complacerla meditasen con frecuencia sus dolores, y que por esto queria que en memoria de ellos vistiesen en adelante ese triste hábito (1). El mismo Jesucristo reveló á la beata Verónica de Binasco que mas le complacemos compadeciéndonos de su Madre que de él mismo, y le habló así: «Hija mia, muy gratas me son las «lágrimas que por mi pasion se derraman; mas como «amo á mi Madre María con un amor inmenso, prefiero «que se mediten los dolores que sufrió viéndome morir (2).» Por esto son muy grandes las gracias que Jesús concede á los devotos de los dolores de María, como le fue revelado á santa Isabel, segun refiere Pelberto, y en su confirmacion, véase en el siguiente ejemplo cuán útil les sea esta devocion para alcanzar la salvacion eterna.

EJEMPLO.

En las revelaciones de santa Brígida léese (3) que un caballero de tan ilustre cuna, como de villanas y depravadas costumbres, se entregó con pacto expreso por esclavo del demonio, sirviéndole por espacio de sesenta años, y entregándose á todos los desórdenes imaginables, sin acercarse nunca á recibir los Sacramentos. Aproximándose la hora de su muerte, plugo á Jesucristo usar con él de misericordia, y mandó á santa Brígida que dijese á su confesor que fuése á visitarle y le exhortase á confesarse. Hízolo así el confesor, pero el enfermo le contestó que no tenia necesidad de confesion, porque se habia confesado á menudo. Visitóle otra vez, y aquel desdichado esclavo del infierno seguia obstinado negándose á confesarse. Jesús mandó á la Santa que repitiese el confesor su visita. Este lo hizo así, y en esta tercera vez le refirió la revelacion hecha á la Santa, y que habia vuelto tantas veces, porque el Señor así lo mandaba, pues queria usar con él de misericordia. Al oir esto el infeliz enfermo enternecióse y empezó á llorar. Mas, ¿cómo, excla-

(1) Gian Cent. Serv. lib. 1, cap. 4. — (2) Bolland. 13 Jun. — (3) L. 6, c. 97.

mó, podré ser perdonado, habiendo servido al demonio por espacio de sesenta años, siendo su esclavo, y teniendo cargada mi alma de innumerables pecados? Hijo mio, respondió el Padre animándole, no dudes un instante, pues si de corazon te arrepientes, te prometo de parte de Dios el perdon. Empezando entonces á confiar, dijo el enfermo al confesor: Padre mio, yo me creia condenado ya, y desesperaba de la salvacion; mas ahora siento un vivo dolor de mis pecados, que me anima á tener esperanza, por lo que ya que Dios no me ha abandonado aun, quiero confesarme. En efecto, aquel mismo dia se confesó cuatro veces con sumo dolor; al siguiente comulgó, y murió muy contrito y resignado. Despues de su muerte Jesucristo reveló á santa Brígida que aquel pecador se habia salvado por la intercesion de su Madre, y que se hallaba purificándose en el purgatorio, porque á pesar de su vida disipada, habia conservado siempre tal devocion á sus dolores, que no pensaba en ellos sin compadecer á María.

ORACION.

¡Oh Madre de los dolores! Reina de los mártires y de los sufrimientos, Vos llorásteis muchísimo á vuestro Hijo muerto por mi salvacion; mas, ¿de qué me aprovecharian vuestras lágrimas si me condenase? Por los méritos, pues, de vuestros dolores, alcanzadme una verdadera contricion de mis pecados, y perfecta enmienda de vida, con una tierna y continua compasion de la pasion de Jesús y de vuestros dolores. Y si Jesús y Vos, aunque inocentes, padecísteis tanto por mí, alcanzadme que yo, merecedor del infierno, padezca tambien algo por vuestro amor. «Ó Señora, os diré con san Buenaventura, si «os ofendí, justo es que hirais mi corazon; y si os serví, «pido tambien en recompensa que le hirais. Es vergon«zoso para mí permanecer ileso viendo á Jesús mi Señor «lleno de heridas y herido vuestro corazon.» Finalmente, ó Madre mia, por la afliccion que tuvísteis al ver á vuestro Hijo inclinar la cabeza agobiado por tantas penas y espirar sobre la cruz, os suplico me alcanceis una bue-

na muerte. ¡Ah! no dejeis de asistir á mi afligida y combatida alma en el terrible tránsito de la vida á la eternidad. Y como tal vez entonces no me sea posible hablar para invocar vuestro nombre y el de Jesús, en que cifro todas mis esperanzas, desde ahora invoco á vuestro Hijo y á Vos para que me socorrais en aquel postrer instante, repitiéndoos: Jesús y María, yo os encomiendo el alma mia. Amen.

REFLEXIONES

SOBRE CADA UNO DE

LOS SIETE DOLORES DE MARÍA

EN PARTICULAR.

SOBRE EL PRIMER DOLOR.

De la profecía de Simeon.

Todos nacemos en este valle de lágrimas para llorar, y cada uno ha de sufrir muchos males durante la jornada. Pero ¿cuánto mas infeliz seria la vida, si cada uno supiese los males que le afligirán en lo sucesivo? Muy desdichado, dice Séneca, seria aquel á quien estuviese reservada una suerte semejante (1). El Señor se compadece, pues, de nosotros al ocultarnos las cruces que nos aguardan, para que, puesto que debemos padecerlas, las padezcamos á lo menos una sola vez. Mas, no se compadeció así de María, la cual hallándose destinada á ser Reina de los dolores y en todo semejante al Hijo, tuvo continuamente ante sus ojos, y sufrió sin intermision todas las penas que le esperaban, á saber, las de la pasion y muerte de su amado Jesús. Ved como san Simeon despues de haber recibido al divino Niño en sus brazos, le profetiza ya que este habia de ser el blanco de todas las contradicciones y persecuciones de los hombres, por lo que la espada del dolor debia atravesarle el alma (2). La misma Vírgen dijo á santa Matilde, que al oir esta pro-

(1) Ep. 98. — (2) Luc. II, 35.

fecía de san Simeon todo su júbilo se convirtió en tristeza. Porque, segun fue revelado á santa Teresa, si bien la bendita Madre no ignoraba el sacrificio que debia hacer su Hijo por la salud del mundo, sin embargo conoció entonces en particular y de un modo diferente, los tormentos y la muerte cruel que esperaban á su amado Hijo. Conoció que habia de ser contradecido, y contradecido en todo. Contradecido en la doctrina, pues en vez de ser creido, seria tenido por blasfemo al enseñar que Él era Hijo de Dios, como lo declaró el impío Caifás diciendo: «Blasfemado ha... reo es de muerte (1).» Contradecido en la estimacion, pues siendo noble y de estirpe real, fue despreciado como pechero: «¿No es el hijo del arte- «sano (2)? ¿No es este aquel artesano hijo de María (3)?» Era la sabiduría increada, y fue tratado de ignorante: «¿Cómo sabe este las sagradas letras sin haber estudia- «do (4)?» Y tambien de falso profeta: «Y habiéndole ta- «pado los ojos le daban bofetones diciéndole: Adivina «quien te dió (5).» Tratado como loco: «Se ha vuelto lo- «co, ¿por qué le escuchas (6)?» Como ebrio, goloso y amigo de los malos: «Hé aquí un hombre voraz y bebe- «dor, amigo de los publicanos y de gentes de mala vi- «da (7).» Como hechicero: «Por arte del príncipe de los «demonios echa á los demonios (8).» Como hereje y energúmeno: «¿No decimos bien que tú eres un samaritano «y que estás poseido del demonio (9)?» En una palabra, Jesús fue considerado por tan público malhechor, que no era menester proceso para condenarle, como los judíos dijeron á Pilatos: «Si este no fuese malhechor, no «te le hubiéramos entregado (10).» Contradecido en el alma, pues su eterno Padre para satisfacer á la divina justicia, le contradijo en no oirle cuando le rogaba: «Padre «mio, si es posible, que no beba yo este cáliz (11).» Y le abandonó al temor, á la fatiga y á la tristeza, de modo que el afligido Señor dijo: «Mi alma siente las angustias «de la muerte (12).» Y tanta era la pena interior que experimentaba, que llegó á sudar sangre viva. Contrade-

(1) Matth. xxvi, 65. — (2) Matth. xiii, 55.—(3) Ibid.—(4) Joan. vii, 15.—(5) Luc. xxiii, 64.—(6) Joan. x, 20.—(7) Luc. vii, 34.—(8) Matth. ix, 34. — (9) Joan. viii, 48. —(10) Joan. xviii, 30. — (11) Matth. xxvi, 39. — (12) Matth. xxvi, 38.

cido y perseguido, en fin, en su cuerpo y en su vida, porque baste decir que fue herido en todos sus sagrados miembros, en las manos, en los piés, en el rostro, en la cabeza y en todo el cuerpo, hasta morir de dolor, desangrado, y vergonzosamente clavado á un afrentoso madero.

Cuando oyó David en medio de todas sus delicias y grandezas reales que el profeta Natan le anunciaba la muerte del hijo: «El hijo que te ha nacido morirá irre«misiblemente (1);» quedó inconsolable; lloró, ayunó, y durmió sobre la tierra. María recibió con suma resignacion el vaticinio de la muerte de su Hijo, y continuó sufriéndola resignadamente; sin embargo, ¿qué dolor debia padecer de contínuo al ver delante de sus ojos aquel amable Hijo, oirle proferir aquellas palabras de vida eterna, y mirar su conducta tan santa? Abrahan sufrió un gran tormento los tres dias que habia de hablar con su amado hijo Isaac, sabiendo que debia sacrificarle. ¡Dios mio! María no solo tuvo que sufrir un tormento igual por tres dias, sino treinta y tres años. Mas ¿qué digo semejante? Un tormento mas vivo, cuanto mas amable era el hijo de María que el hijo de Abrahan. La misma bienaventurada Vírgen reveló á santa Brígida (2) que mientras vivió en el mundo ni un instante cesó este dolor de traspasarle el alma. Cuantas veces miraba á mi Hijo, le envolvia en los pañales, ó contemplaba sus manos y piés, otras tantas mi ánimo quedaba sumido en nuevo dolor considerando seria clavado en la cruz (3). El abad Ruperto contempla que mientras amamantaba á su Hijo, le decia: ¡Ah Hijo mio! yo te estrecho en mis brazos porque te amo mucho; pero cuanto mas entrañable es mi amor, tanto mas eres para mí un manojito de mirra y de dolor previendo tus sufrimientos (4). María consideraba, dice san Bernardino (5), que la fortaleza de los Santos seria reducida á la agonía, la hermosura del cielo afrentada, el Señor del mundo atado como reo, el Criador de todas las cosas injuriado y lleno de heridas, el Juez universal sentenciado, la gloria de los cielos me-

(1) II Reg. XII, 14. — (2) Lib. 6. Rev. c. 9. — (3) Lib. VI, c. 57. — (4) Cant. I, 12. — (5) T. 3. Serm. II, c. 1.

nospreciada, el Rey de los reyes coronado de espinas y tratado como rey de burla.

Escribe el P. Engelgrave (1) que fue revelado á santa Brígida, que como sabia la afligida Madre cuánto debia padecer el Hijo, al darle el pecho se le representaba la hiel y vinagre, al envolverle en los pañales se le figuraba ver las cuerdas con que habia de ser maniatado; si le llevaba en los brazos, le parecia verle clavado en la cruz, y al contemplarle dormido, se le representaba el instante de su muerte. Nunca le ponia su túnica sin pensar que un dia le seria arrancada de su cuerpo para crucificarle, y cuando miraba sus manos y piés sagrados pensaba en los clavos que habian de traspasarlos. Mis ojos, dijo ella misma á santa Brígida, lloraban amargamente, y un cruel dolor atormentaba mi corazon (2).

Refiere el Evangelio que á medida que Jesús crecia en edad, crecia tambien en sabiduría y en gracia delante de Dios y de los hombres (3). Por lo que debe entenderse que crecia en sabiduría y en gracia para con los hombres respecto á la opinion de estos, y para con Dios en cuanto, como explica santo Tomás, todas sus acciones hubieran podido servir para aumentar su mérito, si ya desde el principio no le hubiese sido conferida la plenitud consumada de la gracia por razon de la union hipostática. Y si Jesús adelantaba en el concepto y amor de los hombres, ¿cuánto mas no debió crecer en el de María? Pero ¡oh Dios! que cuanto mas se aumentaba su amor, mas grande era su pesar por tener que perderle con una muerte tan cruel, y cuanto mas se aproximaba el tiempo de la pasion de su Hijo, con tanta mayor fuerza aquella espada de dolor que san Simeon profetizara traspasaba el corazon de tan piadosa Madre, como el Ángel lo reveló á santa Brígida (4).

Por lo tanto, si Jesús nuestro Rey y su santísima Madre no rehusaron por nuestro amor sufrir durante su vida tan crueles dolores, no es justo que nosotros nos lamentemos si sufrimos un poco. Aparecióse un dia Jesús crucificado á sor Magdalena Orsini, dominica, que mucho

(1) T. 1. ev. Luc. Dom. infr. Oct. Nat. § 1. — (2) Lib. 6, c. 57, et l. 7, c. 7. — (3) Luc. II, 40. — (4) Fer. 6, lect. 2, c. 16.

tiempo habia que padecia una tribulacion, y la animó á estar con él en la cruz sufriendo el trabajo que la afligia. Lamentándose sor Magdalena, le contestó: Señor, Vos permanecísteis en la cruz solo tres horas, pero yo muchos años que sufro la mia. Entonces el Redentor replicó: ¿Qué dices? ¡ignorante! Yo desde el primer instante en que fuí concebido padecí en mi corazon lo que despues sufrí en la muerte de cruz. De consiguiente, cuando suframos alguna pena y nos lamentemos, figurémonos que Jesús y su Madre María nos dicen lo mismo.

EJEMPLO.

Refiere el P. Roviglione, de la Compañía de Jesús (1), que un jóven acostumbraba visitar todos los dias á una imágen de la Vírgen de los Dolores, que tenia siete espadas en el pecho. Una vez tuvo la desgracia de cometer un pecado mortal, y visitando despues la misma imágen, vió en el pecho de la santísima Vírgen ocho espadas en vez de siete; y mientras contemplaba ese prodigio, oyó una voz que le decia que su pecado habia añadido la octava espada al corazon de María; por lo que enternecido y arrepentido confesóse luego, y por intercesion de su abogada recobró la divina gracia.

ORACION.

¡Ah Madre mia bendita! no una sola espada, sino tantas como pecados cometí he añadido á vuestro corazon. ¡Ah Señora! los dolores no deben recaer sobre Vos, que sois la misma inocencia, sino sobre mí, que soy reo de tantos crímenes. Mas, ya que Vos quisísteis padecer tanto por mí, alcanzadme por vuestros méritos una grande contricion de mis culpas, y paciencia para sufrir los trabajos de esta vida, que siempre serán ligeros comparados con mis deméritos, pues tantas veces por ellos me he hecho acreedor del infierno. Amen.

(1) Fasc. di Rose. p. 2, c. 4.

SOBRE EL SEGUNDO DOLOR.

De la huida de Jesús á Egipto.

Así como la cierva herida por una saeta lleva á todas partes su dolor, junto con el instrumento que la ha herido, así la divina Madre despues de la triste profecía de san Simeon, llevó siempre consigo su tormento con la memoria continua de la pasion de su Hijo. Explicando Hailgrino este pasaje de los Cantares: «Y los cabellos de tu cabeza como púrpura de rey atada en canales (1);» dice que estos cabellos de color de púrpura de María eran los pensamientos continuos de la pasion de Jesús, que sin cesar le representaban la sangre que algun dia habian de verter sus llagas (2).

El mismo Hijo, pues, era la saeta que traspasaba el corazon de María, y cuanto mas amable se le mostraba, tanto mas le heria con el dolor de haberle de perder con una muerte tan cruel. Considerémos ahora la segunda espada de dolor que hirió á María en la huida á Egipto, que la persecucion de Herodes le obligó á emprender con el niño Jesús.

Como llegase á conocimiento de Herodes que habia nacido el Mesías deseado, le asaltó el temor de que le quitase el trono, temor rídiculo, que san Fulgencio le reprende en estos términos: ¿Por qué así te turbas, Herodes? Este Rey recien nacido no viene á vencer reyes combatiendo, sino á subyugar de un modo admirable á las naciones muriendo (3). El impío rey aguardaba saber por los santos Magos el lugar en donde hubiese nacido el Rey Mesías para quitarle la vida; mas viéndose burlado de estos, decretó la muerte de todos los niños que á la sazon se hallaban en los alrededores de Belen. Entonces fue cuando el Ángel se apareció en sueños á san José y le dijo: «Levántate, toma al Niño y á su Madre y «huye á Egipto (4).» Gerson pretende que la misma no-

(1) Cant. VII, 5. — (2) In Cant. l. c.— (3) Serm. III de Epiph. — (4) Matth. II, 13.

che san José lo participó á María, y tomando al Niño Jesús emprendieron el camino, como parece deducirse claramente del mismo Evangelio: «Levantándose tomó al «Niño y á su Madre en la noche, y se retiró á Egipto (1).» ¡Oh Dios! diria la Vírgen, segun el beato Alberto Magno, ¿el que viene á salvar á los hombres ha de huir de ellos? Entonces conoció la afligida Madre que empezaba ya á realizarse en el Hijo la profecía de Simeon: «Está «destinado para ser el blanco de la contradiccion de los «hombres,» viendo que recien nacido aun era ya perseguido de muerte. ¿Qué pena debió experimentar el corazon de María, escribe san Juan Crisóstomo, cuando se le intimó aquel duro destierro junto con el Hijo?

Muy fácil será conocer cuánto padeceria la Vírgen durante este viaje. La distancia que les separaba de Egipto era, segun dicen los autores con Barrada, de cuatrocientas millas, de modo que el viaje duró á lo menos treinta jornadas. Además de esto, el camino tal como lo describe san Buenaventura era áspero, ignorado, lleno de bosques y poco frecuentado. Era á la sazon en invierno, por lo que tuvieron que caminar con nieves, lluvias y vientos, por senderos quebrados y lodosos. María contaba entonces quince años, doncella delicada y no acostumbrada á semejantes viajes. No tenian quien les sirviese, ni criado ni criada, como dice san Pedro Crisólogo; ellos mismos son los amos y criados. ¡Oh Dios mio! ¡qué compasion daria el ver esa tierna doncella con su Hijo recien nacido en sus brazos como huia por ese mundo! San Buenaventura pregunta: ¿Cómo lo hacian para comer? ¿En dónde pasaban las noches? ¿Cómo se hospedaban (2)? ¿Y cuál podia ser su alimento sino un pedazo de pan duro que llevaria san José ó que recogerian de limosna? ¿Dónde habian de dormir en tan pésimo camino, especialmente en las doscientas millas de desierto que debian atravesar, como refieren los autores, que no habia ni casas ni posadas, sino sobre la arena, ó en el bosque debajo de algun árbol, expuestos á la intemperie, con peligro de los ladrones ó de las fieras de que abunda el Egipto? ¡Oh! cualquiera que hubiese encontrado á estos tres

(1) V. 14. — (2) De Vit. Christ.

grandes personajes, sin duda les hubiera tenido por tres infelices mendigos y vagabundos.

Segun Brocardo y Jansenio, habitaron en el Egiptó en un lugar llamado Maturea, aunque san Anselmo es de parecer que se establecieron en la ciudad de Heliópolis, antes llamada Menfis y ahora Cairo. Y aquí puede considerarse la gran pobreza que sufririan durante los siete años que permanecieron allí, como afirma san Antonino con santo Tomás y otros. Eran extranjeros, desconocidos, sin rentas, sin dinero, sin parientes; apenas podian sustentarse con el trabajo de sus manos. Siendo unos necesitados, escribe san Basilio, es evidente que se proporcionarian el indispensable sustento con su trabajo. Landolfo de Sajonia dice además, y sirva esto para consuelo de los pobres, que María padeció allí tanta pobreza, que á veces carecia hasta de un pedazo de pan que su Hijo le pedia acosado por el hambre (1).

Despues de la muerte de Herodes, refiere el mismo san Mateo, el Ángel aparecióse otra vez en sueños á san José, ordenándole que volviese á Judea. Hablando san Buenaventura de este regreso, considera la extremada angustia que la bienaventurada Vírgen sufriria por la fatiga que en aquel viaje debió padecer Jesús, el cual entonces tenia unos siete años poco mas ó menos, pues en tal edad, dice el Santo: «Era tan crecido que no podia llevarle en «brazos, y tan pequeño que no podia caminar por sus «piés.»

El espectáculo, pues, de Jesús y María así fugitivos peregrinando por este mundo, nos enseña á vivir tambien nosotros en esta tierra como peregrinos, sin apegarnos á los bienes que el mundo nos ofrece, y que deberémos dejar presto para pasar á la eternidad (2). A lo que san Agustin añade: Aquí eres solo huésped, miras, y prosigues tu camino. Además nos enseña á abrazar la cruz, pues no es posible vivir en este mundo sin ella. En confirmacion de esto leemos, que habiendo la beata Verónica de Binasco, religiosa de san Agustin, acompañado en espíritu á María y al niño Jesús en su huida á Egipto, al fin del viaje la divina Madre le dijo: «Hija mia, has

(1) In Vita Christ. c. 13. — (2) Hebr. XIII, 14.

«visto ya con qué pena hemos llegado á este país; pues «sepas que sin padecer nadie recibe gracias.» El que quiera sentir menos los trabajos de esta vida, debe tomar consigo á Jesús y á María. Al que lleva con amor en su corazon á este Hijo y á esta Madre, todas las penas se le vuelven ligeras y aun dulces y agradables. Amémosles, por lo tanto, y consolemos á María, cogiendo gustosos en nuestro corazon á su Hijo, que aun actualmente continúa perseguido por los pecados de los hombres.

EJEMPLO.

Aparecióse una vez María santísima á la beata Coleta del Órden de san Francisco, y mostrándole en una fuente al niño Jesús hecho pedazos le dijo: «De este modo «tratan continuamente los pecadores á mi Hijo, renovándole á él su muerte y á mí los dolores: Hija mia, rue«ga por ellos á fin de que se conviertan (1).» A esto se añade la vision que tuvo la venerable sor Juana de Jesús y María, tambien del Órden de san Francisco. Contemplando un dia al niño Jesús perseguido por Herodes, oyó un gran ruido como de gente armada que perseguia á alguna persona y luego vió delante de sí á un hermosísimo niño que huia fatigado, y le decia: «Juana mia, «ayúdame, escóndeme: yo soy Jesús Nazareno, huyo de «los pecadores que me quieren matar, y me persiguen «como Herodes; líbrame tú (2).»

ORACION.

¡Oh María! despues de ser vuestro Hijo inmolado por mano de los hombres, que le persiguieron hasta hacerle morir, ingratos prosiguen aun persiguiéndole con sus pecados, y afligiéndoos á Vos, que sois Madre de dolores. ¡Ay, Dios mio! ¿No he sido yo tambien uno de estos? ¡Dulcísima Madre mia! alcanzadme un raudal de lágrimas para llorar tamaña ingratitud. Y por cuanto padecísteis en el viaje de Egipto, asistidme en mi presente

(1) Ap. P. Genov. Serv. Dol. di Mar. — (2) Ibid.

viaje hácia la eternidad, para que por último pueda ir con Vos á amar á mi perseguido Salvador en la patria celeste. Amen.

SOBRE EL TERCER DOLOR.

Del niño Jesús perdido en el templo.

El apóstol Santiago dejó escrito que la perfeccion del hombre consiste en la virtud de la paciencia (1). Habiéndonos presentado el Señor á la Vírgen María por modelo de perfeccion, preciso fue que la colmase de penas, para que de este modo pudiésemos en ella admirar é imitar su heróica paciencia. El dolor mas intenso que la divina Madre sufrió durante su vida, fue el que hemos de considerar hoy, á saber, la pérdida de su Hijo en el templo. Al ciego de nacimiento le es poco sensible estar privado de la luz, pero el que ha gozado del don precioso de la vista le causa honda pena verse privado de ella con la ceguera. Del mismo modo las almas infelices que, ciegas con el barro de este mundo, han conocido poco á Dios, poco sienten el no hallarle; y al contrario, los que alumbrados de la luz celestial se hicieron dignos por su amor de gozar la dulce presencia del sumo Bien, sienten pesar intensísimo cuando se ven privados de ella. Consideremos, pues, cuán doloroso debió ser para María, acostumbrada á gozar de continuo de la dulcísima presencia de su Hijo, esta tercera espada, cuando, perdiéndole en Jerusalen, vióse separada de él por espacio de tres dias.

Refiere san Lucas en el capítulo II, que cuando Jesús tenia doce años, la Vírgen santísima, como acostumbraba cada año en la solemnidad de la Pascua, fué con Él y su Esposo á visitar el templo de Jerusalen, y que habiéndose quedado en él Jesús, no lo advirtieron, creyendo que regresaba en compañía de los demás. Luego de llegar á Nazareth, preguntó María por el Hijo, y no hallándole, al instante volvió á Jerusalen á buscarle, mas no dió con él hasta pasados tres dias. Meditemos ahora la

(1) Jac. I, 4.

intranquilidad de esta afligida Madre durante esos tres dias, en que por todas partes pedia por su Hijo con la esposa de los Cantares: ¿Vísteis acaso al amado de mi alma (1)? sin que en ninguna parte le diesen noticias de él. Extenuada de fatiga y no encontrando á su amado, ¿con cuánta mayor ternura diria lo que Ruben dijo de su hermano José? Mi Jesús no parece; yo no sé qué mas sea posible hacer para hallarle; mas, ¿á dónde iré sin mi tesoro? María llorando contínuamente esos tres dias, repetiria con David: «Mis lágrimas fueron para mí panes de «dia y noche, mientras que cada dia se me pregunta: «¿Dónde está tu Dios (2)?» Y así con razon escribió Pelbarto que en aquellas tres noches la angustiada Madre no concilió el sueño, sino que las pasó llorando y rogando sin cesar á Dios que le hiciese hallar á su Hijo, á quien repetia al mismo tiempo las palabras de la Esposa, que san Bernardo le aplica: «Hijo mio, muéstrame en «dónde apacientas, dónde pasas la siesta, para que no «empiece á vaguear (3).» Hijo mio, díme en dónde estás, para que no te busque en vano por todas partes.

Hay quien dice que este dolor fue, no solo de los mayores que padeció María, sino tambien el mas grande y mas cruel que todos los demás, y no sin motivo. Primeramente, María en los demás dolores tuvo consigo á Jesús; padeció en el vaticinio qué en el templo le hizo san Simeon, padeció en la huida á Egipto, pero siempre con Jesús; en este dolor al contrario, sufrió léjos de Jesús, ignorando dónde estaba. Así es que inundada de lágrimas exclamaba: ¡Ay de mí! la luz de mis ojos, mi amado Jesús, no está conmigo; vive léjos de mí, sin saber dónde está. Escribe Orígenes que por el amor que esta santa Madre tenia á su Hijo sufrió mas en la pérdida de Jesús, que ningun Mártir padeció jamás en su muerte (4). ¡Ah! tan prolongados fueron para María estos tres dias, que le parecieron tres siglos; dias de amargura y sin consuelo. ¿Quién podrá consolarme, decia con Jeremías, si el que puede hacerlo está léjos de mí (5)? Por esto mis ojos no cesan de derramar lágrimas; y repetia con Tobías: ¿Qué

(1) Cant. III, 3. — (2) Psalm. XLI, 4. — (3) Cant. I, 6. — (4) Hom. infr. oct. Ep. — (5) Thren. I, 16.

gozo puedo tener viviendo en tinieblas, sin gozar de la luz del cielo (1)?

En segundo lugar: María comprendia el motivo y el fin de los demás dolores, que eran la redencion del mundo y la voluntad de Dios; pero en este ignoraba el por qué de la ausencia de su Hijo, de la que se dolia en extremo, porque su humildad, como dice Lanspergio, le hacia creer que era indigna de estar con él para asistirle, y de cuidar un tesoro tan grande. Y escribió Orígenes que tal vez diria entre sí: ¿Quién sabe si no le he servido cual debia? ¿si habré cometido algun descuido que motive su partida (2)? Ahora bien: Es indudable que no hay mayor pena para una alma amante de Dios, que el temor de haberle disgustado. Por esto María en ningun otro dolor se lamentó como en este, quejándose amorosamente de Jesús cuando le halló: «Hijo, ¿por qué te «has portado así con nosotros? Tu padre y yo afligidos te «buscábamos (3);» con cuyas palabras no quiso reprender á Jesús, como blasfeman los herejes, sino que solamente quiso manifestarle el dolor que sufriera separada de él por el amor que le profesaba. No era reprension, dice el beato Dionisio Cartujano, sino una amorosa queja. En una palabra, la espada de este dolor traspasó tan cruelmente el corazon de María, que un dia que la beata Bienvenida deseaba acompañarla tambien en este dolor, se le apareció María con el niño Jesús en brazos; y mientras Bienvenida gozaba contemplando aquel hermosísimo Niño, de repente vióse privada de tal dicha; y fue tan grande la pena que experimentó la Beata, que suplicó á María que no la hiciese morir de dolor. Al cabo de tres dias se le volvió á aparecer la Vírgen santísima, y le dijo: «Sabe, hija mia, que tu dolor no ha sido si-«no una débil sombra del que yo experimenté cuando «perdí á mi Hijo (4).»

Este dolor de María ha de servir principalmente de lenitivo á aquellas almas desconsoladas porque no gozan de la dulce presencia del Señor, como en mejor tiempo. Que lloren, sí, pero que lloren en paz como María lloró

(1) Tob. v, 12.— (2) Ap. Corn. Alap. in Luc. II.— (3) Luc. II, 48.— (4) March. Diar. 32 Ort.

la ausencia de su Hijo, y no teman perder por esto la divina gracia, porque el mismo Dios dijo á santa Teresa: «Ninguno se pierde sin advertirlo, ni es engañado sin que«rer serlo.» Aunque el Señor se aleja de los ojos de una alma que le ama, no por eso se aparta del corazon. Con frecuencia se esconde para que ella le busque con doblado deseo y amor. Mas el que quiera hallar á Jesús debe buscarle, no en medio de los placeres y las delicias mundanas, sino entre las cruces y mortificaciones, á ejemplo de María: Afligidos te buscábamos, como dijo ella al Hijo: «Aprende de María á buscar á Jesús,» escribió Orígenes.

Además, en este mundo no debe buscarse otro bien que Jesús. No fue Job desgraciado al perder cuanto poseia en la tierra, bienes, hijos, salud, honores, hasta bajar del trono á un muladar, antes bien, porque tenia á Dios consigo aun entonces era feliz. Hablando de él san Agustin, dice: Habia perdido todo lo que Dios le habia dado, pero conservaba consigo al mismo Dios. Solo son verdaderamente miserables las infelices almas que han perdido á Dios. Si María lloró la ausencia de su Hijo por espacio de tres dias, cuánto deberian llorar los pecadores que han perdido la divina gracia, á quienes Dios dice: «Vosotros ya no sois mi pueblo, y yo no seré vuestro «Dios (1).» Porque esto tiene de peculiar el pecado, el apartar el alma de Dios. «Vuestras iniquidades os sepa«raron de vuestro Dios (2).» Y aunque se posean todos los bienes de la tierra, habiendo perdido á Dios estos se convierten en humo y causan dolor, aun acá en el mundo, como confesó Salomon: «Todo es vanidad y afliccion de «espíritu (3).» Mas la desgracia mayor para estas ciegas almas, dice san Agustin, es ver que si pierden un buey corren luego en su busca; si pierden una oveja, no omiten diligencia para dar con ella; y cuando pierden al sumo bien que es Dios, comen, beben y descansan.

EJEMPLO.

En las cartas anuales de la Compañía de Jesús se lee que en las Indias al querer salir un jóven de su habita-

(1) Osee, I, 9. — (2) Isai. LIX, 2. — (3) Eccles. I, 14.

cion para cometer un pecado, oyó que le dirigian estas palabras: «Detente, ¿dónde vas?» Volvióse y vió una imágen de relieve de la Vírgen de los Delores, la cual arrancándose la espada que tenia clavada en el pecho se la presentó diciendo: «Ea, toma esta espada y hiéreme «primero á mí, que á mi Hijo con tal pecado.» Al oir esto el jóven postróse en tierra, y contrito y llorando amargamente pidió á Dios y á la Vírgen le perdonaran, como así lo alcanzó.

ORACION.

¡Oh Vírgen bendita! ¿Por qué os afligís buscando á vuestro Hijo? ¿Es tal vez porque ignorais en dónde se halla? Mas ¿no veis que está en vuestro corazon? ¿No sabeis que se apacienta entre las azucenas? Vos misma lo dijísteis (1). Vuestros pensamientos, vuestros afectos enteramente humildes, puros y santos, son las azucenas que invitan á que habite en Vos el divino Esposo. ¡Ah María! Vos suspirais por Jesús, Vos que únicamente á él amais. Dejadme suspirar por él á mí, y tambien á tantos pecadores que no le aman y por sus pecados le han perdido. ¡Oh mi amabilísima Madre! si por culpa mia vuestro Hijo no ha vuelto todavía á mi alma, haced Vos que yo le halle. Yo bien sé que sale al encuentro de quien le busca (2); haced, haced, por tanto, que yo le busque como debo buscarle. Vos sois la puerta por la cual todos hallan á Jesús, por Vos espero hallarle yo tambien. Amen.

SOBRE EL CUARTO DOLOR.

Del encuentro con Jesús que iba á morir.

San Bernardino dice que, para comprender el grande dolor de María, á quien la muerte iba á arrebatar á su Hijo, es menester considerar el amor que esta Madre tenia al mismo. Todas las madres sienten como propias las

(1) Cant. II, 16. — (2) Thren. III, 25.

penas de sus hijos. Así, cuando la Cananea suplicó al Salvador que librase á su hija del demonio que la atormentaba, le dijo que mas se compadeciese de ella que era su madre, que no de su hija (1). Pero, ¿qué madre amó tanto á su hijo como María á Jesús? El era su Hijo único, criado con tantas penas; Hijo amabilísimo y amantísimo de la Madre; Hijo que era suyo y Dios al mismo tiempo, que vino á la tierra, como él mismo lo aseguró, «para encender en todos los corazones el sagrado fuego «del divino amor (2).» Consideremos, por lo mismo, qué llama debió encender en el corazon de su santa Madre tan puro y libre de todo mundano afecto. En suma, la bienaventurada Vírgen dijo á santa Brígida, que por el amor era una misma cosa su corazon y el de su Hijo. Esta mezcla de esclava y madre, de Hijo y Dios, formó en el corazon de María un incendio compuesto de mil incendios. Y este volcan de amor en el tiempo de la pasion se convirtió en un mar de dolor; por lo que dijo san Bernardino: Aunque todos los dolores del mundo se reuniesen, no llegarian nunca al de la bienaventurada Vírgen María (3). Ciertamente esta Madre, como escribió san Lorenzo Justiniano, con cuanta mayor ternura amó á su Hijo, tanto mayor dolor tuvo al verle padecer, especialmente cuando le encontró que, sentenciado ya á muerte, se dirigia con la cruz á cuestas al lugar del suplicio. Y es esta la cuarta espada de dolor que hoy hemos de considerar.

Reveló la bienaventurada Vírgen á santa Brígida, que al aproximarse la pasion del Señor, sus ojos estaban de continuo llenos de lágrimas pensando en el Hijo que iba á perder, y que un sudor frio corria por sus miembros, á causa del dolor que experimentaba al representársele aquel próximo doloroso espectáculo (4). Amaneció finalmente el dia prefijado, vino Jesús, y despidióse llorando de su Madre para ir á morir. Meditando san Buenaventura sobre lo que haria la Vírgen en aquella noche, le dice así: La pasaste sin dormir, y cuando los demás estaban entregados al sueño, tú estuviste velando. Por la mañana los discípulos de Jesucristo visitaban á la afli-

(1) Matth. xv, 22. — (2) Luc. xii, 49.— (3) Tom. 3, § 45. — (4) Lib. 1 Rev. c. 10.

gida Madre para traerle noticias, pero todas de dolor, verificándose á la sazon en ella las palabras de Jeremías: «Llora sin consuelo toda la noche, y las lágrimas corren «por sus mejillas; entre todos sus amantes no hay quien «la consuele (1).» El uno venia á referirle los malos tratamientos que sufrió su Hijo en casa de Caifás, otro los insultos que recibió de Herodes. Finalmente, llegó san Juan (omito todo lo demás para venir á mi objeto), quien anunció á María que el injustísimo Pilatos le condenaba á morir crucificado. He dicho *injustísimo,* porque como observó muy bien san Leon, este inícuo juez le condenó á muerte con los mismos labios con que le declarara inocente. «¡Ah dolorosísima Madre! la dijo san Juan, «vuestro Hijo está sentenciado á muerte, y llevando él «mismo su cruz se dirige hácia el Calvario, como despues «lo refirió en su Evangelio (2).» Venid, si quereis verle y darle el último adios en alguna via pública por donde deba pasar.

María sale con san Juan, y los sangrientos vestigios le muestran el camino de su Hijo, como ella misma lo reveló á santa Brígida (3). Considera san Buenaventura (4), que tomando la afligida Madre una via pública que abreviaba su camino, situóse al extremo de la misma por donde habia de pasar su angustiado Hijo para encontrarse con él. Parada en aquel lugar, ¿cuántas palabras debió oir de la boca de los judíos contra su querido Hijo, y quizás cuántas injurias contra ella misma? ¡Ay de mí! ¡qué desgarrador aparato ofrecerian á sus ojos los clavos, los martillos, las cuerdas que llevaban delante, instrumentos funestos de la muerte de Jesús! ¡Y qué aguda espada fue para su corazon el oir la trompeta que iba publicando la sentencia proferida contra su Hijo! Mas hé aquí que habiendo pasado los instrumentos del suplicio, el pregonero y los ministros de justicia, levanta los ojos y ve, ¡oh Dios! á un jóven enteramente cubierto de sangre y heridas desde la cabeza á los piés, coronado con un haz de espinas, y con una pesada cruz sobre sus hombros; le mira y apenas le conoce, diciendo entonces con Isaías: «Le vimos, y estaba desconocido (5).» Las heri-

(1) Thren. I, 2.—(2) Joan. x, 17.—(3) Lib. 4, c. 77.—(4) Med. 5.—(5) Capit. LIII, 2.

das, los cardenales, la sangre ennegrecida «le hacian «parecer un leproso (1);» de modo que apenas era posible conocerle. Sin embargo, el amor se lo manifiesta, y habiéndolo conocido, ¡ay de mí! ¿cuál fue entonces, dice san Pedro de Alcántara en sus *Meditaciones*, el amor y el temor del corazon de María? Por una parte deseaba verle, por otra no se atrevia á mirar una figura tan lastimosa. Se miran finalmente; el Hijo limpiándose los ojos de un cuajaron de sangre que le impedia la vista, como fue revelado á santa Brígida, miró á la Madre; la Madre miró al Hijo. ¡Ay miradas de dolor, que como otras tantas saetas traspasaron entonces esas dos hermosas y enamoradas almas! Cuando Margarita, hija de Tomás Moro, encontró á su padre al conducirle al suplicio solo pudo decirle: «¡Oh padre! ¡oh padre!» y cayó desmayada á sus piés. María á la vista de su Hijo que iba al Calvario, no se desmayó, no, porque no convenia á esta Madre perder el uso de la razon, como dice el P. Suarez, ni murió, porque Dios la reservaba para mas acerbo dolor; pero si no murió, sintió sin embargo un dolor capaz de causarle mil muertes.

La Madre queria abrazar al Hijo, como dice san Anselmo, mas los verdugos la arrojan con injuria, y la apartan de la presencia del adolorido Señor, y María le sigue. ¡Ah Vírgen santa! ¿dónde vais? ¿al Calvario? «¿Y tendréis valor para ver pendiente de un leño al que es «vuestra vida (2)?» ¡Ah Madre mia! deteneos, le diria entonces Jesús, como observa san Lorenzo Justiniano, ¿á dónde os dirigís? ¿á dónde vais? Si quereis acompañarme, atormentada seréis con mi suplicio, y yo con el vuestro. Pero á pesar de que el espectáculo de la muerte de su Hijo le ha de costar un tan cruelísimo dolor, la tierna Madre no quiere dejarle: el Hijo va delante, y la Madre en pos de él, para ser tambien crucificada con Jesús, como dice san Guillermo (3). San Juan Crisóstomo escribe: Nosotros nos compadecemos hasta de las fieras, y si viéramos una leona siguiendo á su cachorro que llevan á matar, aunque fiera, nos causaria lástima; ¿y no nos compadecerémos de ver á María que va detrás de su Cor-

(1) Capit. LIII, 2. — (2) Deuter. XXVIII, 66. — (3) In Cant. VII.

dero inmaculado, que se dirige al suplicio? Compadezcámonos, pues, de sus dolores y acompañemos al Hijo y á la Madre, soportando con paciencia la cruz que el Señor nos envia. Pregunta san Juan Crisóstomo, ¿por qué Jesucristo en sus otras penas quiso ser solo, y para llevar la cruz permitió que le ayudase el Cireneo? y contesta, que la cruz sola de Jesucristo no bastaba para salvarnos, si nosotros no llevamos tambien la nuestra con resignacion hasta la muerte.

EJEMPLO.

El Salvador aparecióse una vez á santa Dionisia, monja de Florencia, y le dijo: « Piensa en mí y ámame, que «yo pensaré en tí y te amaré.» Y al mismo tiempo le dió un ramillete de flores con una cruz, para significarle que los consuelos de los Santos en este mundo deben ir siempre acompañados de la cruz, que une las almas con Dios. San Jerónimo Emiliano, que era soldado y se hallaba entregado á los vicios, fue encerrado en una torre por sus enemigos. Instruido entonces por la desgracia é iluminado de Dios para que mudase de vida, invocó á María santísima, y desde luego con los auxilios de esta divina Madre empezó á hacer vida de santo, por lo que mereció le mostrasen el excelso lugar que Dios le tenia aparejado en el cielo. Fue fundador de los Padres de Somasco, murió en opinion de Santo, y últimamente la Iglesia le canonizó.

ORACION.

Madre mia dolorosísima, por el mérito de aquel dolor que sufrísteis viendo dirigirse á la muerte á vuestro amado Jesús, alcanzadme la gracia de llevar tambien con paciencia las cruces que Dios nos envia. Feliz yo si supiera acompañaros con mi cruz hasta la muerte. Vos y Jesús siendo inocentes llevásteis una pesadísima cruz, y yo pecador que he merecido el infierno ¿rehusaré la mia? ¡Ah Vírgen Inmaculada! espero que Vos me ayudaréis á sufrir las cruces con paciencia. Amen.

SOBRE EL QUINTO DOLOR.

De la muerte de Jesús.

Contemplemos un nuevo género de martirio. Una Madre condenada á ver morir delante de sus ojos y en medio de los mas atroces tormentos á un Hijo inocente, al que entrañablemente ama. «Estaba junto á la cruz de «Jesús su Madre.» No es necesario, segun san Juan, expresar otra cosa del martirio de María; miradle cabe la cruz en presencia de su Hijo moribundo, y ved despues si hay un dolor semejante á su dolor. Detengámonos tambien hoy nosotros en el Calvario á considerar esta quinta espada que hirió el corazon de María con la muerte de Jesús.

Luego que nuestro Redentor extenuado de fatiga llegó al Calvario los verdugos le desnudaron de sus vestiduras, y taladrando sus manos y piés sacrosantos con clavos no agudos sino obtusos (1), como dice san Bernardo, para mas martirizarle, le clavaron en la cruz. Crucificado ya, levantaron la cruz, la aseguraron, y dejáronle de este modo para que muriera. Los verdugos le abandonan, pero María no se aparta de allí, y se acerca mas á la cruz para asistir á su muerte, como ella misma lo reveló á santa Brígida (2). Mas ¿por qué, ó Señora, pregunta san Buenaventura, habeis ido al Calvario? ¿para presenciar la muerte de vuestro Hijo? El rubor debia deteneros, pues que, siendo Madre suya, su oprobio era tambien el vuestro. A lo menos debia deteneros el horror de tan grande crímen, viendo á un Dios crucificado por sus mismas criaturas. Pero se responde el mismo Santo: ¡Ah! vuestro corazon no se ocupaba entonces de sus propias penas, sino del dolor y de la muerte de vuestro amado Hijo; por lo que quisísteis Vos misma asistirle, siquiera para compadeceros de él. ¡Ah verdadera Madre, dice el abad Guillermo, Madre llena de ternura, ni aun el terror de la muerte pudo separaros de un Hijo tan amado (3)!

(1) Serm. II de Pass. — (2) Lib. 1, c. 6. — (3) Serm. III de Assumpt.

Mas, ¡oh Dios mio! ¡qué espectáculo tan doloroso seria ver á este Hijo agonizante en la cruz, y al pié de ella ver agonizar á esta Madre que sufria todos los dolores que padecia el Hijo! Hé aquí en qué términos describió María á santa Brígida el estado bien digno de compasion en que vió á su Hijo en la cruz: Mi querido Jesús estaba en la cruz abrumado de tormentos y agonizando; tenia los ojos undidos, cási cerrados y moribundos, los labios pendientes y la boca entreabierta; las mejillas descarnadas, desencajadas las facciones, la nariz afilada, el rostro cubierto de tristeza, la cabeza caida sobre el pecho, los cabellos cuajados de sangre, el vientre hundido en los riñones, los brazos y las piernas yertas, y todo lo restante del cuerpo cubierto de llagas y sangre (1).

Todos estos dolores de Jesús lo eran tambien de María, dice san Jerónimo (2). Cualquiera que á la sazon se hubiese hallado en el Calvario, dice san Juan Crisóstomo, hubiera visto en él dos altares en donde se consumaban dos grandes sacrificios: uno en el cuerpo de Jesús, otro en el corazon de María; ó mejor, dice san Buenaventura, no habia mas que uno, esto es, la cruz del Hijo, en la cual la Madre era sacrificada junto con la víctima de este Cordero divino. Y le pregunta el Santo: ¡Oh María! ¿dónde estais? ¿cerca de la cruz? ¡Ah! con mas razon diré que estais en la misma cruz para ofreceros en sacrificio crucificada junto con vuestro Hijo (3). Ciertamente, porque, como dice san Bernardo, lo que hacian los clavos en el cuerpo de Jesús, obraba el amor en el corazon de María; de suerte que, segun san Bernardino, al mismo tiempo que el Hijo sacrificaba el cuerpo, la Madre sacrificaba el alma (4).

Las madres no pueden asistir á sus hijos moribundos; pero si acaso alguna madre se ve obligada á asistir á su hijo en un trance tan angustioso, le procura todos los alivios imaginables: le compone la cama para que esté mas cómodamente, le suministra bebidas que le refrigeren, y así la pobre madre va mitigando su dolor. ¡Ah la mas afligida de todas las madres! ¡Oh María! á Vos se

(1) Lib. 1 Rev. c. 10, et l. 4, c. 70. — (2) Ap. Baldi, t. 1, p. 499. — (3) Ibid. loc. cit. pag. 452. — (4) Tom. 1, Serm. XXXI.

ordenó asistir á Jesús moribundo, sin poderle dar algun consuelo. María oyó al Hijo que decia: «Tengo sed,» pero no se le permitió darle un poco de agua para apagar su sed ardiente. Solo pudo decirle, como contempla san Vicente Ferrer: «Hijo mio, no tengo sino agua de lágri«mas (1).» Veia en aquel lecho de dolores al Hijo pendiente de tres garfios de hierro sin hallar reposo; queria abrazarle, dice san Bernardo, para darle á lo menos el consuelo de espirar entre sus brazos, pero hasta esto le fue vedado (2). Veia á su Hijo que sumido en un mar de dolores buscaba quien le consolase como ya lo habia vaticinado por boca del Profeta: «Yo solo pisé el lagar... «tendí la vista al rededor, y no hubo quien acudiese á «mi socorro (3).» Pero, ¿qué consuelo podia esperar de los hombres si eran todos enemigos suyos? Aun pendiente de la cruz blasfemaban y burlábanse de él (4). Unos le decian: «Si eres hijo de Dios baja de la cruz (5).» Otros: «Libró á otros, y no puede librarse á sí mismo (6).» Otros: «Si es rey de Israel, que baje ahora de la cruz (7).» Además, la bienaventurada Vírgen dijo á santa Brígida (8): Oia á unos que decian que mi Hijo era un ladron, otros que era un impostor, y otros, finalmente, que ninguno merecia la muerte como él; tales palabras eran para mí nuevas espadas de dolor.

Mas lo que aumentó considerablemente el dolor de María por la compasion hácia el Hijo fue el oir como se lamentaba en la cruz de que el eterno Padre le hubiese tambien desamparado: «Dios mio, ¿por qué me has des«amparado (9)?» palabras que, como la divina Madre dijo á santa Brígida, no pudo olvidarlas en toda su vida (10). De modo que la afligida Madre veia á Jesús abrumado de dolor por todas partes; queria aliviarle, pero no podia. Y lo que le angustiaba mas era el ver que ella misma con su presencia y dolor aumentaba el tormento de su Hijo. La misma pena, dice san Bernardo, que llenaba el corazon de María, inundaba de amargura el de Jesús (11); y el Salvador sufria en la cruz mas por compasion de su

(1) Ap. Bald. p. 456. — (2) Ap. Bald. p. 463. — (3) Isai. LXIII, v. 5.— (4) Mattheus XXVII. — (5) Matth. XL. — (6) Matth. XLII. — (7) Ibidem. — (8) Rev. l. 1. c. 70. — (9) Matth. XXVII 46. — (10) Rev. l. c. — (11) Hom. in Ev. Stabat.

Madre, que por sus propios dolores. El mismo Santo hace hablar así á la Vírgen: Estaba yo contemplándole, y él me veia á mí, y mas sufria por mí, que por sí mismo (1). Por lo que, prosigue san Bernardo, María vivia muriendo sin poder morir (2). Pasino escribe, que el mismo Jesucristo dijo á la beata Bautista Verand de Camerino, que fue tal la afliccion que experimentó en la cruz al ver á sus piés á su Madre tan angustiada, que la compasion que de ella tenia le hizo morir desconsolado. Y habiendo sido dicha Beata iluminada para conocer este dolor de Jesús, exclamó: Señor, no prosigais hablándome de lo que entonces sufrísteis, porque no puedo mas.

Pasmábanse los hombres, dice Simon de Casia, de que María guardase silencio y sin quejarse en medio de tan acerbo dolor; pero si sus labios enmudecian, hablaba su corazon, porque ofrecia á la divina Justicia la vida del Hijo por nuestra salvacion. Además sabemos, dice Lanspergio, que por el mérito de sus dolores cooperó María á hacernos nacer á la vida de la gracia, por lo que somos hijos de sus dolores (3). Y si quizá en aquel mar de tristeza, en el corazon dolorido de María penetró algun consuelo, el único que pudo aliviarla era saber que sus dolores nos abrian las puertas del cielo, como Jesús mismo lo reveló á santa Brígida (4). Efectivamente, estas fueron las últimas palabras con que Jesús se despidió de su Madre antes de morir, este fue su último encargo, el dejarnos por hijos suyos en la persona de Juan, al decirle: Mujer, ahí tienes á tu hijo (5).» Y desde entonces María empezó á ejercer con nosotros el oficio de solícita Madre, pues, como afirma san Pedro Damian (6), por los ruegos de María convirtióse y se salvó el buen ladron, el cual, segun relato de algunos autores, cuando el viaje con el niño Jesus á Egipto, se portó cortesmente con la sagrada familia. La santísima Vírgen ha continuado y continuará siempre ejerciendo esta mision.

(1) Ap. Sinisch. cons. 28.— (2) De Lament. Virg. — (3) Hom. XLIV de Psalm. Dom. — (4) Lib. 2, c. 30. — (5) Joan. XIX, 26. — (6) Ap. Salm. tom. 1, tract. 47.

EJEMPLO.

En Perusia un jóven prometió al demonio que si le proporcionaba medios para cometer cierto pecado, le haria entrega de su alma, á cuyo efecto le hizo una escritura firmada con su sangre. Despues de cometido el pecado, queriendo el demonio que cumpliese el jóven su promesa, le llevó cabe un pozo, amenazándole que si él mismo no se echaba dentro, le llevaria en cuerpo y alma al infierno. Creyendo el desventurado jóven que no podria ya escapar de sus garras, subió al brocal para arrojarse dentro; pero atemorizado de la muerte dijo al enemigo que le faltaba valor para echarse al pozo, por lo que si queria que muriese le diese un empujon para precipitarle al fondo. Mas como el jóven llevase al cuello el escapulario de la *Virgen de los Dolores*, el demonio le dijo: Quítate ese escapulario y te daré el empujon; pero reconociendo el jóven la proteccion que la divina Madre le dispensaba todavía, no se lo quiso quitar; resultando que despues de muchos debates, el demonio huyó avergonzado, y el pecador fué á dar las gracias á su dolorosa Madre, y arrepentido de sus pecados quiso colgar el voto expreso en un cuadro en su altar de Santa María la Nueva en Perusia.

ORACION.

¡Ah Madre la mas afligida de todas las madres! ¿Ha muerto, pues, vuestro Hijo, este Hijo tan amable y que tanto os amaba? Llorad, que razon os sobra para ello. ¿Quién pudiera consolaros? Nada puede daros consuelo sino el pensar que Jesús con su muerte ha vencido al infierno, ha abierto el cielo, que permanecia cerrado para los hombres, y ha rescatado tantas almas. En aquel trono de la cruz reinará sobre tantos corazones que vencidos de su amor le servirán con amor. No os desdeñeis entre tanto, Madre mia, de dejarme acercar á Vos para llorar en vuestra compañía, porque yo tengo mas moti-

vo que Vos para llorar y afligirme á causa de mis pecados. ¡Ah Madre de misericordia! por la muerte de mi Redentor y por los méritos de vuestros dolores, espero el perdon y mi salvacion eterna. Amen.

SOBRE EL SEXTO DOLOR.

De la lanzada y descendimiento de Jesucristo de la cruz.

«¡Oh vosotros todos los que pasais por el camino, aten«ded y mirad, si hay dolor como mi dolor (1)!» Almas devotas, oid lo que os dice en este dia la Madre de los dolores: Hijas queridas, no pretendo que procureis consolarme, no, porque á mi corazon ya no le es posible el consuelo en este mundo despues de la muerte de mi amado Jesús. Si quereis complacerme, solo quiero de vosotras que os volvais á mí, y veais si hubo jamás en el mundo dolor semejante al mio, al verme quitar con tanta crueldad al que era todo mi amor. Mas, Señora, puesto que no quereis ser consolada y teneis tanta sed de padecer, os diré que la muerte de vuestro Hijo no pone término á vuestros tormentos. Hoy seréis herida con otra espada de dolor al ver traspasar con una lanzada cruel el costado de vuestro mismo Hijo ya difunto, y teniéndole de recibir despues en vuestros brazos al descenderle de la cruz. Consideremos hoy, pues, el sexto dolor que afligió á esta triste Madre. Estemos atentos y lloremos. Hasta ahora los dolores han venido uno á uno para atormentar á María, mas hoy parece que vienen todos juntos á asaltarla.

Basta con anunciar á una madre la muerte de su hijo para encender todo su amor por el hijo que ha perdido. Hay quien para aliviar el dolor que las madres sienten por la muerte de sus hijos les recuerdan los disgustos que los mismos les causaron; mas si yo intentase por este medio, ó Reina mia, aliviar vuestro dolor en la muerte de Jesús, ¿qué disgusto pudiera recordaros que jamás

(1) Thren. I, 12.

hayais recibido de él? ¡Ah! ninguno por cierto, pues Él os amó siempre, y nunca os faltó al respeto y obediencia. Ahora que le habeis perdido ¿quién podrá expresar vuestro dolor? Explicadlo Vos misma que lo sufrísteis. Muerto ya nuestro Redentor, dice un autor piadoso, los primeros afectos de esta sublime Madre fueron acompañar el alma santísima de su Hijo y ofrecerla al Padre eterno. Dios mio, debió entonces decirle María, os presento el alma inmaculada de vuestro Hijo y mio, que os ha obedecido hasta la muerte; recibidla en vuestro seno. Ved satisfecha ya vuestra justicia, y cumplida vuestra voluntad; el gran sacrificio para vuestra gloria eterna consumado está. Y volviéndose hácia el cuerpo exánime de su Hijo, diria: ¡Oh llagas amorosas! yo os adoro, y de vosotras me felicito porque por vuestro medio se ha redimido al mundo. Vosotras permaneceréis abiertas en el cuerpo de mi Hijo para ser el refugio de los pecadores. ¡Oh cuántos de estos recibirán por vosotras el perdon de sus pecados, y se inflamarán en el amor del sumo Bien!

Con objeto de que no fuese turbada la alegría del sábado pascual, quisieron los judíos que se quitase de la cruz el cuerpo de Jesús, pero como los sentenciados á ella no podian ser bajados si no estaban muertos, se presentaron algunos con mazas de hierro para romperle las piernas, como ya lo habian hecho con los dos ladrones tambien crucificados. Hé aquí, pues, que mientras María lloraba la muerte de su Hijo, ve aquellos hombres armados que se dirijian contra Jesús. Al verlos tembló de espanto y les dijo: ¡Ah! mi Hijo está ya muerto, no le ultrajeis mas, y cesad de atormentarme á mí que soy su infeliz madre. Les rogó, dice san Buenaventura, que no le rompiesen las piernas. Pero mientras decia esto, ve ¡oh Dios! á un soldado que levanta con ímpetu una lanza hiriendo el costado de Jesús, y al momento salió sangre y agua (1). Al golpe de la lanza retembló la cruz, y el corazon de Jesús quedó dividido en dos partes, como fue revelado á santa Brígida (2). Brotó sangre y agua, porque no quedaban ya mas que aquellas gotas de sangre, y el Salvador aun quiso derramarlas para darnos á

(1) Joan. XIII, 34.—(2) Rev. l. 2, cap. 21.

entender que no tenia mas sangre para darnos. Là injuria de esa lanzada se dirijió á Jesús, pero María sufrió el dolor, como dice el devoto Lanspergio. Pretenden los santos Padres, y entre otros san Bernardo, que fue esta propiamente la espada que san Simeon vaticinó á la Vírgen; espada no de hierro, sino de dolor, que hirió su alma bendita en el corazon de Jesús, donde hàbitaba siempre (1). La divina Madre reveló á santa Brígida, que al retirar la lanza, apareció la punta ensangrentada, y sintió como si su corazon se hubiese taladrado, viendo que lo estaba el del Hijo (2). Tan acerbos fueron los dolores de María, dijo el Ángel á la misma Santa, que fue preciso que Dios obrara un milagro para que no muriese en el acto. En los demás dolores tenia al Hijo que se compadecia de ella, mas en este ni aun tiene el Hijo que se compadezca de su dolor.

Temiendo entonces la afligida Madre que su amado Hijo recibiese nuevas injurias, ruega á José de Arimatea que pida á Pîlatos el cuerpo de su Jesús, para que á lo menos despues de su muerte pudiera preservarle de los ultrajes. José manifestó á Pilatos el dolor y el deseo de esta afligida Madre; y san Anselmo cree que la compasion de la Madre enterneció á Pilatos y le impulsó á concederle el cuerpo del Salvador. Jesús, pues, fue descendido de la cruz. ¡Oh Vírgen sacrosanta! despues que con tanto amor y abnegacion dísteis al mundo á vuestro Hijo para nuestra salvacion, el mundo os le devuelve. Mas ¡oh Dios! ¿en qué estado me lo vuelves? decia entonces María al mundo: Mi Hijo tenia el color blanco y colorado, y tú me lo vuelves negro con los golpes, y rojo no por el color sino por las heridas que le has abierto. Él era hermoso, y ahora está todo afeado; enamoraba con su aspecto, y ahora causa horror á quien le mira. ¡Oh cuántas espadas, dice san Buenaventura, hirieron el alma de esta Madre al presentarle á su Hijo descendido de la cruz! Considérese la pena de una madre á la vista de su hijo difunto. Fue revelado á santa Brígida que para el descendimiento apoyaron tres escalas en la cruz; primero los piadosos discípulos desclavaron las manos y los piés, y

(1) De Lament. Virg.—(2) Rev. lib. 2, cap. 10.

entregaron los clavos á María, como refiere Metafrasto. Luego sosteniendo uno de ellos por arriba el cuerpo de Jesús, y el otro desde abajo, le descendieron de la cruz. Bernardino de Bustos figúrase á esta afligida Madre, que levantándose extiende los brazos para recibir á su querido Hijo; le abraza, y se sienta al pié de la cruz. Contempla su boca abierta, sus ojos oscurecidos, sus carnes despedazadas, sus huesos descubiertos; le quita la corona de espinas, y mira las llagas que en su sagrada cabeza hizo; examina las manos y los piés atravesados, y dice: ¡Ah Hijo mio, á qué estado os ha reducido vuestro amor por los hombres! Pero Vos ¿qué mal les hicísteis para que os hayan maltratado así? Tú para mí fuíste mi padre, la hace hablar Bernardino de Bustos, tú fuíste mi hermano, mi esposo, mis delicias, mi gloria, mi todo. Hijo mio, ve mi afliccion, mírame y consuélame, mas tú ya no me miras. Habla, dirígeme una palabra de consuelo, pero tú ya no hablas, porque estás muerto. ¡Oh espinas crueles! decia volviéndose á los bárbaros instrumentos del suplicio, clavos, lanza cruel, ¿cómo habeis podido atormentar á vuestro Criador? Más ¿qué digo? ¿Qué espinas? ¿qué clavos? ¡Ay pecadores, vosotros sois quienes habeis maltratado así á mi Hijo!

Esto decia María entonces quejándose de nosotros. Mas si ahora fuese susceptible de dolor, ¿qué diria? ¿Qué pena no experimentaria al ver que despues de haber muerto sú Hijo por los hombres, continúan estos maltratándole y crucificándole con sus pecados? No atormentemos mas, por lo que á nosotros toca, á esta dolorosa Madre; y si en el tiempo pasado la afligimos tambien con nuestras culpas, practiquemos ahora lo que ella nos dice: «Pecadores, volved al corazon herido de mi Je«sús (1);» volved arrepentidos que él os acogerá. Huye de él, nos dice con el abad Guérrico, para acudir á él; del Juez al Redentor, del tribunal á la cruz. La santísima Vírgen reveló á santa Brígida que ella cerró los ojos á su Hijo descendido de la cruz, pero que no pudo encogerle los brazos; queriéndonos dar á entender con esto Jesucristo que sus brazos permanecian abiertos para re-

(1) Isai XLVI, 8.

cibir á todos los pecadores arrepentidos que volvieran á él. «Ó mundo, prosigue diciendo María, ahora que mi «Hijo ha muerto para salvarte, pasó ya para tí el tiempo «del temor, y el del amor empieza (1);» tiempo de amar á quien tanto ha querido sufrir para probarte su amor. El corazon de Cristo está herido, dice san Bernardo, para que por la herida visible se descubra la del invisible amor (2). Si mi Hijo, concluye María con el Idiota, quiso que le abrieran el costado para darte su corazon, justo es, ó hombre, que le entregues el tuyo. Y si quereis, ó hijos de María, haceros lugar en el Corazon de Jesús sin temor de ser rechazados, id, dice Ubertino de Casale, id junto con María, que ella os alcanzará la gracia. En corroboracion de esto véase el siguiente hermoso

EJEMPLO.

Refiere el Discípulo (3), que habia un desdichado pecador que entre otros crímenes cometió el de matar á su padre y á un hermano, por lo que andaba errante y fugitivo. Asistiendo un dia de cuaresma á un sermon sobre la divina misericordía, se fué voluntariamente á confesar; mas al oir el confesor tamaños excesos le envió á un altar de la Vírgen de los Dolores para que esta Señora le alcanzase contricion y el perdon de sus pecados. Postróse á sus piés el pecador, empieza á orar, y cayó muerto de repente. Al dia siguiente, encomendando el sacerdote al pueblo que rogase por el difunto, apareció en la iglesia una blanca paloma, que dejó caer á vista de todos un papel á los piés del sacerdote. Lo recogió este, y halló escritas en él estas palabras: «Apenas el alma del pe«nitente salió del cuerpo, se fué al cielo. Y vos prose«guid predicando la infinita misericordia de Dios.»

ORACION.

¡Oh Vírgen afligida! ¡oh alma tan grande en las virtudes como en los dolores! pues que estos y aquellas nacen del grande incendio de amor en que os abrasais por

(1) Ezech. XVI, 8.—(2) Serm. de Pass. Dom.—(3) Prompt. Ex V. Miser.

Dios, porque vuestro corazon no sabe sino amar á él. ¡ Ah Madre mia! compadeceos de mí, que, léjos de amar á Dios, no hice mas que ofenderle. Vuestros dolores me animan sobremanera á esperar el perdon; pero esto no me basta, pues yo quiero amar á mi Señor, ¿y quién me podrá conseguir esta gracia mejor que Vos, que sois la Madre del amor hermoso? ¡Ah María! Vos, que consolais á todos, consoladme tambien á mí. Amen.

SOBRE EL SÉPTIMO DOLOR.

De la inhumacion del cuerpo de Jesús.

Cuando una madre está presente á los sufrimientos y á la muerte de su hijo, no cabe duda que siente todas las penas del mismo; mas cuando despues de martirizado y muerto el hijo, se le ha de sepultar, y la afligida madre asiste para despedirse de él ¡oh Dios! la idea de que no le verá mas, es un dolor que excede á todos los demás dolores. Hé aquí la última espada de dolor que hoy debemos considerar, cuando María despues de haber asistido al Hijo en la cruz, y de haberle abrazado muerto, debió finalmente dejarle en el sepulcro para no gozar mas de su amada presencia.

Pero para considerar mejor este último dolor, volvamos al Calvario á contemplar á esta afligida Madre que aun tiene abrazado á su Hijo difunto. «Hijo, parece seguir diciéndole con Job (1), Hijo mio, os habeis vuelto cruel «conmigo.» Porque todas vuestras amables cualidades, todas las señales de amor especial que me manifestásteis, y los singulares favores de Vos recibidos, todos se han trocado en otras tantas saetas de dolor, que cuanto mas me inflamaron en amor vuestro, tanto mas cruel es el dolor que padezco por haberos perdido. ¡Ah mi amado Hijo! perdiéndoos á Vos lo he perdido todo. San Bernardo la hace hablar así: «¡Oh verdadero Hijo de Dios! tú «fuiste mi Padre, tú mi Hijo, tú mi Esposo, tú mi alma. «Ahora he quedado huérfana sin Padre, viuda sin Espo-

(1) Cap. xxx, v. 21.

«so, Madre sin Hijo, pues perdiendo á mi Hijo todo lo «pierdo á la vez (1).»

Así María consumíase de dolor abrazada con su Hijo; por lo que temiendo los santos discípulos que esta pobre Madre muriese allí mismo de pena, se apresuraron á quitarle luego de su seno á su Hijo difunto para darle sepultura. Por lo que, haciendo una respetuosa violencia á María, se lo desprendieron de los brazos, y embalsamáronle con aromas envolviéndole en seguida en una sábana que tenian prevenida, en la cual quiso el Señor dejar al mundo su figura impresa, como se ve aun hoy dia en Turin. Ved como le conducen al sepulcro, ya la afligida Vírgen se prepara, los discípulos conducen el cuerpo sobre sus hombros, los Ángeles del cielo, puestos en órden como en procesion le acompañan, las santas mujeres le siguen, y en medio de ellas va la Madre de los dolores acompañando á su Hijo hasta el sepulcro, y en llegando á él, ¡ cuán gustosa, como dijo á santa Brígida, se hubiera María sepultado viva con el Hijo (2)! Mas como no era esta la voluntad de Dios, solamente acompañó el cuerpo sacrosanto de Jesús hasta el sepulcro, en el cual, segun refiere Baronio, depositaron los clavos y la corona de espinas. Y al levantar la piedra para cerrar el sepulcro, los discípulos del Salvador debieron volverse á María y decirle: Animo, Señora, vamos á cerrar el sepulcro, tened valor, miradle por última vez y despedíos de vuestro Hijo. ¿Con qué, Hijo mio querido, diria la dolorosa Madre, ya no os veré mas? Permitidme que por última vez os contemple, recibid el último adios de vuestra tierna Madre; recibid mi corazon que dejó sepultado con Vos. Deseó con vehemencia la Vírgen, escribe san Fulgencio, que su alma fuese sepultada con el cuerpo de Cristo. Y lo reveló la Vírgen á santa Brígida diciendo: Verdaderamente puedo decir que desde que fué sepultado mi Hijo hubo dos corazones en un sepulcro (3).

Finalmente, acercando los discípulos la piedra, cierran en el santo sepulcro el cuerpo de Jesús, aquel gran tesoro que no le hay mayor ni en la tierra ni en el cielo. Séame permitida aquí una digresion. María deja sepultado

(1) De Laud. V. Mar. — (2) Rev. l. 1. — (3) Rev. l. 2, c. 21.

su corazon junto con Jesús, porque Jesús es todo su tesoro. Y nosotros ¿dónde tendrémos sepultado nuestro corazon? ¿por ventura en las criaturas? ¿en el lodo? ¿Y por qué no en Jesús, quien aunque ascendió al cielo, quiso quedarse con nosotros no muerto, sino vivo en el Santísimo Sacramento del altar, precisamente para tenernos consigo y poseer nuestros corazones? Pero volvamos á María. Afirma san Buenaventura que antes de separarse del sepulcro bendijo aquella sagrada piedra diciendo: ¡Oh piedra feliz que encierras ahora al que nueve meses llevé en mi seno! yo te bendigo y envidio tu suerte; te dejo para que me custodies á este mi Hijo que es todo mi bien, y todo mi amor. Dirigiéndose despues al eterno Padre, dijo: ¡Oh Padre! á Vos encomiendo vuestro Hijo y mio; y dando el adios postrero al Hijo y al sepulcro se aparta de aquel sitio y vuelve á su casa. Dice san Bernardo que iba tan afligida y triste esta infeliz Madre, que cuantos la encontraban no podian contener las lágrimas; y añade que los santos discípulos y las mujeres que le acompañaban se compadecian mas de ella que del Señor.

San Buenaventura dice, que sus compañeras la cubrieron con un manto de luto, y que pasando á su regreso por delante de la cruz, bañada todavía con la sangre de su Hijo, fue la primera en adorarla. ¡Oh cruz santa! dijo entonces, yo te beso y te adoro, porque no eres ya un infame leño, sino trono de amor y altar de misericordia consagrado con la sangre del Cordero divino, que en tí ha sido sacrificado por la salvacion del mundo. Dejando la cruz regresa á su casa, en donde apenas llega dirige á todas partes sus miradas, y no vé ya á su Jesús, sino que en vez de su amado Hijo, presentanse en tropel á su imaginacion todos los recuerdos de su preciosa vida y de su horrorosa muerte. Acuérdase de los abrazos que dió á su Hijo recien nacido en el establo de Belen, de las conversaciones que tuvo con Él por espacio de tantos años en su morada de Nazareth; de los afectos recíprocos, de las tiernas miradas, de las palabras de vida eterna que profirió su boca divina. Y luego se agolpa á su mente la terrible escena que presenciara aquel mismo

dia; cree tener delante los clavos, las espinas, las carnes destrozadas de su Hijo, sus profundas llagas, sus huesos descarnados, su boca abierta, sus apagados ojos. ¡Ah qué noche de dolor fue esa para María! Dirigiéndose la afligida Madre á san Juan, embargada por el dolor le preguntaba: Hijo mio, ¿donde está tú Maestro? Preguntaba despues á Magdalena: Hija, díme, ¿dónde está tu amado? ¡Oh Dios! ¿quién nos le ha quitado? Lloraba María, y todos los que estaban con ella lloraban tambien. Y tú, alma mia, ¿no lloras? ¡Ah! dirígete á María, y díle con san Buenaventura: Permitidme, Señora, permitidme que llore; Vos sois inocente, y yo el culpable. Ruégale á lo menos que te admita consigo á llorar. Ella llora por amor, llora tú por dolor de tus pecados; y solo de esta manera podrás tener la suerte de que se habla en el siguiente

EJEMPLO.

El P. Engelgrave (1) refiere que hubo un religioso tan atormentado de escrúpulos, que á veces cási se veia reducido á un estado de desesperacion; pero como fuese muy devoto de la Vírgen de los Dolores, en todas sus angustias de espíritu acudia á ella, y contemplando sus dolores se sentia animado. Cuando estuvo próximo á la muerte, el demonio le abrumaba mas que nunca con sus escrúpulos, y le tentaba para que se desesperase, mas la piadosa Madre viendo al pobre hijo tan angustiado apareciósele y le dijo: Hijo mio, ¿por qué temes y te entristeces tanto, tú que tantas veces me consolaste compadeciéndote de mis dolores? Jesús me envia ahora para consolarte á mi vez; consuélate y alégrate; sígueme al cielo. Y al decir esto, el devoto religioso lleno de consuelo y confianza espiró dulcemente.

ORACION.

Madre mia dolorosísima, no permitiré seais sola para llorar, no; pues quiero unir tambien mis lágrimas á las

(1) Dom. infr. oct. Nat. § 2.

vuestras. Hoy os pido esta gracia: alcanzadme que me acuerde y medite continuamente y con tierna devocion la pasion de Jesús y la vuestra, á fin de que todos los dias que me restan de vida los emplee en llorar vuestros dolores y los de mi Redentor. Espero que estos dolores en mi hora postrera me darán confianza y fortaleza para no desesperarme á la vista de las ofensas que cometí contra mi Señor. Estos me han de alcanzar el perdon, la perseverancia y la gloria, en donde espero regocijarme despues con Vos, y cantar las misericordias infinitas de mi Dios por toda la eternidad. Así lo espero, Así sea. Amen, amen.

Inserto al fin de esta obra la Corona de los dolores de María (que compuse muchos años ha) para comodidad de los devotos de la Virgen de los Dolores que tuvieren la devocion de rezarla, á quienes ruego que por caridad me encomienden á ella cuando mediten sus dolores.

Ó Señora, que dulcemente arrebatais los corazones de los hombres, ¿no arrebatásteis tambien el mio? O raptora de los corazones, ¿cuándo me restituiréis el mio? Dirigidle con el vuestro y ponedlo al lado del de vuestro Hijo. Entonces poseeré lo que espero, porque Vos sois nuestra esperanza (1).

DE LAS VIRTUDES DE MARÍA SANTÍSIMA.

San Agustin dice que, para alcanzar con mas seguridad y abundancia el favor de los Santos, es indispensable imitarles, porque si nosotros practicamos las virtudes en que ellos se ejercitaron, se hallan mas predispuestos á rogar por nosotros. La Reina de los Santos y nuestra principal abogada María, cuando ha librado alguna alma del poder de Lucifer para unirla á Dios, quiere que la imite, pues de lo contrario no podrá enriquecerla de sus gracias como desea, viendo que con su conducta opone

(1) San Bernardo: *Meditacion sobre la Salve Regina.* Régistr. en san Buenaventura, *Stim.*, cap. 19, p. 3.

obstáculos para ello. Por esto María llama bienaventurados á los que imitan cuidadosamente su vida (1). El que ama, es, ó procura hacerse semejante á la persona amada, segun el célebre proverbio: *El amor ó halla ó hace iguales á los amantes*. San Jerónimo nos exhorta que, si amamos á María, debemos imitarla, porque este es el obsequio mayor que nos es posible tributarle (2). Y Ricardo dice, que solo tienen derecho á llamarse verdaderos hijos de María, los que conforman su vida á la suya. Por lo tanto, procure el hijo, concluye san Bernardo, imitar á la Madre si desea sus favores, pues viéndose esta honrada como á madre, le tratará y favorecerá como á hijo.

Los Evangelistas hablando de las virtudes de esta Madre, aunque nos ofrecen pocas noticias sobre el particular, no obstante, al decirnos que estuvo llena de gracia, nos dan bien á entender que tuvo todas las virtudes, y en grado heróico; de manera que, dice santo Tomás, aun cuando cada uno de los Santos sobresaliera en alguna virtud particular, la bienaventurada Vírgen les excedió en todas, y en todas nos fue dada por modelo (3); lo que confirma san Ambrosio diciendo: Tal fue María, que su vida es enseñanza para todos, de modo que debemos siempre fijar los ojos como ante una viva imágen, en la virginidad y la vida de María, en que resplandece la forma de la virtud. Tomémosla por modelo de nuestra vida... y aprendamos lo que debemos corregir, evitar ó continuar practicando (4). Y como, segun los santos Padres, la humildad es el fundamento de todas las virtudes, veamos primeramente cuán grande fue la humildad de la Madre de Dios.

§ I.—*De la humildad de María.*

San Bernardo dice que la humildad es el fundamento y guarda de todas las virtudes, porque sin humildad ninguna otra virtud puede atesorar un alma, pues aunque las poseyera todas las perderia irremisiblemente si le

(1) Prov. VIII, 32. — (2) Serm. de Assump. ap. Loheun.
(3) Opusc. 8. — (4) Lib. 2 de Virg.

faltase la humildad. Y por el contrario, escribia san Francisco de Sales á santa Juana Fremiot de Chantal (1), Dios ama tanto la humildad, que al momento le atrae. Esta tan hermosa como necesaria virtud era desconocida en el mundo, hasta que el mismo Hijo de Dios descendió á la tierra para enseñarla con su ejemplo, y quiso que principalmente en ella procurásemos imitarle. «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazon (2).» Y así como María fue la primera y mas perfecta imitadora de Jesucristo en todas las virtudes, tambien lo fue en esta de la humildad, por lo que mereció ser exaltada sobre todas las criaturas. Esta es la primera virtud en que singularmente se ejercitó la bienaventurada Vírgen desde su infancia, como fue revelado á santa Matilde.

El primer efecto de la humildad de corazon es tener una modesta opinion de sí mismo; y fue revelado á santa Matilde que María formó de sí una opinion tan modesta, que aunque se vió colmada de gracias sobre todos los demás, nunca se prefirió á persona alguna. Y explicando el abad Ruperto el pasaje de los Cánticos: «Tú heriste «mi corazon, ó hermana mia, Esposa... con una trenza «de tu cuello (3),» dice que este cabello del cuello de la Esposa fue el concepto humilde que María se formó de sí misma, con el cual hirió el corazon de Dios. Esto no quiere decir que la santísima Vírgen se considerase pecadora, porque la humildad es la verdad, dice santa Teresa, y á María no se le ocultaba que jamás habia ofendido á Dios, y que el Señor le habia dispensado gracias mayores que á todas las demás criaturas, pues un corazon humilde reconoce estos especiales favores de Dios para mas humillarse; solo se expresa con lo dicho que la divina Madre, con la misma abundancia de luz que poseia para conocer la infinita grandeza y bondad de su Dios, conocia mas claramente su propia pequeñez; y por esto se humillaba extraordinariamente y decia con la sagrada Esposa: «No repareis en que sea morena, por«que el sol me ha descolorido (4).» Esto es, como expone san Bernardo: «Acercándome á él, mi rostro se ennegre«ce.» En efecto, dice san Bernardino, la Vírgen consi-

(1) Vita l. 6. c. 2, § 11. — (2) Matth. xi, 29. — (3) Cant. iv, 9. — (4) Cant. i, 5.

deraba continuamente la nada de su ser y la grandeza de la divina majestad. A la manera que una mendiga, vestida con un rico traje que le dan, léjos de envanecerse, se humilla aun mas delante de su bienhechor, porque entonces se le representa su probreza; así María cuanto mas colmada en gracias se veia, tanto mas se humillaba considerando que todo era un don de Dios, como ella misma lo declaró á santa Isabel del órden de san Benito (1). Por esto dice san Bernardino que no ha habido en el mundo criatura mas ensalzada, pues no existió ninguna que se humillara tanto como María (2).

Es además un acto de humildad el no divulgar los dones del cielo. María ocultó á san José la gracia de haber sido hecha Madre de Dios, aun cuando el manifestárselo parecia entonces necesario, á lo menos para librar al esposo de las angustias que viéndola en cinta pudiera sufrir, ó para evitar la confusion en que efectivamente se hallaba; pues san José no pudiendo por una parte dudar de la fidelidad de María, é ignorando por otra el misterio, para librarse de tamaña confusion decidióse á dejarla secretamente (3). Y la hubiera dejado, á no haberle el Ángel dado á entender que su esposa se hallaba en cinta por obra del Espíritu Santo. El humilde acostumbra tambien rehusar las alabanzas para sí, y todas las ofrece á Dios, y por eso se turba María al oir los elogios que le tributa san Gabriel; y cuando santa Isabel le dijo: «Bendita tú eres entre todas las mujeres... Y «¿de dónde á mí tanto bien, que venga á visitarme la «Madre de mi Señor?... Bienaventurada tú que has crei- «do (4);» atribuyendo María todas estas alabanzas á Dios, contestó con tan humilde como sublime cántico: «Mi alma glorifica al Señor;» como si dijese: Isabel, tú me alabas, pero yo ensalzo al Señor, á quien únicamente es debido todo honor. Tú te admiras de que yo venga á tí, y yo admiro la divina bondad, en la que tan solo se regocija mi alma: «Y mi espíritu se regocija en el «Dios Salvador mio.» Tú me alabas porque he creido, y yo tributo adoracion á Dios que ha querido exaltar mi

(1) Ap. S. Ben. de Vit. Christ. — (2) Tom. 2. Serm. LI, c. 3. — (3) Matth. I, 19. — (4) Luc. I, 42, 43.

nada; porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por lo que dijo la Vírgen á santa Brígida: ¿Por qué me humillé hasta tal punto ó merecí tanta gracia. sino porque consideré y creí que por mí nada tenia? Por eso rehusé las alabanzas, y solo quise que fuese alabado el dador y criador (1). San Agustin hablando de la humildad de María, dice: ¡Oh humildad verdaderamente dichosa, que dió á los hombres un Dios hecho hombre, abrió el paraíso, y libró á las almas del infierno (2)!

Es asimismo propio de los humildes el servir á los demás, y María no rehusó el servir á Isabel por espacio de tres meses; por lo que dice san Bernardo: Se admiraba Isabel de que María fuése á visitarla, pero aun debia admirarse mas de que fuera á servirla, y no á ser servida (3). Los humildes viven retirados y escogen para sí el lugar menos cómodo, y por esto María, como reflexiona san Bernardo, cuando queria hablar á su Hijo, al estar predicando en aquella casa de que hace mencion san Mateo en el capítulo XII, no quiso entrar en ella por propia autoridad. Tambien por este motivo hallándose en el Cenáculo con los Apóstoles colocóse en el último asiento. y así escribió san Lucas: «Todos estos perseveraban «unánimes orando con las mujeres y con María Madre de «Jesús (4).» No porque san Lucas desconociese el mérito de la divina Madre, á la que debiera haber nombrado primero que todos los demás, sino porque se habia colocado ella en el último asiento del Cenáculo despues de los Apóstoles y de las otras mujeres, pues como observa un autor, san Lucas los enumeró segun el órden con que se hallaban sentados. Y san Bernardo añade: Con motivo se coloca en último lugar la primera, que siendo la principal de todas, se consideraba la última (5). Finalmente, los humildes buscan el menosprecio, y por esto no consta que María se presentase en Jerusalen cuando su Hijo en el domingo de Ramos fue recibido con tanto honor por el pueblo; sino, por el contrario, al tiempo de la muerte del mismo no reparó en presentarse públicamente en el Gólgota, no retrocediendo por la deshonra

(1) Rev. l. 2. c. 23. — (2) Serm. XXXVI de Sanctis. — (3) Serm. de Nat. Virg. (4) Act. I, 14. — (5) Serm. sup. S. Ma.

de ser conocida por Madre del sentenciado, que como infame iba á sufrir una muerte ignominiosa. Dijo María á santa Brígida: ¿Qué cosa mas despreciable que ser tenida por demente, necesitar de todos, y considerarse la mas indigna de todos? Tal fue, hija, mi humildad, mi gozo, mi voluntad, que no deseaba complacer mas que á mi Hijo.

La venerable sor Paula de Foliño alcanzó la dicha de conocer en un éxtasis cuán grande fue la humildad de la santísima Vírgen, y refiriéndolo despues á su confesor exclamaba llena de asombro: «¡La humildad de la Ma«dre de Dios! ¡Ah Padre, la humildad de la Mádre de «Dios! En el mundo no hay nada tan humilde que ni aun «remotamente compararse pueda con la humildad de Ma«ría.» El Señor permitió una vez á santa Brígida ver dos damas, una de las cuales era todo fausto y vanidad: Esta, le dijo, es la soberbia, y la otra que ves cabizbaja, obsequiosa con todos, pensando únicamente en Dios, y que se tiene en nada, esta es la humildad, y se llama María (1). Con lo que Dios quiso manifestarnos que su bienaventurada Madre fue tan humilde, que era la misma humildad.

No cabe duda que á causa de la corrupcion de nuestra naturaleza por el pecado, no hay tal vez, como dice san Gregorio Niceno, una virtud tan difícil de practicar como la de la humildad. Y por mas que hagamos, nunca podrémos ser verdaderos hijos de María, si no somos humildes. Si no puedes imitar la virginidad, dice san Bernardo, imita siendo humilde la humildad de la Vírgen (2). Ella aborrece á los soberbios, solo llama á sí á los humildes: «Quien fuere párvulo, véngase á mí.» María, dice Ricardo, nos protege bajo el manto de la humildad; lo que explicó tambien la misma Madre de Dios á santa Brígida diciéndole: Ven, pues, hija mia, y acógete bajo mi manto, que es la humildad. Y le añadió que la consideracion de su humildad era como un manto que comunica calor; pero así como este no calienta sino al que le lleva, no en el pensamiento, sino en realidad, así mi humildad no aprovecha tampoco al que no procura

(1) Rev. l. 1, c. 29. — (2) Hom. I sup. Miss.

imitarme. Por lo tanto, hija mia, vístete de esta humildad. ¡Oh cuánto ama María á las almas humildes! San Bernardo escribe: María conoce y ama á los que la aman, y se halla junto á los que la invocan, especialmente á los que ve que la imitan en la castidad y humildad (1). Y el Santo exhorta despues á todos los amantes de María á ser humildes. Marino, ó Martino de Alberto, de la Compañía de Jesús, por amor de María acostumbraba barrer la casa y recoger la basura. Cierto dia se le apareció la divina Madre, segun refiere el P. Nieremberg en su vida, y como si le diera las gracias le dijo: «¡Cuán agradable «me es este acto de humildad practicado por mi amor!» Luego, ó Reina mia, no podré ser jamás vuestro verdadero hijo si no soy humilde. Pero ¿no veis como mis pecados despues de hacerme ingrato á mi Señor, me hacen tambien soberbio? ¡Oh Madre mia! remediadlo Vos, y por los méritos de vuestra humildad alcanzadme el ser humilde para que por este medio llegue á ser vuestro hijo.

§ II.—*Del amor de María hácia Dios.*

San Anselmo dice: Cuanto mas puro y desprendido de sí mismo está un corazon, tanto mas lleno estará de amor hácia Dios. Así, como María santísima fue toda humildad y desprecio de sí misma, segun escribió san Bernardo, por esto estuvo llena del divino amor; de manera que su amor hácia Dios excedió al de todos los hombres y de todos los Angeles. Y fundadamente san Francisco de Sales la llama *la Reina del amor*. El Señor mandó al hombre que le amase de todo corazon (2); mas los hombres, dice santo Tomás, no cumplirán perfectamente acá en la tierra este precepto, sino en el cielo (3). Y, segun la reflexion que hace el beato Alberto Magno, en cierto modo hubiera sido impropio de la bondad divina imponer un precepto que nadie hubiese observado perfectamente, lo que habria sucedido á no existir su divina Madre, que lo cumplió con toda exactitud; reflexion que confirma Ricardo de San Víctor, diciendo: La Madre de nuestro Ema-

(1) In Salv. Reg. — (2) Matth. XXII, 37. — (3) 2, 2 q. 24, art. 6 et 8.

nuel poseyó en el mayor grado de perfeccion todas las virtudes. ¿Quién como ella cumplió el primer mandamiento: Amarás á tu Señor Dios de todo corazon? El amor divino fue en ella tan intenso, que no pudo concurrir en la misma defecto alguno (1). El divino amor, dice san Bernardo, hirió y traspasó de tal manera el alma de María, que no dejó parte alguna libre de amor, por lo que cumplió despues perfectamente este primer precepto (2). Bien podia, pues, decir María: «Mi amado se ha entre«gado todo á mí, y yo toda á él (3).» ¡Ah! exclama Ricardo, hasta los Serafines pudieran descender del cielo para aprender en María el modo de amar á Dios.

Dios, que es amor (4), descendió á la tierra para encender en todos la llama de su amor divino; mas á ningun corazon inflamó tanto como al de su Madre, el cual, como se hallase libre de afectos terrenos, estaba mejor aparejado para abrasarse en este amor celestial. Tanto se habia enseñoreado de ella el amor divino, dice san Jerónimo, que nada en el mundo le impedia su afecto, y todo en ella era incesante ardor y santa embriaguez del inmenso amor en que se abrasaba (5). El corazon de María fue todo fuego y llamas, como se lee en los sagrados Cánticos (6); fuego interior alimentado por el amor, como explica san Anselmo, y llamas que brillaban exteriormente para todos con el ejercicio de las virtudes. Cuando María llevaba en la tierra á Jesús en brazos, podia decirse que un fuego llevaba á otro fuego, con mas razon que de aquella mujer que llevaba fuego en la mano, de la que dijo lo mismo Hipócrates, aunque en diferente sentido. San Ildefonso dice que el Espíritu Santo, al modo que el hierro arde en el fuego, encendió enteramente á María, de modo que solo se viese en ella la llama del Espíritu Santo, y sintiese únicamente el fuego del amor de Dios (7). Y santo Tomás de Villanueva, que el corazon de María estaba figurado en aquella zarza que Moisés vió arder sin consumirse. Por esto, dice san Bernardo, con razon se manifestó á san Juan vestida del sol (8); porque

(1) Lib. 2 de Em. c. 29. — (2) Serm. XXIX in Cant. — (3) Cant. II, 16. — (4) I Joan. IV, 8. — (5) Serm. aut Soffron. de Assumpt. — (6) Cant. VIII, 6.— (7) De Assumpt. Or. — (8) Apocal. XII, 1.

estuvo tan íntimamente unida á Dios por el amor, que parece no pueda unírsele mas una criatura (1).

Por esto afirma san Buenaventura que nunca la santísima Vírgen fue tentada por el infierno; porque así como las moscas huyen de un gran fuego, así los demonios se alejaban de su corazon todo inflamado en el divino amor, de manera que ni siquiera se atrevieron á aproximarse á él (2). Asimismo opina Ricardo (3). La misma Vírgen reveló á santa Brígida que en este mundo no tuvo mas pensamiento, deseo ni gozo que Dios; por lo que el P. Suarez dice que estando su alma bendita cási siempre ocupada en este mundo en contemplar á Dios, hacia infinitos actos de amor (4). Pero me gusta mas aun lo que dice Bernardino de Bustos, que María no tan solo repetia consecutivamente los actos de amor como los demás Santos, sino que con un acto continuo, con un especial privilegio, amaba siempre actualmente á Dios (5). Como águila real sin cesar tenia los ojos fijos en el divino sol, de tal manera, dice san Pedro Damian, que ni las acciones de la vida le impedian amar, ni el amor le impedia de tratar (6). Lo que hizo decir á san German, que María estuvo figurada en el altar de propiciacion en el cual ni de dia ni de noche se extinguia el fuego.

Ni el sueño siquiera impedia á la Vírgen amar á su Dios; cuyo privilegio, si es que fue otorgado á nuestros primeros padres en el estado de inocencia, como opina san Agustin diciendo que tan felices eran en sus sueños como en sus vigilias (7), no puede negarse ciertamente á la divina Madre, dicen Suarez y el abad Ruperto, con san Bernardino y san Ambrosio, y este hablando de María escribe: Cuando descansaba el cuerpo velaba el ánimo (8); verificándose en ella lo que dice el Sábio: «Su «luz no se extinguirá en toda la noche (9).» A su bienaventurado cuerpo un ligero sueño le bastaba para el descanso necesario; y su alma, dice san Bernardino, se elevaba libremente á Dios; por lo que su contemplacion era tan perfecta, cual nunca la logró ningun mortal en

(1) Serm. in Sign. Magn. — (2) Tom. 2, Serm. LI, a. 3. — (3) P. 2, c. 26 in Cant. — (4) Tom. 2 in 3 p. D. 18. Sec. 4. — (5) P. 2, Serm. IV de Nat. Virg. — (6) Serm. I de Nat. Virg. — (7) Lib. 5. Jul. cap. 9. — (8) Lib. 2 de Virg. — (9) Prov. XXXI, v. 18.

estado de vigilia. De suerte que bien podia decir con la Esposa: Yo duermo, mas mi corazon está velando (1). Tan feliz fue durmiendo como cuando se hallaba despierta, dice Suarez. En una palabra, afirma san Bernardino que María mientras vivió en este mundo amó incesantemente á Dios. Y que siempre hizo únicamente lo que conoció que á él le era agradable, y que le amó tanto, cuanto juzgó que debia amarle (2). De manera que, segun el beato Alberto Magno, puede decirse que María estuvo llena de tanto amor, cuanto le es posible alcanzar una pura criatura en este mundo (3). Santo Tomás de Villanueva dice que la Vírgen con su ardiente amor se hizo tan hermosa é inflamó de tal manera en amor á su Dios, que prendado de su ternura descendió á su seno para hacerse hombre (4). Exclama, por fin, san Bernardino: ¡Oh virtud de una Vírgen madre! Hé aquí una doncella que con su virtud ha herido y arrebatado el corazon de Dios (5).

Por lo mismo que María ama tanto á su Dios, nada exige tanto de sus devotos como que amen á Dios cuanto les sea posible. Asimismo lo dijo un dia á la beata Ángela de Foliño en habiendo esta comulgado: «Ángela, para ser «bendita de mi Hijo, procura amarle cuanto puedas.»

Tambien dijo á santa Brígida: «Hija, si quieres tener«me propicia, ama á mi Hijo.» Ella únicamente desea ver amado á su amado, que es Dios. Pregunta Novarino por qué la santísima Vírgen pedia á los Ángeles con la Esposa de los Cantares que manifestasen á su Señor el grande amor que le tenia diciendo: «Conjúroos, hijas de Je«rusalen, si halláreis á mi amado, que le aviseis que de «amor desfallezco (6).» ¿No sabia Dios por ventura lo mucho que ella le amaba? ¿Por qué persistia en mostrar á su amado la herida que él mismo le habia abierto (7)? Y se responde el mismo autor diciendo: La divina Madre no pretendió manifestar á Dios su amor, sino á nosotros, para que así como ella estaba herida de amor divino, pudiera tambien herirnos con el mismo. Y como fue toda fuego en amar á Dios, comunica su llama á cuan-

(1) Cant. v, 2.—(2) Tom. 2, Serm. V, art. 3, c. 3. — (3) Lib. de Laud. Virg. c. 96. — (4) Conc. 4 in Nat. Dom. — (5) Tom. 2, Serm. LXI, art. 1, cap. 4. — (6) Cant. v, 8. — (7) Lib. 4, n. 306.

tos la invocan y se acercan á ella, y les hace semejantes á sí (1). Por esto santa Catalina de Sena llamaba á María conductriz del fuego del divino amor. Por lo tanto, si deseamos arder tambien nosotros en esta bienaventurada llama, aproximémonos continuamente á nuestra Madre con las súplicas y con los afectos.

¡Oh Reina del amor! *la mas amable, la mas amada y la mas amante de todas las criaturas*, como os llamaba san Francisco de Sales. ¡Ah Madre mia! Vos ardeis de continuo y sois todo amor hácia Dios, dignaos, pues, comunicarme una centella del mismo!

Vos rogásteis á vuestro Hijo por aquellos esposos á quienes les falta vino, y ¿no rogaréis por nosotros que carecemos del amor de Dios, estando tan obligados á él? Decid, pues: «No tienen amor,» alcanzadnos este amor. Esta es la única gracia que os pedimos. ¡Oh Madre! por el grande amor que teneis á Jesús, oidnos, rogad por nosotros. Amen.

§ III. — *Del amor de María hácia el prójimo.*

En un mismo precepto se nos impuso el amor hácia Dios y hácia el prójimo. «Y tenemos este mandamiento de Dios: que « quien ama á Dios ame tambien á su hermano (2).» Porque, dice santo Tomás, el que ama á Dios ama todas las cosas por él amadas. Vos, Señor, le decia santa Catalina de Génova, quereis que yo ame al prójimo, y yo solo puedo amar á Vos. Y Dios le contestó: Quien me ama á mí, ama todas las cosas que yo amo. Y como ni hubo ni habrá quien ame mas á Dios que María, así ni hubo ni habrá quien ame mas al prójimo que la Vírgen. El P. Cornelio Alápide sobre este texto de los Cánticos: « El rey Salomon hizo para sí un lecho de ma-«deras del Líbano... lo de en medio lo cubrió de amor por «las hijas de Jerusalen,» dice que este lecho es María, que habitándolo el Verbo encarnado colmó á su Madre de amor, para que auxiliara á sus devotos. Tan llena estuvo María de amor cuando vivió en este mundo, que socorria á cuantos necesitaban su ayuda sin necesidad de

S. Bonav. — (2) I Joan. IV, 21.

pedírselo, como se vió en las bodas de Caná, cuando pidió al Hijo el milagro del vino, exponiendo la afliccion de aquella familia. ¡Oh, cuán solícita era, tratándose de socorrer al prójimo! Al dirigirse á la casa de Isabel para ejercer un oficio de caridad, «fué con prisa al monte (1);» y mas tarde no pudo probarnos mejor su amor que ofreciendo su Hijo á la muerte por nuestra salvacion, sobre lo que san Buenaventura dice: De tal modo amó María al mundo, que entregó á su Hijo unigénito; y san Anselmo: Ó bendita entre las mujeres, tú aventajas á los Angeles en pureza, y excedes á los Santos en piedad. Y esta ardiente caridad de María hácia nosotros, dice san Buenaventura, no menguó en lo mas mínimo con su exaltacion en el cielo, antes bien se ha aumentado en gran manera, porque desde él ve mejor las miserias de todos, y si su misericordia fue grande con los miserables cuando se hallaba en este destierro, mucho mas lo es ahora que reina en el cielo (2). Y el Angel dijo á santa Brígida que nadie invoca á María sin que reciba gracias por medio de su fervorosa caridad (3). ¡Cuán infelices seríamos si María no intercediese por nosotros! Si las oraciones de mi Madre no interviniesen á vuestro favor, no habria esperanza de misericordia, dijo Jesús mismo á dicha Santa (4). Mas, bienaventurado, dice la divina Madre, el que oye mis consejos, y observa mi caridad para practicarla con los demás á imitacion mia (5).

San Gregorio Nacianceno dice que ninguna cosa es mas conducente para alcanzar el afecto de María, que ejercer la caridad con nuestro prójimo; porque así como Dios nos exhorta diciendo: «Sed misericordiosos, así como nuestro Padre es misericordioso (6);» asimismo parece que María dice á todos sus hijos: «Sed misericordiosos, como vuestra Madre es misericordiosa.» Es indudable que Dios y María serán misericordiosos con nosotros, segun nuestra caridad para con el prójimo (7). «Da al pobre, decia san Metodio, y recibe el paraíso.» Y el Apóstol escribe que la caridad con el prójimo nos hace dichosos en esta vida y en la otra (8). Y advierte san

(1) Luc. I, 39. — (2) In Spec. c. 8. — (3) Rev. l. 3, c. 30. — (4) L. 6, c. 29. — (5) Prov. VIII, 34. — (6) Luc. VI, 36. — (7) Luc VI, 38. — (8) II Tim. III, 5.

Juan Crisóstomo sobre las palabras de los Proverbios: «Da prestado al Señor, quièn se compadece del pobre (1),» que quien socorre á los menesterosos hace á Dios deudor suyo. ¡Oh Madre de misericordia! Vos que sois misericordiosa con todos, no os olvideis de mis miserias. Vos las conoceis. Recomendadme á Dios, que nada os niega. Alcanzadme la gracia de poder imitaros en él santo amor, tanto respecto á Dios, como al prójimo. Amen.

§ IV. —*De la fe de María.*

La bienaventurada Vírgen así como es Madre del amor y de la esperanza, tambien lo es de la fe (2), y con su fe reparó el daño que hizo Eva con su incredulidad, dice acertadamente san Ireneo; y Tertuliano lo confirma diciendo que dando Eva oidos á la serpiente contra lo mandado por Dios, acarreó la muerte; y nuestra Reina creyendo las palabras del Ángel al anunciarle que seria Madre del Señor sin dejar de ser Vírgen, alcanzó al mundo la salud. San Agustin dice que María, dando el consentimiento á la encarnacion del Verbo, por su fe abrió las puertas del cielo á los hombres. Y Ricardo explicando las palabras de san Pablo: «Un marido infiel es san«tificado por la mujer fiel (3),» escribe: Esta es la mujer fiel, por cuya fe se salva Adan varon infiel, y toda su posteridad. Santa Isabel llamó á la Vírgen bienaventurada por su fè: «¡Oh bienaventurada tú que has creido! En «tí se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte «del Señor (4).» Y añade san Agustin: Mas dichosa fue María en percibir la fe de Cristo, que en concebir la carne de Cristo.

Segun sienta el P. Suarez la santísima Vírgen tuvo mas fe que todos los hombres y todos los Angeles. Vió á su Hijo en el humilde establo de Belen, y le tuvo por Criador del mundo. Vióle fugitivo de Herodes, y no cesó de creer que era Rey de los reyes. Vióle nacido, y le creyó eterno, pobre y necesitando el alimento, y le creyó Señor del universo; acostado sobre el heno, y le creyó omnipotente. Observó que no hablaba, y túvole por la sabiduría

(1) II Tim. xix, 17. — (2) Eccli. xxiv, 24. — (3) I Cor. vii, 14. — (4) Luc. i, 45.

infinita; y creyó que era el gozo del paraíso, aunque el llanto humedecia sus ojos. Le vió, en fin, abatido en la muerte, despreciado y pendiente de la cruz, mas aunque vacilase la fe de todos, María creyó siempre que era Dios. «Estaba junto á la cruz de Jesús su Madre,» sobre cuyas palabras escribe san Antonino: María estaba en pié levantada por la fe, que conservó inalterable, de la divinidad de Cristo, y por esto en el oficio de las tinieblas solo se deja al fin una vela encendida. A este propósito san Leon aplica á la Vírgen el texto: «Su luz no se apagará «en toda la noche (1).» Y sobre las palabras de Isaías: «Yo solo pisé el lagar, y de las naciones no hay hombre «alguno conmigo (2),» dice santo Tomás que se expresa así el Profeta, diciendo que no hubo *hombre alguno,* para exceptuar á la Vírgen, á quien nunca faltó la fe. San Alberto Magno escribe, que María practicó entonces un acto sublime de fe, por el que mereció ser la luz de todos los fieles, como la llama san Metodio; y la Reina de la verdadera fe, segun san Cirilo de Alejandría. La santa Iglesia atribuye á la Vírgen por el mérito de su fe la extirpacion de todas las herejías (3). Y explicando santo Tomás de Villanueva las palabras del Espíritu Santo: «Heriste mi corazon, hermana mia, Esposa... con una mi«rada de tus ojos (4),» dice que estos ojos fueron de la fe de María que la hizo agradable á los divinos ojos.

San Ildefonso nos exhorta diciendo: Imitad este timbre de la fe de María. Pero ¿cómo debemos imitar esta fe? La fe es á la vez don y virtud. Es don de Dios en cuanto es una luz que él infunde en el alma; tambien es virtud en cuanto al ejercicio que el alma hace de ella. Y así, la fe no solo ha de servirnos de regla para creer, sí que tambien para obrar. Por esto dice san Gregorio: Cree verdaderamente quien practica lo que cree; y san Agustin: Dices que crees, haz lo que dices, esto es la fe. Tener una fe viva, es vivir como se cree. «El justo mio vive por «la fe (5).» Y así vivió la santísima Vírgen, á diferencia de cuantos no viviendo segun su creencia, tienen una fe muerta, como expresa el apóstol Santiago: «La fe sin las

(1) Prov. xxi, 18. — (2) Isai. lxiii, 3. — (3) Ant. 1. Not. 3. — (4) Cant. iv, 9. — (5) Hebr. x, 38.

«obras es una fe muerta (1).» Diógenes iba por el mundo buscando un hombre; pero Dios entre tantos fieles como hay, parece que vaya buscando un cristiano. Ciertamente son muy pocos los que observan una conducta cristiana, pues la mayoría de ellos tienen de cristianos solo el nombre. Mas á estos deberia decírseles lo que Alejandro dijo á un soldado cobarde que tambien se llamaba Alejandro: Ó cambia el nombre ó las costumbres. Pero mejor aun seria encerrar á estos miserables, dice el Padre maestro Ávila, como á locos, pues creyendo que se halla dispuesta una eternidad feliz para el que vive bien, y una eternidad infeliz para el que vive mal, se conducen como si no lo creyesen. Y así, san Agustin nos exhorta á mirar las cosas con ojos cristianos, esto es, á la luz de la fe; y santa Teresa dice que de la falta de fe nacen todos los pecados. Roguemos, por lo tanto, á la santísima Vírgen que por el mérito de su fe nos alcance una fe viva. Ó Señora, aumentadnos la fe.

§ V. — *De la esperanza de María.*

La fe es generadora de la esperanza, y por esto Dios nos introduce con la fe en el conocimiento de su bondad y de sus promesas, para que con la esperanza nos levantemos al deseo de poseerla. De consiguiente, poseyendo María la virtud de la fe por excelencia, tuvo tambien la de la esperanza en un grado sublime que le hacia decir con David: Cifro mi bien en estar unida con Dios, y poner en el Señor toda mi esperanza (2). María fue aquella fiel Esposa del Espíritu Santo, de la cual se dice: «¿Quién «es esta que sube del desierto colmada de delicias, apo«yada en su amado (3)?» Porque desprendida enteramente de los afectos del mundo, que miraba como un desierto, como dice Ailgrinio, y desconfiando de las criaturas y de sus méritos propios, apoyada en la divina gracia en la que tenia puesta toda su confianza, creció continuamente en el amor de su Dios (4).

Y la santísima Vírgen demostró cumplidamente cuán

(1) Jac. II, 26. — (2) Psalm. LXXII, 28. — (3) Cant. VIII, 5. — (4) Ap. Cornel. loc. cit.

grande fuese su confianza en Dios, cuando advir
su santo esposo José, por ignorar la causa de su m
llosa preñez, estaba agitado é intentaba dejarla. «.
«quiso dejarla ocultamente (1).» Parecia regular, s
ya se hà visto, que descubriese á José el oculto misterio; mas no, ella no quiso revelar por sí misma la gracia recibida, prefiriendo abandonarse por completo en manos de la divina Providencia, confiando que Dios mismo defenderia su inocencia y su decoro. Así lo dice Cornelio Alápide comentando dicho texto. Manifestó á mas de esto su confianza en Dios cuando, hallándose próxima al parto, vióse desechada hasta de las hospederías de los pobres, y reducida á dar á luz á su Hijo en su establo. No profirió entonces palabra alguna ni le escapó un lamento, sino que entregándose enteramente en las manos de Dios, confió que él la asistiria en aquella necesidad. Esta confianza de la divina Madre en la Providencia brilló mas aun cuando fue avisada por san José que debian huir á Egipto; en la misma noche emprendió un viaje tan dilatado á un país extraño y desconocido, sin provisiones, sin dinero, sin mas compañía que la del niño Jesús y de su esposo (2). Y, por fin, demostró María mucho mas aun su confianza, cuando pidió al Hijo la gracia de la conversion del vino para los esposos de Caná; porque habiendo dicho ella: «No tienen vino,» Jesús le respondió: «¿Qué nos importa á mí y á tí? Aun no ha llegado mi hora (3).» Mas á pesar de esta respuesta, en la que parecia claramente negarle la peticion, confiando en la divina bondad, dijo á los criados que hiciesen lo que su Hijo les ordenase, porque la gracia era segura. Efectivamente, Jesucristo hizo llenar las vasijas de agua, y las convirtió en vino.

Aprendamos, por tanto, á confiar de María como es debido, particularmente en el grande negocio de la salud eterna, en el cual aunque sea precisa nuestra cooperacion, debemos sin embargo esperar únicamente de Dios la gracia para alcanzarla, desconfiando de nuestras propias fuerzas, y diciendo cada uno con el Apóstol: «Todo «lo puedo en aquel que me conforta (4).»

(1) Matth. I, 19. — (2) Matth. II, 14. — (3) Joan. II. — (4) Philip. IV, 14.

¡Ah Señora mia santísima! el Eclesiástico me enseña que Vos sois la « Madre de la esperanza (1),» y la santa Iglesia que sois la esperanza misma. ¿Qué otra esperanza, pues, podré tener? Vos sois toda mi esperanza despues de Jesús, os llama san Bernardo, y así tambien quiero llamaros yo. Y asimismo os diré con san Buenaventura: ¡Oh salud de los que te invocan! sálvame.

§ VI.—*De la castidad de María.*

Rebelados los sentidos contra la razon, á consecuencia de la caida de Adan, la virtud de la castidad es para los hombres la más difícil de practicar. Entre todos los combates, dice san Agustin, los mas terribles son los de la castidad, con la cual todos los dias se está luchando, y raras veces se consigue la victoria. Sea por lo tanto siempre alabado el Señor, que nos dió en María un grande ejemplo de esta virtud. Con razon, dice el beato Alberto Magno, se llama á María Vírgen de las Vírgenes, porque siendo ella la primera en ofrecer sin consejo ni ejemplo de otros su virginidad á Dios, le ha dado despues á todas las vírgenes que la imitaron (2), como lo predijo David: «Las vírgenes serán llevadas al templo del Rey en pos de «ella (3).» Sin consejo y sin ejemplo, efectivamente, porque como dice san Bernardo: Ó Vírgen, ¿quién te enseñó á complacer á Dios con la virginidad, y á llevar en la tierra una vida de Ángeles (4)? ¡Ah! contesta Sofronio. Dios escogió por Madre suya á esta purísima Vírgen, á fin de que para todos fuese un vivo ejemplo de castidad (5). Y san Ambrosio dice que María enarboló el estandarte de la virginidad.

Por esta pureza el Espíritu Santo llama tambien á la Vírgen «hermosa como la tortolilla (6).» María es la tórtola castísima, comenta Apolonio; y por esto se le llama tambien azucena: «Como azucena entre espinas, así es mi «amiga entre las vírgenes (7).» Observa san Dionisio Cartujano, que es llamada azucena entre las espinas, porque todas las otras vírgenes fueron espinas para sí ó pa-

(1) Eccli. XXIV, 24. — (2) Mar. p. 9. — (3) Psalm. XLIV, 15. — (4) Hom. IV sup Miss. — (5) Ap. Parav. 2, c. 1. — (6) Cant. I, v. 9. — (7) Cant. II, 2.

ra los demás, pero no así la bienaventurada Vírgen, pues su sola presencia inspiraba á todos pensamientos y deseos de pureza, lo que confirma santo Tomás con estas palabras: La hermosura de la bienaventurada Vírgen infundia castidad á cuantos la miraban (1). Y san Jerónimo es de opinion, que san José mantúvose vírgen por efecto de la compañía de María, pues que escribiendo contra el hereje Elvidio, que negaba la virginidad de María, dice: Tú afirmas que María no permaneció vírgen; y yo digo mas aun, que el mismo José fue vírgen por causa de ella (2). Un autor refiere que la bienaventurada Vírgen amó tanto esta virtud, que por conservarla hasta hubiera renunciado la dignidad de Madre de Dios; lo que se deduce muy bien de la misma contestacion que dió al Arcángel: «¿Cómo podrá ser esto, pues yo no co«nozco varon alguno (3)?» y de las palabras que añadió al fin: «Hágase en mí segun tu palabra,» dando á entender que daba el consentimiento segun el Ángel le habia asegurado que llegaria á ser madre únicamente por obra del Espíritu Santo.

Dice san Ambrosio que los que conservan la castidad son como Ángeles, segun lo dijo el Señor (4); pero los deshonestos se hacen aborrecibles á Dios como los demonios. San Remigio opina que la mayor parte de los adultos se pierden por este vicio. El vencer este pecado es muy raro, como se ha dicho ya con san Agustin, pero ¿por qué? Porque no se practican los medios conducentes, que segun dicen los maestros espirituales con Belarmino, se reducen á tres: el ayuno, la fuga de las ocasiones, y la oracion. Por ayuno se entiende la mortificacion, especialmente de los ojos y de la gula. Aunque María se halló llena de la divina gracia, fue tan mortificada en los ojos, que los tenia siempre bajos, sin fijarlos nunca en persona alguna, como dicen san Epifanio y san Juan Damasceno; y además que desde su niñez era tan modesta, que causaba admiracion á todos. Por esto nota san Lucas que cuando fue á visitar á santa Isabel, *se apresuró,* para ser menos vista del público. Respecto á la

(1) Ap. Parav. loc. cit. — (2) Ap. Parav. loc. cit. — (3) Luc. I, 33. — (4) Mattheus, XXII, 30.

comida, refiere Filiberto que fue revelado á un ermitaño llamado Félix, que María en su lactancia mamaba una sola vez al dia. Y toda su vida, como afirman san Gregorio Turonense y san Buenaventura, prosiguió ayunando. En una palabra, María fue mortificada en todo, de manera que de ella se dijo: «Mis manos destilaron «mirra (1).»

El segundo medio consiste en huir las ocasiones: El que evita los peligros, estará seguro (2). Y por esto dice san Felipe Neri: «En la guerra de los sentidos vencen los «cobardes;» es decir, los que huyen las ocasiones. María evitaba cuidadosamente la vista de los hombres, pues como advirtió san Lucas, en la visita á su prima fuése apresuradamente á las montañas. Y advierte un autor que la Vírgen se despidió de Isabel antes que esta pariese, como se infiere del mismo Evangelio, donde se dice: «María permaneció con ella unos tres meses, y despues «regresó á su casa. Entre tanto llegó el tiempo del parto «de Isabel, y dió á luz un hijo (3).» ¿Y por qué no aguardó el parto? Para evitar las conversaciones y visitas que con tal motivo tendrian lugar en aquella casa.

El tercer medio es la oracion: «Y luego que conocí, di«ce el Sábio, que no podia ser casto, si Dios no me con«cedia esta gracia... acudí á él, y se la pedí fervorosa«mente (4).» La santísima Vírgen reveló á santa Isabel del Órden de san Benito, que no poseyó virtud alguna sin trabajo y sin orar continuamente (5). María es pura y amante de la pureza, dice san Juan Damasceno; por lo que rechaza á los que no siguen esta virtud. Pero la adquirirá ciertamente quien invocare á María pronunciando confiadamente su nombre. Y lo afirma el venerable Juan de Ávila diciendo, que muchas personas tentadas contra la castidad, solo con el afecto á María Inmaculada salieron vencedoras. ¡Oh María, oh purísima paloma, cuántos padecen en el infierno por este vicio! Libradnos, Señora de él; haced que en las tentaciones siempre os invoquemos diciendo: María, María, socorrednos. Amen.

(1) Cant. v, 5. — (2) Prov. xi, 15. — (3) Cap. 1, 56. — (4) Sap. c. viii, 21.— (5) Ap. S. Bon de Vit. Christ. c. 3.

§ VII. — *De la pobreza de María.*

Para enseñarnos nuestro amoroso Redentor á despreciar los bienes mundanos, quiso ser pobre, como dice san Pablo (1). Y él mismo exhortaba al que quisiese seguirle: «Si quieres ser perfecto, anda, vende todo lo que «tienes, y dalo á los pobres; ven despues y sígueme (2).» María, su mas perfecta discípula, fue la que mejor siguió su ejemplo. Con los bienes que le dejaron sus padres hubiera podido vivir con mucha comodidad, como prueba el P. Canisio; mas ella escogió ser pobre, reservándose tan solo una pequeña parte de sus bienes, y distribuyendo lo restante en limosnas para el templo y los pobres. Muchos aseguran que María hizo tambien voto de pobreza (3); y ella misma en una revelacion dijo á santa Brígida: «Desde el principio ofrecí á Dios en mi «corazon, no poseer jamás cosa alguna en este mundo (4).» Los presentes que recibió de los santos Reyes Magos ciertamente no serian de poco valor; pues bien, san Bernardo asegura que todos los distribuyó á los pobres (5). Y que pronto lo hizo así la divina Madre, se infiere de que al presentarse despues en el templo no ofreció el cordero como lo hacia la gente acomodada, segun consta del Levítico (6), sino las dos tórtolas ó palomas, que era la ofrenda de los pobres (7). La misma Vírgen dijo á santa Brígida: «Todo cuanto tenia lo daba á los pobres, re- «servándome tan solo lo que bastaba para vestir y comer «moderadamente (8).»

Por amor á la pobreza no se desdeñó de desposarse con un pobre artesano, como fue san José, y de sustentarse con el trabajo de sus manos, hilando ó cosiendo, segun atestigua san Buenaventura. El Angel reveló á santa Brígida, que las riquezas eran para María tan viles como el barro. Vivió, en fin, siempre pobre, y murió pobre, pues no se sabe que dejase al morir mas que dos ves-

(1) II Cor. VIII, 9. — (2) Matth. XIX, 21. — (3) Ap. Parav. p. 2, c. 2. — (4) Lib. 1, c. 10.— (5) Ap. Parav. loc. cit.— (6) Cap. XII, v. 6. — (7) Luc. II, 24. — (8) Rev. l. 1, c. 10.

tidos á dos mujeres que la habian asistido, como refieren Metafrasto y Nicéforo (1).

«El que ama las riquezas, decia san Felipe Neri, jamás «será santo.» Y santa Teresa añadia: «Es muy justo que «el que va en pos de las cosas perdidas se pierda él tam-«bien,» y que, al contrario, la virtud de la pobreza es un bien que abraza todos los demás bienes. Dice *la virtud de la pobreza*, la cual, segun san Bernardo, no consiste solamente en ser pobre, sino en amar la pobreza. Por esto dijo Jesucristo: «Bienaventurados los pobres de espí-«ritu, porque de ellos es el reino de los cielos (2).» Bienaventurados, porque los que solo quieren á Dios, hallan en él toda suerte de bienes; y en la pobreza encuentran su paraíso en la tierra, como san Fransisco de Asis que decia: Mi Dios y mi todo. Amemos, por lo tanto, aquel único bien que contiene todos los bienes, como exhorta san Agustin; y roguemos al Señor diciendo con san Ignacio: «Dadme, Señor, solo vuestro amor con vuestra «gracia, que ya seré bastante rico.» Y cuando nos visite la pobreza, consolémonos considerando, como dice san Buenaventura, que Jesús y su Madre libremente escogieron ser pobres (3).

¡Ah Madre mia santísima! cuán bien dijísteis que en Dios hallábais todo vuestro gozo; porque en este mundo Vos no deseásteis ni amásteis otro bien que á Dios. Señora, desasidme del mundo y atraedme hácia Vos, á fin de que no ame mas que aquel único bien que merece exclusivamente ser amado. Amen.

§ VIII. — *De la obediencia de María.*

La santísima Vírgen por su amor á la virtud de la obediencia, no quiso en la anunciacion del arcángel san Gabriel darse otro nombre que el de esclava: «Hé aquí la «esclava del Señor.» Sí, esclava, dice santo Tomás de Villanueva, porque esta fiel esclava ni con las obras, ni con el pensamiento se opuso nunca al Señor, antes bien ca-

(1) Ap. el autor de la vida de María, l. 5, c. 13. — (2) Matth. c. v, 3. — (3) De Vit. Christ.

reciendo de voluntad propia, obedeció siempre, y en todo vivia sumisa á la divina voluntad (1). Ella misma declaró que Dios se habia complacido en su obediencia diciendo: «Ha puesto los ojos en la humildad de su esclava (2);» porque la humildad de una esclava consiste en estar siempre dispuesta á obedecer. Con su obediencia, dice san Agustin, reparó la divina Madre el daño que hizo Eva con su desobediencia (3). La obediencia de María fue mucho mas perfecta que la de todos los Santos, pues hallándose los hombres inclinados al mal por el pecado de orígen, hallan dificultad en obrar bien; mas no sucedió así con la bienaventurada Vírgen María, escribe san Bernardino, porque hallándose libre de la culpa, nada podia impedirle amar á Dios; sino que fue como una rueda que se movia veloz á todas las inspiraciones divinas (4), por lo que no hizo otra cosa en este mundo, sino observar y practicar lo que era del agrado de Dios (5). De ella se dijo: «Mi alma quedó desfallecida al oir la voz de «mi amado (6).» Y Ricardo añade, que el alma de María era como un metal derretido dispuesta á tomar todas las formas que á Dios pluguiese darle.

Manifestó bien María cuán pronta se hallaba á obedecer, cuando para complacer á Dios quiso cumplimentar la órden del emperador romano, haciendo aquel viaje tan largo de noventa millas desde Nazaret á Belen., en tiempo de invierno, estando en cinta, y tan pobre, que se vió obligada á parir en un establo. Así tambien estuvo pronta al aviso de san José, poniéndose luego en camino la misma noche, y emprendiendo otro viaje mas largo y penoso á Egipto. Pregunta aquí Silveira: ¿Por qué la revelacion de la huida á Egipto se hizo á san José y no á la bienaventurada Vírgen, que debia experimentar mas la fatiga del viaje? Y contesta: Para que tuviese la Vírgen ocasion de practicar este acto de obediencia, á lo que se hallaba tan dispuesta. Mas en lo que demostró principalmente su heróica obediencia á la voluntad divina, fue al ofrecer su Hijo á la muerte con tanta constancia, que, como dice san Ildefonso, á falta de verdugos, hubiera es-

(1) Conc. de Annun.— (2) Luc. 1, 48.— (3) Ap. Parav. p. 2, c. 11. — (4) Serm. XI á 3, c. 2. — (5) Tom. 2, Serm. XL, n. 3, c. 2. — (6) Cant. v, 6.

tado pronta para crucificarle (1). Así es que sobre las palabras que dijo el Redentor á aquella mujer del Evangelio, cuando exclamó: «Bienaventurado el vientre que te «llevó;» y Jesús contestó: «Bienaventurados mas bien «los que escuchan la palabra de Dios y la practican (2);» el venerable Beda escribe que María fue mas dichosa por la entera obediencia á la divina voluntad, que por su maternidad divina (3).

Los que practican la obediencia complacen de un modo especial á la Vírgen. Un dia se apareció en su misma celda á un religioso franciscano llamado Acorso; pero á pesar de su visita, salió este, porque le llamó la obediencia para ir á confesar á un enfermo. Al regresar, encontró á María que le estaba esperando, y le alabó mucho su obediencia. Mas á otro religioso que oyendo tocar al refectorio se detuvo á concluir unas oraciones, le reprendió mucho (4). Y hablando á santa Brígida de la seguridad que ofrece obedecer al Padre espiritual, le dijo: «La obe«diencia introduce á todos en la gloria (5).» Así es, dice san Felipe Neri, porque Dios no pide cuenta de las cosas hechas por obediencia, habiendo él mismo dicho: «El «que os escucha me escucha á mí, y el que os desprecia, «á mí me desprecia (6).» La misma Madre de Dios reveló tambien á santa Brígida que por el mérito de su obediencia habia alcanzado del Señor, el perdon para todos los pecadores arrepentidos que la invocasen. ¡Ah Reina y Madre nuestra! rogad á Jesús por nosotros, y alcanzadnos por el mérito de vuestra obediencia someternos fielmente á su voluntad y á los preceptos de nuestros padres espirituales. Amen.

§ IX. — *De la paciencia de María.*

Como este mundo es un lugar de méritos, con razon se le llama valle de lágrimas; pues todos estamos en él para padecer, y conquistar con la paciencia la vida eterna á nuestras almas, como lo expresó el Señor diciendo:

(1) Ap. Parav. p. 2, c. 12. — (2) Luc. XI, 28. — (3) C. 49 in Luc. — (4) Véase el P. Marcancio: *Diario de la Virgen*. — (5) Rev. l. 6, c. 11. — (6) Luc. x, 16.

«Con la paciencia poseeréis vuestras almas (1).» Dios nos dió á la Vírgen María como modelo de todas las virtudes, y singularmente como ejemplar de paciencia. San Francisco de Sales observa que en las bodas de Caná Jesucristo contestó á la santísima Vírgen de manera que parecia no atender á sus ruegos, precisamente para ofrecernos un ejemplo de la paciencia de su santa Madre. Mas, ¿qué necesidad hay de citar ejemplos, cuando toda la vida de María fue un no interrumpido ejercicio de paciencia, y vivió contínuamente entre penas, como el Ángel lo reveló á santa Brígida (2)? El dolor tan solo que sintió por los tormentos del Redentor bastó para hacerla mártir de paciencia; á cuyo respecto dice san Buenaventura: «Crucificada concibió al Crucificado.» Cuánto padeciese en el viaje y permanencia en Egipto, y en su estancia con su Hijo en la tienda de Nazareth, lo hemos considerado ya al hablar de sus dolores. La presencia de María junto á su Hijo moribundo en el Calvario, es de sí suficiente para probar cuán constante y sublime fue su paciencia. Entonces fué cuando por el mérito de su paciencia, como dice el beato Alberto Magno, se hizo nuestra Madre y nos dió á luz en la vida de la gracia.

Debemos, pues, imitar la paciencia de María, si deseamos ser sus hijos. ¿Qué medio mejor, dice san Cipriano, para atesorar méritos en esta vida y gloria en la otra, que el sufrir con paciencia las adversidades? Dios dice por boca de Oseas: «Yo cerraré tu camino con espinas (3);» y san Gregorio añade: Las sendas de los escogidos están cercadas de espinos. A la manera que se circuye la viña de espinos para preservarla, así Dios rodea de tribulaciones á sus siervos para que no se apeguen á las cosas de la tierra. Por esto concluye san Cipriano, que la paciencia nos libra del pecado y del infierno, y es la generadora de los Santos (4); llevando con tranquilidad las cruces que nos vienen directamente de Dios, esto es, las enfermedades, la pobreza, etc., lo mismo que las que nos vienen de los hombres, como persecuciones, injurias, etc. San Juan vió á todos los Santos con palmas en las ma-

(1) Luc. xxi, 19. — (2) Serm. Ang. c. 10.
(3) Cap. ii, 6. — (4) Jac. ii, 4.

nos, señal del martirio (1); lo que demuestra que todos los adultos que se salvan han de ser mártires ó de sangre ó de paciencia. A cuya consideracion exclama lleno de gozo san Gregorio: «Si conservamos la paciencia, po«demos ser tambien mártires sin hierro.» Y san Bernardo, dice: Si sufrimos las penas de esta vida con paciencia, con gusto y con alegría, ¡ah! ¡cómo fructificará en el cielo cada pena sufrida por Dios! Por esto nos anima el Apóstol á que suframos las breves aflicciones de esta vida (2); y santa Teresa nos hace estas bellas advertencias: «El que abraza la cruz no la siente. Cuando algu«no se decide á sufrir, la pena se acaba.» Cuando nos sintamos, pues, oprimidos bajo el peso de las cruces, invoquemos á María, á quien la Iglesia llama: «Consuelo «de afligidos;» y san Juan Damasceno: «Medicamento «para todos los dolores del alma.» ¡Ah Señora mia dulcísima, Vos inocente padecísteis con tanta paciencia, y yo reo del infierno rehusaré padecer! Madre mia, no os pido la gracia de que me libreis de las cruces, sino la de llevarlas con paciencia. Por el amor de Jesús os ruego que me alcanceis esta gracia que espero de Vos.

§ X. — *De la oracion de María.*

Nunca alma alguna practicó sobre la tierra con tanta perfeccion como la bienaventurada Vírgen este grande precepto de nuestro Salvador: «Conviene siempre orar, y «no desfallecer (3).» Nadie mejor que María, dice san Buenaventura, puede mostrarnos el ejemplo y enseñarnos la necesidad de la perseverancia en la oracion (4). Atestigua el beato Alberto Magno que en la virtud de la oracion fue la divina Madre la criatura mas perfecta de cuantas ha habido ni habrá jamás (5). Su oracion fue continua y perseverante. Desde el primer instante de su vida, y del perfecto uso de su razon, como dijimos en el discurso sobre su nacimiento, empezó á orar. Y con objeto de dedicarse mejor á la oracion, quiso á la edad de tres años encerrarse en el retiro del templo, en donde á mas de las

(1) Apoc. VII, 9. — (2) II Cor. c. IV, 17. — (3) Luc. XVIII, 1. — (4) In Spec. c. 4. — (5) Sup. Miss. 80.

horas destinadas á la oracion, se levantaba á media noche para ir á orar delante del altar del templo, como ella misma lo reveló á santa Isabel vírgen (1). Y para meditar continuamente las penas de Jesús, segun dice Odilon, visitaba á menudo los lugares del nacimiento, pasion y sepultura del Señor. Además, fue su oracion enteramente recogida, como escribe san Dionisio Cartujano, y exenta de toda distraccion y de todo afecto desordenado (2).

La bienaventurada Vírgen, estimulada por su amor á la oracion, amó tanto la soledad, que como dijo á santa Brígida, se abstuvo de hablar en el templo hasta con sus santos padres. Meditando san Jerónimo sobre las palabras de Isaías: «Una Vírgen concebirá y parirá un hijo, «y su nombre será Emanuel (3),» dice que en hebreo la palabra vírgen significa propiamente *vírgen retirada*, y así hasta el Profeta vaticinó el amor de María á la soledad. Ricardo dice, que si el Ángel dijo aquellas palabras á la Vírgen: «El Señor es contigo,» fue en mérito de la soledad que ella tanto amaba (4). San Vicente Ferrer afirma que la divina Madre nunca salió de su casa sino para ir al templo, y entonces andaba con la mayor compostura, y fijos los ojos en tierra (5). Y cuando fue á visitar á santa Isabel caminó apresuradamente, y con eso, dice san Ambrosio, deben las vírgenes aprender á huir del público. San Bernardo afirma que el amor de María á la oracion y á la soledad hacia que cuidadosamente evitase las conversaciones con los hombres; por lo que el Espíritu Santo la llama *tortolilla* (6), palabra que explica Vergelio diciendo: La tórtola es ave solitaria, y designa la virtud unitiva del entendimiento (7). La bienaventurada Vírgen vivió siempre solitaria en este mundo como en un desierto; y por esto se dijo de ella: «¿Quién es es«ta que va subiendo por el desierto como una columni«ta de humo (8)?» Sobre cuyas palabras escribió el abad Ruperto: Así subiste por el desierto conservando la soledad en tu alma.

(1) Ap. S. Bon. de Vit. Christ. c. 3. — (2) De Laud. Virg. l. 2, art. 8. — (3) Cap. VII, 14. — (4) L. 1, c. 6. — (5) Serm. in Virg. Nat. — (6) Cant. I, 9. — (7) Ap. S. Bon. Dist. 7. — (8) Cant. III, 6.

Filon dice que el Señor no habla á las almas sino en la soledad; lo que Dios mismo declaró por Oseas: «La con«duciré á la soledad y le hablaré al corazon (1).» Por lo que exclama san Jerónimo: ¡Oh soledad en que Dios habla y conversa familiarmente con los suyos! San Bernardo dice que el silencio que en ella se goza, impele al alma á salir con el pensamiento de la tierra y á meditar los bienes del cielo. Vírgen santísima, alcanzadnos el amor á la oracion y á la soledad, para que desprendiéndonos del amor de las criaturas, aspiremos solo á Dios y al cielo, en donde esperamos veros algun dia para alabar y amar juntamente con Vos á vuestro Hijo Jesús por los siglos de los siglos. Amen.

«Acercaos á mí todos los que estais prendados de mi «amor, y saciaos de mis frutos (2).» Los frutos de María son sus virtudes.

Sola á Dios sin rival tú complaciste,
Y ni antes ni despues igual tuviste (3).

(1) Osee, II, 14. — (2) Eccli. XXIV, 26. — (3) Sedulius.

VARIOS OBSEQUIOS DE DEVOCION

Á

MARÍA SANTÍSIMA

Y

MODO DE PRACTICARLOS.

Tan generosa y agradecida es la Reina del cielo, dice san Andrés Cretense, que en recompensa de los mas mínimos servicios otorga grandes favores (1). Sin embargo, para ser así recompensado son necesarias dos cosas: la primera, que le ofrezcamos nuestros obsequios con el alma limpia de pecados; pues de lo contrario María nos desechará con la misma contestacion que dió á un soldado vicioso, que segun refiere san Pedro Celestino (2), practicaba diariamente algun acto de devocion en su honor. Un dia que estaba hambriento, se le apareció la Vírgen y le presentó algunas viandas exquisitas, pero dentro de una vasija tan súcia, que él no se atrevió á gustarlas. Yo soy, le dijo entonces María, la Madre de Dios que vengo á socorrer tu hambre. Pero en esta vasija, le respondió el soldado, me repugna comer. Y ¿cómo quieres tú, le replicó la Vírgen, que acepte yo tus devociones ofreciéndomelas con un alma tan entregada á los vicios? Al oir estas palabras el soldado se convirtió, hízose ermitaño, vivió por espacio de treinta años en el desierto, y apareciéndosele la Vírgen á la hora de su muerte, le llevó al cielo. En la primera parte he dicho que es imposible, moralmente hablando, que un devoto de María se condene; mas esto se entiende con la condicion de

(1) Or. II de Dorm. Virg. — (2) Opusc. c. 23.

que este viva sin pecados, ó desee á lo menos salir de ellos, porque en este caso María le ayudará. Pero si alguno quisiese pecar con la esperanza de que la santísima Vírgen le salvará, por culpa suya se haria indigno é incapaz de que le protegiese. La segunda condicion consiste en perseverar en la devocion de María: solo la perseverancia, dice san Bernardo, obtiene la corona (1). Acostumbraba Tomás de Kempis en su juventud dirigir algunas oraciones á la Vírgen; mas dejó un dia de rezarlas, despues por espacio de algunas semanas, y concluyó por dejarlas enteramente. Una noche vió en sueños que María abrazaba á sus compañeros, y que llegando á él: ¿Qué esperas, le dijo, tú que has dejado tus devociones? Apártate, que no eres digno de mis abrazos. Dispertóse Tomás amedrentado, y repitió sus acostumbradas oraciones. Bien dijo Ricardo: Quien invoque á María con perseverancia, será bienaventurado con su esperanza, porque alcanzará cuanto deseare (2). Mas como ninguno está cierto de esta perseverancia, tampoco puede estarlo de su salvacion hasta la muerte. No deja, pues, de ser una leccion bien memorable la que el hermano Juan Berchmans dió al morir á sus compañeros, cuando pidiéndole les dijera qué devociones podian practicar mas agradables á la Vírgen para alcanzar su proteccion, contestó: Cualquiera por mínima que sea, mientras se siga constantemente. Por esto añado aquí, simple y sucintamente, varias devociones que podemos hacer á nuestra Madre para obtener su gracia, las cuales, á mi ver, forman la parte mas útil de esta obrita. Pero no encargo tanto á mi amado lector que las abrace todas, cuanto que sea perseverante en las que eligiere, y que las practique con temor de perder la proteccion de la divina Madre, si llega á ser negligente en continuarlas. ¡Ah! ¡cuántos gimen ahora en el infierno que se habrian salvado si hubiesen continuado haciendo á María las devociones que una vez empezaron!

(1) Ep. CXXIX. — (2) Lib. 2, p. 48.

OBSEQUIO I.

Del Ave María.

Muchísimo agradece la Vírgen santísima esta salutacion angélica, porque con ella parece que se le renueva el gozo que inundó su alma cuando san Gabriel le anunció que seria Madre de Dios. A este fin debemos saludarla á menudo con el *Ave María*. Obsequiadla con la salutacion angélica, dice Tomás de Kempis, porque la oye con mucho gusto (1). La misma divina Madre dijo á santa Matilde que era la salutacion para ella mas agradable. El que saluda á María, será tambien saludado por ella, como san Bernardo oyó una vez de un modo muy inteligible que una imágen de la Vírgen le saludaba diciéndole: Dios te salve, Bernardo (2). La salutacion de María, dice san Buenaventura, consiste en alguna gracia con que siempre corresponde á quien la saluda. Gustosa nos saludará con la gracia, si con agrado la saludamos con el *Ave María* (3). Y Ricardo, añade: ¿Por ventura dejará de recibir mercedes el que se llega á la Madre del Señor diciéndole: *Ave María?* Prometió la Vírgen á santa Gertrudis tantos auxilios en la muerte, cuantas *Ave Marías* ella le hubiese dicho. Afirma el beato Alano que á la manera que al decirse esta oracion el cielo se alegra, así tiembla y huye el demonio: y Tomás de Kempis atestigua por experiencia que al decir *Ave María*, huyó al momento el demonio que se le apareció una vez (4).

La práctica de este obsequio consiste: 1.° En rezar diariamente al levantarse y al acostarse tres *Ave Marías*, postrado en tierra ó arrodillado, añadiendo á cada una esta breve oracion: «Por vuestra pura é Inmaculada «Concepcion, ó María, purificad mi cuerpo y santificad «mi alma;» pidiendo luego la bendicion á María como á Madre nuestra, conforme lo practicó san Estanislao; y poniéndose bajo la proteccion de Nuestra Señora, rogán-

(1) Serm. XXXI ad Nov. — (2) Marc. 20 Ang. — (3) Vide Auriem. off. Scamb. t. 1, c. 6. — (4) Serm. I ad Nov.

dole que nos preserve de pecado en el dia ó noche que sigue. Al efecto es bueno tener junto á la cama una piadosa imágen de la Vírgen.

2.° En rezar el *Angelus Domini*, etc., con las tres *Ave Marías* por la mañana, mediodía y noche. El primero que concedió indulgencias á esta devocion fué Juan XXII en ocasion, segun refiere el P. Crasset (1), de que un reo condenado á la hoguera, por haber invocado á María en la vigilia de su Anunciacion, permaneció ileso en medio de las llamas hasta en sus vestidos. Posteriormente Benedicto XIII concedió cien dias de indulgencia al que rezare el *Angelus*, y al cabo del mes indulgencia plenaria confesando y comulgando. El P. Crasset refiere otras indulgencias concedidas por Clemente X al que al fin de cada *Ave María* añada: Gracias á Dios y á María (2). Algun tiempo todos se arrodillaban cuando la campana tañia la señal del *Angelus*, de lo que parece se avergüenzan hoy dia algunos. Mas san Cárlos Borromeo no se ruborizaba de apearse de la carroza ó del caballo para rezarlo en la calle, y algunas veces en medio del lodo. Refiérese que un religioso, no queriéndose arrodillar al toque de las *Ave Marías*, vió que el campanario se inclinó tres veces, oyendo al mismo tiempo una voz que decia: Tú no haces lo que practican las cosas insensibles. Es de advertir que, segun ha explicado Benedicto XVI, en el tiempo pascual en lugar del *Angelus*, se reza en pié la antífona *Regina cœli*, etc., y desde las vísperas del sábado y todos los domingos del año se dice el *Angelus* tambien de pié.

3.° En saludar á la Madre de Dios con el *Ave María* cada vez que da la hora el reloj. Alfonso Rodriguez saludaba á María cada hora; y de noche los Ángeles le despertaban para que no dejase esta devocion.

4.° En saludar á la Vírgen con el *Ave María* al salir y al entrar en casa, para que fuera y dentro nos preserve de pecados, besándole cada vez los piés, como acostumbran hacerlo los religiosos Cartujos.

5.° En honrar con el *Ave María* las imágenes de la Vírgen que encontremos; á cuyo objeto quien le sea po-

(1) Tom. 1, tr. 6, part. 2. — (2) Loc. cit.

sible haga colocar en las paredes exteriores de su casa una hermosa imágen de María, á fin de que los transeuntes la saluden. En Nápoles, y aun mas en Roma, se ven bellísimas imágenes de Nuestra Señora por las calles, colocadas por los devotos.

6.° La santa Iglesia tiene dispuesto que todas las horas canónicas del oficio empiecen y terminen con la salutacion angélica; y á su ejemplo es muy provechoso que en el principio y fin de cada accion se diga siempre una *Ave María*. Digo de cada accion, ya sea espiritual, como la oracion, la confesion, la comunion, la lectura espiritual, el oir el sermon y otras semejantes; ya temporal, como el estudio, el dar consejo, el trabajo, el comer, el acostarse, etc. ¡Dichosas las acciones que estarán encerradas entre dos *Ave Marías!* Al despertarse por la mañana, al entregarse al sueño, en cualquiera tentacion, en todo peligro, ímpetu de cólera y otros semejantes, dígase siempre una *Ave María*. Practica, pues, mi amado lector, esta devocion, y experimentarás la grande utilidad que se reporta de ello; advirtiendo que por cada *Ave María* se ganan veinte dias de indulgencia (1). Refiere además el P. Auriema (2) que la Vírgen santísima prometió á santa Matilde una buena muerte si rezaba cada dia tres *Ave Marías* á su poder, sabiduría y bondad; y que reveló á la beata Juana de Francia, que el *Ave María* le era en extremo agradable, especialmente rezándola diez veces en honor de sus otras tantas virtudes, como puede verse en Marracio, quien relata las muchas indulgencias concedidas á estas diez *Ave Marías* (3).

Para comodidad de las almas devotas, transcribimos aquí algunas de las muchas indulgencias concedidas por los Sumos Pontífices á los que de varias maneras honran á esta Reina del cielo.

1.ª Al que dijese: «Sea bendita la santa é Inmacula-«da Concepcion de la bienaventurada Vírgen María,» están concedidos cien años de indulgencia; y si despues de la palabra *Inmaculada,* se añade, *y Purísima,* dice el P. Crasset que hay concedidas otras indulgencias para las almas del purgatorio.

(1) Ap. Viva de indulg. § últ. — (2) Loc. cit. — (3) Ap. Marrac. p. 25.

2.ª Cuarenta dias á la *Salve.*

3.ª Doscientos á las *Letanías.*

4.ª Veinte dias al que inclinare la cabeza á los santos nombres de Jesús y de María.

5.ª Al que dijere cinco *Padre nuestros* y *Ave Marías* á la pasion de Jesús y á los dolores de María, diez mil años.

6.ª Tres mil ochocientos años al que oyere misa.

7.ª Al que hiciere los actos cristianos con el propósito de recibir los santos Sacramentos en vida y á la hora de la muerte, Benedicto XII concedió siete años ; y continuándolos por un mes, indulgencia plenaria aplicable á las almas del purgatorio, y á sí mismo en el artículo de la muerte.

8.ª Al que rezare quince *Padre nuestros* y *Ave Marías* por los pecadores, la remision de la tercera parte de los pecados.

9.ª Al que hiciere media hora de oracion mental al dia, el papa Benedicto XIV concede muchas indulgencias, y plenaria una vez al mes confesando y comulgando.

10. Al que rezare la oracion *Alma de Cristo,* etc., trescientos dias.

11. Al que acompañare al Viático, cinco años, y seis si lo hiciese con luz, y si no pudiere , rezando un *Padre nuestro* y *Ave María,* cien dias.

12. Al que se arrodillare delante del santísimo Sacramento, doscientos dias.

13. Al que besare la cruz, un año y cuarenta dias.

14. Al que inclinare la cabeza al *Gloria,* treinta dias.

15. A los sacerdotes que antes de la misa rezaren: *Ego volo celebrare missam,* etc., cincuenta dias.

16. Al que besare el hábito de los religiosos, cinco años.

Otras indulgencias se pueden leer en el P. Viva (1). Procure, pues, cada cual disponerse para ganar estas indulgencias con un acto de contricion.

(1) Append. indulg. in calce Tract. § últ.

OBSEQUIO II.

De las Novenas.

Los fieles hijos de María celebran con atencion y fervor sumo las novenas de sus festividades, en las que la santísima Vírgen dispensa con acendrado amor sus innumerables y especialísimas gracias. Santa Gertrudis vió un dia cobijadas bajo el manto de la divina Madre innumerables almas, á las que la excelsa Reina contemplaba con mucho afecto, y comprendió que eran las que en los dias anteriores se habian preparado con devotos ejercicios para la fiesta de la Asuncion. Los que pueden practicarse en las novenas son los siguientes:

1.° Tener oracion mental mañana y tarde; visitar al santísimo Sacramento, añadiendo nueve *Padre nuestros, Ave María* y *Gloria Patri.*

2.° Hacer tres visitas á María ante alguna imágen suya, dando gracias al Señor por los privilegios que concedió á esta Señora; pedir cada vez á la Vírgen alguna gracia especial, y en una de estas visitas leer la oracion que anteriormente pusimos al fin de cada una de sus fiestas.

3.° Hacer muchos actos de amor (á lo menos ciento ó cincuenta á María y á Jesús), pues nada podemos practicar mas de su agrado, que amar á su Hijo, como ella misma lo dijo á santa Brígida: Si quieres obligarme, ama á mi Hijo Jesús.

4.° Leer cada dia de la novena por espácio de un cuarto de hora algun libro que trate de las glorias de la Vírgen.

5.° Imponerse algunas mortificaciones exteriores, como el cilicio, la disciplina ú otra semejante, con el ayuno ó absteniéndose en la mesa de frutas ú otro manjar delicado, á lo menos en parte, mascando asimismo alguna yerba amarga; y en la vigilia de la fiesta ayunar á pan y agua; mas todo esto debe hacerse siempre con licencia del padre espiritual. Las mejores mortificaciones que pueden practicarse en estas novenas son las in-

teriores, como abstenerse de mirar y oir por curiosidad, estar retirado, guardar silencio, obedecer, no contestar con impaciencia, sufrir con resignacion las adversidades y otras cosas semejantes, que pueden practicarse sin peligro de vanagloria y con doblado mérito, sin necesitarse la licencia del confesor. El mas útil ejercicio consiste en proponerse desde el principio de la novena enmendarse de algun defecto á que se suele ser mas propenso. Para conseguirlo es bueno en cada una de dichas tres visitas pedir perdon de las culpas pasadas, renovar el propósito de no cometerlas mas, é implorar el auxilio de María. El obsequio mas agradable á la Vírgen es imitar sus virtudes; por lo tanto será útil en cada novena proponerse imitar alguna virtud especial de María, la que se relacione mas al misterio, como por ejemplo en la fiesta de la *Concepcion*, la pureza de intencion, en el *Nacimiento*, la renovacion del espíritu saliendo de la tibieza, en la *Presentacion*, el desprendimiento de alguna cosa á la que tengamos mas aficion, en la *Anunciacion*, la humildad en sufrir los desprecios, etc., en la *Visitacion*, la caridad con el prójimo, haciendo limosnas, etc., á lo menos rogando por los pecadores, en la *Purificacion*, la obediencia á los superiores, y en la *Asuncion*, en fin, desprenderse de las cosas terrenas, y prepararse para la muerte, viviendo como si cada dia fuese el último de nuestra vida. De esta manera las novenas producen muy buenos resultados.

6.° Despues de la Comunion en el dia de la fiesta, es bueno además pedir el permiso al padre espiritual para comulgar con mas frecuencia durante el curso de la novena. El P. Séñeri decia que no podemos honrar mejor á María que recibiendo á Jesús. Y la misma reveló á una alma santa, como refiere el P. Crasset (1), que no se le puede ofrecer cosa mas grata que la sagrada Comunion, porque en esta Jesucristo recoge en las almas el fruto de su pasion; y así parece que la Vírgen solo desea de sus siervos la Comunion, diciéndoles: «Venid á comer el pan «y á beber el vino que os he preparado.»

7.° Por fin, en el dia de la fiesta, despues de la Co-

(1) Tom. 2, tr. 6, part. 6.

munion, debemos ofrecernos á servir á esta divina Madre, pidiéndole nos alcance la virtud que nos hayamos propuesto en la novena ú otra gracia especial. Es muy provechoso destinar cada año alguna otra festividad de la Vírgen, á la que tengamos mayor devocion y afecto, y prepararse en ella de un modo particular á fin de dedicarnos nuevamente y de un modo mas especial á su servicio, eligiéndola por nuestra Reina, Abogada y Madre (1), y pidiéndole perdon de las faltas en que incurrimos sirviéndola el año anterior, protestando hacerlo con mayor fidelidad en el siguiente; rogándole, por último, que nos acepte por siervos, y nos alcance una santa muerte.

OBSEQUIO III.

Del Rosario y del Oficio.

Como es notorio, la devocion del santísimo Rosario fue revelada á santo Domingo por la divina Madre, cuando, afligido el Santo y lamentándose á su Reina del grande daño que los herejes albigenses á la sazon causaban á la Iglesia, le dijo: «Este terreno será siempre estéril si no «descendiere sobre él la lluvia.» Entendió santo Domingo por esta lluvia la devocion del Rosario que él habia de publicar. Efectivamente, el Santo predicó por todas partes esta devocion, y los católicos la abrazaron, de manera que en la actualidad no hay devocion mas general entre los fieles, cualquiera que sea su condicion. ¿Qué no han dicho los herejes Calvino, Lutero y otros para desacreditar el Rosario? Mas es conocido el gran bien que esta augusta devocion ha reportado al mundo. ¡Cuántos por ella se libraron de sus pecados! ¡cuántos se convirtieron á una santa vida! ¡cuántos tuvieron una buena muerte y se salvaron! Léanse sino la multitud de libros que tratan de él; y baste saber que la Iglesia ha aprobado esta devocion, y los Sumos Pontífices la han enriquecido de indulgencias. Al que rezare la tercera parte del Rosario se le conceden setenta mil años de indulgencia, y al que le

(1) Al fin de este libro se ponen dos fórmulas de esta dedicacion, una para sí y otra para toda la familia.

reza entero ochenta mil, y mas aun si se reza delante de la capilla del Rosario. Benedicto XIII concedió al que rezare á lo menos la tercera parte del Rosario, con rosarios bendecidos por los Padres Dominicos, cuantas indulgencias hay concedidas á las coronas de santa Brígida, á saber: cien dias por cada *Ave María* y *Padre nuestro*. Además, el que reza el Rosario gana indulgencia plenaria en todas las principales fiestas de María y de la santa Iglesia, y tambien de los Santos dominicanos visitando sus iglesias habiendo confesado y comulgado. Mas debe advertirse que todo esto se entiende para los que están inscritos en el libro del Rosario, los cuales confesando y comulgando en el dia en que se inscriben ganan indulgencia plenaria, y cien años si llevaren el rosario; y si hicieren oracion mental media hora al dia, siete años por cada vez, y al fin del mes indulgencia plenaria.

Para ganar las indulgencias concedidas al Rosario es preciso meditar al mismo tiempo los misterios, los cuales se hallan en muchos libros: mas si alguno no los supiere, bastará que medite alguno de los misterios de la pasion de Jesucristo, como los azotes, la muerte, etc. Mas, es necesario tambien rezar el Rosario con devocion, sobre lo que debe advertirse lo que dijo la santísima Vírgen á la beata Eulalia, que mas agradecia cinco decenas rezadas con páusa y devocion, que quince aprisa y no tan devotamente. Por esto conviene decir el Rosario arrodillado delante de alguna imágen de la Vírgen, y hacer al principio de cada decena un acto de amor á Jesús y á María pidiéndoles alguna gracia. Adviértase así mismo que aprovecha mucho mas rezar el Rosario en compañía de otros, que rezarlo solo.

Respecto al *Oficio parvo* de Nuestra Señora, compuesto, segun se cree, por san Pedro Damian, Urbano II concedió muchas indulgencias al que lo rezare, y la santísima Vírgen ha manifestado varias veces cuán agradable le es esta devocion, como puede verse en el P. Auriema (1). Agradece tambien mucho que se reciten las letanías, á las que están concedidos doscientos dias de indulgencias por cada vez: el himno *Ave maris stella*, que la Vírgen

(1) T. 1, c. 8.

ordenó rezar á santa Brígida todos los dias, y especialmente el cántico del *Magnificat*, porque con este la alabamos con las mismas palabras con que ella alabó á Dios.

OBSEQUIO IV.

Del ayuno.

Muchos devotos de María en los sábados y vigilias de sus fiestas acostumbran ofrecerle el ayuno de pan y agua. Es sabido que el sábado está consagrado á la Vírgen por la santa Iglesia, porque en este dia, dice san Bernardo, permaneció constante en la fe despues de la muerte de su Hijo (1). Por esto los siervos de María le tributan en este dia algun obsequio particular, y especialmente el ayuno á pan y agua, á ejemplo de san Cárlos Borromeo, el cardenal Toledo y otros. Nitardo, obispo de Bamberga, y el P. José Arriga, de la Compañía de Jesús, no probaban en el sábado ninguna comida absolutamente. Las grandes gracias dispensadas por la Madre de Dios á los que han practicado este obsequio, pueden leerse en el P. Auriema (2). Baste por todas las misericordias que usó con un capitan de bandoleros, que por esta devocion mereció la gracia de quedar con vida despues de cortarle la cabeza, hallándose en desgracia de Dios, y pudo confesarse antes de morir, declarando que la santísima Vírgen por este ayuno con que la obsequiara le habia conservado la vida, y luego despues murió (3). Quien pudiere ser especial devoto de María, y particularmente el que hubiese merecido el infierno, nada excesivo haria ofreciéndole este ayuno del sábado. Yo soy de parecer que el que practica esta devocion difícilmente se condenará, pero no supongo por esto que si la muerte le sorprende en pecado mortal le haya de librar Nuestra Señora con un milagro, como sucedió á dicho bandido, pues estos prodigios de la divina misericordia se ven rarísimas veces, y fuera locura cifrar en ellos la salvacion eterna; pero digo solamente que al que le tribute este obsequio, la Vírgen le alcanzará fácilmente la perseverancia en la divina gracia

(1) Cap. 2 de Pass. — (2) T. 1, c. 17. — (3) Ap. Auriem. I, c. 17.

y una buena muerte. Todos los hermanos de nuestra mínima Congregacion, á quienes es posible ayunar á pan y agua, la practican el sábado en honor de María. Digo los que pueden, porque si alguno se hallase impedido de practicarlo por falta de salud, limítese á comer una sola vez el sábado, ú observe el ayuno ordinario, ó absténgase de comer fruta ó alguna otra vianda exquisita. Es necesario ofrecer en este dia obsequios especiales á Nuestra Señora, comulgar ú oir misa, visitar alguna imágen de la Vírgen, llevar cilicios ú otra cosa semejante. En las vigilias de las siete fiestas de María procure su devoto ofrecerle este ayuno á pan y agua, ó de la manera que le fuese posible.

OBSEQUIO V.

De las visitas á las imágenes de María.

Dice el P. Séñeri que no pudo el demonio consolarse mejor de las pérdidas que experimentó en la destruccion de la idolatría, que persiguiendo las sagradas imágenes por medio de los herejes. Pero la santa Iglesia las ha defendido aun con la sangre de los Mártires, y la divina Madre lo manifestó tambien con prodigios cuánto agradece el culto y visitas á sus imágenes. Á san Juan Damasceno le cortaron la mano por haber defendido con sus escritos las imágenes de María, pero su Reina se la restituyó milagrosamente. El P. Espinelli refiere que en Constantinopla todos los viernes despues de Vísperas se descorria por sí mismo un lienzo que velaba una imágen de la Vírgen, y concluidas las Vísperas del sábado se corria por sí solo. Á san Juan de Dios se le abrió tambien el velo de una imágen de la Vírgen, de modo que creyendo el sacristan que el Santo era un ladron, le dió un puntapié, pero el pié se le secó. Todos los devotos de María acostumbran visitar afectuosamente y á menudo las imágenes é iglesias dedicadas á su honor. Estas son, dice san Juan Damasceno, las ciudades de refugio en donde nos ponemos á cubierto de las tentaciones y de los castigos merecidos por las culpas cometidas. Cuando san Enrique,

emperador, entraba en una ciudad visitaba alguna iglesia de María. Él P. Tomás Sanchez acostumbraba no regresar á casa sin visitar antes alguna iglesia dedicada á la Vírgen. No pasemos, pues, un solo dia sin visitar á nuestra Reina en alguna iglesia, capilla, ó en nuestra propia casa, en donde será bueno construir al efecto en el lugar mas retirado de ella un pequeño oratorio con su imágen adornada de colgaduras, flores, velas ó lámparas, y en él podrán rezarse las Letanías, el Rosario, etc. A este fin compuse un librito, que se ha reimpreso ocho veces, sobre la visita, tanto al santísimo Sacramento, como á la bienaventurada Vírgen para todos los dias del mes. El devoto de María puede tambien hacer celebrar en una iglesia ó capilla alguna de sus fiestas solemnemente, haciendo preceder la novena con exposicion del santísimo Sacramento y hasta con sermon.

Creo que será muy útil referir aquí el suceso que refiere el P. Espinelli entre los milagros de María en el número 65. El año 1611 sucedió en el célebre santuario de María en *Monte Vergine,* que en la vigilia de Pentecostes, profanaron la fiesta muchas de las personas allí reunidas con bailes, crápulas y otros excesos, y en castigo vióse de repente la casa donde moraban, que era de tablas, incendiada con tanta violencia, que en menos de hora y media quedó reducida á cenizas, pereciendo mas de mil quinientas personas. Las cinco que sobrevivieron, depusieron con juramento haber visto á la misma Madre de Dios que con dos antorchas encendidas pegó fuego al edificio. Por esto ruego cuanto me es posible á los devotos de María que se abstengan de ir á semejantes santuarios de Nuestra Señora en tiempo de las romerías; porque mas fruto saca de ellas el infierno, que honor la divina Madre. Quien tenga esta devocion vaya á visitarlos en tiempo en que no haya concurso.

OBSEQUIO VI.

Del Escapulario.

Á la manera que los hombres estiman como un grande honor que otros lleven sus libreas, así María santísima

agradece á sus devotos que vistan su escapulario en prueba de que están dedicados á su servicio, y que se cuentan en el número de los familiares de la Madre de Dios. Los herejes modernos se burlan de esta devocion; pero la santa Iglesia la ha aprobado con muchas bulas é indulgencias. El P. Crasset (1) y Lezana (2), hablando del escapulario del Cármen, refieren que hácia el año 1251, la santísima Vírgen se apareció al beato Simon Stok, inglés, y entregándole el escapulario, le dijo que los que le vestieren se librarian de la eterna condenacion (3). El P. Crasset refiere además, que apareciéndose María al papa Juan XXII, ordenóle que hiciese saber á cuantos llevasen su escapulario que se librarian del purgatorio el sábado despues de su muerte, conforme así lo declaró despues el mismo Sumo Pontífice en su bula, confirmada luego por Alejandro V, Clemente VII y otros, como refiere el expresado P. Crasset en el lugar citado. Y conforme noté en la primera parte (4), Paulo V indica lo mismo y parece que explica las bulas de los Pontífices sus antecesores, prescribiendo en la suya las condiciones á que deben atemperarse para ganar las indulgencias concedidas; esto es, la castidad, segun el estado de cada uno, y el rezo del Oficio parvo de la Vírgen, y al que no le sea posible rezarlo, á lo menos la observancia de los ayunos que prescribe la Iglesia, absteniéndose de comer carne el miércoles. Las indulgencias concedidas, tanto á este escapulario del Cármen como á los demás de los Dolores de María, de la Merced, y especialmente al de la Concepcion, son innumerables, parciales y plenarias, en la vida y en el artículo de la muerte. En cuanto á mí, he cuidado de tomar todos los referidos escapularios. Debe saberse que particularmente el de la Inmaculada Concepcion, que bendicen los Padres Teatinos, á mas de las indulgencias particulares, tiene concedidas las de cualquiera religion, lugar pio y persona. Y especialmente rezando seis *Padre nuestros, Ave María* y *Gloria* en honor de la santísima Trinidad y de María Inmaculada se ganan *toties quoties*, todas las indulgencias de Roma, de la Porciúncula, de Jerusalen y de Galicia, que ascienden á

(1) Tom. 2, tr. 6, par. 4.—(2) In Marc. 5, n. 10.—(3) Ap. Lez. l. c.—(4) Cap. 8, § 2.

quinientas treinta y tres indulgencias plenarias, sin contar las parciales, que son innumerables. Todo esto es extractado de un opúsculo publicado por los mismos Padres Teatinos.

OBSEQUIO VII.

Del ingreso en las Congregaciones ó Cofradías de María.

Algunos críticos desaprueban las Congregaciones ó Cofradías de María diciendo que á veces son el orígen de pleitos, y que muchas personas se inscriben en ellas por fines meramente humanos. Mas así como no deben condenarse las iglesias y los Sacramentos porque haya muchos que abusen de ellos; tampoco deben reprobarse las Congregaciones ó Cofradías. Los Sumos Pontífices en vez de esto las han aprobado, elogiándolas mucho, y enriqueciéndolas con indulgencias. San Francisco de Sales (1) exhorta encarecidamente á los seculares á que ingresen en las Congregaciones. Y ¿qué no hizo san Cárlos Borromeo para establecerlas y aumentarlas? Principalmente en sus sínodos recomienda á los confesores que procuren hacer entrar en ellas á los penitentes (2); y con razon, porque estas Congregaciones, especialmente la de Nuestra Señora, son otras tantas arcas de Noé, en las cuales los seculares hallan refugio en el diluvio de las tentaciones de los pecados que inundan el universo. En cuanto á nosotros, en el ejercicio de las misiones hemos conocido positivamente la utilidad de las Congregaciones. Regularmente hablando, mas pecados comete un hombre que no frecuente las Congregaciones, que veinte de los que pertenecen á ellas. Se puede decir que la Congregacion es como la torre de David, de la cual «cuelgan mil escu«dos, toda armadura de valientes (3),» siendo por esto las Congregaciones y Cofradías muy provechosas, pues en ellas encuentran los congregantes defensa contra el infierno, y se practican los medios para conservarse en la divina gracia, en que los seculares difícilmente se ejercitan fuera de ellas.

(1) En su introduccion á la *Vida devota*, p. 2, c. 15. — (2) Act. Med. tom. 1, c. 6, 58. — (3) Cant. IV, 4.

En primer lugar, uno de los medios para salvarse es el meditar las máximas eternas: «Acuérdate de tus postri-«merías, y nunca pecarás (1).» El motivo de perderse muchas personas es porque no piensan en ellas. «Toda la «tierra se halla terriblemente desolada, porque no hay «quien reflexione en su corazon (2).» Mas los que van á las Congregaciones ó Cofradías, se disponen á pensar bien en tantas meditaciones, leyendas y sermones como en ellas se hacen. «Mis ovejas oyen la voz mia (3).» En segundo lugar, para salvarse es necesario encomendarse á Dios: «Pedid y recibiréis (4).» Y en la Congregacion ó Cofradía sus indivíduos lo practican continuamente, y Dios oye mas fácilmente sus oraciones, porque él mismo dice que otorga muy gozoso sus gracias á los que oran en comun: «Si dos de vosotros se reunieren sobre la tier-«ra para pedir alguna cosa, sea la que fuere, mi Padre se «la concederá (5).». Respecto á esto san Ambrosio dice: Muchos pequeños congregados se hacen grandes, y no es posible que se desoigan los ruegos de muchos. En tercer lugar, los congregantes ó cofrades frecuentan mas los Sacramentos, tanto por las reglas, como por los ejemplos de los demás hermanos. Y por esto se obtiene mas fácilmente la perseverancia en la divina gracia, pues declara el santo concilio de Trento que la Comunion es un antídoto que nos libra de las culpas cotidianas, y nos preserva de los pecados mortales (6). En cuarto lugar, á mas de la frecuencia de Sacramentos en las Congregaciones ó Cofradías se hacen muchos ejercicios de mortificacion, de humildad y de caridad con los hermanos enfermos y con los pobres. Sobremanera útil seria que cada Congregacion estableciese este santo uso de asistir á los enfermos pobres del país.

Tambien seria provechoso que se estableciese en honor de la divina Madre la *Congregacion secreta* de los hermanos mas fervorosos. Hé aquí el resúmen de los ejercicios que suelen practicar.

1.° Se tiene media hora de lectura.
2.° Se rezan Vísperas y Completas del Espíritu Santo.

(1) Eccli. VII, 40. — (2) Jerem. XII, 11. — (3) Joan. X, 27. — (4) Joan. XVI, 24. — (5) Matth. XVIII, 19. — (6) Sess. XIII, c. 2.

3.° Las Letanías de la Vírgen, durante las cuales los hermanos nombrados al efecto se sujetan á algunas mortificaciones sosteniendo la cruz sobre los hombros y otras penitencias semejantes.

4.° Se medita por espacio de un cuarto de hora en la pasion de Jesucristo.

5.° Se acusan todos por sí mismos de las culpas cometidas contra las reglas, y el Padre les impone la penitencia.

6.° Un hermano lee el ramillete de mortificaciones practicadas en la semana anterior, y publica las novenas que van á empezarse, etc. Finalmente, se tiene la disciplina por espacio de un *Miserere* y una *Salve*, y luego besan los piés del Crucifijo puesto al pié del altar.

Las reglas consisten en que cada hermano:

1.ª Tenga todos los dias oracion mental.

2.ª Visite al santísimo Sacramento y á la Vírgen.

3.ª Haga el exámen de conciencia por la noche.

4.ª Lea algun libro espiritual.

5.ª Evite los juegos y conversaciones mundanas.

6.ª Frecuente la Comunion y practique alguna mortificacion, como la cadena, la disciplina, etc.

7.ª Encomiende á Dios diariamente las almas del purgatorio y los pecadores.

8.ª Hallándose un hermano enfermo, están los demás obligados á visitarle.

Mas, volvamos á nuestro asunto.

En quinto lugar, ya se ha dicho cuanto aprovecha para salvarse el obsequiar á la Madre de Dios; y ¿qué otra cosa hacen los hermanos en la Congregacion ó Cofradía sino servirla y complacerla? En ella se consagran á su servicio, eligiéndola de una manera especial por su Señora y Madre, y se inscriben en los libros de los hijos de María; y siendo así siervos é hijos distinguidos de la Vírgen, ella á su vez les protege en la vida y en la muerte, de modo que puede decirse que entrando en ella reciben toda especie de bienes (1).

Dos cosas debe proponerse todo hermano; primera ingresar en la Congregacion ó Cofradía con el único fin de

(1) Sap. VII, 11.

servir á Dios en su santísima Madre, y de salvar su alma, y segunda no faltar á la Congregacion ó Cofradía en los dias establecidos, prescindiendo de los negocios mundanos, porque en ella debe tratar del negocio mas importante que pueda ocuparle en la tierra, que es su eterna salvacion. Procure tambien enrolar á cuantos pueda en la Congregacion ó Cofradía, y especialmente que ingresen de nuevo los hermanos que se hubieren separado de la misma. ¡Cuán tremendos castigos ha impuesto Dios á los que abandonaron la Congregacion de Nuestra Señora! Un cofrade que en Nápoles se habia separado de la Congregacion, exhortado despues á que volviese á ingresar en ella, contestó: «Primero me dejaré quebrar las «piernas y cortar la cabeza;» el desdichado fue profeta, pues al cabo de poco tiempo sus enemigos le quebraron las piernas y le cortaron la cabeza (1). Mas á los cofrades que perseverán, María les colma de bienes temporales y espirituales. «Todos sus siervos van cubiertos con un do«ble vestido (2).» El P. Auriema refiere las especiales gracias otorgadas por María á sus cofrades en la vida y en la muerte, pero principalmente en la hora postrera (3). Refiere el P. Crasset (4) que en el año 1586, un jóven moribundo quedó dormido, y al dispertar dijo á su confesor: ¡Oh padre mio! de qué gran peligro de condenarme me ha librado mi Señora. Los demonios presentaron mis pecados al tribunal del Señor, y yá se preparaban para arrastrarme al infierno, cuando la santísima Vírgen se interpuso, diciéndoles: «¿Dónde llevais á este jóven? «¿qué razon teneis contra un siervo mio que me ha ser«vido tanto tiempo en mi Congregacion?» y los demonios huyeron al instante y de este modo me he librado de sus manos. El mismo autor refiere que otro hermano tambien en la hora de la muerte sostuvo un combate con el infierno, mas habiendo triunfado, exclamó lleno de gozó: «¡Oh cuán bueno es servir á la bienaventurada «Madre en su Congregacion!» Y espiró lleno de consuelo. Cuenta además que en Nápoles estando el Duque de Pópuli para morir, habló así á su hijo: «Has de saber,

(1) Ap. Serm. de Cong. p. 1. — (2) Prov. c. XXXI, 21.
(3) Tom. 2, cap. 4. — (4) Tom. 2, p. 8.

«hijo mio, que el poco bien que he hecho en mi vida, lo «debo á mi Congregacion, y por tanto el mayor bien que «te lego es la Congregacion de María. Aprecio mas mi «calidad de congregante que la de duque de Pópuli.»

OBSEQUIO VIII.

De la limosna en obsequio de María.

Acostumbran los devotos de María, especialmente en el dia del sábado, hacer limosna en honor de la divina Madre. San Gregorio habla en sus *Diálogos* de un zapatero, llamado Deodato, que el sábado distribuia entre los pobres cuanto ganara en la semana; y una alma santa vió, en una vision, un suntuoso palacio que Dios aparejaba en el cielo para este siervo de María, el cual no se construia sino en sábado. San Gerardo jamás negaba cosa alguna que se le pidiese en nombre de María, y lo mismo hacia el P. Martin Gutierrez, de la Compañía de Jesús, quien confesó que nunca pidió gracia alguna á María que no se la alcanzara. Habiendo sido muerto por los hugonotes, la divina Madre apareció á sus compañeros con un coro de vírgenes, á las cuales hizo envolver el cuerpo con una sábana y se lo llevó (1). La misma práctica seguia Eberardo, obispo de Salzburgo; y un santo monje le vió en figura de un niño en los brazos de María, quien le decia: «Este es mi hijo Eberardo, que «jamás me negó nada.» Lo mismo hacia tambien Alejandro de Ales, que siendo instado en nombre de María por un lego de san Francisco para que se hiciese franciscano, dejó el mundo y entró en esta Religion (2). Complázcanse, pues, los devotos de la Vírgen en dar todos los dias en su honor una pequeña limosna, aumentándola el sábado. Y si sus facultades no se lo permitieren, hagan á lo menos por amor de María alguna otra obra de caridad, como asistir á los enfermos, rogar por los pecadores, por las almas del purgatorio, etc. Las obras de misericordia son muy agradables al corazon de esta piadosa Madre.

(1) Ap. P. Pepe, tom. 5, lec. 245 in fin. — (2) P. Auriem. tom. 1, cap. 12.

OBSEQUIO IX.

De la frecuente invocacion á María.

Tengo por indudable que entre todas las prácticas de devocion ninguna es tan agradable á nuestra Madre como el invocarla con frecuencia en todas las necesidades particulares, como por ejemplo, para tomar á dar consejo, ó en los peligros, en las aflicciones y tentaciones, especialmente contra la pureza. La divina Madre nos librará ciertamente de ellas si la invocamos con la antífona: «Bajo tu amparo,» ó con el *Ave María*, ó pronunciando solamente el santo nombre de María, que tiene una fuerza particular contra los demonios. El beato Santi, franciscano, en una tentacion contra la pureza invocó á María, y apareciéndosele la Vírgen le puso la mano sobre el pecho y le libró. Tambien aprovecha en tales casos besar ó estrechar el rosario entre las manos, ó el escapulario, ó mirar alguna imágen de la divina Madre. A mas de esto Benedicto XIII concedió cincuenta dias de indulgencia al que pronuncia los nombres de Jesús y de María.

OBSEQUIO X.

Prácticas diversas en honor de María.

1.° Celebrar ó hacer celebrar, ú oir misa en honor de la Vírgen. Cierto es que el santo sacrificio de la misa solo puede ofrecerse á Dios, como efectivamente se hace en reconocimiento de su supremo dominio; pero esto no impide, conforme dice el sagrado concilio de Trento (1), que pueda ofrecerse al mismo tiempo á Dios en hacimiento de gracias por los favores que ha dispensado á los Santos y á su divina Madre, á fin de que celebrando su memoria, se digne interceder por nosotros. Y por esto se dice en la misa: «Para que á ellos les sirva de gloria, y á nos«otros nos aproveche para nuestra salvacion.» El obsequio de la misa y el de decir tres *Padre nuestros*, *Ave Marías* y *Gloria* á la santísima Trinidad, en accion de gracias por las concedidas á María, le agrada particular-

(1) Sess. XXXII, c. 3.

mente, como ella misma lo reveló á una alma piadosa; pues no pudiendo la Vírgen dar bastante gracias al Señor por todas las prerogativas que le concedió, aprecia mucho que sus hijos la ayuden á practicarlo.

2.° Reverenciar á los Santos mas allegados á María, como san José, san Joaquin, santa Ana. La Vírgen recomendó cierta vez á un caballero la devocion á santa Ana, su Madre (1). Venerar asimismo á los Santos mas devotos de la divina Madre, como san Juan Evangelista, san Juan Bautista, san Bernardo, san Juan Damasceno, defensor de sus imágenes, san Ildefonso, defensor de su virginidad, etc.

3.° Leer diariamente algun libro que trate de las glorias de María. Predicar ó insinuar á todos, especialmente á los deudos, la devocion á la divina Madre. Un dia dijo la Vírgen á santa Brígida: «Haz que tus hijos sean «hijos mios.» Rogar cada dia por los vivos y difuntos mas devotos de María.

Omito otras devociones que se hallan en varios libros, como de los *Siete gozos*, de los *Doce Privilegios de María* y otras semejantes, y doy fin á esta obra con las bellas palabras de san Bernardo (2): «¡Oh mujer bendita entre «todas las mujeres, Vos sois la honra del género huma-«no, la salud de nuestro pueblo! Vos teneis un mérito «cási infinito y un entero poder sobre todas las criatu-«ras. Sois la Madre de Dios, la Señora del mundo, la Rei-«na del cielo. Sois la Dispensadora de todas las gracias, «el ornamento de la santa Iglesia; el modelo de los jus-«tos, el consuelo de los Santos, y la raíz de nuestra re-«dencion. Sois la alegría del paraíso, la puerta del cielo, «la gloria de Dios. Hé aquí cuánto podemos decir en «vuestra alabanza. Os suplicamos, por tanto, ó Madre de «bondad, que suplais nuestras flaquezas, que disimuleis «nuestro atrevimiento, que acepteis nuestros servicios, «y que bendigais nuestras fatigas, imprimiendo en el «corazon de todos vuestro amor, á fin de que despues de «haber honrado y amado á vuestro Hijo sobre la tierra, «podamos alabarle y bendecirle eternamente en el cie-«lo. Amen.»

(1) Barry. Par. ap. — (2) Serm. LXI.

Y con esto, lector mio querido y hermano amante de nuestra Madre María, te dejo diciéndote: Continúa alegremente honrando y amando á esta buena Señora; procura tambien hacerla amar de cuantos te sea posible y no vaciles; confia seguramente en que si perseverares en la verdadera devocion á María hasta la muerte, indudablemente te salvarás. Concluyo, no porque no me quede todavía que decir de las glorias de esta gran Reina, sino para no molestarte mas. Lo poco que he escrito, bien puede bastarte para que te enamores de este gran tesoro de la devocion á la Madre de Dios, á lo que ciertamente no dejará de corresponder con su poderoso patrocinio. Agradece, pues, el deseo que me ha animado en esta obra de verte salvo y santo, y convertido en hijo amante y devoto de esta amabilísima Reina. Y si conoces que este libro mio haya contribuido algo á ello, por caridad te ruego que me encomiendes á María, y que le pidas para mí la gracia que yo para tí le pido, á saber, que algun dia nos veamos juntos en el cielo á sus piés, reunidos con todos los demás hijos suyos.

Y dirigiéndome finalmente á Vos, ó Madre de mi Señor, ó Madre mia María, suplícoos que os sea agradable este mi pobre trabajo, y mi deseo de veros alabada y amada de todo el mundo. Vos bien sabeis cuánto he deseado concluir esta obrita de vuestras glorias antes que se acabara mi vida, la que ya se acerca á su fin. Ahora digo que muero contento, dejando en la tierra este libro que continuará en alabaros y predicaros, como he procurado hacerlo en estos años de mi conversion que por vuestro medio he alcanzado de Dios. ¡Oh María Inmaculada! os encomiendo todos los que os aman, y especialmente los que leerán este libro, y mas particularmente los que tendrán la caridad de encomendarme á Vos. Dad á todos, Señora, la perseverancia, y la santidad, y conducidnos á alabaros juntos en el cielo. ¡Oh mi dulcísima Madre! verdad es que soy un infeliz pecador, mas yo me envanezco de amaros, y espero de Vos grandes cosas, y entre otras el morir amándoos. En las angustias de mi muerte, cuando el demonio me atormente con mis pecados, espero que la pasion de Jesús y vuestra interce-

sion me han de confortar para salir de esta miserable vida en gracia de Dios, y poder amarle y daros gracias á Vos, Madre mia, por los siglos de los siglos. Amen. Así lo espero, así sea.

Señora, dí por nosotros á tu Hijo: No tienen vino. ¡Cuán esclarecido es el cáliz de este vino que nos embriaga! El amor de Dios nos hace despreciar al mundo, nos enardece, nos fortifica; nos adormece para las cosas temporales, y nos dispierta para las invisibles (1).

Tú eres el campo lleno, colmada de virtudes y de gracias. Tú te elevaste como aurora brillante y rubicunda, porque exenta del pecado original, naciste esplendente con el conocimiento de la verdad, y rubicunda con el amor de la virtud: el enemigo no puede mancillarte, porque te defienden mil escudos y todas las armas de los fuertes. No hay virtud que no resplandezca en tí, y tú sola posees todo lo que reunieron cada uno de los Santos (2).

Ó Señora, mediadora y abogada nuestra, recomiéndanos á tu Hijo. Haz, ó bendita, por la gracia que merecisste, que él mismo que por tu medio dignóse participar de nuestra debilidad y miseria, por tu intercesion nos haga partícipes de su bienaventuranza y gloria (3).

Bella rosa, pura y pia,
Que á tus devotos tanto amas,
Enardece en santas llamas
De tu amor el alma mia.
Y cuando en el postrer dia
De mi existencia mortal
Deje el mundo terrenal
Haz que yo espire en tu amor
Y que me admita el Señor
En la patria celestial.

(1) San Bernardo ú otro autor *in Salv. Reg.* Serm. IV.—(2) Ibidem.—(3) Ibidem.

VIVA JESÚS, MARÍA, JOSÉ Y TERESA.

APÉNDICE DE VARIOS EJEMPLOS

PERTENECIENTES

Á

MARÍA SANTÍSIMA.

No faltan quienes preciándose de estar libres de preocupaciones no quieren dar fe á otros milagros que á los que se registran en las santas Escrituras, teniendo los demás por novelas ó fábulas de mujeres; y para esos tales viene muy al caso una justa reflexion del docto y piadoso P. Crasset (1), que dice, que cuanto mas las personas de bien son fáciles en creer los milagros, tanto mas lo son los malvados á burlarse de ellos; y que así como es debilidad el dar crédito á todo, tambien el negar todos los milagros, que nos atestiguan hombres sábios y piadosos, ó sabe á infidelidad, pensando que sean imposibles á Dios, ó sabe á temeridad, rehusando dar crédito á tales autores. ¿Podemos dar fe á un Tácito y á un Suetonio, y negarémos sin temeridad nuestro asentimiento á autores cristianos doctos y de probidad? «Menor peligro «hay, decia el P. Canisio (2), en creer y recibir lo que con «alguna probabilidad nos refieren personas de bien, lo «que no solo no es reprobado por los doctos, sino que sir«ve á la edificacion del prójimo, que en rechazarlo todo «con un espíritu temerario y de desprecio.»

(1) Ep. 2, tr. 6, part. 20. — (2) Lib. 5 de Deip, c. 18.

EJEMPLO 1.

En Germania un hombre que cometió un grave pecado, no queria confesarlo, y no pudiendo sobrellevar el remordimiento de su conciencia, se fue al rio para arrojarse á él, pero se contuvo, y llorando rogó á Dios que le perdonase sin confesarse. Una noche mientras dormia sintió que le tocaban el hombro y una voz que le decia: *Vé á confesarte*. Fuése á la iglesia; pero tampoco se confesó. Oyendo otra noche la misma voz, volvió al templo, y habiendo entrado en él dijo que primero queria morir que confesar su pecado; pero antes de volverse á su casa quiso encomendarse á María santísima, cuya imágen se hallaba en la misma iglesia, y apenas se habia arrodillado, advirtió en sí mismo una gran mudanza; levantándose al instante, llamó al confesor, y llorando amargamente por la gracia que la Vírgen le habia dispensado, confesó todos sus pecados, y despues dijo que habia experimentado mayor contento que si hubiese ganado todo el oro del mundo (1).

EJEMPLO 2.

Navegando un jóven noble, se puso á leer un libro obsceno al que tenia mucha aficion. Habiéndole preguntado un religioso si haria algun sacrificio por nuestra Señora, contestó que sí. Quisiera, pues, replicó luego el religioso, que por amor de la santísima Vírgen rasgases este libro y lo echases al mar. Tomadlo, Padre, dijo el jóven, quiero que vos mismo hagais esta ofrenda á María. Efectivamente, así lo hizo el Padre, y apenas el jóven habia regresado á Génova, su patria, la Vírgen le inflamó de tal manera el corazon, que se hizo religioso (2).

EJEMPLO 3.

Habia en el monte Olivete un ermitaño que tenia en su celda una devota imágen de María ante la cual oraba á menudo, y el demonio, por despecho, le atormentaba continuamente con tentaciones deshonestas, de suerte que no pudiendo el anciano cenobita librarse de ellas, á

(1) Annal. Soc. 1640 ap. Auriem. Aff. Scamb. t. 3, c. 7.—(2) Ann. Marian. 1565.

pesar de las mortificaciones que se imponia, preguntó al espíritu de las tinieblas, ¿qué le habia hecho para que le atormentase de ese modo? A lo que le contestó, apareciéndosele: Mayor es el tormento que recibo yo de tí; añadiendo, que si le juraba guardar el secreto, le diria lo que debia dejar de practicar, y que no le molestaria mas. El ermitaño lo juró, y entonces le dijo el demonio que queria no mirase nunca la imágen que tenia en su celda. Confuso el ermitaño, fue á aconsejarse con el abad Teodoro, quien le dijo que no estaba obligado á cumplir el juramento, y que de ninguna manera dejase de encomendarse á la Vírgen en aquella imágen, como antes lo practicaba. Así lo hizo el ermitaño, y el demonio quedó burlado y vencido.

EJEMPLO 4.

Fué una vez á confesarse con el P. Onofre de Anna una señora muy atemorizada que tuvo trato ilícito con dos jóvenes, uno de los cuales habia muerto al otro por celos. Contó al Padre que en la misma hora que murió aquel infeliz jóven se le habia aparecido vestido de negro y cargado de cadenas, arrojando fuego por todas partes, con una espada en la mano, y que al levantar la mano para cortarle el cuello, ella temblando le preguntó qué daño le habia hecho para querer matarla; á lo que el condenado contestó con la mayor indignacion: «Tú me has he«cho perder á Dios.» Entonces invocó á la bienaventurada Vírgen, y al momento en que pronunció el santísimo nombre de María, desapareció la sombra sin que volviese á verse jamás (1).

EJEMPLO 5.

Predicando santo Domingo en Carcasona de Francia, condujeron á su presencia un hereje albigense, del cual se habian posesionado los demonios, por desacreditar públicamente la devocion del santísimo Rosario. El Santo mandó de parte de Dios á los espíritus malignos que manifestasen si eran ciertas las cosas que ellos mismos habian dicho acerca el santísimo Rosario. Entonces los de-

(1) In Vit. Ant. de Collel, c. 32, § 5.

monios dijeron: «Todo lo que este enemigo ha dicho de «María y del santísimo Rosario es cierto.» Y añadieron que ellos no tenian ningun poder contra los siervos de María: y que muchos, á pesar de sus pocos méritos, invocando á María en la hora de la muerte, se salvaban. Luego santo Domingo hizo rezar el Rosario al pueblo, y ¡oh maravilla! á cada *Ave María* salian del cuerpo de aquel desdichado muchos demonios en forma de carbones encendidos, y al finalizar el Rosario, quedó enteramente libre de ellos. A vista de eso se convirtieron muchos herejes (1).

EJEMPLO 6.

Hallábase en un monasterio la hija de un príncipe, la cual, á pesar de su buena índole, como tuviese disipado el espíritu, progresaba poco en la virtud. Mas, emprendiendo rezar el Rosario con los misterios, conforme se lo encargó un buen confesor, se obró en ella un cambio tan radical, que fue el modelo de las demás monjas, por lo que ofendiéndose estas intentaron por todos los medios posibles hacerla dejar la vida que emprendia. Mas rezando el Rosario suplicando á María que la ayudase en aquella persecucion, vió caer una carta del altar. El sobrescrito decia: «María Madre de Dios á su hija Juana, «salud.» Y el contenido era el siguiente: «Mi querida hi«ja, prosigue rezando mi Rosario, apártate de las que te «estorban vivir bien, evita el ocío y la vanidad, y quita «de tu celda las cosas inútiles, que yo te protegeré jun«to con Dios.» Visitando despues el abad el monasterio procuró reformarle; pero sin éxito. Un dia observó que muchos demonios entraban en todas las celdas de las monjas, mas no en la de Juana, porque los echaba de allí la divina Madre, á cuyos piés vió á Juana en oracion. Sabiendo por esta su devocion de rezar el Rosario, y que habia recibido la carta referida, ordenó que todas dijesen el Rosario; y segun refiere la historia, el monasterio convirtióse en un paraíso (2).

(1) Paciuch. in Sal. Ang. exc. 4, c. n. 10.
(2) Bonif. lib. 4, c. 4 ex B. Alan, etc.

EJEMPLO 7.

En Roma una mala mujer, llamada *Catalina la Hermosa*, oyendo una vez á santo Domingo predicar la devocion del santísimo Rosario, inscribióse en el libro de la Cofradía, pero á pesar de que empezó á rezarlo, seguia en su mala vida. Habiendo ido un jóven, que parecia noble, á encontrarla, le recibió cortesmente; y estando en la mesa, observó que cuando el jóven cortaba el pan, caian de sus manos algunas gotas de sangre, y que todas las viandas que tomaban estaban teñidas de sangre. Preguntóle de dónde procedia aquella sangre, y el jóven le contestó que el cristiano no debe comer nada que no esté teñido con la sangre de Jesucristo, y condimentado con la memoria de su pasion. Al oir esto, pasmada le preguntó, ¿quién era? Luego te lo diré, contestó el jóven; y pasando á otro aposento, mudó el jóven de semblante, y se le apareció coronado de espinas, con las carnes destrozadas, y le dijo: ¿Quiéres saber quien soy? ¿no me conoces? Catalina, ¿cuándo cesarás de ofenderme? Mira cuanto padecí por tí. Ea, pues, bastante me hiciste sufrir, cambia de costumbres. Al oir esto prorumpió Catalina en amargo llanto, y Jesús animándola le dijo: Amame, pues, ahora tanto, cuanto me ofendiste, y sepas que te he concedido esta gracia por el Rosario que rezas á mi Madre, y á este punto desapareció. Catalina fué á confesarse con santo Domingo; distribuyó entre los pobres cuanto poseia, y llevó una vida tan santa, que llegó á una sublime perfeccion. La Vírgen se le apareció varias veces; y el mismo Jesús reveló á santo Domingo, que amaba mucho á esta penitente (1).

EJEMPLO 8.

Refiere el beato Alano que una señora llamada Dominga, que habia acostumbrado rezar el Rosario, habiéndole dejado, quedó reducida á una pobreza tan extrema, que un dia llena de desesperacion dióse tres cuchilladas. Estaba ya para espirar y los demonios se preparaban á llevársela al infierno, cuando se le apareció María santísi-

(1) Diotal. t. 2. Domen. Quinquag.

ma diciéndole: Hija, tú te has olvidado de mí, pero yo no he querido olvidarme de tí, en recompensa del Rosario que en otro tiempo me rezabas. Si prosigues rezándole te devolveré la vida y las riquezas que perdiste. Sanó luego, y habiendo continuado rezando el Rosario, recobró sus bienes, y en la hora de la muerte María volvió á aparecérsele, colmándola de alabanzas por su fidelidad, y espiró en santa paz (1).

EJEMPLO 9.

En Zaragoza habia un noble muy perverso, llamado Pedro, pariente de santo Domingo. Un dia en que el Santo estaba predicando, vió á Pedro entrar en la iglesia, y rogó al Señor que manifestase á su auditorio el estado del infeliz pecador, y Pedro apareció como un mónstruo del infierno, destrozado y rodeado de muchos diablos. Huyeron todos, hasta su mujer que se hallaba en la iglesia, y los criados que la acompañaban. Entonces santo Domingo le envió á decir por un compañero suyo que se encomendase á María, y rezase el Rosario que le enviaba. Habiendo recibido Pedro el recado se humilló, dió las gracias al Santo, y alcanzó ver por sí mismo á los demonios que le rodeaban. Fué á confesarse con el mismo Santo derramando un mar de lágrimas, y este le aseguró que estaba ya perdonado. Continuando en la devocion al Rosario llegó despues á tal estado de felicidad, que un dia el Señor le hizo aparecer públicamente en la iglesia con tres coronas de rosas en la cabeza (2).

EJEMPLO 10.

Vivia en los montes de Trento un famoso bandido, que amonestado por un religioso para que mudase de vida, contestó que no habia salvacion para él. El religioso le aconsejó que ayunase en el sábado en honor de María y no molestase á nadie, que ella le alcanzaria la gracia de no morir enemistado con Dios. Agradeció el bandido el buen consejo é hizo voto de cumplirlo; y á fin de no faltar á él en lo sucesivo, en el sábado iba sin armas. Sucedió que en este dia se halló en la corte, y para no infrin-

(1) Ap. Auriem. tom. 2, c. 11.— (2) Cartag. t. 4, l. ult. § 114.

gir el voto, dejóse prender sin resistirse. Viéndole el juez encanecido, deseaba librarle de la muerte; pero hallándose él ya arrepentido por gracia de María, dijo que queria morir en penitencia de sus pecados. En la misma sala del tribunal confesó públicamente todas las culpas de su vida, derramando tantas lágrimas, que enterneció á los circunstantes. Fue decapitado y enterrado sin ninguna ostentacion; pero despues se vió á la Madre de Dios que hizo exhumar el cadáver por cuatro vírgenes, y envolverlo con un rico paño bordado de oro; y llevándole á la puerta de la ciudad, dijo á la guardia: Decid de mi parte al Obispo que dé honorífica sepultura en tal iglesia á este difunto, porque fue mi fiel siervo, lo que se cumplió puntualmente, concurriendo todo el pueblo, que vió el cadáver envuelto, segun se ha dicho, desde cuyo acontecimiento, como dice Cesario, todos los habitantes de aquel país empezaron á ayunar en el sábado (1).

EJEMPLO 11.

En Portugal un devoto de María toda su vida ayunó en el sábado á pan y agua en honor de la divina Madre, y tomó por abogados despues de ella á san Miguel y á san Juan Evangelista. Llegada la hora de su muerte, se le apareció la Reina del cielo con dichos Santos que rogaban por él, y mirando la santísima Vírgen á su siervo con semblante alegre dijo á los mismos: No me iré de aquí sin llevar conmigo esta alma.

EJEMPLO 12.

En una mision, despues del sermon de María de costumbre, se presentó á un Padre de nuestra Congregacion un anciano para confesarse muy consolado, diciendo: Padre, Nuestra Señora me ha concedido una gracia. ¿Qué gracia os ha dispensado? le preguntó el confesor. Sabed, Padre, le contestó, que desde la edad de treinta y cinco años me he confesado sacrílegamente, callando por vergüenza un pecado, á pesar de haberme visto en muchos peligros, y próximo á morir, que si hubiese fallecido, sin duda me habria condenado; mas hoy la Vír-

(1) Teoph. Rayn. de S. Locr. c. 15.

gen me ha hecho la gracia de convertirme. Y decia esto derramando tantas lágrimas, que enternecia. Despues de haberse confesado, le preguntó el padre qué devocion habia tenido; á lo que contestó, que en todos los sábados se abstenia de lacticinios en honor de María, y que por esto la Vírgen se compadeció de él. Y facultó á dicho Padre para que publicase el suceso.

EJEMPLO 13.

En Normandía cortaron la cabeza á un ladron, y despues de haber sido arrojado á un valle, oyóse que gritaba: «María, dadme confesion.» Acudió un sacerdote á confesarle, y preguntándole qué devocion habia tenido, contestó que solo ayunó un dia de la semana en honor de la Vírgen, y que por esto Nuestra Señora le habia alcanzado la gracia de librarlo del infierno con aquella confesion (1).

EJEMPLO 14.

Dos jóvenes nobles que vivian en Madrid, llevaban una vida viciosa y depravada. Cierta noche uno de ellos vió en sueños á su amigo preso por unos hombres negros, que le llevaron á un mar tempestuoso. Querian hacer lo mismo con él, pero invocó á María, prometiéndole que se haria religioso, si le libraba de aquellos hombres. Vió despues á Jesús indignado y sentado en su trono, y que la santísima Vírgen le pedia misericordia, y lo refirió á su amigo; burlándose este de todo, fue al mismo tiempo asesinado. Viendo esto el otro jóven se confesó, y confirmó la intencion que tenia de hacerse religioso, vendiendo al efecto cuanto poseia; pero despues, en vez de dar el dinero á los pobres, como se habia própuesto, lo disipó en orgías y liviandades. Habiendo caido enfermo, tuvo otra vision en lo que se le representó el infierno abierto, y el divino Juez que ya le condenaba. Invocó otra vez á María, que volvió á librarle. Curó sus males, pero continuando en su mala vida, al fin murió diciendo:

(1) Cantinprat. l. 3, c. 19, p. 18.

«¡Infeliz de mí! Dios me ha castigado por mis vicios, y «ahora me voy al infierno (1).»

EJEMPLO 15.

En Germania un reo condenado á muerte de ninguna manera queria confesarse. Viendo un Padre jesuita que no podia convertirle, á pesar de haberle suplicado llorando y habérsele echado á sus piés, le dijo: Recemos juntos una *Ave María.* Accedió á ello el sentenciado, y al instante empezó á llorar amargamente, confesóse con visibles muestras de dolor, y quiso morir estrechando en sus brazos la imágen de María (2).

EJEMPLO 16.

En cierta ciudad de España un hombre impío se habia entregado al demonio, sin que jamás se hubiese confesado, consistiendo todo el bien que hacia en rezar diariamente una *Ave María.* De este refiere el P. Eusebio Nieremberg que hallándose próximo á morir, se le apareció en sueños la santísima Vírgen que le miró, cuyos ojos piadosos le cambiaron de tal modo, que él mismo mandó al momento á llamar á un religioso con el cual se confesó llorando arrepentido, hizo voto de retirarse del mundo, si vivia, y despues murió (3).

EJEMPLO 17.

Un devoto de María encargaba de continuo á su hija que rezase con frecuencia el *Ave María,* especialmente en los peligros. Sucedió que un dia mientras la jóven estaba descansando al salir de un baile, fue asaltada por el demonio, quien visiblemente queria llevársela, de modo que ya la habia cogido; pero diciendo ella: *Ave María,* el enemigo desapareció (4).

EJEMPLO 18.

En Colonia una mujer que habia llevado mala vida, á consecuencia de una desgracia arrepintióse y entró en un monasterio, en donde tentándola el demonio hasta

(1) Bov. Ex. de S. s. Verg. t. 3. Es. 9.—(2) An. Mar. an. 1618.—(3) Ap. Auriem. tom. 1, cap. 7. —(4) Bov. tom. 4. Es. 7.

visiblemente, no sabia ya qué hacerse para librarse de él; mas indicándole una amiga suya que dijese *Ave María*, lo practicó, por lo que diciendo el demonio: Maldita sea la que te lo ha enseñado, desapareció sin aparecérsele mas (1).

EJEMPLO 19.

Un capitan que llevaba mala vida habitaba en un castillo propio, al que por casualidad fue á parar un buen religioso, quien, iluminado de Dios, pidió al capitan que reuniese á todos sus criados. Hízolo así, pero faltaba su ayuda de cámara. Al fin saliendo este á la fuerza, el Padre le dijo: De parte de Dios te mando digas quién eres; y le contestó: Soy un demonio que hace catorce años sirvo á este malvado, esperando que un dia deje de rezar las siete *Ave Marías* que acostumbra, para ahogarle y llevarle conmigo al infierno. Entonces el religioso mandó al demonio que se fuése, lo que verificó desapareciendo al instante; y echándose el capitan á sus piés, se convirtió, y despues hizo una santa vida (2).

EJEMPLO 20.

El beato Francisco Patrizi, muy devoto del *Ave María*, la rezaba quinientas dos veces cada dia. María le predijo la hora de su muerte, por lo que murió en opinion de santo, y despues de cuarenta años, se vió salir de su boca un hermosísimo lirio, que despues fue trasladado á Francia, en cuyas hojas estaba escrita el *Ave María* con letras de oro (3).

EJEMPLO 21.

Cesario refiere que un converso cisterciense no sabia decir mas que *Ave María*, y continuamente la rezaba con mucha devocion. Despues de su muerte, sobre el lugar en que le enterraron nació un árbol, en cuyas hojas estaba escrito: *Dios te salve, María, llena eres de gracia* (4).

(1) Cesar. lib. 3, cap. 33.—(2) Spec. Ex. B. n. 69 et Crass. tom. 1, tr. 6, part. 1. —(3) Bolland. 15 Maji.—(4) Ap. Crass. tom. 2, tr. 6, p. 1.

EJEMPLO 22.

Tres vírgenes con objeto de prepararse para la fiesta de la Purificacion de María, y por consejo de su confesor rezaron por espacio de cuarenta dias el Rosario. En la vigilia de dicha fiesta, la divina Madre se apareció á la primera hermana con un rico vestido bordado de oro, y dándole las gracias, la bendijo. Aparecióse despues á la otra hermana con un vestido sencillo, y tambien le dió las gracias; mas preguntándole esta por qué se presentó á la otra con un vestido tan rico, María le contestó; porque ella me ha vestido mejor que tú. Despues aparecióse á la tercera con un vestido de cañamazo, y esta le pidió perdon de su tibieza en amarla.

Al siguiente año todas tres se prepararon muy bien para dicha fiesta, rezando el Rosario con gran devocion; y en la noche anterior á la fiesta, apareciéndoseles María muy engalanada les dijo, que se aparejasen para ver el paraíso en la mañana siguiente. Efectivamente, habiendo confesado y comulgado, á la hora de Completas volvieron á ver á la santísima Vírgen, que vino á buscarlas, y entre los cánticos de los Ángeles espiraron dulcemente una tras otra (1).

EJEMPLO 23.

Dice el P. Crasset, que un comandante le refirió que encontró un dia en el campo de batalla un soldado que tenia en la mano un rosario y un escapulario de María y pedia confesion, y como tenia atravesada la frente de una bala, de modo que por dos lados de la cabeza se le veia el cerebro, naturalmente no podia vivir. Sin embargo, se levantó, se confesó con el capellan, y despues de haber recibido la absolucion murió (2).

EJEMPLO 24.

Escribe el mismo autor que dicho comandante le refirió que habiendo presenciado como uno disparó una pistola á un corneta de una compañía que tenia cerca, le

(1) Tesoro del Rosar. l. 4. Mir. 17. Diotall. tom. 1. Agg. Es. 7. — (2) Crass. tom. 2, tr. 6, pr. 14.

miró el pecho en donde este decia que estaba herido, y vió que la bala se habia clavado en un escapulario de la Vírgen que llevaba, sin tocar la carne, por lo que tomándola la enseñó á todos (1).

EJEMPLO 25.

Un jóven, llamado Esquilo, fue enviado por el príncipe su padre, á Idelesmio, ciudad de Sajonia, para estudiar, y se entregó á una vida licenciosa. Habiéndole sobrevenido una grave enfermedad, tuvo una vision en que se le representó un horno lleno de fuego, creyendo que ya se hallaba en el infierno; pero despues le pareció que afortunadamente salía de allí, refugiándose á un gran palacio, y en uno de sus salones vió á la Vírgen, la cual le echó de allí, para que se fuése al infierno, segun merecia. Entonces el jóven le suplicó que se compadeciese de él, y dirigióse tambien á varias personas allí presentes para que le encomendasen á María, lo que hicieron; pero no queriendo protegerle á causa de la mala vida que el jóven llevaba, y porque ni siquiera se habia dignado decirle una *Ave María,* intercedieron los circunstantes, diciendo que ya mudaria de vida, lo que prometió el jóven, asegurando que seria su devoto. La divina Madre aceptó entonces su promesa, y le libró del infierno y de la muerte, bajo palabra de que le fuese fiel. Desapareció la vision, y volviendo Esquilo en sí, publicó, bendiciendo á María, la gracia que esta le habia concedido, y haciendo en lo sucesivo una vida santa, conservando grande afecto á la Vírgen, llegó á ser obispo, cuya dignidad renunció en su ancianidad, despues de haber convertido muchas almas á la fe: hízose monje de Claraval, en donde vivió por espacio de cuatro años, y murió santamente (2).

EJEMPLO 26.

Un hermano de la Congregacion de María fue invitado por un amigo á comer con él, á lo que accedió, mas queriendo ir primero á la Congregacion, olvidóse de la pro-

(1) Cras. tom. 2, tr. 6, pr. 14. — (2) Ann. Cisterc. an. 1151, cap. 5 et Bov. tomo 5. Es. 6.

mesa; de lo que se ofendió tanto su amigo, que al encontrarle quiso matarle; pero por un juicio de Dios, se mató á sí mismo. El hermano fue preso por creérsele autor de la muerte de su amigo, y condenado á muerte; mas encomendóse á la Vírgen, é inspirado por esta, hizo le llevasen el difunto, y preguntándole quién le habia muerto, contestó que él mismo se habia dado la muerte; y á vista de eso el hermano fue puesto en libertad (1).

EJEMPLO 27.

En el año 1624 se hallaba en Dola un hermano gravemente enfermo. Diciendo un dia de fiesta: «A esta hora «están congregados mis hermanos ensalzando á María, y «yo permanezco aquí;» se levanta, se dirige á la Congregacion, y en un momento desapareció la calentura y quedó sano (2).

EJEMPLO 28.

Otro congregante, pescador de Nápoles, á consecuencia de las disciplinas que se daba en la Congregacion, estuvo muchos dias enfermo. Como era pobre y padre de familia, cuando se encontró bueno volvió á pescar, diciendo á la santísima Vírgen: Señora, yo por Vos padecí este daño, ayudadme ahora; y Nuestra Señora le hizo coger tanta pesca, como hubiera hecho durante todo el tiempo de su enfermedad (3).

EJEMPLO 29.

Otro congregante iba á ser encarcelado, por no poder cumplir sus deudas, mas encomendándose á María, esta inspiró á sus acreedores que le perdonasen la deuda, y así lo hicieron (4).

EJEMPLO 30.

Un jóven que habia frecuentado la Congregacion de la Vírgen, dejó de hacerlo y llevaba una vida disoluta. Apareciéndosele una noche el demonio en una figura horrorosa, invocó á María. En vano, le dijo el enemigo,

(1) V. P. Auriem. t. 2, ex. c. 4. — (2) Auriem. tom. 2, cap. 6. — (3) Aur. c. 5.— (4) Ann. Congr. ann. 1598.

invocas á aquella que abandonaste, pues eres mio por tus crímenes. El jóven temblando se arrodilló, y rezó la fórmula de los hermanos: «Santísima Vírgen Madre, etc.» Entonces se le apareció la Madre de Dios, huyendo al instante el demonio haciendo una grande abertura en la pared. Dirigiéndose María al jóven le dijo: No merecias mi ayuda, pero he querido compadecerme de tí para que mudando de vida vuelvas á la Congregacion. A la mañana siguiente el jóven se confesó muy contrito, y volvió á la Congregacion (1).

EJEMPLO 31.

En Braganza otro jóven que habia dejado la Congregacion se entregó á toda clase de vicios, en términos, que un dia desesperado intentó echarse á un rio. Mas se dirigió primero á la Vírgen diciendo: ¡Oh María! yo os serví en la Congregacion, auxiliadme. Aparecióseles la divina Madre, y le dijo: ¿Qué pretendes hacer ahora? ¿perder el alma y el cuerpo? Vé á confesarte, y vuelve á la Congregacion. El jóven lo practicó así, dió gracias á la Vírgen, y cambió de costumbres (2).

EJEMPLO 32.

En España un religioso arrebatado de ira mató al Superior, y huyó á Berbería, en donde renegando de la fe se casó. No practicaba otra buena obra que decir una *Salve* cada dia. Una vez hallándose solo que rezaba esta oracion, se le apareció María, y reprendiéndole, le excitó á mudar de vida, ofreciéndole su ayuda. Al volver á su casa, viéndole su mujer afligido, le preguntó el motivo, y él llorando le manifestó su estado, y la vision que habia tenido. Compadecióse de él, y le dió dinero para que regresase á su patria con uno de los hijos que tenian. El religioso volvió al monasterio, en donde fue admitido junto con el hijo, y perseveró en la Religion, hasta que murió en olor de santidad (3).

(1) Leonoro Sodal. Parth. l. 3, c. 3.—(2) Ann. Soc. 1550.
(3) Auriem. t. 2, c. 7.

EJEMPLO 33.

Un estudiante se acostumbró á saludar á la santísima Vírgen, como se lo enseñara su maestro, con estas palabras: «Dios te salve, ó Madre de misericordia.» A la hora de su muerte se le apareció María y le dijo: «Hijo, ¿no «me conoces? Yo soy aquella Madre de misericordia, á «la que tantas veces has saludado.» Al oir esto el devoto de María tendió los brazos en ademan de seguirla, y espiró dulcemente (1).

EJEMPLO 34.

Un hombre vivia en pecado, y su única devocion consistia en rezar diariamente la oracion: «Bajo tu amparo, etc.» Un dia la Vírgen le iluminó de tal modo, que habiendo dejado sus malas costumbres, se hizo religioso, llevando por espacio de cincuenta años una vida ejemplar, y así murió (2).

EJEMPLO 35.

En el año 1610 habia en Turin un hereje obstinado que á pesar de hallarse próximo á morir no queria convertirse, desoyendo cuanto le decian los sacerdotes que hacia ocho dias que le asistian. Obligándole al fin uno de ellos cási por fuerza á invocar á la Vírgen con estas palabras: «Madre de Jesús, ayudadme;» como si volviese en sí de un profundo letargo, dijo: «Quiero morir católi«co.» Efectivamente, se reconcilió con la Iglesia, y á las dos horas espiró (3).

EJEMPLO 36.

En las indias, viéndose un infiel abandonado de todos á la hora de su muerte, y habiendo oido como los cristianos ensalzaban á María, acudió á ella, y la Vírgen se le apareció diciéndole: «Aquí me tienes; yo soy aquella «á quien invocas; levántate, y hazte cristiano.» El infiel se encontró bueno, se bautizó, y muchos al ver este prodigio tambien se convirtieron (4).

(1) Auriem. t. 2, c. 7. — (2) Ann. Marian. 19 Jul. — (3) Barri. Par. ap. c. 2. — (4) Patr. Menol. 18 Settem.

EJEMPLO 37.

Habia en Madrid en 1610 un hombre muy devoto de María, y especialmente de la Vírgen de Atocha, quien casó con una mujer, que por sus sospechas de celos no le dejaba sosegar. El devoto todos los sábados por la mañana visitaba descalzo dicha imágen; mas creyendo su mujer que fuése á otra parte, una vez le llenó de tantas injurias, que no pudiendo él sufrir mas, se ahorcó. Pero cuando estaba para exhalar el alma, invocó á María para que le ayudase, y súbitamente vió delante de sí á una hermosísima Señora que acercándose cortó la cuerda. Advirtió la gente el suceso, y él refirió lo acontecido, con lo que su mujer se enterneció, y en adelante vivieron en paz, y fueron devotos de la divina Madre (1).

EJEMPLO 38.

En 1613 un hombre natural de Valencia cometió un pecado, que despues se avergonzó de confesar, por lo que hacia sus confesiones sacrílegas. No pudiendo resistir á los remordimientos de su conciencia, un dia visitó á la Vírgen para que le ayudase. Al querer penetrar en la iglesia, que se hallaba abierta, se sintió rechazado por una fuerza invisible; entonces propuso confesarse, y entró luego, y habiendo hecho una confesion de todos sus pecados, se fue á su casa lleno de consuelo (2).

EJEMPLO 39.

El beato Adan cisterciense una noche que fue á visitar á la santísima Vírgen en una iglesia, halló las puertas cerradas, por lo que se arrodilló fuera para saludarla; mas apenas lo habia practicado, cuando las puertas se abrieron. Entró en el templo, y vió á la Reina del cielo rodeada de un gran resplandor, la cual le decia: Acércate, Adan, ¿no me conoces? Este le contestó: No, Señora; ¿quién sois? Soy la Madre de Dios, replicó la Vírgen; sepas que por los servicios que me haces cuidaré siempre

(1) Andrada del Retesdi. n. Don. E. 'l. P. Rho. Sab. Es. 71. — (2) An. Soc. ap. Auriem. t. 2, c. 1.

de tí; y poniéndole su bienaventurada mano sobre la cabeza, le libró de un agudo dolor que el Beato sufria (1).

EJEMPLO 40.

Un dia una devota de la Vírgen fué á visitar una iglesia de Nuestra Señora, sin saberlo su marido; no pudo volver por la noche á su casa de un fuerte temporal, por lo que estaba temerosa que su esposo se enojase. Encomendóse á María, regresó á su casa, y halló á su marido muy placentero; y despues de haber hecho varias averiguaciones y preguntas, supo que la divina Madre, en la noche anterior habia tomado su figura, y habia desempeñado todos sus quehaceres domésticos como una criada. Entonces refirió á su esposo todo lo que habia ocurrido, y vivieron ambos muy devotos de la bienaventurada Vírgen (2).

EJEMPLO 41.

Un caballero llamado Ansaldo, natural de la ciudad de Doul, en Francia, en una batalla fue herido de una flecha que le penetró de tal modo por los huesos de la quijada, que fueron vanos cuantos esfuerzos se hicieron para arrancarle el hierro. No pudiendo soportar el dolor, al cabo de cuatro años, y estando gravemente enfermo, determinó hacerse abrir nuevamente la herida para extraer el hierro. Mas antes se encomendó á la Vírgen, é hizo voto de visitar una devota imágen suya, y de dar cierta cantidad de dinero todos los años, si lograba la curacion. Apenas acabó de hacer el voto, sintió que el hierro se le caia por sí mismo. Al siguiente dia, á pesar de hallarse enfermo, visitó la imágen, y apenas habia depositado el dinero prometido sobre el altar, quedó enteramente restablecido (3).

EJEMPLO 42.

En España un jóven mantenia trato ilícito con una parienta suya. Una devota vírgen estando en oracion, vió á Jesús que se disponia á mandar al desdichado pecador al

(1) Cronic. Cisterc. — (2) Cronic. Min. 104, lib. 5, cap. 23. — (3) Cron. Dul. tom. 1 del Labbeo, è il. P. Rho. Es. 25.

infierno; pero intervino su santa Madre diciendo que en otro tiempo la habia honrado, y le alcanzó treinta dias para enmendarse. Dicha vírgen, por órden de la misma divina Madre, lo refirió á su confesor, este lo manifestó al jóven, quien se confesó derramando muchas lágrimas, y prometió la enmienda. Pero no habiendo evitado la ocasion, recayó en sus culpas; confesóse otra vez, hizo nuevas promesas, y tampoco las cumplió. No habiéndole visto mas el Padre, fue á buscarlo á su casa, pero él le despidió bruscamente. Al llegar el último dia de los treinta prefijados, volvió á visitarle el Padre, mas en vano; por lo que rogó á los criados que á cualquiera accidente que sobreviniese le avisaran. La misma noche aquel infeliz fue acometido de un agudo dolor; llamaron al Padre, acudió á su casa, procuró auxiliarle, pero el infeliz dando gritos de desesperacion, espiró diciendo: ¡Ay de mí, yo muero con una lanza clavada en el corazon (1)!

EJEMPLO 43.

En Milan habia un hombre tan aficionado al juego, que un dia jugó y perdió hasta el vestido; por lo que enfurecido dió una cuchillada á una imágen de la Vírgen, de cuya herida salió un chorro de sangre que le salpicó el rostro, y entonces enternecido lloró, dió gracias á María por haberle alcanzado tiempo para hacer penitencia, y se hizo cisterciense, llegando á tener el don de profecía, por la buena vida que hizo; y habiendo sido religioso por espacio de cuarenta años, tuvo una santa muerte (2).

EJEMPLO 44.

Un dia lloraba un gran pecador á los piés de un Crucifijo, suplicando al Señor que le diese á conocer haberle ya perdonado; pero no pudiendo alcanzarlo, dirigióse á la Vírgen de los Dolores, la que se le apareció, y vió que ofrecia sus lágrimas al Hijo diciéndole: «Hijo mio, «se perderán estas lágrimas?» Y al momento oyó que

(1) P. Adrad. l. 3. Imit. de V. c. 23. — (2) P. Rho. Sab. Es. 42.

Cristo le perdonaba, y el pecador emprendió luego la reforma de su vida (1).

EJEMPLO 45.

Concluido el sermon acerca la poderosa intercesion de María, que hacemos siempre en nuestras misiones, un hombre de edad avanzada presentóse á uno de nuestros Padres, llamado Cesario Sportelli, pidiendo le oyera en confesion. Postrado á sus piés, le dijo: Padre, Nuestra Señora me ha hecho la gracia de convertirme, pero Vos no me podréis absolver, porque nunca me confesé, á pesar de ser católico. El Padre animándole le confesó, y le dió la absolucion con gran consuelo.

EJEMPLO 46.

El beato san Bernardo Tolomei, fundador de los Padres Olivetanos, que fue muy devoto de María desde su niñez, un dia estaba en mucha anjustia en su retiro de Ancona, llamado el monte Olivete, temiendo que no se salvaria, y que Dios no le habia perdonado aun. Aparecióseles de pronto la divina Madre y le dijo: ¿Qué temes, hijo mio? Alégrate, que Dios te ha perdonado ya, y es de su agrado la vida que haces; persevera en ella, que yo te ayudaré, y al fin te salvarás. El Beato continuó llevando una vida santa; hasta que tuvo la feliz suerte de espirar dulcemente en los brazos de María (2).

EJEMPLO 47.

En la parte de la Teutónica, una jóven llamada Inés, cometió un pecado nefando. En castigo de él permitió Dios que, abandonada en un desierto, se le apareciese el demonio en figura de religioso y le sugiriese arrojar su propio hijo en un estanque. Incitóle despues á que se precipitase tambien ella; mas, al oir tal consejo, la jóven invocó á María, y el demonio desapareció instantáneamente (3).

(1) P. Sinisc. Mart. di Mar. Cons. 38. — (2) In Vita B. Bern. Tolom. — (3) Spec. V. Beata María Es. 10.

EJEMPLO 48.

Un soldado que llevaba á su mujer á un bosque para entregarla al demonio, segun la fatal promesa que le habia hecho, á trueque de que le proveeria de dinero, pasó por delante de una iglesia de la Vírgen. Rogóle la mujer que le permitiese saludar á María breve rato; hízolo así, mas en su lugar salió la divina Madre, que tomando su figura montó á caballo. En llegando al bosque, el demonio dijo al marido: Traidor, ¿por qué en vez de tu mujer me traes la Madre de Dios, que es mi enemiga? Y tú, respondió la Vírgen, ¿cómo intentas apoderarte de esta devota mia? huye, vete al infierno; y volviéndose á aquel hombre, le dijo: Muda de vida, que yo te ayudaré; y desapareció. A vista de esto el infeliz marido se enmendó, y llevó una vida arreglada (1).

EJEMPLO 49.

Una pecadora durante una enfermedad que tuvo se convirtió é hizo voto de ofrecerle á María su cabellera si curaba. Restablecida de su enfermedad, ofreció sus cabellos, con los que hicieron unas trenzas á la imágen de la Vírgen. Mas habiendo recaido en sus culpas, enfermó de nuevo y murió impenitente. Á consecuencia de esto, la Vírgen desde aquella imágen habló al P. Salvatierra en presencia de un inmenso concurso diciéndole: Quítame estos cabellos de la cabeza, porque son de una alma condenada, y no sientan bien sobre la Madre de la santidad; lo que cumplió dicho Padre, y los quemó en el acto (2).

EJEMPLO 50.

Muchos cristianos que en España fueron hechos esclavos de un sarraceno llamado Petran, se encomendaron á la santísima Vírgen; y esta se apareció al sarraceno diciéndole: ¿Cómo te atreves, Petran, á tener esclavos á mis devotos? Te mando los pongas en libertad, obedece. —¿Y quién sois vos, para que os haya de obedecer?— Soy la Madre de Dios; y porque esos cautivos me han in-

(1) Giac. di vorag. in Fest. Ass. et Spec. Es. 31. — (2) Patrign. Mon. 8 L.

vocado, quiero que los dejes libres. Experimentó Petran en sí mismo una gran mudanza, puso en libertad á los cristianos, y se ofreció á María, quien despues de instruirle le bautizó por sus manos en una fuente, junto á la cual se edificó una iglesia y un monasterio de Benedictinos (1).

EJEMPLO 51.

Un canónigo, mientras rezaba ciertas alabanzas á la divina Madre, cayó en el Sena y se ahogó, y como estaba en pecado mortal, los demonios fueron á buscarle para llevárselo al infierno. Mas apareció al mismo tiempo la Vírgen diciéndoles: ¿Cómo pretendeis llevaros á quien ha muerto alabándome? Y volviéndose al pecador, ea, dijo, enmiéndate y sé devoto de mi Concepcion. Resucitó el canónigo, hízose religioso, y nunca jamás dejó de alabar á su libertadora, y de propagar por doquiera la devocion á la Concepcion Inmaculada de María (2).

EJEMPLO 52.

Mientras los monjes de Chlaraval laborando el campo alababan á la Reina del cielo, vióse á María santísima acariciarles, y á dos santos que les enjugaban el sudor (3).

EJEMPLO 53.

El hermano de un rey de Hungría rezaba diariamente el oficio de María. Una vez que estaba gravemente enfermo, hizo á la Vírgen voto de castidad si le libraba de morir, y luego curó. Mas habiendo muerto su hermano, desposóse con una jóven. Al ir á celebrarse las bodas, se retiró á un aposento para rezar el oficio, segun su costumbre, y al llegar á las palabras: «Cuán hermosa es, y «agraciada, etc.,» oyó que la Vírgen le decia: «Si soy her«mosa, como dices, ¿por qué me dejas por otra esposa? «Sepas que si dejas á esta, me tendrás á mí por esposa, «y al reino del cielo en vez del de Hungría.» Al oir esto

(1) Eus. Nier. Trop. Mar. l. 2, c. 14. — (2) Jod. Clictov. in Serm. Concept. — (3) Spec. Ex. verb. Laborare. Es. 7.

el Príncipe, huyó á un desierto, en donde vivió santamente (1).

EJEMPLO 54.

Refiere san Juan Clímaco que un devoto religioso llamado Cardenio, que acostumbraba entonar á menudo canciones en alabanza de María, y saludaba á sus imágenes con el *Ave María*, fue acometido de tan grave enfermedad, que, agitado por las convulsiones, se mordia los labios y la lengua, y perdido ya el uso de su palabra, estaba próximo á morir. En tal estado apareciósele la Vírgen, diciéndole: Vengo para curarte, pues no puedo sufrir que padezcas por mas tiempo en la boca, con la cual tanto me alabaste; ponte bueno y prosigue alabándome. En efecto, el religioso quedó luego sano, y en toda su vida no cesó de alabar á María, quien le visitó otra vez en su hora postrera, y le concedió la dicha de espirar en sus brazos (2).

EJEMPLO 55.

Hallándose en Roma san Francisco de Borja, visitóle un eclesiástico para hablarle; pero como el Santo estuviese ocupado, hizo se avistase con el P. Acosta, á quien aquel dijo: Padre, yo soy sacerdote y predicador; y me ha sucedido lo que voy á referiros: Cuando vivia en pecado, y desconfiaba de la divina misericordia, un dia despues de predicar contra los pecadores obstinados, que desesperan del perdon, vino á confesarse conmigo un penitente, el cual confesó todos mis pecados, y al fin me dijo que desconfiaba de la divina misericordia. Yo para cumplir con mi obligacion le dije que mudase de vida, y confiase en Dios. Entonces el penitente se puso en pié, y reprendiéndome me dijo, por qué no me enmendaba y confiaba en Dios, ya que lo predicaba á los demás. Añadió que era un Ángel que venia para ayudarme; exhortóme á que me enmendase, y seria perdonado; y dicho esto, desapareció. Yo me abstuve algunos dias de todas mis faltas; pero no habiendo evitado la ocasion, volví á

(1) S. Anselm. in ep. ap. Auriem. t. 1, c. 8. — (2) Pr. Fior. l. 3, Es. 105.

pecar. Otro dia mientras celebraba, Jesucristo me habló sensiblemente desde la hostia diciéndome: «¿Por qué me «maltratas, mientras yo te trato tan bien?» Lo que me determinó á enmendarme, pero luego volví á recaer. Y ahora poco, hallándome en mi cuarto, entró un jóven que ocultaba bajo su capa un cáliz conteniendo una hostia consagrada, y me dijo: ¿Conoces á ese Señor que tengo en la mano? ¿Te acuerdas de las muchas gracias que te ha dispensado? Recibe, pues, ahora el castigo de tu ingratitud; y dicho esto, empuñó una espada para matarme. Entonces empecé á gritar: No me mates por amor de María, que propongo enmendarme; y él me dijo: Solo este medio puede salvarte, aprovéchate de él, porque esta es la postrera vez que se usa contigo de misericordia. Y dicho esto desapareció; yo vengo á rogaros que me admitais entre vosotros. El P. Acosta le consoló, y por consejo de san Francisco ingresó en una religion observante, en donde llevó una vida ejemplar (1).

EJEMPLO 56.

En el año 1828 algunos herejes albigenses cortaron la lengua á un sacerdote mientras celebraba el santo sacrificio. En tan lamentable estado, el sacerdote dirigióse al monasterio de Cluny, en donde aquellos buenos religiosos le acogieron con mucha caridad, compadeciéndose del dolor que continuaba padeciendo en la parte en que le cortaron la lengua. Pero lo que mas sentia el sacerdote era no poder decir misa, ni rezar el oficio divino y el de la Vírgen como acostumbraba. El dia de la Epifanía fué á la iglesia, y ante el altar de la santísima Vírgen le rogó que le restituyese la lengua que por su amor perdiera, para que de este modo pudiese continuar alabándola. María se le apareció con una lengua en la mano diciéndole: «Ya que por la fe y para honrarme perdiste la «lengua, yo te doy otra de nueva;» por lo que el sacerdote elevando la voz dijo el *Ave María*. Acudieron los monjes, que admiraron el prodigio, y el sacerdote quiso quedarse entre ellos haciéndose religioso, para alabar

(1) Andr. nel suo Itin. Grad. 7, ap. Bov. t. 4, Es. 5.

siempre allí á su bienhechora. En la lengua se le veia la cicatriz (1).

EJEMPLO 57.

En el año 589 hubo en Roma aquella famosa peste en que muchas personas fallecian al estornudar. Llevando en procesion san Gregorio el Magno la imágen de Santa María la Mayor por la ciudad, al lugar llamado ahora Castillo de San Ángelo, vió por los aires á un Ángel con una espada teñida de sangre. Despues oyó que los Ángeles cantaban: *Regina cœli lætare alleluya*, etc.; y entonces san Gregorio añadió: *Ora pro nobis Deum, alleluya;* con lo que repentinamente cesó la peste, y desde entonces cada año se celebran las Letanías mayores á 25 de abril (2).

EJEMPLO 58.

La ciudad de Aviñon se vió sitiada una vez por los enemigos; y rogando sus habitantes á la Vírgen que les defendiese, colocaron en la puerta de la ciudad una imágen suya que sacaron de una iglesia. Habiéndose guarecido uno de los habitantes detrás de la imágen, un soldado enemigo le disparó una saeta diciendo: Esta imágen no te librará de la muerte; pero ella alargó la rodilla en la que se clavó la flecha, como aun se admira hoy dia, salvando de esta manera la vida á su devoto. A vista de semejante prodigio los enemigos levantaron el sitio (3).

EJEMPLO 59.

En Nápoles un moro esclavo se obstinaba en no abandonar la secta mahometana, á pesar de habérsele instado muchas veces; no obstante esto todas las noches encendia á sus expensas una lámpara ante una imágen de María que habia en casa, y decia: Espero que esta Señora me dispensará una gracia grande. Una noche se le apareció la bienaventurada Vírgen exhortándole que se hiciese cristiano. Resistióse á ello, pero poniéndole María

(1) Cæsarius, l. 7. Dial. c. 24. — (2) Sigon. de Rer. Ic. ap. Diotall. t. 1 in fin. Es. 3 — (3) Discip. Pront. Es. 83.

la mano sobre el hombro, le dijo: Vamos Abel, no resistas mas, bautízate, y ponte por nombre José. En efecto, hízose instruir, y en 10 de agosto de 1648 se bautizó con once turcos mas. Debe advertirse que cuando la divina Madre se le apareció, al despedirse, despues de haberle convertido, detúvola el moro por la mano, y le dijo: Señora, os suplico que cuando esté afligido me permitais que pueda veros, lo que se lo concedió. Efectivamente, una vez que estaba atribulado la llamó, y María volvió á aparecérsele, y solo con decirle: «toma paciencia,» quedó enteramente consolado (1).

EJEMPLO 60.

Un párroco de Asella, llamado Balduino, se hizo religioso dominico. Durante el noviciado le asaltó la tentacion de que podia hacer mayor bien en su parroquia, por lo que resolvió volverse; mas al ir á despedirse del altar del Rosario, se le apareció María con dos vasos de vino, y dándole á beber del primero, apenas lo probó, retiró los labios, porque aunque el vino era bueno, sin embargo estaba lleno de heces. Entonces la Vírgen le dijo: No dejes la vida que haces bajo la obediencia, por la vida del siglo; lo que practicó Balduino, y murió siendo un religioso ejemplar (2).

EJEMPLO 61.

Otro novicio, asaltado asimismo por la tentacion, determinó salirse del monasterio, pero deteniéndose para rezar una *Ave María* delante de una imágen de la Vírgen, no pudo levantarse, y entonces, volviendo sobre sí, hizo voto de continuar en el convento; luego se levantó, pidió perdon al Padre maestro, y cumplió fielmente su promesa (3).

EJEMPLO 62.

El beato Clemente Franciscano una mañana dejaba de asistir á la misa comun, por detenerse en rezar á la Vírgen algunas devociones que acostumbraba; pero esta

(1) P. Alloza Cielo Stell. di Mar. l. 3, c. 4. — (2) Cron. Ord. ap. Auriem. tom. 2 c. — (3) Aur. loc. cit.

desde una imágen le dijo, que fuése con los otros, porque á ella le gustaba mas la obediencia que todas las devociones juntas (1).

EJEMPLO 63.

Ángela, hija del rey de Bohemia, se hallaba en un monasterio, y un dia se le apareció la Vírgen, y le dijo: Levántate, Ángela, y huye á Jerusalen, porque tu padre quiere desposarte con el príncipe de Hungría. La devota doncella púsose luego en camino, y en el viaje se le volvió á aparecer la divina Madre para animarla. Llegada á Jerusalen, fue admitida entre las monjas Carmelitas, y al cabo de algun tiempo la misma bienaventurada Vírgen le ordenó que volviese á su patria, en donde vivió santamente el resto de su vida (2).

EJEMPLO 64.

Refiere san Gregorio que una doncella llamada Musa, muy devota de la Madre de Dios, con el mal ejemplo de sus compañeras estaba en peligro de perder la inocencia, mas un dia se le apareció la santísima Vírgen con muchos Santos, y le dijo: Musa, ¿quisieras venir con mis amigos? Y como contestase afirmativamente le añadió: Apártate, pues, de tus compañeras y prepárate, porque dentro de un mes vendrás. En efecto, Musa se separó de sus compañeras, y refirió la vision. Al cabo de treinta dias estaba para morir, y se le apareció otra vez la Vírgen, que la llamó, y contestando la doncella: «Aquí me «teneis, Señora, ya os sigo,» espiró dulcemente (3).

EJEMPLO 65.

Ana Catalina Gonzaga, que fue esposa de Fernando I, archiduque de Austria, muerto su marido entró en la religion de los servitas, y mandó hacer una corona en la que se hallaban grabados los Dolores de la Vírgen, diciendo que por esta renunciaba á todas las demás coronas del mundo. En efecto, renunció á la mano de Ridolfo XI, emperador, y cuando le noticiaron que su hermana me-

(1) Ann. Min. ap. Aur. tom. 1, cap. 4. — (2) P. Rho. Sab. del C. V. l. Es. 75. — (3) Greg. l. 4. Dial. c. 28.

nor habia sido coronada emperatriz, dijo: Goce mi hermana de su corona imperial, que á mí me es mil veces mas grato este vestido con el que me ha engalanado mi Reina María. La santísima Vírgen se le apareció muchas veces durante su vida, y fue siempre una buena religiosa y tuvo una muerte santa y feliz (1).

EJEMPLO 66.

Un jóven que jugando con un compañero suyo temió le ganase una sortija que una mujer le habia dado, la puso en el dedo de una imágen de María. Hecho esto, sintióse estimulado por la Vírgen á renunciar el mundo, y á elegirla por su esposa. Prometiólo en seguida, y hé aquí que María dobló el dedo en señal de que aceptaba su determinacion; mas queriendo algun tiempo despues contraer matrimonio, se le apareció María echándole en cara su infidelidad, por lo que huyó á un desierto, en donde vivió siempre santamente (2).

EJEMPLO 67.

Por los años 850, entrando un dia Berengario, obispo de Verdun en la Lorena, en la iglesia, tropezó con un sacerdote llamado Bernerio, que rezaba el oficio de María delante del coro; por lo que lleno de impaciencia le dió un puntapié. Por la noche se le apareció la Vírgen, y le reconvino diciéndole: ¿Por qué diste un puntapié á mi siervo mientras me estaba alabando? Porque te amo, quiero que sufras la pena que por esto has merecido, y le quedó la pierna seca. Vivió y murió en opinion de santo, y despues de muchos años hallaron su cuerpo enteramente incorrupto, á excepcion de la pierna (3).

EJEMPLO 68.

Un jóven que con la muerte de su padre le provinieron muchas riquezas, con el juego y las embriagueces que tenia con sus amigos disipó todos sus bienes, aunque conservó siempre la virginidad. Un tio suyo viéndole pobre á causa de sus dilapidaciones, le exhortó á que cada

(1) Jos. Mar. Barchius, in Villa.—(2) Sper. Ex. verb. B. Virg. Es. 3.—(3) Cron. Verdun. ap. P. Rho.

dia rezase una parte del Rosario, prometiéndole que si lo cumplia, le procuraria un buen casamiento. El jóven lo hizo, y mudó de vida. En la noche de las bodas se levantó de la mesa para rezar el Rosario, concluido el cual se le apareció la Vírgen y le dijo: Ahora voy á devolverte los obsequios que me has hecho. No quiero que pierdas la virginidad; por lo que de aquí á dos ó tres dias morirás, y vendrás conmigo al cielo. Así sucedió, pues luego le acometió la calentura; refirió él mismo la vision, y al dia tercero espiró lleno de gozo (1).

EJEMPLO 69.

El devoto autor del libro: *Secreto para todas las gracias* en alabanza del santísimo Rosario, refiere, que como san Vicente Ferrer dijese á un moribundo que se hallaba desesperado: ¿Por qué quieres condenarte, cuando Jesucristo te quiere salvar? él le contestó que á pesar de Jesucristo queria condenarse. El Santo replicó: Pues á despecho tuyo te salvarás; y empezó á rezar el Rosario con las demás personas que habia en la casa. El enfermo pidió confesion, se confesó llorando, y murió dando marcadas muestras de arrepentimiento.

EJEMPLO 70.

Refiere asimismo el citado autor que en un terremoto, una mujer quedó sepultada entre las ruinas de una casa que se desplomó sobre ella. Un sacerdote hizo sacar las piedras, y hallaron á la mujer con sus hijos sanos y salvos en sus brazos. Habiéndole preguntado despues qué devocion tenia, contestó que acostumbraba rezar el Rosario y visitar su capilla.

EJEMPLO 71.

Refiere tambien que otra mujer tenia un trato ilícito, figurándose le seria imposible vivir de otro modo. La aconsejaron que se encomendase á María y le rezase el Rosario. Hízolo así, y una noche se le apareció la divina Madre, y le dijo: Deja el pecado y gánate el sustento para vivir; confia en mí, que yo cuidaré de tí. Á la mañana

(1) Cantip. l. 2, c. 29, p. 6.

siguiente fué á confesarse, dejó el pecado, y María santísima la favoreció.

EJEMPLO 72.

Un pecador que no tenia la suficiente fuerza de voluntad para enmendarse de sus vicios, acostumbróse á rezar el Rosario, y se libró de ellos.

EJEMPLO 73.

Un sujeto que mantenia una correspondencia ilícita, diciendo el Rosario empezó á repugnarle, y al cabo rompió completamente.

EJEMPLO 74.

Una mujer estaba próxima á espirar aborreciendo á su marido; un buen sacerdote que la asistia, no sabiendo ya qué hacerse para reducirla, retiróse para rezar el Rosario, y al volver tuvo el consuelo de que la mujer se pusiese sobre sí, se arrepintiese y perdonara á su marido.

EJEMPLO 75.

El mismo autor refiere que habiendo hecho una vez la mision á los condenados á galeras en Nápoles, encontró algunos que se obstinaban en no querer confesarse. Entonces les suplicó que á lo menos se hiciesen inscribir en la Cofradía del Rosario, y que lo rezasen. Hiciéronlo así, y apenas lo rezaron, pidieron confesion, y muchos hacia años que no la habian hecho.

EJEMPLO 76.

San Gregorio refiere que un prelado, obispo de Ferento, desde su niñez se acostumbró á hacer limosna. Un dia sucedió que un nieto suyo habiendo vendido un caballo por diez escudos de oro, los guardó encerrados en una cajita. El Obispo como se viese asediado por los pobres. y no tuviese qué darles, rompió la caja y distribuyó entre ellos el dinero. Habiéndolo sabido el nieto, se alborotó de tal manera, que no sabiendo el santo Prelado qué partido tomar, acudió á una iglesia de María, y hé aquí que

vió que una imágen le ofrecia diez escudos; tomólos y satisfizo á su nieto (1).

EJEMPLO 77.

Un dia una mujer luterana muy obstinada pasaba por delante de una capilla católica; movida por la curiosidad, entró en ella, y viendo una imágen de María con el niño Jesús en los brazos, sintióse inspirada para hacerle una ofrenda. Fuése á su casa, tomó una tela de seda, y se la ofreció. Al regresar á su casa, la santísima Vírgen la iluminó para que conociese la falsedad de su secta, por lo que abjuró la herejía, y se convirtió á Dios (2).

EJEMPLO 78.

En la ciudad de Cesena habia dos pecadores muy amigos. Uno de ellos, llamado Bartolomé, á pesar de todos sus vicios conservaba la devocion de rezar diariamente á la Vírgen de los Dolores el himno *Stabat Mater*. Una vez mientras lo rezaba tuvo una vision, en la que le pareció hallarse en un lago de fuego en compañía de su mal amigo, y que la santísima Vírgen compadeciéndose de él, le tendió la mano, le sacó del fuego, y aconsejóle que pidiera perdon á Jesucristo, quien le perdonó por los ruegos de María. Desvanecida la vision, Bartolomé tuvo noticia de que su amigo habia muerto de un arcabuzazo, con lo que conoció la realidad de la vision, y dejando al mundo se hizo capuchino, llevando una vida llena de mortificaciones, hasta que murió en olor de santidad (3).

EJEMPLO 79.

El beato Jerónimo, fundador de los Clérigos de Somasca, hallándose de gobernador en un lugar, fue hecho prisionero por los enemigos y encerrado en una torre. Viéndose encarcelado invocó á María haciendo voto de ir á visitarla á Trevigio si le alcanzaba la libertad. Aparecióseie la santísima Vírgen rodeada de una esplendente luz, y con sus propias manos le quitó las cadenas, y le entregó las llaves de la cárcel. Salió luego, y al dirigirse á Trevi-

(1) S. Greg. Dialog. lib. 1, cap. 9. — (2) An. Soc. 1656. ap. Aur. tom. 2, c. 6.— (3) P. Sinisc. Mart. de Mar. Cons. 15.

gio para cumplir su voto, presto se vió rodeado por los enemigos. Invocó otra vez á su libertadora, la que tomándole por la mano le condujo por medio de los enemigos, y le acompañó hasta las puertas de Trevigio, y desapareció. Cumplió Jerónimo el voto, y dejó al pié del altar de María las cadenas, y llevó siempre una vida santa, por lo que mereció que la Iglesia le colocase en el número de los Beatos (1).

EJEMPLO 80.

Un sacerdote muy devoto de la Vírgen de los Dolores con frecuencia quedaba encerrado solo en una pequeña iglesia, compadeciéndose de los Dolores de su Señora, y enjugaba con un pañuelo las lágrimas de una imágen de la Vírgen. Una vez que fue acometido de una grave enfermedad y desahuciado de los facultativos, hallándose próximo á morir, vió delante de sí á una hermosa señora que le consolaba con sus palabras, enjugándole suavemente con un pañuelo el sudor de la frente, con lo que quedó sano. Entonces dijo el sacerdote: ¿Quién sois Vos, Señora mia, que tan caritativa os mostrais conmigo? Yo soy, contestó María, aquella á quien tú enjugaste tantas veces las lágrimas; y dicho esto desapareció (2).

EJEMPLO 81.

Una señora noble, que solo tenia un hijo, recibió un dia aviso de que este habia sido asesinado, y que el asesino se habia refugiado casualmente en su mismo palacio. Considerando ella entonces que María perdonó á los que crucificaron á su Hijo, quiso tambien perdonar al asesino por amor de la Vírgen de los Dolores; y no solamente hizo esto, sino que le proporcionó caballo, dinero y vestido para que huyese. Despues se le apareció su hijo, diciéndole que se habia salvado, y que por aquella accion generosa que habia hecho con su enemigo, la divina Madre le habia librado del purgatorio, en donde á no ser así hubiera estado padeciendo mucho tiempo, y que ya se iba al cielo (3).

(1) In Vita. — (2) Cantiprat, lib. Apum. ap. Cin. Cons. 9. — (3) P. Thausc. de S. S. Mar. l. 2, c. 26.

EJEMPLO 82.

La beata Bonda hizo una accion heróica semejante á esta. Algunos enemigos mataron á un hijo que tenia, solo por el odio que juraron á su difunto padre, y con una barbarie inaudita dieron traza para que la infeliz madre comiese sin saberlo el corazon del jóven asesinado. Entonces esta, á ejemplo de María santísima, rogó por los asesinos, haciéndoles cuantos beneficios pudo. La divina Madre agradeció tanto este comportamiento, que la llamó para que se agregase á la tercera Órden de los Servitas, en donde hizo una vida tan santa, que tanto en vida como despues de su muerte, obró muchos milagros (1).

EJEMPLO 83.

Santo Tomás Cantuariense en su juventud, conversando con otros muchachos de su edad, en que cada uno se jactaba de alguna locura de amor, manifestó que tambien él amaba á una gran señora, de la que era correspondido, aludiendo á la santísima Vírgen; pero como tuviese despues remordimiento por haberse vanagloriado de esto, se le apareció María diciéndole, que ratificase á sus compañeros lo que les habia dicho, y que en señal del amor que le tenia les mostrase una cajita que le regalaba, en la que habia una mancha de color de sangre, en prenda de que ella, por el ámor que le profesaba, le obtenia de Dios la gracia de llegar á ser sacerdote y mártir, lo que así sucedió, pues fue sacerdote y despues obispo de Conturbia en Inglaterra, de cuyo rey perseguido, huyó á Francia, y entró en un monasterio cisterciense, en el cual queriendo un dia mudarse el cilicio que llevaba, en cuya operacion no era muy práctico, se le apareció su amada Reina, que se lo quitó afectuosamente de las manos, y se lo puso. Regresando despues á Conturbia, murió mártir á causa del odio que le tenian por su celo por el bien de su iglesia (2).

(1) Ann. Ord. Serv. Cent. 2, lib. 4, cap. 13. — (2) In vita, et ap. Bov. tom. 4. Ex. 36.

EJEMPLO 84.

En un lugar de los Estados pontificios, una jóven devota de María se encontró con un capitan de bandoleros, y temiendo ser ultrajada rogóle que por amor de la santísima Vírgen no la molestase. Él le contestó que no temiese, pues le habia suplicado en nombre de la Madre de Dios, y que deseaba únicamente que le encomendase á ella. El mismo la acompañó por el camino, y la puso á salvo. La noche siguiente María aparecióse en sueños al bandido, y dándole las gracias por su noble accion, le prometió que se acordaria de ella, y de recompensársela á su tiempo. Habiéndole despues aprehendido la justicia y condenádole á muerte, la noche antes de su suplicio se le apareció otra vez la Vírgen, y preguntándole si le conocia, le dijo: Soy María Vírgen, que vengo á recompensarte el comportamiento que por mí tuviste con aquella jóven. Mañana morirás, pero con tanta contricion, que vendrás luego al paraíso. Dispertóse el reo, y arrepintiéndose de sus pecados, prorumpió en amargo llanto, dando gracias en alta voz á Nuestra Señora. Luego se confesó compungido, refiriendo su vision, y pidió al confesor que publicase por todas partes la gracia que María le dispensaba. Dirigióse al suplicio con grande alegría, de manera que su rostro respiraba un aire de bienaventurado, y todos se persuadieron que se cumplió la promesa que la divina Madre le hiciera (1).

EJEMPLO 85.

El beato Joaquin Picolomi, muy devoto de María, desde su infancia acostumbraba visitar tres veces al dia á una imágen de la Vírgen de los Dolores que habia en una iglesia, y en su honor el sábado no comia absolutamente nada. Además, á media noche se levantaba para meditar sus dolores; y María le recompensó apareciéndosele en su juventud, exhortándole á entrar en la religion de sus siervos, lo que efectuó inmediamente. En los últimos años de su vida se le apareció otra vez con dos coronas, una de rubís en premio de la compasion que tuvo de sus

(1) P. Recup. de sign. Fract. Sign. 12.

dolores, y la otra de perlas, en recompensa de la pureza que le habia consagrado. Finalmente, en sus postreros instantes se le volvió á aparecer, y entonces el Beato le pidió la gracia de morir en el dia en que murió Jesucristo, á lo que accedió la Vírgen, diciéndole que al dia siguiente, que era viernes, estaria con ella en el cielo. Así sucedió, pues mientras se cantaba en la iglesia la pasion de san Juan, al llegar á las palabras: «Estaba junto á la «cruz de Jesús su Madre,» él se hallaba agonizando; y al decirse: «Y habiendo inclinado la cabeza, espiró,» el Beato entregó tambien su alma á Dios; llenándose al mismo tiempo la iglesia de un grande esplendor y muy suave olor (1).

EJEMPLO 86.

El P. Alfonso Salmerone, de la Compañía de Jesús, que fue muy devoto de la bienaventurada Vírgen, murió diciendo: Al cielo, al cielo; bendita la hora en que serví á María, benditos los sermones, los trabajos, los pensamientos que tuve por Vos, Señora mia; al cielo (2).

EJEMPLO 87.

Un príncipe llamado Farnulfo, presentó á san Romualdo un hijo suyo llamado Guido, muy jóven todavía, que deseaba hacerse camaldulense. El santo Fundador le admitió gustoso, y María se apareció á este jóven devoto suyo con el niño Jesús en sus brazos, mas él, juzgándose indigno de una gracia tan grande, estaba perplejo. ¿Por qué temes? le dijo entonces la divina Madre, este es mi Hijo Jesús, que quiere venir á tí. Y diciendo esto se lo puso en los brazos. Algun tiempo despues, cuando aun no habian transcurrido tres años desde que Guido se hizo religioso, tuvo una grave enfermedad y se hallaba próximo á sucumbir. Entonces el jóven estremecido dirigiéndose á san Romualdo, le dijo: Padre mio, ¿no veis cuantos moros hay en esta celda? Hijo contestóle el Santo, ¿te acuerdas acaso de alguna cosa de la que no te confesas-

(1) Rossign. Pietà Osseq. — (2) In Vita.

te? Sí, Padre, me acuerdo de no haber obedecido al Prior que me mandó recoger cierta cosa, ahora me confieso de ello. San Romualdo le dió la absolucion, y cambió la escena, pues huyeron los demonios, y se apareció otra vez la Vírgen con Jesús, á cuya vista Guido lleno de consuelo espiró (1).

EJEMPLO 88.

En Toledo á una monja cisterciense llamada María, estando para morir, se le apareció la divina Madre. Alentada la monja con tamaño favor, dijo á la Vírgen: Señora, la gracia que me dispensais de visitarme me anima para pediros otra, y es la de morir en la misma hora en que Vos dejando este mundo ascendísteis al cielo. Cumpliré tu deseo, respondió la Vírgen; morirás en dicha hora, y oirás los cánticos de alabanza con que los bienaventurados acompañaron mi entrada en el cielo; prepárate, pues, y dicho esto desapareció. Las demás religiosas que la oyeron hablar, juzgaron que deliraba; mas ella les refirió la vision y la gracia que le habia sido prometida. Al llegar la hora deseada, que esperaba ansiosa, hé aquí, exclamó, la hora que me ha sido predicha: hé aquí que oigo ya las músicas de los Ángeles; á esta hora mi Reina subió al cielo, quedad en paz, que yo me voy á verla; y diciendo esto espiró, brillándole los ojos como dos estrellas, y tiñéndose de un hermoso color su rostro (2).

EJEMPLO 89.

En el siglo VIII vivia en la ciudad de Sens, en Francia, santa Oportuna, hija de una familia de sangre real, que fue muy devota de María, y se hizo religiosa. Estando próxima á morir, un dia al amanecer vió delante de sí á las santas Cecilia y Lucía, á quienes dijo: Bienvenidas seais, hermanas, ¿qué me manda á decir mi Reina? Ellas contestaron: Te aguarda en el cielo. Despues de esto se le presentó el demonio, y la Santa lo rechazó valerosamente. Llegada la hora de su fin, que ella misma vaticinó, despues de recibir el sagrado Viático, dijo: Hé aquí

(1) Franc. Lelli. in Vita. — (2) Menolt. Sist. alli santi d' Agosto.

á la Madre de Dios que viene á buscarme; y diciendo esto levantó los brazos en actitud de abrazar á su Señora, y dulcemente espiró (1).

DEPRECACION DE BLOSIO Á LA BIENAVENTURADA VÍRGEN.

Salve, benignísima Madre de misericordia; salve suspirada María, nuestro dulce consuelo. ¿Quién no te amará? Tú eres para nosotros guia en las dudas, alivio en las tribulaciones, aliento en las angustias, y refugio en los peligros y las tentaciones. Tú con tu unigénito Hijo eres la salud infalible. ¡Dichosos los que te aman, Señora! Suplícote dignes inclinar tus piadosos oidos á los ruegos de tu siervo, de este infeliz pecador, y disipa con los rayos de tu santidad las tinieblas en que mis vicios me tienen sumergido, para que pueda ser agradable á tus ojos (2).

ORACION Á MARÍA, DE SAN EFREN, ABREVIADA (3).

Ó inmaculada y purísima Vírgen María, Madre de Dios, Reina del mundo, esperanza de los desesperados, Vos sois el gozo de los Santos, la pacificadora de los pecadores con Dios, la abogada de los desvalidos, el puerto seguro de los náufragos; sois la dicha del mundo, el rescate de los cautivos, el recreo de los afligidos, la salud del universo. Ó gran Reina, bajo tu amparo nos refugiamos. Señora, despues de Dios ninguna otra esperanza nos resta mas que Vos. Nos gloriamos con el nombre de siervos vuestros; no permitais, pues, que el infernal enemigo nos precipite al infierno. Os saludo, ó mediadora de paz entre los hombres y Dios, ó Madre de Jesús nuestro Señor, amor de Dios y de los hombres, honor y bendicion con el Padre, y con el Espíritu Santo. Así sea.

ORACION DE SANTO TOMÁS DE AQUINO.

Ó bienaventurada y dulcísima Vírgen María, llena de misericordia, á vuestra piedad encomiendo mi alma, mi

(1) Surius, die 21 Aprilis. — (2) Blosius Or. ad B. Virg. — (3) App. Crass. tom. 2, sec. IV.

cuerpo, mis pensamientos, mis obras, mi vida y mi muerte. Ó Señora mia, protegedme y confortadme contra las asechanzas del demonio; alcanzadme el verdadero y perfecto amor, con el que con todo mi corazon ame á vuestro muy querido Hijo y Señor mio Jesucristo, y despues de él á Vos sobre todas las cosas. ¡Oh Reina y Madre mia! haced con vuestra poderosísima intercesion que permanezca siempre en mí este amor hasta la muerte, y despues de ella conducidme á la patria bienaventurada (1).

En tí deposito mi esperanza con todo el corazon (2).

No es posible, ó Señora, que abandoneis al que en Vos cifra su esperanza (3).

Vos solo quereis nuestra salvacion y por Vos serémos seguramente salvos (4).

Dios te salve, Hija de Dios Padre; Dios te salve, Madre de Dios Hijo; Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo; Dios te salve, Templo de la santísima Trinidad (5).

(1) Ex Offic. Præd. et Diar. 7 mart. — (2) San Juan Damasceno.— (3) San Bernardo. — (4) San Anselmo. — (5) Simon García.

CORONILLA

DE

LOS DOLORES DE MARÍA.

Deus in adjutorium meum, etc.

Madre, haz que mi corazon
Te acompañe en el dolor
Que sufriste en la pasion
De Jesús mi Salvador.

PRIMER DOLOR.

Me compadezco, Señora, de Vos por la primera espada de dolor que traspasó vuestro corazon, cuando os presentó Simeon en el templo todos los tormentos que los hombres harian sufrir á vuestro amado Jesús, lo que sabíais ya por las divinas Escrituras, hasta hacerle morir en vuestra presencia, pendiente de un infame leño, desangrado y abandonado de todos, sin que os fuese dable defenderle ni ayudarle. Por este amargo recuerdo que por espacio de tantos años afligió á vuestro corazon, os suplico, Reina mia, que me impetreis la gracia de que en vida y en la hora de la muerte tenga impresos en mi corazon la Pasion de Jesús y vuestros dolores.

Padre nuestro, Ave María y *Gloria Patri*, etc., y la estrofa de arriba, que se repite en cada dolor.

SEGUNDO DOLOR.

Me compadezco, Señora, de Vos por la segunda espada que atravesó vuestro corazon al ver á vuestro inocente

Hijo, que recien nacido aun era perseguido de muerte por aquellos mismos hombres por cuya salvacion descendió al mundo, de modo que os vísteis obligada á huir á Egipto de noche y ocultamente. Por los muchos trabajos que sufrísteis, siendo una delicada doncella, en compañía de vuestro desterrado niño durante aquel largo y penoso viaje por países ásperos y solitarios, y durante vuestra estancia en Egipto, en donde como desconocidos y forasteros vivísteis pobres y despreciados, os ruego, mi amada Señora, que me obtengais la gracia de sufrir con paciencia en vuestra compañía hasta la muerte los trabajos de esta miserable vida, á fin de que en la otra pueda librarme de los tormentos eternos del infierno que merezco por mis pecados.

Padre nuestro, etc.

TERCER DOLOR.

Me compadezco, Señora, de Vos por la tercera espada que hirió vuestro corazon cuando perdísteis á vuestro amado Hijo Jesús, que permaneció en Jerusalen separado de Vos por espacio de tres dias. Me figuro, mi amada Reina, que no viendo junto á Vos á vuestro amor, é ignorando la causa de su ausencia, no sosegaríais en toda la noche, suspirando continuamente por aquel que era todo vuestro bien. Por los suspiros, pues, de esos tres dias, para Vos asaz prolongados y amargos, os ruego que me alcanceis la gracia de que no pierda á mi Dios, á fin de que viva íntimamente unido con él, y parta así de este mundo cuando llegue la hora de mi muerte.

Padre nuestro, etc.

CUARTO DOLOR.

Me compadezco de Vos, ó adolorida Madre mia, por la cuarta espada que traspasó vuestro corazon al ver á vuestro Jesús condenado á muerte, atado con cuerdas y cadenas, todo sangriento y llagado, con una corona de espinas en la cabeza, cayendo por el camino, agobiado bajo el peso de la cruz cargada sobre sus lacerados hombros,

dirigiéndose á morir por nosotros como un inocente cordero. Entonces se encontraron vuestros ojos, y vuestras miradas se convirtieron en otras tantas crueles saetas, con las cuales al mismo tiempo heristeis á los corazones enamorados. Por este gran dolor, Señora, os suplico que me alcanceis la gracia de vivir enteramente conformado á la voluntad de Dios, llevando alegremente mi cruz en compañía de Jesús hasta el último aliento de mi vida.

Padre nuestro, etc.

QUINTO DOLOR.

Me compadezco, Señora, de Vos, Madre mia dolorosísima, por la quinta espada que traspasó vuestro corazon cuando en el monte Calvario presenciásteis la muerte lenta de vuestro Hijo Jesús, entre tantos suspiros y contumelias en el duro lecho de la cruz, sin siquiera poder prestarle el mas mínimo de los consuelos que se conceden en el postrer momento aun á los criminales. Os suplico, Madre amorosa, por la angustia que padecísteis junto con vuestro Hijo agonizante, y por la ternura que experimentásteis cuando os habló por última vez desde la cruz, despidiéndose de Vos, recomendándonos á todos en Juan por hijos vuestros; y le vísteis luego inclinar la cabeza y espirar, os ruego que me alcanceis la gracia de vivir crucificado por vuestro amor, y morir crucificado para todas las cosas del mundo, á fin de que consagre mi existencia exclusivamente á Dios, y así merezca despues de ella gozar en el cielo de su presencia.

Padre nuestro, etc.

SEXTO DOLOR.

Me compadezco, Señora, de Vos, Madre mia dolorosísima, por la sexta espada que hirió vuestro corazon al ver traspasado de parte á parte el dulce corazon de vuestro Hijo ya difunto, y muerto por aquellos ingratos que ni aun despues de su muerte cesaron de atormentarle. Por este cruel dolor, Señora, que solo Vos sufrísteis, os ruego que me alcanceis la gracia de habitar en el corazon de Je-

sús herido y abierto por mí, en el cual se halla la verdadera morada del amor, donde reposan todas las almas amantes de Dios, y en donde viviendo yo, no desee ni ame mas que á Dios. Vos podeis alcanzármelo, Vírgen sacrosanta, y así lo espero.

Padre nuestro, etc.

SÉPTIMO DOLOR.

Me compadezco, Señora, de Vos, adolorida Madre mia, por la séptima espada que traspasó vuestro corazon al ver en vuestros brazos á vuestro Hijo difunto, no ahora hermoso y cándido como le recibísteis en el establo de Belen, sino ensangrentado, lívido y lleno de heridas, que le dejaban los huesos descubiertos, diciéndole entonces: Hijo mio, ¿á qué estado te ha reducido el amor? Y al llevarle al sepulcro quisísteis acompañarle y colocarle en él con vuestras manos, hasta que dándole el postrer adios, dejásteis vuestro amante corazon sepultado con vuestro Hijo. Por los muchos martirios, pues, que sufrió vuestra alma preciosa, alcanzadme, ó Madre del amor hermoso, el perdon de las ofensas que hice á mi amado Dios, de las que de todo corazon me arrepiento. Protegedme contra las tentaciones, y asistidme en la hora de mi muerte, y salvándome así por los méritos de Jesús y vuestros, despues de este miserable destierro cante en el cielo las alabanzas de Jesús y las vuestras, por toda la eternidad. Amen.

Padre nuestro, etc.

Ora pro nobis, virgo dolorosissima.
Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Deus, in cujus Passione, secundum Simeonis prophetiam dulcissimam animam gloriosæ Virginis et Matris Mariæ doloris gladius pertransivit, concede propitius, ut qui doloris ejus venerando recolimus passionis tuæ effectum felicem consequamur; qui vivis et regnas in sæcula, etc.

Benedicto XIII concedió 200 dias de indulgencia por cada *Padre nuestro* y *Ave María* al que rezare esta Coro-

nilla en la iglesia de los Padres Servitas, así como en el viernes y en la Cuaresma en el lugar que se quiera; y en los demás dias ciento por cada *Padre nuestro* y *Ave María*. Al que la rezare entera, siete años, y al que la rezare por espacio de un año, indulgencia plenaria que puede aplicarse á las almas del purgatorio (1).

CORONILLA

DE

MARÍA INMACULADA,

LA QUE SE ACOSTUMBRA REZAR EN ALGUNAS IGLESIAS.

Deus in adjutorium, etc., Gloria, etc.

Luego se dice un *Padre nuestro* al Padre eterno, por las gracias que ha hecho á la Vírgen, con cuatro *Ave Marías*, y se reza lo mismo al Hijo y al Espíritu Santo. Al final de cada *Ave María* se dice: *Alabada sea siempre la Inmaculada Concepcion de María*, y despues de cada cuatro *Ave Marías*, los siguientes versos:

Cual entre espinas la rosa,
De culpa, por gran favor,
Limpia eres, Vírgen dichosa,
Por ser Madre del Señor.

Al fin se dice: *Ora pro nobis, Virgo immaculata.*
Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

OREMUS.

Famulis tuis quæsumus, Domine, cœlestis gratiæ munus impertire, ut quibus beatæ Virginis partus extitit salutis exordium, Conceptionis ejus votiva commemoratio pacis tribuat incrementum. Per Christum Dominum nostrum. Amen.

(1) Sinisc. in fin. part. 3, pag. 5.

DEDICACION DE SÍ MISMO Á MARÍA.

Santísima Vírgen Madre de Dios, yo N., aunque indignísimo de ser vuestro siervo, alentado sin embargo por vuestra gran piedad, y por el deseo de serviros, os elijo hoy, en presencia de mi Ángel custodio y de toda la corte celestial, por mi particular Señora, Abogada y Madre, y propongo firmemente amaros y serviros siempre en lo sucesivo, y hacer cuanto de mí dependa para que los demás tambien os amen y sirvan. Os suplico, Madre de Dios y Madre mia piadosísima y amabilísima, por la sangre de vuestro Hijo por mí derramada, que me admitais en el número de los amantes de vuestro Hijo y por vuestro perpétuo siervo; asistidme en todos mis pensamientos, palabras y obras, en todos los instantes de mi vida, para que todos mis pasos y todo mi aliento se dirijan á mayor gloria de Dios, y por vuestra poderosísima intercesion jamás ofenda á mi amado Jesús, y le glorifique y ame en esta vida, lo mismo que á Vos, amabilísima y querida Madre mia, para amaros y gozaros por todos los siglos en el cielo. Amen.

Madre mia María, os encomiendo mi alma, especialmente en la hora de mi muerte.

DEDICACION DE LA FAMILIA Á MARÍA.

Vírgen bendita é Inmaculada, Reina y Madre nuestra, refugio y consuelo de todos los miserables, nosotros postrados á vuestros piés os elegimos por nuestra Señora, Madre y Abogada cerca de Dios. Todos nos dedicamos para siempre á vuestro servicio, y os rogamos, ó Madre de Dios, que nos conteis en el número de vuestros siervos, acogiéndonos á todos bajo vuestra proteccion, ayudándonos en vida, y especialmente en la hora de nuestra muerte. Ó Madre de misericordia, nosotros os constituimos Señora y Gobernadora de toda nuestra casa, parientes, intereses y negocios. No os desdeñeis de cuidar de ellos; disponed de todo segun bien os pluguiere. Bendecidnos, pues, y no permitais que ninguno de nos-

otros ofenda á vuestro Hijo. Protegednos en las tentaciones, libradnos de los peligros, socorrednos en las necesidades, aconsejadnos en las dudas, consoladnos en la afliccion, asistidnos en las enfermedades y principalmente en las angustias de la muerte. No permitais que pueda gloriarse el infernal enemigo de tener esclavizado á ninguno de los que estamos consagrados á Vos, antes bien haced que á todos nos sea concedido el poder mostraros nuestro agradecimiento en el cielo, y junto con Vos á alabar y amar á nuestro Redentor Jesús por toda una eternidad. Amen. Así sea.

Nótese que á mas de las varias indulgencias ya indicadas, hay 700 años de indulgencia para los difuntos, concedidas por Clemente XII al que arrodillado rece el *De profundis,* cuando la campana da la señal.

CÁNTICO DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Magnificat anima mea, etc.

Adora y enaltece
Á su Dios y Señor el alma mia,
Y en mi espíritu crece
El gozo y alegría,
Porque mi salvacion en Dios se fia.
Y por las atenciones
De esta su humilde sierva complacido,
De todas las naciones
Decreta agradecido
Sea mi nombre siempre bendecido.
Pues el Omnipotente
Que Santo se apellida, con largueza
Y mano muy clemente
Levantó mi bajeza,
Colmándome de dones y grandeza.
Y su grande clemencia
Favorable será eternamente
Á toda descendencia,
Con tal que toda gente
Le sirva con un pecho reverente.
De fortaleza y brio
Armó su brazo Santo, Poderoso,
Y confundió al impío
Soberbio, presuntuoso,
En su concepto vano y orgulloso.
De la encumbrada silla
Derribó al poderoso y elevado;
Y á la gente sencilla,
Desde el humilde estado,
Levantó de ventura al alto grado.
De su favor divino
Colmó al hambriento y pobre con largueza;
Y en contrario destino,
En mísera pobreza
Sumió á los que abundaban en riqueza.
En gracia ha recibido
A Israel atendiendo á su clemencia,

Cual hubo prometido
Á la antigua creencia
De Abrahan y su larga descendencia.
Al Padre toda gloria,
Al Hijo, al Paracleto sea en amada
Sempiterna memoria,
Por siempre tributada,
Así como en principio y fin fue dada.

HIMNO DE SAN BERNARDO

QUE LA IGLESIA CANTA EN LAS PRINCIPALES FESTIVIDADES DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN.

Ave maris stella, etc.

Salve del mar estrella,
De Dios Madre sagrada,
Y siempre Vírgen pura,
Puerta del cielo santa.
Pues de Gabriel oiste
El Ave, ó Vírgen sacra
En él mudando el de Eva,
Da paz á nuestras almas.
Á los ciegos de vista,
Las prisiones desata,
Destierra nuestros males,
Y bienes nos alcanza.
Muéstrate Madre nuestra,
Y lleguen tus plegarias
Al que por redimirnos
Nació de tus entrañas.
Vírgen, que igual no tienes,
La mas dulce entre tantas,
Libra el alma de culpas,
Hacedla pura y mansa.
Renueva nuestra vida,
El camino prepara
Y así á Jesús veamos
Alegres en la patria.
Rindamos á Dios Padre,
Y á Cristo su alabanza,
Y al Espíritu Santo;
Una á los tres sea dada.
Así sea.

HIMNO.

Stabat Mater Dolorosa, etc.

La Madre estaba llorosa
Junto á la Cruz dolorosa,
De donde su Hijo colgaba.
Á cuya alma en tan gran pena
De tristeza y dolor llena
Dura espada atravesaba.
¡Oh Dios! cuán entristecida
Se encontraba esta afligida
Madre del Hijo mejor!
¡Y con qué melancolía
Las penas de su Hijo via!
¡Cuántas ansias! ¡qué dolor!
¿Quién el llanto contuviera,
Si á la Madre de Dios viera
Puesta en tal desolacion?
¿Y quién no se contristara,
Si á la Madre contemplara
Con su Hijo en tanta afliccion?
Por pagar nuestro pecado
Vió á Jesús atormentado
Lleno de azotes sin cuento.
Morir vió á su Hijo querido
De consuelos destituido,
Hasta dar su último aliento.
Ea, Madre, de amor fuente,
Pon á mi alma tan doliente
Que te acompañe en tu llanto.
Haz que arda mi corazon
De amor de Dios, que es razon,
Pues eso le agrada tanto.
Haz que en mi alma estén de fijo
Las llagas del Crucifijo,
Porque nunca las olvide.
Las penas que en tí ha causado
Ver á tu Hijo tan llagado
Por mí, conmigo divide.
Haz que yo contigo llore,
Que en mí la compasion more
De Cristo mientras yo viva.

Junto á la Cruz consolarte,
Y en tu llanto acompañarte
Quiero, Madre compasiva.
Vírgen, que á todas excedes,
Pues concedérmelo puedes,
Haz que llore cual tú lloras:
Haz que la Pasion y muerte
De Cristo sienta de suerte
Que logre mi alma mejoras.
Haz qué yo me mortifique,
Por amor de Dios lo aplique,
Siendo su Cruz mi ejercicio.
Que inflamado y encendido,
Por tí, ó Vírgen, defendido,
Me halle en el dia del juicio.
Haz que Muerte y Cruz de Cristo,
Me ampare en aquel conflicto,
Y él me asista con su gracia.
Porque cuando el cuerpo muera
En la celestial esfera
Goce el alma de la gloria.
Amen.

CÁNTICO

Á LA

SANTÍSIMA VÍRGEN,

Á IMITACION DEL

TE DEUM LAUDAMUS.

Á tí, Vírgen purísima, ensalzamos,
Y tu nombre santísimo alabamos.
A tí, Madre de Dios, confiesa el cielo,
Vírgen Inmaculada, en cielo y suelo.
A tí adoran los Ángeles,
A tí veneran los Arcángeles,
A tí piden amor los Serafines,
Y su luz á tu luz los Querubines.
Las Virtudes te alaban,
Y de adorar tu nombre nunca acaban.

Los Patriarcas dicen,
Que tu nombre santísimo bendicen;
Y el Coro de Profetas venerable,
Reina te adora, santa y admirable.
Y el Colegio Apostólico te admira,
Y á servir tu beldad dichoso aspira.
Los Mártires te aclaman,
Los Confesores te aman:
Y el Coro de las Vírgenes purísimo,
Su ejemplar te venera perfectísimo.
Tú eres Hija del Padre,
Y del Hijo mejor la mejor Madre.
El Espíritu Santo
Habita en tí como en su templo santo.
Toda la Trinidad
Forma en tí trono de su Majestad.
Eres cielo animado,
Y el hombre por tí ha sido reparado,
Y debe á tu belleza
Todo su ser nuestra naturaleza.
Tú enjugaste las lágrimas primeras,
Y nos granjeaste glorias verdaderas,
Pues á la culpa triste,
Dichosa tú la hiciste,
Y por tí mas ganamos redimidos,
Que perdimos por Eva destruidos.
Arca eres celestial del Testamento,
Donde tuvo su asiento
Tu Hijo omnipotente,
Redentor, Salvador, Santo y clemente:
De tí, como tálamo sagrado,
Salió el Esposo, blanco y encarnado,
A redimir al mundo:
Misterio tan profundo
A tí sola se debe,
Y hacer tratable á Dios humano, y breve.
Tú eres fuente sellada,
De toda criatura venerada,
Donde bebe el sediento
Gracia, gloria, consuelo, amor, contento:
Tú de David la Torre, tú la Casa,
Tú la brasa de amor que al mundo abrasa.
Tú hiciste que los cielos
Bajasen á la tierra;
Todos nuestros consuelos,
Y todo nuestro bien en tí se encierra:

Maestra eres de piedad,
Fuente de caridad,
Tesoro de virtud,
Participado orígen de salud:
Dios por gracia le ha dado á tu belleza
Lo que á él le toca por naturaleza.
¿Es inmenso el que todo hizo de nada?
Eres tú inmensa, tú Vírgen sagrada:
¿El es omnipotente,
Justo, sábio, clemente?
A tu poder no hay cosa reservada.
¿Es la misma bondad el bien de mi alma?
Tu bondad y virtud es alta palma,
Que se levanta á superior altura,
Encumbrándose á toda criatura:
Solo hay diferencia
De una á otra Omnipotencia,
Que la tuya es criada,
Y de tu Hijo á tí participada,
Y lo que el Hijo tiene por esencia,
Tienes tú Madre por beneficencia.
No eres tú Dios, Señora,
Pero á tu Majestad el cielo adora,
Que el ser Madre de Dios te ha levantado
A estado, que no llega lo criado:
Eres Madre del Sol, y eterno dia,
Solo menos que Dios eres, María.
Inmaculada Madre de Dios eres,
Y no como los hombres y mujeres,
Cautiva del pecado,
Porque tu Hijo te ha privilegiado;
Y tu clara hidalguía
Nunca admitió tributo, Vírgen pia!
Inmaculada eres, Vírgen santa,
En cuerpo y alma: tu virtud es tanta,
Que no hay naturaleza, si es criada,
Que á tus sagrados piés no esté postrada.
Solo tu luz y sol es sol sin sombra,
Antes la admiracion misma se asombra,
De ver en ser humano,
Un ser tan superior y soberano,
Que con aquello santo que le sobra,
Nuestra vida perdida vida cobra.
Espejo cristalino,
Que ha formado el Artífice divino,
No admite mancha alguna:

Burla del sol, envídiale la luna,
Y todas las estrellas no son bellas
Con aquella hermosura,
Son una sombra, sobre fea oscura.

O Vírgen, Madre de los afligidos,
Y luz de los perdidos,
Amparo dulce de desemparados,
Que ciegos y turbados,
En este valle de dolor caidos,
A tí suspiran siempre perseguidos.

Apiádate de mí, Madre piadosa,
Levánteme tu mano poderosa,
No me deje en la vida,
De tu favor mi vida siempre asida,
Defiéndeme en la muerte,
Hasta llegar dichosamente á verte.

A tu Hijo nos muestra,
¡Oh de toda virtud perfecta maestra!
Pues por tí le gozamos,
Por tí piadoso, ¡oh Vírgen! le veamos,
Por tí fué Redentor:
Sea por tí, Señora, Salvador;
Por tí bajó del cielo,
Y se hizo hombre en el suelo;
Por tí nos lleve desde el suelo al cielo.

En la hora de la muerte
Me defienda tu brazo dulce y fuerte,
Y cuando el enemigo,
Que de mis culpas es fiero testigo,
En mi triste agonía
Mi perdicion procure con porfía,
Acusador pesado,
Nunca de perseguirme fatigado;

En tan cruel peligro y riesgo tanto
Cúbreme, Vírgen santa, con tu manto,
Y á tí, Señora, deba la victoria,
Gracia en la vida y en el cielo gloria.
Amen.

FIN.

ÍNDICE.

PÁG.

PARTE SEGUNDA.

FIN DEL ÍNDICE.

